

A LAS 82 HORAS DE LA III GUERRA MUNDIAL

D. Pastor Petit

COLECCION GRAN RENO NOVELA

¿Por qué no pudieron ni supieron, la Casa Blanca y el Kremlin evitar la III Guerra Mundial…?

Esta obra de ficción ofrece una hipótesis —quizá la más verosímil y probable— acerca del peligro de lo que puede ocurrir si no se evitan ciertas trampas de terceros…

Y lo que puede suceder en un conflicto de tal naturaleza es… la total destrucción del planeta Tierra. Con las actuales reservas de armas ABQ se puede matar cientos de veces todo vestigio de vida animal o vegetal y provocar cataclismos planetarios que hagan luego inhabitable nuestro mundo. Esta obra, escrita por un conocido espiólogo, describe las luchas CIA-KGB en España, así como la actual problemática internacional con los furúnculos de siempre: Imperialismo, Golpismo, Maquiavelismo de la lucha subterránea, Terrorismo, etc. El autor ha utilizado una información fidedigna y rigurosamente científica. En consecuencia, esta terrorífica hipótesis puede convertirse mañana —hoy, lector— en una realidad apocalíptica e irreversible. Todos podemos influir para que no se produzca este suicida estallido, pero fundamentalmente los políticos y militares de la URSS y de los Estados Unidos. Esta obra constituye, pues, un aviso y un ejemplo.



Domingo Pastor Petit

A las 82 horas de la III Guerra Mundial

ePub r1.0

Titivillus 21.07.2023

Título original: *A las 82 horas de la III Guerra Mundial*
Domingo Pastor Petit, 1982

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



I

EL *DURMIENTE* ES DESPERTADO

Sabía George Vargas que un día su cartero le traería cierto telegrama cuyo contenido iba a ser *How long will you be in Boston*? (¿Cuánto tiempo te quedarás en Boston?), y que a partir de tal instante se desencadenaría el *huracán*. Sabía también, porque así figuraba en la planificación, que lo primero no iba a ser una *marathon* para tomar el coche; no… El encargo inicial consistiría en poner la cuenta atrás en marcha:

- 10. Autocontrol: calma y serenidad. Frialdad americana y no furia española.
- 9. Llamar por teléfono, sin pronunciar nombres, a William y a Pedro.
- 8. Revisar el auto: ¿está en condiciones? ¿Tiene lleno el depósito de gasolina? ¿No hay en el motor ningún objeto extraño (una bomba)?
- 7. Reunir los preparativos de viaje: DNI, dos sobres con 500.0000 pesetas, llaveros, cartera de seguridad, agenda V, prismáticos con dispositivo de rayos infrarrojos, cámara fotográfica con dispositivo de rayos infrarrojos, varios *Play-Boy*, bolsa aseo, botiquín, guía «Michelin», talonario cheques, carpeta con papel, sobres y sellos, bolígrafo, micrófono «TWH-35-2», fragmento tela para tintas y reactivos (escritura invisible), bolígrafos.
- 6. Recordaré: mis padres son americanos, no españoles, y están en Estados Unidos.

- 5. ¿Sufro ansiedad, estoy nervioso? ¿Lo estoy: sí o no?
- 4. Baño caliente de 15 minutos. Relax. Vaciar mente.
- 3. Indumentaria para viaje corto y gafas de sol.
- 2. Cuatro horas después de recibido el telegrama, salir del apartamento con el material señalado en el punto número 7.
- 1. Anunciar al portero con naturalidad: «Estaré fuera algunos días. Tome usted nota, por favor, de los encargos. Le llamaré por teléfono».
- 0. Poner en marcha el vehículo. Velocidad normal.

Pues bien: ese momento para el que se le había instruido, amamantado y adiestrado había llegado. Lo supo incluso antes de leer el texto…

Apenas rasgó el telegrama —el cartero era un chaval, casi un mozalbete, qué cosa tan rara; y más raro aún: se dio el piro sin esperar la propina—, Laura le preguntó desde la alcoba si había sucedido algo grave. Y a George le dio un vuelco el corazón al leer las siete palabras, y no pudo atribuirlo al caminar descalzo sobre las frías baldosas rojiblancas ni al ir medio desnudo, como tampoco a que fueran las once y media y estaba en ayunas; y todavía menos, o eso creía él, a la movidita noche con ella —siempre insaciable, besucona y al borde de la histeria—; no, no… George no se lo quería confesar a sí mismo —o lo admitía a regañadientes y con sorda ira— que le gobernaba la angustia. *El terror, a ver si me entiendes, es un gusano que puede crecer y metamorfosearse en dinosaurio, y devorarte. ¡Prefiérelo monstruo a fantasma! De cualquier manera, combátelo con él raciocinio. Tú razona en frío. ¿Asimilas? Echa mano de la Spanish Fury. En él fondo, eres español en un cincuenta por ciento.*

Las enseñanzas del profe de Psicología y guerra de nervios llegaban puntualmente a su memoria. George se sonreía. El frío sudor le perlaba frente y mejillas. *Algunos se agarran al whisky, el coñac, el vodka y la tequila. Mira, chaval: el alcohol te dotará de pasajera excitación nerviosa. ¿Sabías que a los condenados a muerte se les suministraba antaño media taza de ron? ¡Pues sí,*

hombre! ¿Y te figuras que eso les evitaba los temblores? ¡Qué idiotez! El alcohol presenta el inconveniente de enturbiar las facultades mentales y de alterar la visión. Y con la euforia, ¿me oyes?, estarías a dos pasos de no poder enjuiciar rectamente los peligros. Yo te sugiero el autocontrol, el raciocinio. Sé dueño de ti mismo. ¡Siempre! Gobierna en tu cuerpo. ¡Sé amo y no esclavo! El poder de la mente, ya te lo he dicho cientos de veces, es infinito.

«Con esos tíos nuevos en Langley —pensaba George— nunca se sabe… ¡Caray! Quedamos en que no me endosarían jamás tareas de exterminio y sabotaje, pero nunca se sabe. ¿Y si ahora William o Pedro me ordenan,por ejemplo. *Anda vete a Bilbao y liquida a Fulanito de Tal; simula accidente de circulación…? ¿Qué rábanos hago si me sueltan un paquete así?».*

Bueno: acuérdate de tu padre, ¿comprendes, Ruiz[1]. *¡Jo! Menuda huella la de tu papi en el SOE y en la OSS… ¡y en la OSS*[2]*?, óyeme bien! Ni Burt Lancaster en la pantalla. ¿Comprendes? En situaciones de apuro, te acuerdas de él.* Y el instructor de judo y karate sonreíase al decirlo. Parecía nipón.

—¡Casi me asustas, George! —La voz gimoteante y aguda de Laura, con las greñas comiéndosele el rostro, y las tetas abultadas cual melones de blanco nácar, la tornaban más semejante a las furcias arrabaleras que a una joven estudiante.

—Vístete, por favor.

—¿No te echas un poco más ni me cuentas quién te envía el telegrama?

—Es de Boston; la familia…

—¡Me caigo de sueño, tú! ¿No te bañas? —preguntó ella, cubriéndose de nuevo la cabeza con las sábanas.

Asintió él con un gesto que su interlocutora no vio; y se sumergió en la bañera tras abrir los dos grifos, procurando relajarse y con los ojos cerrados. Laura no tardó sin embargo en abandonar el lecho y pasearse ante el tocador, mirándose y canturreando, en busca de jabones y afeites.

Laura estudiaba en la Facultad de Psiquiatría, contaría alrededor de veinte años, era esbelta y de ojos inquietantes, y también algo pecosa, y su intimidad con George databa de sólo algunos meses. Conociéronse en un pub de la Plaza Maciá, mientras comían

salchichas de Frankfurt. Ella iba con otros camaradas de clase y al descubrir a nuestro hombre —alto, espigado y con ese aire de haber perdido no se sabe qué— sintió algo parecido al sentimiento maternal de protección, y se desembarazó de sus acompañantes. Superada la inicial timidez —a él le costaba arrancarse con el sexo opuesto, y quizá porque analizaba mucho—, la acogió con calor. De ella le atraían sus ojos azules y traviesos con su carita respingona y la tez descolorida —tez que hablaba de luz artificial y estudios nocturnos— y aquella sus caderas lozanas. Al agente le recordaba las jovenzuelas superindependientes y contestatarias de Boston. Pronto intimaron. Y ahora viene lo chocante: con la pérdida del pudor y de la timidez, a él se le evaporó el hechizo aunque no la curiosidad y el apego; justamente lo contrario que a ella. A George no le cabía en la mollera que siendo su amiga tan sensual y voraz pudiera, a la vez, mostrarse tan endiabladamente inquisitiva. Su vocabulario correspondría al de las antimachistas a ultranza, y sus ademanes y tacos a los del feminismo agresivo. Y todavía menos entendía que fuera capaz de perorar, sin apenas transición, de las exigencias del clitoris y del inconsciente, para construir luego peregrinas teorías sobre el aura y el ilimitado poder mental. Y eso… ¡después, e incluso durante el orgasmo! *Cielos, esto es ciertamente pasarse*, gruñía George para sus adentros. Porque incluso en esas circunstancias ella seguía siendo un cuerpo pensante, y sin renunciar al placer podía mencionar a Brecht o a Camus. Aunque de lo que Laura no era capaz es de saborear ciertas formas del arte —la danza, por ejemplo—; y las sonatas de Vivaldi o las poesías de Keats o Espriu la dejaban más fría que la contemplación del número cuatro una noche de insomnio. Y cuando su amigo le echaba en cara sus bruscos cambios de humor y su perenne inestabilidad emocional, ella replicaba:

—No seas bobo; lo que tengo es hambre. Ando escasa de proteínas y vitaminas…

—¡Pero no de grasas! Que te sobran cinco kilos.

Entonces la fémina perdía el control y soltaba cierta colección de tacos, maldiciones e insultos; y en aquellos instantes George —que contenía la risa— la adoraba más que nunca. Laura, que andaba orgullosa de su curvilíneo cuerpo como antaño Brigritte Bardot pudo estarlo del suyo, solía rogar a su amigo que la lavara de pies a

cabeza y con abundante espuma luego de haberla amado, y él —más que perplejo ante tan singular petición— la enviaba al infierno en inglés. Él siempre alternaba las dos lenguas.

Las despedidas se ajustaban a modelos muy expeditivos.

—¡*Chao*, semental; adiós, viejo machista! ¿Te bastan dos días de libertad?

—*Good bye…!*

—¿No le das a tu amada un besito de despedida… eh, *baby*? —Y le ofrecía ambas mejillas, al tiempo que cerraba los ojos cual aprestándose a un rito.

—¡Hasta el jueves! —Y George creía que bastaba entonces con rozarle la barbilla.

—¡Careces de sentimientos, eres frío como los témpanos y esta mierda de casa la tienes hecha una pocilga! —Del reproche saltaba a la dulzura sin transición—. Déjale a tu Laurita que te la ordene… ¿eh, cariñito?

—¡Qué te huele el aliento, Laura; te apesta, vamos!

Ella callaba, toma empuje y aíl fin soltaba:

—Puerco sarnoso, gringo marica, cretino… ¡te juro que te odio! ¡Hasta nunca!

—¿De veras, amor?

Del portazo se estremeció gran parte del inmueble.

¡Solo al fin! Cuando ella se largaba, a George le invadían oleadas de sosiego. *Calma y autocontrol, boy: estás en el 10*. Mientras concluía de vestirse, la fantasía se le disparó en pronósticos: «¿Me querrán para un seguimiento o indagación? No se detectan motivos especiales de fricción internacional. Las relaciones USA-Spain atraviesan su segunda luna de miel. La Casa Blanca ama tiernamente a la Moncloa, y desde la Moncloa se lanzan guiños y bendiciones al *President*. ¿Habrá que bucear y darle caza a algún tipo kagebeniano? Ya en marzo del 77 detuvieron aquí y expulsaron a Yuri Pivovarov, y en julio del mismo año, a Guenady Vassilievich Sveshnikov. ¿Qué más se puede querer? Los de la *Spanish DIA* [3] se movían cual jabatos, y se bastaban y sobraban para jorobar al oso eslavo. ¿Se nos habrá, quizá, pedido que intervengamos con motivo de algún follón extremista? ¡Uf, qué fastidio, cualquiera sabe!». Los pies empezaron a sudarle.

George se detuvo para mirar el calendario de su reloj: 12.30 h.

14 MAR 78. ¿Iba a revelarse con el tiempo mía fecha histórica, un día D? El telegrama le alcanzó hacia las 11.25. Disponía, por tanto, de *casi tres horas* para hacer dos llamadas telefónicas y desayunarse.

¡No sueltes chorradas, anda! Ningún agente necesita armas. O casi nunca. Recurrir a ellas no es de profesionales. Eso, mételo bien metido en la sesera cuando operes a ultramar, ¿estamos? O.K., ¿pero y si uno se veía envuelto, sin comerlo ni beberlo, en situaciones de peligro? ¿Qué hacer entonces? Porque una cosa es adiestrar en la frialdad del laboratorio, y la otra, harto distinta, vértelas en el ajo, cuando te acorralan. ¿Me explico? *¡Ya estamos! Tú has visto mucho filme de Hitchcock… Jo, ¡utiliza la imaginación si te acorralan, que no lo harán! Conoces cientos de ardides, ¿o no?* Ya, ya… En teoría, querido profe, hay respuestas mil. *Y en la práctica, también.* ¿De veras? *Ponme un caso, un caso concreto.* Llegados a este punto muerto, George bostezaba.

Ésta iba a ser la primera operación que debería ejecutar George Vargas, alias Ruiz. ¿Y si llevase razón Laura cuando sostenía con pelos y señales que él, George, no era a la sazón más que un crío, un crío mimado por la opulencia y la fanfarria americana?

Marcó el número de teléfono de William; éste se puso a los pocos segundos.

—Ven —dijo—; aquí te esperamos.

—¡William! ¿Está contigo… Pedro?

—Ven, ven…

—¿Ahora mismo?

—¡Oh, ahora si quieres! —Y colgó.

En la voz de William advertíase calma absoluta, con cierta condescendencia. Era ésta la quinta vez que le oía. De Pedro, en cambio, no sabía más que el teléfono. William Stevens —curtido, denso historial en Latinoamérica— estaría jubilado, o eso afirmaba él, en breve, y entonces se largaría a Seattle, del Estado de Washington, para criar setas. William presentaba la faz, los movimientos y la sangre fría del sapo. Sonreía siempre. Con esa misma sonrisa hubiera sido capaz de escupir en la garganta de su padre.

Ya fuera del garaje el coche, fue ascendiendo por Lauria, y pasó

mentalmente revista a la caja de herramientas, el bolso «Adidas» y el botiquín. En la cuenta atrás iba apurando ahora el cero… Dentro de doce o quince minutos penetraría en el chalet de Stevens, en Tres Torres.

Contaba George la mitad de los años que su jefe. El ex capitán William Stevens, expulsado de West Point, héroe de la II Guerra Mundial en los servicios de seguridad militar del general Patton, luego sofisticado interrogador de prisioneros en Corea, ingresó en la Compañía en el 54. Nacido en Chicago, había cumplido los cincuenta y cuatro, y tenía esposa y tres hijos. Y por madre a una mexicana blanca —razón por la que hablaba español, y con acento hispanoamericano— y sólo le encandilaba una cosa tanto como el cuidado de plantas y flores o setas, y era la caza. En su hogar poseía dos docenas de escopetas, rifles, «Colts» y pistolas, más cierta colección de armas blancas —afilados cuchillos de finísima hoja— procedentes del fatarabuelo paterno, quien se distinguió como explorador y guía junto a los confederados.

De Pedro sabía George que era súbdito español, probablemente catalán, licenciado en Electrónica, y con similar edad a la de él mismo. ¿Que por qué siendo indígena laboraba para el Tío Sam? Numerosos eran los españoles en plantilla: periodistas, profesores, ingenieros, industriales, hombres sin carrera…

Con sus 27 años a cuestas, George Vargas sentíase una mezcla de adolescente y anciano; aun cuando no carecía de arranque viril y aun cuando solía crecerse con la adversidad; le faltaba —o eso temía él— madurez. Todo le sorprendía e interesaba, y en ese interés cabalgaba cierta ingenuidad y un espíritu rumiador y metafísico. Por fuera se le pudo creer calmo y a trechos sarcástico y frío; por dentro almacenaba grandes reservas de sentimentalismo y con efímera o esporádica capacidad para la violencia física. *You are American!*, le gritó, muy severo, Janings, psicoanalista de la primera etapa. *No eres europeo, George, sino americano*.

Mentira. George no podía ser un fruto genuino y puro de los Estados Unidos de América. El barniz sí ofrecía el membrete yanqui; es decir: la espontánea cortesía, la autodisciplina, el cartesianismo, la manía por la limpieza, las dotes de simplificación y el espíritu práctico. En todo ello se le veía harto apegado al «American Way of Life», y cuando en los tests psicotécnicos, durante el programa JOT

(Junior Officer Trainee), se le cuestionaba capciosamente qué o cómo se sentía en cuanto a ciudadanía, la respuesta era inequívoca —y lo era a pesar de preguntársele en castellano—:

—*I am an American, of course* —replicaba serenamente.

Era norteamericano. Se sentía orgulloso de serlo. Jamás pudo concebir que se le hubiera podido juzgar de otro modo. Y su capacidad de patriotismo —no ciego o ditirámbico, sino rico en autoanálisis— emergía indubitable. Sin embargo, en las capas interiores de su psique latía un alma latina, y su sentido de la belleza y de la filosofía, hacían de su «yo» lo que nunca dejó de ser: un humanista que vibraba por la Historia, las Letras y el pensamiento puro más que por la Ciencia y las Matemáticas. Ello no obstante, la política le apasionaba, y en su interior veía una clara subordinación entre la dialéctica democrática de los divinos griegos y la joven República igualitaria de Norteamérica. Era justo en ese hilo que unía y hermanaba a los atenienses con los independentistas de Nueva Inglaterra— aquellos revolucionarios de George Washington—, donde nuestro hombre pensaba que las dos culturas eran una sola, y por eso también se enorgullecía de sus orígenes mediterráneos. Porque de hecho sus progenitores —naturalizados norteamericanos en 1939— eran españoles: asturiano él y catalana ella. George hablaba inglés, castellano, francés, alemán y algo de catalán.

El hecho clave se encerraba en su lugar de nacimiento. Su existencia había transcurrido en Boston y Washington hasta 1978, año en que la Compañía le proyectó a España, y ya en ésta vivió al comienzo dos semanas en Madrid. Madrid le fascinaba. Su cobertura de estudiante en Filosofía y Lenguas Románicas resultaba impecable, y aún lo sería más al incrustarse en el orbe materno, en la metrópoli barcelonesa, donde prosiguió los estudios. Alquiló allí el ático en cierto piso de la calle Caspe, a corta distancia de la emisora decana.

Para George flotaba en su alma algo así como un segundo piso al que se sentía solicitado y en el que moraba a trechos; es decir: el presente en los Estados Unidos constituía su estado habitual, mientras que *el piso de arriba* —la España de sus antepasados— ofrecía dos rostros picassianos que le alucinaban. Por un lado estaba la Guerra Civil, con la actuación de sus progenitores —entonces con

23 años su padre y 19 su madre—. Y por el otro lado, el fin trágico del tío Paco, también combatiente en la lucha y que luego iría a parar al campo de exterminio de Mauthausen.

Sus padres eludían sistemáticamente aquella temática, mas los exiliados le habrían de narrar multitud de vivencias, las cuales llegaron, a modo de *flashes* deslumbrantes, a obsesionarle. Al decir de todos, Paco Girbal se extinguió en tal campo, el denominado de los irrecuperables para el nazismo; y la verdad es que murió no sólo por causa de la persecución hitleriana, sino rematado por la animadversión de cierto personaje llamado Carrasco Gómez, quien influyó cerca de la SS. (Lo de la intervención del nuevo régimen español es otra historia, y ésta se cuenta en dos palabras… Las autoridades vencedoras en la guerra fratricida *no juzgaron españoles a los casi 12.000 exiliados* de la contienda y reclusos en los campos de concentración, y con su desentendimiento pudo Himmler ordenar que todos ellos fueran enviados al otro mundo por medio de gas).

Según las referencias, Antonio Carrasco Gómez era varón de gallarda estampa. Hijo de vallisoletanos, nació en Ceuta, estudió en Salamanca y en su primer viaje al Mediterráneo conoció a la madre de George. La conoció y se prendó de ella, de su alegría y donaire, allá por el 35. El ceutí frecuentó los ambientes de Nuria, y la cortejó. ¿Llegaron a ser novios? Cuando las elecciones del 36, y tras la polarización de las gentes, Antonio Carrasco rompió con los amigos de ella.

Para Carrasco, Nuria y los suyos se encontraban en la pura herejía políticorreligiosa, y la ruptura entre ellos se produjo al modo calderoniano. El hombre, sin duda despechado, se afilió entonces al partido nazi de España y regresó a Salamanca. Y de allí se reintegró a Ceuta, viéndose nombrado cabo de Regulares en agosto de 1936. Concluyó las hostilidades con el grado de sargento. Licencióse en 1943, no sin antes desempeñar cargos oficiales y cumplir misiones en el III Reich, aunque a fines de ese mismo año se vio envuelto en un asunto de faldas que precipitó su ruina. Su oponente era un teniente coronel del SIM (coronel con la República) al que Ungría, en atención a sus.dotes singulares, aglutinó en las filas de la seglaridad militar de posguerra. Carrasco era hipersensible a las cuestiones ideológicas. Así, además de intentar

ponerle cuernos al rival, hubo de llamarlo *rojo y saboteador*. De esta forma tan pintoresca se vería Carrasco con la licencia en sus manos. ¡Fue expulsado! Instalóse entonces en Madrid y aceptó un puesto de auxiliar en la Clínica del Remedio, ahora desaparecida. Y eso es casi todo lo que de él se supo, pues en 1951 se pierde su rastro.

Los exiliados españoles aludían a Carrasco con plásticas voces: *cruel asesino, paranoico, Torquemada junior*… El emigrado Olivares, santanderino afincado en los EE.UU. desde el 59, clamaba por su parte que los «casos como Carrasco, sin duda enfermo del hígado, no eran escasos —y añadía luego con fuego en la mirada—: La madre patria es tierra de envidiosos y muertos de hambre, y allí, os lo juro, la mala leche y las ganas de joder al prójimo hacen del hispano un nauseabundo espantajo». De ahí que Olivares mudara nombre y apellidos, y se diera a conocer luego como Thomas Washington, se expresaba en correctísimo inglés-americano y tanto él como sus descendientes rehuían a los hispanoparlantes. Ahora estaba de ascensorista en el «Empire State Building».

En el listín telefónico de Valladolid figuraba el practicante Antonio Carrasco Gómez; justo la identidad de nuestro personaje, pero en la sede garantizaron a George que el individuo no guardaba relación con el que se buscaba. La coincidencia de apellidos no es infrecuente en España.

No ignoraba George que al hacer causa común con sus progenitores, podía resultar víctima de subjetiva e injusta apreciación. ¿Y si se demostrara que la calificación de cruel asesino con que se había *galardonado* al individuo carecía de fundamento? En fin, una de esas historias truculentas, de odio y sangre, con inequívoco sabor lorquiano, como sólo se registran en la inmortal España.

Ya en el distrito de Tres Torres, torció por Doctor Roux y al poco enfiló hacia el interior de «La Joia», mansión modernista, custodiada por altos cipreses. El día era grisáceo, no frío, pero húmedo, y la contaminación tornaba casi táctil la atmósfera de gases. El ruido allí era menor y se respiraba un sosiego que a George le recordaba el de las zonas modernas de su ciudad natal.

«Deja el piso de los trastos viejos —se decía para sus adentros—, y piensa que este Antonio Carrasco del demonio ya no figura, sin

duda alguna, entre los vivos, y seguro que está más cerca de los cuadros de Gutiérrez Solana o de los esperpentos que en el Rastro madrileño encontraría cualquiera por cuatro perras, que de la realidad. A lo mejor, si me diera de narices con ese Antonio Carrasco haría con él buenas migas. ¿No sabes ya que los españoles son muy dados a la hipérbole? Torquemada era español, pero también debieron serlo Otelo, Hamlet, Fausto, Raskolnikov, el Dr. Jekyll, Juana de Arco, y todos los brujos dementes, sádicos y lascivos del mundo entero».

El *jardinero* de William detuvo a George con elocuentes gestos, y luego al identificarle asintió con la cabeza. Con el rostro picado por la viruela, el maduro pirenaico ostentaba manos que semejaban garfios. Sólo dos veces le vio en tres años, pero se le había clavado en la memoria. Sus ojos eran los más impasibles y fríos que viera nuestro hombre.

—¡George! ¿No sabías —exclamó William al ver al joven penetrar en el salón-biblioteca, adelantándosele con la diestra abierta— que en el 52, hallándome de paso en Hollywood, me propuso John Ford que fuese el doble de Peter Lorre?

Gratamente perplejo y baja la guardia, el visitante apretó la mano que se le tendía, al tiempo que advertía, sentado atrás y observándole glacialmente, al inevitable Pedro. El golpe no se hizo esperar: era el estilo William; primero creaba un clima de cordialidad y luego atizaba.

—¡Estúpido George! ¿Cómo pudiste, necio, cometer el error de mencionarme a mí por el nombre y lo mismo Va Pedro en la llamada telefónica? ¡Novato, inútil, hijo de perra! No te abro en canal aquí y ahora porque otros lo harán por mí mañana. Y cuando te hagan la autopsia de vivo en vivo te escupiré, jodido.

A George se le heló la sangre. Pedro le miraba con ojos inescrutables.

—Pero… —balbuceó el aludido, inmóvil y trémulo. ¿Conque éste era Pedro, el todo-músculo-y-nada-cerebro, el gorila, parachoques y filtro? Creyérasele todo, quizá ladino, y de estudiada violencia; y sin pasado ni presente. Con jersey gris, pantalones téjanos y zapatos de alto tacón. No sugería capacidad de lucha, pese a su grueso cuello, pues era poco alto, de mandíbula hundida, faz descolorida rozando quizá la anemia y además muy estrecho de

hombros, parecido a los matones de Al Capone, allá por los treinta.

—¡Vamos, toma asiento, hijo! —repuso William, ahora paternal.

—¡Jamás vuelvas a insultarme! —gritó George, volviendo a bajar tontamente la guardia.

—¿Whisky? *Okay!* —se volvió William de espaldas y del minibar extrajo y llenó tres vasos; el primero lo entregó al guardaespaldas y el segundo al recién llegado—. Querido amigo, te quiero. Considérame tu papi. Mira, *baby*: tu cobardía es incurable. Por eso no le sirves a la Compañía. Si supieras cómo le supliqué al jefe que te licenciaran… ¡Ni caso! Oye… ¡qué cobardón eres, qué caguetas y qué mariquita! No me sirves ni para olerme los pedos. Te enterraba vivo, lo juro; te vaciaba medio cargador en tu apestosa barriga. Vives, estudias, duermes y jodes a costa del Tío Sam, y tú, ¿qué le devuelves a cambio? ¡Jo! Percibes oro y pagas con mierda. Con macarras como tú, se nos hundía la nave en menos tiempo del que se necesita para exhalar dos suspiros.

William gritaba con increíbles matices que iban del trueno a la dulzura lánguida; del bajo-ronco del matón de burdel al femenino-agudo de la histérica.

—¡William, Will…! —y a George se le quebró la voz. (Luego recordaría esta quiebra con profundo desprecio hacia sí mismo).

—Otra palabra de tu boquita de cisne y le sugiero a ése que te llene el buche con plomo americano. ¡Siéntate y calla! —y ahora con suavidad de nodriza negra y gangosa—: Obedece cuanto te ordene, chaval.

Entre jadeante y perplejo, George tomó asiento en el sofá del ángulo opuesto al que se hallaba Pedro; sus manos y barbilla le temblaban de modo grotesco y se sentía desfallecer. «¿Acaso la agonía se parece a esta sensación?», le cruzó por la cabeza. Ingirió el whisky de un trago. Seguía teniendo seca la garganta, y el frío del Polo Norte parecía habérsele aposentado en el estómago. Le embargó el más violento afán de chillar.

—¡Quiero oír tus disculpas! —bramó George, señalándole con un dedo.

George se levantó de un brinco, y al cabo de varios instantes exclamó a cortísima distancia del jefe:

—¡Desfasados estáis los sargentos chusqueros y sarnosos como tú! Y esos métodos de los 50, cuando la guerra fría, huelen a

podrido. ¿Por qué no me preguntas lo que eres en realidad? ¡Eres un cabrito nauseabundo, una rata de cloaca! Perteneces al paleolítico, destruyes lo que tocas, y… ¡tú eres quien daña a la Compañía y no yo!

William volvióse de espaldas al tiempo que inclinaba la cabeza a un lado; con lo cual Pedro se incorporó presuroso y salió para volver al cabo de poco con un maletín, que entregó al jefe.

—Relájate, chico —repuso William con su babosa sonrisa—. Tranquilo, eso es… Piensa en los bosques de Arkansas. Siéntate. Así… Antes se utilizaba el polygraphe y ahora el VSA (Voice Stress Alanyzer) sustituye al viejo armatoste para detectar mentiras.

—¿Qué pretendes?

—¡Oh, vamos, calla ya! ¿O no te has desahogado bastante? ¿Tú qué crees, Pedro?

El aludido se encogió de hombros.

—Cofradía de brujos, locos, sádicos, maníacos —murmuraba George.

—¡Silencio! —gritó William al tiempo que agarraba al joven por el cuello, como dispuesto a estrangularle—. Relájate.

William abrió lentamente el maletín, y lo colocó sobre la mesilla, junto a los vasos. Aparecieron tres departamentos en su interior: en el primero, media docena de *cassettes* y bobinas de papel; en el segundo, el magnetófono último modelo; y en el tercero, los dispositivos para el registro de la voz más la tira de papel con los que obtener constancia gráfica de las vibraciones y oscilaciones.

Los antiguos detectores funcionaban al modo del electroencefalograma (EEG), con hilos conectados al cráneo y su técnica se fundaba en el conocido registro de las alteraciones de las ondas cerebrales. Con el VSA se llegaba ahora al mismo resultado, y el nuevo procedimiento, sin necesidad de hilos ni conexiones, se basaba en el sutil registro de las microondas emitidas por la voz. Con lo cual resultaba factible la aplicación del detector a cualquier persona y, para colmo, sin que ella misma lo supiera. La aplicación se revelaba eficaz lo mismo cuando se controlaban conversaciones telefónicas que cuando se escucha a alguien por el canal radiofónico o en cadenas de televisión. Y asimismo se podía aplicar grabando los textos de algún conferenciante en actuaciones públicas. La tira

de papel que giraba iba indicando por medio de cifras los grados de veracidad o embuste atribuibles a las declaraciones del sujeto. Sencillo: menos de 50, autenticidad, verdad; más de 50, falsedad parcial o mentiras.

—No hay semana en la Compañía que se pasen sin él, desde los altos tiburones hasta la pescadilla. Todos por el aro. A nadie se sacraliza: es la regla. Quieto, ¿entendido? En cuanto al interrogatorio, las leyes son las mismas que con el «polygraphe». Ahora algunas preguntas para ver cómo te portas; ya ves que tengo ante mí tu ficha…

—Obedezco por disciplina.

—¡Oh, sí! Bien, ¿preparado? *Okay!* ¿Cómo te llamas?

—George Vargas.

—¿Fecha de nacimiento?

—El 19 de octubre de 1951.

—¿Nombre de tu padre?

—Andrés.

—¿Nombre de tu madre?

—Nuria.

—Perfecto —dijo William—. ¿Ves esta tira? CO 10 1. ¡Dices verdades! Cuando mientas, sobre el papel veremos el 67, el 74, el 95… Por ejemplo. A partir de ahora me responderás Sí o NO.

Pedro bostezaba de hambre o de aburrimiento, pero no mostraba ninguna ansiedad y apenas curiosidad.

—¿Has traicionado a los tuyos?

—No.

—¿Has entregado mensajes secretos al enemigo?

—¡No!

—¿Te drogas?

—No…

—¿Abandonarías la Compañía? ¿Odias a tu país?

—¡Tramposo! ¡Dos preguntas simultáneas y contradictorias… no!

William estalló a reír. Pedro comenzó a pasearse.

—¿Has ocultado información?

—No.

—¿Te has propuesto ingresar en algún partido comunista?

—No… no… ¡Nunca he sido comunista!

—¡Oh! Recuerda: sí o no; nada más. ¿Conforme? Eres encantador… Atento: ¿tampoco fueron comunistas tus padres?

—No.

—¿Te has vuelto homosexual?

—¡Mierda, cabrito del infierno!

La tira de papel se iba deslizando hasta el suelo, lentamente, con cifras bajas.

—¿Es comunista esa Laura que te encandila?

—No… Es decir, no sé que pertenezca a partido alguno.

—¿Me asesinarías a mí?

—No. Solamente te arrancaría la piel a tiras…

El papel arrojó la cifra 058.

—¡Me gusta este macarra; tiene estilo! —gritó William—. Dime: ¿cómo te definirías? Poeta, quizá.

—No.

—Y el VSA indica que sí; que eres poeta. ¡Para morirse! Si Dulles resucitaba y te veía, se moría de asco. Bien: ¿te imaginas ser tan duro, por ejemplo, como Bogart?

—No… no… ¿Qué clase de interrogatorio es éste? Tú estás chiflado. Te tomas a guasa el trabajo. Vamos a ver, William, ¿qué te está ocurriendo?

—Prosigo. ¿Te juzgas ciudadano honorable?

—Sí.

—¿Te crees guapo?

—No… quizá sí… ¡Qué sé yo, y qué rábanos importa eso!

—Silencio.

—Dime: ¿jugarías ahora a bolos o a trenes de miniatura?

—No…

—¡Y el aparato dice que sí! Eres un sujeto inmaduro. Dime ahora, ¿simpatizas con Pedro? ¿Te cae bien? —No… Ó sí…

—¡Continúas mintiendo! Nos detestas a los dos. Dime ahora, y pon atención: ¿preferirías convertirte en ciudadano soviético?

—No.

—¿Crees que tu madre es una mujer decente?

—Te lo juro, William; en cuanto pueda te mataré.

—Olvida la pregunta. Reprime tu susceptibilidad, vamos… Careces de sentido del humor. No te pido el talento de Twain ni la chispa de Woody Allen. Aunque puestos a buscar semejanzas, me

recuerdas en lo físico a Stan Laurel. Veamos, chaval: ¿cuántas veces has hecho el amor con Laura? ¿Unas ochenta?

—No. No sé.

—¿Le pagas de algún modo?

—¡Canalla!

—¿Te ha pedido ella algo, quizás un viaje a los Estados Unidos? ¿De veras no te ha rogado que la lleves a Hollywood?

—No… no…, ¡no! Mira, gusano: ella es mejor que todos nosotros.

De repente, como si hasta aquel momento hubiese estado representando alguna comedia —y ésta ya hubiese concluido—, William se volvió de espaldas, miró a Pedro y se ausentó del lugar. Pedro se aproximó a la mesilla, detuvo los dispositivos de la VSA, cortó el papel y se lo llevó todo. Súbitamente amable, con una amabilidad insospechable en él, dijo:

—Discúlpanos, George —su voz era humana y pretendía ser conciliadora—, ¿Ignoras que William está muy enfermo del hígado? ¿No te ha dicho que le van a operar y que en breve se largará a Washington?

George se levantó, algo sorprendido, dio algunos pasos y volvió a encararse con Pedro, que llevaba el maletín bajo el brazo, y le ofrecía un pitillo.

—¿Debo pensar que mi compatriota anda medio loco? —murmuró George, al tiempo que encendía el cigarrillo con la lumbre del colega.

—Piensa que está muy enfermo —repuso Pedro en voz baja—. Treinta años y pico de servicios. Da pena. No sé cómo resiste. ¿Cómo serás tú en 1998…?

—¿Y qué quieres: que lo suba al Tibidabo? Si necesita reposo, que lo jubilen. ¿Qué te hace pensar que debemos resignarnos a ser sus víctimas por piedad?

—Se supone que eres un profesional —aquí la voz de Pedro se endureció—. ¡Sabes muy bien por qué se ha entregado a esa escena! ¿O no lo sabes?

—Claro, para conocer la verdad, para curtirme, para cumplir órdenes…

—En tu lugar, me mostrarla compasivo. Tiéndele tu mano cuando venga.

—Dime antes por qué te metiste tú en esto…

—Varios fallos has cometido hoy, compañero, mas… ninguno tan grave como tu pregunta, ¿no crees?

—¡Olvídalo! —gruñó George.

—En la inactividad, te has oxidado. ¿Recuerdas algo de lo que te enseñaron, confiesa, recuerdas algo o no?

—Lo siento. Dije que lo olvidaras. ¿Qué más quieres?

También Pedro saldría de la habitación, llevándose el detector, y no regresaría hasta pasados algunos minutos. George se había serenado. Recorrió varias veces el salón a grandes zancadas. En las cuatro paredes había estanterías con libros desde el suelo hasta el techo. El ventanal que daba al jardín estaba preservado con gruesos cortinajes que impedían la visibilidad desde el exterior.

El William que volvió parecía el psiquiatra que emite su diagnóstico.

—¡Mi enhorabuena, colega! Reacciones normales. Salud, entereza, rapidez de reflejos, lealtad. Ni el más ligero desvío. Informaré favorablemente.

Tomaron asiento en los sofás del centro. Pedro regresó y le manifestó a William, señalando a George:

—La inactividad es peligrosa.

—El tedio mata; lo sé. ¿Sabes, muchacho, que temía encontrarte peor? —declaró William.

—Y urge recuperarle, pues la próxima semana… —apuntó Pedro.

—¿Qué notas obtuviste en los ejercicios de tiro y en explosivos?

—¡Está bien! —gritó George, levantándose con súbita crispación —. Sois mis hermanos del alma. ¡Os pido disculpas por mi comportamiento! Pero quede claro: en mi contrato se establecía con meridiana claridad que yo no iba a ser agente de choque. Si os habíais imaginado que me prestaría para liquidar a alguien o para algo parecido, ¡andabais muy equivocados!

William asió suave y fuertemente de un brazo al joven y le obligó a sentarse, y esta vez a su lado; luego le tomó la cabeza con las dos manos —casi como lo hacía Laura— y le dijo con calma:

—La disciplina es el principio número uno. El principio número dos consiste en saber escuchar y no precipitarse dándole al palique. ¿Tú me entiendes, George, me entiendes, hijo?

—*Okay!*

—¿Sabes de dónde proviene tu mayor defecto? Pues de tu espesa sangre española. Los españoles son gente maravillosa, ¡oh, sí te lo juro!, ¡tanto como los mexicanos! Pero de ordinario suelen creerse más listos que Satanás, y toman deducciones antes de tiempo. Ahora bien: tú eres medio americano. ¡Toda tu vida estuviste en América! Puedes y debes ser más calmo. La rebeldía no conduce a los españoles a parte alguna. ¿Conoces el secreto de la grandeza yanqui? La disciplina. ¿Y la clave de nuestra eficiencia? La serenidad. Bien: ¿qué es lo que has comprendido?

—Disciplina y serenidad —replicó George—. Los dos pilares de América.

De vez en cuando, William se ponía las manos en el hígado, y a trechos parecía ausentarse con el pensamiento. Se iba poniendo lívido.

—¿No te has tomado las pastillas, verdad? —preguntó Pedro.

—¿Te han contado lo que ha gastado el Tío Sam en ti? Alrededor de cien mil dólares. Cien mil dólares del contribuyente americano. Tú eres una inversión. Como un hermoso abeto, un olmo, un sauce, pongamos por caso… Eh, ¿te gustan a ti los árboles frondosos de Ohio, Virginia, Florida? Pues bien: ese árbol ha crecido. Tras mimársele con excelentes abonos, tras regarlo, nutrirlo… ahora es mayor de edad, y debe dar sus frutos. Tu misión es salvaguardar la patria. Eres su defensa. Para que el país no sea saboteado, para que nuestros hijos vivan sin temores y en salud. ¿O prefieres que le arrojen medio millar de misiles con cabeza nuclear? No querrás que los osos del Norte suelten sobre Nueva York cinco bombas de hidrógeno o que se nos extermine con los dispositivos de la guerra bioquímica. Tú amas a tu país, ¿verdad? No me respondas si la pregunta te incita a mentir…

George se sentía incómodo y odiaba los chistes de William.

—Creo —exclamó William, frotándose las manos, en tanto le arrimaba a Pedro un golpecito amistoso—, creo que George va comprendiendo. ¡Buen muchacho! Te juro que el detector revela que se encierra en ti lo mejor; ¿Acaso no te di antes la enhorabuena?

—Al grano y no divagues ni me sermonees. ¿Qué queréis de mí?

—¡Al grano! —coreó William, mirando a Pedro muy satisfecho

—. Tipo viril. Oye: ¿no habrás creído nada de lo que antes te dije? Que si macarra, cobarde y todo eso. Escúchame bien: ¿te puedes poner en mi lugar, eh? ¿O nó puedes?

—¡Por todos los santos, te comprendo, William! Eres el jefe del grupo. No ignoro que arrastras enormes responsabilidades. Te ordenan y has de obedecer. Constituyes un eslabón. Pedro, otro. Yo, otro más. Todos somos eslabones. No te acuso. Pero… ¡yo firmé un contrato, y en él se especificaba claramente mi futura misión! Yo sería enlace, informador, analista, agente de seguridad; podría transportar personas o cosas. Y obedecería sin chistar. Sin preguntar más de la cuenta. Pero no se indicó que debería matar ni practicar sabotajes o secuestros ni chantajes. ¡Nada de todo eso constaba en el contrato! ¡Y puesto que no constaba, no lo haré!

Aquí William y Pedro intercambiaron expresivas miradas; ambos escuchaban inmóviles y fríos. Se diría que estaban fatigados y desilusionados.

—¿Me dejas que pruebe yo, mientras tú reposas? —preguntó Pedro con cierto temblor en la voz.

—No, gracias. De veras, Pedro: muchas gracias.

—¡No me des las gracias, por favor, eso sí que no!

—¡Sí! Te doy las gracias porque eres un amigo. ¡Yo valoro la amistad!

Hubo un tenso silencio. William repartió cigarrillos. A William le divertía arrojar circulillos de humo, que exhalaba con singular destreza.

—No, Pedro; no quiero que intervengas —repitió William, lastimeramente.

—¡Cómo quieras! —replicó aquél—. Lo siento.

—No… Yo quisiera, George, que tú y yo hablásemos ahora de hombre a hombre. ¿Comprendes o no? Deja de lado mi jerarquía. Por otra parte, y no lo olvides, en cualquier momento vendrá el relevo. ¡Si ya estoy más que gastado! Para este trabajo yo soy como Matusalén de viejo. Me sirvo de estratagemas clásicas. Actúo como nuestros queridos adversarios, los rusos. Mis trucos y ardides daban fruto antes, durante la guerra fría, contra los nazis. Ahora casi me doy pena y asco de mí mismo. ¡Jo! Pobre Compañía si todos sus peones tuvieran que resultar tan infortunados y memos como yo… Si todos fueran como yo, ¡óyeme!, los rusos se plantaban en Nueva

Jersey en menos de dos horas. ¡Palabra! Y jorobarían a todas nuestras mujeres y a todos nuestros niños. Menuda chusma esos hijos de Luzbel. ¿Sabíais vosotros que en la URSS meten en manicomios a todos cuantos se atreven a deslizarse a la oposición? Dime, George, ¿sabías tú eso?

El aludido alzó los brazos con impaciencia.

—Me gustaría, siquiera para centrar la cuestión, que me hicieras un breve relato. Porque lo que pretendo es que nos comprendamos. Quiero entenderte y que tú me entiendas, George. ¡En forma esquemática, eso sí! ¡Ya imagino que no hay en ti madera de Hemingway! Relátame lo que hiciste en la Compañía desde buen principio. Aludes condensadamente los principales hitos. ¿Me sigues o no? Quiero descubrir el perfil de tu profesionalidad. Aspiro a ser honrado contigo, y por lo mismo confío y exijo que tú lo seas conmigo. ¿Querrás complacerme, por favor? ¡Oh, gracias!

George no acababa de comprender. William poseía

los PP[4], amontonaba fichas, referencias, análisis psicotécnicos y ahora acababa de someterle al detector de mentiras. ¿Qué podría él narrarle que no supiera ya?

—¡Quiero que me digas lo que ya sé!

—¿Por… qué? Es decir y perdona: ¿para qué? Me parece absurdo…

—Pienso, luego existo. ¡Descartes! Cuando se vacila, hay que empezar por el ABC. Te lo suplico, hijo; házmelo como un favor personal —la voz se le quebraba de tal modo que George comenzó, sin saber por qué, a asustarse.

—¡Sea como quieres! ¿Por dónde empiezo?

—Primero que nos traiga whisky Pedro. Luego empiezas por donde prefieras. Vamos, te sugiero que inicies tu sintentizada narración por el día que firmaste el contrato. Cuanta mayor intimidad y sinceridad le imprimas a tu relato, mayor contenido humano tendrá, y más nos gozaremos o aprenderemos los tres. ¡Te escuchamos! Un consejo: sé fiel a ti mismo; vamos, fiel a tus ideales. Pedro repartió vasos de whisky con cubitos de hielo. Los tres hombres se arrellanaron en sus respectivos sofás. William y Pedro ofrecían actitudes bondadosas, casi ingenuas.

—Ya sabéis que nací en 1951 y que mis padres son españoles. ¡Qué aburrimiento contar ahora mi vida! ¿No lo grabáis? No; ya veo

que, no. Prosigo. Soy norteamericano de origen español. Vine al mundo en la ciudad de Boston. Mi padre anduvo liado durante los años de la Segunda Guerra Mundial junto a británicos y norteamericanos, en las filas del SOE y luego de la OSS. Después, ya concluidas las hostilidades… Perdón, creo recordar que debía iniciar por el día que firmé contrato.

—¡Eres increíblemente sano! —sentenció, grave, William—. ¿No estás de acuerdo, Pedro? Si discrepas, di: *Yo discrepo*.

—¡Por supuesto que estoy de acuerdo, William! —replicó Pedro, entre rígido y conmovido.

—Bien… —y George, que se sentía confuso y como a punto de adivinar el sentido de algo que se le escapaba, no acertó a coordinar sus pensamientos y se le hacía cuesta arriba seguir el hilo—. Prosigo. Primero rellené los formularios de la inscripción y los mandé a Langley por correo certificado, aunque no sin antes prevenirles por teléfono. La investigación en torno a mí y sobre mis antepasados se prolongó a lo largo de seis o siete meses. Como yo había cumplido el servicio militar, y lo cumplí en Washington, cerca del Pentágono, quedando por tanto libre de tener que partir para Vietnam, fui convocado en las oficinas de la JOT, en Quarters Eye. Allí me recibió cierto Random. Hablamos durante dos horas sobre mis estudios, mi preparación lingüística, mis aspiraciones, mis dotes, mis predüecciones. ¡Todas mis fobias y filias salieron a relucir! Al dejar a Random, que tomó cuidadosa nota de mis declaraciones, fui seguidamente entrevistado por Vernon, Wayne, O'Nealy y Gutiérrez, cada uno de ellos al frente de otras secciones. Luego fui sometido a revisión médica para establecer mi salud física-mental y la futura curva de vitalidad. ¡Qué engorroso era todo eso! Tests psicotécnicos para determinar el grado de inteligencia, tests para identificar mis auténticas motivaciones y mi personalidad oculta, tests para poner de relieve mi carácter y temperamento, tests para conocer la calidad de mis reflejos… Los tests de Kudor, Wechsler, Stanford, Willkings, Kraznowsky, Whering, etc. Luego las entrevistas interminables y extenuantes del psicoanalista. A continuación, preguntas y más preguntas con el detector de mentiras antiguo. Ocho a diez días en conjunto. Yo iba cayendo en la cuenta, poco a poco, de que mi padre llevaba razón cuando me indicaba que operar para la Compañía en España iba a ser, casi con

toda certeza, el quehacer que se me encargaría, caso de aprobarse mi propuesta. ¡Perfecta sería mi cobertura en España! Hijo de españoles, perfecto dominio de la lengua, conocimiento de las diversas peculiaridades que componen el mosaico hispano… Por otro lado, mi mayor ilusión era operar aquí. No en Latinoamérica, no en el resto del Viejo Continente o en África, sino aquí. Además, viniendo a España cumplía el doble objetivo de mi vida: hallar la identidad (¡las raíces, como diría ahora Alex Haley…!), descubrir el pasado de los míos, y, a la vez, sumergirme en los estudios de Filosofía y Letras. Todo cuajaba. Ningún hilo quedaba suelto. La cobertura resultaría impecable. De tal guisa serviría a mi patria y, simultáneamente, robustecía mi propia personalidad. Pude haber solicitado el ingreso en la DIA [5], cual hiciera mi padre, pero ni él ni yo juzgamos idóneo ese paso, porque en la Compañía los quehaceres asumen la más completa gama de trabajos.

George se detuvo. William y Pedro le contemplaban sin pestañear, la mirada afectuosa. Había en aquello cierta mezcla de culpabilidad y a la vez el sentimiento de peligro inminente o de ceguera; era ese sentimiento parejo del que se sabe estar cavando su fosa. «Por poco que baje la guardia, estos bellacos me verán suspicaz y nervioso, y se desencadenará en ellos la más atroz desconfianza —pensaba George—. Si sospecho vagamente de algo, si presiento que me tienden trampas, convendrá que las descubra cuanto antes… o luego será ya demasiado tarde». Pero por más que se devanaba los sesos, no acababa de cristalizar su fantasía deductiva en algo concreto.

—Luego, ya sabéis, firmé el Contrato; es decir, no era exactamente un Contrato, sino esa típica declaración en la que se certifica haber tenido acceso a cuestiones secretas, siquiera de organización, que afectaban a la seguridad nacional. Hubo un párrafo que me impresionó; decía:

> *… me comprometo por mi honor a no revelarabsolutamente a nadie ninguna de las cosas quehe podido ver, oír o imaginar; y si contraviniendoeste compromiso, traiciono a los míos, acepto deantemano ser procesado por los Tribunales Militares,y renuncio a cualquier defensa a fin de esclarecerel grado y volumen de mi traición.*

»El término *traición* asumiría para mí ecos especiales. Hay otras voces que me inquietan no menos, y son —George se sonrió como si tuviera compasión de sí mismo— Pearl Harbor, presidentes Wilson, Roosevelt y Kennedy, USA, muerte, España, y… Bien, cada una de esas voces me impresiona o desazona por distintas razones; algunas me complacen y otras me inquietan, pero todas me traumatizan de alguna manera. Ignoro la causa. Quizá yo sea un poco… —carraspeó, tragó saliva y añadió—: un poco inmaduro. Solamente dos meses más tarde firmé el Contrato con la Compañía. Ya sabéis cómo es, el documento, aunque imagino que con el tiempo su contenido se va sofisticando, y tengo para mí que el mío (el que yo firmé) será bastante diferente del vuestro, mayormente del tuyo, William.

»Antes de proseguir, creo que estoy obligado a confesar que… Quizá no resulte indispensable abordar cierto punto, pero tengo necesidad de sacarlo afuera. Y es que, desde hace tiempo, justo al poco de ingresar en la Organización, fui adquiriendo la certeza de que cuantos militamos en esto estamos cerca de cruzar la frontera que conduce a la paranoia… Perdonadme. Si no sufrimos de manía persecutoria (lo cual ya es de sí el mayor triunfo), sufrimos delirios oníricos… y despiertos, vemos fantasmas por doquier. El hábito de engañar nos confunde a nosotros mismos… ¡La caza de brujas de McCarthy! Me temo que nos vamos alejando de la cordura para caer en manos de ciertos módulos de nuestro cerebro, que fabrica enemigos con mayor rapidez de la que fuera necesario para destruirlos. Primero nos tornamos tortuosos, luego la inteligencia se nos afina a extremos de femenina genialidad y quedar prisioneros en la red de nuestras propias fantasías morbosas, para luego caer, estrepitosamente, en la neurosis. Tengo entendido que a numerosos curas católicos les acontecen fenómenos similares, aunque por motivaciones distintas; a ellos la inmovilización sexual les aliena el juicio. A nosotros, el tornar oficio y norma de conducta la suspicacia, nos vuelve, al fin, incapaces de diagnosticar la realidad. ¡Le buscamos tres patas al gato! Creemos más verosímil lo absurdo que la sencilla realidad cotidiana. Total: un quehacer de brujos y maníacos. Esto es… lo que pienso. No me… dejéis mentir.

El pétreo silencio de William y de Pedro respondía, claro, a cierto designio cuya comprensión escapaba a George. «¿Qué

importará lo que ellos rumien? —se decía para sus adentros—. Ahora me importo yo. Cuando uno se vacía (y el pensamiento era de Laura), cuando uno se queda tiritando con su alma transparente, emerge, por así decir, más limpio; se desembaraza de lo superfluo y queda elevado a otra dimensión de mayor pureza. Bueno, o Laura estaba como un cencerro o le cabía en esto más fuerza y verdad que al más encumbrado yogui hindú». George quería llegar al límite con su honradez. Sus ojos centelleaban con brillo febril, y una inquieta sonrisa vagaba por sus labios. Le sudaban las manos, y se imaginaba que sus mejillas habían sobrepasado el máximo de rojez y estaban, sin embargo, pálidas. Tras su excitación psíquica se traslucía la extenuación.

—¿Cómo explicarse, de otro modo, tantas entrevistas con los detectores de mentiras, y tanta insistencia en los mismos esquemas? ¿Se droga usted, es homosexual, ha sostenido contactos con agentes de otras potencias? Responda sí o no: ¿Se toma tranquilizantes, ingiere somníferos, ha pensado algún día en suicidarse, tiene el complejo de Edipo, ha sostenido relaciones sexuales con su madre o su hermana, qué viajes al extranjero ha hecho, qué autores literarios no americanos le gustan, qué músicos le agradan, ha laborado alguna vez en grupos, de extrema izquierda o de extrema derecha? Piense antes de responder: ¿qué miembros de la Compañía conoce? ¿Ha leído a los autores que denigran a la Compañía?

»Todas esas preguntas me fueron hechas no una sino docenas de veces, con terca insistencia; incluso diría con estúpida impaciencia. Y yo me preguntaba con horror: ¿qué clase de gente dirige la salvaguarda de nuestro país? ¿Son una pandilla de paranoicos, quizá rabiosos enfermos del virus anticomunista, mentecatos de vía estrecha y sin agilidad mental o ratas de biblioteca con manía burocrática y loca obsesión por los tests?

»He de confesar que cuando el 12 de noviembre de 1976 se me comunicó que aceptaban mi candidatura y que pasara a recibir adiestramiento técnico y práctica para actuar en ultramar, confieso, amigos, que me estremecí de angustia… Algo de esa impresión se debía de reflejar en mi semblante, pues Random me conectó con Wallace, Hugh Wallace, para que hablara con éste. Entonces, todo mudó de forma y de color. La noción de estrechez y de miopía intelectual que había adquirido al principio cedieron el paso a otra

imagen diametralmente opuesta. Wallace, que parecía leer en mi cerebro, me invitó a comer en la propia sede, en Langley. Bien, entonces comenzó la operación de… cirugía, para convertirme de neófito en técnico de la información. La cual se prolongó a lo largo y ancho de catorce meses. Ya sabéis que al ingresar no se nos pregunta qué nos gustaría hacer. Mandan los tests. Muy amablemente, el psicólogo Johnson-Daves me dijo:

»A ti, muchacho, no se te darían los trabajos científicos o burocráticos porque arrastras una desmedida carga imaginativa, pero asimismo no te van las tareas de choque, digamos las de primera línea, en vanguardia, a lo Sorge, porque tienes ese lastre imaginativo, y te faltaria sangre fría. En ti sólo pueden encajar las tareas intermedias: directivas, no de subordinación, pues eres demasiado insumiso y rebelde; o más que directivas, rectoras. Como pensador no hay en ti talento suficiente, y por eso no tienes cabida en la sede; aquí tenemos necesidad de auténticos talentos. Eres el hombre de acción a medias. Ahora bien, en ese plano a medio camino puedes rendir al máximo, y yo te auguro un porvenir brillante. Pero ahora quiero que me digas si has asimilado mis palabras y cuál es tu sentir.

»Mi sentir no podía ser distinto. Aquel psicólogo me había desnudado tan sabia y hondamente que no me pareció cuerdo discrepar. Entonces me mostró el organigrama con las actividades de la organización. Pasé rápida revista. No, yo no me veía como criptoanalista, coordinador, traductor, investigador científico, programador, analista, kremlinólogo, creador de proyectos especiales, actividades balísticas o logísticas, asesor legislativo o jurídico, consultor de seguridad, ni en las mil y una restantes tareas que componen el universo de la Compañía. Absoluta razón le asistía a Johnson-Daves: aun cuando yo nunca formulara una concreta oferta de servicios, era indudable que en mi inconsciente figuraba ya el convencimiento de que únicamente podía convenirme o agradarme el quehacer directivo de una red informativa a ultramar. Para decirlo de otra manera quizá más gráfica, lo que se me da es la dirección de un conjunto de peones; me gusta la responsabilidad y aún me gusta más la audacia dentro del juego planificado en frío… Al término de mis catorce meses de aprendizaje, volví a verme con Wallace; para entonces había ya recorrido un larguísimo camino.

Sabía de ideologías no democráticas y de política e Historia. Conocía cuestiones de Derecho Internacional. Me perfeccioné en el dominio de la lengua española. Aprendí las bases de la seguridad nacional y la forma de entenderla desde las estructuras de la Compañía. El análisis de las tácticas de infiltración soviética asumió especiales caracteres.

—Resumiendo: ¿qué materias te enseñaron en esos catorce meses? —preguntó William.

—Aprendí materias tales como criptografía, tintas simpáticas, armas y explosivos, uso de misiles y bombas nucleares y de hidrógeno, particularidades de la guerra bioquímica, lucha con arma blanca, judo y karate, técnicas del sabotaje, lucha de guerrillas, guerra psicológica, ejercicios de tiro, emboscadas, estrategia para no dejar huellas, formas de evasión, psicología del adversario, autodominio sexual, electrónica, rudimentos de medicina, natación, automovilismo, aviación, arte del disimulo, ardides especiales, dactiloscopia, criminología, plataformas policíacas, tácticas de intoxicación y neutralización, etc.

—A vosotros se os forma de modo más completo que a nosotros en mi tiempo; lo admito —exclamó William no sin amargura—. Ahora sois más técnicos.

—Al fin, me recibió Wallace para felicitarme por las según él altas cualificaciones obtenidas por mí. Y me dijo: «Has elegido un camino' de sacrificio anónimo, de silencioso coraje, de intrépido patriotismo. No olvides que en la Compañía no hacemos política: tan sólo facilitamos información valiosa al Gobierno y a la Casa Blanca. No olvides jamás tu devoción al espíritu de libertad y democracia que anima nuestros más sagrados principios. La base de nuestra eficacia se expresa en una sola palabra: silencio. La imprudencia y la indiscreción constituyen los dos crímenes mayores. Sin cautela y silencio no hay seguridad, y sin seguridad el país se hundiría».

—Elemental —decía William.

—Más adelante volví a dialogar con Wallace. Creo que Wallace es un tipo extraordinario, ¡un fuera de serie! «Usted ha conocido los bajos y los medios niveles, a los sargentos chusqueros y a los profesores quisquillosos e inadaptados, por así decir, y la disciplina y administración de rústicas formas —me dijo Wallace—. No le

quepa duda que hay otros niveles en los que la sutileza alcanza alturas supremas. Yo tengo confianza en usted. ¡George Vargas, usted sustituirá, dentro de ties o cinco años, a toda esa basura! Mas algún día comprenderá que esa basura, los peones, son necesarios y útiles, porque tras ellos, como en el ajedrez, están los alfiles, el caballo, la reina, todos los cuales realizan un juego superior». Wallace me enseñó los departamentos de análisis, programación de datos en los ordenadores, engranajes de criptografía, recepción y envío de mensajes por radio, micrografía, etc. Entonces, cuando descubrí aquel universo tan sutilmente agudo me sentí orgulloso de pertenecer a la *familia*. Descubrí en ella no sólo fuerza y poderío, y ello a extremos inimaginables, sino la capacidad y la voluntad de obrar con fines elevados, aun cuando a veces los medios no pudieran ser dignos desde un punto de vista de la ética. Fue entonces, no antes, cuando descubrí la verdadera Compañía y me persuadí de que podía y debía gobernar el planeta, o dirigirlo solapadamente. Porque sus designios no eran distintos de lo que aspiraron los autores de la Constitución. Y creí que Jefferson y Washington podrían estar orgullosos de la sede si pudieran levantar cabeza y conocerla…

»Os diré que la Compañía venía a resultar para mí algo así como el brazo de Ulises luchando contra la hidra de siete cabezas…

»Y esto es casi todo cuanto creo que debía relatar. Es decir, quiero que contempléis mi drama; mi drama consiste en aceptar y amar el espíritu de la sede, pero ime resisto a tener que matar! Y además me rebelo a creer que las marionetas que poseen los Estados Unidos por todo el mundo, y concretamente en España, sean idóneos. Por mi patria yo sería capaz de los mayores sacrificios, y al decir esto no pongo límite al sacrificio. Ahora bien: no puedo admitir que los medios, técnicas y métodos empleados sean los adecuados. ¡No puedo creerlo! Creo en los principios políticos, mas no en la estrategia elegida. Porque si en esta lucha depravada hemos de rebajarnos al mismo nivel que el enemigo, entonces… ¡no somos mejores! Y si no somos mejores, entonces carecemos del derecho moral de actuar.

»Aún lo diré de otro más plástico: lo que hemos hecho en Chile, Cuba, Guatemala, etc., no constituye un modelo de política, sino de imperialismo.

Calló George, más tranquilizado y ligero. Y como viera que el silencio se tornaba embarazoso, exclamó:

—¿He relatado cuanto queríais que narrara o he dejado lagunas de información?

William y Pedro callaban.

—¡Por todos los santos, abrid el pico! ¡Sed tan sinceros como yo!

—Muchacho… has leído demasiado —respondió William.

—¿Insinúas que lo que he dicho se aparta de la verdad o que soy uno de esos llQrones demagógicos ante la Casa Blanca que tanto abundan con sus grotescas pancartas?

—Te responderé por medio del siguiente ejemplo —y William contemplaba a George con mal reprimido gozo, cual si viera en él a una sabrosa presa—. Tú supon que nos convertimos los tres en mosquitos, y supón que mientras Pedro picotea el mostrador de ese bar y tú, George, te revuelcas sobre el alfombrado, yo me balanceo en una de esas lágrimas de cristal de la lámpara. ¿Has captado?

—Por supuesto —contestó George, que miraba a su jefe sin pestañear.

—¡Bien! Dime ahora: ¿cuál de los tres mosquitos obtendrá más completa noción de cuanto ocurra en este salón?

Pedro se relamía de gusto, mientras apuraba la última gota de whisky y se arrellanaba en el sofá, orgulloso de su colega, al que miraba con ternura.

—¡Ya…! —clamó George con suspiros de agotamiento—. Nada puedo ver ni saber yo desde ahí abajo. Muy poco más Pedro desde el mostrador. Y todo absolutamente el que se encuentra ahí arriba, que eres tú. Entiendo que mi concepto de la realidad falla por la pobreza de mis elementos de juicio y por carencia de visión panorámica. En suma: aunque parezca que intervenimos en la política interna, y aunque parezcamos los nuevos fascistas, no lo somos, ¿verdad?

—¡Cree a pies juntillas en lo que piense, decida y ordene Langley, pero no creas en tu propia visión de los hechos! ¡Duda de ti, no de la sede!

George se incorporó pesadamente y dio algunos pasos por la estancia, y miró al jardín por la ventana. Tenía hambre y sentía mareos. William estalló entonces en sonoras carcajadas. Aproximóse al subordinado y le tomó por los hombros, a sus espaldas, y lo

zarandeó. Pedro se situó justo a la puerta de salida.

—Dime, George: ¿qué funcionarios te visitaron? Aquí, claro.

Sin darle la cara, y muy fríamente, el aludido respondió:

—Wallace mandó que me visitaran…

—¡Oh, Wallace, que será en breve el segundo de a bordo, te sobreestima!

—… De Jol y Guilty que iban a Italia; Geneviéve, Laveme y Bloisson, que fueron destinados a París; Joe Dewey, Hilda Vance y Harold Maury, que iban de Australia y Nueva Zelanda al Reino Unido; Powell, Sanz, Deveronne y Biseelly, con misiones para la República Federal de Alemania. También hablé (y éste me pareció el más curtido o profesional) con Kraft.

—¡Con Kraft! —gritó William, perplejo—. A fines de enero pasado…

—Exacto —y George se volvió para apreciar la reacción de su interlocutor, que parecía muy afectado.

—¿Cómo es Kraft?

—Rubio, corpulento, gafas gruesas, 1,85 m, 56 años, graduado en Cambridge, campeón de cricket, analista, seis idiomas… Y zurdo.

—Correcto. ¡A veces pienso que están locos! —Ahora era William quien estaba al borde de la excitación, pero era tal el dominio que tenía de sí mismo que apenas unos segundos después se había sobrepuesto, y volvía a sonreír.

—Ahora escúchame, William: yo no sirvo, no puedo ni quiero matar. Porque sospecho que os ha llegado la orden de liquidar a un… sujeto.

—A uno o dos; mejor uno.

—¡Pues me niego! Puedes dar parte.

—¿Preparado, Pedro? —exclamó William, mientras se llevaba una mano al hígado y hacía muecas de dolor—. Me temo que la operación quirúrgica se tendrá que hacer aquí. Paso las noches sin dormir, y de día no soy nada sin pastillas. Esto no hay quien lo resista: el hígado, los riñones, el corazón… ¡Chaval, estoy hecho trizas!

—Cuando quieras —dijo Pedro.

—Mira, hijo: esta tarde y esta noche las pasas aquí; nosotros regresaremos mañana hacia el mediodía. En la cocina encontrarás cuanto puedas necesitar. No te ausentes y no tomes el teléfono, y

sobre todo no te dejes ver en el jardín. Lee, duerme, paséate, no te emborraches… y descansa.

Antes de que William se retirara, tomóle George de un brazo —y observó que sus carnes eran laciás y nerviosas a un tiempo— y le chilló al oído:

—Parece que no me has comprendido.

El interpelado se deshizo con suavidad, avanzó despacio hacia la biblioteca y allí extrajo un libro, que abrió por la primera página. Luego, lentamente, con calma y mirando a los ojos al subordinado le explicó:

—¿Ves este cheque al portador por 200.000 dólares y con fecha hoy? Mañana podrás cobrarlo y largarte si quieres. Imagino que no querrás. Pues lo peor es que tú mismo solicites autorización para matar a cierto indeseable.

—¡Loco! Estás loco, William, y harían bien encerrándote, pues no sabes lo que dices; has perdido el juicio, y yo me largo. —George se hallaba al borde de otra crisis nerviosa. Volvía a palidecer.

—El jardinero recibió órdenes de no consentir la salida de este bostoniano miope… Dime, muchacho: ¿te dice algo el nombre de Antonio Carrasco?

Un mazazo en la nuca no hubiera producido en George mayor efecto; tardó algunos instantes en rehacerse y preguntar:

—¿Qué sabes tú de él… o qué tiene él que ver con nosotros?

—¡Ahora justamente íbamos a recoger las pruebas! Y se nos hace tarde —observó Pedro en tono impersonal.

—Mañana podrás contemplar esas pruebas; hacia el mediodía — y William le guiñó un ojo—. No te impacientes demasiado.

George agarró con sobrehumana energía a William, por los brazos, reteniéndole, y ahora fue Pedro quien intervino con breves presiones de sus dedos crispados en el cuello de George. Éste anduvo a punto de lanzar alaridos de dolor. Inútil suplicar, amenazar o maldecir; los dos hombres desaparecieron y George se vio solo, en medio de sus cavilaciones, y cuando acertó a salir de la estancia, aquéllos acababan de abandonar el chalet y cerraban tras de sí la puerta del jardín. Retrocedió sobre sus pasos. Sobre la mesa del salón-biblioteca estaba el libro con el cheque. George tomó el volumen, cuyo título era *Forecasting the future*, por Erich Jantsch & Herman Kahn. Iba a proyectarlo contra el bar, cuando de repente

tuvo cierta inspiración. Abrió la obra y vio, en efecto, el documento bancario por 200.000 dólares, y sujeto al mismo con un clip figuraba una hoja de papel amarillento y tosco, en la que se leía con escritura de ordenador electrónico:

GLOBO 3, 12 1978

A PEREZ;

MUNDI YO-ENW

ANTONIO CARRASCO GOMEZ. NACIDO EN CEUTA EN 1911. SUJETO PARANOICO. INFILTRADO EN ORGANIZACION ANTAGÓNICA A LA QUE MANIPULA. RAZONES TURBIAS Y SENTIMENTALES. INFLUYÓ PARA QUE EL PADRE DE RUIZ Y SU TÍO FUESEN EXTERMINADOS POR LOS NAZIS, EN MAUTHAUSEN, 194243. AHORA HA LOCALIZADO A RUIZ Y PRETENDE LIQUIDARLO, PUES CREE QUE ÉSTE PERTENECE AL PCE. QUE RUIZ LEA ESTE INFORME Y LUEGO DESTRUIRLO. MAS INSTRUCCIONES EN PROXIMO INFORME.

ATENCION: DESPERTAR A RUIZ.

14,44 H. MANUFACTURAS RICASENS, SA.

II

LOS PROGENITORES DEL FUNCIONARIO

El Séptimo Arte había fascinado en tal alto grado a Andrés Vargas que muchas veces hubo de preguntarse cómo fue posible que su destino se torciera hasta el punto de arrojarle a los antípodas de aquella profesión. Le entusiasmaba el cine como instrumento artístico, que a su juicio sintetizaba y sublimaba las demás artes. Electricista su padre, cursó en Oviedo el aprendizaje de Electrónica, harto modesto en la década de los 30, y pensando siempre que así podría ocuparse más adelante en los estudios «CEA», madrileños, o quizás en los de «Trilla-Orphea» de la metrópoli catalana. Del cinema le apasionaba todo: la dirección, montaje, interpretación, doblaje, distribución, cámaras… Solía decir a los íntimos que él, en el fondo, era un técnico cineasta frustrado. Cuando en 1945 se radicó, ya fijo, en los EE.UU., realizó numerosos viajes a la Meca del Cine. Tuvo excelentes amigos en la «MGM», «Fox», «Columbia», «Warner Bros». Eran ayudantes de dirección, técnicos-electricistas, maquilladores, y hasta llegó a trabar amistad con diversos astros de la pantalla. Conocía personalmente a Gary Cooper, Clark Gable, Franchot Tone, Bette Davis, Humphrey Bogart, y se enorgullecía de contar con la amistad de Buñuel, Sam Wood, Frank Capra y John Huston. Su ilusión por escribir guiones viose truncada por la pobreza del medio y el exceso de trabajo. De muchacho compuso relatos con fines cinematográficos. Florián Rey le felicitaría por uno de ellos; y le diría:

> *Buen tema, qué duda cabe; pero para realizarlo necesitaríamos el auxilio generoso de Samuel Goldwyn, David O. Selznick y... el «Central Bank of America». Lo siento, joven. No olvide jamás que el cinema es, ante todo y por encima de*

todo, una industria, un negocio. De momento, en España nos movemos con modestísimos presupuestos.

Frustrado en ese terreno, a Andrés no le cupo otra salida que armarse de paciencia. Mas no se dio completamente por vencido. Para usos familiares, compró en 1952 el más moderno instrumental: aparatos filmadores, cámaras de reproducción, moviola, dispositivos para el montaje y rotulación, efectos especiales en imagen y sonido, etc. Y todo ello para cintas de 35 mm sonoras. Hasta disponía de cámara para el revelado y gabinete para trucos. Realizaba así lo que pudiera llamarse documentales familiares de visión cronológica. Figuraban en su archivo filmes dedicados a cada uno de los componentes de su familia, y además: temas monográficos sobre urbes de los Estados Unidos, Canadá y México, escenas de festejos o de elecciones para presidente y sucesos excepcionales como huracanes, tempestades e incluso varías secuencias sobre el tiroteo del 61 entre mafiosos y agentes federales, en las afueras de Baltimore, adonde tuvo que acudir por asuntos de la DIA. ¿Que quién ignoraba su *hobby*? ¡Nadie! Medio en broma —bromas teñidas de ternura— lo bautizaron los colegas el *Buñuel II*.

De su producción cabía destacar las tomas de cierto plácido amanecer primaveral, rico en colorido y matices claroscuros, en Long Island. Por su captación de menudos detalles —el rocío, mendigos durmiendo— recibió calurosos halagos por parte del productor Michael K. Wilder, especializado en series para las cadenas de TV. Y hasta llegaría éste a proponerle trabajo como ayudante de cámara para determinados episodios sobre el Lejano Oeste que se iban a rodar en Dakota. ¡Lo que tanto soñara durante décadas…!

Andrés tuvo que rehusar. ¡Demasiado tarde! Padecía tensiones cardíacas y el médico le había recomendado: poco trabajo, no viajar, evitar emociones. Sus ídolos eran Kazan, John Huston, Chaplin, Hitchcock, y muy en particular, Buñuel, al que conoció en París en 1937, cuando el cineasta encabezaba un departamento de asesoría informativa para la Embajada del Gobierno español, en guerra contra los rebeldes. En 1958, cuando se hallaba en plenitud de facultades, recibió de la «United Artists» la oferta de trasladarse a Hollywood a fin de actuar como consejero en la ambientación

técnica del filme Spies, centrado en sucesos históricos de la II Guerra Mundial, en Japón. De la DIA llegó, sin embargo, la cortés y tajante negativa: «Imposible acceder, viejo. Seguro que en las próximas elecciones se votará en el Congreso la ansiada y necesaria ley *Profesiones y asesorías*, que permitirá a los veteranos emprender operaciones de consejero técnico, y cinematográfico en tu caso, para el que, dicho sea de paso, se te ve por demás capacitado, y no sólo por tu profesionalidad en nuestro quehacer, sino porque nos consta tu pericia no inferior, ¡y que mis antepasados difuntos me castiguen si miento!, a la de John Ford. En fin…, lo siento».

Duro golpe. Tan duro que su hijo George, a la sazón con 7 años, en uno de esos arranques típicamente españoles hubo de gritar:

—¡Yo te prometo, papi, que en cuanto sea mayor y me haya graduado, tomo el primer avión para Hollywood y haré allí lo que tú no pudiste!

Esto lo diría el muchacho el 19 de octubre de 1958, la fecha de su aniversario, entre innumerables comensales, antes de apagar las 7 velas del pastel. Y al punto se produjo, al revés de lo que el chico esperaba, un silencio sepulcral. Ni alabanzas al gesto, ni bromas alentadoras. Silencio. Sería la frase infortunada por antonomasia. A Andrés se le llenaron de lágrimas los ojos, y su esposa, Nuria, debió besarle en las mejillas, y susurrarle al oído aquellas palabras clave que sólo una esposa enamorada conoce. Sólo entonces el hombre reaccionó. Y sonrió. Y la fiesta prosiguió con su algazara y sus vítores.

Había en la existencia de Andrés Vargas O'Neal, un sol: su esposa; dos satélites: sus hijos George y Anthony; un centro de gravitación: las tareas de Información en la DIA; la doble vida: su *hobby*; un par de seductoras y nada sexys amantes: España y los Estados Unidos. Con un Dios único: la integridad y el honor al modo calderoniano. Y como en todo planeta, había su cara iluminada y radiante —el amor entrañable que unía a su familia: cuatro seres indisolublemente unidos—, y una cara nocturna y a merced de frías sombras —el pasado: los padres, muertos dramáticamente en los inicios de la Guerra Civil, en su Oviedo natal; y aún otra sombra: el trágico fin de su cuñado Paco Girbal, en Alemania—; y si la primavera de su trayectoria vital se deslizó en

España y Europa toda, hasta el 1945, brillaba un verano hospitalario y risueño en la muy hermosa ciudad de Boston, donde poseía su chalet estilo colonial en la zona verde y residencial.

¿Que por qué diablos se le ocurrió a Andrés Vargas meterse a oficial de Información en los recovecos de la DIA? Buena pregunta. No por vocación, sino por razones fortuitas y nunca buscadas ni deseadas. Pero para comprender ese paso, así como su enlace con Nuria, con la que contrajo matrimonio en febrero de 1940, habrá que retroceder al verano de 1936, ese verano cálido, teñido de sangre y de luto, de fango y de roña, en la España no menos amada que enferma.

Para Andrés Vargas su España era un estado de alma, y los Estados Unidos un contacto cotidiano. España era la lejanía, el instante inmovilizado y enamorado, el alba ocre, los tejados rústicos, el camino polvoriento, los rumores de un gentío antiguo y entrañable, la leche caliente en tazas de blanca porcelana, el pan escaso regado con aceite, la voz de la madre desde la alcoba: *Haz lo que te dicen, hijo, o nos molerán a palos*. España era una fruta dorada e imposible, un sabor dulcísimo y mágico que el tiempo asesino iba matando. Asturias primero y Cataluña luego, eran estados de espíritu con la zozobra, las alegrías del amor y el presentimiento de una mansa felicidad, de unas sombras fluctuantes que hablaban de goces íntimos con regusto a cerezas y olores de brea, tierra mojada y paja. Y la España del verano sangriento era una España quijotesca, alucinada, crispada, que crujía en sus oídos, que nacía y agonizaba mil veces en cada segundo, que le sofocaba como pan ardiente extraído del horno y le enternecía como hijo recién nacido.

—¡España no existe! ¿Lo sabes, aspirante a gringo, entiendes tú eso? A España, grandísimo mentecato, la has inventado tú en tus horas bajas de angustia —se decía Andrés Vargas para sus adentros en ocasiones.

El contacto cotidiano, el viento frío del Norte, la humedad marina de la Bahía de Boston, el olor a pescado, la riente naturaleza verde esmeralda: eso eran para él los Estados Unidos, su nueva patria. Los Estados Unidos eran la confortabilidad, el exceso, la familia, la voz de la esposa que dice *Adéu, no tardis*, el Nueva York apabullante, la voz de mando del jefe de la DIA, los cientos de

despachos del Pentágono, el presidente Roosevelt, el presidente Kennedy, sus hijos creciendo y estudiando. Los Estados Unidos eran el futuro, lo tangible, lo real. Eran la jubilación y los nietos. También en Norteamérica había otras sensaciones de cotidianidad; eran la naturaleza restallante y virgen, y de tan virgen, hermosa y cruel. Eran la meteorología, el espacio infinito, con sus leyes inhumanas y perfectas. Eran la vitalidad disparada, como en una nueva y más hermosa juventud helénica. Eran Atenas, Jerusalén, Oxford, Toledo, Versalles, el Ampurdán, Capri, Bonn y Cracovia. Los ruiseñores, las gaviotas y los jilgueros conocían melodías y trinos que evocaban a Mozart, Borodin, Dvorak, Gershwin, Bizet, Albéniz y Armstrong. Los niños de las escuelas americanas carecían de la sabiduría europea, y nada sabían de picarescas, y en sus sonrisas no flotaba ese halo de la vieja civilización occidental. Son éstos de acá niños sin pasado, pero rebosan dinamismo y simpatía. Chicuelos traviesos y ocurrentes. Hay en todos ellos un Lincoln o un Edison en potencia. Son fuertes, sanos, carecen de complejos, tienen asombrosa seguridad en sí mismos, y son increíblemente ingeniosos y emprendedores. Y tercamente sinceros, tan sinceros como los maños de las riberas del Ebro.

Andrés Vargas amaba la infancia americana, blanca o s negra, y la amaba no sin dolor, pues el buitre de las drogas avanzaba como lacra del progreso, y la sombra de sus alas se proyectaba en forma creciente a lo largo y ancho del Continente. Impotentes eran el FBI, la Policía local, las Ligas Antidroga, los programas escolares; la droga y la violencia se desparramaban, se infiltraron por doquier con insolencia, y apabullaban a la ley.

Tantas y tantas veces le recordaron y le’ halagaron los oídos con su gesta del 26 de febrero de 1937, que casi había llegado a creerse un héroe legendario. He aquí los hechos: El día antes indicado, Andrés Vargas y otros tres compañeros catalanes zarparon del puerto de la, Ciudad Condal, a bordo de la motonave *Hansterlay*. Llevaban un cargamento de víveres y ropa para Bilbao. Debían recorrer toda la costa española del Mediterráneo y Atlántico, el litoral portugués, de nuevo la costa española y entrar en la ría que conduce hasta la capital bilbaína. Dado que el bloqueo de las Escuadras italogermana y portuguesa, al servicio del Comité de No Intervención vigilaban e impedían el paso de navios republicanos,

Andrés Vargas y los suyos se hicieron pasar por británicos. Para ello pintaron en rojo primero el nombre de Hansterlay en su motonave y después izaron pabellón inglés. ¿Lograrían burlar el bloqueo internacional y nacionalista? Ante los innumerables registros, consiguieron engañar a unos y otros. Claro está que se jugaron la vida docena de veces. En cuanto los buques de guerra les detenían, y mayormente si eran de pabellón sublevado y rebelde, Andrés Vargas gritaba:

—*We are English!*

—¿Ingleses? ¿Y adónde van ustedes?

—*Oh, please, we are English…!*

—¡Bien, adelante!

—*Thank you very much! Good bye!*

Así llegaron hasta Bilbao, que al recibir aquellas provisiones de comida, se convirtió, pese al bloqueo y al malestar, en una verdadera fiesta, siquiera por unas horas. La hazaña de los improvisados marinos causó asombro entre los vascos. Y el asombro fue acompañando a Andrés Vargas a través de los años, desde entonces hasta el presente.

Al regreso del viaje, Andrés trabó conocimiento con Herbert MacCarter, coronel del Servicio de Inteligencia de la U. S. Navy. Éste había venido a España con permiso del presidente Roosevelt para asesorar, en la materia de la que tenía competencia, al SIM republicano. Se conocieron en Valencia. MacCarter mostró al punto entusiasmo por la gesta de Andrés Vargas y le propuso colaborar con él en la tarea de formar las nuevas promociones de informadores secretos. El coronel sabía un poco de español, que perfeccionó en pocas semanas, al tiempo que Andrés Vargas estudiaba velozmente la lengua de Shakespeare. Ambos se tornaron inseparables amigos. El coronel aportó a la guerra técnicas sofisticadas para espiar y contraespiar, métodos de seguridad, ardiles para la lucha de guerrillas, conocimiento criptográficos y radiofónicos para el envío de mensajes cifrados, etc. Era un mundo nuevo de insospechadas tácticas, de las que podían derivarse sustanciosas ventajas en aquella lucha desigual. El coronel era todo un tipo: podía resultar violento y rudo o sinuoso y zorro, a ratos sentimental y demagogo y a ratos calculador y frío. Con sus 1,84 m, su cabello pelirrojo, sus puños de hierro, su increíble rapidez de

reflejos, su inagotable capacidad de ardides y su entusiasmo por la causa, se hizo en extremo popular y querido. A los cuatro meses de convivir y aprender de él. Vargas era otro MacCarter. Parecían gemelos en sapiencia y creatividad. Porque parecidos eran también en lo corpóreo. Andrés Vargas, que había salido a su madre, inglesa, era más bien rubio, de facciones angulosas, muy alto, con 1,81 m, muy fuerte, imaginativo, emprendedor… y amigo de la cerveza. Los dos gozaron del tratamiento de comandante y poseyeron a su cargo, en Valencia, sendas secciones paralelas en la formación de agentes para el SIEP (Servicio de Información Especial de la Periferia). Ahora bien, el norteamericano superaba al español en cultura, edad, autodisciplina, conocimientos militares y asimismo en experiencia. A los 24 años del asturiano, oponía el washingtoniano 36 con una apretada vida castrense. Ambos eran, por lo demás, de ideologías afines: liberales y demócratas convencidos, y creían firmemente en la causa de la libertad. Por último, el español estaba soltero y el estadounidense, viudo y sin descendencia. Ambos libres y con especial gusto por la aventura, el peligro y la novedad. También el gringo superaba al latino en otro terreno: en el de beber cerveza, aunque el asturiano era imbatible en el ring o en las marchas pedrestres, que solían practicar en las mañanas a lo largo del Grao levantino.

Hemos dicho que Andrés Vargas andaba pegado a su soltería, y quizá convenga añadir que tuvo por novia a cierta bilbaína, Isabel Garaicoechea, hija de Durango, a la que conoció en un viaje realizado a dicha población mientras hacía su servicio militar. Ambos regresaron luego a Bilbao y sostuvieron tiernas relaciones hasta que el asturiano, ya licenciado, volvió a Oviedo. La guerra, empero, dislocó el idilio. Luego, cuando en 1937 Andrés estuvo en Bilbao, buscó a su enamorada y la halló ya casada con un miliciano. Los horrores de la contienda mitigaron de alguna manera el mutuo disgusto. Separáronse sin amargos reproches.

La Guerra Civil siguió su curso, desfavorable para la República, y en la retirada, hacia mediados de enero de 1939, MacCarter y Andrés Vargas recibieron en Puigcerdá la oferta de colaborar en París con un equipo de expertos del Deuxiéme Bureau. ¿Podrían y debían aceptar? La II Guerra Mundial se iba perfilando muy próxima. ¿Por qué no se alistaban en aquella lucha que en breve

incendiaría los cinco continentes y podrían seguir combatiendo en pro de la democracia? «Vamos a pensarlo un poco», fue la respuesta unánime de los dos comandantes.

Entretanto, y en medio de los bombardeos italogermanos y del inenarrable drama nacional de la retirada, con el caos de un Ejército abandonado por las democracias europeas y americanas, se produjo el milagro… ¿Cómo pudo éste asomarse en momento tan intempestivo? Imposible responder. ¿Cuándo no resulta ilógica la realidad, cuándo no es ésta impensable y absurda? He aquí —digámoslo sin ambages— que Andrés Vargas conoció a Nuria Girbal.

Se conocieron en la paz bucólica del monte, con el sol riente y cálido —y eso en pleno enero—, frente a la masía «L'Hereu badoc», sin ruidos ni gentío, sin bombas ni ayes. Como en un oasis situado fuera del tiempo y al abrigo de las locuras humanas. ¿Cabía pensar en un más irreal escenario? Los dos se iban paseando, más ausentes y ensimismados que presentes; ambos estaban a punto de traspasar la frontera y los dos dejaban atrás sendas familias desgarradas. Pero también los dos experimentaban, pese a todo, infinita sed de vivir; de vivir y de amar y ser amados. Es decir —tal es la explicación del misterio—: la vida exuberante imponiéndose al destino.

Estalló entre ambos el consabido *coup de foudre*, antiguo y fresco. Nuria parecía formar parte de aquel ámbito pirenaico: fuerte, intrépida, con la alegría de vivir, el cuerpo lozano, cabello abundante y castaño, los ojos grandes y negros, y su risa cascabelera que evocaba los riachuelos que no lejos de allí brincaban. A Nuria los bombardeos de Mussolini le habían matado a los padres, y sólo le quedaba Paco, su hermano, que militaba en la ERC, y era a la sazón capitán del Ejército Popular, y que andaría por sólo Dios sabe dónde. Porque a Nuria el corazón le decía que no había muerto.

Andrés Vargas y Nuria Girbal se conocieron, como se dijo, por la mañana de aquel día de enero y al anochecer —bruscamente refrescó, y por la noche helaría— seguían todavía allí, los dos juntos, paseándose, tumbándose, mirando el cielo y los árboles, observándose, escudriñándose.

—¿Y por qué caray seguimos aquí…? ¿No vamos a Puigcerdá?

—¡Oh, no! Yo aguardo aquí a Paco, mi hermano; vendrá hoy o

mañana…

—¿Entonces…?

En la masía —vieja construcción del siglo XVIII—, cuyos dueños eran amigos o casi parientes de Nuria Girbal, acogieron a Vargas. Como apenas habían desayunado y no habían almorzado, el hambre, no apetito, que acumulaban era de verdaderas fieras. Los masoveros —matrimonio sesentón, con tres hijos guerreando— les dieron de cenar patatas hervidas, huevos, pan blanco de payés —esas barras redondas—, butifarra negra, almendras, vino negro, y al fin leche de cabra. A la pareja tanta comida le pareció más milagro que aquella jornada primaveral y sin sangre ni bombas. Por la noche, Andrés Vargas a dormir en el catre viejo donde dormía el hereu, ahora ausente. Nuria en la habitación del hijo mediano; y en el silencio de la noche, sólo rasgado por los ladridos del perro lobo y por el vientecillo que hacía crujir las ramas de la arboleda, llegó el sueño puntual.

Al día siguiente, no menos luminoso, ambos sabían que se amaban. Fue un amor repentino y explosivo, interior y profundo. El coraje e idealismo de Nuria Girbal, barcelonesa de nacimiento, eran apenas inferiores a los de él, que por lo demás la aventajaba en cinco años. El idilio fogoso les hizo casi olvidar la agonía circundante, y —duro es decirlo para el medio millón de exiliados que pasaban a Bourg-Madame con los mocos en la nariz, el terror en el pecho y las cuatro miserias del hogar en la espalda— fueron eso: las jornadas más plenamente radiantes de su entera existencia. Vagar en la dicha de aquel entonces era peor que un pecado; mas así fue.

Seis días después arribaba a Puigcerdá el ya *famoso* Paco Girbal. Decimos famoso y no sin razón, pues por entonces ella había tenido ya tiempo para dedicar al hermano alrededor de *veinte horas* con relatos, y a Andrés Vargas parecíale ya conocerlo, y se lo parecía como si hubiera vivido con él la infancia y adolescencia. Porque no pocas de sus vivencias él mismo las había vivido o se las contaron de íntimos amigos suyos, con lo cual se probaba una vez más que el ser humano es el mismo en todas partes. Por ejemplo: a los ocho años, Paco fue descubierto haciéndole el amor a cierta amiguita y vecina, y luego, para evitar nuevas reprimendas, se marchó con ella muy lejos… También Andrés hizo algo parecido. A los quince años,

Paco promovió cierto altercado en el trabajo por causa del intento de despido del ordenanza, por la acusación de robo. Y Paco, que suponía injusta la acusación, se pegó a matar con el empleado al saberle luego culpable. En fin, Nuria adoraba al hermano —ya su único familiar con vida—, y le adoraba por su peculiar carácter, animoso y noble, y por sus dotes intelectuales, ya que siendo como era autodidacta dirigió en Barcelona, a sus sólo 24 años entonces, cierta agencia de publicidad que luego se convertiría en el alma del Departamento de Propaganda de la Generalitat. Al decir de Nuria, su hermano era un ente de leyenda; su risa contagiosa y mágica, su capacidad para trocar en poesía cuanto abordaba, su ilimitada fe en la libertad, y su espíritu de sacrificio, le erigían en un tipo único.

Cuando luego Andrés le vio en carne y hueso, comprendió que Nuria aún se había quedado corta. Paco era la encarnación de la juventud. Lo suyo era un torrente de inspiración y de gracejo y uñó, viéndole, no podía pensar que aquel hombre joven no fuera sobrenatural y asimismo destinado a las más singulares empresas. Hiciéronse los tres inseparables y entrañables, y como MacCarter había partido para Londres —tenía allí ciertos amigos—, la vida del trío se tradujo en una sola. Fue el propio Paco quien organizó la boda. Y en aquel Puigcerdá aterrorizado y convulso, con incesantes riadas de gentes que huían, Paco halló los medios —otro puro milagro— para celebrar el enlace matrimonial y con los medios de anteguerra; sobraron flores, champaña, comida e invitados… Y, sobre todo, se derrochó alegría. ¡Un sacrilegio parecía aquello! Peor: una locura. No parecía que se iba a pérder una guerra; dij érase, por el contrario, que el enemigo estaba labrando su fosa tras aquella momentánea y falsa victoria. El donaire y sapiencia del hermano hicieron de aquellos 21 días una legión de sorpresas y hechizos. Si Andrés adoraba a su mujer, por Paco experimentaría algo próximo al pasmo y a la fascinación.

—Es este mar Mediterráneo y esta increíble Costa Brava lo que os otorga luminosidad y magia —sentenciaba Andrés Vargas—. En mi Norte, la severidad del clima no permite vuestro arco iris de fe y esperanza.

No hemos contado, sin embargo, el que fuera milagro mayor de Paco. Su mayor milagro fue lograr, sin proponérselo, que 36 añoá después de su muerte, en 1978, y ello en personas como George y

Anthony —sus sobrinos—, que jamás le conocieron, sintieran por él un arrobo y ternura no inferiores a los que suscitara en Nuria y Andrés.

En febrero de 1939, se produjo la dispersión del trío. Invitados por MacCarter, Andrés y Nuria volaron a Londres desde Marsella; y Paco se integró a los servicios de propaganda y guerra psicológica que iba poniendo en marcha el Gobierno francés, en París.

De Londres, el joven matrimonio pasó a los Estados Unidos a bordo de cierto carguero panameño, con el coronel MacCarter, en mayo de 1939. Se instalaron en Boston, ciudad en la que el militar norteamericano tenía una hermana, mayor que él, en un caserón del casco antiguo de la urbe. Boston les agradó a los españoles, que no tardaron en adquirir la ciudadanía norteamericana. Desde allí se escribirían regularmente con Paco. Ya nadie dudaba entonces que la guerra mundial era inevitable.

¿Cómo era Boston en la primavera de 1939…? Bastante distinto, o de menores dimensiones, que el de nuestros días, ya en la recta final hacia el siglo XXI. Capital del Estado de Massachusetts, forma un gigantesco conglomerado urbano si se consideran las numerosas ciudades vecinas, con lo cual se desemboca en el llamado *Gran Boston*, con sus 2.750 km2, que comprende metrópolis como Brookline, Cambridge, Somerville, Newton y Quincy. Fundada en 1630 por un grupo de puritanos británicos, absorbió la constante marea inmigratoria integrada por irlandeses, italianos, polacos y, en fin, gentes de todas las procedencias, mayormente de Europa. En 1965, Boston contaba con 678.000 habitantes, y 2.567.000 el Metropolitan Boston. Con la siguiente singularidad: la de ser, al menos hasta comienzos de nuestra centuria, la urbe con mayor porcentaje de católicos, en un país predominantemente protestante. Pero, ¿qué país ofrece mayores contrastes y paradojas que Norteamérica…?

El coronel contaba a sus amigos, con gesto de distraído cicerone, que la ciudad era muy de su agrado, a pesar de que él no había nacido allí, sino en Washington. La aclaración contenía un apenas perceptible orgullo. Luego el militar añadía que Boston se alineaba entre los grandes ejes de la industria textil y del calzado de la nación y que descollaba entre los principales mercados laneros del mundo. Y luego, ya sin fanfarronería, añadía impasible:

—Tanto o más que vuestros Tarrasa y Sabadell juntos.

Añadió que era, asimismo, centro pesquero de incontrastable empuje. El ajetreado puerto distribuía los productos de sus millares de fábricas que elevan a Boston a la jerarquía de tercer foco industrial y financiero de los Estados Unidos. La voz de MacCarter se ahuecó al decir:

—Pero fue por su actividad cultural por lo que mereció el título de «la Atenas de América…». Y eso desde la época en que Emerson, su hijo dilecto, y Longfellow, nacido en Maine, pero descendiente de familia de Massachusetts, contribuyeron a levantar los cimientos de la naciente literatura norteamericana. Mi hermana quiere más a Boston que yo, lo admito…

—¿Conserva Boston el liderato, por así decir, de la vida intelectual del país? —preguntó Nuria, siempre sensible a lo espiritual.

—¡Oh, sí! Aunque Nueva York le arrebatará, según sospecho, el cetro… Los tres se paseaban por la zona central de la metrópoli. Luego, ya en las proximidades, fueron con el viejo «Ford» de su hermana a contemplar desde fuera las Universidades de Boston, de Harvard y la del Nordeste. Estuvieron también en el Instituto Tecnológico, en la Galería de Arte y en el inmueble que acoge a la prestigiosa Orquesta Sinfónica.

—¿Sabes, Andrés, cuántos volúmenes contiene la Library of Boston? —Y sin aguardar respuesta, MacCarter dijo—: Pues casi dos millones, con una treintena de sucursales en toda el área metropolitana.

Ya de regreso, la hermana del coronel, Betty, solterona flacucha, muy orgullosa, hospitalaria y parlanchina, preguntó a su hermano si les había mostrado el puerto, la zona residencial, el distrito de Winchester y el de Milton, a lo cual Herbert respondió negativamente con la cabeza.

—Diles a nuestros huéspedes que Boston fue la primera ciudad norteamericana en organizar, me parece que fue en 1840, un servicio regular de buques a vapor que unieran América con Europa; y diles que en 1895, o en una fecha parecida, se puso en marcha el primer tranvía subterráneo de los Estados Unidos.

—¿Os lo digo —gruñó el coronel con falso gesto de mal humor — o ya os habéis enterado? Porque tus huéspedes no son sordos,

querida.

—¡Es admirable —exclamó Nuria, entusiasmada—, y de verdad que Boston nos maravilla!

—¡Oh, muchas gracias, Mrs. Vargas! —replicó Betty con amplia sonrisa, rogándoles que tomaran asiento en aquel reducido comedor, de ancha ventana, hasta la que llegaba el ajetreo de la calle.

—¿Qué hora es, Andrés? Se me ha estropeado el reloj —dijo Herbert.

—¿Cómo les preguntas la hora viendo como ves el reloj de tu hermana en la pared? —Y dirigiéndose a los españoles, musitó—: Mi hermano siempre tiene necesidad de molestar a alguien.

—¡Betty, por favor! —masculló Herbert.

—Son las dos menos cuarto —replicó Andrés.

—¿Quieres que te digamos también el día, mes y año?

—Ya sabemos que estás contenta, Betty, de acoger a nuestros amigos, pero manifiéstalo de otro modo —dijo Herbert, mientras tomaba un paquete de cartas colocado sobre la mesilla—. ¡Demonio! ¿Todas estas cartas han llegado en mi ausencia?

Era un paquete de casi medio metro cuadrado y pesaría alrededor de diez kilos; debía de contener cartas, revistas, libros, folletos, catálogos y acaso regalos de peso.

—Mi hermano arrastra, como ven, la más desconcertante y encantadora inconsciencia —explicó Betty, con un gesto áspero y deliberadamente cómico—. Dice *mi ausencia* como si fuera la ausencia del que sale media hora a pasear con el perro. Mi querido Herbert: ¿sabes tú por casualidad que *tu ausencia* ha sido de dos años y medio, y no dos horas y media? ¿Y tienes por ventura memoria de que en todo ese tiempo no has escrito más que una postal, y que te has comportado como aquellos pioneros del Lejano Oeste que se largaban sin saber si podrían comunicarse con los que dejaban en el para ellos Lejano Este?

—¡Por todos los santos, Betty! Que no somos Ulises y Penélope.

Nuria y Andrés procuraban no carcajearse, pero sus ojos chispeantes y sus ademanes daban fe del alborozo que les dominaba.

—Ya que mi hermano se ha olvidado de usar los modales que le enseñaron, permítanme ustedes a mí ser algo más atenta. Quisiera

preguntarle a usted. Mrs. Vargas, por la salud de sus señores padres, si los tiene, y por sus hermanos, si los hubo.

—¡Betty, eres tú y no yo quien falta a las normas de la cortesía!

—Mis padres murieron en la guerra —dijo Andrés—, y los de mi esposa también.

A la pobre Betty le quedó la boca abierta y no era capaz de reaccionar; sus ojos se llenaron de lágrimas, y exclamó:

—¡Lo siento! Verdaderamente, lo siento.

—Las guerras son la peor calamidad que pueda abatirse sobre los pueblos, y dudo mucho que se las pueda justificar —explicó Nuria—. Le ruego a usted, querida Betty, que no se preocupe…, pues hace ya tiempo que los dos hemos superado ese trauma.

Mientras hablaban, Betty, muy conmovida, tomó de la mesilla su estropeada Biblia, y buscó en ella, mientras Herbert explicó que su hermana no se acostaba jamás sin antes haber leído en el Libro Sagrado. Pero *no es católica, sino protestante*, explicó con retintín, y *muy dada a discutir con quienes reverencian al Papa; no os aconsejo que polemicéis con ella*

—No temas, está muy lejos de mi ánimo el provocarla —replicó Vargas.

—¿No provocarla…, tú? ¡Eso sí que no lo creo! —dijo MacCarter, y arrimándosele al oído agregó—: En mi vida he conocido persona más terca, quisquillosa y discutidora que tú. Admite, al menos, que eres, como casi todos los españoles, muy dado a llevar la contraria y a pelearte…

—¿Queréis callaros? —dijo Nuria por lo bajo, en castellano.

—¡Admite, Herbert del diablo —murmuró Vargas en castellano —, que te carcome la envidia; tú envidias mis dotes! ¡Zoquete…!

—¡Ya lo he encontrado! Y por favor, hablen todos en inglés, que no les entiendo. Escuchen…

—¿Vas a leernos… todos esos versículos? —chilló Herbert, horrorizado, y repuso—: Ten piedad de nuestros huéspedes.

—¡Herbert! Si supieras cuántas veces me avergüenzo de ti… —dijo compungida, Betty.

—No lo leas; explícanoslo… —rogó Herbert.

—Bien… ¡Bien! —Y Betty cerró el libro de golpe, inclinando la mirada, para, mudando de tono, y con extrema dulzura, agregar luego—: Entre las humanísimas historias que se pueden leer en la

historia del rey David, hay una especialmente conmovedora. Me refiero a la trágica muerte del príncipe Absalom, que se sublevó contra el rey legítimo, su propio padre, con lo cual abocó al país a la Guerra Civil. La lucha fue encarnizada, como suelen serlo todas las guerras civiles: como la de España, o la nuestra de 1861.

—¿Es muy largo tu relato? ¡Tengo hambre! —gruñó Herbert.

—¡Herbert, Herbert! —exclamó Nuria, al tiempo que Vargas lo miraba amenazador.

—Lo siento —dijo el aludido, disponiéndose a encender su pipa y haciendo ademán de que permanecería silencioso—. ¡Callaré como un muerto!

—Tras la feroz lucha, las tropas fieles a David, sirviéndose mayormente de veteranos mercenarios, lograron vencer al Ejército popular, probablemente más numeroso, y que Absalom, mal aconsejado, había reunido después de movilizar toda la gente joven de Israel. El propio Absalom, más largo de cabellos que de ideas, como mi hermano muy querido, cayó vivo en manos del general Joab, el cual, anticipándose al perdón que David pudo haber otorgado, asesinó con su propia mano al jefe de los vencidos. Como de ordinario, en todas las épocas y países, en las luchas civiles los odios particulares pesan más que los sentimientos humanitarios; y esos odios se disfrazan de conveniencias políticas.

La mujer calló irnos instantes, y miró a los presentes, como dudando de si continuar, pues temía hacerse pesada.

—Continúe, por favor —exclamó Vargas.

—¡Se lo suplicamos! —añadió Nuria.

—¡Oh, sí, prosigue! —dijo Herbert con cierta soma, lanzando gruesas bocanadas de humo, y carraspeando—. Nos morimos de curiosidad…

—Bien…, Joab había sido partidario de Absalom, mas al ver que éste no lo nombraba a él general en jefe, sino a Amasá, se pasó al bando de David. Todo el mundo sabía que David había ordenado expresamente que no se causara ningún daño a su hijo Absalom, y cuando le llegaron nuevas de la batalla, en vez de celebrar el triunfo propjo, lloró la muerte del hijo vencido. Al ver aquel dolor, leemos en Samuel[6] que «la victoria se convirtió en luto aquel día para todo el pueblo», y que entró en la ciudad a escondidas, como entra oculto y en silencio el Ejército que vuelve derrotado de la

guerra.

—¡Hermoso y edificante relato! —exclamó Nuria.

—Yo creo… —dijo Betty, mirando a su hermano con reparo—, yo creo que así deberían siempre volver de la guerra los que han ido a una lucha fratricida. Sea cual sea la suerte de las armas, en una Guerra Civil no hay y no puede haber vencedores: ¡todos son vencidos!

—Nadie que no sea ciego podría discrepar —repuso Vargas.

—¿Puedo añadir un pensamiento de Valerio Máximo?

—No te cohíbas, Betty… —sugirió Herbert—. Estás en tu casa.

—Según Valerio Máximo, que vivió en Roma en el siglo i si no me equivoco, por muy gloriosas y hasta provechosas que fueran para el Imperio Romano las gestas de un general o de un cónsul, si las había logrado en el curso de una Guerra Civil no se le otorgaba jamás el título de imperator, equivalente a generalísimo, ni obtenía tampoco los honores del triunfo, ni tampoco aquellas plegarias públicas y oficiales que ellos llamaban *supplicationes*, ya que por muy necesarias que pudiesen haber sido, siempre se consideraron tristes, lúgubres, las victorias conseguidas al precio no de sangre extraña, sino de la propia familia…

Nuria se levantó y abrazó y besó, conmovida, a Betty, mientras Andrés le decía a ésta:

—Bellísima historia y maravillosas conclusiones.

—Perdonen ustedes a Herbert; él es menos frívolo de lo que parece. Y si fuese tan despreocupado como pretende hacernos creer no habría…, ya me entienden, ¿verdad?, no habría luchado junto a ustedes en su país.

—¡No nos pongamos sentimentales, por favor! ¡La peor lacra de este país es el sentimentalismo! —gritó Herbert.

Los meses se sucedieron veloces… En setiembre de aquel año estalló, cual se preveía, la guerra en Europa. Mientras MacCarter pasaba largas temporadas en Washington, Andrés Vargas se puso a trabajar como electricista, en Boston, a la vez que estudiaba electrónica, y a comienzos de 1940 estaba en posesión de cierto título muy valioso. Con él pudo emplearse en trabajos semioficiales para el U. S. Army en tareas de defensa: dispositivos de radar, transmisión de señales, circuitos de control militar, etc.

Gracias a Betty, el matrimonio español halló un chalet viejo y

destartalado, en las afueras, por relativamente poco dinero. Andrés y Nuria lo pintaron, adquirieron muebles, y se instalaron allí. El chalet había pertenecido a cierto médico, viudo y sin hijos, y poseía teléfono, garaje, un «Ford» del 34, dos perros, amplísimo jardín con media docena de olmos y un loro que soltaba palabrotas en latín. Andrés lo compró todo y allí comenzó su nueva vida. Las cicatrices de la guerra iban cerrándose poco a poco, y a acaso por ese instinto de conservación que nunca falla, fueron destraumatizando y aminorando los recuerdos del pasado.

Hasta que en abril, Nuria soltó a los cuatro vientos la noticia: ¡estaba encinta! Se lo dijo también a Paco, a la sazón en Burdeos, y el hermano le rogó que si tenían un varón se le llamara Jorge, patrón de Cataluña, y si hembra, Montserrat. Hacia el 4 de julio, se reunieron los dos esposos, y los dos hermanos MacCarter, y con el «Ford» de Andrés se largaron a pasar un fin de semana en las cataratas del Niágara. Ya entonces disponía Vargas de aparato filmador y tomó hermosas vistas de las cascadas. La alegría popular era inmensa, como siempre que se celebraba el Día de la Independencia, pero a nadie le pasaba inadvertida la disimulada angustia de que América podría verse envuelta en la tempestad bélica que ensangrentaba a Occidente.

—¡Roosevelt quiere lo que quiere el pueblo americano, la neutralidad, pero yo apuesto mil contra uno a que no pasará este año sin que nos veamos liados en la guerra! —profetizaba Herbert.

Ya dividida Francia en dos zonas, Paco logró situarse bajo el Gobierno de Vichy, en Marsella, mientras se conectaba con los nacientes grupos de la Resistencia, en buena parte nutridos por españoles.

Hasta que el 25 de octubre de 1940 nació el primer hijo, y tal como pedía Paco, se le bautizó con el nombre solicitado. Pero George murió a los diecisiete días de haber venido a este mundo a causa de un ataque de poliomielitis. Nuria se sumió en la desesperación.

Hacia fines de diciembre Herbert partió para Inglaterra. Algunos amigos suyos preparaban la que iba a ser célebre organización del SOE y le rogaron que les ayudara a instruir a los integrantes de aquel cuerpo nuevo. Herbert se despidió de Betty y del matrimonio por teléfono.

—Hazme un favor. Vargas: si dentro de dos meses te pido que vengas, mándame al infierno, ¿entendido?

—Siempre has estado más loco que una cabra —replicó el asturiano—, pero ahora tu locura va resultando peligrosa y creo que te tendrían que encerrar en un manicomio.

—¿Me harás ese favor?

—Te diré una cosa: si les traes a los ingleses la misma suerte que a los españoles, Londres pedirá el armisticio antes de la primavera, y tú volverás a regresar a Boston con la cola entre piernas. En fin, Herbert…

—¡Andrés, dale a tu mujer otro hijo! ¿Me oyes, viejo?

—Cuídate, Herbert. —Al español se le quebró la voz—. *Adéu! Chao*!

—*Good, bye!*

Betty aseguró con los ojos muy enrojecidos que «de ésta su hermano ya no volvería», y agregó «que a Hitler lo tendrían que meter en una jaula del parque zoológico de Nueva York, y muy apartado de los gorilas para que a éstos no les produjera el cabo austríaco ningún percance».

Para las potencias demócratas la guerra iba de mal en peor. El 21 de jumio de 1940, con la petición de armisticio hecha por Francia, se vio Inglaterra completamente sola ante la paranoia hitleriana. No tardaría Goering en desencadenar sobre las Islas su furia en forma de bombardeos devastadores, al modo del que en 1937 lanzara sobre Guernica. ¿Era el comienzo del fin para las democracias? En España, el hambre y el terror —junto a los campos de concentración, que albergaban a unos 700.000 soldados de la República—, se alternaban con los guiños amorosos y los coqueteos que el nuevo régimen enviaba a Hitler y Mussolini. El pueblo norteamericano se debatía en la congoja; por un lado se alineaban los intervencionistas junto a Londres antes de que ésta sucumbiera, y por el otro —sin duda la gran masa— los que rehusaban la lucha y anhelaban el aislacionismo y la paz a toda costa. El Japón, sin embargo, les sacaría de las dudas.

Hacia el 4 de diciembre de 1941, la Armada nipona se fue aproximando con sigilo hacia las islas Hawai. El 6 de diciembre, los agentes japoneses remitieron su postrer informe sobre el número y distribución de unidades de la U. S. Navy en las cinco subzonas

estratégicas. Y precisó en el informe:

HAY EN PEARL HARBOR EN ESTOS MOMENTOS OCHO ACORAZADOS DE COMBATE, TRES CRUCEROS LIGEROS Y DIECISÉIS DESTRUCTORES.

Lo cierto es que había allí otras unidades: dos cruceros más, otros seis cruceros ligeros, veintiséis destructores y cinco submarinos. El domingo 7 de diciembre de 1941, se produjo la gran conmoción que dejaría estupefacto al mundo entero. La base naval de mayor poderío con que contaba Washington fue objeto de violento bombardeo nipón y quedó reducida a montones de flotantes chatarras en pocas horas. ¡Vía libre a la aventura de los samurais japoneses! Aquella jornada se evaporaban las vacilaciones yanquis; y por si fuera poco, el día 11, jueves, el III Reich y la Italia de Mussolini declararían la guerra al Tío Sam. Y el FBI, que desde hacía tiempo venía observando los tejemanejes de la «Kempitei-Tai», el servicio de inteligencia nipón, detuvo en un solo día, el lunes 8 de diciembre de 1941, nada menos que a 1.771 espías de Tokio, infiltrados en todas las estructuras de la Administración norteamericana. Ahora la hoguera de odios y sangre alcanzaba a los cinco continentes. Demócratas y socialistas por un lado, y nazifascistas por el otro iban a ventilar sus antagonismos del mismo modo que lo hiciera el hombre de la Edad de Piedra: con la violencia de las armas; la II Guerra Mundial no fue justamente un canto a la civilización, sino una expresión de barbarie. Pero así ha sido siempre el hombre —o sea: un lobo para con el prójimo—, y nada induce a suponer que cambie en el futuro.

Herbert MacCarter era un idealista y a la vez un hombre solitario y sediento de aventura o peligro. Por eso andaba ahora en Londres y por eso le hizo llegar a su amigo Andrés Vargas, una larga carta, sirviéndose de la valija diplomática Londres-Washington, para persuadir al español a integrarse en las filas del SOE como instructor de las nuevas legiones que deberían «incendiar Europa» para liberarle del yugo nazifascista. La epístola era larga y contenía razones objetivas y sentimentales, datos de organización *novísima*, perspectivas de actuación creadoras, y al fin la llamada al ideal. Como complemento: la oferta, nada desdeñable según el corresponsal, de ver incrementados sus ingresos mensuales en cinco veces más que los que a la sazón obtenía.

—No lo mandes al infierno —dijo Nuria, desolada—, como él te pidió que lo hicieras, pero explícale que he vuelto a quedar encinta y que…

—¡Naturalmente! ¿Crees que he perdido el juicio para unirme a los ingleses en su lucha contra Hitler? —rugió Andrés, enrojecido de cólera.

—¿Acaso los británicos nos ayudaron cuando luchábamos en España?

—¡Nunca fuimos auxiliados por ellos! ¡Nos abandonaron cruelmente!

Andrés Vargas salió de Nueva York para Londres en vuelo nocturno y a gran altura, y llegó a la devastada City en la mañana del 26 de marzo de 1942. Herbert, que le aguardaba en el aeródromo con indumentaria de capitán inglés —había adelgazado, tenía los ojos febriles—, abrazó al amigo en silencio —parecía extrañamente conmovido—, evitando mirarle a los ojos, al tiempo que le decía a media voz: *I am sorry, I am sorry*… La densa niebla no impedía constatar la desolación reinante: huellas de bárbaros raids aéreos, nerviosismo general, rígido control militar, angustiosa actividad de los miembros de la RAF con su cada vez más restringida escuadra, nuevas instalaciones de cañones antiaéreos en construcción, los toques de corneta de algún cuartel próximo, las carreteras acribilladas y el ansia muy visible de querer, pese a todo, superar el trauma con la habitual flema. La Batalla de Inglaterra parecía aún vigente, y a menudo en la Prensa se escapaban los interrogantes —obsesionante leit motif— de altas y bajas esferas: ¿Qué hace Norteamérica y por qué no nos presta mayor ayuda aérea? ¿Cuándo los rusos pasarán a la contraofensiva contra Hitler? ¿Por qué los yanquis no frenan de una vez la expansión japonesa en Asia y Oceania? Las buenas noticias serían sólo para el Eje en los sombríos años de 1939-1942, y únicamente a partir de noviembre de 1942 la fortuna comenzaría a sonreír al trio Londres-Moscú-Washington, a expensas de Berlín-Roma-Tokio.

A fines de marzo de 1942, que es cuando Vargas llegó a Inglaterra, la situación resultaba claramente desfavorable aún para los demócratas.

—Estamos en situación defensiva —explicó Herbert—. Bueno, te he llamado porque te necesitaba…

—¿Sabes por qué no te envié al infierno, como tú mismo me aconsejaste?

—¿Cómo voy a saberlo? —masculló Herbert, inseguro, culpable. Se habían sentado en el coche del americano, un viejo y pequeño cuatro plazas «Citroen», al tiempo que los dos se frotaban las manos para superar el entumecimiento de las mismas.

—¡No por ayudar a los ingleses, que me importan un comino, sino para devolverte tu favor en España!

—¡Oh, Vargas, no quisiera que te sintieses en deuda conmigo! —dijo Herbert, poniendo el auto en marcha y alejándose del aeropuerto—. Pero estimo que eres injusto con los británicos. No olvides a todos los George Orwell y Arthur Koestler que lucharon codo a codo en tu tierra. Hemos hablado muchas veces de esto y me parece recordar que ambos estábamos de acuerdo en que no se debía confundir la voluntad gubernamental con las simpatías del pueblo. No siempre la política estatal encarna y canaliza el sentimiento nacional; y aquí sí puedo garantizarle que la gran masa del pueblo británico, como asimismo de la población norteamericana, latían al unísono con los tuyos… ¿De veras sientes ese rencor, o es sólo el fruto de aquel despecho que numerosos españoles sienten todavía por Gran Bretaña, en razón de vuestra histórica rivalidad colonial? Los franceses experimentan no menos encono por su rivalidad con la que ellos llaman pérfida Albión, pero ahora se han olvidado de viejas rencillas al igual que nosotros, los norteamericanos, y colaboran como hermanos. ¿No podrías tú hacer lo mismo contra el enemigo común?

—¡Herbert! —exclamó Vargas con asombro—. ¡Te has vuelto un demagogo! Te juro que te veo muy cambiado; hablas y hablas… ¿Qué han hecho de tu seso, antes sereno y lúcido, esos malditos ingleses? Te han convertido en una especie de barroco profesor de Historia. ¿Qué te pasa?

—¡Me estás hartando, pésimo y maloliente asturiano, y me pregunto por qué te habré mandado venir! —gruñó el americano, apretando el acelerador.

—No sé lo que te ocurre, Herbert, te veo distinto… ¡Hasta más refinado, y se diría que te has puesto en el cuerpo la sangre de un Lord! Me asustas…

Ya en la City, Vargas pudo comprobar lo que de antemano

suponía; que los destrozos eran considerables, y que en ocasiones abarcaban manzanas enteras. Y menos mal que los teutones se fatigaron de conjugar el verbo coventryzar. Mal asunto ése porque no hay acción sin reacción, y a no tardar a las represalias de la RAF se unirían las de las US Air Force. El 4 de julio de 1942, los yanquis iniciarían sus demoledores bombardeos en Europa…

Que el SOE venía a resultar algo así como el Secret Inteligence Service, aunque más sofisticado, violento y corrosivo, nadie lo dudaba, y de ahí que tuviera entre los propios londinenses del War Office sus enemigos. Los miembros del SOE daban la imagen del espía-guerrillerosaboteador que, libre de trabas morales, se suelta el pelo y desciende a la categoría de luchador diabólico o de mercenario en la jungla. Creado el 19 de julio de 1940, el SOE tuvo tres directivos; Sir Frank Nelson, desde setiembre de 1940 hasta mayo de 1942; Charles Hambro, desde mayo de 1942 hasta setiembre de 1943, y Colin Gubbins, desde setiembre de 1943 hasta mayo de 1945.

En esos años creó unas 60 escuelas para la formación y adiestramiento de los agentes. Llegó a graduar a irnos 7.500 hombres y mujeres, de los cuales 2.000 (y entre ellos figuraba Herbert MacCarter) eran oficiales. Los agentes del SOE invadieron la Europa ocupada y, cual ordenó Churchill, procedieron a incendiarla; la cubrieron de sabotajes, guerrillas, espionaje, maquis, resistentes… Sus medios de lucha consistían en el uso de armas cortas, arma blanca, explosivos, con ayuda de aviones, lanchas, submarinos, etc. Utilizaban emisoras de gran potencia. Colaboraron con el SOE todas las Resistencias europeas, la BBC, el OSS americano y, por supuesto, el SIS de Su Majestad.

—¡No matéis jamás a un alemán! —recomendaba el sargento Court, agregado al centro Brockhall, en Daventry, Northamptonshire—. Enviadlo más bien a un hospital para seis meses.

La explicación era simple: el herido requería los servicios, durante largo tiempo, de personal cualificado, y suponía un alto costo a la economía nazi: costaba medicinas, comida, intervenciones quirúrgicas, y generaba en su derredor el trauma de la guerra.

—Sería deplorable que estropearais a los alemanes, golpeándoles —seguía el sargento Court—. ¡Prefiero que les fracturéis la

mandíbula!

—¡Un potente puntapié en los órganos genitales! —mascullaba sin sorna el capitán Sykes, ex policía de Shanghai—. No hay nada como eso, a no ser que os sirváis del cuchillo. Pero el cuchillo debe ser manipulado tan delicadamente como los pintores manejan sus pinceles… ¿Vais comprendiendo, hijitos?

En realidad, los reclutas del SOE eran instruidos en la más amplia gama de conocimientos: uso de la criptografía, arte-ciencia del espionaje, manejo de aparatos emisores-receptores, idiomas, lucha cuerpo a cuerpo, armas, explosivos, durísimo entrenamiento físico, paracaidismo, natación, guerrillas, etc.

¿Que si había mujeres en el SOE? ¡Pues claro que las había! El cuerpo de Fanys desempeñó casi todos los encargos que se confiaban a los hombres. Y Gubbins hizo de ellas calurosos elogios.

—¿Y dónde encajo yo con la misión de formar asesinos a domicilio, capitán MacCarter? —preguntó Vargas, tras del almuerzo en el hotel.

—¡Por fin haces una pregunta sensata! —exclamó Herbert, al apurar la última gota de su café—. Los españoles tenéis un genial sentido de la lucha de guerrillas. Y tú, en Valencia, supiste formar con esmero a los guerrilleros-espías del SIEP, ¿te acuerdas o no?

—¿Cómo crees que podría olvidar una experiencia de ese tipo? Anda, acércame esa botella de coñac, si no te importa.

Al mes siguiente, mayo de 1942, y luego de haberse familiarizado con las particularidades, jerarquías y naturaleza de aquella guerra, harto distinta de la de 1914-1918 y aun de la de 1936-1939 en suelo hispano, MacCarter presentó al español-norteamericano a Charles Hambro, el recién nombrado jefe supremo del SOE. Aquél les recibió en su despacho repleto de mapas y nuevas armas.

—Espero, Mr. Vargas, que usted no se altere demasiado en su orgullo hispánico si le digo que le aguarda aquí mucha fortuna, porque estará de acuerdo conmigo en que, le gustemos o no, los ingleses le damos a usted suerte…

—¿Cómo, señor…? —Y Vargas miró, perplejo, al capitán MacCarter, quien se encogió de hombros.

—¡Vamos, vamos! No pretenderá que le recuerde su hazaña del mes de febrero de 1937, haciéndose pasar por ingleses tanto usted

como su españolísima tripulación del también supuesto *Hansterlay*…

Al asturiano se le escapó una sonrisa de satisfacción, que Herbert le devolvió con gestos de complacencia.

—Excúseme, señor —dijo Vargas—. ¡Gracias, señor!

—Sea bien venido al Reino Unido, y permítame agradecerle de antemano su contribución. Y no se apure por nada más… Estimo que si el SOE puede sobrevivir a pesar del auxilio que nos presta el capitán MacCarter, coronel en su patria, también podremos soportar otras particularidades. Por lo demás, acaso yo simpatice menos con los ingleses que usted mismo…

Vargas miró con súbita ira al norteamericano, comprendiendo entonces que sin duda éste se había ido de la lengua al comentar su antagonismo con los hijos de la Gran Bretaña. MacCarter replicó con un ademán de inocencia e ignorancia.

—… y hasta, si me lo permite, le diré que simpatizo vivamente con los demócratas españoles, y… ¡qué cuenta usted con mi respeto! —Y súbitamente, chilló—: Nada más: no crean que voy a estar discurseando durante media hora. ¡Pueden retirarse!

—¡A la orden, señor! —dijeron al unísono MacCarter y Vargas.

—¡Un momento! Ya saben: para cualquier sugerencia, ruego o problema, mi puerta la encontrarán abierta, tanto de día como de noche.

—¡Muchas gracias, señor! —repuso el americano.

Los dos amigos no se licenciaron hasta mayo de 1945. Tres años entregados a combatir a los alemanes. El asturiano se vio proyectado a Escocia, donde había el centro de adiestramiento para operaciones de guerrillas. Cuando hubo instruido tres promociones, Hambro le propuso realizar tareas de enlace y preparación en Grecia. Vargas aceptó y fue lanzado en paracaídas al nuevo objetivo. Luego estuvo en Yugoslavia y finalmente en Francia. Para enero de 1945, Colin Gobbins le reclamó a Londres. Le impuso la medalla al mérito, le estrechó la mano y le envió a Gales. En febrero de ese mismo año, se le unió en la plantilla de instrucciones el coronel MacCarter. Efectivamente, lo habían ascendido, al igual que a Vargas. Los dos eran ya coroneles de la Royal Army. Y antes de partir juntos para Boston, les fue entregado a ambos el certificado de súbdito honorario y el propio Mr. Attlee les despidió,

diciéndoles: «Mi país se ha visto muy honrado con su auxilio, y aunque ustedes se vayan, tengan la certeza de que nuestro agradecimiento será perdurable y les recordaremos con gratitud». Regresaron a los Estados Unidos a bordo del portaaviones *Forrestal*, que transportaba además a 2.000 veteranos, atracó en el puerto de Nueva York el 22 de mayo de 1945, y luego el navío partió para Guadalcanal. En la travesía departieron, en la algazara de la paz en Europa —la del Pacífico llegaría en setiembre—, con soldados que llevaban casi cuatro años guerreando. Muchos de ellos eran casados y tenían varios hijos. Menudeaban los mutilados de guerra. Había seis desdichados a los que faltaban brazos y piernas. A otros hubo que extirparles los ojos, un riñón, medio estómago, los órganos genitales. Había soldados ciegos, sordomudos, neuróticos o en irrecuperable estado de locura. A la hora de comer solía abundar el regocijo y las bromas, pero por las noches se producía el desfile de cretinismos y demencias. Estallaban alaridos y gritos, violaciones, crisis nerviosas, cánticos desaforados… La tripulación tenía órdenes de no intervenir a menos que hubiera peleas, y éstas surgían con alguna frecuencia. Se jugaba a los dados, a las cartas y al dominó.

Para Vargas y MacCarter aquella experiencia era casi tan amarga e ingrata como la de las propias hostilidades. Aquel cargamento transportaba dos mil hombres enfermos y desquiciados, que luego nutrirían sanatorios, manicomios y cárceles. Nuestros dos coroneles debían de convivir con ellos, y no podían evitar la contemplación de ciertos espectáculos degradantes, mayormente de noche entre homosexuales, individuos que lloriqueaban sin cesar o los ataques de terror de algunos de ellos.

Cuando el portaaviones atracó en Nueva York, y los dos amigos salieron, MacCarter se compró un espléndido «Chevrolet», cuatro plazas, blanco, descapotable, y los dos partieron para Boston.

—¡Estás más gruesa, Nuria! —gritó Vargas al ver a su esposa, en el chalet.

—¡Anda, y tú flaco como Stan Laurel!

Tras los primeros abrazos en silencio, vinieron los besos

y la ternura de las miradas; y después las preguntas, cientos de preguntas.

Para el matrimonio habría en aquella posguerra tres fechas estelares, a saber: el 5 de diciembre de 1945, cuando junto con

Herbert, ingresó Vargas en los servicios de la DIA; el 1º de marzo de 1949, en que nació el segundo hijo, y éste sí que viviría, y al que bautizarían con el nombre de Anthony; y por último el 19 de octubre de 1951, cuando nació el tercero y último hijo, George Vargas. Las demás fechas, mera rutina, inercia… Quizá pudiera exceptuarse la del verano —agosto de 1976— en que marido y mujer realizaron con sus dos hijos una visita a la España nuevamente democrática; fue un lento y gozoso periplo por Asturias, País Vasco, Aragón y Cataluña.

La novedad más inverosímil del viaje consistió, no en la sorpresa del matrimonio, al descubrir un país absolutamente distinto del que conocieron, sino en que desde Puigcerdá telefonearon a Herbert para saludarle. Y éste les replicó: «No os mováis de ahí. Quietos y tranquilos. Mañana estaremos con vosotros. ¿Que por qué? Muy sencillo: hace treinta años le prometí a Betty que cuando la situación económica nos lo permitiera la llevaría de viaje adonde ella quisiera. Y la muy terca me está ahora pidiendo, porque la tengo a mi vera, que la lleve a vuestro lado. ¡No me queda más remedio que complacerla! Lo haré muy a disgusto, pero lo haré». Y en efecto, al día siguiente estaban los seis paseándose por Puigcerdá y durmieron en la masía donde el matrimonio se conoció. Betty lo contemplaba todo con asombro y regocijo. Geofge y Anthony, con 25 y 27 años respectivamente, se movían como Pedro por su casa. Nuria caminaba radiante, y casi había rejuvenecido al ver su terruño. Vargas y MacCarter disimulaban sus emociones. Los masoveros habían muerto y allí estaban los dos hijos sobrevivientes. Lo demás… todo igual. Al penetrar en el inmueble, George le preguntó a su madre:

—¿Cuál era la habitación de Paco…?

La sorpresa la dieron los masoveros, quienes guardaban de Paco un paquete de cartas, lápices, compases y libros y objetos diversos. Las cartas procedían de Francia y llevaban como fechas los años 1939-1942.

Después de estas cartas —explicó el *hereu*, hombretón de sienes plateadas, robusto y de franco mirar—, se produjo el silencio. Tengo entendido que fue… ejecutado en Mauthausen. ¿Por culpa de Antonio Carrasco?

A Nuria se le llenaron de lágrimas los ojos.

Ya de vuelta a Puigcerdá, Nuria tuvo que contarle a Betty las circunstancias, no del todo esclarecidas, de la muerte de su hermano. Fue al atardecer, el calor era todavía sofocante, y al avanzar formaban en hileras tres grupos: delante, los dos hermanos, Anthony y George, comentando lo que veían; en segundo término Herbert y Andres Vargas, y en tercer nivel, bastante distanciadas, Nuria y Betty, cogidas del brazo.

—Antonio Carrasco fue un novio que yo tuve poco después de estallar la guerra en España; yo le rechacé, no me gustaba… Y cuando el hombre insistió en sus pretensiones, intervino Paco, mi hermano, para invitar a aquél a desistir. Paco tuvo la poca fortuna de decirle: *Mi hermana está chalada, olvídala; tú te mereces una princesa como mínimo*. Ya sabes cómo son los hombres. El maldito amor propio. La vanidad, ¡qué sé yo! En fin, se fueron de palabras, y… La discusión fue agria y ofensiva.

—¡Qué historia tan apasionante! —exclamó Betty—. Todos los españoles son así de celosos y temperamentales, ¿verdad? ¡Qué ilusión!

—¡No confundas, Betty, por favor! Esta historia es… es…

—No me digas que no te sentías orgullosa de sentirte tan amada.

—¡Pues no me sentía orgullosa!

—No os entiendo. ¡Qué raros sois los españoles! Bien, ¿y qué ocurrió?

—Mi pretendiente prometió vengarse. Le dijo a Paco que era *un rojo, un desalmado y un separatista*, y que algún día se verían las caras. Eso fue todo. Después, Paco fue detenido por los alemanes y encerrado en el campo de Mauthausen. Y al parecer, pero esto no está confirmado, Antonio Carrasco lo descubrió en el campo de concentración alemán y sugirió que lo ejecutaran. Yo no he querido hablar de esto a mis hijos para no envenenarles la sangre. Sin embargo, ellos lo saben todo, y no por mí ni por mi marido. ¿Que quién se lo contó? Supongo que algunos españoles exiliados.

—¿Y cómo era tu novio? —preguntó Betty abriendo los ojos.

—¿Antonio? Un hombre gallardo y distinguido, sin duda.

—¿Y qué más? ¿Os besasteis… y todo lo demás? Cuéntamelo todo, todo…

—¡Betty, estás loca! ¿Qué te hace pensar que yo…?

—Pero…, ¡él te adoraba! ¿Sí o no?

—Sí, creo que sí…

—¡Entonces…!

—¿Cómo que entonces?

—Me parece, Nuria, que los españoles son muy vehementes, ¿sabes?, y en cambio las españolas demasiado frígidas. Tú eres fría como el hielo.

—¡No has entendido nada! —clamaba Nuria.

III

LAS CARTAS DE PACO GIRBAL

El miércoles 15 de marzo de 1978 fue una jornada neblinosa y húmeda hasta el mediodía, con vientos de componente N.E., mar revuelta y posibilidad de chubascos, o eso al menos anunció el televisivo hombre del tiempo, y a fe que esta vez no se había equivocado.

Sin duda que William guardaba oculto ciertos documentos en lugares —mesas y puertas— de doble fondo, en el chalet o en otros domicilios —y nunca, o raramente, en las Legaciones diplomáticas—, por lo cual resultaba poco menos que imposible descubrir sus escondites. George se dedicó a buscarlos, y lo hizo no tanto por curiosidad como para poner a prueba su profesional capacidad de localización. Banfield le había enseñado: «Cuando busques documentos, piensa que la eficiencia se desliza incompatible con las prisas; sírvete más de la imaginación y la deducción que de la vista, y menos de los nervios que de los ojos. Formúlate para tu interior un inventario de prioridades. Y si se trata de la vivienda o estudio de alguien a quien conozcas, no te lances al tuntún a buscar sin antes haber designado con la memoria las zonas probables o verosímiles. Con la mente se localizan las cosas harto mejor que con el ajetreo y el tacto. ¡Huye de una maldita vez de las obsesiones y los cabreos! Sé frío siempre, y analítico». El sinfín de argucias se fueron incrustando en su cerebro, y luego el subconsciente las iba soltando en los instantes precisos…

Demasiado cuco era William para ser pillado en falta. Y George se juró a sí mismo que no creía una sola palabra *sobre las pruebas de la fobia persecutoria de Antonio Carrasco contra los Vargas-Girbal* y sobre su complicidad en la muerte de Paco… ¿Huir quizás y burlar al vigilante pirenaico? ¡Oh, no…! Marguerite Bow le dejó

dicho: «Huir es el recurso de los desesperados. Huir es como apostar para que te envíen a la eternidad con cianuro, disparos o un accidente en carretera». ¡No huyas! Por el contrario, obra siempre con arreglo al siguiente principio:

1. Tomar clara conciencia de la realidad. Considerar todos los factores. Todos.
2. Valorar al contrincante desde su propia perspectiva: ¿Qué sabe de ti? ¿Es un lobo solitario o forma parte de un equipo? ¿Qué necesita averiguar o inducirte a que hagas? ¿Cuáles son sus motivaciones aparentes y reales? ¿Es un peón, y en tal caso, quién le manipula? ¿En qué áreas te sobreestima? ¿Qué le agradaría oír de ti? ¿Es taimado y curtido, o novato? ¿De qué forma podría enmascararse y cómo será su voz?
3. Relájate y acrecienta tu poder mental. Serénate, repliégate en ti mismo. Sumérgete en tus profundidades. Húndete en tu más íntima identidad, sé todo espíritu. Luego álzate por encima del medio ambiente. Eres duro, superior.
4. Incentiva tu creatividad. Eres inspirado y te trazarás ahora: a) Una norma de conducta, y b) Una planificación cronológica de tus actuaciones. Sabes que eres imaginativo y que eres un profesional competente.
5. Jamás olvides que la Compañía conoce siempre, y en cualquier circunstancia, tu propia posición y tu problema; y que por su mediación te llegarán ayudas.

George leyó, cenó, durmió y se desayunó; luego se pAscó por la biblioteca, buscó, miró a través de los cristales de las ventanas…, y al fin esperó la llegada del mediodía. Por eso, cuando hacia las 10,30 apareció Pedro, con gritos y prisas, se sorprendió.

—¿Adónde quieres llevarme? ¿Dónde está William?

—Por el camino te lo contaré. ¡Vámonos! ¡Rápido! Parecía dispuesto a dialogar en forma telegramática. Se metieron en el coche y descendieron con prisas hacia el centro de la urbe.

—Al jefe lo están operando. Has de saber que le dio un ataque al hígado. Le sustituyo de momento. Te dejaré en el hogar de unos

amigos, en Aribau. Carrasco se ha hecho con tus señas, y te busca; está loco. Le habíamos intervenido el teléfono. ¿No sabes que forma parte de cierta organización internacional? Bien… Estarás con los Claramunt, y no te muevas de allí. Ahora daremos algunas vueltas para despistar; no parece que nadie nos haya seguido, pero… Luego, tomas el Metro. Recuerda: Aribau, 247, 2º 2.ª. Patricia Claramunt. ¡Ya sabrás de mí! Agarra este paquete. Son cartas. Apéate ahora; estás en «Fontana». *Bye, bye*… ¡Ni se te ocurra venir al Salus!

El coche paró suavemente, Pedro sonrió y George descendió del vehículo.

En el domicilio de los Claramunt, George fue acogido con silenciosa cordialidad sin preguntas ni sorpresas. Patricia era una mujerona sin hijos, el esposo ausente del país, y siempre sonreía; tenía en la mejilla izquierda una mancha sonrosada. Le mostró a George su habitación y lo dejó al punto no sin antes decirle:

—Llámeme si necesita algo. Su cuarto tiene servicios y teléfono.

—¡Oh, gracias!

El paquete contenía cuatro cartas, firmadas todas por Paco Girbal. Y George, que había olvidado lo demás, tomó asiento en el sofá contiguo al amplio ventanal, y se dispuso a leer. Estaba trémulo, y en aquellos momentos parecíale tener a su lado a sus padres y a Anthony. Éste es el contenido de las cuatro —digamos fotocopias de varios años atrás— epístolas:

Carta número 3.

Campo de concentración de Mauthausen (Austria)
Block 13. Nº. 4279 - Kommandantureiniger S. S.
18 de octubre de 1942

Escribe Paco Girbal Madulell de la ERC.
Carta dirigida a mi hermana Nuria Girbal, en Thomas W. Wilson.
Avenue, 375 DC Fourth-USA.

Mi querida hermana:

Estoy seguro de que esta carta llegará a tus manos, aunque

no sé cuándo y casi con toda seguridad después de que los alemanes me hayan exterminado. Si la guerra la ganan ellos, entonces lo más probable es que nunca leas estas líneas. No te acongojes, te lo suplico. Mi instinto me dice, y ya sabes que mi instinto nunca me engañaba, ¿te acuerdas?, me dice que la guerra la ganarán los nuestros. No es posible que los boches triunfen contra el gigante norteamericano, el gigante ruso y el león británico. Desde nuestro hogar, la muerte era una desgracia; aquí es una bendición, aunque todos luchemos aquí por sobrevivir, y no sé si es tanto por amor a la vida o por odio a estos energúmenos. Todo lo que te contara de ellos es poco. Ya lo has podido ver en mis cartas 1 y 2. Te escribo en lápiz, y no sé si entenderás mi letra, que siempre juzgabas enrevesada. Tengo las manos destrozadas por los culatazos y ahora, además, mis dedos están crispados por el frío. Escribo a escondidas. Como que soy ordenanza de las SS, ya te lo dije, a causa de que sé algo de alemán, llevo americana y en las hombreras, achicada, guardaré esta carta. Otros compañeros guardan en ese sitio fotos de los campos de concentración; un tocayo mío, Paco Boix, que tú seguramente conociste en nuestra ciudad, guarda fotos espeluznantes de lo que es este infierno. Perdona, escribo sin ilación. Estoy desnutrido, enfermo. Entre nosotros, los españoles, hay infinita camaradería. Raro es el judío que sobrevive 15 días. El otro día a un judío lo ahorcaron en los retretes. Casi a diario llegan prisioneros de todas las nacionalidades. Los rusos y judíos reciben trato especial; a éstos se les interna en las Straffkompanie (compañías de castigo); suelen vivir poco tiempo. A nosotros, españoles, se nos extermina en forma lenta y metódica; a los judíos se les lleva a las cámaras de gas rápidamente. Al término de cada jornada, los supervivientes deben llevar sus muertos al crematorio. A nosotros nos llaman: cerdos españoles, rojos, bolcheviques. Si tu marido estuviera aquí, trabajaría en el Electrikerkomando (grupo de electricistas), con lo cual prolongaría su vida. Sé que tu marido pasó a Londres a operar con los del SOE. Si puedes, dile que no se le ocurra pasar a la

Europa ocupada; los nazis le tienen fichado, me preguntaron por él. Los intelectuales son sometidos a vejaciones increíbles; primero les dan una escoba y les hacen limpiar la calle, los lavabos, los retretes y los humillan sin cesar y de mil maneras. Nos hacen acarrear bloques de granito de 60 kilos, que cargamos sobre las espaldas, escalando 186 peldaños. Lo peor de todo son los Rapportfiihrer, los SS responsables de las barracas. Se comportan como perros atacados de rabia, y cuando pegan lo hacen con el sadismo de los enfermos mentales. Una de sus palizas basta para dejarte medio inútil o lisiado para toda tu vida. Olvida lo que yo sufro, lo que sufrimos todos. Estas cartas, las otras dos y ésta, quieren constituirse en testimonio. Te quiere y te adora tu hermano,

Paco Girbal

Carta número 5.

En Mauthausen. Reich. Block N.° 3. Prisionero N.° 4279.
Día 2 de noviembre de 1948.

Escribe Paco Girbal Madulell a su hermana Nuria Girbal, domiciliada en T. W. Wilson Ave.
375 DC F. Boston - Estados Unidos.

Querida Nuria:

Cuando una tragedia personal se torna genocidio, hay que olvidar lo particular y pensar en el linaje humano. Así, mis sufrimientos harás bien considerándolos como la partícula de un todo gigantesco. Miles, millones de personas del mundo entero están siendo sacrificadas en los 900 campos de concentración que los nazis han levantado en la Europa ocupada. Motivos: oposición política, orígenes raciales (judíos), defectos físicos o mentales, etc. Tenemos diana a las 4 y media de la mañana, y a las 5 h en invierno. Los que se ocupan de trabajar en fábricas de material de guerra, laboran a razón de once horas diarias y 8 h

en invierno, incluso los domingos. Comida: 300 gramos de verduras y 300 gramos de pan. Hay por causa del hambre casos de canibalismo. Vestimos pijamas a rayas verticales blancas y azules. En las cámaras de gas, de unos 210 m2 se exterminan en cada sesión alrededor de dos mil personas. Formas de exterminio: gas casi siempre, pero a veces: fusilamiento, inyecciones de gasolina, horca, ganchos carniceros, colgar por los pies, alambradas electrificadas, perros, cal viva y agua. Una vez ejecutados, se aprovecha de los prisioneros: su ropa, zapatos, gafas, maletas, dientes de oro o plata; los cuerpos van luego a los crematorios y después las cenizas las utilizan como abonos para los agricultores. El campo de Mauthausen fue creado en 1938. Aquí han entrado hasta ahora unos 7.000 españoles. Dormimos en jergones de paja de 72 cm de ancho, en cada uno de ellos se colocan cinco o seis personas. Las mujeres van a Ravensbrück, a 50 millas al norte de Berlín. Los que estamos en Mauthausen somos «irrecuperables» y por eso nos corresponden los Vernichtungs Lager (campos de exterminio), y aquí nunca ha penetrado la Cruz Roja Internacional. Los «lilas» (homosexuales) me producen especial repugnancia, pero uno de ellos, alemán de delitos comunes, la quiso tomar conmigo anteanoche. Le di más que a una estera. Chillaba y se retorcía como una sanguijuela. Al fin el sujeto huyó. Los que fueron detenidos y torturados por la Gestapo, llegan con imborrables huellas en el cuerpo. Aquí todos los españoles estamos muy unidos, seamos del partido que seamos. Sin labor de equipo no se podría hacer nada. Unidos, nos auxiliamos.

Seguiré escribiéndote. Con ésta son cinco cartas. Ocupan poco espacio, muy apretadas, entre la boata de las hombreras. Imagino que antes de acabar el año nos habrán liquidado. Con un poco de suerte, será con gas. Se sufre poco; quizás una sensación de ahogo, no mucho. Es un final suave. Lo deseo con todas las potencias de mi ser. ¡Nunca sabrás lo hermoso que se nos aparece morir! Es la liberación, hermana querida. La libertad soñada.

Carta número 7.

Mauthausen. Ill Reich. Block N.° 3. Pris. 4279.
Día 29 de noviembre de 1942.

Firma Paco Girbal Madulell para su hermana Nuria Girbal.
A enviársela en T. W. Wilson Avenue.
375 DC F Boston-USA.

Mi muy recordada y dulce Nuria:

¡A la hermana más inspirada y mágica que pudiera caberle a un mortal soñador como yo! Te escribo estas líneas con el gozo y la esperanza metidos en mis huesos. Qué tonto fui hasta ahora al creer que la muerte era lo único y lo mejor. No, no. Ya no pienso eso, hermanita. Figúrate: se espera en este campo la visita de una comisión de representantes españoles; no sé exactamente lo que son ni quiénes son. Se les dio permiso para visitar a nuestros compatriotas que combaten en Rusia, en la División Azul. Presumo que serán peces gordos, no periodistas, o de lo contrario no podrían tener acceso. Sean lo que sean, son españoles. ¡Al diablo las diferencias políticas! Estoy persuadido, por tanto, que esta comisión preguntará por nosotros y nos verá, y en cuanto nos vea, ten por seguro que les arderá la sangre de horror y vergüenza. Y como Serrano Suñer y los nazis son carne y uña, ¡nos sacarán de aquí! ¿Que nos mandan al campo de concentración de Miranda de Ebro o de Padrón? ¡Perfectamente! ¿Y qué? Lo importante es salir de aquí. Seamos demócratas o fascistas, somos españoles, ¡qué caray! Oye, Nuria: ¿no fletábamos nosotros barcos en 1938 desde nuestros puertos para que pudieran huir los enemigos, los fachas y quintacolumnistas, a fin de que se salvaran? ¿No consentíamos que Embajadas y Consulados estuvieran llenos de adversarios y nunca les causamos daños? Claro: ¿y sabes por qué? Pues porque, seamos

de una u otra idea, somos todos españoles y al fin y a la postre, pertenecemos a una misma familia. Te juro que tengo serias esperanzas. Prefiero morir en nuestra patria que aquí; y si me tienen que liquidar por haber hecho propaganda con la Generalitat, prefiero que sean armas españolas antes que alemanas. Pero no, y mil veces no. Nuestros compatriotas, que llegan el día 4 de diciembre, nos verán y se apiadarán. ¡Y viva nuestra España, que nuestro sol es más cálido! Aquí se te hiela el corazón no más de ver el cielo. Adiós Nuria querida, adiós.

Paco Girbal

Carta número 8.

Campo de Mauthausen.
Block 3. Prisionero 4279.
4 de diciembre de 1942.

Firma Paco Girbal Madulell. Para su hermana Nuria Girbal.
T. W. Wilson Avenue 375 DC F Boston - EE.UU.

Nuria querida:

Entre los miembros de la comisión estaba... No lo creerás. Ha sido inimaginable. Todavía no salgo de mi asombro. Te juro que al verle me dio un vuelco el corazón, y me reconcilié con él. Le perdoné y le pedí perdón con mi pensamiento. Bien, ¿sabes quién figuraba entre los personajes españoles de la Comisión? Que por cierto buscaban a figuras de relieve en el Gobierno, el Ejército Popular y en la diplomacia. Y no hallaron a nadie; se llevaron algunos militantes comunistas y anarquistas. En fin todavía no he escrito el nombre de nuestro compatriota. Pues ahí va: estaba Antonio Carrasco Gómez, tu infortunado novio. Los españoles fuimos colocados en hilera. ¡Cualquiera nos conocía! Con estos uniformes a rayas, el terror en las cuencas de los ojos y la mitad del bulto que antaño (yo pesaba 87 kilos y aquí apenas 42), de

forma que semejamos espantapájaros, y te aseguro que nos burlamos unos de otros. Claro que me conoció. Sugirió al oficial alemán que me liamara. Fui a tenderle la mano. Me miró como se miraría a un mueble viejo y estropeado. Se sorprendió desagradablemente de que aún viviera, y les reprochó a los jefes del campo que fueran tan blandos con la carroña. El jefe le respondió que aquel mismo día me darían el pasaporte, y se disculpó. Mañana volveré para cerciorarme de que han cumplido ustedes con su palabra. Tiene todavía aquella voz rota y campanuda. Gràcies, porc!, le grité con todas mis fuerzas, y Carrasco palideció, sin dejar de mirarme, como hipnotizado o enfermo. Mi sonrisa de asco y desprecio le perseguirá mientras viva, lo sé. Por la noche, sin embargo, la Comisión volvió al campo. Fui interrogado por un SS. Me propuso darme la libertad a cambio de comunicarle el paradero de tu marido, Andrés. Me negué. Me torturaron. Carrasco apareció para escupirme en el rostro. Yo apenas le veía. Mis ojos y cejas eran una masa sanguinolenta. Me echaron al rostro dos cubos de agua con vinagre y sal. Tragué saliva. Saqué fuerzas de no sé dónde y le grité: PORC I TRAIDOR! Nueva tanda de porrazos y patadas. Quedé inerme y me fui hundiendo en la oscuridad blanda y sin dolor. Esta carta te la escribe mi paisano y amigo Boix. Ya no me acorralan angustias ni sufrimientos. Te juro, querida hermana, que ya no sufro; la paz reina en mí, y en sucesivas y dulcísimas oleadas me va ganando el bienestar, mero anticipo del que hallaré sin duda en la otra orilla; y casi me parece estar ya flotando en las aguas cálidas de nuestra Costa Brava. ¡Sé feliz, Nuria, sé feliz y ten muchos hijos, y poneos a salvo del morboso furor de Carrasco!

Saludos y abrazos para ti y para Andrés,

Paco Girbal

¿En poder de quién estarían las cinco cartas restantes? ¿Y cómo llegarían a manos de William? George volvió a ponerse el jersey *beige*, reunió las epístolas otra vez, ahora presuroso, y tras abrir la

puerta del piso tropezóse con Patricia, quien le contemplaba entre alarmada y atónita.

—¡Hasta la vista! —gritó él.

—¿Qué le ocurre? Porque algo le está pasando, ¿no es cierto?

Suave pero resueltamente, la apartó a un lado. Fue descendiendo raudo las escaleras, como medio ausente, y detrás suyo fueron resonando las súplicas de la mujer. George dejó en olvido las típicas precauciones. Cogió el Metro para llegarse hasta la empresa «Aribau», alquiladora de coches, y media hora después devoraba kilómetros, sobre la nueva y ancha autopista.

«Ha de llegarte cierto momento —enfatizó, grave. Marguerite Bow— en que te olvidarás de pensar y razonar; como si te faltara el aire, y correrás a merced de ese peculiar estado de ánimo que los psiquiatras denominamos neurosis obsesiva. ¡Ojo! La paranoia es la enfermedad predilecta en tu oficio. En ese estado no vas a ser dueño de ti mismo… Si me permites una digresión, te diré que Dostoievski opina en *Demonios* que el hombre es a menudo invadido por fuerzas extrañas que le gobiernan tiránicamente, con despótico imperio, y le encaminan sin piedad hacia el abismo, hacia la ruina. El genial eslavo lo atribuye a la presencia del demonio en todos los órganos de nuestro ser. Bien, hoy en día nadie que no fuera místico se nutriría ya de tal convicción. A decir verdad, los científicos contemplamos semejante estado obsesivo a la luz de ciertos traumas y complejos. En fin, vayamos al grano, George; cuando te veas aprisionado en una situación como ésa, esfuérzate por advertir que de no frenarla vas a labrar tu autodestrucción, ya que te estarías comportando como alguien a quien hubiesen disminuido las fuerzas y nublado la razón. Cuando la mente se halla ofuscada por el furor de una idea fija, roza la demencia y el asesinato… ¿Y quieres saber por qué? La mecánica es simple: paralizado el cerebro, del que sólo utilizarías entonces el 0,005 % de su potencial constructivo, actuarías como autómata (ya viste los robots del Departamento VIII). En análogas circunstancias, recuerda: procurarás por cuantos medios te queden destruir la monotonía. ¡Serénate y recupera el timón! ¿Cómo? Ensaya diversos medios: ejercicio físico, dialogar con alguien, hacer el amor, bailar, cantar, viajar en Metro…, y si pudieras, relax integral, o ver un filme del Far West o acaso un partido de béisbol. Respira hondo, levanta y ensancha los pulmones.

Y ante todo: desconfía de tu propio juicio. Porque tú no ibas a ser tú; algo o alguien te estaría poseyendo y chantajeando. ¡Es por la idea fija! Huye entonces del alcohol; si acaso, tila, manzanilla. Algún sedante nervioso. Tampoco té ni café. Y por todos los santos, desecha la LSD y demás drogas. Evoca a la persona que con mayor ternura adores, o el recuerdo más íntimo, dulce y entrañable. Y piensa: puedes y debes vencer. La salvación es posible».

A la altura de Vic se detuvo para repostar gasolina. El empleado tarareaba una canción de Presley con impecable mimetismo. Esta vulgar observación tuvo el poder de romper el cerco, y en cosa de instantes se fue recuperando. «¡Jo! La seguridad de la patria yace en buenas manos, ¡apuéstese a que sí! Ya vuelvo a ser capaz de correctos diagnósticos», se burlaba de sí mismo; y le entró risa. A punto anduvo de carcajearse…

Sentía, sin embargo, seca la garganta, y le parecía que estaba engullendo no saliva sino esparto. Detestaba mascar chicle, pero salió a comprarlo y se metió en la boca tres piezas enteras, y al poco el sabor mentolado invadía sus entrañas y le transportaba a los prados de su niñez.

Colinas, prados, aldeas, se sucedían veloces, como en un viaje sin color en uno de aquellos filmes del cine mudo, con algo de soñoliento y tristón. Sin frío ni calor, con ausencia de viento y de sol: tales eran los días precursores de la Semana Santa; la Naturaleza parecía detenerse e inmovilizarse, y la misma vida humana se contagiaba de aquella misteriosa apatía, cual si se representara el prólogo de algo nuevo y viejo. Detuvo el coche ante cierto control para el pago del peaje, y —cosa extraña— el funcionario hablaba sin voz, y gesticulaba con extrema lentitud, con aquellos ojos brillantes y líquidos.

El asfalto se iba abalanzando sobre George, y más creía hallarse en el interior de un coche sobre raíles en montañas rusas, allá en Disneylandia —a su padre le maravillaba ese lugar y le divertía no menos que a George y a Anthony, cuando fueron allá en la infancia—, que en la autopista que le llevaba hacia el Norte, hacia la vecina Francia.

—¿No me recuerda? Soy Jordi. Nos vimos en agosto del 76.

El hombre sujetaba al perro y no recordaba; con sus pantalones de pana negra, su jersey amarillo y el gorro *beige* —por lo menos

llevaba diez días sin afeitarse, y las patillas canosas le llegaban hasta la mandíbula— no respondía a la típica imagen del payés; se le hubiera podido tomar por uno de esos granjeros de Kansas, con calma elefantina.

—Llame a su esposa. ¿No me recuerda? Jordi Vargas. ¿Y a mi madre? Nuria. Sí, hombre. Llámela a ella, perdón, a su esposa…

Apareció la esposa: dos delantales, boca desdentada, sonrisa pegajosa, plumas de ave en el cabello y en todo el vestido oscuro.

—¡Claro! Ya me acuerdo… ¿Ha venido solo o con sus padres?

—Solo, solo. Quiero que me ayuden…

—¿Se quedará a comer, verdad? Tenemos *escudella*.

—¡Escúcheme bien! No puedo quedarme, tengo que irme. Quiero que me dejen ver el paquete de cosas de mi tío Paco.

—¿Qué paquete? Espere… a usted —la mujer sintió cierta guasa— le llamaban Ge… Jor…

—¡George! ¡Jordi! ¡Jorge! Perdón: tengo prisa. Entretanto el hombre se fue y volvió con el porrón grande —cabían en él tres litros— de vino negro, dulzón y espeso, del Priorato. Lo ofreció con imperativa cortesía.

—¡Tome, tome!

Mientras George bebía —más bien parecía que se bañaba o que se duchaba, ante la risa del payés—, la mujer se adentró en la casa, para volver al poco con su caja de cartón, llena de polvo, atada con cordeles. Se la dio al visitante, quien rompió con las manos y los dientes el envoltorio, y al fin halló lo que buscaba: las cartas de Paco Girbal. Las sacó de sus sobres. Depositó éstos sobre la caja, previamente colocada en el suelo, y extrajo del bolsillo las cuatro fotocopias. Comparó la escritura…

—¡Idéntica, es lo mismo… igual, igual…! —masculló, jadeante.

—¿Qué hace la madre, eh? ¿Ya la han hecho abuela?

—Usted se habrá casado, ¿eh? ¿Trabaja quizás en Puigcerdá?

—¡No seas burro, hombre! ¿Cómo quieres que un señor como él trabaje aquí? Él estará de visita. Oiga: ¿de turismo, no? ¿Se va a Bourg Madame? Las primeras tres epístolas ofrecían los mismos rasgos, pero la cuarta, no. Claro, claro… Entonces, ¿era cierto?

—Oiganme, y perdonen, ¿conocieron ustedes a Paco Girbal? Estas cartas las enviaba mi tío al padre de ustedes.

—Yo a Paco le vi de niño, antes de la guerra; luego, ya no —

explicó el hombre—. Como a su madre. Cuando venían de vacaciones.

—¿Nadie les ha visitado para que le dejaran ver estas cartas?

—Aquí no viene nunca nadie —replicó la mujer—. No tenemos ya huéspedes.

—Ya.

—¿Conocieron a Antonio Carrasco?

—¿A quién?

—¡Antonio Carrasco, Antonio Carrasco!

—No… —dijo el hombre ofreciéndole el porrón otra vez—. Yo, no. ¿Y tú?

—¡Yo qué voy a conocer! Yo te conozco a ti y eso me basta —rió ella.

Fue poco antes de llegar a Ribas de Fresser cuando se desencadenó el temporal. Miró el reloj: las 6,35 h. Puso en marcha el limpiacristales y cerró enteramente la ventana. El termómetro debió haber descendido bastante, pues el frío era intensísimo y le castañeteaban los dientes. Entretanto iba cayendo un verdadero aguacero que restaba visibilidad. Aflojó la marcha y se detuvo a contemplar la caravana de coches por la vía contraria. El agua caía ruidosamente sobre el vehículo y otorgaba a la carretera ese característico brillo espejeante; y oscurecía por momentos, bajo un cielo cubierto de violáceos nubarrones. A su derecha, en la cuneta hubo de ver un gato negro recién descuartizado y sanguinolento. Comenzaron a oírse los rumores nocturnos —la noche se anticipaba —; con lo cual, al disminuir la marcha y cruzar ante zonas campesinas con sus masías y almiares, y las granjas dispersas, le llegaba el continuo croar de las ranas en los charcos y el resoplar de los caballos, a los que —estarían en alguna parte— sin embargo no se veía. De repente advirtió que los autos de delante y los de atrás se le aproximaban demasiado, como si pretendieran aplastarle entre dos cuerpos. Se restregó los ojos, alarmado. Hasta que de pronto, a su izquierda, arrimósele un «Mercedes» blanco y vio que su conductor sacaba la cabeza y le miraba iracundo.

—¡… drogado cabr… nos… que matar… maric…!

El ruido del motor le resonaba en la cabeza. *Está clarísimo, George: no cenaste, o muy poco, y no has desayunado ni almorzado; te atracaste de vino peleón, y ahora te vas hundiendo*

en el desmayo dulzón. A la derecha se tropezó con el «Restaurante Can Jaumet» y torció hacia él con suavidad. Salió sin prisas. Sentíase pesado el cuerpo y entumecidos y dormidos los miembros.

El camarero, muy presto, le sirvió: carne asada, alcachofas rehogadas, calamares a la romana, callos, cerveza de barril, pan de payés, croquetas de queso, dos tazas de té, mermelada de albaricoque, *pudding,* «Calisay»… Luego entró en los servicios; allí se lavó el cogote, las mejillas, la frente y las manos. Se miró al espejo: vio un rostro desgreñado, enrojecido, la mirada encendida y… parecía almacenar en desorden el cabreo de mil.monos furiosos. Estalló a reír.

Cuando se colocó, después, ante el volante —peinado, limpio, engrasado— estaba en sazón para iniciar esa higiene mental que sin falta debe acometer el curtido profesional de aquel oficio.

De las tres (Luisa, Margarita y Concha), era Luisa la que se mostraba con mayores dotes para la escenificación; las tres estudiaban en la Facultad de Medicina, ya en el primero de la carrera y trataban a George con la familiaridad —esa familiaridad tejida de contactos, cachetes amistosos en el pompis, besos fugaces, abrazos efusivos, beber en el mismo vaso, palparse, manosearse, contarse intimidades a otros inconfensables— y esa ruda franqueza de los ex novios. Las tres eran marxistas convencidas, delgaduchas y rondaban los veintidós años.

—A veces nos tratas como si fuéramos retrasadas mentales, ¡y eso me jode, chaval! ¿Te imaginas que no te he comprendido? ¡Roñoso burgués!

Margarita y Concha acababan de apurar sendos danones, y el blanco del yogur les resbalaba por labios y mejillas. Comían con prisas.

—¡Oh, lo siento!

—¡Vete a la mierda!

—Toma el teléfono… Luisa. Centro Médico Salus: 247.04.00…

George la besó apasionadamente en los labios. Margarita y Concha comentaban la lección de anatomía del pasado jueves.

—¡Señorita, quiero hablar con Claudia Sánchez Sánchez, anestesista del quirófano de la primera planta! —En su voz se alternaba el tono imperativo y la súplica—. ¡Por favor!

George iba palpando los senos de Luisa —lacios, blandos— y la

besó en el cogote.

—¡George, que te vas a empalmar, y ésta hoy anda con los pintores! Concha se reía de su propio chiste; Margarita hablaba absorta.

—¡Claudia! Oye, rica, dime: ¿verdad que en tu quirófano habéis hoy intervenido a un tal William Stevens, de irnos 55 años, enfermo del hígado? ¿Que no…? Pero, ¿le conoces…? Ah, bien… Cuéntame todo… Sí, sí; por un familiar… Sí, delante mío… Cuenta… Sí… Sí… ¡Gracias, chata, ya nos veremos! Sí, sí… Gracias. *Adéu*!

Luisa y George se miraron en silencio. Ella estaba como turbada.

—¿Quién es exactamente William?

—Ya te lo he dicho: un pariente lejano de mi familia. ¿Qué ocurre?

—¡Vayamos a la otra habitación!

—Si vais a cohabitar, vendremos —chilló Margarita. Luisa cerró tras de sí la puerta con llave; ya solos en la habitación contigua, destartalada, dos camas individuales, libros, posters del Che Guevara, Lenin y Tolstoi, ropa, suciedad y una guitarra—, a Luisa, que había palidecido, le dio por acariciar a su amigo en las mejillas. Y sonreía con insospechada ternura.

—¿Verdad que a ese William se le fue endureciendo y agrandando el hígado? ¿Verdad que perdió peso, no tenía apetito?

—Verdad…

—Sufría trastornos psíquicos; muchos nervios, despiste…

—Cierto.

—Tomaba pastillas para los nervios (sedantes) y analgésicos; se debía de quejar de muchos dolores. Pues bien: a tu amigo o pariente no lo han intervenido exactamente; le han extraído líquido del vientre y le han suministrado suero y vitamina K. Probablemente le caerá el pelo. Progresivamente irá perdiendo vitalidad hasta que… ¿Te lo suelto, cariño? Tiene cáncer. Él no lo sabía. Se lo han tenido que decir. Querían internarlo para someterlo a tratamiento; ya sabes: bomba de cobalto, quizás intervención quirúrgica, un más detenido examen… No ha querido. Sólo ha aceptado que le retuvieran durante una jornada; lo indispensable para practicar análisis de sangre. Claudia le da un mes de vida. ¡Lo siento, chato, palabra que lo siento! ¿Quieres tomarte algo?

Para su mayor seguridad, George daba cada paso al margen de

los expertos de la Compañía; y la consulta siguiente, también por su cuenta. La Compañía contaba allí con personal competente en cualquier disciplina, pero recurrir a ellos hubiera sido cometer el más grotesco de los errores; con todo eso era posible que le hubiesen controlado absolutamente todas sus amistades, y cabía la posibilidad de que estuviera dando los pasos que *ellos* esperaban y deseaban que diese.

—¿Por qué quieres ahora verte con Rufino Pérez? No es más que practicante… ¡Bien, bien! Toma nota: Granados, tercero cuarta. Perdón: Granados, 38. Te los presenté la pasada semana, ¿ya quieres hoy verles…? ¡Jo!

—Gracias por todo, Luisa.

—¿Puedo hacer algo más por ti? ¿Te quedas…? Anímate, gringo.

Ocurrió lo mejor que podía ocurrir: el esposo, Rufino Pérez, no había llegado del Clínico —trabajaba en el depósito de cadáveres—, y se encontró con su esposa, que estaba dando de cenar a los dos pequeños. Parecía como si los estuviera cebando a los dos —niño y niña; dos meses y año y medio, respectivamente, sentados a la mesa, el televisor a toda pastilla—, y la buena de Marisa —que no más casarse comenzó a engordar de modo asombroso— sonreía siempre pero tenía una mirada inquisitiva en extremo.

George improvisó el plan y salióle sin fallos; pretendía saludar a su esposo, preguntarle sobre el Clínico… Pequeñeces… Es que tenía enfermo a cierto pariente del otro lado del Atlántico. Iba a salir de viaje. ¡Claro que necesitaba tomarse vacaciones, pero este año no iba a poder ser! Tenía ganas de concluir la carrera y colocarse como corrector de pruebas en alguna editorial. O redactor. Quizá traductor. En fin… se iba. Que mañana lo visitaría de nuevo. Van los dos hasta el *hall*. Ya se han despedido. Él va a penetrar en el ascensor.

—¡Adiós, Vargas!

—Hasta la vista, Marisa…

De repente, ¡zas!, le suelta el rollo:

—Me enteré que habías trabajado como grafóloga en el Instituto de Estudios Hispano-Franceses. ¿Puedo…?

De nuevo dentro del hogar, ante los crios. Marisa contempla los grafismos que George va trazando sobre una cuartilla que *casualmente* llevaba en el bolsillo. Radiante, la joven casada

explica:

—Las barras en golpe de látigo, ¿ves estas *tes*?, denotan tenacidad, imaginación, exclusivismo… ¿Ves estos puntos y acentos adelantados a la letra correspondiente? Significan ardor, iniciativa, rapidez mental.

De pronto, George le muestra los dos bloques de cartas de Paco Girbal: el paquete procedente de Puigcerdá y el grupo facilitado por William. Sin vacilaciones, Marisa dictamina:

Indudablemente, pertenecen a la misma persona; sólo que en los textos de las fotocopias se advierte el paso de mucho tiempo o… sólo, quizá, la influencia de efectos adversos; en esta escritura hay depresión, tristeza, incluso desesperación, desarreglos psíquicos, y una enfermedad renal… En cuanto a esta otra carta, también fotocopia, pertenece a una persona batallona, con más salud, dedicada a las artes plásticas o a la fotografía; es un tipo con mucha sangre fría, idealista, más joven que el de las otras tres cartas.

Se refería Marisa a la escritura del que en nombre de Paco escribió la última de aquellas epístolas. Es decir, de Paco Boix, fotógrafo. Todo cuajaba. El rompecabezas aparecía claro, coherente.

Durante diez minutos comentan la voracidad de los niños y luego se despiden. Ya podía encaminar el coche hacia el hogar de los Claramunt. Apenas penetrar en el domicilio de ésta, le salió Patricia indicándole que llamara cuanto antes por teléfono a Pedro.

—¡Enhorabuena! Te esperamos… —exclamó Pedro—. No estoy solo.

—¿Cómo? —Bien conocía George aquellos ardides pueriles para que uno bajara la guardia—. Voy…

Había anochecido. Dejó el automóvil alquilado en un garaje y tomó un taxi para llegarse hasta la antena en Doctor Roux. ¿A qué podía responder aquella exagerada amabilidad —pegajosa— de Pedro? Trataban de desconcertarle, de romper su coraza de hostilidad y desconfianza; querían que dejara de huir… Aunque no era menester: ¿no era cierto que el desdichado William se hallaba fuera de combate? ¿Qué mejor arma para ellos que exponer esa realidad? *No está claro, ¡malditos bastardos!, y no puedo saber qué se traen entre manos. Nunca comprenderé por qué mi padre no se opuso a que entrara en la Compañía. ¿No serán, en el fondo, tan maquiavélicos e indeseables mi padre como ese Antonio*

Carrasco? Marguerite Bow le había dicho: «Ten agilidad mental y esfuérzate por saber mudar de perspectiva. O sea: lo que te parece blanco, puede ser negro, y viceversa. No seas dogmático, no sacralices. La duda es tu arma inicial».

—¡Enhorabuena! Mi cordial felicitación —gritó William al verle aparecer en el despacho-biblioteca de su chalet.

—¡Jefe, quedo a tus órdenes! —dijo Pedro ofreciéndole la diestra.

George les contemplaba fríamente. William tomó en seguida asiento, parecía exhausto, la tez paliducha, con huellas de no haber dormido aquella noche y de hallarse al borde del colapso.

—Háblame de tu salud, William.

—Después… Ahora tengo que comunicarte que la sede te acaba de nombrar jefe de esta antena. ¡Te deseo toda la inmensa suerte que te mereces!

—¿Estáis… locos?

Pedro sirvió un *whisky* a George.

—Tuyo es este chalet; aquí deberás vivir a partir de hoy o mañana. Yo me marcho dentro de 48 horas a América. Después te mostraré el archivo, la emisora, las claves, los contactos. Cuando estés bien impuesto de todo, te contaré *ciertas cosas*. Luego cablegrafías a Davis. Él te dará instrucciones. ¡Todo queda a partir de ahora a tu cargo! ¡Ánimo, Ruiz!

Los dos que estaban de pie, George y Pedro, tomaron asiento en sendos sofás, frente a William.

—Mi salud, mal. Imagina lo peor. ¡Maldito Satanás de la gran puta!

—¿Qué es lo peor? —A George siempre le había fastidiado fingir.

—Tumor maligno. Un mes o… varios más, y todo concluido.

Pedro, con los ojos entornados, apretaba las mandíbulas, disimulando su nerviosismo. William hablaba con menos depresión de la que George supuso.

—¿Puedes contarme ahora qué misión era la que se me quería confiar?

—¡Eliminar a Antonio Carrasco, antes de que él te liquide a ti! —¿Dónde está Carrasco?

—En Ascó, Tarragona. Su grupo internacional está preparando

un golpe.

—¿Qué golpe es ése?

—Volar la central nuclear. La que está en fase de construcción, claro.

—¿Por qué quieren hacer esa barbaridad?

—Para atribuir la responsabilidad a ciertos grupos… contrarios.

—¿Y nosotros hemos de impedir el atentado?

—Recibirás instrucciones —replicó William con muecas de dolor—. De los Servicios Clandestinos del WH, con visto bueno del COS y NPIC… claro.

—Ya…

—George, ¿puedo hacerte una pregunta? —dijo William, con los ojos entornados, apretándose el hígado. Se diría que por momentos se desmoronaba.

—Puedes.

—¿Por qué has desaparecido esta mañana y dónde has estado? Nos has tenido muy intranquilos.

—Pues…

—¡Oh, no respondas si no quieres! Te aseguro que no debes darnos ya cuentas de tus actos. Otros te aplicarán el detector de mentiras en lo futuro, ¿verdad, Pedro?, pero ya no —rió sin ganas— éste y yo.

—Supongo —dijo George, aparentando indiferencia— que tendrás aquí armas…

—Supones bien. Rifles con mira telescópica, explosivos y armas cortas, además de silenciadores para las pistolas, venenos. En fin… todo lo que puedas necesitar para casos extremos. ¿Quieres verlo ahora o… después?

—¡Oh, después! Y dime, William, ¿cómo sabéis que Carrasco está en Ascó?

—¿Que cómo lo sabemos? ¡Menuda pregunta! —muequeaba William en vez de sonreírse—. No creerás que se juega al ajedrez en nuestros LP y OP…

—Tómate una pastilla. ¿Tienes analgésicos? —preguntó Pedro.

—Lo sabemos sin embargo por infiltración; su hombre de confianza, un peón, trabaja para nosotros. En cuanto Carrasco se mueve nos avisa y nos comunica adónde piensa ir. Ahora está en Ascó. Seguro. Habita en cierta masía.

—¿Cómo llegaron hasta vosotros las cartas de Paco Girbal?

—Ya puedes imaginártelo. ¡Los del FI son competentes…!

—¿Por medio de ese peón? Concreta.

—¿Tú qué crees?

—No me contestes a mi pregunta con otra pregunta, William.

—¡Oh, perdona! Lo siento. Nos llegaron por medio de ese peón…

—Entonces sabréis también por qué diablos Carrasco me odia de ese modo.

—¡Carrasco te supone miembro del PCE…! ¡Y odia a tu padre!

—¿Y cuándo proyecta venir a por mí?

—A fines de semana. Sabe tu domicilio y conoce éste también. Pero no hagas nada, vamos es mi consejo, hasta haber recibido instrucciones de la Compañía. Contacta con Davis. Vamos, estoy pensando en voz alta; eso es una mera sugerencia… Te lo señalo como camarada. Y haz…, esto es fundamental y urgente…, haz en seguida…

Aquí William sufrió otro desvanecimiento; la cabeza quedóle inerte hacia atrás, con los brazos extendidos para abajo, y su rostro recobró la paz, en una expresión sarcástica muy suya, como si se chanceara de todo. Pedro le trajo al punto un vaso de agua, pero al verle inconsciente, vaciló, colocó el vaso en la mesita y susurró:

—Me parece… que es mejor dejarle; ahora descansa.

—¡Oh, sí; no le importunemos!

Ambos tomaron asiento en los sofás situados al extremo contrario.

—¡Es increíble que se haya llegado a esta situación sin haberla previsto! —masculló George entre dientes—. ¿De qué puñeta nos sirven tantos aparatos, perfiles psicológicos y tantas zarandajas si de pronto hemos de quedarnos paralizados por imprevisiones idiotas?

—Demasiado temperamental, ¿no? —le reprochó Pedro, indeciso.

—¿Qué recetó el doctor para casos de desmayo?

—Nada. Es decir, no sé que.recetara algo…

—¡Dime una cosa, Pedro! —exclamó George mudando de tema —. ¿A qué conclusiones llegasteis luego de escuchar mi confesión o relato?

—La tenemos grabada; ahí la tienes —señaló el doble fondo,

insospechado, de la mesilla, justo en la que se hallaba el vaso de agua—. El magnetófono se pone en marcha con el pie, tocando el ángulo interior-superior de cualquiera de las cuatro patas. No produce ningún ruido.

—¡Conforme, conforme! ¿Cuál fue la conclusión de William?

—Pero si tú mismo nos la diste: afirmastes que por tu patria serías capaz de arrostrar los máximos sacrificios, y que en esos sacrificios no habría límite. No se te arrancó con violencias ni estratagemas sucias; tú lo soltaste, ¿no te acuerdas? Ningún chantaje. Todo limpio. Y ahora te invito a decirme, si tú… quieres decirlo, claro… ¿Albergas el propósito de acabar con Carrasco, que está en Ascó, Tarragona? Él conoce tu físico y tu cara; le llegaron fotos tuyas recientes y no ignora quiénes son tus amigos y amigas.

—¿Desea la sede que yo le extermine? Es decir, ¿lo pretendía antes? Pero ya os dije bien claramente que yo no soy, en absoluto, un…

—… un «istrebitel». Los rusos, supongo que lo sabes, llaman así a los agentes comisionados para tareas especiales de violencia; vamos, los que ponen fuera de juego a los adversarios, y a cuantos efectúan sabotajes y golpes de mano. El «istrebitel» es un tipo de hombre de muy particular idiosincrasia.

—¿Vas a responder a mi pregunta? —profirió George con ironía.

—¿Que si se pretende o se te exigiría que mates? —gruñó Pedro, de ordinario calmo y ambiguo—. ¡Me sobreestimas! ¿Acaso has olvidado cuál es mi cometido? ¿Cómo iba yo a saber lo que se cocina arriba? Ni William lo sabe.

—¡Te advierto, leal Pedro, que puedo aplicarte el detector de mentiras!

—¡Oh, sí! Estás en tu derecho…, y puedes aplicárselo incluso a William. Aunque fuera crueldad, y además gratuita, obrar así contra tu amigo y paisano.

—¿Me permites que sea yo quien decida si fuera o no crueldad? Pues por lo mismo que uno está dispuesto a los máximos sacrificios, también lo estarías tú, aunque sea otra tu nacionalidad…

—Me parece que se está moviendo —exclamó Pedro, que de un brinco se incorporó, situándose ante el enfermo; éste bostezaba y muequeaba con estremecimientos, sin abrir los ojos. Había palidecido intensamente y sus ojos parecían hundirse en sus órbitas

y azulearse por momentos.

—¿Dónde estoy? —preguntó William con clarísima voz.

—¡Estás en casa, William! Soy Pedro, y aquí tienes a George. ¿Me dejas que te lleve a la clínica de…?

—¡Lárgate…, Pedro! Y vuelve mañana por la mañana, hacia las 8, y me llevarás al aeropuerto. ¡George! ¡George!

El hombre hablaba exhausto, con un hilo de voz, sin abrir los ojos. Se apretaba el hígado y el estómago con las dos manos y se revolvía con angustia.

—Mañana estarás en América, William; no te esfuerces por hablar —dijo George—. ¿Te apetece beber algo? ¿Quizá *whisky*?

—¿Dónde estás, George? Acércate… Más. Así…

—Tranquilízate, hombre. ¿No puedes abrir los ojos?

—¿Se ha marchado ya Pedro? —preguntó William.

—¡Hasta mañana, William! —gritó Pedro, alejándose a toda prisa.

—Ahora mismo acaba de largarse. En estos momentos le oigo cómo cierra la puerta del jardín. Ya está en la calle. Sólo estamos ahora tú y yo aquí. ¿Mando que te traigan café caliente, quizá tila o té, leche, agua fresca?

—George, George… Levántame, ayúdame.

—¿Qué quieres hacer? —gritó aquél, horrorizado—. Tranquilo.

—Es preciso… ahora o… que tengo tres hijos… mi responsabilidad… y me dejan… ¡Demonio…! No tengo apetito ni sed. Todo me arde.

—Hay tiempo, reposa ahora…

—… hora es?

—¿Que qué hora es? Las 21,25. ¿De veras no quieres que llame al médico de confianza?

—… y perdido… la RB… o nunca… y será tarde… me achicharran…

—¿Qué es la RB… William?

—La «room»… ¿Seguimos estando solos? Bien. Pregúntale al jardinero si ha… larms nocturn… sss…

—Las alarmas nocturnas están funcionando, William; lo sé.

—Okay… —y William trató de incorporarse, con lo cual George le tomó por los sobacos y lo puso de pie, pero como se doblaba, lo tomó en brazos como a un chiquillo—. Piso de… arriba… pasillo, al

fondo izquierd… Subieron al piso y llegaron hasta la RB.

—Estás ante la «room», William. ¿Qué quieres que haga?

—Pon mi dedo índice en el hueco del… ojo…

George le obedeció.

—Abre la puer…

Efectivamente, con suave presión la puerta, sin duda de acero, se abrió. George avanzó a oscuras, buscó el interruptor y encendió la luz.

—Siéntam… sof… y rra… puert…

—Ya he cerrado; estamos solos.

—Ahor… y dentr… una hor… me despiert…

George acomodó a William en el sofá, y ya más tranquilo el enfermo se durmió. La paz volvió a su semblante. Respiraba lenta y pausadamente con súbitos escalofríos. Se diría que poco a poco recuperaba parte de sus fuerzas. Entretanto, George se dedicó a encender las demás luces y a contemplar el resto de la pieza. Ésta mediría quizá sus buenos 25 metros cuadrados, sin ventanas. Había un despacho dividido en dos piezas, la segunda de ambas era un estudio para el revelado de fotos. Destacaba una docena de archivos metálicos con cerradura sofisticada. Junto a la pared maestra, la caja de caudales de 90 x 105 x 210 cm empotrada y provista de cerradura que se abría, lo mismo que la puerta de la habitación, merced a la introducción del dedo índice izquierdo de William, cuyas huellas digitales estaban allí registradas. También el criptógrafo, unido a la IBM, se abría por el mismo procedimiento. Sobre la mesilla, junto al sofá, había el detector de mentiras, dos maletines (uno para detectar micrófonos ocultos y otro para permitir los diálogos telefónicos sin intervenciones), frascos, blocs, cepillitos y un aguja hipodérmica. A su lado, una máquina de escribir eléctrica sobre carrito.

En la otra parte de la pared, se veían tres largas y abarrotadas estanterías. En la inferior había una maleta de piel; George la abrió y vio un radiogoniómetro muy último modelo, para la captación de emisoras clandestinas. En la segunda estantería había *sprays* defensivos o agresivos: unos eran meramente lacrimógenos —como los de defensa femenina que menudeaban sobre todo en California — y otros con sustancias peligrosísimas, que podían provocar la muerte o la ceguera. En cierta hermosísima caja que parecía

contener bombones de licor vio George una colección de micrófonos de diversos tamaños, todos ellos bastante pequeños. En la estantería superior había libros: novelas españolas, libros de poemas, diccionarios, etc. Al lado de la estantería estaba el teletipo.

Al fondo, al otro lado de la RB, sobresalía en la pared una pantalla para proyecciones, y junto a ella el proyector sobre ruedas, modelo «Kodak». Y en el ángulo contiguo un televisor de mayores dimensiones a las normales; por detrás tenía adosado el dispositivo para videocassettes. Había, además, cajas de metal (probablemente con explosivos y armas), cajas de madera, maletines de hombres de negocios. En esa parte de la pared estaba el botiquín bastante más grande de los corrientes; George lo abrió y vio una rica gama de productos y medios de enfermería.

Sobre el escritorio figuraban, colocados simétricamente, numerosos magnetófonos, prismáticos, cámaras fotográficas y filmadoras de varios tamaños y con arreglo al sofisticamiento en uso. No faltaban los dispositivos para las fotografías con rayos infrarrojos, a utilizar en la oscuridad.

La habitación estaba limpísima, sin sombra de polvo, y con esmerado orden. ¿Sería el propio William quien limpiara todo? Pedro, no; por supuesto. A Pedro no debían dejarle entrar. George tomó asiento en otro sofá, frente al enfermo. Ahora respiraba casi normalmente. Ya llevaba veinte minutos en brazos de Morfeo. Fue despertando poco a poco, moviendo sonoramente la lengua, como si tuviera mal sabor.

—¡George! No me duele nada; es asombroso.

—¡Por todos los santos, William, deja que te ayudemos!

—Tráete el magnetófono mediano; ése no…, el otro. ¡Éste! Gracias.

William tomó el magnetófono y lo puso en marcha.

—En el archivo I-A encontrarás la lista de los agentes en plantilla, los enlaces, los «durmientes», los colaboradores a sueldo y los colaboradores inconscientes, o sea, lo que nos facilitan información sin ellos saberlo. Mañana llegarán las nuevas cerraduras con tus huellas digitales; podrás abrir tú la puerta y los archivadores, así como el criptógrafo, el teletipo y lo demás… ¿Lo has visto ya todo un poco, eh? Bien… En el archivo I-B hallarás los organigramas de la red en la Península Ibérica. Ya sabes que

tenemos prohibido recurrir a nuestras Legaciones diplomáticas, pero las últimas instrucciones son: En caso de Tercera Guerra Mundial, presentarse todos los agentes a la más próxima Embajada o Consulado. No lo olvides. Para ese caso de contienda mundial, hay que poner en marcha el Plan Omega; las instrucciones son completas. Prosigo… En el archivo I-C encontrarás estadísticas. En el I-D, mapas. En todo el archivador Il-az hay por orden alfabético fichero de personajes de este país: personas simpatizantes, neutras, asimilables, hostiles, refractarias-inofensivas, adversarias sin ellas saberlo, etc.; hallarás los distintos matices. Ya sabes: no dar ni un solo paso sin consultar el archivo personal. Está registrado por profesionales y provincias. A medida que el II-az se vaya llenando utilizas el III-az. En el fichero IV-az están los organigramas, perfiles psicológicos y estadísticas del GRU-KGB, distribuidos por continentes y países.

Tosió y carraspeó. George sentía profunda piedad y pensaba que debía hacer algo, pero no se le ocurría nada.

—Bien… Has visto el contenido del I al IV. Veamos el V: contiene informaciones sobre asuntos bélicos: armas bioquímicas y nucleares, láser, armas convencionales, satélites de «información». También: asuntos industríales susceptibles de interesar en caso de guerra; reservas de uranio, comunicaciones y transportes. Depósitos de combustible, etc. Archivador V. Están los filmes y filmlets con documentos *top secret* en torno a experimentos de nuevas armas; también: filmes y diapositivas de personajes clave o figuras políticas susceptibles de ocupar planos de relieve. Archivo n.° VI: textos de los perfiles psicológicos, y junto a las fichas los datos palanca…, ya sabes: los informes secretos sobre debilidades, vicios, trampas, desviaciones sexuales, antecedentes penales, amantes, sobornos, corrupciones; todo ello es sobremanera valioso, pues… permitiría, por vía del chantaje, manipular a determinados sujetos. El VII: organigramas, estadísticas y fichero de agentes del SIS, SDECE, BND, MOSSAD, con la indicación de los que colaboran con nosotros. El VIII: éste es particularmente delicado; contiene los datos de los agentes pertenecientes a redes enemigas que se infiltraron en la Compañía; ellos se imaginan que no lo sabemos, pero conocemos sus posibilidades y maquinaciones y les utilizamos en beneficio nuestro. Junto a dicho grupo verás la relación de

personas de las que sospechamos traición, y de las que vamos reuniendo pruebas. Cuidado con el IX: contiene las operaciones en vías de realización o de posible realización en el futuro en este país. Por cierto, te debo hablar de la «Operación Jaque Mate»… ¡recuérdamelo!, ¿quieres?

—¡Oh, sí; te lo recordaré!

—Gracias… Veamos el X: están los planos y mapas sobre nuestra red de escuchas en todo el mundo. Escuchas radiofónicas, claro… A cargo de la NASA. Encontrarás en esos gráficos la red de escuchas y radares en tierra y los dispositivos de los navios «información». El XI: hallarás los microfilmes a tamaño natural y a tamaño reducido; ya sabes: reducidos al punto de una carta. Micrografía. Para transmitir por correo. El reproductor electrónico lo hallarás junto al teletipo, ¿lo ves? O. K. Y en el XII encontrarás los productos para tintas invisibles; hallarás la tinta y su reactivo.

Volvió a carraspear, mudó de postura y prosiguió:

—El criptógrafo tiene ya unos 12 años y debieran enviamos de una maldita vez el modelo nuevo, el «Tyler II». A ver si tú lo consigues… El modelo que utilizamos no era malo… en su día; cada vez que cifra mensajes lo hace con otra clave, la cual se autoborra, y en sucesivas codificaciones se atiene a principios inéditos que nadie, ni nosotros ni nadie, podría prever ni deducir… ¿Perfecto? ¿Has dicho que perfecto? ¡Mentira! Las nuevas computadoras del GRU nos lo descifran, ¡estoy seguro, lo sé!

—¿Qué me dices de las autoridades locales?

—Saben de nosotros más que nosotros de ellas… ¡Menudos zorros del demonio! La rapidez latina, ¿no comprendes? Algunos del país colaboran de buen grado, siempre por vía oficial, con la Compañía, aunque de ordinario prefieren entendérselas con la DIA o el Pentágono, y… ¡no hay Cristo que los entienda! Mas a la vez, laboran otros tipos, los más, que se nos muestran esquivos y fríos. Total: hay que gastar cautela, *savoir faire*…, cuando nos hartamos de darle por un lado a intentarlo por otro. ¿Acaso podemos hacer otra cosa? ¿Se te ocurre algo?

De pronto, William se levantó y tras introducir el dedo índice de su mano izquierda, en cada una de las diversas cerraduras, fue abriendo los doce archivadores y el criptógrafo. Del I-A extrajo cierta lista de nombres, y luego volvió a dejarse caer sobre la

primera silla, mientras leía y releía.

—¡George! Agárrate… Aquí figuran 12 nombres; exclúyeme a mí, a Pedro y a ti mismo. Quedan 9, ¿no? Pues bien: de ellos tengo sospechas de uno, y apostaría mi cabeza a que ése es hombre, no mujer. ¡Juraría que ése vende información! No a Moscú, pero sí a alguien de Occidente, el cual lo entrega a otro, quizás a Israel, y así es que el MOSSAD nos ha advertido ya 3 veces. ¡Esos rabinos del carajo nos han dicho ya 3 veces, 3, 3, que en el Mediterráneo se nos ha colado un agente doble! ¿Por qué no me preguntas de quién sospecho? Pues sospecho de 4: Stan Reiner, Glenn Buchanan, Jeff Lederer y Mark Smith; de ellos hay uno, como te decía, del que tengo reunidas sino pruebas, algunas sospechas bastante sólidas. Langley me dice que veo fantasmas, que no dude. ¡Sin embargo, dudo, George, dudo y no quisiera abandonar este mundo sin antes haber desenmascarado al traidor! ¡Con gusto regalaba los 20-40 días de vida que me quedan si a cambio pudiera conocer la cara de quien nos sabotea! Lo hace por dinero, me consta; y vende datos a Italia. Pero lee antes esta relación, por favor… ¡Anda, tómala ya, cógela, que no te morderá!

George leyó detenidamente, sin prisas, como si dirigiera o memorizara, considerando caso por caso; se vio a sí mismo reproducido, como a William y a Pedro.

—¿Sabes sobre quién recaen mis sospechas? Pues sobre Mark Smith, y ya propuse que quien le aplicara el detector de mentiras la próxima vez no fuera Blake, destinado a Milán, y recuerda que Smith opera en Roma, sino que fueras tú, George, ¡tú! Porque en ti confío. Ya sabes mi secreto: sigue la pista…

—¡Lo haré, William, lo haré! Antes… me explicabas que te recordara lo de la «Operación Jaque Mate»…

—¡Ésa fue la más increíble estupidez y metedura de pata de la Compañía! Menos mal que se detuvo a tiempo, pero ¿quién nos asegura que no vuelve al Departamento SO europeo un nuevo Andrews, un Andrews hijo de perra, nacido de perra y de rata, ya me entiendes, y nos ordena poner en marcha esa operación u otra pareja? ¿Sabes en qué consiste? Anda, pregúntamelo; no te cohíbas…

—¿En qué consiste la «Operación Jaque Mate»?

—Conque quieres saberlo… ¿De veras? Pues ahí va. Un

Maquiavelo de vía estrecha del Departamento de Planificaciones propuso a Andrews cierta estratagema para obligar a España a ingresar en la OTAN. Ignoro quién fuera ese cabrito. Llamémosle J. ¡Pues bien, mi querido colega! En la mollera de J se discurrió que todo el uranio que USA vende a Madrid, así como la totalidad de centrales nucleares en construcción en este país, debían ser… voladas. Has oído bien: he dicho volarlas. Destruirlas, arrasarlas. El informe lleva como subtítulo:

> *PRIMERA FASE DEL PLAN*
>
> *OBJETIVO: DESTRUIR LAS CENTRALES NUCLEARES DE LEMÓNIZ Y ASCO. NO DEJAR HUELLAS DE LA INTERVENCIÓN. QUE PAREZCA UN SABOTAJE ATRIBUIBLE A TERRORISTAS.*

En la intención del cabrito J había, por lo visto, una muy tierna y lírica reflexión: España debe sufrir la más honda traumatización, de la cual se derive la angustia por el futuro, la debilidad gubernamental y la desestabilización democrática. De ese modo, la Moncloa se inclinará ante la Casa Blanca, con solicitud de apoyo militar caudaloso y auxilio sofisticado para combatir la bandas secretas del extremismo. Total: España caería en nuestras manos como el corderito manso y asustado. Entonces Washington podría *sugerir* la entrada en la OTAN de este país, cuya situación geográfica es vital para la defensa de Occidente, y a cambio de ello Langley devolvería un Estado sin terrorismo ni sabotajes. Podría parecer que un tal planteamiento se vería condenado al fracaso de la razón de su endeblez. Porque ni un cerebro cavernícola podría imaginar ardid más burdo y grosero. Mas Andrews concluyó justamente lo contrario; y me aseguran que comentó: «Puesto que el procedimiento peca de elemental, a nadie en la Península Ibérica se le ocurriría pensar que hubiésemos podido caer en una solución de ese género. Dado que se nos atribuye un espíritu más frío y cauto, digamos más retorcido, Madrid descartaría que el artificio pudiera ser obra de Langley. ¡Y ésa es la fuerza de la operación: que nadie nos la pueda atribuir! Nadie, salvo la Prensa suspicaz y sensacionalista de la oposición. Éstos señalarían el peligro, y eso sería estupendo. ¡Basta que un riesgo sea señalado por la oposición

extrema para que ese riesgo pierda prestigio!»

GRUPO: AREA IV. PAIS: SP. CENTRO: BARNA (YH-J: 27) * VALIDEZ: HASTA FECHA 82-VII-WHT PERSONAL. NUCLEO: 00-i. 974

Miembro Nombre real	*Cifrado*	*Naci-miento Fecha*	*Lugar*	*Perfil psico-lógico*	*Fecha de ingreso*	*Resultados*		*Coefi-ciente intelí-gencia*	*Profesionalidad*		*Grados hispanólogo*			*Operacio-nes pre-vistas*	*Cober-tura inicial*	*Aplica detector mentiras a*
						Teoría	*Práctica*		*Prepa-ración*	*Come-tidos*	*Hist. Ideo. Poli.*	*Leng. Psic. Soci.*	*Relig. Cost. Folkl.*			
McDowall, Richard	Eduardo	5-29 1921	Seattle, WA.	321-Akpi	3-19 1972	1,9	6,2	6,9	I-II-IV	I-II-IV-	5-V	4-N	6-J	IV-IX	EST.	Freddy
Reiner, Stan	Alberto	8-19 1929	Houston, TE.	542-Akou	9,21 1974	2,1	5,4	6,2	I-II-XII	I-II-XII	4-9	6-H	5-5	II-I	PRO.	Thomas
Marshall, Debiie	Luisa	11-10 1937	Phoenix, AR.	543-Akpu	12-01 1974	2,3	5,2	6,8	I-II-VII	I-II-VII	3-8	4-I	4-U	I-II	TUR.	Timpthy
Rush, Woody	Juan	8-19 1936	Garry, IN.	801-Akhl	8-31 1970	2,8	2,7	6,0	I-II-VI	I-II-VI	6-8	7-0	3-Y	I-II	T.A.	0
Harewood, Ruby	Félix	7-27 1942	Scraton, PEN.	499-Akrq	11-24 1971	2,4	2,9	6,2	I-II-VIII	I-II-VIII	3-9	5-P	5-T	IV-IX	DIP.	Doyle
Buchanan, Glenn	Pepe	6-12 1949	Akron, OH.	549-Akew	1-17 1972	2,6	2,8	6,1	I-II-IX	I-II-IX	7-7	4-B	4-o	I-II	EST.	Tedrow
Vargas, George	Ruiz	10-19 1951	Boston, MASS.	587-Akpo	11-12 1976	8,7	9,9	8,9	I-II-MI	I-II-MI	9-9	9-Z	9-7	II-IMU	EST.	0
Stevens, William	Pérez	10-17 1924	Chicago, ILL.	331-Akon	10-21 1954	6,2	9,1	7,1	I-II-IMU	I-II-IMU	6-1	4-3	5-8	O-SEAT.	T.A.	George
Massana, Antonio	Pedro	9-11 1927	Gerona, SP.	339-Akov	11-12 1971	2,8	3,9	6,4	I-II-II	I-II-II	5-7	3-8	9-5	IV-IX	EMP.	George
Lederer, Jeff	Tomás	7-19 1929	Madison, WIS.	779-Akib	10-19 1974	2,5	2,5	6,5	I-II-X	I-II-X	6-9	5-0	3-8	IX-X	TUR.	Reynolds
Smith, Mark	Darío	8-18 1950	Nueva Kork, NY	701-Akus	12-31 1976	2,4	2,8	6,3	I-II-XII	I-II-XII	9-9	5-I	4-9	I-II	EMP.	Blake
Dussault, Dorian	Paco	6-19 1953	New Haven, CONN.	479-Aker	11-31 1976	2,7	3,1	6,0	I-II-XI	I-II-XI	4-7	4-3	5-7	I-II	EMP.	Cooper

Nuevos estremecimientos volvieron a sacudir el cuerpo del enfermo, que se crispó violentamente. Su amarillez se iba acentuando.

—¿Y es cierto, dímelo con franqueza, que Carrasco me busca para…?

—¡Tráeme su ficha! En el Il-a…

Y a William se le cerraban los ojos, mas como George no le veía porque buscaba esa ficha, no pudo advertir el progresivo desmoronamiento del jefe, que ya apenas podía articular palabra; y tras el desmayo vino la total laxitud. George no hallaba el documento porque fue archivado por su nombre cifrado, y éste le era desconocido. Fue entonces, al querer preguntárselo a William, cuando vio que éste se hallaba de nuevo inconsciente. ¿Qué hacer? ¿Aguardar media hora, quizá dos horas? El agente volvió a pasearse por el recinto, y al inventariarlo otra vez, advirtió cosas que no constatara antes. Vio, por ejemplo, el enorme y hermoso frigorífico; lo abrió y comprobó con extraño alivio o fruición que rebosaba de alimentos y bebidas. Tomó una botella de leche y comenzó a beber a grandes sorbos… Luego advirtió, contiguo al frigorífico, el teléfono colocado sobre un estante y con la grabadora de larga duración para retener los mensajes remitidos en ausencia del dueño. También descubrió el aparato para triturar mensajes. Y sobre el escritorio, bajo una caja de piel con ornamentos alusivos a Kansas, numerosas cartas sin abrir. Junto a la mesa destacaba la mesilla con varios aparatos: microscopio para lectura de microfilmes, ampliadora para diapositivas, máquina de coser papeles, taladradora, vaso con lapiceros y rotuladores, dos linternas, cortapapeles, cajitas… y una pistola del nueve. Estaba cargada y George se la puso de inmediato en el bolsillo. ¡Jo, pensaba demasiado! La deslizó suavemente por entre el cinturón, pegada a la espina dorsal.

—¿Qué nombre habrían asignado a Carrasco? —dijo George en voz alta; y buscó afanosamente sin encontrar—. ¡Despierta ya, maldito William!

La botella estaba vacía: medio litro de leche fresca acaba de ingerir. Devolvió el envase de cartón a la nevera y contempló otra vez el interior: había embutidos, huevos, latas de maíz, media docena de botellas de leche, café líquido, té, mantequilla, naranjas,

pifias, carne en conserva, latas de judías, vino, cerveza, champaña, terrones de hielo, nata, melones, caviar, jamón… Dos personas hubieran podido vivir allí diez días como mínimo.

Entonces se le ocurrió descolgar el teléfono, y la voz de William advertía: «Éstas son las conversaciones grabadas…», durante 20 minutos estuvo escuchando mensajes, como por ejemplo:

- Soy Michel. El reparto de uva lo han aplazado para el lunes. Hubo huelga. Los del sindicato rehúsan pactar.
- ¿Me oyes? Te habla Gregorio. Nuestro enviado opina que puede hacerlo, aunque por otro precio. Exactamente por el 75 por ciento más. Espera respuesta. Necesito instrucciones.
- Bueno, apunta… Ya llegó la mercancía a su destino; patatas, acelgas y espinacas serán puestas a la venta hacia la fecha prevista, quizá dos días antes; no sé. *Chao!*
- Mira, lo siento… ¡De verdad! Ramona se me ha puesto mala. Diarrea. Harto me tiene. ¿Qué hago, tú? Respóndeme y pronto.

No había o no se veían libros de claves. El ordenador IBM los supliría, a buen seguro, mas éste, a su vez, no se ponía en marcha sin utilizar el código correspondiente. Total: que no se podía hacer nada mientras William continuara inconsciente. De repente echó una mirada al teletipo especial y oprimió el botón verde. El aparato se puso en marcha con su característico: gluc-chac-chic, gluc-chac-chic, y la tira de papel se fue desparramando velozmente hacia fuera. Estuvo girando alrededor de 12 minutos; luego se paró por sí misma y al mismo tiempo se apagó la lucecita verde. George arrancó el papel grabado; le quedaban así como veinte centímetros de mensajes. Leyó:

GLOBO 3, 15 1978

A PÉREZ

MUNDI YO-ENW

FELIPE Y SU ESPOSA ACEPTABLES.

AGUARDEN INSTRUCCIONES.

DARIO GOZA DE SALUD, PERO HAY MOTIVOS PARA PENSAR QUE SU PEON VITTORIO ESTÁ ENFERMO. QUEMADO. SUSPENDER TRATOS CON LOS DOS. DAREMOS INSTRUCCIONES.

PACO Y LUISA DEBEN CONTINUAR CON LA OPERACION LUNA DE MIEL. INFORMAR DE LOS RESULTADOS MAÑANA.

ANTEAYER ORDENAMOS ACTIVAR A RUIZ. HOY ORDENAMOS INACTIVIDAD. ESPEREN INSTRUCCIONES.

PÉREZ UTILIZARIA A PEDRO EN SUS CONEXIONES CON RUIZ.

EDUARDO RECIBA NUESTRA ENHORABUENA. PERFECTA LABOR INTOXICACION PRENSA.

JUAN ENLAZARÁ CON SUS CONTACTOS REGION. EXCEPTO CON MARIO.

PÉREZ REÜNA MAYOR INFORMACION SOBRE MARIO. MOTIVOS PARA SOSPECHAR DOBLEZ CON ULTRAS.

CURVA VITALIDAD TOMAS EN DESCENSO. COMUNICAR CAUSAS.

PEPE, FÉLIX Y JUAN: CONTINÚEN OPERACION AGUA SALADA.

11,45 H. MANUFACTURAS RICASENS, S.A.

GLOBO 3, 15 1978

A PÉREZ

MUDI YO-ENW

DESTRUIR DOCUMENTACION JAQUE MATE.

MOTIVOS ANGUSTIA SOBRE SALUD PÉREZ. HAGASE CHEQUEO MÉDICO. URGENTE. CASO DE INCAPACIDAD SE NOMBRA A RUIZ SUSTITUTO. ENVIAREMOS CERRADURAS NUEVAS. PÉREZ INSTRUYA A RUIZ.

CONFIRMADO VITTORIO QUEMADO. ANULAR RELACION CON DARIO.

PEPE, FÉLIX Y JUAN: REGRESEN A BASE 9-XuLPO-457. URGENTE.

AISLAR A MARIO. ENEMIGO.

17,30 H. MANUFACTURAS RICASENS, S.A.

No hubo otra alternativa que cerrar los archivadores. George tomó en brazos otra vez el cuerpo del jefe; lo levantó lenta y cuidadosamente, casi con ternura, y salió con él de la RB, la cual cerró tras de sí, no sin antes apagar las luces. Después avanzó hasta la habitación del hombre, que supuso, y acertó, se hallaría justo al lado. En aquel trance, William le inspiraba algo parecido a lo que suscitaría cualquier niño o anciano; le veía indefenso, exactamente moribundo, y por supuesto que ni sombra de rencor quedaba en las profundidades de su ser.

La habitación del enfermo —cama de matrimonio, edredón azul claro— recibía la luz amarillenta del pasillo, y al joven no le supuso dificultad hallar la cabecera y extender a William. No lo desnudó; le quitó los zapatos, le desabrochó el cuello de la camisa y el cinturón y luego lo cubrió con el propio edredón. La puerta había quedado abierta y llegaban hasta allí los ruidos del tránsito callejero, muy apagados.

George se tendió en el sofá, próximo a la cama, y escuchaba la respiración pesada del funcionario. No conocía de éste a su esposa e hijos. ¿Se les habría ya participado la enfermedad del cabeza de familia y sabrían que el desdichado llegaría allá para agonizar junto a ellos…? Eran las 11,38 horas.

Hasta entonces, y sin que se lo hubieran propuesto, el aguijón destructor se mantuvo ausente, mas ahora, con la inactividad y el silencio, volvía a afirmarse con sugestiva imagen… Óscar Wilde escribió que la única forma de vencer las tentaciones, y él lo sabía harto bien, era cediendo a ellas. ¡Cómo se hubiera rebelado Miss Bow contra el cínico y homosexual británico! La furia hispana —de roja y cálida sangre— se le iba extendiendo y acabó por imponerse; le inundaba sin anular su serenidad. Algo así como cuando uno, consciente y fría y deliberadamente, acepta la droga, y la admite sin temor u odio. Carrasco y Ascó se entretejían y fundían en el mismo objetivo, y ya nada ni nadie impediría al agente que avanzara hacia

su destino… Casi se estremeció de gozo.

Pausadamente, con íntima sensualidad, fue descendiendo las escaleras en la penumbra. Abrió el portalón del jardín, que chirrió ásperamente, como suelen chirriar las puertas de sofisticada seguridad con dispositivos de alarma y estructura antipalancable, y cerró tras de sí. Sospechaba que alguien le estaría observando. Sonrióse para sus adentros. Ahora era él el jefe. Y ese alguien —uno o varios— que le observaría —el jardinero y el representante de controles del CCTV ante las diversas pantallas— probablemente en la habitación superior delantera del primer piso, sabía ya, sin duda alguna, que él, George Vargas, era el dueño y cerebro rector. Cierta voz a sus espaldas, que oyó al avanzar sobre la arena del jardín, le saludó; y George miró con el rabillo del ojo, y no vio a nadie. ¡Qué importaba! *Adiós*, respondió.

Inconsciente como se encontraba, no pudo William advertir que se le había despojado del llavero con el que nuestro hombre iba a abrir y poner en marcha su coche, el nuevecito «Ford» traído de Detroit. Apenas sintió el fresco y la humedad de la noche, absorto como estaba en su deseo de pisar pronto el acelerador y meterse en la autopista de Tarragona.

Fue el propio Pedro quien le anunciara durante la jornada anterior:

—Carrasco va por ahí con medio palmo de canosa barba, bola de billar en la azotea y se hace pasar por anarquista. Hospédase en la Masía de Rocaguinarda, usa gafas verdeoscuras y jamás gasta corbata; y pisa fuerte, quiero decir que es corpulento, te mira con aires de matón de burdel caro, los movimientos pausados y calculados. Ciñe pistola en el bajo vientre a la derecha, su derecha; es zurdo, se hace llamar Celestino Belmonte Ramírez, cecea al hablar; y bajo el ojo izquierdo la cicatriz en forma de V, reliquia de la guerra. Cecea graciosamente al hablar, ya lo dije antes, perdona, y en la cara lleva escrito lo que es: un cretino con clase, vamos, el tipejo ido a menos, que se hace cretino porque siempre tuvo vocación y aptitudes de cretino. ¡Ya te lo regalo!

¡Qué raudo y solapado volaba el auto! Como si flotara, y sin apenas ruido; harto mejor que en el viaje desde Puigcerdá. Aquel ancho inmenso de la autopista evocaba en su mente la grandeza americana, y le hacía sentir lo realizable de algunas quimeras. Los

profesores de la Compañía le contemplaban en silencio —o eso recelaba George— y sin chistar y con disgusto.

«Que las cosas pueden resultar distintas (lo fácil, difícil; y lo difícil, fácil) era incuestionable, ¡qué bobada! Al diablo con las enseñanzas y las tretas psicológicas para el autogobierno. A Carrasco no había ya Dios que To mudara de piel ni de alma». ¿Cuándo en su entera existencia anduvo George más cerca de la felicidad o de la embriaguez? ¿Cuándo se sintió vivir con más fiebre? Nunca, nunca…

La autopista ofrecíase desierta o casi. Ya en marcha la calefacción, no le agobiaba el frío ni la humedad de aquella finísima llovizna, semejante al chirimiri; sólo el aguijón como crío travieso, cosquilleándole el alma.

IV

INFANCIA Y ADOLESCENCIA DE GEORGE VARGAS

La cada vez más achacosa Betty fue la responsable de la petición, y acaso ésta hubiera sido olvidada, pues la anciana echaba en olvido con suma facilidad sus deseos luego de dos minutos de formulados, pero el culpable fue esta vez Anthony. Y cuando su padre movió la cabeza reprobadoramente, ya era tarde. *Perdón*, murmuró el chico al oído de su padre.

—¡Oh, sí! ¡oh, sí! Quiero ver a George.

—¡Betty, te juro que eres desconcertante! —masculló Herbert—. Me dijiste que querías visitar a tu amiga Joan.

La única que no soltaba prenda era Nuria. A fuerza de contenerse y de aprisionar sus sentimientos, se le agrandaban éstos por vía de lo imposible. «Ya sé —murmuraba Nuria al oído de su esposo— que me quieres evitar obsesiones y emociones fuertes; y cada vez que vemos a George me paso luego días y días de insufrible añoranza».

—Bueno —declaró entonces Andrés, lo cierto es que yo tenía ganas de que lo «viéramos», porque… os guardo una sorpresa.

—¿Una sorpresa? —chilló Betty, ajustándose las gafas, que se le caían.

—No es, sin duda, lo que tú imaginas, hermana.

—¿No ha venido George? —exclamó Betty, frustrada.

—¡Oh, no!, lo siento, Bettyl Mi sorpresa es menos espectacular. Se trata de que a base de fotomontajes, he logrado un filme casi completo. De modo que la película que todos queríais ver, os la proyectaré y mucho más completa, con fragmentos largos, y comentarios, que no conocéis.

—¿De veras? —dijo Betty, y miró su reloj—. Las seis ya…

En su pasión por la pantalla, Andrés Vargas poseía verdaderas películas documentales de cada uno de los miembros de la familia.

En ellas había filmaciones, fotografías, textos de cartas o títulos, música, grabaciones y todo cuanto puede convertir el documental en pieza de interés familiar y casi… biográfico, y también casi completo.

El salón de proyecciones daba cabida para 25 personas y estaba provisto de butacas que por su ampulosa comodidad semejaban sofás. Los mandos eran automáticos y con instrumentos sofisticados, y así es que frente a la butaca de Andrés Vargas —apostada en la trasera hilera de asientos— había un panel de mandos. Lo único que debía hacerse antes de las proyecciones era disponer las bobinas de los filmes; luego desde el asiento cualquiera podía iniciar la proyección, suspenderla, encender las luces de la sala, fijar cierta imagen, hacer retroceder la película, proceder con cámara lenta, aumentar o disminuir el sonido, etc.

Y como Andrés albergaba un poco o un mucho de vanidad creadora, sus documentales se ofrecían como si fuesen engendrados en los estudios cinematográficos de alguna gran productora hollywoodense; de modo que el primer fotograma —y siempre el mismo desde casi los inicios de su afición—, en cualquiera de sus cintas, aparecía con estas palabras:

ANDRÉS VARGAS PRODUCTIONS
PRESENTS

Enmarcado con sobriedad, sin fiorituras, y con cierta sintonía doble que consistía en la alternada combinación de melodías clásicas españolas y ritmos de *jazz*; y a continuación surgía el título del documental con el reparto de cuantos habían colaborado en él. A la sazón, el titular era:

THE LIFE OF
GEORGE VARGAS

Cinco eran la tarde de aquel domingo 19 de marzo de 1978: el matrimonio Vargas, su hijo Anthony, y los MacCarter. La erosión del tiempo se dejaba sentir cruelmente en los mayores. El alma de

aquel día era Nuria, que cumplía su 60.° aniversario, y ésa fue la razón de las invitaciones, y la razón también de que Anthony no estuviera ausente, porque a ruegos de Andrés aquél aceptó, y a regañadientes, venir de Nueva York, aprovechando que su Dorothy estaría muy ocupada buena parte del día.

Mientras Andrés preparaba la proyección, en la cámara trasera, describiremos las mutaciones.

Empecemos por Nuria y apresurémonos a consignar que era la que mejor soportaba el paso de los años, la humedad de Boston y el cambio de vida y de ambiente. Habiendo sido siempre flacucha y alta, la madurez, que suele añadir redondeces y arrugas, no pudo más que enfriar ciertos ardores y platear sus sienes, pero los intentos de invadirla con acumulaciones de peso fueron estériles, y ella lo comprobaba con vanidoso regocijo. Conservaba, pues, su antigua desenvoltura y su *charme*, y aquella risa que en sucesivas cascadas solía llenar de pájaros y de cielo pirenaico su casa. Nuria no tenía nada que envidiar al dinamismo yanqui. Nunca necesitó auxilio femenino; era madrugadora, atendía la cocina y la limpieza, velaba por el jardín, asistía a reuniones sociales del distrito, y hasta se vio nombrada presidenta de la Asociación de Vecinos, lo que periódicamente la obligaba a presentar mociones en el Ayuntamiento de la urbe. Además a Nuria le quedaba tiempo para leer, escuchar música, cuidar de su familia, hacer excursiones y viajes con su marido, alternar con algunas amigas, asistir al pase de modelos, ver los filmes que por TV solían dar de la época dorada del Séptimo Arte, apasionarse y encenderse con algunos *spirituals* negros y hasta le quedaba tiempo para participar en las convenciones periódicas que la Liga de Mujeres Democráticas de Boston organizaba con miras a las próximas elecciones. Nuría era un remolino de actividades. Nunca se fatigaba. Vivía en perpetua efusión. Y había tanta plenitud en su otoño que más bien parecía proseguir por la vía de un estío eterno… El secreto de su vida —que no magia— no era otro que su capacidad de amor y de entusiasmos, su perenne emoción ante la belleza y la verdad. Como su hermano Paco, arrastraba la rara capacidad de tornar luminoso y lleno de contenido cuanto se cruzaba en su existencia. Y ahora, sesentona y todo, las espaldas un tanto pronunciadas, lisa de pecho, marchita la epidermis, sabía —porque se maquillaba con arte— con sus ropas

risueñas parecer no mayor de cincuenta años. Y todavía menos hubiera aparentado sin la ausencia del hijo menor, su Jordi y no George, que siempre trotaba tan lejos y, encima, metido en aquel oficio del que ella abominaba.

Andrés Vargas sí había engordado; él sí que parecía con su esférica panza y la calvicie, aquel corbatín rojiblanco y sus gafas, un viejo y opulento magnate de la industria automovilística o uno de esos ricos armadores que menudeaban en la ciudad. Durante largos años él y su esposa se temieron que cuando lo jubilaran, la frustración y el qué-hago-yo-ya-en-este-mundo le llenarían de telarañas el alma. Pero no. Ahí estaba su *hobby* para salvarle. El 29 de junio de 1969 la DIA le entregó, junto al certificado del cese y el derecho a pensión, la habitual carta de «felicitación y agradecimiento por sus buenos servicios», y hasta el propio general —siempre dijo él «fue el general W. W»., sin revelar el nombre— y jefe supremo del organismo le estrechó la mano en la despedida, y le manifestó: «Aquí me tienes, viejo amigo, para todo lo que se te ofrezca».

Ocurrió, pues, que la jubilación no traumatizó al asturiano. Sin embargo, algunos achaques le incordiaban diaria y puntualmente… ¡Malditos nazis! Por culpa de ellos tenía hecho trizas el oído izquierdo; antigua reliquia de la aviación alemana en sus raids nocturnos sobre Londres… Los riñones le gastaban jugarretas nada divertidas, muy a menudo. Pero… ¿dónde quedaban esas menudencias ante el ancho camino de poder incrustarse al cine, fuera como documentalista o como espectador?

De Anthony Vargas, el hijo mayor, apenas nada hemos dicho, y ya era hora de que lo hiciéramos. Hasta sus 26 años no hubo en su existencia cosa alguna que se apartara de lo vulgar; ni alto ni bajo, ni listo ni tonto, ni simpático ni antipático, ni vehemente ni apático… Normal, equilibrado y sano; como la media corriente en América del Norte. Estudió Ingeniería, obtuvo la licenciatura a sus 26 años y halló trabajo. Era el hijo sensato, amable y risueño por el que suspiran todos los padres. No sentía pasión por la pantalla, como su padre, ni por la política, como George; a él, en cambio, le fascinaban las grandes obras de la ingeniería: rascacielos, puentes colgantes, catedrales, autopistas… La rutina hubo de rompérsele tras el título. A los cuatro meses de noviazgo con Ann, llevó a ésta

al altar. Nuria y Andrés se relamían de gozo pensando en que muy pronto verían alegrada la casa con las travesuras y los gritos de otros pequeños Vargas; pero no fue así… La suave curva de la vitalidad de Anthony sufriría violenta ruptura a los dos meses y medio de vida matrimonial. Al recién casado hubo de provocársele cierta crisis nerviosa. El enlace fue, en efecto, un estrepitoso fracaso. Ann, rubia de vivo temperamento, y miembro furibunda de los llamados Testigos de Jehová, hubo de chocar con los hábitos de su marido. Las peleas entre ambos se deslizaron por el camino de los agrios reproches. Anthony la llamó «espantajo de mujer, neurasténica sin seso, fanática medieval y maloliente basura», y ella, que no era manca, ofreció a su cónyuge los más delicados florilegios del lirismo yanqui, llamándole «cochino español, machista insolente, obtuso, maníaco sexual, hereje al que Jehová transformaría en piedra el día menos pensado y ojalá sea pronto, hijo de espías, carroña purulenta y extranjero desalmado». Ella se refugió en el seno de sus padres y hermanos, y en la comunidad de su secta, quienes juzgaron con severidad la conducta de la joven. *Nunca debiste insultarle, Ann, ¡nunca! Devolver mal por mal no es propio ni digno de nuestra comunidad*. Tampoco Nuria y Andrés contemplaron con fruición la disputa, que para mayor vergüenza hubo de desarrollarse con motivo de cierto picnic celebrado en las verdes praderas de Boston, y en presencia de los familiares de marido y mujer. Tras el pugilato de los cónyuges se produjo ese silencio, entre dolorido y asombrado, que de ordinario sigue a los terremotos. Luego, ya vaciados de cólera, los dos esposos se separaron no sin antes arrojarse al rostro los respectivos anillos… Triste espectáculo. *Hijo, nos has cubierto de gloria; me temo que necesitarías media docena de títulos para recuperar mi estima*, hubo de exclamar Andrés Vargas. En cambio, Nuria declaró, roja como la grana:

—Pues yo no sé cómo tu hijo pudo aguantar a esa mojigata tanto tiempo; porque Ann debió casarse no con Anthony, sino con una momia india y encerrarse con ella en una de esas reservas canadienses del Pacífico. Porque para soportar a Ann hay que ser apático como un indio y sordomudo como una momia.

El psicoanalista tuvo a bien manifestar que «nunca en su densa vida profesional se había tropezado con un paciente más inaccesible

a las brumas del desequilibrio» y le aseguró a Anthony que «jamás sufrió crisis nerviosa, sino pura y simplemente una explosión de vitalidad, de la cual se derivaba su excelente y hasta envidiable salud». Anthony prometió a sus padres que nunca más volvería a dar «representaciones teatrales como aquélla por la sencilla razón de que nunca más volvería a contraer matrimonio». Sin duda fue ésa una afirmación gratuita, pues antes de concluir el año, se había enfrascado con otra joven, también rubia, llamada Dorothy, californiana afincada en Nueva York, periodista de profesión, que trabajaba para el *New York Times*. Esto ocurría a fines de 1975. A comienzos del año siguiente unieron sus vidas según la nueva moda: uniéndose sin pasar por la iglesia ni el control civil.

—Seamos siempre libres, Tony —decía ella con dulzura.

Dorothy era el prototipo de la nueva muchacha americana superliberada, antimachista, contestataria a lo Jane Fonda, partidaria de que ciertas peculiaridades que al propio Anthony le habrían de producir hilaridad primero y embarazo después. Dorothy gustaba de practicar el desnudismo, el naturismo, los ejercicios de yoga y la metampsíquica. Creía a pies juntillas que la US Force ocultaba secretos increíbles sobre los visitantes extraterrestres, y siempre que podía viajaba a Washington para participar en manifestaciones pacíficas ante la Casa Blanca. Detestaba las centrales nucleares y se entusiasmaba hasta el delirio con los trabajos ecológicos. «Hemos de volver a la Naturaleza, a la vida sencilla y sin máquinas, a la libertad sin trabas del hombre sencillo y al amor libre», decía con voz inflamada. Era una criatura de 22 años, licenciada en Ciencias de la Comunicación, y su pluma vibrante conquistaba a diario a millones de personas. Era una mezcla de ingenuidad, osadía y odio al pasado. En familia era tímida y se ruborizaba por nada. Parecía una mosquita muerta y era —en cuanto se disparaba— un huracán. Anthony la adoraba. Y ella, que primero se dejó amar por el bostoniano, y lo aceptó en forma condescendiente', acabó por amarle sin reservas. La familia Vargas la aceptó del mismo modo que se aceptan los amaneceres con fría lluvia y sin sol. *Eran nuevos tiempos*… Betty alzaba los brazos al cielo y gimoteaba palabras incoherentes.

Miss Betty también había envejecido, pero su vejez la había tornado más fina y aérea. Y salvo la creciente sordera, los baches de

memoria y el reúma, su existencia no le había deparado excesivos cambios. Algo análogo hubo de acontecerle a su hermano, más espigado que antes y algo barrigudo, con la vista y los riñones en franco declive, mas como ninguno de ambos acumulaba rencores ni procedió a inventariar agravios, su ancianidad discurría en forma discreta. Sus lazos de amistad con los Vargas se mantuvieron en alto nivel: juntos hacían excursiones o asistían a competiciones deportivas y artísticas —léase cinematográficas—, y aun cuando periódicamente eran víctimas de la bilis que segregaban los conflictos individuales, familiares, nacionales o mundiales, tuvieron el buen gusto —cual acuerdo tácito— de no coincidir en sus respectivos decaimientos, de suerte que ante la depresión de alguno, los demás optaban por capear el temporal o consolarle. Betty y Herbert procuraban disimular su gran afecto y su preocupación por George y Anthony, y los Vargas, que conocían su temor a parecer intrusos, se anticipaban a ofrecerles la información que podían aquéllos desear recibir. Herbert —jubilado, libre y aburrido desde el 67— hubo de experimentar viva repugnancia por las dos *ladies* que desfilaron por la vida de Anthony, pero supo contener —aunque no disimular— su hostilidad. Ante Ann, limitóse a declarar:

—Estimo que sería insensato perder el control por las nimiedades de esa jovencita, y de cualquier modo nadie estará en desacuerdo conmigo si digo que resultó más devastador el terremoto de San Francisco.

—¡Oh, sí! —replicó Betty—. Por primera vez en tu vida dices algo con sentido, hermano.

Y en cuanto al carácter e ideas de Dorothy, Herbert se mostró no menos ponderado, y sólo cuando Nuria le pidió su parecer, manifestó:

—Bien, querida Mrs. Vargas, yo creo que si nuestra generación ha engendrado catástrofes tales como la Guerra Civil de 1936 en España y la Segunda Guerra Mundial, no tenemos ningún derecho a reprochar a los jóvenes de hoy el que ellos, con sus drogas y su rebeldía sin causa, suministren al planeta un espectáculo degradante y de cualquier modo menos sangriento y demoledor, quizá, que el que nosotros protagonizamos en su día.

Cuando Andrés Vargas rogó silencio, éste se produjo al instante; el salón se fue oscureciendo poco a poco, y las miradas de los

presentes se fijaron en la blanca pantalla. Betty y Nuria, sentadas en las primeras hileras, intercambiaron bombones de licor. Herbert y Anthony estaban juntos y detrás de las dos mujeres; y al fondo, solo, Andrés manipulando los mandos. La música hizo su jubilosa entrada, y con la oscuridad aparecieron en la pantalla los títulos sobre el documental dedicado a George Vargas. En la filmación se advertía la serenidad de los expertos y, asimismo, un justo control del *tempo* y del montaje. Andrés se sentía orgulloso de su trabajo.

Precedió a las imágenes un breve texto explicativo, y luego, ya en raudal, presurosas, escenas familiares, fotogramas de viajes, estudios, entrevistas… Desde los momentos en que Nuria, recién nacido George, le tenía a su lado, en cama, hasta el primer día de clase, jugando en el jardín, o sorprendido, ya adolescente, mientras practicaba el atletismo o el béisbol, o hacía alpinismo… Luego, el día en que por primera vez pisaba las escaleras de la Universidad de Harvard, en el distrito de Cambridge, para iniciarse en Filosofía y Letras. Abundaban a la vez vivencias increíbles: momentos furtivos en que el muchacho, creyéndose solitario, recitaba poemas de Byron o Machado, o cantaba imitando a Crosby o Armstrong; situaciones chuscas, como la de aquella vez que regando en el jardín, se le estropeó la manguera y produjo un altercado al «duchar» a numerosos vecinos y debió disculparse, mientras pisaba las tijeras de podar y rodaba dos o tres metros con alaridos; había numerosos aniversarios y se le veía intentando apagar las velas, y junto a él Anthony haciéndole cosquillas e impidiéndole soplar; menudeaban escenas con amiguitas o medionovias, compañeros, profesores, deportistas, políticos… La voz en *off*, justo la del padre, iba comentando o explicando lo que faltaba en el rodaje, formando así un todo compacto. El documental ofrecía un compendio de la personalidad de George desde lo familiar, anecdótico, sentimental y estudioso hasta sus primeras inquietudes socioeconómicas, históricas, políticas, religiosas y al fin aquel ansia de recuperar su auténtica identidad. Merced a fotos y composiciones, aparecían sus lecturas predilectas, los autores, vivos o muertos, que ejercían en él influjo espiritual, y la sed de paisajes exóticos o emociones puras y nuevas que le dominaban. El espectador podía ver su alcoba de niño, la de adolescente y la de mayor, con sus posters, su radiocassettes, su tele y su biblioteca. La conclusión que se obtenía

sufría la limitación o deformación paterna; en efecto, si éste no podía concebir ni sospechar determinados estados de alma o contradicciones, tampoco acertaba a pensar que pudieran producirse en su hijo, y de ahí que como no los sugería, su noción fuera de todos modos fragmentaria e incompleta. Andrés Vargas no llegó a comprender integralmente a su hijo… ¿Por qué éste se integró en la Compañía, cuya trayectoria no siempre merecía la aprobación del asturiano y tampoco la del propio George? Andrés lo atribuía a que su hijo estaba cierto de que Langley mudaría sin tardanza de tácticas y de ética, pero ésa no era la explicación… Para Herbert, el asunto era más simple: «De tal palo, tal astilla; George —decía— quiere emular tu gesta de guerra civil a borde de aquella británica embarcación». Nuria sospechaba, en su instinto femenino, que los motivos del hijo menor «estaban menos claros y que acaso ni él mismo lo sabía, pero que algún día se saldría de *allí* como gato escaldado». Anthony sospechaba vagamente que en George había turbios anhelos de poder, mientras Betty, que sacralizaba cuanto pudiera cocinarse en Washington o Langley —su mística del patriotismo era de corte parvulario—, no veía que el muchacho pudiera ser juzgado de otra manera que como un cruzado digno de veneración.

—Alguien tiene que hacer esos trabajos, ¿no? —le susurró años atrás la anciana soltera a su amiga, mientras se paseaban, solas, por el jardín de los Vargas—. Y lo que nadie sospecha es que la carga la llevamos también nosotras. ¡Siempre con la dichosa seguridad! Pocas cosas nos cuentan ellos, y encima todavía hemos de oírles: *No digas nada; no le cuentes a persona alguna que estallo ré ausente ni adónde voy; sé discreta con mis asuntos. ¿Te preguntan cuál es mi trabajo?* ¡Madre mía, a todas horas la misma canción! ¿No te ocurre a ti eso también? Betty pronunciaba Nuria de modo harto pintoresco; se le oía algo así como *Niu-rri-a*, y la r doble parecía enredarse en su lengua y no concluir nunca, y en ocasiones tragaba saliva como si acabara de circular por su garganta un insecto del Amazonas. Y Nuria lo encontraba divertido.

—Yo pasé muchos apuros hasta acostumbrarme a la discreción y la cautela —declaró al fin la española—. Y lo chocante es que en el fondo no hay bicho viviente que ignore que el marido de una se dedica a realizar trabajos secretos para el Estado. Y te suelen mirar

de reojo, con inquina, a veces con lástima, como a seres raros. Y a lo mejor somos de veras esos bichos raros que suponen, y hasta puede que nosotras mismas seamos tan tontas que ni siquiera nos demos cuenta… —Rió Nuria—. Hay amistades, por ejemplo el caso de los Murphy, y luego los Helston, que rompieron el trato con nosotros, ¿te acuerdas?

—¡Oh, sí! A mí, cuando lo de Cuba, ya sabes, el jaleo aquel de los misiles, en el 61, me parece, la presidenta de la Liga de Mujeres Liberadas me gritó con lágrimas en los ojos que la conducta de *algunos americanos era indigna*, y que cuanto les hacíamos a los *pobrecillos cubanos castristas* clamaba venganza al cielo. Y mi hermano me ordenó entonces que ni por asomo respondiera a las provocaciones, y que callara. Me permito suponer que tu Andrés te diría lo mismo. ¡Cómo un reptil me sentía yo! Entraba Con horror en los supermercados…

—¡Betty, para mí siempre será un misterio cómo se enteraría el vecindario que George entró a servir en la Compañía! ¡Te juro que nunca comprendí de qué manera se enteraron! Mi esposo creyó que yo tuve un desliz, que me fui de la lengua, y no es cierto. —Nuria parecía haber quedado de una pieza.

—Bien lo sé, y comparto tu extrañeza. ¡Cómo iba a ignorar que somos impopulares! A mí, en la peluquería me conocen por Betty-la-medio-espía, hermana del cochinoespía. ¡Un ciego vería que estamos mal vistas, Nuria! Y es injusto porque al fin y al cabo, lo que nuestros hombres hacían antes de jubilarse, era justamente defender al país… ¿O no? ¿Acaso estamos en un error las dos?

—Pero, Betty querida, ¿no te conté que mi esposo y yo nos peleamos muy en serio, y ello por primera y única vez, a causa justamente de estos asuntos? Fué allá por el 68. Andrés debió trasladarse a Panamá de repente y en secreto. Y la hija de los Brown, la que lleva un aparato en la dentadura, se cayó de la bicicleta a los pies de Andrés cuando regresaba… Pues, ¿sabes lo que le soltó esa chiquilla, Jane me parece que se llama, que ahora estudia Leyes? Pues le dijo: «¿Ya ha regresado usted de matar panameños, Mr. Vargas?» Mi marido me dijo que si volvía a irme de la lengua otra vez pediría el divorcio, y me llamó *criminal irresponsable, y que ponía en peligro la seguridad nacional*. Yo me deshice en lágrimas y le juré por lo más sagrado que de mi boca no

había salido ninguna indiscreción; y le dije: «Entre otras razones porque yo no sabía que hubieses estado en Panamá; tú no me lo dijiste y yo me sé de memoria que nunca debo preguntarte adonde vas ni qué haces. Pero estoy empezando a sospechar que tus actividades lo son todo menos honorables». Él pasó aquella noche fuera de casa.

—¡Oh, no, Nuria! —dijo Betty, estremecida.

Desde aquel día, años atrás, las dos mujeres renunciaron al hábito de comentar los trabajos y viajes de sus familiares. La norma era callar. Las dos solían comprenderse, en general, con la mirada, quizá con guiños o con vagos ademanes. Sabían que el trabajo de los hombres se movía en ámbitos sagrados, *secretos y de vida o muerte*, y que lo idóneo era el *silencio total*.

Bien, ese diálogo entre Betty y Nuria tuvo lugar algunos años atrás, y ninguna de ambas había mudado de táctica desde entonces; más que discretas eran silenciosas como tumbas. *Ver, oír y callar* fue el lema antiguo, sustituido ahora por *No ver, no preguntar, no hablar, no escuchar y no saber*. Por todo ello, cuando el documental cronológico llegó al 12 de noviembre de 1976, fecha en que se interrumpieron las tomas fotográficas, a nadie se le ocurrió preguntar ni lamentarse de que careciera de continuación. Tan sólo hubo de preguntarlo Dorothy…, quien había llegado veinte minutos antes de que concluyera la proyección. Nadie, empero, le respondió.

—¿Dónde está tu hermano, Anthony? —volvió a decir la joven —. ¿Puede o quiere alguien responderme? A no ser que lo haya secuestrado un OVNI… y sea un secreto de US Air Force. ¿Nadie contesta? Bueno, no me temáis, que no soy Cassius Clay.

Sabía Dorothy que George, al que en dos años sólo vio en tres ocasiones, trabajaba para el Gobierno, y como ella un día preguntara distraídamente: «¿En Legaciones diplomáticas de ultramar?», él contestó «que algo por el estilo», y la periodista lo archivó en su memoria sin otorgarle mayor importancia. Ahora, sin embargo, ante el pertinaz silencio, la joven tuvo instantáneo presentimiento de la verdad, y se sintió descorazonada y ofendida de que su amante —imposible llamarle de otro modo— no le hubiese ofrecido mejores pistas, siquiera para evitarle aquel ridículo.

—Lo siento. De verdad… —exclamó ella.

—No, perdóname tú —replicó Anthony, vivamente.

—Dos años juntos…, y es como si te viera ahora por primera vez.

Andrés Vargas se apresuró a preguntar si deseaban ver otros documentales u otros filmes; los tenía de Chariot, Stan Laurel y Oliver Hardy, los hermanos Marx… ¿O quizá preferían un filme de John Wayne? Tenía una espléndida copia de *La diligencia*. Herbert manifestó que nada igualaba un buen *western*, a lo que Nuria hubo de replicar que prefería las cintas del neorrealismo italiano.

—¿Y tú, Dorothy, qué prefieres tú? —preguntó Anthony

—A mí me encantan los romances hollywoodenses con escenario vietnamita; ver caer fulminados a los mercenarios orientales me fascina.

—¡Qué ocurrencia! —replicó Betty—. A mí me horroriza la sangre, y detesto las guerras.

—¿De veras? ¡Oh, qué pena! Supongo que los mercenarios con traje civil y que disparan con silenciador os parecerá más elegante… Pues a mí tanto me repugnan los peones de Dulles, Colby o Turner como los otros. Nuestros *marines* combaten a la fuerza, sin vocación, pero los otros derrocan a los Allende con una voluptuosidad que…

—¡Cállate, estúpida! —gritó Anthony—. ¡No sabes lo que dices!

—¿De veras? Explícamelo tú, cariño. ¿Qué diferencia existe entre el imperialismo soviético y el imperialismo norteamericano? ¿O es que preferirías morir en la silla eléctrica, como el matrimonio Rosenberg, en vez de expirar de un tiro en la nuca, como los que osan oponerse a la voluntad sagrada del Kremlin? ¡Oh, de acuerdo, Nixon es mejor que Stalin! Pero de ser posible, que me dejen vivir y respirar sin basuras de ningún extremo.

Andrés Vargas y Herbert MacCarter guardaban cauta automarginación y se miraban de soslayo, mientras Nuria y Betty contemplaban con asombro a la califomiana. Anthony aplaudió a su amante.

—¡Bravo, querida! Ahora esperamos tus sabias alabanzas en pro del libre uso de las drogas y el caminar en pelotas por la Quinta Avenida, mientras nos alimentemos, como los monos, de cortezas de árbol. De paso, si te dignas hablarnos, haz un panegírico de los indios, los negros, y las indefensas mujeres, para entonar un himno

de gracias al matriarcado regido por una fémina de 200 kilos, yoguista como tú, y si de paso esa yoguista pone al mundo hijos sin apellido paterno, entonces habremos logrado la quintaesencia…

—Mezclas conceptos según la más pestilente dialéctica segregacionista —dijo Dorothy, repentinamente serena—. El desnudismo, naturismo, yoguismo y feminismo nada tienen que ver con el imperialismo. No presupone bondad ni maldad ser desnudista, naturista y todas esas cosas. Pero ser imperialista sí equivale a ser mezquino y avaricioso. ¿Cómo no había advertido antes tus ideas? ¡No lo entiendo, Anthony! A lo mejor… tú no eres imperialista, pero te muestras como tal sólo para defender a los tuyos. Déjame que te ayude, amor mío; tus familiares no militan en la bandera del dominio universal, por las armas o el dinero; no, no… Me parece que las palabras nos han traicionado… Y ahora tú te ves defendiendo principios que ellos no sienten. ¿Volvemos a empezar de nuevo? Permítame, Mr. Vargas: ¿verdad que usted, ex combatiente republicano en la Guerra Civil de España y ex combatiente británico en la Segunda Guerra Mundial, no trataría jamás de justificar ninguna actitud politicomilitar encaminada a procurar el dominio del planeta para un país en perjuicio de los demás? Corrí jame si me equivoco…, por favor; que yo a usted le respeto y le quiero.

—Verás, Dorothy…, a mí no me gustan las discusiones sobre política…

—¡Se lo tienen prohibido! —exclamó, conmiserativa. Dorothy—. Pobre…

—¡Nadie nos prohíbe cosa alguna, señorita! —rugió Herbert.

—Entonces, no tienen más que responder a mi pregunta: ¿Sí o no al imperialismo político, militar y económico?

—¡Por supuesto que mi esposo condena el imperialismo y el totalitarismo, Dorothy, y tú lo sabes! ¿A qué viene este *show*…? —repuso Nuria.

—Tengo para mí que Mr. MacCarter y Mr. Vargas se hallan sumergidos y acaso por mi culpa, en un tenebroso mar de contradicciones internas. Una cosa es lo que ustedes quisieran en conciencia que fuese la política exterior norteamericana y otra, muy distinta, lo que es.

—¿No podrías expresarte con mayor claridad, Dorothy? —

gimoteó Betty.

—¡Atrapados! Ustedes dos, señores míos, están atrapados. El trabajo que realizaban pudo haberles complacido, digamos que espiritualmente, si Norteamérica hubiese continuado representando siempre el papel de 1941-1945, o sea, el de un país defensor de la libertad política, las independencias nacionales y la condena de las ideologías nazifascistas. ¡Qué hermoso y grande rol el de los Estados Unidos en aquel entonces! Nunca cosechó nuestro país mayor ni mejor popularidad, y ser entonces norteamericano constituía un auténtico orgullo. ¡Gracias a Roosevelt!

Como Herbert y Vargas padre callaban, embarazados, debió responder Anthony, ya algo desorientado, y declaró:

—Bueno o malo, el papel desempeñado por Norteamérica durante la guerra fría y en el presente, le fue impuesto por la tradicional y secular voracidad territorial de Moscú. No olvides, mi tierna periodista, que Washington no eligió el uniforme de gendarme planetario; fueron más bien las circunstancias las que lo determinaron… ¿O negarás, quizá, que de habernos ceñido al aislacionismo hoy el globo entero habría sustituido sus respectivas banderas por la de la hoz y el martillo?

—¿Y crees de buena fe —estalló Dorothy, creciéndose— que esa política de freno y contención al expansionismo ruso, perfectamente comprensible y hasta encomiable, resulta compatible con la sistemática defensa yanqui de los regímenes fascistas que desde 1945 han pululado en los cinco continentes? ¡Muy bien me parece que la Casa Blanca le plante cara al imperialismo eslavo, pero no puedo admitir que gracias al chantaje económico y al espionaje se vayan saboteando los regímenes izquierdistas! Y todavía admito menos que so capa de proteger al universo de la *contaminación marxista*, sea Wall Street quien dicte las perrerías de turno para la conservación y ensanchamientó de mercados…

Se produjo el más denso y molesto silencio, con lo que Betty manifestó:

—Esta señorita está rebasando los límites de mi paciencia, y sino fuera yo su huésped, Mrs. Vargas, le soltaría que…

—¡Oh, se lo suplico, Mrs. Vargas! Autorice usted a Miss Betty a manifestarse libremente… —gruñó con retintín irónico la periodista.

En ese momento Herbert se puso en pie bruscamente y le hizo gestos a su hermana para que se incorporara, cosa en la que ella le obedeció al instante.

—Creo que ya hemos soportado bastante por hoy —anunció Herbert, extrañamente calmo; y tomó su abrigo, dispuesto a ponérselo.

—¡Por todos los santos, coronel MacCarter! No crea usted que ya ha soportado bastante. Estoy persuadida de que lo que oirá ahora colmará su medida…

—¡Ten mucho cuidado con lo que dices, Dorothy! ¿No te han enseñado a respetar a las personas mayores? —la amenazó Anthony, agarrándole un brazo.

—¡Suéltame, por favor, que me haces daño! —chilló Dorothy, mientras tomaba también su abrigo—. Todavía les diré a ustedes dos, mis queridos caballeros de la Mesa Redonda, que lo son todo menos cruzados. Quizás admitiría que almacenan demasiada miopía y candidez para darse cuenta de lo que son o de lo que en su día fueron: los típicos profesionales sin alma ni voluntad. ¿Saben ustedes dos a quiénes me recuerdan, lo mismo que George? ¡Pues me recuerdan a aquellos jefes de prisión nazis, al frente de los campos de exterminio en Dachau, Mauthausen y Auschwitz! ¡También aquellos directivos cometían atropellos, pero ellos eran meros engranajes de la disciplina politicomilitar germana! —rió con sarcasmo—. ¡Cumplían órdenes y ninguna responsabilidad se les podía atribuir! Los responsables se hallaban en otros niveles. ¡Oh, sí, pero los ejecutores eran inocentes!

Lo que ocurrió a continuación no sería fácil describirlo. Se produjo un altercado tumultuoso, mientras Nuria y Betty se abandonaron a exclamaciones coléricas e insultos contra la oradora, y se le aproximaron no sabemos si con ánimo de agredirla. Al propio tiempo, Anthony aprisionó un brazo de su amante y la arrastró hasta la puerta dispuesto a largarse los dos. Pero como Andrés se encontraba más cerca de la salida, les cerró el paso, diciendo:

—¡Ninguna necesidad tenías de insultarnos, pues nadie te impedía expresarte libremente, porque vivimos en un país libre! Mas al compararnos, a Herbert y a mí, a aquellos verdugos nazis contra los cuales tanto hemos luchado ambos, te has rebajado a

niveles de intolerable grosería. Imagino que no te quedarán ganas de volvernos a ver jamás, y por mi parte si nos ahorras el espectáculo de tu presencia tendremos, al fin y al cabo, algo importante que agradecerte. En cuanto a ti, hijo mío, obra con ella según te dicten la conciencia y el corazón. Las puertas de esta tu casa no las hallarás nunca cerradas.

La pareja huyó de la estancia sin añadir palabra alguna. Anthony sentíase demasiado alterado y encendido para responder o despedirse. Con la marcha de ambos, los dos hermanos volvieron a tomar asiento. Todos se hallaban sofocados y hacían comentarios al mismo tiempo.

—¡Atención! ¡Atención! —gritó entonces Andrés Vargas—. ¿Por qué no nos hacemos a nosotros mismos un importante favor… olvidando lo ocurrido? Se os propone ver ahora aquella inefable cinta de Chaplin titulada… *Tiempos modernos*. ¿Alguien discrepa?

Rehusando esperar la respuesta, apagó las luces, y ahora sin gradaciones, y al punto comenzó la proyección. Los dos hombres callaron, si bien el callar y concentrar la atención les exigía esfuerzos notables. Betty y Nuria prosiguieron, en susurros, sus iracundos comentarios.

Ellos evitaban mirarse, cavilosos, y les costaba entrar en la aventura chapliniana.

Tras veinte minutos de avanzar casi que con carrera de galgos, calle tras calle, desde la periferia hasta Cambridge, Dorothy, enrojecida y jadeante, se plantó ante él, que la miraba febril, y le dijo:

—¡No lo entiendo, te lo juro! Supuse que quienes se dedicaban o se habían dedicado a *ese trabajo*, serían rematadamente diabólicos y que habría más refinada perfidia o más exquisita inteligencia en una sola mirada suya que en todo el *Príncipe* de Maquiavelo, y sin embargo… ¡tu padre y Herbert son todo lo contrario! ¿Qué es lo que falla?

—¡Tú eres lo único que falla, Dorothy! ¿Sabes que les hablabas a dos jubilados?

—Son… ingenuos, cegatos. Viven en otra galaxia. —Y de repente, como inspirada—: Escúchame, Anthony, y escúchame bien: ¿también tu hermano George es tan irreal? Supuse que el documental me ayudaría a comprender a tu hermano y de rechazo a

las dos familias, todos cero-cero-sietes, pero confieso que ahora comprendo menos que nunca.

Docenas de estudiantes con sus libros y melenas se cruzaban con ellos sin parar mientes en sus chillidos y ampulosas gesticulaciones.

—¿Qué diablos te hace suponer que nos contemplas a todos y nos digieres desde el mismísimo ombligo de Dios?

—¡Y pensar que el planeta yace en manos de gente así! —Ella hablaba extenuada, seca la garganta y con asombro.

Mientras Andrés se iba poniendo el pijama, muy despacio, casi con estupor —pues desde hacía algún tiempo comprobaba al desnudarse que su organismo se volvía lacio y blanquiazul y que le temblaban las carnes—, su mujer, ya entre las sábanas, exclamó antes de apagar la luz de la alcoba:

—¿Sabes, Andrés? No es contra ella, contra Dorothy, que nos hemos irritado, sino contra nosotros mismos; ahora bien, cariño… si estando jubilado ya no te controlan tan a rajatabla, ¿por qué esa angustia? —y como él respondiera con gestos vagos, cual si se hallara ausente, Nuria añadió—: Dorothy se reveló a ratos, y digo que sólo a ratos, el portavoz de nuestros pensamientos más secretos y hasta peligrosos… ¡Oye, Andrés! ¿Por qué rábanos te miras tan consternado de cintura para abajo? ¿Qué ves ahora que no hayas visto otras veces? —¡Oh, nada! La vejez… ¡Ya puedes apagar!

—¡Esa puñetera Dorothy! —rugió Nuria—. ¡Qué hostia le daba!

—¿De qué la culpas a ella…? ¡Jo, menuda frialdad la de estas sábanas!

—Yo ya me entiendo. ¡Si supierais lo tontos que sois a veces los hombres!

—¡Arrea! ¿A qué viene eso? Oye… ¿y quién te ha soplado eso del control a rajatabla…? Es mentira, pura calumnia; de veras.

—Lo sé —gruñó ella para no discutir—. ¿Sabes que llevamos dos semanas sin saber ni jota de George? No nos telefonea ni escribe. ¡Es inaudito!

—Ya escribirá. —Y Andrés suspiró no sabemos si de cansancio.

—¿Crees que deberíamos pedirle permiso a él… para visitarle en España?

—¡Nuria! Déjame, si no te importa, que mañana lo reflexione; me muero de sueño. —Y bostezaba una y otra vez.

—Yo también estoy como rendida…

Entre la densa tiniebla surgía, crispada, la silueta de Dorothy…

—¡Cómo lo siento por Anthony! —musitó ella—. Fue… horroroso.

—Y yo lo siento por Herbert y Betty. Esta generación tan afortunada, que no sabe de hambre ni guerras mundiales, es, sin embargo, más insatisfecha, exigente y respondona que las anteriores… Y porque tienen a su alcance lo que les apetece, nada les llena.

Nuria se arrancó con furia insospechada:

—Los chicos se visten de mujer; y las chicas de hombre. ¡Les sobra el dinero!, y digo que les sobra porque de otro modo no comprarían drogas, y en cambio visten como haraganes, como si en la miseria se ocultara una extraña seducción. Te digo, Andrés, que están hartos de todo, semejan ancianos y nada les ilusiona. ¡Y viva la rebeldía sin causa y la neurosis sin médico! La pastilla anticonceptiva y los apartamentos de soltera no les proporcionan madurez, sino hastío. ¿Y qué me dices cuando cantan? Con sus alaridos del zoológico y su desmadejamiento de brazos y piernas parece como si se hubieran escapado del manicomio de locos irrecuperables; y en sus cantos no se alude al amor, la luna, la belleza o todo eso… sino a sus obsesiones de gente descarriada y peligrosa, al borde, al parecer, del delito. ¡Ni con cien o mil cantantes de ahora, blancos o negros, llenarían el encanto de Sinatra o Armstrong! ¡Y menos mal que con sus interminables melenas pegajosas de zulúes que ignoran el jabón saben evocarnos imágenes de limpieza!

Andrés apenas escuchaba ya, y en vano intentó parar la oratoria de Nuria.

Nuria, apiádate de este durmiente… —susurró con los ojos cerrados.

—Herbert me dijo: «Cúlpate a ti misma por no comprenderles». ¡Ya sé, ya sé! Los maduros, con sus bombas atómicas y sus Natos y Vietnams o Pragas, son los responsables. «Tenemos que recoger lo que sembramos», apuntó Herbert. Si así fuera, habríamos de pensar que la juventud actual no es malvada ni está podrida; sólo enferma. Y si hubiese monstruos, éstos habría que buscarlos entre la generación que la parió. ¡Hitler, Mussolini, Stalin, Wall Street! O sea, los responsables serían la sed de poder, el materialismo, la

paranoia. ¿No crees, Andrés?

Andrés hacía rato que roncaba.

V

INUSITADO ENCUENTRO CON KATIA PRAT

«En carretera —le dijo James Gwilyn, que tenía en su gabinete 12 x 9 m el interior de cinco cabinas de automóvil, con neumáticos, palancas, cerraduras, etc., y enseñaba siempre sobre el terreno—, mira, chico, en carretera trata siempre de evitar las emboscadas, ¿entiendes? Entra conmigo en esta cabina; eso es… Ahora cierra. Bien: aquí tu más rápida defensa se centra en el retrovisor. ¡No lo pierdas de vista! Piensa siempre que puede alguien perseguirte. Tu enemigo se apañará para mantener a modo de pantalla otro auto entre él y el tuyo, y en cuanto sospeche que tú le has detectado, ¿sabes lo que hará?, pues situársete delante. Si adviertes que el retrovisor está mal colocado, rectifica su posición y cerciórate de que te permite la máxima visualidad. Por lo mismo, antes de meterte en el coche asegúrate, de los siguientes puntos: memorízalos:

1. Comprueba antes de poner el coche en marcha que no hay bombas con detonador eléctrico conectadas al propio sistema del auto. Vigila la puerta o el capó, aunque podría estallar sirviéndose del calor del tubo de escape u otros mecanismos como detonadores. Mira, pues, en el motor y bajo el coche: bajo las ruedas o en el lado interno de las llantas. Introduce por ahí la mano… En cuanto veas un paquete, cuidado. ¿Entiendes… o no?
2. Si compruebas que te persiguen, no muestres agitación; procura conducir en la misma marcha, y de repente viras bruscamente; cambias de dirección, te paras, retrocedes o adelantas fuertemente. Es importante que grabes en la mente la figura del perseguidor. Claro que también puedes seguir

otro ardid: hacerle creer que no le has detectado y proseguir como si nada… para burlarle en cuando puedas. En ciudad, despistarse cuesta menos que en el campo. En el campo, mucho ojo: si adviertes que en carretera alguien está parado, solicitando auxilio o gasolina, no te fíes.

3. Supongamos que la persecución procede de una o varias motos, la primera providencia consistirá en cerrar las ventanas. ¿Captas?

4. No aparques jamás en zonas solitarias, procura pasar inadvertido, escoge los garajes o grandes *parkings*; no te destaques: ni huraño ni charlatán. Acomoda tu conducta al modelo corriente, y lo mismo en cuanto a vestuario. Que nadie pueda recordarte por detalles peculiares. Nada de pantalones rojos… ¡que sois la hostia!

5. A ser posible no te sirvas de coches americanos en Europa, ni de autos europeos en América. Evita matrículas que te denuncien como extranjero dondequiera que estés. Y en el interior no vayas a colocar objetos de valor visibles: televisores portátiles, magnetofones, joyas, maletas ostentosas, etc. El coche es mejor que sea potente y no muy grande; así te resultará manejable y más cómodo para la circulación. Y no olvides: a los coches se les localiza pronto, y a las personas tarde o nunca. Evita colores chillones. Siempre lo gris y corriente. Me harta decirlo… Hay tío que no sirve para esto… y no sé por qué lo traen… no sé.

6. Salir o entrar en alguna casa requiere suma atención; porque es el momento ideal para la agresión o secuestro. No utilices el mismo trayecto siempre para tus desplazamientos; modifica horarios e itinerarios. Si al salir o entrar descubres varias personas reunidas sin motivo real, desconfía; retrasa la salida o entrada. ¿Hablo demasiado aprisa? No; ¿verdad? Adelante, pues. Si algo no comprendes, lo repetiré.

7. Nunca lleves en la mano las llaves del coche ni muestres clara intención de subirte a él; da un rodeo. No des jamás la impresión de observar o vigilar; procura parecer confiado.

> Piensa siempre en la imagen que estás ofreciendo. ¡Diantre, no llames la atención! No cantes ni te quedes mirando con la boca abierta a las chavalas… ¿Verdad que me entiendes?

Ahora daremos algunas vueltas y sufriremos un intento de secuestro. Veremos qué tal te portas. Y una advertencia: ya sé que eres cinturón negro de karate; no se te ocurra maltratar a mis chicos cuando se nos aproximen. Tú los esquivas con ardides, pero no me les rompas brazos y piernas, que no quisiera verles luego en el hospital. Lo digo, chaval, porque ayer entrené a uno, a cierto compañero tuyo, que quiso dárselas de listo y me desnucó a mi ayudante; ¿sabes?, le hizo una llave, luego un directo en la mandíbula y después, cuando el desdichado se caía, inerme, va el muy jodido y le larga un puntapié en la nuca… y no lo mató de puro milagro. Aquí, recluta, perdemos tanta gente en los entrenamientos como en las operaciones. ¡Qué mala leche gastáis! Bien, ahora repíteme todo lo que te he contado; a ver cómo andas de memoria. Espero no tener que ponerte un cero, ¿vale? Empieza…»

Desde la City, como él la llamaba, hasta Roda de Bará, recorrió los 78 km en cuarenta minutos y pico, y al hallarse ante el monumento romano, ya a medianoche, sin luna, la carretera mojada por la reciente lluvia, disminuyó la marcha. *Está claro: si el Arco no se mueve, significa… que soy yo quien anda mal*. Descendió del auto y anduvo sobre el césped que rodea al monumento. El corazón le palpitaba con tal furia, que delante de los ojos le danzaban ciertos puntitos brillantes, y de trecho en trecho le acometían vértigos y náuseas. Sentíase temblar de puro agitado y le dolían las sienes. ¿Adónde había ido a parar aquel inefable sentimiento que apenas una hora antes le fluía por todos sus miembros, y qué quedaba de aquella dicha casi mágica, semejante —por lo que él intuía— a la de los drogados? De alguna manera tuvo la sensación de estar contemplándose desde otro plano —lejos en el tiempo y en el espacio— y le invadió repulsión creciente de su propio ser. *¿De veras pretendes hacer «eso»? ¡Vamos, George! ¿De veras?* No se oía ningún ruido ni cruzaba coche alguno; el silencio era tan total y misterioso que al bostoniano le dio por pensar si los astronautas hallarían en la Luna

mayor quietud. Mojada estaba la hierba que iba pisando y emergía de ella un olor sano y antiguo, y no experimentaba frío, lo cual le intranquilizó. Si no sientes frío es porque te ha invadido la fiebre. Sabíase debilitado y con deplorable autocontrol./Líbrate del ensimismamiento y de las ideas fijas! En fracciones de segundo recordó a Herbert, Laura, Cassidy (su profesor de Matemáticas), Hall (entrenador de béisbol) y a la señora Claramunt. Los pensamientos se le embrollaban. *Cerca de aquí se alzan bellísimos chalets; como en Boston*. De pronto se descubrió a sí mismo ante el coche. Abrió el portamaletas y vio varias bolsas de cuero y maletines. Lo natural y sospechable: dentro de ellas habría sin duda un completo arsenal de medios defensivos y agresivos… *Regresa, ¡maldita sea!, regresa de una puñetera vez. ¡Por todos los santos, George, vuelve a la City!* Súbitamente, tomó asiento, apretó el acelerador y trazó media vuelta al círculo. ¡Adiós, Arco de Bará! Votemos por la salud y la cordura. *Viva la vida, y muera la muerte*. Estaba salvado…

El auto avanzó gozoso hacia el Norte, hacia casa. Al llegar a las extremidades de Calafell, contempló, sonriente, los bloques de apartamentos para los turistas playeros y de pronto sobre el blanco de cal de la fachada inconclusa esta pintada: HITLER TENÍA RAZÓN, y a su lado la cruz gamada. *Entra, Paco Girbal con esos quinientos españolitos desnudos a respirar el gas de la eternidad. Un poco de tos, no mucha. La sensación como de ahogo. Enrojecerás. Te sentirás arder. Tú respira fuerte: será más fácil y rápido. ¿Entiendes? Luego, el reposo. Heil Hitler! Bueno… se ha exagerado, no es tanto, caray, menos de doce mil rojos españoles la diñaron en las cámaras de gas alemanas. Serían, a lo sumo, unos once mil quinientos u once mil setecientos; no más*. ¡Maldita propaganda británica que enlodó pérfidamente la honorabilidad del partido nazi!

Cuando se encontró de nuevo ante el Arco de Bará comprobó, con especial regocijo que el monumento no se movía; estaba fijo, y hermoso, como un mensaje de la antigua Roma imperial. Apenas veinte minutos más y entraba en Tarragona. Y sin dolor, molestias ni ensimismamiento. Lo que son las cosas; se sentía rejuvenecido. Prepárate, *Carrasco de la gran puta*.

Un cuarto de hora más y las sábanas le acogían con su frescor y su olor a limpio y se disponía a conciliar el sueño. El hotelero le había recibido sin mostrar extrañeza por la hora. *Pase, señor; muchacho, acompaña al señor a la 309. Buenas noches, señor. ¿Quiere el desayuno en su alcoba? No, no, como guste. ¡Buenas noches!* En América se gastaba menos palabrería, allí eran más expeditivos y fríos; pero aquí a ratos resultaban versallescos. En la otra orilla del Atlántico se vivía por el placer y el dinero y se corría contra reloj, y allí nadie te preguntaba cómo estás así te revientes, ¡qué deshumanizados, caray!, y aquí todo quisque se creía autorizado a largarte su discurso; en España se hablaba por los codos. Menudo barroquismo… Insensiblemente la habitación se redujo a la pura nada.

Al día siguiente, viernes, halló por doquier ambiente de fin de semana, acrecentado por el buen tiempo; al revés de la jornada anterior, brillaba el sol con inesperado esplendor, sin nubes en el cielo y apenas fresco. En el *parking* subterráneo hubo de encontrar junto a su coche —cuyo motor se hallaba cubierto de herramientas — el viejo «Seat» de una muchacha desgreñada y nerviosa que trataba de arreglar alguna avería. George se metió en el auto esperando que la joven apartaría sus objetos. Inútil. Absorta en su problema, iba de un lado a otro, gruñendo, metiendo aquí su llave inglesa, tomando luego el bote del aceite, echando allí los alicates… George tocó el claxon y la desconocida exhaló un grito, le cayeron los utensilios de las manos, y miró en derredor con ira.

—Lo siento; tengo que marcharme.

—¿De veras? ¿Y por eso me tiene que asustar? —murmuró ella.

—Es que… tiene usted sus herramientas sobre mi coche. ¿Le importaría quitarlas? —y George se iba impacientando.

—¿Cómo que yo tengo mis herramientas sobre su coche? —gritó ella colérica.

—Señorita, no tengo ganas de discutir. Si no aparta usted esos trastos, los apartaré yo.

—¡No sabía que los españoles fueran tan groseros!

A George le chocó que aquella muchacha, sin duda catalana, dejara entender que ella no fuera indígena. Entonces, la observó atentamente; era esbelta, con 25 años a lo sumo, vestía pantalones téjanos y jersey muy ceñido, la cintura increíblemente menuda,

salientes los pechos y marcadas las caderas. En su rostro se le formaba al hablar un hoyuelo en la mejilla izquierda, tenía ojos azules, cabello castaño suelto que le llegaba a los horfibros y el óvalo de su cara era perfecto. Una silueta increíblemente hermosa.

—¿No es usted catalana?

—¡No!

—Excúseme usted; lo siento —George descendió del coche y se ofreció a ayudarla con un gesto; y uniendo el ademán al pensamiento, le echó al auto una ojeada. Sin duda el motor no arrancaba porque se le había aflojado cierto tornillo, y efectivamente éste se hallaba a punto de caerse. George tomó la llave inglesa, y le dio varias vueltas al tornillo; luego cogió el trapo y limpió aquella zona. Descubrió otras tuercas flojas, y las arregló. Sin decir palabra, se metió luego en el «Seat»; accionó los mandos y el coche arrancaba ya… ¡Solucionado!

—¡Oh, muchas gracias! —exclamó la joven con su más radiante sonrisa.

—¿Puedo preguntarle su nacionalidad?

—Usted tiene acento inglés —replicó ella—; probablemente es norteamericano. Está estudiando y va en busca de su prometida.

—Y usted es rosellonesa, habla catalán, hace turismo y… no va en busca de su novio, porque no lo tiene.

De pronto, la muchacha estalló a reír; metió las herramientas en el maletín que yacía en el suelo y lo guardó en el guardamaletas.

—¿Se ríe usted porque, efectivamente, he adivinado? —preguntó George.

—¡Oh, no! Me río porque ninguno de los dos ha respondido a ninguna pregunta. Venga, por favor, nos limpiaremos las manos. ¿Ve allí el lavabo…?

No sólo se lavaron las manos. Uno y otra descubrieron de pronto que no habían desayunado ni cenado, que estaban igualmente hambrientos, que habían dado las doce y media, que el tiempo era excelente, que en la playa había restaurantes… y que Tarragona era la perla mayor del Mediterráneo.

«El enemigo se sirve de ardides muy peculiares para efectuar su penetración. Sé cauteloso con los desconocidos que se hacen simpáticos y preguntan sin revelar cosa alguna de su identidad». Los diez aprendices escuchaban sin pestañear a Mr. O’Neal, de cara

rojiza, achaparrado, más parecido a los vendedores de salchichas que a lo que se supone que son los psicólogos. A George, el profe le diría luego, mientras tomaban té, los dos a solas: «Cuando operes en el extranjero, desconfía sobre todo de las mujeres, y mayormente de las que sean menores que tú. Tú tendrás la impresión de haber obrado con iniciativa, y de habértelas encontrado por casualidad. ¡Mentira! ¡Qué coño de casualidad! Desconfía: observa, analiza, memoriza, detalles, hilvana palabras inconexas, y no reveles tu personalidad. Escucha, no hables. Pregunta, no respondas. Elude comprometerte. Y todo ello respetando la siguiente regla de oro: No des jamás la impresión de actuar en forma que pueda ser considerada misteriosa; sé natural y espontáneo. Ya te hablé de la técnica de la interpretación; recuerda la actitud mental que propugnaba Stanislavski a fin de que tu conducta-pensamiento-faz resulten coherentes. El enemigo se sirve del anzuelo sexual para quebrar la voluntad de nuestra gente, para llevarla a la cama o para sentar las premisas del *flirt*. Si se te calienta el ánimo, ya me entiendes, enfríate. Si el cuerpo te pide una hembra, búscala: ¡pero elígela tú, no te dejes elegir!» Mr. O'Neal estaba por lo visto muy harto de repetir constantemente, año tras año, aquel rollo; de vez en cuando se tocaba los riñones. Se andaría en los 55 años. *¿Le duelen los riñones?* El hombre negó malhumorado con la cabeza. Y prosiguió con su monótona clase: «Supongo que te han dicho ya que la seguridad es un estado de alma, una actitud mental, una disposición de ánimo. Vamos, ¿te lo han dicho, sí o no?» *Claro que me lo han dicho: hasta la saciedad. Pero si es que me repiten ustedes las mismas cosas mil veces al día*. Esta vez se tocó el riñón derecho con muecas de dolor. «Me duele horrores», confesó.

Hacia las 13,20 h les servían la comida en un restaurante frente al mar. Mariscos, vino Priorato, *romescu*, ensalada, langosta. George sabía que por encima de la atracción física, había entre ellos diversos puntos en común que les unían; algo extraño, como si procedieran de raíces semejantes. Con el coche de George se proyectaron hasta Salou y luego regresaron. Con su sol restallante, el día era un puro anticipo de la primavera, y flotaba en el aire esa euforia sin motivo, honda, que a uno le impulsa a respirar profundamente, a sonreírse y a ser feliz. En la discoteca «Chacal», de Tarragona, George besó largamente, interminablemente, a la

joven. La besó con la voracidad del hambriento o del que ignora si habrá otro amanecer, o quizá como si se sintiera nuevo —una sensación incómoda que de todos modos deseaba combatir—; y ella, que primero mostraba sus ojos exageradamente luminosos, se le fue apagando el rostro y se fue ensimismando, hasta que se le descubrieron lágrimas en las mejillas.

Ya en el hotel de George, se desnudaron como cumpliendo un rito, con esa embriaguez lúcida y sin freno del que se siente irradiar luz. Hubo tanta plenitud en aquellas horas —la tarde era interminable, como inmovilizada o hechizada—, unidas las palmas de las cuatro manos, en silencio, saboreando un tiempo que se sabe vertical y escuchando las armonías interiores. Y sólo al fin, al regreso del viaje interior, el apagado sollozo, el ansia de arrojar secretos. George se descubrió con rara o enferma voz al decir:

—Helena de Troya es un espantajo a tu lado; te juro…

—¿Quieres que diga que me pareces… París? Pues no lo diré.

La habitación se iba poblando de sombras vespertinas. Y refrescó.

—Siempre amanece, siempre y en todo momento, ¿lo sabías?, está amaneciendo en alguna parte del mundo; y ahora, Helena, ha amanecido en… —no concluyó la frase.

Las lágrimas fluyeron esta vez abundantes en los ojos de ella.

—No somos sinceros el uno con el otro —gimió la joven—. ¡Sabes perfectamente que soy rusa! ¿Qué más ignoras de mí? ¡Te juro que te diré todo cuanto desconozcas, pues ya todo me importa un bledo!

—Espera… —dijo George incorporándose y tomando un pitillo.

—¡No espero! Soy ciudadana soviética, no hubo encuentro casual esta mañana, tenía asignada una misión contigo, soy tu adversaria, y me consta que trabajas para la Compañía —y dicho esto se tapó la cara con las manos.

—¿Qué necesidad tenías de contarme… eso?

—Ambos tenemos en común la similitud de nuestras raíces: tu madre es catalana y catalanes son mi padre y mi madre; a los dos nos ha fascinado y atraído esta tierra porque ambos buscamos aquí nuestra identidad.

Él intentó cogerla, pero ella se desasió con suavidad, roja como la grana, fijos sus ojos en los de George.

—Vas a escuchar sin interrumpirme —dijo con voz que poco a poco se iba afirmando—. Nací en Moscú en 1952, exactamente el 2 de noviembre de 1952. Mis padres eran exiliados de la guerra civil española; los dos pertenecieron al PCE, lucharon junto al Ejército soviético en la Segunda Guerra Mundial. Mi padre fue guerrillero en la retaguardia alemana; lo condecoraron al finalizar las hostilidades. Fui hija única… Vivía en Moscú. Estudié en la Universidad de Moscú y me licencié en Ingeniería el 5 de julio de 1972. Mi familia deseaba regresar a España, pero no acababan de decidirse. Yo hablo ruso, catalán, castellano, gallego y vascuence; además de inglés y francés. A la vista de mi poliglotismo y de mis condiciones, se me propuso trabajar para la KGB. Acepté porque deseaba conocer este país, mi verdadero país; mi patria. Ingresé, pues, en la organización el 7 de setiembre de 1972. Mi cobertura era perfecta: ¿no tenía padres españoles, no eran catalanes mis apellidos, no hablaba perfectamente las cuatro lenguas españolas, no deseaba conocer esto, no era hermosa e intrépida? ¡Pues a España, muchacha, a laborar por la causa! ¡Soy comunista y feroz enemiga del imperialismo norteamericano! Y estoy en España desde el 8 de diciembre de 1975. Conozco Cataluña, Galicia, Valencia, Madrid y el País Vasco. Pertenezco a una red que opera en Tarragona. Sabía que tú tenías el proyecto de encontrarte con Antonio Carrasco Gómez. ¿Qué más quieres saber de mí?

De nuevo intentó él cogerla, y otra vez ella le rehusó.

—Tú eres medio catalán y yo totalmente catalana. Y sin embargo, tú combates en este país, que es el tuyo, lo repito, aunque en beneficio de los EE.UU., y yo también lucho aquí, en un país que es el mío, pero al servicio y provecho de la Unión Soviética. Si no somos idiotas o traidores a nuestras verdaderas raíces… ¿quieres decirme a qué especie zoológica pertenecemos?

George arrojó el pitillo, inconcluso, al otro extremo de la habitación.

—He sido, soy y seré comunista convencida. Creo que la crítica marxista del mundo capitalista es correcta. Y genial. Pero debo admitir que en mi patria suceden cosas incomprensibles. ¡Injustificables! ¿Por qué rabanos se deben encarcelar a cuantos militan en la oposición? ¿Qué delito cometen aquéllos a los que no les da la gana de ser bolcheviques? ¿Puede alguien explicarme por

qué a los discrepantes se les ha de alojar en instituciones para el cuidado de la salud mental, y tratar su oposición como si ésta proviniera de algún virus peligroso y tratarla con medios y procedimientos psiquiátricos? ¡Abominable! Digno sólo de la nauseabunda tradición staliniana. Y asimismo te digo que la política exterior de la URSS es tan sucia e imperialista como la de la Casa Blanca. Tú y yo laboramos para centrales de espionaje no menos vituperables y repelentes la una que la otra. El pueblo ruso encierra virtudes y dotes que rayan por encima de toda alabanza, y te juro que lo adoro, pero mi verdadera nacionalidad es catalana y no soviética, ¡y lo mismo tú, que eres español y no yanqui! Y siendo así, no veo porqué debamos servir los dos contra esta patria común y en beneficio del par de colosos militares del momento. ¡George! ¿Sabes tú, y supongo que lo conocerás tan bien o más que yo misma, que el poderío nuclear-bioquímico amasado por los dos mastodontes es de tal magnitud que podría acabar con el planeta cien veces…? ¿Sabes que la fuerza destructiva acumulada en los depósitos atómicos, polvorines, bases aéreas, bases de submarinos, acorazados, y tanto de la NATO como de los países del Pacto de Varsovia, pueden entrar un día en colisión, y a lo mejor por errores de interpretación o por celos, o de repentina cólera, entre el personal subalterno, y provocar con ello el total exterminio de la Humanidad? ¿Sabes que nos hallamos todos en manos de redes de información secreta, cuyos fallos en ciertas esferas podrían engendrar la III Guerra Mundial…? Dime, ¿eres consciente de todo ello o tratas de ignorarlo? ¿Te imaginas, quizá, que los americanos son ángeles y los rusos diablos con cola? ¿Crees que Washington posee el monopolio de la verdad, y Moscú el monopolio de la mentira? ¡Responde!

Claro que a George lo habían instruido para arrostrar situaciones así…

—Te eriges —dijo sereno—, por lo que veo, en fiscal, juez y detective. Tú, mi querida colega, no me pides respuestas: éstas van ya implícitas en tus discursos. ¡Jo! Me has soltado tantas cosas… que no sé por dónde empezar. Tú hablas en tono demasiado acusador para que pueda admitirlo todo en bloque… Quizá no me vea capaz de aceptarlo en la forma, mas en el fondo y en términos generales, creo que estamos de acuerdo. Es decir, voy a confesarte

que desde hace tiempo, no sé cuánto tiempo, menos de medio año, voy sospechando la verdad que acabas de exponerme… o sospecho que llegaré a esas conclusiones cuando haya madurado mi evolución en sucesivas fases. Reconozco que hay en ti más pureza de espíritu y hasta diría, si me lo permites…

Ella movió la cabeza afirmativamente. Él dudaba, incapaz de hallar forma a sus pensamientos.

—Escúchame, George: yo me llamo Katia Prat Segura.

—Lo sabes todo de mí… —Y George se sentía perplejo y abrumado hasta tal extremo que apenas coordinaba sus pensamientos—. ¿Te importa que antes de proseguir tome un baño?

—¡Oh, sí; perdóname!

Y mientras él saltó desnudo hacia el baño, ella, también desnuda, le siguió; los dos se metieron en la bañera, al tiempo que abrían los dos grifos y la ducha; ante la primera agua fría, él lanzó algunos alaridos, que ella escuchó muda e impasible.

—Piensa si quieres que cuanto te acabo de contar forma parte de algún plan de intoxicación o de captación —gritó ella, que ante el ruido del agua apenas se la oía—; piensa lo que quieras. ¡Yo estoy harta! Harta de verme manipulada, harta de mentiras, harta del miedo…

«Igual que Laura», pensó George. A buen puerto estaba llevando a las féminas el intelectualismo. ¿Cómo era posible —esto era un puro misterio— que ni a merced del orgasmo, el frío glacial, el hambre o el peligro dejaran de rumiar y de servirse de la palabra como un arma de combate? ¡Si al menos fueran lógicas y consecuentes! Pero en cuanto se descuidaban, les traicionaba no se sabe qué resorte sentimental y toda su sapiencia se teñía de disparates. *¿Las feas, a la política, y las guapas a la cama? No: bonitas y feas, fuera del pensamiento. ¡A lo que estaba llegando América con su maldito matriarcado!*

—Dame el jabón, que está detrás de ti, Katia, por favor. ¡Y si puedes, calla un poco, sólo un poco…! Viéndote así desnuda, yo no puedo razonar y ningún hombre puede… Tu cuerpo es una maravilla, y en mi vida he visto nada parecido. He estado con otras mujeres, bastantes, sí, pero tú eres algo supremo… Me impresionas, me… fascinas, no sé qué me pasa…

—¿Eran putas? Me refiero a las mujeres con las que te acostabas.

En el mundo capitalista la mujer es objeto de explotación. La opinión de Marx es que…

—¡Por todos los santos, deja a Marx!

—¿Es posible que no hayas superado la obsesión sexual, y que no seas capaz de ver en la mujer, además del cuerpo, una mente pensante? Los americanos os halláis en una fase de subdesarrollo cultural… y biológico.

George tomó a Katia por el cuello y la hundió en la bañera algunos instantes, cual intentando ahogarla, cosa que luego hizo ella con él, entre risas, gritos, peleas, más risas… pero ni aún así dejó ella de rumiar y discutir. Igual que Laura. Era incapaz de enfadarse, y ni aun tragando agua y jabón dejaba de hacer gestos con los brazos para reforzar sus afirmaciones. Las dos eran polemistas natas y tercas como mulas.

—En este país se tiende a sacralizar todo; hay mística de la mística, y sus habitantes son más papistas que el Papa —gritaba ahora Katia—. Bajo la piel de cada español hay un salvaje dogmático, provincialista y miope. No cada comarca, sino cada villa o aldea, y aún cada distrito defiende sus peculiaridades de modo feroz. La culpa viene de antiguo y procede de las altas esferas. ¿Cómo te explicas que Felipe II no manifestara, por ejemplo, más que devoción por la lengua castellana, y no hablara gallego, vascuence y catalán? ¡A lo suyo cada cual, y arriba el egoísmo de capillita! ¿Comprensión hacia los demás, tolerancia del prójimo? Nada de eso. Católicos y democráticos de fachada, y barrabasianos de corazón. ¿Cuándo has oído al presidente Suárez (que me parece inteligente) dirigirse a los vascos en su propia lengua, y a los catalanes y gallegos en la suya? ¿Por qué no hay en Sevilla, Madrid y Salamanca cátedras de gallego, catalán y vasco?

»¿Por qué rábanos no funcionan en Barcelona un par de cátedras dedicadas al estudio de la lengua y literatura del País Vasco y de Galicia? El mismo error se comete en Francia, Italia y Gran Bretaña; el francés, italiano e inglés se imponen hoy en día con el mismo espíritu exclusivista y homogeneizante de antaño, a expensas de lenguas como el bretón, vascuence, catalán, galés, flamenco, etc. Esos jefes de Estado, a fuerza de querer dar brillo y esplendor a una sola lengua, la oficial e impuesta, atropellan y hunden las otras, y si con ello pretenden parecer universales, en lo que se convierten es

en rufianes de vía estrecha, egoístas provincianos e imperialistas agarrados a privilegios de tribu. No es un problema de soberbia satánica sino de vanidad infantil; escúchales bien: ¡somos siete billones de hispanoparlantes! ¡Pues la lengua de Shakespeare la hablan, o la habrán hablado entre vivos y difuntos y los por nacer, un billón de trillones, sin contar las galaxias por descubrir en las que también se hablará el idioma supersanto de Londres! ¿Conque ésas tenemos, granujas de burdel? Pues, ¿no sabéis que el divino idioma de Moliere se habla y venera en los cinco continentes y que el propio Dios lo ha establecido como lengua oficial en el Más Allá?

George salió del baño y huyó a la habitación contigua, donde se enjugó y pasó a vestirse. Silencio completo. George se estremeció. ¿No habría sufrido la ninfa un ataque cardíaco? Se asomó de puntillas hasta el baño, y Katia, que le aguardaba, oculta tras la puerta, lo agarró por el cuello y lo arrojó de nuevo, ya vestido, en la bañera repleta de espuma, y allí se revolcaron los dos hasta casi vaciar el agua y formar la inundación del piso, entre chillidos, maldiciones y manotazos. Como los téjanos de Katia le resultaban chicos y cortos, y por otro lado la indumentaria entera de George se estaba secando, entre varias criadas que limpiaban la habitación con asombro, la pareja tuvo que salir a comprarse nuevas prendas. Pero en los almacenes tarraconenses habían cerrado; era de noche, y no había más remedio que aguardar al día siguiente, sábado. La contrariedad de George divertía a Katia, cuya alegría —explosiva, inagotable— se introdujo en él, y tras ello le fecundó por dentro, cual dotándole de nueva facultad de apreciar el entorno.

El sábado por la mañana fue jornada de compras y de traslado; ambos se desplazaron a Valls, en cuyas afueras alquilaron un chalet con garaje, en el que cabían sus dos coches. Durante cinco o siete días podían ambos sentirse libres de control de sus respectivas organizaciones; iban a ser, por tanto, los días disponibles para lo que ellos llamarían reflexión.

Él chalet en Valls se hallaba en el polígono industrial de reciente creación, en medio de amplísimo llano, rodeado de verdor.

Por la tarde del sábado, de camino hacia Poblet y Santes Creus en el coche de George, Katia durmió diez minutos sobre el brazo derecho del hombre; el tiempo era primaveral, poco fresco, y a ambos lados de la carretera destacaban los viñedos, almendros y

maizales del lugar. Estaban en la cuenca del Ebro, una zona de rica agricultura y pujante industrialización. Cuando ella despertó, George dejó caer lentamente estas palabras:

—Creo que eres sincera, y te digo, Katia, que acepto tus declaraciones no como el intento de atraparme…, pero ¿te das cuenta que tu traición a los tuyos puede costarle la vida o engendrarles graves perjuicios a tus padres?

—Lo sé…, lo sé, George.

—No me has pedido nada… No me pides, como pudiera parecer natural, que imite tu gesto.

—¡Eres libre, por supuesto, y nunca pretenderé ligarte a mí!—

Okay! Poco te preguntaré y poco te diré de mí a fin de salvaguardar al máximo nuestro respectivo futuro, porque lo que decidamos que sea más adelante, no hoy. Y lo decidiremos —aquí se rió de lo que iba a decir—: fuera de la cama, en ayunas y en frío…

—¡Buen profesional! Dos preguntas sí quisiera hacerte; ninguna de ambas resulta vital… ¿Puedo…?

—¡Oh, sí! Claro que puedes, Katia. Adelante…

—Primera: ¿cómo fue que te metiste en *esto*? Segunda: ¿renuncias a tus propósitos contra Antonio Carrasco?

Habían llegado a Santes Creus, siempre asediado por los turistas con sus cámaras fotográficas y sus rostros de badulaques. Y mientras se paseaban por el interior del monasterio, levantado en 1158 y habitado por monjes de la abadía de Grandselve (Languedoc), George, que cogía a Katia por los hombros o la cintura, y a ratos de la mano, le respondió a la primera cuestión.

—Horror al tedio, espíritu de aventura, sed de viajes y peligro, ansia de defender la política democrática de mi país, y luego… Luego todo cambió. Me libré de tópicos y místicas. Luego sólo fue quedando mi anhelo de reencontrar el espíritu de mis antepasados; y ahora… estoy hecho un lío. ¡No por tu causa; no, no…! Y a decir verdad, de dos males, si es que necesariamente tuviese que elegir, preferiría sufrir el mal americano al mal soviético. Mi gente es libre siquiera de elegir la droga o de perecer bajo los gángsters de Chicago o los de Detroit. Compréndelo…, yo no puedo ver la realidad más que bajo el prisma de mis experiencias. La política imperialista de los grandes y de los medianos, siempre repelente, es

lo que siempre ha sido: un juego de intereses y mercados, de fanatismos y locuras, de ambiciones y odios, de misticismos y estupideces… Siempre ha sido así. No es peor hoy que antes. Seguirá siendo así en el futuro. El espionaje es ahora el instrumento ideal; mañana lo será la biogenética, el láser y los nuevos-medios de control que ya se están cocinando… muy en secreto. Encontrar aquí mis raíces me ha llenado de alegría; digamos que fue un regocijo efímero, pues la verdad es que el hombre se revela ser el mismo en todas partes, y apenas distinto del cavernícola del Paleolítico. Ufanarse en demasía por descubrir los antepasados de ayer o anteayer…, ¿qué nos soluciona, vanidad, aparte, o qué perspectivas creadoras puede facilitar? Tanto Adán y Eva como, si lo prefieres, aquellos primeros hombres que se desprendieron de su antecesor el mono, son meros eslabones. Quizás importe más conocer el *adonde vamos o si vamos a parte alguna que el de dónde venimos*. Todo ello por no hablar de reencarnación o de…

Habían subido al coche y devoraban kilómetros para llegar a Poblet. George siguió desarrollando el tema, consciente de su perfecta coherencia y de su dominio de la lengua, y sabedor de la impresión que iba causando en aquella muchacha, que le escuchaba sin pestañear, como si se conocieran de antiguo, con análoga sensibilidad e idénticos puntos de referencia. La comprensión iba más allá de las palabras, y a George le dio por establecer cierta comparación (con íntima coincidencia de pareceres y sentimientos que siempre observara, antaño) entre su padre y su madre; también ellos llegaban a mutua inteligencia con sólo la mirada, vagos ademanes, el contacto, y a veces ni eso; demasiado a menudo el uno intuía sin fallos la perspectiva del otro, y adivinaba con exactitud los matices con que el cónyuge se manifestaría. Tal comunicación no existía, por supuesto, entre Anthony y George, ni entre los dos hermanos con sus progenitores.

—En cuanto a mis propósitos acerca de Antonio Carrasco, no sé si tú me los has alterado, pero sí estoy cierto de que me los has aplazado. Tú y yo…

—¡Cuidado, George! Tú no estás enamorado de mí.

—¿Y cómo diablos sabes lo que iba a decir? —gritó él—. Debo entender que tú juzgas sensato alzar entre los dos una actitud que impida lo sentimental; es decir… que te importa hacerme creer que

no sientes ni sentirás nada por mí. ¿Es eso? ¡Sé sincera y olvídate de tus malditas reservas!

Dejaron atrás pueblecitos inefables como Pont de Armentera, Pía de Cabra, Figuerola y llegaron por último a Montblanch, que también dejaron atrás, y al llegar a Espluga de Francolí, torcieron a la izquierda. Menudeaban los prados, colmas, reducidos llanos, e imperaba el verde, los viñedos, las pequeñas industrias, y algo en el conjunto hacía presentir la relativa proximidad del Ebro. Eran tierras de mucho sol, áreas fértilísimas salpicadas de caprichosos chalets; y sobre todo abundaba la pineda.

—¡Asqueroso yanqui, date cuenta de que quién ha abierto las válvulas de la franqueza he sido yo, y que yo he llegado mucho más lejos que tú! Pero dejemos esto, y ya que sólo exhibes palabras de reproche, déjame al menos pensar por los dos. ¡Escúchame bien! Hoy es sábado. Tú llevas fuera de tu antena desde el jueves, tres días, ¡tres! ¿Puede caber en tu cabeza de chorlito la idea de que los tuyos se estarán temiendo tu evasión? Viceversa: durante ese mismo espacio de tiempo, yo no me he conectado con mis enlaces. ¿Y si a mi red les da por pensar que he *escogido la libertad*, como se dice en tu bando?

George frenó de golpe y casi se dieron ambos contra el cristal del coche.

—¿Te has vuelto loco? —gritó Katia, apretándose las sienes con ambas manos, pálida y estremecida—. ¿A qué viene frenar así?

—¡Voy a hacer un juramento solemne, nauseabunda bolchevique! Y es que en mi vida he conocido una hembra más sucia y maloliente que tú…

—¡Pues yo no he visto…!

No pudo concluir. George la agarró súbitamente y la abrazó y besó con violencia, a lo que ella se abandonó y le correspondió, primero con similar brutalidad, luego con ternura, y al fin con lágrimas en los ojos.

—Eres bonita como una pantera y me enterneces tanto como la mesa repleta de mariscos, *romescu* y licores de ayer… y si tuviera que elegir entre tú, Katiuska, o participar en el campeonato nacional de béisbol en Filadelfia, me parece, y no estoy seguro, que quizá te preferiría a ti…

—¿De veras? —gruñó Katia, limpiándose las lágrimas que’ le

rodaban por las mejillas—. Pues yo, si debiera escoger entre revolearme contigo en la cama o releer el capítulo de conclusiones de *El Capital*, me parece que… ¡preferiría esto último!

Dicho lo cual, entre risas y sollozos, ella mordisqueó nariz y lóbulos inferiores de las dos orejas de George, hasta hacerle sangrar en la oreja izquierda. Él lanzó un alarido de dolor, y tras abandonarse en el pecho de Katia la besuqueó en el cuello y senos cual lo hubiera hecho una perra con sus cachorros. Terminaron riéndose.

—La conclusión es que tú, al regreso de Poblet, te irás a la City y yo a Tarragona; allí te entrevistarás con los tuyos y harás lo que juzgues conveniente para ti, y yo, me veré con mi enlace…, que me espera.

George puso el motor en marcha y fue avanzando despacio, pensativo.

—¿Medio día sin vernos? ¿Eso deseas, Katia? Dilo. ¡Quiero oírtelo!

—No es que lo desee. ¡Qué cabeza más dura tienes!

—¡Menos lo deseo yo! —gritó George.

—¿Entonces…? ¡Oh, George, procura razonar! No eres dueño de ti…

—¡George, procura razonar! —gruñó él, imitando su voz burlonamente, y dijo—: Conforme. —Y tras breve reflexión, repuso—: Volveré a Tarragona por distinto camino, proyectando cierto rodeo. No nos hospedaremos en el mismo hotel esta noche, sino en otro…, en el «Hotel Majestic», y el que primero llegue que espere al otro… No concretemos ahora.

—Me registraré como tu esposa: tú te llamarás como quieras, y yo Eulalia Sánchez Gómez… Te esperaré hasta el término de mañana, domingo.

—Mi nombre será Eduardo Cano. Cuando llame el segundo en llegar en la puerta dirá «¿estás ahí, cariño?» Lo dirá dos veces, y después el que haya llegado primero abrirá la puerta, y no antes.

—Yo, Eulalia Sánchez; tú, Eduardo Cano. ¡Memorizado!

—¡Memorizado!

Tras algunos instantes, Katia exclamó:

—¡Qué asco!

Fundado por Ramón Berenguer IV en 1149, el conjunto

medieval de Poblet está habitado por monjes de Montfroide, es convento de la diócesis de Narbona, y fue panteón de los condes de Barcelona y reyes de Aragón. Como en Sanies Creus, los turistas y excursionistas veranean, pululan y husmean, y luego, con gesto de fatiga o tedio se largan para olvidar o confundir cuanto vieran.

—¡Tampoco tú flotas por los aires, chiflada por mis huesos, y no te imagines que vayamos a protagonizar algo parecido al idilio de *Love Story*!

—Eres increíble, George; ¿qué te hace suponer que yo me iba a enamorar de ti? ¡Vanidoso estúpido! Además, el acto sexual es el mejor antídoto para el enamoramiento. ¿Cómo me hubiera podido prendar de un engreído yanqui?

—¡No nos amamos, no nos amamos! Repítelo para tus adentros… —Y después él repuso—: ¿Lo haces ya tú, Katia?

—Pues claro —dijo ella, secándose las lágrimas que fluían sin cesar—. ¿Vamos a salir del coche para visitar el monasterio…, ó pretendes que debemos permanecer aquí encerrados?

—¡Oh, lo siento! —Abrió George la puerta y salió, presto, lo mismo que ella.

Apenas visitaron el claustro, volvieron afuera y se metieron en el coche, sin comentarios y a corta distancia el uno del otro. Ambos iban taciturnos y nerviosos y mirando sin ver, mas al abandonar Poblet les fue ganando la calma y volvieron a ser dueños de sí mismos. Pero evitaban inconscientemente el contacto físico, y procuraban no mirarse a los ojos. Así avanzaron, quizá durante veinte minutos, y al llegar a Valls, él rompió el silencio para decirle:

—Katia, yo —su voz sonaba extrañísima y quebrada, como falsa— no quiero perderte. No puedo y no quiero.

—George…, no digas nada de lo que puedas luego arrepentirte; espera, al menos, a tu regreso, si es que quieres regresar. Un día sin vernos, todo el sábado, resultará positivo para ambos. Así podrás ordenar tus pensamientos, saber lo que quieres, conocer verdaderamente tus sentimientos y estar al tanto de peligros…

Katia apretaba los labios, pálida y estremecida. Tan pronto sentíase arrojada a la franqueza integral como a la cauta reserva. También George saltaba del silencio huraño y hasta despectivo a una irrefrenable necesidad de abrirse, como si dentro de su ser hubiese en pugna dos almas enemigas.

Al llegar de nuevo ante el Arco de Bará se sorprendió George a sí mismo diciéndole al monumento en voz alta: *Hasta pronto*, y cuando penetró en el chalet de la calle del Doctor Roux, por la tarde del sábado, las puertas se abrieron sin necesidad de llamar con el claxon. Inusitadamente, al penetrar en la casa, se le hizo la luz —¿y por qué ésta no se produjo antes?, hubo de pensar con reproche George Vargas— y vio con claridad que aquel oficio no se había hecho para él. Aquella vulgaridad que detestaba antaño, aparecíasele ahora como el compendio de sabiduría. ¡Estaba clarísimo! ¿Qué de vulgar podía haber en ejercer alguna actividad relacionada con el mundo de las letras, casarse, tener hijos, leer libros, ver la televisión…? ¿En concepto de qué pedante, vanidosa o enfermiza idea pudo anhelar la aventura y el peligro? Ahora que acababa de llegarle esta inspiración, le hubiera gustado estar solo y apurar la idea, estrujarla hasta el fin, y descubrir de una vez lo que se ocultaba en su interior. Pero no pudo abismarse en tan atractivos pensamientos, pues ya Pedro —y tras de éste otros dos sujetos— le salía al encuentro en la biblioteca salón. En fin: ¿cómo le recibirían aquí?, ¿qué sabrían de sus andanzas con Katia? Bastaría con callar y observar sin delatarse.

Buen síntoma: no más penetrar en el espacioso salón comprobó que le miraban receptivos, como en espera de una señal para poder hablar. Fue en menos de un segundo. George pasó al ataque. Se mostró dueño del ámbito. Tan sólo dijo en tono suavemente imperativo:

—Siéntense, por favor. ¿Quiénes son estos caballeros, Pedro?

—Se trata de Pascual Saladrigas y Simeón Llopis; traen informaciones de la zona… Saladrigas se ocupa de cuestiones periodísticas, y Llopis de asuntos industriales.

Los dos hombres aparentaban hallarse alrededor de los 45 años, eran de porte digno y grave, vestían al gusto clásico y no llevaban ninguna cartera. Ahora bien, mientras que en Saladrigas flotaba cierto atisbo de fría sonrisa, Llopis se mantenía adusto y como ofendido. George se incorporó.

—Recibiré primero al señor Saladrigas, y luego al señor Llopis. En lo futuro no quisiera que sus visitas coincidiesen; ya les daré instrucciones. No sé ni quiero saber de quién parte este fallo, pero si eso se repitiera habría sanciones y lo comunicaría al centro. ¡Las

llaves, Pedro!

El aludido se excusó, al tiempo que le daba las llaves del chalet y del garaje, con una nota escrita a mano que decía: «El jefe de seguridad ya ha modificado las cerraduras de la RB, caja de caudales y criptógrafo-ordenador con arreglo a tus huellas. Sobre el escritorio de la RB encontrarás la relación de asuntos que William preparó para ti antes de marchar».

Ningún peligro a la vista. El desdichado William se encontraría ya por entonces en Chicago, custodiado por los suyos para bien morir. ¿O sea que su ausencia de tres jornadas no había suscitado recelos…, o era, más bien, que se había detectado la posibilidad de que se convirtiera en tránsfuga y se le dejaba actuar, procurándose que se creyera incontrolado, para mejor atraparle luego? Lanzó una sonda a Pedro:

—¿Sabes que fui a resolver el asunto «aquél»… de que te hablé, no?

—Pues…, no recuerdo, ¡lo siento! —murmuró el aludido.

Perfecto: todo iba como sobre ruedas.

—No importa, Pedro; aunque… es peligroso que seas tan desmemoriado. Bien, entretanto me entrevisto con el señor Saladrigas, me preparas una lista exhaustiva, digo ex-haus-ti-va, Pedro, con las cuestiones que tienes pendientes. Luego recoges mi coche, que ya sabes dónde está, y me lo traes; por el camino llena el depósito de gasolina, compra los periódicos de la noche y tráeme dos paquetes de «Winston». Dispones de hora y media para cumplir mis encargos. ¿*Okay*, Pedro?

—¡*Okay*, señor! —Y dicho esto, Pedro se marchó a ofra habitación.

George y Saladrigas penetraron en el que fuera despacho de William, contiguo —completamente insonorizado, se abría merced a cerradura dispuesta con las huellas digitales de George, y en su interior había: escritorio, caja de caudales, máquina de escribir, teléfono con dispositivo antiescucha, diversos aparatos, tresillo y sofás; sin ningún cuadro ni ventana— y los dos tomaron asiento frente a frente en los sofás. La habitación, decorada con tonos oliva, resultaba acogedora, si bien la ausencia de ornamentos la tornaba fría.

—Por favor —dijo George en tono impersonal—, sea usted breve

y no olvide ninguna cuestión que juzgue esencial. ¿Es aquí dónde le recibía siempre mi antecesor, William?

—¡Oh, sí, aquí; una vez por semana! Lamento lo que le ha pasado… Mientras le esperaba, he sintetizado en estas páginas mecanografiadas las cuestiones…; vamos, las únicas correspondientes a la semana del 11 al 17 de marzo de 1978. ¿Quiere usted leerlas o prefiere, como William, que se las explique de viva voz? Estoy a su disposición…, señor.

—Deme. Gracias —y tomando las cuatro páginas cosidas con grapa, se dispuso a leer lo que sigue:

Anuncio LV 3-3-78, pág. 63, Varios-varios; texto: Cab. 47 a. se ofrece para compañía sras. mayores. Temperamento fuerte y dominante, exijo obediencia absoluta. Escribir al n.° 35.439 JLNV.
(¿Más información?)

Investigación:
N. Ponferrada en 7 julio 1926. José Luis Núñez Vives, casado, separado.
Sádico sexual y neurótico.
(Fuente: NH-739.)

Registro profesional: Perito mercantil, no ejerce. Rentas inmuebles en Ponferrada. Cta. Cte. BHA 3 mill. ptas. Vive en C/. Hoz, 23, 3.° 2.ª. Sitges. Detective en 1947-52.
(Fuente: MLO-31 Ripoll)

Darío Aguilera Borrull.
Título periodista: 7-7-1974. Colabora esporádicamente. Temas: Bolsa, economía y automóviles. Casado con Rosalía Gómez Ibáñez en 1-3-72. Sin hijos. Adoptado niña de 8 meses en 8-9-1977. Cta. Cte. BEC 2 mill. ptas. C/. Magnolia, 79, 4.° 3.ª. Sabadell.

Invstigación: Se droga desde fines de 1975. Debe dinero a amigos. Muy anticomunista. No milita en partidos. Enfermo de riñón. Inteligente y vago.
(¿Más datos?)
Ahijada: murió 22-2-1978, pulmonía.

N. en Calella el 23-2-1948. Sin hermanos ni cuñados. Esposa curada de alcoholismo. Era lesbiana. Estudió en el IEN. Sus padres (de ella): pronazis. Ambos visitaron USA (N. York) el 15-8-74. Hobby: caza y pesca. Amigos en BC y BRM.
(Fuente: MLI-01 Ripoll)

Dolores Vidal Carreño: N. Granada, 4-6-57. Título abogado 10-7-77. Padre asesinó por asunto faldas en 1967 y sigue en prisión. Ella vive en Sevilla, sola. Lúcida pro-USA. No corrompible.

Ha hecho petición ingreso monjas. Muy devota. Su madre murió en 1959. Colaboró en revista literaria en 1976. Obtuvo premi).

Total desinterés por la política, viajes y dinero. Físico: 1,67, peso 74 kg., rostro achatado, morena, aliento apestoso, fea con atractivo, frígida. Nunca novios.
(Fuente: MLU-09 Ripoll)

Ernesto Gálvez Pérez: N. Solsona 6-9-1909. Ebanista y lampista. Desde 1939 en Gerona, representante de firma suiza farmacia: Levalloise-Ginebra. Ingresos mes: 120.000 ptas. más comisiones. Despilfarra.

Hobby: filatelia y numismática. Rompió con PSC en 1969. Milita en PSUC. Visitó Moscú en 5-8-1970 viaje colectivo. Tiene un «Mercedes» 1962. Dos hijas, 7 nietos. Esposa m. 22-1-1967, por cáncer vejiga.

Enfermedad: ataque cardíaco en 24-8-1964. Tuvo una amante (Micaela López, gallega) del 1949 al 1954. Carácter quisquilloso y camorrista. No corrompible. Honrado. Vanidoso. Le falta un ojo desde mayo 1937, que perdió en Gandesa.
(Fuente: KJN-61 Vic.)

Informaciones de la fuente CH-37-V:

Días y horas visita de María Dolores Pruja Roig a «Sears»-Diagonal: sábados de 11 a 13 h. Va sola.

Autores literarios predilectos de Agustín Vilaseca Carrió: William Faulkner, Ernest Hemingway, Henry James y John Steinbeck.

Jaime Portell Corominas: dirigió Manufacturas Freíxas SL del 19-X-1961 al 24-VIII-1975.

Informaciones de la fuente CH-36-V:

Nombre de la segunda esposa de Clemente Gallinat Colomer: Eulalia Escoda Farrés. Hija de Pedro Escoda Marqués y Josefa Farrés Sala.

Informaciones de la fuente CN-301:

Domicilio del profesor de ruso en Terrassa: Andrés Collell Ferrando vive en Ángel Boronat, núm. 36, 3.° 4.a.

Fecha de nacimiento de Francisca Mata Martínez: 21 de setiembre de 1915.

Fecha de nacimiento de Eduardo Gabarro Conde: 4 de enero de 1931.

Año en que Enriqueta Bonjoch Balaguer visitó USA: 1948.

Informaciones de la fuente CN-302:

María Buxó Sabater: Cta. Cte. en BB ptas. 1.605.779 en 17-VII-1978.

Seudónimo de Antonio Soler Portell: desde 1971, Juan Alemany Xapellí. N.° del DNI de Alfonso Mier Suñer: 57.901.406.

Informaciones de la fuente Y-29 VD:

Puesto de Jacinto Mallofré Nadal en «Seat»: ejecutivo provisional.

Primera esposa de Luis Salvador Arpí: María del Carmen Roig Saperas.

Nacionalidad de Pascual Rebollo Balaguer: se nacionalizó suizo en 1947.

George leyó aprisa. Comprobó que el visitante estaba nervioso. Dobló en cuatro partes los papeles y los introdujo en el cajón

central. Luego, sin mirar a Saladrigas, le dijo:

—Usted vendrá aquí los sábados de 9 a 10 de la mañana. Le daré instrucciones la próxima vez. ¿Alguna pregunta?

—¿Qué debo hacer con José Queralt Marimón y Enrique Rovira Gargallo? Rehusaron las ofertas de operar como contactos de Dalmau Castañé.

—¡Intentarlo de nuevo, por todos los santos! Deje pasar dos o tres días y luego insista con diferentes apelaciones; búsqueles primero el punto flaco.

—¡Comprendido! Pues…, eso es todo. ¿Puedo retirarme?

—Desde luego. Por favor, dígale al otro que pase.

Minutos después, entraba Simeón Llopis, carraspeando.

—Tome asiento, señor Llopis.

—Gracias.

—¿Ha escrito aquí su informe? ¿Puedo leerlo?

El aludido entregó dos cuartillas escritas con letra menuda muy legible y clara, sin adornos, vertical. El grafismo revelaba, según dedujo George, a una persona observadora, fría, equilibrada y algo mezquina. George leyó lo siguiente:

Fuente: SP-14 W.O.:

Amadeo Gutiérrez García-Hernández: homosexual desde que hizo el servicio militar en Cartagena, en la Marina.

Angela Teixidor Clarasó: 28 años, drogadicta, muchacha de alterne en el bar «Los 4 peleles», en Rubí. En 1977 abortó en una clínica privada.

Salvador Berruezo Carrascal: nació en Córdoba el 14 de enero de 1949 y sufre de claustrofobia. Recién operado tumor maligno.

María Teresa Xuclá Gutiérrez: milita en el PCE, habita en Olot. Próximamente sabremos señas exactas. Soltera.

Fuente SP-15 I.T.:

Luis Boix Beltrán se licenció en Electrónica. No tiene trabajo. Milita en la ultraderecha. Los viajes que realiza cada semana tienen por objeto visitar a correligionarios en Tarragona. Más adelante sabremos sus contactos.

David Soler Bonet se licenció en Química el 29-IX-1977. Francisco Cañardo Barberán tiene como amante a Montserrat

Anglés García, la cual está casada con Juan Francisco Forns Viladrau.

Fuente SP-19 F.S.S.:

Los nuevos complejos industriales en el Prat (G-Y y K-OO) recibirán primeras materias de Argelia, tecnología de la RFA y capital del BS.

La composición química del producto V-102-X es la siguiente: NB, BH-10, IK, S-118 y 8-UH. Material refractario altas temperaturas.

Nuevo soplete JL-O: fabricará Industrial Claveral, Sociedad Anónima, Igualada.

Hans Kramer: estuvo en C./ Diputación el 14-1-1978 y volverá en 1980.

Fuente SP-27 H.O.U.:

Juicio contra Antonio Viñuales Rupérez por espionaje industrial: absolución por insuficiencia de pruebas en la acusación. Vista: 19-11-1978.

Ezequiel Ramos Esplugas: pasado a Francia clandestinamente el 1-III-1978.

Manufacturas R. R. ha recibido sin novedad el material U.P.-14.

Ramón Planas Daura: se queja por insuficiencia ayuda económica; solicita aumento honorarios 30 % más.

Alberto Sancho Rodríguez: se ha suicidado el 23 de marzo de 1978. Investigamos.

Fuente SP-31 I.P.R.:

PS de Salvador del Olmo. Urge recibirlo.

PS de Juan Pruna Abelló. Recibido.

Sospechamos posibilidad de traición en 0-14 VN. Esperamos instrucciones.

Consideramos quemado a SP-1401. Esperamos instrucciones.

Avelino Ricart Bagés: visitará Chicago el 14-VI-1978.

Cobertura de Conrado Sancho Riquelme: insuficiente. Instruyan.

Esteban Pérez Pérez: síntomas de paranoia. Instruyan.

Juanita Madulell Solbes: es furcia en C/. Tapias desde 29-11-1973. Se hace llamar Rosalía. Su marido la busca. Su marido

es íntimo amigo de Esteban Pérez Pérez.

Luisa Rodó Marín es la que obtuvo datos de Mr. Peter Clarke el 21-XII-1977.

—Conforme, señor Llopis. ¿Necesita usted algo?

—Nada. Espero instrucciones.

—Las tendrá la próxima semana —dijo George con calma, y luego añadió—: Usted vendrá en lo sucesivo los viernes hacia las 12 horas. Nunca más los sábados. ¿Alguna pregunta?

—No. ¿Puedo retirarme?

George le tendió la mano, y sólo entonces el visitante sonrió, y cuando se hallaba a la puerta se volvió para decir:

—Ya recibí el dinero solicitado. Es suficiente.

—¿Y…?

—Nada más. Adiós.

George ordenó a Pedro, que ya había regresado, que reuniera a todo el personal en la biblioteca para dentro de media hora. Entretanto, subió a la habitación RB, introdujo el dedo índice de su mano derecha y la habitación se abrió con ligera presión.

Ya en su interior, encendió las luces, puso en marcha el teletipo para conocer las informaciones llegadas en los últimos tres días, y cuando iba a abrir el archivo de personajes, advirtió sobre la mesa una hoja con letra de William Stevens; decía la nota:

RUIZ:

El teléfono con dispositivo anticontrol para evitar las intervenciones está en el primer cajón izquierda del escritorio. Utilízalo siempre para hablar desde aquí. Tu interlocutor posee otro teléfono similar y nadie podrá interferir las comunicaciones.

Comunicaciones urgentes a la sede central: radio según claves a obtener del criptógrafo. Superurgentes: NASA.

Comunicaciones no urgentes a la sede central: textos micrografiados, enviando el punto-mensaje en carta dirigida en las direcciones que hallarás al pedir al ordenador: Y-0-114-B-I-U.

Teletipo: recoger informaciones cada día.

Radiotelegrafista: Sebastián Fraga Auger o Eulogio Sanz Clavero.

Nunca más se utilice a Angel Suñer López.

Personal de la antena de Doctor Roux: (siete personas y tú: ocho).

Jardinero: Ezequiel Piera Llobet. Ficha 1-402.

Jefe controles TV-CC: Manuel Codina Sabater o Blas Camps Tortosa. Son: I-379-Y-XZ y 372-Y-XK.

Secretario seguridad: Pedro Bernades Legua. I-370-VI.

Jefe supremo responsable seguridad: Ray Wilson.

Suplente exterior: Juan Pi Serra: I-379-VI.

Limpieza: Joaquín Moya. I-371-VI.

Ruiz: tu ficha es la I-107-LAN. Léela ahora.

Los resultados e informaciones semanales de los colaboradores se entregan a Fraga Auger para que comunique los textos a la Central. Ésta dará instrucciones en cada caso.

En caso de incendio aquí: puede arder todo menos la RB.

En caso de guerra mundial: poner en práctica Operación «Cono». Consulta ordenador.

En caso de traición de alguno de la red: ver instrucciones en II-CV-201.

En caso de averías en alguno de los dispositivos de la RB: llamar a Ray Wilson:

En caso de incendio en el chalet: llamar a Bomberos y a la vez al Consulado y Embajada. Podrán penetrar en todas partes menos aquí.

Importante: que ningún documento quede fuera de la RB.

Sistemas de seguridad:

Aparato de alarma: sirena en caso rotura ventanas, puertas y cerraduras, tanto interiores como exteriores. Dispositivo rayos infrarrojos que controla todos los accesos. A poner en marcha al salir.

Puertas y ventanas: todas con marcos y contramarcos de acero.

Radar antiincendios en zona superior techo. Pararrayos.

Detector de mentiras: aplicar a todos una vez al mes.

Entrada chalet: detrás cuadro Las Meninas: detector explosivos.

Entrada chalet: detrás cuadro Texas: detector de armas.

Detector de bombas en cartas: dentro del archivo I-AZ.

Desactivador de bombas: en Biblioteca, junto a chimenea.

Aparato para ver o fotografiar de noche (rayos infrarrojos) en Archivo II.

Linterna para usos defensivos o agresivos: ciega y deslumbra a la víctima; la deja ciega 15 minutos.

Lápices tintas simpáticas: archivo I-AZ. Con su reactor.

Tu misión: recepción de informes, traspaso de informes a Central.

Ajústate a instrucciones. Prohibido actuar por cuenta propia. El detector de m. te será aplicado una vez cada 8 días por M. Sunday Guard. Ahora vendrá el próximo 30 de marzo de 1978.

Armas cortas y archivos: archivador Ill-a.

Terminantemente prohibido: visitar Legaciones diplomáticas USA.

Memoriza esta información y luego rómpela. Quémala.

PS: Suerte, amigo. Dentro de pocos días ya habré cruzado la otra orilla. Un consejo: severidad y dureza con tus subordinados. Exígeles, desconfía, acorrálales. No seas blando o pondrás en peligro la seguridad nacional.

Así era fácil localizar su propia ficha. Abrió el archivador y buscó la 1-107 LAN. Nerviosamente la alzó. Era de cartulina 18 X 24 cm, amarillenta, textos mecanografiados, y figuraban tres secciones: en la 1ª., nombre y apellidos, fecha de nacimiento, domicilio habitual, en los Estados Unidos y en España, estudios realizados, asuntos de los padres, fecha de ingreso en la organización nombre cifrado, etc.; en la 2ª, el PP (perfil psicológico); y en la 3ª, la prognosis. La primera parte la pasó por alto, y pasó a la lectura del resto, que decía:

2. PERFIL PSICOLÓGICO:

Temperamento: Serenidad, equilibrio y estabilidad emocional. Espíritu de cooperación y equipo. Paciencia. Tendencia al optimismo. Sentido del humor. Carácter: Modestia, orgullo moderado. Idealismo en retroceso hacia el pragmatismo. Sensualidad viva, contenida. Se crece con los obstáculos. Obstinado y casi terco. Flexible a menudo. Muy rencoroso. Puede resultar vengativo. Independiente y audaz. Coraje.

Intelecto: Curioso, observador, reflexivo. Extremadamente lúcido. Deductivo con capacidad de brillantes razonamientos. Asimila rápidamente. Penetración sutil. Cultura ecléctica. Sentido de lo bello. Memoria visual: color y formas.

Juicio: Sagacidad, cordura, minuciosidad. Metódico. Acusado espíritu crítico.

Imaginación: Viva y realista, no artística. No fecunda, sino subordinada a los hechos. Intuitivo en extremo.

Clase de talento: Organizador, directivo, capacidad de mando.

Grado de bondad: Entre la cordialidad y la causticidad.

Sociabilidad: Habilidad, destreza, seducción.

Avidez: Ambición, sacrificio, combatividad.

Rectitud: Lealtad, equidad, integridad.

Inclinaciones: Discreción, voluptuosidad.

Biología: Curva de vitalidad en vigoroso ascenso, estabilizándose hacia los 31 años. Virilidad acusada. No hubo cancerosos en sus antepasados. Tampoco hubo epilépticos, esquizofrénicos ni homosexuales. Presión sanguínea: tendencia a incrementarse con los años, a partir de los 43-46. Alergias: ninguna. Fobias: ninguna.

Derivaciones patológicas: Ninguna en circunstancias normales. Capacidad óptima para remontar obstáculos graves. Psíquica y físicamente, posibilidades de extrema calidad y positivas.

Valoración del conjunto: Muy superior a la media normal. Digno de estima y confianza.

3. PROGNOSIS *(Tests psicotécnicos, grafología, futurología y quirología):*

Pretérito (1951 a 1976): Ante la conducta en familia, amigos, chicas, instituto, Universidad y en la propia Organización, aparece ante nosotros un sujeto de idiosincrasia constructiva, plenitud vital, sin traumas ni inhibiciones y de sana evolución. Su madurez sigue caminos inspirados en la lógica y el realismo, y no reacciona por estímulos previos y de origen morboso. El volumen de rencores, inquietudes y nostalgias se inscribe dentro de lo tolerable.

Futuro: La prognosis de los años 1977-1979 se ciñe al campo de lo altamente probable, mientras que el período subsiguiente

(1980-1983) se nos ofrece dudoso y sólo posible. En cuanto a la etapa posterior (1984-1990) puede ser calificada como de mera especulación de signo orientativo con elevado margen de error. Ello no obstante, el presente trabajo pretende sugerir, y decimos tan sólo sugerir, factores o hechos hipotéticos hasta el año 2005.

1977 a 1979: El ansia altruista, con espíritu de sacrificio, se alterna con su hondo patriotismo (alternado con nostalgias del suelo patrio de sus antepasados) y su madurez intelectual. El resultado es su inquietud ideológica (hacia el campo liberal y democrático progresista) y sus afanes políticos de proyección internacional.

En 1978 se verá fomentada su sed de saber en base al conocimiento de su identidad. El destino de su búsqueda es España.

La herida de la Guerra Civil española causada en sus progenitores, produce en GV un ansia de situaciones sólidas en las que no pueda repetirse la tragedia española. Asimismo, el trauma de sus padres genera en GV un fervor defensivo hacia las instituciones democráticas, que el sujeto juzga podrían verse lesionadas por influencias políticas contrarias. GV condena mayormente las posturas extremas y se rebela contra la ultraderecha y la ultraizquierda.

Si la política de la Organización se viera teñida, en lo futuro, de influencias extremas, GV las condenaría en su interior, aunque esa actitud crítica no le llevaría a la traición. En 1978 se agudizará su ansia de conocer las raíces familiares en España.

En 1979, su sed de conocimientos del pasado gravitará poderosamente en la balanza de su espiritualidad, y cabe garantizar con un 95% de probabilidades que vencerá el universalismo al nacionalismo. En tal momento, su angustia por el destino del planeta será superior a su nostalgia de España y asimismo de su devoción a los Estados Unidos. La evolución avanzará sin crisis.

El sujeto sublima en exceso la belleza física del sexo contrario. Este idealismo puede acarrearle, situaciones conflictivas.

Su amor a la Humanidad toda cederá el paso, ante las circunstancias, a un sentido más duro y realista de las posibilidades.

De 1980 a 1983 (Edad: 29 a 32 años): Una fase de fatalismo apocalíptico se percibe en 1980-1981. Etapa llena de peligros. Crisis

religiosa. Síntomas de inestabilidad emocional. Pasajero declive biológico. Hepatitis. Dificultades renales.

En 1982-1983 aparecen superados los traumas y se perfila un futuro equilibrado. El péndulo del cambio puede llevarle a posturas que antes rechazó, posturas situadas fuera del campo centrista y moderado. Puede abrazar principios ultras.

De 1984 a 2005 (Edad: 33 a 54 años): Lenta, insensiblemente la madurez irá acusando el avance de la vejez destructora. Retroceso sexual. Peligro de arteriosclerosis. Hacia el año 2004 riesgo de desprendimiento de retina en ambos ojos y posibilidad de ceguera.

Inestabilidad emocional. Pérdida de ideales. Escepticismo y autodestrucción (la típica en Escorpio) con inclinaciones al suicidio.

CONCLUSIONES: La Organización puede servirse de GV con elevado margen de confianza en sus dotes durante los años 1977-1979. En ellos la curva de vitalidad se hallará en su apogeo.

El equipo que firma este análisis sugiere la conveniencia de rehacerlo a comienzos de 1980

Decir que George se quedó perplejo después de la lectura, no sería expresar completamente su estado de ánimo; mientras iba leyendo, pasaba de la fascinación y el asombro a las náuseas. Al fin abandonó la ficha sobre el despacho y dio algunos pasos, taciturno, por la habitación. Los ruidos callejeros llegaban hasta allí muy apagados.

Luego leyó la ficha de Katia Prat. No advirtió nada que no supiera. La información resultaba esquemática, con algunos errores. La ficha de Carrasco no contenía mayor acumulación de datos. Tampoco el teletipo. Antes de partir saludó, una por una, a las siete personas de la antena. A cada uno de los colaboradores les tomó la mano con afecto y gravedad, y a cada uno les hizo alguna que otra pregunta, y les reservó, a su vez, observaciones personales. Tratólos con deferencia y autoridad, con respeto y esa franca sonrisa en la que no hay asomos de timideces ni vacilaciones. Todos ellos se le mostraron lúcidos y responsables.

—¿Ha llegado ya mi esposa? Me llamo Eduardo Cano, Tome mi DNI…

El empleado cogió el documento y no respondió, sino que

atendió primero a tres turistas gallegos que aguardaban desde hacía rato; solamente luego contestó a la pregunta.

—Su esposa, señor, ¿se llama Eulalia Sánchez? —dijo el hombre, bajito y canoso, a la vez que miraba un DNI del cajoncito de llaves —. Pues su esposa acaba de llegar y ha pedido la cena. ¿Se la servimos en la habitación a usted también? —Y como viera que George asentía a todo, preguntó—: ¿Desea algo más?

Tras tomar la llave, corrió hacia el ascensor, mientras le gritaba:

—¡Sírvame la misma cena que a ella, y traiga dos botellas de champaña!

—Bien, señor… Le devolveremos el DNI mañana por s la mañana…

El ascensor le trasladó al cuarto piso empleando un espacio de tiempo desmesuradamente prolongado. ¡Al fin, y le pareció que jamás llegaría el instante dorado, llamó en la 437!:

—¿Estás ahí, cariño? —brevísima pausa y luego—: ¿Estás ahí, cariño? La puerta se abrió de par en par, con estrépito, y apareció Katia, esplendorosa y feliz, bellísima en su pijama nuevo, rosa claro, el cabello llegándole hasta los hombros…

VI

CARA A CARA CON ANTONIO CARRASCO

—Eres inefable, mi pequeño George.

Y Katia se carcajeaba, tendida sobre el césped, acariciando la cabeza del hombre que descansaba en su regazo; y él, que había mirado varias veces el reloj y le parecía que ya era hora de largarse de aquel campo de golf, le preguntó la causa de su risa.

—¡Estás ausente, no me escuchas! Te lo he dicho dos veces…,

—¿Sabes que han dado las tres y media…, y que tengo hambre?

—¡Qué obsesión por la comida! Has desayunado como un rey… Habrá que marchar de todos modos porque si los jugadores se nos aproximan, nos darán a entender con su enfurruñada actitud que estamos pisando su propiedad y que no tenemos ningún derecho. ¡Qué asco de mundo capitalista! —Y tras breve pausa, repuso—: Me reía, y con ésta es la tercera vez que te lo cuento, porque eres inefable. Visitas tu antena con el propósito de saber, y te vienes sin averiguar los dos puntos básicos: la intención de la Central acerca de Carrasco…

No prosiguió. Con las dos manos apretó violentamente las mejillas de George hasta hacerle daño, y al oír sus quejas soltó otra carcajada, no ruidosa, pero sí amplia, prolongada, dichosa, que hizo tambalear y agitarse su talle, y entornó aún más sus ojillos.

—¿Sabes lo que te digo? Pues una de dos: o que desprecias la vida, o que tu profesionalidad admitiría ciertos reparos. Caben, no otras explicaciones, mas sí un par de atenuantes: la primera sería que por la atracción que te inspiro has perdido buena parte de la autoprotección, y la segunda sería… —se calló repentinamente.

Los dos se incorporaron y dieron algunos pasos, medio mareados, hacia el coche, al pie de varios pinos, a salvo de los rayos solares. Al fondo, hacia el Nordeste, se divisaban las cúpulas altas de Tarragona.

—La segunda, George, es una alternativa que a los dos nos hace estremecer; no quebremos pensar en ella, no inconscientemente, sino deliberadamente. ¿O serías tan incauto como para excluirla?

—Dila —exclamó George poniendo el coche en marcha.

—¿Por qué debo decir lo que ya sabes?

—No creerás que quiero grabar en algún magnetófono oculto…, ¿verdad?

—¡Tonto…! —y cuando el coche avanzaba por la carretera, hacia la autopista general, agregó—: Sé más cauto. Utiliza lo que te enseñaron.

—Quiero que me digas lo que ya sé. Me gustará saber qué palabras eliges… ¡Te lo suplico!

—Eres más tonto de lo que imaginaba. Por cierto… ¿Sabes que en no pocos centros de planificación de operaciones hay al frente mujeres, ¡no hombres, sino mujeres!, y que ellas son capaces de maquinar con mayor… profesionalidad? Tú, por ejemplo, eres más inteligente que yo, y a la vez diáfano. Mis intrigas resultarían de inferior calidad a las tuyas, eso es cierto; ahora bien, yo tendría el don o la ventaja de resultarte indescifrable.

—¿Vas a largarme el rollo de lo que te aterroriza?

—Perdona… —se cruzó de brazos y antes de hablar observó cuidadosamente las próximas reacciones de George—. Ahí va: los dos sabemos que existe la posibilidad de que a la Compañía le convenga exterminar a Carrasco y se sirva de ti sin habértelo ordenado expresamente. Te estaría, en ese caso, manipulando. Lo único que debía hacer era introducir en tu ánimo la motivación y los medios… Lo demás, pura tramoya. Ya está: ¿lo he dicho con tus propias palabras?

Cruzaron a la vera de un restaurante aislado, contiguo a una gasolinera. Se miraron. Ella movió negativamente la cabeza. Él prosiguió:

—Varios cabos no encajan… —replicó George—. ¡Claro que pensé en eso, pero sería incoherente!

—¿De veras? Piensa antes de responderme que yo, querido, no te hago preguntas; tan sólo te sugiero hipótesis.

—Katia…, ¿de verdad imaginas que podría recelar de ti?

—Creo que el 70 por ciento de tu corazón confía en mí, mientras que el 30 por ciento restante no duda ni desconfía: está en blanco; y

que el 80 por ciento de tu mente me rehúsa y tan sólo el 20 por ciento de tu cabeza me ofrece asilo en tu interior. ¿No conoces ese adagio que dice: «Nadie puede hablar bien o mal del día hasta que haya pasado»? Tú y yo sabemos sin ningún género de dudas que a pesar del supuesto amor que nos profesamos, los dos estamos expuestos a circunstancias, no gobernables ni previsibles, que puedan obligamos a proceder el uno contra el otro.

—¿Temes, quizás? —Y George fue deteniendo suavemente el coche, hasta pararse, a la derecha, dejando libre el paso a otros autos que venían aprisa—. Dime: ¿temes que yo pueda espiarte, manipularte, intoxicarte…, o quitarte la vida?

—Ayer esta pregunta me hubiera hecho llorar, y quizá te hubiera arañado; hoy, te lo juro, me gusta que plantees el dilema… Porque —se miraron los dos— quiero llegar al fondo del saco. Quiero que me pongas a prueba, incluso me gustaría que llevases tu detector de mentiras. Pero más que mi cobertura ante ti, me interesa que veas con claridad la inmensa probabilidad de que en tus Servicios centrales se pretenda manipularte para destruir a Carrasco. Medios o estratagema: todas tus amigas son comunistas, no sólo Laura, sino las demás, ya sabes; tus padres fueron republicanos en la Guerra Civil, y por tanto sospechosos de prosoviéticos; en tu coche abundan las revistas con la hoz y el martillo, y ahora confraternizas con cierta muchacha llamada Katia Prat, al servicio de la KGB. Prueba definitiva: las cartas de Paco Girbal te fueron entregadas justo cuando Carrasco se instalaba en Tarragona, y Pedro te facilitó la información que pudieras necesitar para localizar al enemigo de tu familia. Todo encaja: tú eliminabas a Carrasco, y los hombres de éste te mataban a ti. Para las autoridades españolas era el pugilato entre un miembro de la extrema derecha y un tránsfuga norteamericano que había abrazado la extrema izquierda. ¡Con decir luego la Embajada que desconocía tu existencia, asunto concluido! Supongamos que no te mataban; bien, en ese caso, la Compañía había operado a salvo de riesgos. Entonces Langley podría elegir entre condecorarte o desplazarte a otra base.

Cruzaron ante el «Restaurante Manelic», contiguo a la granja del mismo nombre, y George aparcó delante del ventanal neogótico, de forma que pudiera desde dentro ver el auto. Ella salió presurosa y

se colocó a su lado.

—Incluso esa trágica dolencia y la propia partida de William Stevens podría formar parte del truco para inducirte a pensar que podía emprender sin frenos tu persecución; y que podrías tomar de tu antena cuanto necesitaras para la masacre… ¿Qué certeza te cabe de que tu ex jefe padece tumor maligno? Las personas de la clínica a las que consultaste, ¿recuerdas?, pudieron haber sido previamente sobornadas. Incluso las cartas de Paco Girbal… ¿qué les impedía haberlas fabricado con la ayuda de expertos grafólogos, a fin de acrecentar con ellas tu furiosa ansia de exterminio? Fíjate bien, sólo en apariencia te habrían negado su ayuda u orden de disparar…, tras pedírtelo antes.

Los dos caminaban despacio, bostezando y desperezándose; él se miraba los zapatos con singular insistencia y ella le observaba a él la cara.

—¡Un solo fallo, divina Katia! ¿Qué motivos podrían albergar los míos para desear que yo hiciera descender a Carrasco en alguna sepultura de la inmortal Tarraco?

—¿Motivos? —gritó ella, sacudiéndose la cabeza—. ¿He oído bien…?

—Sí, mi dulce y malévola Katia, mo-ti-vos!

—Los conoces de sobras o los sospechas… ¡George, no digas que no!

—¿Vas a repetir la vieja canción? Que a la Casa Blanca le convienen los debilitamientos y crisis en la joven democracia hispana, para que, teniéndola débil, pueda manipularla mejor y acaso introducirla en la NATO. O sea: nosotros la desembarazaríamos de sangrientos ultras, ¡supuesto que pudiésemos!, y la Moncloa nos guiñaría un ojo. ¡El imperialismo por vía de pactos y chantajes! Ése es el más absurdo y gastado clisé. Piensa en algo mejor… ¿No querías almorzar? Pues entremos. ¿Por qué me miras con esta cara?

—¡Aguarda, yanqui! ¿Es posible —replicó ella con ademanes de incredulidad—, es posible, dímelo, que desconozcas la causa?

Estaban a dos pasos del umbral del restaurante, que no era sino una vieja masía convertida en casa de comidas de rústico y campesino porte. El lugar, por fortuna más bien solitario, no carecía de encanto. A la vera del pozo dos ruedas pintadas de rojo y, a

continuación del inmueble, el gallinero convertido en aparcamiento, a la sazón sin coche alguno. Después álzase el edificio «Granjas Manelic», pintado con cal, de forma rectangular, larguísimo.

—¡George! Carrasco anduvo operando desde otra antena; fue enlace en San Sebastián. Enlace… *¡de la Compañía, claro!* ¿Y es posible, ¡santo Dios!, que lo ignoraras? Se le catalogó como tránsfuga. Si no lo sabías, debiste sospecharlo; no seas cándido… Y que ese dato no figure en la ficha que leiste en tu antena corrobora mi hipótesis de que te manipulan. ¡Carrasco estuvo en posesión de multitud de secretos! Ahora comprenderás la urgencia de William por borrarlo del mapa… Un sujeto así constituye para tu país el riesgo de constantes sabotajes. A nosotros se nos ofreció… y sin duda que para intoxicarnos, y le rechazamos, aunque no sin dialogar y tratar de exprimirle el buche. En fin, ya conoces ahora el paradero del sujeto y qué hace. ¿O también se te ha ocultado?

George había palidecido y disimulaba su temblor. Tomó a Katia del brazo y entraron, aunque maldito el apetito que le quedaba. ¡Esa zorra lo sabía todo! ¿Y qué había en ello de extraño si llevaba dos años de incesantes actuaciones, en tanto que él procedía de la *academia* con el lastre de tres meses como *durmiente*? Su debilidad había de relevarse lógicamente enorme, y así debía de ser porque de otro modo no habría resultado idónea presa para los planificadores de la Central. Cuanto más lo meditaba, más verosímil se le perfilaba la hipótesis de Katia. El mismo nombramiento de ejecutivo y cerebro rector en la antena barcelonesa, ¿qué era sino parte del plan? Pues de no ser así, Langley hubiera colocado en su puesto a alguien curtido y con lustros de experiencias. Para evitar sospechas, la ficha PP de excepcional brillantez. ¡Todo mentira! Manipulación.

Fue tras los postres, al servírseles el café, cuando Katia tuvo la inspiración: del aeropuerto de Reus despegaba un «DC-8» con destino a Ibiza hacia las 5,30 de la tarde. ¿Por qué no pasar en la isla dos jornadas? Y al salir y meterse ambos en el coche, ella redondeó su pensamiento:

—¡George, George! Puesto que los dos estamos locos y vamos a labrar nuestra ruina, ¡hagámoslo con fantasía! —Y cuando el vehículo hubo arrancado, la joven añadió—: Te consta que somos inconscientes y suicidas, pues a estas horas ya se nos estará

vigilando, pero en Ibiza podríamos resolver nuestro futuro, hoy o mañana, y de cualquier modo, no más tarde, por cuanto entre el 22 ó 24 de este mes, los tuyos y los míos nos habrán planteado respectivamente preguntas muy concretas… Nos quedan, pues, cuatro o cinco días de incontrol y libertad, y luego…, o volvemos al redil o nos fugamos. Antes, años atrás, cuando se operaba en el extranjero, el agente podía engañar a los suyos; a falta de informaciones sustanciosas, se podía inventar peligros u operaciones, y con suerte no pasaba nada. Ahora, con los malditos detectores de mentiras o con el suero de la verdad y otras gaitas, resulta difícil embaucar a los de arriba. A todo esto, ¿qué haces, George? ¿Por qué tuerces a la derecha…?

—¡A Ibiza, vamos a Ibiza! —gritó George, y ella le abrazó y besó.

Próxima al aeropuerto, había una masía a medio derruir. Con la total certeza de que nadie les había visto ni seguido, dejó él allí el coche, tomó el maletín y al poco se encaminaban al aeropuerto. Y una hora después volaban hacia la isla balear, a la que llegaron antes de extinguirse la tarde del domingo, y con tiempo sobrado para pasear y maravillarse con aquel remanso de paz único en Occidente. Recorrieron detenidamente el castillo de Ibiza, y al anochecer, exhaustos, gratamente exhaustos, se hicieron servir la cena en la amplísima terraza de la habitación, en el más alto piso del hotel, desde el que se dominaba la bahía de la urbe con su puerto. El panorama era sencillamente hermoso; los murmullos de conversaciones, gritos, cánticos y música llegaban allí amortiguados, y poco a poco se fueron diluyendo, vencidos por la noche.

—Mañana hay un avión para Sevilla; sale por la tarde. Bien, lo tomaremos y antes de que anochezca habremos adoptado una decisión. Lo único que nos sobra es dinero. En el viaje Sevilla-Tarragona, también en avión, mañana por la noche, tú y yo habremos puesto en claro nuestras vidas… ¿Conforme?

—¿Cómo no voy a estarlo? —Y al decirlo, Katia se sentó sobre las piernas del hombre y se acurrucó entre sus brazos, al tiempo que le besaba.

—Hemos hablado mucho, y sólo de mí —prosiguió George—. Ahora me dispongo a escucharte. Quiero saberlo todo de ti.

Estudios, amigos, familia, viajes y, sobre todo, un par de cuestiones: ¿cómo demonios fue que te metiste en esto? Cuéntamelo con detalle. Y también…

—Continúa.

—Y también el cómo y el cuándo de la pérdida de su virginidad. ¿Cuántos hombres ha habido en tu vida? —preguntó George con indisimulado reproche.

—Bien. ¿Me dejas que empiece por el principio?

Él asintió con la cabeza. Como quiera que había refrescado, Katia entró en la habitación y volvió con dos mantas, con las que se envolvieron, entrelazando sus piernas, sentados ambos en el sofá doble, el cual poseía forma y movimiento de columpio.

—Ya te dije el primer día, que me licencié en Ingeniería el 5 de julio de 1972, a los veinte años de edad. Por ser hija única y con notable aptitud para el estudio, me vi siempre muy mimada por mis padres y profesores. Y el ser más bien agraciada —se rió con coquetería— me trajo problemas… Mi padre fue catedrático de lenguas románicas en la Universidad de Moscú, y mi madre trabajaba en las oficinas de una firma automovilística. Todos trabajábamos o estudiábamos. Nos veíamos poco. Sólo los domingos. Éramos una de esas familias de ruidoso optimismo, hasta que mi padre sufrió un ataque cardíaco, en 1968, y desde entonces se vio obligado a laborar sólo media jornada. Nos gustaba viajar… Recorimos Ucrania, Mongolia, toda la Rusia Blanca, desde el Polo Norte hasta el mar Negro. A mi padre le encantaba la lectura; su autor ruso preferido era Alexis Tolstoi, y de aquí Salvador Espriu. A mi madre y a mí nos hechizaba la música rusa del XIX y XX. Nuestra pasión por los viajes no podía colmarse con el panorama de los países de la URSS ni de las naciones socialistas del Este. A mí me obsesionaba el Occidente europeo, mayormente España. En el fondo me sentía ferozmente española. De modo insensible, no guiada por mis padres, sino por mi propia evolución, centré mis pasos y mis afanes en conocer la tierra catalana con sus gentes, su lengua, su cultura, su historia, y al fin me descubrí más catalana que el propio Tarradellas. Aprendí a bailar sardanas, leí a todos los autores del Principado y ahora me tienes con el dilema de preferir Barcelona a Moscú; y digo dilema porque allí están mis padres, y en virtud de mi juramento de entrega a la KGB ignoro qué podría ocurrirles a

ellos si yo desertara… Lo mismo que tú. Es una cuestión de honor y dignidad, también.

—¿Qué misión te confiaron los tuyos en lo que a mí respecta?

—Facilitar tu misión de acabar con Carrasco. Porque en más ocasiones de lo que imagina la gente, los intereses de tu país y el mío coinciden. En realidad, George, lo que ambos hemos hecho no entraña desvío o traición, y entra, por el contrario, en el cálculo de lo previsible y aun deseable para ellos. Ahora bien, lo que nuestros respectivos amos no podían sospechar o no deseaban en modo alguno es que confraternicemos y que nos veamos tentados de abandonar cada uno su sede. Esto no lo sospechan, pero no tardarán en deducirlo y saberlo. Para nuestra personal seguridad, y déjame que piense en voz alta y con feroz egoísmo, deberíamos liquidar a Carrasco… Pues si le exterminamos, podríamos darnos a nosotros mismos cierto respiro durante quince días en lugar de los cinco o siete que nos quedan. ¿Me sigues? —Paróse de repente y repuso, alarmada—: ¿O es que se te apagó el fuego interior y ya no necesitas su desaparición?

Uno y otra se miraban fijamente, en la casi oscuridad de la terraza, con el fresco marino en ascenso. Las lucecitas del puerto parecían temblar de frío.

—¿Qué importa, Katia, lo que yo desee, pueda o quiera? Por encima estás tú, y necesito que te vacíes… enteramente, ¿comprendes?

—Perdóname…, George —Y le besó con ternura en ambas mejillas—. Todo esto es horrible. Y pensar que mi ilusión era la Ingeniería…

—Y la mía las Letras y la Política… Prosigue, por favor.

—Oh, sí. Entré en la Organización el 7 de setiembre de 1972. Durante tres años recibí intensivo adiestramiento en materias similares a las tuyas, y el 8 de diciembre de 1975 entré en este país. Se me encomendaban tareas de poca monta; de enlace, análisis de cuestiones, interpretación, encuestas, contactos. De mero auxiliar. Comencé en Galicia, luego a Euzkadi, después a Madrid, y a continuación Valencia y Cataluña. Mi grupo opera en Tarragona; ocho directivos y doscientos y pico de colaboradores. Operaciones análogas a las vuestras; o sea: información, presión, análisis. ¿Entiendes? Hasta que en febrero de 1978, hace un mes

aproximadamente, fui ascendida a sub secretaria, o sea, la cuarta de la red, y se me confió el control de los ultras españoles que operan en Tarragona, y mayormente en tomo a las centrales nucleares y, en fin, sobre el conglomerado de las fuentes de energía. Y a comienzos de marzo nos llegó de la Central el encargo de colaborar con la Compañía en el asesinato de Carrasco. De allí nos vino la información sobre ti y tus padres, tu tío Paco Girbal, Herbert MacCarter y Antonio Carrasco. La estratagema fue concebida por mi jefe en Tarragona, caucasiano él y de portentosa imaginación; un fuera de serie. Yo debía ser la ejecutora del plan. Tengo carta blanca. Dispensa, George… ¿No tienes frío? Serán como mínimo las doce y media. Bien…, esto es todo, si no quieres saber algo más.

Mientras se metían en la cama y él la besaba en el cuello y en los senos, pues ambos se habían desnudado, ella susurró al oído de su amado que fue él quien la penetrara por vez primera. «Es decir —rectificó con amargura en la voz—, el segundo; el que te precedió fue Iván, obseso sexual y paranoico, que me violó a los 17 años».

El amor fue para la pareja un ansia de futuro, el cascabeleo espiritual de dos medias naranjas, la liberación del miedo recóndito y el encuentro con la tierra patria. En ella fue también el flujo de tiernas lágrimas y el ondear en la penumbra; para George era el reencuentro de algo que perdiera en la niñez, mezcla de música relampagueante, chopos húmedos, riente primavera, ingenuos cánticos y el presentimiento de algo nuevo y lejano.

Cuando Katia despertó, se encontró sola en el dormitorio; el sol gozoso se adentraba furtivo por entre la persiana ligeramente alzada. *¿Dónde estoy?* En fracciones de segundo, el pensamiento voló desde un confín al otro de Europa: ¿Luego, Ulán-Bator, Durango, Moscú, Poblet, Astrakán, Madrid, Murmansk, Algeciras, Sajalín, Badalona, Ashabad, Tarragona, Cracovia, Valencia, Praga, Volgogrado, Tenerife, Leningrado, Berlín Este, Gerona, Gorki, Alicante…? ¿Dónde, dónde…? *Estoy en Ibiza.*

—¡George…!

Le llegaba el aroma de las ensaimadas recién cocidas y la del café con leche, y los ruidos del trasiego típico de los hoteles con su interminable cerrar y abrir habitaciones, junto a las frases impersonales del quehacer cotidiano. La muchacha sintió al caminar hacia el baño —solitario— que las piernas se negaban a sostenerle.

Ten cuidado con los hombres, hija, no seas cándida, no te fíes, ya ves lo que te pasó a tus 11 años, piénsalo bien antes de entregarte, no seas boba, abre bien los ojos; aunque en la Organización te hayan enseñado trucos y picardías, el demonio anda suelto. Pero, madre, ¿cómo puedes siquiera imaginar que «aquello» pudiera repetirse? *Hija, lo que no pasa en cien años, pasa en un día. Todos tenemos una hora tonta; los peligros abundan, y nunca me explicaré por qué te has tenido que meter en ese trabajo*. Calla, madre, calla. *Los hombres siempre están a punto; cuando te vengan con halagos y zalamerías, desconfía*.

Se duchó con agua natural, como siempre lo hacía, tanto en invierno como en verano, y vistióse con prisas y al fin —extrañada de no haberlo hecho antes— miró el reloj: las 9,25 horas del lunes 20 de marzo de 1978. *Cumple con tu deber, Katia, sé disciplinada, y no pierdas jamás el norte; prefiere la frialdad en todo*. Soy realista, padre. *Olvida el romanticismo, un comunista se atiene a los hechos*.

Katia no osaba formular hipótesis para justificar la ausencia de George. Ya vestida, tomó asiento ante el tocador y se contemplaba con ese agudo espíritu crítico con que las mujeres saben enjuiciar sus encantos físicos. *Hay frescura en tu belleza, hay lozanía. Eres irresistible.*

—Demasiado sagaz y astuta, demasiado rumiadora y analítica, demasiado audaz en tus conclusiones —le decía una voz interior—. Y eso asusta a los hombres; ellos prefieren un poco tontitas a las mujeres, y con más *charme* que intelecto. Aunque…, tu George puede haberte abandonado por otras razones, ya sabes…, ¿o no te lo quieres confesar a ti misma?

Oleadas de frío y calor anegaban alternativamente su ser. Estuvo esperando ante el espejo, mirando sin ver, hasta casi las 10 horas, pareciéndole ese tiempo un espacio infinito. Hasta que de pronto, oyó un ruido en la cerradura… Se abrió la puerta y apareció George.

Un faquir en pleno trance no hubiera mostrado ojos más brillantes, como de alucinado o enfermo, que George en aquel instante. Tanto era así que Katia olvidó al punto sus aprensiones, y gritó enajenada el nombre de George. Había en él esa sonrisa

esotérica del que acaba de descubrir algo insólito. Con gesto febril, atrajo George a la joven y en lugar de abrazarla o besarla, como suponía ella, la aproximó a su rostro, fijando en sus ojos los suyos con tal intensidad y en silencio que ella se estremeció profundamente y se apartó de un salto, pálida y temblorosa.

—¡Katia, ya sé lo que hemos de hacer! Lo he visto con claridad, lo sé.

—¿Qué te sucede y dónde… has estado? —dijo ella balbuciente.

—¿Te he asustado? —preguntó George, guaseándose.

—¿Te encuentras bien?

George se arrojó a la cama de cabeza, púsose luego de pies sobre ella y comenzó a dar brincos, hasta acabar riéndose, mientras Katia le contemplaba con asombro.

Él la tomó de una mano y se sentaron en la terraza, como anoche.

—Nada absolutamente es más importante que tú y yo; prefiero un minuto a tu lado que toda una eternidad sin ti.

Fue entonces, no antes, cuando la tensión nerviosa halló su válvula de escape, y la muchacha se deshizo en un mar de lágrimas. Tardó medio minuto en contenerse. George la acariciaba en silencio, conmovido. Ella se secó el rostro, avergonzada, y pidió disculpas. Parecía una chiquilla a la que se ha encontrado en falta ante su profesor. En aquellos instantes se estaba maldiciendo, y se odiaba por no haber sabido sacar mejor partido de las duras y a la vez sutiles enseñanzas durante el aprendizaje para aquel oficio.

—Ya soy dueña de mí misma; perdóname… —Tenía la voz quebrada.

—¿Sientes lo que yo siento?

Katia le besó con tierno fervor, en silencio —a punto de llorar otra vez— y luego afirmó con la cabeza.

—Perfectamente. Entonces vas a oír mi plan. Vamos a engañar a nuestras respectivas centrales diciéndoles la pura verdad. Tú dirás que me has seducido, y yo comunicaré que eres mía. ¡La verdad! Y con ello estaremos a salvo de los detectores. Para redondearlo, no me cuentes más que lo que tenías previsto contarme. Ahora bien: tendremos buen cuidado de apuntar que se trata no de una infiltración, sino de la primera fase, un poco incierta, de aproximación o tanteo, y que en lo erótico hubo entre ambos

acuerdo. Entonces, a los dos se nos otorgarán ciertos poderes o licencias para redondear lo que ellos, unos y otros, esperarán que sea la completa captación. Como comprenderás, las fases de aproximación pueden absorber largo tiempo… —y George se sonrió malévolamente—; y entretanto nos convendrá a los dos respetar cierta ley: No discutamos de política internacional, no intercambiemos técnicas o secretos, no abordemos la posibilidad de trocarnos en tránsfugas porque a mí no me apetecen los traidores y a ti tampoco; y que nuestros diálogos se ciñan al amor, familia, pasado, cultura, arte, filosofía, sociología, antropología… ¡y no pasen de ahí!

George esperaba que en el rostro de ella brotara la sonrisa de aprobación, y sólo hubo la mueca que parodia la sonrisa.

—¿Qué te ocurre? ¿Te pones igual que el tiempo? —dijo él.

A sólo tres días de distancia de la Semana Santa, la meteorología había empeorado y se anticipaba o se preparaba para sumergirse en esos cinco días sin sol ni viento o lluvia, como si algo en la Naturaleza se hubiera roto.

—Como solución para algunos meses, no niego que es ingeniosa; pero al principio creí que ibas a ofrecerme algo definitivo… y heroico.

—¿Estás loca? ¿Pretendes que tus padres y los míos se vean en apuros?

Y George mostró su cartera, de la que extrajo una foto de sus padres, en cuyo dorso había la siguiente frase de su madre: *Qui dia passa, any empeny*, que Kaita leyó con fugitiva luz en su faz.

George había imaginado la segunda etapa del plan, pero no se la participó a ella para su propia seguridad. La segunda etapa consistía en simular que se tomaba parte o que se era fortuita víctima de un sabotaje con fuerte carga de explosivos, y que uno de ambos, o los dos, perecían en él, con total desaparición de los cuerpos. Luego les sería fácil, merced a cirugía estética, mudar la expresión del rostro. Quedaban las huellas dactilares… y el escollo no resultaba fácil. Ahora bien, si se practicaban trasplantes de órganos, ¿por qué diablos no se podían también trasplantar las huellas de alguien?

Por la tarde recorrieron detenidamente la isla en autocar, y al atardecer volaron hacia Sevilla, en donde pasaron la noche del lunes. Sevilla era demasiado bocado para una sola jomada, la del

martes 21 de marzo, y apenas pudieron saborear las mil y una sugestiones de tanto duende y magia como atesora la urbe, y al atardecer, en otro vuelo, se hallaban de nuevo en Tarragona.

—Mientras tú te entrevistas con los de tu antena, esta mañana, miércoles, yo me veré con mi contacto —dijo Katia, compungida—. ¿Nos veremos esta tarde aquí?

—Aquí, no; en otro lugar: justo en la «Pensión El Lobo», Lepanto, 29.

Ella frunció las cejas.

—¿No eres dichosa, Katia? —preguntó él, radiante.

—¡Eres un niño!

Ante un problema derivado por la infiltración o la manipulación, existen en la técnica del contraespionaje tres viejas tácticas: 1.°, neutralizar al intruso: destruir los micros o darle a entender, con más o menos brutalidad, que su combate solapado ha sido detectado, y con ello cesa el «juego»; 2.°, intoxicar al enemigo, utilizando sus micrófonos ocultos o a sus agentes para enviarle información falsa y encaminada a suministrarle erróneas pistas o datos engañosos; 3.°, seguirle al adversario la corriente, hacerle creer que uno ignora haber sido captado y facilitarle, como antes, informaciones fidedignas —o semifidedignas— al objeto de conocer por la misma fuente, el dueño y motivos del citado micro o el espía infiltrado, y determinar luego los ardides y la metodología usados para aquella infiltración. ¿Cuál de las tres tácticas iba a emplear George con los diversos niveles de la Compañía? La tercera, por supuesto, aunque con la natural cautela, una doble cautela, pues bien pudiera ocurrir, no que Katia engañara a George —aunque todo cabía en la viña del Señor—, pero sí que la misma Katia estuviera siendo manipulada en un cien por cien, y no —como ella suponía— al 80 por ciento. Es decir: cabía la hipótesis de que su amada conociera sólo ciertos hechos y que ignorara otros, y cabía que el conjunto de cuanto se le había revelado contuviera algunos elementos falsos o sólo incierta la perspectiva. En cuyo caso ella estaría incentivando a George, inconscientemente, hacia actuaciones desventajosas para éste, y de rechazo para la Compañía. Digámoslo de otro modo: El trato otorgado a George Vargas desde las altas esferas de Langley pudiera inscribirse en lo correcto, y ser Carrasco un enemigo aunque no corrosivo y sin razones

personales… ¿Cuál era la verdad…, o podría ésta ser conocida sin baches? ¿No sería —cual ocurría a menudo— esa verdad tan enmarañada que escapara al control de todos, y que cada cual poseyera su *versión*?

Para situaciones extremas, los jefes de estación o antena podían servirse de sus respectivos satélites espías —los «Cosmos» de la URSS, y los «Samos» y «Midas» de los Estados Unidos— para formular preguntas urgentes —algo similar al conocido *teléfono rojo*, pero en este caso apto solamente para los profesionales de la Información— y en tales ocasiones la respuesta llegaba con la misma celeridad. Pues de lo que no cabía dudar era de lo supremamente elevados que rayaban los niveles de conocimiento (global y minucioso) de la Central. Pues bien: ¿no se encontraba él en una situación límite? Se serviría, pues, de los satélites artificiales para conocer: 1.°, más información sobre Antonio Carrasco, y la actitud de la Central sobre el sujeto; 2.°, el estado de salud de William Stevens; 3.°, personalidad de Katia Prat Segura, nacida en 1952 en Moscú. Encargó de la operación al radiotelegrafista Sebastián Fraga Auger. Y la respuesta llegó con extrema prontitud.

GLOBO 3, 22 1978

A PÉREZ

MUNDI YO-ENW

VÉASE INFORMACIÓN ENTREGADA EL 13-12-1978. COMPLEMENTAMOS: N. CEUTA 1911. PARANOICO. ULTRA. ADVERSARIO SENTIMENTAL DE FAMILIA VARGAS-GIRBAL. DETERMINO EXTERMINIO DE PACO GIRBAL. SUPONE QUE G. V. MILITA EN EL PCE, Y DESEA SU LIQUIDACION. PARA NOSOTROS DEJO DE SER CORROSIVO. NO TENEMOS MOTIVOS PARA DAÑARLE. ESTIMAMOS SIN EMBARGO QUE SUPONE INMINENTE PELIGRO DE VIDA PARA G. V. SUGERIMOS: EVITARLE. EN CASO EXTREMA PELIGROSIDAD, DENUNCIARLE A LAS AUTORIDADES ESPAÑOLAS COMO DIRECTIVO DE ORGANIZACION CLANDESTINA.

11.34 H. MANUFACTURAS RICASENS, S. A.

GLOBO 3, 22 1978

A PÉREZ

MUNDI YO-ENW

AYER 21 FALLECIÓ EN SU DOMICILIO VICTIMA DE ATAQUE CARDIACO WILLIAM STEVENS. PROCESO CÁNCER AVANZADO ESTADO. ENTIERRO PREVISTO PARA HOY 22 A 17 H. HORA LOCAL.

11.34 H. MANUFACTURAS RICASENS, S. A.

GLOBO 3, 22 1978

A PÉREZ

MUNDI YO-ENW

KATIA PRAT SEGURA N. 1952 PADRES ESPAÑOLES EXILIADOS EN URSS EN 1939. INGENIERO. EN LA ORGANIZACION DESDE 1973 ó 1974 (K). INTELIGENTE, POLIGLOTA, MIEMBRO DEL PCUS. OPERA COMO ENLACE EN TARRAGONA, DESDE 1976. DISPONE DE RED NUMEROSA Y AGIL. ENVIAMOS FOTO POR MEDIOS HABITUALES. SU JEFE ES FEDOR STAVROGUIN; 53 AÑOS, EN ESPAÑA DESDE 1974, Y ANTES EN MÉXICO DURANTE 1962-74. HOMBRE EXPEDITIVO DE SINGULARES DOTES IMAGINATIVAS. SOSPECHAMOS INTIMAS RELACIONES ENTRE KATIA Y FEDOR. FEDOR HABLA CASTELLANO Y CATALÁN, Y SE HACE LLAMAR ROSENDO LLAVERÍAS TODA. EN 1977 SOLICITO EMPLEO EN ESA ESTACION. SOLICITUD RECHAZADA. CARÁCTER DE KATIA: LUCHADORA, TERCA, IDEALISTA. MÁS ESPAÑOLA QUE RUSA. SI NO VIVIERAN ALLI SUS PADRES (EN CCCP) PODRIAMOS PENSAR EN SU CAPTACION. SU PUNTO FLACO: RAICES CATALANAS.

11.34 H. MANUFACTURAS RICASENS, S. A.

GLOBO 3, 22 1978

A PEREZ

MUNDI YO-ENW

JEFES DE ANALISIS JUZGAMOS A LA VISTA DE LAS CONSULTAS PRECEDENTES QUE NUEVO JEFE SE MUESTRA ACTIVO Y QUE ORIENTA SUS PASOS INICIALES EN EL ÁREA DE TARRAGONA. SOSPECHAMOS SUS INTENCIONES. MÁS AUDAZ E IMAGINATIVO QUE SU ANTECESOR. LE DESEAMOS Y AUGURAMOS ÉXITO. HUGH WALLACE ENVIA ENHORABUENA POR TU ASCENSO Y ESPERA PODER VISITARTE EN MAYO. SEGÚN DATOS RECIÉN LLEGADOS DE ESTACION TENEMOS MOTIVOS PARA SOSPECHAR QUE PLANEAN OPERACION SIMILAR DE LEMONIZ EN 18 Y 19 DE MARZO DE 1978 CONTRA C. NUC. ASCO. PELIGRO PREVISTO: ENTRE 25 Y 27 MARZO 1978.

11.34 H. MANUFACTURAS RICASENS, S. A.

De sus conversaciones con el radiotelegrafista Fraga Auger, con Pedro y Ray Wilson, responsable de la seguridad de la base, obtuvo George la certeza de que no había sido controlado. Lo cierto era que la impresión reciente arrojaba cierto vislumbre: que la hipótesis de Katia, según la cual George había sido manipulado para que exterminara a Carrasco —ex miembro de la Compañía—, se contradecía con las últimas noticias. Subió a leer los últimos informes llegados por teletipo —datos que el ordenador-criptógrafo descifraba— y no vio en ellos ninguna pista asimilable, como tampoco en los mensajes registrados en el teléfono.

Antes de salir, telefoneó a uno de sus compañeros de clase:

—Por favor, Rafa, diles a los profes que estoy enfermo…

—¿… de gandulitis aguda? Pero oye, ¿en qué mundo vives?

—¿Qué ocurre? —Y George pensó que aquel día no había leído la Prensa todavía.

—¿No sabes que la Facultad está cerrada? Huelga, chato.

Cuando iba a tomar el coche, tuvo cierta inspiración; mandó a Wilson que le trajera material para varios disfraces, micros, receptores, monos azules y tarjetas-identificación de mecánicos

subalternos de la CTNE.

George ya empezaba a saberse de memoria el trayecto hasta Tarragona; se sabía el número de controles de peaje por la autopista, los restaurantes próximos, la frecuencia de la vigilancia española de la GC y los diferentes desvíos hacia la costa o hacia el interior, tierra adentro. Era el mediodía del miércoles 22 de marzo de 1978. A ratos salía el sol un poco, soplaban débiles ráfagas de componente NO, y luego la calma chicha, el sopor y la tristeza. Pero a George le daba brincos el corazón de puro gozo.

—¿La masía de Rocaguinarda? —El payés, sentado a la vera de su pequeño tractor, miraba con sorna y se rascaba la cabeza—. Eso cae a la otra parte de Tarragona, como si fuera para Castellón…

—*Grácies, bon home!* El coche le llevó, ya hacia las 15 h ante el objetivo: masía de planta y piso rodeada de olmos y sauces, corral de gallinas y patos, varios almiares, dos automóviles, varios perros, alambradas. A la entrada un rótulo: MASÍA DE ROCAGUINARDA. PROHIBIDO EL PASO. CUIDADO CON LOS PERROS. Llamó al timbre y al poco apareció un muchacho de 19 ó 20 años, jersey negro, ampulosa cabellera en torno al rostro de facciones crispadas.

—¿Su nombre?

—Núñez. Averías.

El joven aprobó con la cabeza y lo invitó a seguirle.

Un camino de guijarros, bordeado de crisantemos, y a ambos lados tierras sin labranza, con maleza. Con su mono azul de la CTNE, su boina, la barba densa, gafas, maletín de herramientas y leve cojera, nadie hubiera podido relacionarle con George Vargas; y menos todavía al verle los dientes amarillentos y cariados, el acento andaluz y la propensión a inclinarse, como si sufriera de incipiente deformación ósea.

Ya en la entrada de la masía —desierta, sin mesas ni sillas, sucia —, les cortó el paso un hombre maduro, de gesto huraño.

—La documentación.

—Tenga. —Y George entregó un carnet.

Se miraron fijamente irnos momentos.

—Espere aquí —replicó el hombre, y se adentró a la habitación contigua, de donde salió con otro sujeto:

—¿Cómo ce y ama uzté?

—Carlos Núñez Jiménez. ¿No lo ve ahí? —dijo George—. Tengo

prisa.

El que tan fuertemente ceceaba usaba gafas verdeoscuras, era alto y con aires de matón, parecía zurdo y bajo el ojo izquierdo se destacaba una cicatriz en forma de V; y en su bajo vientre el bulto consiguiente, la pistola, cubierta por la americana. Estaba completamente calvo, brillante el coco, y medio palmo de barba canosa, la mirada febril y alucinada. A George le entró un pasajero temblor y después la más disparada curiosidad. Aquel sujeto era indudablemente Antonio Carrasco Gómez, el responsable del exterminio de Paco Girbal. Allí le tenía. ¡Por fin…!

—Dejadme con él; tú, vete ya —dijo Carrasco a su compañero— y tú, chaval, a lo tuyo… Y uzté, señor Núñez, véngase p’acá.

Por la escalera interior, a la derecha, ascendieron al primer piso, y penetraron en la primera habitación al torcer a la izquierda. Entraron los dos y Carrasco cerró las puerta tras de sí. El despacho era chiquitín, con mucho desorden: papeles, listines de teléfonos de años anteriores, cartas, archivadores, paquetes sin abrir, sillas medio rotas, el empapelado de las paredes cayéndose de puro viejo; y sobre el escritorio, entre papeles, el teléfono. Con suma destreza, George lo descolgó, desmontó el interior y cuando, en un descuido del dueño, iba a introducir el micro, advirtió con nerviosismo que sobre la silla, medio tapado por periódicos, había un detector de micros en marcha, con la aguja dispuesta para detectar los de FM, y George mudó de proyecto, y volvió a guardar el micro.

—¿Por qué hace uzté ece trabajo? —preguntó Carrasco.

—Me gusta.

—¿Andaluz?

—Extremeño. Medio africano, ¡oiga! Mis padres nacieron en Ceuta.

—¿En Ceuta? —A Carrasco se le abrieron los ojos y tomó asiento frente al visitante.

—Usted no tiene facha de agricultor; más bien parece… —dijo George.

—Pocos aparentan lo que zon; uzted que parece un mecánico de la Telefónica podría ser un agente cecreto, un ezpía… ¿o no? Y a lo mejor habría venido acá para jorobarme. ¡Joer! No me fío ni de mi zombra.

—Pues no crea que no me gustaría pencar de espía, que lo que

se ve en las películas…

—¡Caye ya, no me zuelte tonterías! —gritó Carrasco—. Y a ver ci termina d'una vez.

—Vi una penícula…

—¡Película!

—Pues vi una película contra los rusos, una película de espías, que me gustó. ¡Oiga!, mi madre dice que los bolcheviques llevan cola.

—¿Ah, sí? ¿Ze la vio ella?

—¡Hombre, eso es un decir, que ella ya sabe que las personas humanas, vamos la gente normal, usted, yo, ella, no llevamos cola! ¿No me entiende?

—Habla usted demasiao; a ver zi termina…

George se lo quedó mirando a los ojos. No aparentaba 67 años, sino mucho menos, como en una edad indefinida o intermedia. En el maletín tenía dispuesto el «bolígrafo» con silenciador. Bastaba con levantarlo y encararlo con el ceutí, luego lo oprimía y… sanseacabó. Muerto el perro, muerta la rabia. Ningún ruido; sólo la caída del individuo. Pero George sintió que el dedo para oprimir el gatillo se le paralizaba. No era miedo, ni descenso del tesón vengativo. Tampoco era lástima. ¿Qué era entonces? En la mirada de Carrasco flotaba ese brillo típico de los seres monomaniacos y alucinados, de sangre espesa. Tenía el pecho hundido, los hombros caídos, el vientre opulento y las piernas parecían ser delgadísimas y flacas; caminaba despacio y con propensión al jadeo. Respiraba como si fuera asmático. La epidermis del rostro había pasado del amarillo al verdoso, y sus manos delgadas eran casi azuladas y temblaban sin cesar. Su cerebro gozaba todavía de rápidos reflejos, y no daba la impresión del desmemoriado y ausente, pero en sus ojeras, profundas, y en sus ojos —o lo que de ellos podía verse a través de las gafas verdeoscuras— se adivinaban años de soledad y ausencia de contactos femeninos. El descuido en el vestir delataba su vida de medio sonámbulo y de insomne.

Sufre del hígado, lo mismo que sufría William, pensó George. En una sociedad perfecta este individuo estaría al cuidado de médicos y psicoanalistas.

—¿Sabe usted que en mi trabajo hay muchas tías que se me insinúan?

—¡Joer! —gritó Carrasco—. ¿Y qué hace uzté?

—¡No vea! —rió George, guasón—. Uno no es de piedra. ¿Qué hace usted cuando se lo ofrecen en bandeja, eh, qué me dice, ande?

—¡Hombre!

—Ande, que usted de joven debió tener muy buena fachada. ¡Así las tendría usted!

—Se equivoca… —replicó Carrasco, y en aquel instante se descubrió la profunda frustración del sujeto; en apenas un segundo, el hombre delató su nunca apagada sed de femeninos encantos, su ansia de afectos y de amor, su vertical y eterna soledad, fruto quizá de su carácter huraño, rígido, orgulloso… todo lo cual podía no ser más que la expresión de su timidez innata que le llevaría, sin quererlo, al ámbito de los insociables, lleno de negrura y dolor.

Tampoco eran náuseas lo que George sentía. ¿Qué le impedía, pues, acabar con el enemigo de su familia? *Lo que pensaba el otro día: yo no sirvo para este trabajo. ¿A qué vienen ahora estas vacilaciones? Ni yo mismo lo sé; nunca lo sabré. ¿Pero no ves, cabrito de mierda, que cuando él pueda te liquidará… y basta, no lo ves, responde?*

—Pero si está clarísimo, George, más claro que el agua; tú no has liquidado al antiguo enemigo de tu *dinastía* porque te hallas bajo la influencia de mi amor. Eres otro. El amor te ha mudado por dentro, y no digo que resultes más bueno ni más malo, sino que contemplas ahora todo desde otra perspectiva. ¿Lo entiendes o no? —Y Katia, que empezó riéndose a mandíbula batiente, se fue callando y ensimismando, y miraba ahora a George con esa ternura que parece provenir del más allá. Y él, confuso, aún irritado consigo mismo porque no se comprendía, huía la mirada de ella.

Estaban ambos tendidos boca arriba, sobre la cama del hotel; el sol iba declinando y sus rayos entraban oblicuamente y al chocar sobre la luna del armario se derivaban hacia los cojines de la cama y cegaban a la pareja.

—Tu jefe se llama Fedor Stavroguin o algo así, ¿verdad?

—Verdad. Ya veo que por fin has consultado los archivos… ¡Bravo!

—¿Te ama? —Procuró preguntarlo de forma que pareciera indiferente.

—¡Los celos te devoran, no sabes fingir ni disimular!

George apretaba los labios, sin mirar. Ella se levantó y corrió la persiana para que el sol no les hiriera en los ojos.

—Es un hombre inteligente, frío, disciplinado… Digno combatiente de aquellos heroicos de la vieja guardia, los de Octubre. Entre Fedor y yo no hay nada; no podría haber nada. Imposible.

Era tan tajante el tono de su voz que hubiera resultado puro desatino pensar que mentía.

—¿Sabes cuál es el pensamiento predilecto de Fedor? «Si un hombre no puede ser útil a su país es mejor que esté muerto», dice él. Por otro lado, ya sabes cómo se opera; la disciplina mata cualquier sentimiento, y el control a rajatabla evita cualquier pensamiento. Las normas de seguridad son en extremo rígidas, y no creo que en tu campo lo sean menos. En el nuestro las normas de seguridad imponen el aislamiento, los compartimientos estancos, de suerte que cada individuo cumple escrupulosamente con su cometido y no puede meter las narices en lo que acontezca al lado. Y como no hay conocimiento mutuo fuera del trabajo, tampoco puede haber aproximación ni contacto humano… ¡Todo por la organización y la causa, y nada para el individuo! Por lo demás, apenas un diez por ciento de mujeres militan en los órganos de inteligencia de Rusia o América. Los machistas a ultranza como tú habréis de convenir en que poco es el daño que en tales condiciones podemos nosotras originar. Los daños mayores vienen, como sabes, del desequilibrio socioeconómico, del subdesarrollo cultural, del latifundismo, de las oligarquías explotadoras y de la crisis energética. Para mí, el problema de este país tiene sus raíces, no sólo en los pasados 36 años de dictadura derechista, sino en las propias estructuras caducas… No hay políticos de talla, la mediocridad es norma. Los sindicatos, inactivos durante décadas, se han deslizado ahora por la pendiente demagógica. Y en las industrias como en el campo la rentabilidad es bajísima. El país gasta más de lo que produce. Hay como un clima de frivolidad o de irresponsabilidad… Si no fuera por San Turismo la quiebra habría sido estrepitosa. Tenemos, además, causas de pobreza que son congénitas: demasiadas montañas y demasiado pocas lluvias.

George aplaudió. Luego dijo:

—Era el preámbulo inevitable para tu lección de marxismo

aplicado a la Península Ibérica. ¡Adelante!

—Era el preámbulo, sí, pero no para eso, sino para que comprendas con claridad que en el futuro, en el siglo xxi, quien domine las fuentes de energía —nuclear solar— y no digo nada del oro negro, el petróleo, porque se está agotando, quien domine esas fuentes de energía será el dueño del planeta; y lo demás, la imposición de sistemas políticos, se le dará por añadidura. España podría ser una primera potencia por sus reservas en esos dos campos. ¿Sabías que sólo el sol de Almería podría suministrar suficiente fluido para toda España? El declinar de la Europa anglosajona es visible y táctil, y podría, sólo digo que podría, ser remplazado por España, Italia, Grecia… los países con reservas. Ahora bien, ¿podrá este país aprovechar esa oportunidad, estará debidamente preparado? No lo estuvo, por desdicha, en el siglo xv y, así, el manantial de oro y piedras preciosas que estuvo manando se desvió hacia los Países Bajos, Francia y Gran Bretaña. El espíritu del hidalgo, buen militar y mejor sacerdote pero pésimo comerciante y nulo industrial, fue causa de grandeza y ruina. Ese espíritu domina todavía en la meseta, y la meseta, amigo George, sigue arbitrando los destinos de España. Si el litoral estuviera presente en la Moncloa, si Tarradellas gobernara (con 50 años menos, claro) desde Madrid, si los vascos hubiesen hallado en su día el debido respeto y hoy colaboraran, si… si… si… ¡Cientos de condicionantes síes, entonces la estrella del país navegaría muy alto en el firmamento y casi podría afirmarse que otro renacer le aguardaba al país. Otro no menos brillante que el de 1492!

—Te gusta soñar y a mí me agrada escucharte —dijo George—. Ayer estabas compungida; hoy te has recuperado. Dime… ¿te has tomado pastillas anticonceptivas?

—¡No! ¡No! —replicó Katia horrorizada.

—Pero… ¿y si… quedaras…?

—¡Ojalá! ¡Lo deseo con todas mis fuerzas! Si tuviera un hijo, sería él quien entonces mandaría en mi destino, y no tú o yo.

—Te has vuelto completamente loca. Eres una visionaria.

—Lenin fue un visionario genial.

—También Hitler —dijo George.

—Lenin creó, construyó, y Hitler mató y arrasó.

—No creo en ninguno de ambos. Creo en la libertad, en el

respeto de la persona, y no en las camisas de fuerza, sean pardas o rojas. Y aunque la democracia tiene sus riesgos, harto evidentes, porque permite a sus enemigos sabotearla y no dificulta eficazmente la explotación, creo que es el mal menor. En aquellos regímenes que se ha pretendido extirpar el cáncer del egoísmo patronal y de la demagogia de los partidos, se ha caído siempre en males mucho más monstruosos. Han tapado, ciertamente tres agujeros, y les han salido en el techo otros veinte… Luego, querida Katia, tanto socialistas como capitalistas se han hecho acreedores al mismo reproche de imperialistas. Mi patria derrocó al presidente Allende, y eso fue tan sucio como triste; pero ¿qué decir de Moscú que protegía el régimen sanguinario y demencial del tirano Macías…? Me temo que nadie podría en conciencia arrojar la primera piedra.

Katia escuchaba con claras muestras de amargura; se había cruzado de brazos y con su silencio invitaba la prosecución del discurso.

—Las grietas en el régimen norteamericano son graves y evidentes, y la segregación racial o la escalada de drogas y violencias no son las únicas. Román Gubern, mi profesor en la Universidad Autónoma de Bellaterra decía el otro día: «A nadie podría parecerle honesto ni lógico alzar apologías del *American Way of Life* ni del marxismo-leninismo soviético, porque uno y otro presentan sus lacras, y en ambos hay imperialismo, desviación y corrupción». Sospecho que el futuro pertenece a lo que pudiera llamarse fusión ecléctica de sistemas o principios entre el *socialismo puro* y la *democracia pura* —macho y hembra, ésta fecundada por aquél—, y me inclino a pensar que el resultado venga a constituir una sociedad sin capitalistas ni comunistas, y tan distinta de cuanto hoy conocemos, que nadie podría blasonar de haberla engendrado por sí solo. Durante dos centurias se ha usado y abusado de las voces *democracia y socialismo*; en el futuro, metafísicos y tecnócratas darán a luz otro término, según barrunto, y acuñarán nuevos enfoques socioeconómicos, de los que ahora apenas tenemos remoto vislumbre, y… —Calló, vacilante.

—¡Continúa, te lo suplico, no te detengas! —murmuró Katia, seducida.

—Grotesco fuera aludir al nazifascismo, ya podrido en vida y sepultado en 1945. Aludo al imperio de las ciencias humanizadas y

domesticadas, al nuevo humanismo en el arte de regir los pueblos, a la sociología no nacida aún, a la mecánica y a la biogenética del 2000, a la administración racional del planeta merced a un Gobierno mundial… Ese mundo va a revelarse no menos al Kremlin que a la Casa Blanca; y cuando ese momento llegue (no perfecto y sí con otros o quizá menores problemas), no antes del 2070, se nos contemplará con estupor y lástima, porque… —y aquí George se encendió con ampulosa ira, alzando los brazos al modo de los ingenuos predicadores del XIX—, ¿sabías que gastamos hoy entre todos 163 veces más en armamentos que en obras para la paz y la salud? Quizá si pudiéramos asomarnos a la civilización de ese futuro (repito: no plenamente hermoso, pero sí menos llagado y purulento que el de ahora), algunos de nosotros se estremecerían de horror, y acaso prefirieran (porque el hombre prefiere el dolor al bienestar impuesto) la Rusia del 1800 con su servidumbre… Aunque resulta indudable, para mí al menos, que Orwell y Huxley han exagerado sus temores y la erraron en sus vaticinios… —aquí George se detuvo en seco y diose una palmada en la frente—. Y a todo esto, ¿por qué demonios charlamos tanto si nos encontramos aquí y ahora sobre un barril de pólvora?

—George, ¿qué estás diciendo? —preguntó ella con leve sonrisa.

—¿Ignoras, Katia, ignoras tú que se teme en las altas esferas una acción terrorista y… justamente en las centrales nucleares de Lemóniz y Tarragona? ¿Qué ocurriría si hicieran volar la planta de Vandellós, en pleno funcionamiento de fisión atómica… y su radiactividad se esparciese por la provincia? Yo carezco de órdenes para actuar. Y no obstante habría que estar rematadamente loco o absolutamente paralítico para seguir cruzado de brazos.

—Estoy de acuerdo contigo. A tu central y a la mía les importan poco los problemas internos de España —replicó Katia, pensativa, y repuso—: A ellos les importa únicamente la conflictividad hispánica en tanto, en cuanto les afecte a ellos en su mundial planificación del poder, la hegemonía y sus recíprocas cuestiones. Pero nosotros, ¡que somos españoles y no rusos o norteamericanos!, sí nos importan… Bien, también yo tengo ciertos informes alarmantes, y participo de tu intención de intervenir. La cuestión es: ¿llegaremos a tiempo, no se nos habrá escapado del control…? Te propongo un plan, y es que intercambiemos informaciones y luego tracemos un programa

conjunto y combinado de acciones…

Eran las 20,35 h. del 22 de marzo de 1978.

—Necesitamos ciertas «herramientas» de trabajo —dijo George —. Ven conmigo a mi coche; allí tengo documentación y aparatos.

—No te vayas a figurar que yo esté manca al respecto; también en mi auto hay en cierto compartimiento de doble fondo algunas cosas —rió ella—. Y antes de subirnos de nuevo, compraremos en el autoservicio ciertos productos; porque ningún motor puede funcionar sin combustible…

—¡Oh, sí; por tu culpa tengo una sed de mil diablos!

Cerveza, jamón, judías cocidas, yogur, azúcar, sal, tomates, aceite, caviar, naranjas, tal fue lo que compró George. Y Katia, leche, chocolate, galletas, moscatel, higos, nueces, queso, un bote de café caliente, manzanas y fresas. Llegaron cargados a rebosar al dormitorio del hotel, y mientras subían por el ascensor se reían sin cesar.

—¡No va a caber en el frigorífico! —murmuraba George—. Hemos comprado víveres para dos semanas…

—¿Por qué has comprado caviar?

—No me digas que te desagrada. Lo hice por ti…

—¿Sabes cuál es mi comida predilecta? No el caviar ni el vodka, sino el *pa amb tomáquet* (pan con tomate)… y jamón serrano con olivas sevillanas.

Apenas nadie les vio entrar, y nadie les vio antes salir. Así se disponían dos profesionales de la información, dos catalanes —medio yanqui el uno y medio ruso el otro—, a intentar con sus medios cierta salvación de una pequeña parte del occidente europeo.

VII

ASCÓ: ¿SABOTAJE O INCENDIO?

Los pueblecitos bañados por las riberas del Ebro tienen el encanto del agua abundante, la vegetación impetuosa y los risueños rostros de sus campesinos. Mora de Ebro y Mora la Nueva se hallan, respectivamente, en la orilla occidental y oriental del más caudaloso de los ríos de Iberia. En las afueras de Mora de Ebro, con una población de apenas 3.700 habitantes, hubo hasta hace poco un típico hostal llamado «Mas Badó» que a la sazón había cerrado sus puertas, pero sus dueños —dos ancianos a los que *hereu y fadrínes* habían abandonado para engrosar la demografía de Reus— no supieron negarse a los ruegos de George —«miren ustedes, que acabamos de casarnos y huimos del bullicio», y todas esas cosas—, accedieron a cederles la habitación superior de la masía, con hermosa vista del Ebro y absoluto control de la autopista Gandesa-Falset y punto clave entre Ascó y Vandellós.

Ni tiempo habían tenido de saborear el hechizo de Mora de Ebro, adonde habían llegado minutos antes de las 22 h. del miércoles 22 de marzo de 1978. *En situaciones de emergencia, muda de domicilio a diario, ¿oyes, chaval? Entiendo. No creo que entiendas: te pueden detectar desde el aire, por carretera, el teléfono y la vecindad. Desconfía. Sí, hombre, sí. Que me lo estáis repitiendo 22.795 veces cada hora que entendéis y no entendéis*. A Mr. Raymond los aprendices le llamaban el *Cornudo*, pues para nadie hubo de discurrir en secreto que las dos veces que contrajo matrimonio, con tres hijos en el primero y cuatro en el segundo, sus dos mujeres lo abandonaron con ornamentos en la testa. ¿Qué fue de lo más pesado? Por supuesto, y con la mala leche del que nunca ha ascendido ni ascenderá, y ello como caso en solitario entre los de su promoción; pero nadie dudó jamás de lo atinadas que fueron sus

enseñanzas. Consecuentemente, George sugirió a su pareja el cambio de hotel, y en apenas quince minutos habían cargado víveres y equipaje en el coche, pagaron la cuenta a los extrañados dueños, y… volaban por la carretera hacia el Oeste.

—Tú conduce, George, que yo vigilo el retrovisor, y ni una mosca se me escapa.

La habitación contaba, por fortuna, con amplia mesa, además de teléfono, ventana al exterior y los servicios; y eran los únicos huéspedes, con un matrimonio que se acostaría «apenas acaben de dar la película en la tele, una de esas películas de antes, ¿saben?, de antes de la guerra, con aquellos artistas de entonces, ¡caray!, que eran soberbios, y no como ahora». Marido y mujer. Muy rústicos y de fácil palabra. La nariz de él, rojiza y enorme, y ella, menuda y gordota. «Adiós, que reposen, y feliz boda, y aunque nosotros escuchemos la pequeña pantalla no nos oirán, que las paredes son gruesas, y tampoco les oiríamos a ustedes aunque bailaran». «Sí, sí; que sean muy felices, ¡adiós, buenas noches!», agregó la anciana.

—Se me dijo —explicó Katia, encendiendo un cigarrillo— que la zona de peligro en la que probablemente se hallan los terroristas cabe fijarla entre 5 y 20 km en derredor de Ascó. Pero… ¿quiénes son, qué se proponen y para cuándo y cómo? Misterio. Sólo hay conjeturas, vagos indicios.

—¡Lástima que esta luz sea rematadamente miserable! —gruñó George.

—Las luces de las pensiones y hostales, ya lo sabes, suelen resultar pobrísimas, y esto ocurre en todo el mundo. Aún me duele el estómago.por la frialdad de la comida, que a vosotros, yanquis, os gusta, pero no a nosotros.

—¡Oye, mastuerza! ¿Qué concepto tienes tú de los americanos?

—Perdona, hombre… No sabía que fueras tan susceptible, mas en las películas se os ve comiendo de pie y siempre bocadillos y cosas así, todo frío, y Coca-Cola, o *whisky* y café. Nunca platos calientes, con sopa, cocido y esas cosas…

—¡Eso lo verás en las cintas de los 30, que es el único celuloide yanqui que os dejan ver en la URSS! Se os impone una visión deformada… Es como si yo pensara que los rusos se gozan sólo con caviar y vodka. ¡Puro tópico!

Tras breve silencio, George, que se había puesto el nuevo pijama

rosa con rayas horizontales negras, desencadenó en ella la risa más estentórea.

—¡Madre, si es que pareces un presidiario de Alcatraz! —gritó Katia.

Ya limpia la mesa de los residuos de la cena, George esparció sobre ella los diversos objetos de los dos maletines, a la vez que su colega hizo otro tanto con los utensilios que contenía su bolso; y lo hacía no sin dificultad a causa de los accesos de risa, que procuraba contener y disimular.

—Tracemos el plan… cuidadosamente, ¿no te parece? —sugirió ella.

—Podemos hacerlo cuando te hayas saciado de guasearte…

—¡Pero —y sus carcajadas resonaban sonoras—, si es que pareces el presidiario Chesman! ¿De dónde sacaste un pijama así? ¡Qué ridículo!

—¿De veras? Pues lo adquirí en «Jorba».

—Ya…

—¿Cómo que «ya»? Apuesto a que no tienes ni remota idea de dónde están esos almacenes.

—¡Pues en Boston!

—¡Nunca ha habido ni habrá en Boston ningún almacén que se llame así!

—¿De veras? ¿Te los endosaron, entonces, en la City?

—¡Ya empiezas a comprender!

—Bien. —Y la joven cesó de reírse—. ¿Fumamos la pipa de la paz?

—He aquí mi plan. Hemos de encontrar respuesta a los siguientes interrogantes: 1.°, ¿Qué masías sospechosas puede haber en 25 km a la redonda de Ascó? 2.°, ¿Quiénes y cuántos son los terroristas? 3.°, ¿Por qué y para cuándo se proponen actuar?, y 4.°, ¿Cuál es su objetivo u objetivos?

—Correcto razonamiento —contestó Katia, bostezando—. Me parece que la primera pregunta resulta fundamental; si obtenemos adecuada contestación, entonces mis enlaces podrían quizá, y digo sólo quizá, lograr más datos…

George abrió otro maletín y apareció en su interior el típico teléfono anticontrol; grueso, color pardo. Tomó asiento ante la mesilla del teléfono directo, y lo descolgó a la vez que descolgaba el

teléfono del maletín, en cuyo hueco depositó el de la CTNE.

—Por este procedimiento… —explicó George.

—Ya sé, ya sé: nadie podrá intervenir las conversaciones. Conozco el sistema.

George marcó un número. Al poco se oyó la voz de Wilson y aquél le formuló la primera de las cuatro cuestiones.

—¡Máxima prioridad! —advirtió George—. Te preguntaré dentro de 20 minutos. Llama a Pedro. Os haré otras preguntas sobre la zona. Dispon cuadrícula sobre el eje JH-27 (5), ángulo inferior OP-31 (39) y a su izquierda NI-47 (75).

—Captado.

Sobre el mapa de la provincia que había extendido en la mesa, George colocó encima el paquete de papel Panchemin, del que extrajo una hoja. Sobre ésta frotó suavemente con el lápiz de mina blanca, y a los pocos instantes apareció, en la totalidad de la página, un asimétrico cuadriculado al que se numeró irregularmente y en forma no correlativa; al mismo tiempo el papel blanco se volvió amarillento y transparente. George dispuso la hoja encima del mapa provincial: justo sobre Ascó se destacaba el número 5, el 39 sobre Gandesa y el 75 a Vandellós.

Transcurridos 20 minutos, George volvió a llamar, y al oír la voz de Wilson le indicó: «sobre el mod. 01-436-VB núm. 044. Base de población el núm. 5, y sus complementos: 39 y 75. Ahora respóndeme». Y el interpelado, replicó:

—Recuadro 16, dos «DKW» de WW con tres viajes anoche y 15 personas…

—Ya… —dijo George, que había puesto en marcha la grabadora para conservar íntegra la conversación—. Dakota 112, ¿no es así?

—*Okay*. —Volveré a llamar; permaneced atentos.

Mientras Katia había situado la hoja cuadriculada sobre el mapa y bajo el número 16 leyó: *Torre del Español*, nombre de un pueblecito con apenas 900 habitantes.

—Supongo —aventuró Katia— que la información os llega del control espacial. Los satélites Midas. Y supongo también, que tu antena ha formulado la consulta por medio de Midas. ¡Muy rápido! Enhorabuena. Veamos: los dos coches «DKW» de «Volkswagen» han efectuado tres viajes anoche, ¿no es así?, y esas 15 personas serán las destinadas al sabotaje…

—*¡Stop!* O eso o… se trata de algún almacenista de manzanas, trabajando a destajo. Dakota 12 significa extremistas.

—¿Es posible que vuestros Midas puedan incluso determinar si los coches son «DKW»…? Es impresionante, George. Nos superáis en control electrónico y espacial, a pesar de que fuimos nosotros quienes inauguramos, allá en 1957, con nuestro Sputnik I, la conquista del Universo. Aunque tampoco nuestros Cosmos son mancos, y mis consultas a ellos tardan días, no minutos, en serme contestadas.

Sin decir más, Katia tomó la «boina», objeto así llamado por su parecido a ésta, y lo aplicó al teléfono; luego marcó el número.

—¿Me conoces? Perfecto. Averigúame identidad de los residentes en M-22 de VP con Blanca de Mar, naves DE-16. Volveré a llamar.

Hecho lo cual, colgó el teléfono repentinamente angustiada.

—Esta especie de bocina o «boina» modifica mi voz. Si alguien hubiese intervenido el teléfono habría escuchado las palabras de un viejo asmático y con acento gallego. Confieso que estoy angustiada, George… ¡Tengo mis dudas de que lleguemos a tiempo! Por supuesto que Carrasco se halla en medio del berenjenal, mas ¿de qué forma, como manipulador o como juguete dé otros? ¿Cuántas redes funcionan: sólo tres, las que ya conocemos, o han intervenido otras dos bandas internacionales? ¿Qué saben todos ellos de nosotros? Y si nos tienen más o menos identificados, ¿hasta qué punto nos creen sabedores de sus manejos?

MOD- PAK. 0M36-VB-N.» 044

CUADRICULA ASIMETRICA CON IRREGULAR NUMERACION PARA SITUAR SOBRE UN MAPA UNA DETERMINADA ZONA, PREVIO ACUERDO DE TRES PUNTOS GEOGRAFICOS (N. d e I A.)

George llenó dos vasos de *whisky* y le dio uno a Katia, poniéndose luego a caminar lentamente por la habitación; ésta daba para cinco pasos nada más, así es que pronto se fatigó del breve laberinto, y se dejó caer sobre el balancín de rejilla. ¡Cuántos días ya sin practicar gimnasia…!

—En teoría —explicó él— casi nada podríamos hacer, por cuanto solamente se compone de dos nuestro ejército. Pero esta conclusión sería falsa, pues no somos dos, y nos basta descolgar el teléfono para movilizar a otros. Detrás de ti y de mí cavilan y acumulan datos millares, de técnicos. Tú y yo, Katia, constituimos en realidad un dúo más poderoso que cualquiera de esas organizaciones clandestinas, nacionales e internacionales. ¿Dónde se concreta, sin embargo, nuestra debilidad? ¡En la premura de tiempo! El enemigo, si pretende volar las centrales nucleares de esta área, ha dispuesto de semanas o meses para su planificación; nosotros, sólo de horas para contrarrestarles. Nuestra capacidad de reacción depende, fundamentalmente, de la calidad y cantidad de las informaciones que podamos recibir de nuestras centrales… Oye, perdona este inciso: ¿prefieres el vodka al *whisky*?

—¡Qué disparate, ni uno ni otro, como tampoco el coñac! Prefiero el calisay, el oporto, el moscatel, el priorato… ¡Las bebidas dulces! ¿Y por qué rábanos me preguntas eso ahora? ¡Al diablo esa cuestión! Volvamos a lo nuestro; sabes que yo puedo convocar en cualquier punto a 20 o hasta 30 auxiliares; españoles, claro. Ahí te supero… Bueno, apenas tenemos respuesta a la pregunta número 1, a saber: ¿QUÉ MASÍAS SOSPECHOSAS DE AJETREOS EXTREMISTAS puede haber en 25 km a la redonda? Para luego pasar a la 2: ¿Quiénes son los terroristas? Las demás respuestas se nos darían por añadidura. Las tácticas a utilizar nos vendrían impuestas por los ardides que el adversario emplee. ¡Atados de pies y manos estamos los dos hasta que logremos saber más!

Katia volvió a marcar el número de teléfono de antes. Tomó el magnetófono y lo aplicó al aparato.

—¿Oyes? ¿Me oyes…? ¿Estás ahí? —Las tres preguntas de Katia eran indudablemente el código establecido—. Bien, te escucho…

En tanto escuchaba los mensajes, Katia —provista de dos bolígrafos, con puntas roja y negra respectivamente— fue anotando en su bloc:

- *Núcleo compuesto por la organización internacional NFAH, bajo dirección de HELMUT SCHRODT. 58 años. Sede provisional en el pueblecito TORRE DEL ESPAÑOL. Calle Magnolia, 14. Masía a nombre de Dña. Anastasia Trullols Massana. Tel 977 99 40 02. Disponen de 21 personas, 3 coches «DKW». Cuentan con armas cortas: fusiles mira telescópica y 20 kg dinamita, además de goma-2 y otros explosivos. Su objetivo: atacar y destruir camión «Pegaso» de grupo rival que lleva armas del puerto de Tarragona a Madrid. Camión pasará por Ascó el 24 marzo 1978. Hora: hacia las 11-12. Armas provienen de Argelia, fabricación francesa. Este último grupo se hace llamar MMM-M.*

(ADVERTENCIA DEL CENTRO: NO INTERVENIR. ES ASUNTO ESPAÑOL).

- *Núcleo constituido por organización internacional KMBR. Dirección de Giovanni Rega, 47 años: con filial desde 12-1977 en afueras Tarragona, en Mártires de Alcalá, s/n. Tel. 977 89 09 46, a nombre de Gertrudis Izquierdo García. Verdadero jefe facción española: CELESTINO BELMONTE RAMIREZ, seudónimo de ANTONIO CARRASCO GÓMEZ. Éste perseguido por autoridades españolas. CARRASCO manipula a la KMBR. Motivos para sospechar que Rega tiene conocimiento de ese doble juego y que espera inducirle a operaciones que provoquen su ruina. En esa línea esperamos que camión de la MMM-M sea interceptado por hombres de Carrasco y pase a engrosar sus propios efectivos.*

(ADVERTENCIA DEL CENTRO: NO INTERVENIR. ES ASUNTO ESPAÑOL).

- *Núcleo español: MLE, Dirección: José Antonio Blázquez Diéguez. 25 años. Madrileño. Núcleo diezmado. Escasos medios económicos. Apenas 12 miembros. Operan desde el domicilio de ANTONIO CLAVERÍA BERMÜDEZ, difunto desde enero 1978, y sin nadie más que ellos en el piso. Éste se halla en C/. Belén, n.° 24, Tarragona. Están en el 3.er piso. Tel. 977 91 36 27. Cierto miembro del MLE sospecha doble juego Carrasco y quiere intervenir en la captura camión de la MMM-M.*
- *Día crucial: 24 marzo 1978, 11-12 h.*

(ADVERTENCIA DEL CENTRO: NO INTERVENIR. ES ASUNTO ESPAÑOL).

- *OTRAS ORGANIZACIONES: han logrado infiltraciones en los tres núcleos antes descritos. Nosotros poseemos infiltraciones en todas ellas.*

(ADVERTENCIA DEL CENTRO: NO INTERVENIR. ES ASUNTO ESPAÑOL).

–Captado –dijo Katia–. ¿Algo más? ¿No...? Bien. Gracias. Volveré a llamar. Reunid más información.

–Y al colgar, le dijo a George que esta vez había adoptado, merced al dispositivo semejante a esas bocinas automovilísticas antiguas, la voz de una muchacho –no un hombre–, y encima de biología asexuada o al menos dudosa.

–La mies es mucha... ¡Mi enhorabuena! –exclamó George.

–Gracias en nombre del PCUS –replicó Katia con su mejor y más dulce sonrisa–. Lástima que semejante información haya envejecido ya; útil era hace varios días, y ahora se resiente por cierto margen de error. A mi ver, los informes acusan la siguiente erosión –y escribió en su bloc estas cifras–:

VALIDEZ DE LAS INFORMACIONES TOP SECRET

1ª FASE: recién o b te n id a s ...... 12% de errores

2ª FASE: a los 5 días de obtenidas ...... 20% de errores

3ª FASE: a los 15 días de obtenidas ...... 30% de errores

4ª FASE: a los 30 días de obtenidas ...... 60% de errores

5ª FASE: a los 60 días de obtenidas ...... VALOR NULO

Pues fuera poco cuerdo no contar con los propios fallos de interpretación y análisis, amén de la pérdida de actualidad por sucesivos replanteamientos y las nuevas e ignoradas circunstancias. Todo ello sin contar con la corrosiva labor de intoxicación procedente de enemigos (conocidos o desconocidos), rivales y amigos. A ver si adivinas, George, lo que voy a sugerirte… ahora.

—Que contraste tus datos con los de mi antena —replicó el aludido.

—¡Y cuanto antes, cariño! ¡Ya…!

George saltó hacia el teléfono, sirviéndose como antes del maletín con dispositivo antiintervenciones, y formuló numerosas preguntas a Wilson; y éste, antes de colgar, preguntó:

—¿Puedo decir algo? —y sin aguardar contestación, repuso—: Desde la pérdida de nuestro amigo, el que falleció de ataque cardíaco, ya sabes, se nos han ido amontonando las cuestiones… Ya imagino que te encargarían alguna operación más urgente. Sin embargo, quiero proponerte que mañana… o al otro, te pases por aquí. Hay asuntos candentes… verdaderamente… ¿Comprendes?

—Comprenderé si me haces comprender… ¿Ha ocurrido algo relacionado con mis cuestiones de aquí?

—¡Oh, no! De color local.

—Tendré en cuenta tu sugerencia. ¿Conforme…? Llamaré en breve.

Katia se aproximó a George y se sentó, mimosa, en sus piernas, y lo enlazó con sus brazos, al tiempo que arrojaba al aire sus zapatos.

—Fuerte como los búfalos del Far West. ¿Sabes que de niña me enloquecían las lecturas de Zane Grey y Jack London?

—¿De veras?

—Luego pasé a Steinbeck, William Faulkner, Ernest Hemingway, John Dos Passos.

—¿Y ahora?

—Ahora estoy pasando un terrible sarampión con las letras catalanas, y me he detenido con Salvador Espriu…, que me fascina y enloquece.

George miró el reloj: eran casi las 12 h. de la noche.

—¿Sabes, Katia? Podríamos echarnos sobre la cama, apagar la luz, y tratar de conciliar el sueño durante media hora o más… Luego, y si no podemos dormir, reflexionaremos, nos levantaremos con mayor agilidad mental.

—¡Falso, falso! Ése es un sofisma típicamente yanqui. Si me acuesto, me quedaré como un lirón… Santo cielo, ¿acaso no ves que me caigo de sueño?

—Tú lo has querido; me entregaré a cierto rito.

—Y George desnudó enteramente a Katia, y los dos se deslizaron por entre las sábanas; pero al apagar la luz, la tiniebla densa se pobló de números, personas, armas… y ni el amor les devolvió la paz.

Quien pretendiera que en la existencia de los agentes de Información, lo que impera exclusivamente es el terror, cometería una grave equivocación. No es la angustia, el gusto por la aventura, el placer de la venganza o la violencia, el autoaborrecimiento, la cólera contra el adversario, la frustración… no son esa gama de emociones las que mayormente señorean en el ánimo del profesional. Aunque esas sensaciones pueden aflorar, y afloran, hay una emoción que es preciso aludir, y esa emoción se agazapa en el quizá 70 % de los agentes; me refiero a la sensualidad. La sensualidad que da el poder, la sensualidad de la propio veteranía y destreza, la sensualidad de saber más y más, la sensualidad de adivinar o deducir, la sensualidad del oficio… Durante años estuvo de moda pregonar que las furcias arrastraban su existencia con mezcla de náuseas, sentimientos de autodestrucción y el desprecio por el cliente; pero todo eso es incompatible con un estudio serio de la realidad. Lo cierto —seamos pragmáticos, tengamos el valor de ver lo que hay en el interior de un abrumador porcentaje de toda prostituta y no nos fabriquemos verdades amables—, lo verdaderamente cierto es que buena parte de las mujeres de vida

fácil ejercen su oficio con deleite y que los desengaños surgen luego, tras las enfermedades y el descrédito social.

En el alma del agente vocacional hay amor al oficio, y ese amor se desgrana con el íntimo sentimiento de realizar un quehacer imprescindible, útilísimo y de la más alta categoría. El agente no ignora que para desempeñar su profesión es precisa una inteligencia superior al término medio, y que pocos licenciados podrían ejercerla, en caso de pretenderlo. El agente profesional está orgulloso de su trabajo, y si pudiera —que no puede ni podrá nunca— les diría a los que les desdeñan:

«¡Mentecatos, ciegos! Luchamos por la patria, la defendemos de peligros internos y externos, extirpamos cánceres ocultos. Sin nuestra presencia, abnegada y valerosa, el país sería pasto de tiburones».

Pero el agente, cuya vanidad equivale a cero, calla y aguanta aunque en su presencia alguien que ignore su verdadero trabajo, desprecie su oficio.

Ahora bien, por mucho que se adore la profesión, hay siempre un crepúsculo, una vejez con achaques y a veces dolorosos fracasos. El agente de información vive más intensamente, quizá, que un médico cirujano o un psiquiatra. Goza y sufre más. Envejece antes. Con suerte se sorprende a sí mismo viejo a los 52 años, y con la amargura de la vejez y los desengaños de sus jefes, echará pestes de no pocos superiores. Sin suerte, el agente se sorprende abominando del oficio y dirá: «Un espía es un cerdo, un marica, un jodido intrigante, un mierda, un embustero y un canalla».

Como en cualquier oficio, hay cara y reverso; y de cualquier modo si al autor le es permitido formular un anhelo personal, éste rezaría así: Ojalá que en el futuro, la sociedad pueda funcionar sin necesidad de furcias, verdugos y agentes secretos de información.

George llamó a su antena y solicitó datos en torno a Helmut Schrodt, Giovanni Rega y José Antonio Blázquez Diéguez, y facilitó sus respectivas direcciones y números de teléfono; asimismo pidió que el experto en PP (perfiles psicológicos) estuviera dispuesto para ampliar su ficha acerca de Antonio Carrasco Gómez. Luego colgó. Katia dormía con placidez, honda la respiración y con ese abandono que indica salud… Apenas 15 minutos después, llamó de nuevo a Wilson, y éste le facilitó los siguientes datos:

HELMUT SCHRODT: 62 años. Reside en TORRE DEL ESPAÑOL*, desde hace 7 meses. Antes habitó en Valencia, Madrid, San Sebastián y Sevilla, sucesivamente. Fue amigo de Leonardo Maluquer Puigvert, difunto esposo de Anastasia Trullols.*

Su organización, integrada por 18 personas. Se han fijado como meta la destrucción de los núcleos subterráneos antagónicos que pululan en Levante y Cataluña. De paso fomentan malestar e inseguridad.

GIOVANNI REGA: 51 años. Éste y Carrasco se detestan. Rega espera llegada camión «Ebro» con armas y explosivos. Proceso paranoico de Carrasco es irreversible. Parece probable que el sujeto se acerque pronto a desarreglo mental. Grave contratiempo podría agravar y acelerar ese final.

JOSÉ ANTONIO BLÁZQUEZ DIÉGUEZ: 42 años, vallisoletano. Directivo de la cuádruple M. Carece de medios. Su red compuesta de gente muy joven y desunida.

Compararía George la reciente información con la recibida por Katia y constataría otra vez la eterna e inevitable disparidad de los datos entre las Centrales. ¿Cuál de ambas se hallaría más cerca de la verdad? ¿Habría que cribar, como siempre, entre las distintas fuentes, y elegir algo de aquí y algo de allá? Es obvio que Carrasco ocupaba lugares secundarios. Ahora bien: este sujeto sostenía contactos con entes de otras redes, afines o no y merced a tales contactos acaso se pudiera fabricar una labor de intoxicación. ¿Qué… cómo? Quizás el PP de la City suministraran mejores pistas o sugerencias, aunque, ¿cuáles iban a ser las posibilidades del experto en PP si nunca, como parecía probable, había visto ni oído a Carrasco? George podría describir meticulosamente al individuo, eso sí; sin embargo, ¿cómo salvar el escollo de la voz? A no ser…

A veces había sorpresas providenciales. Un informe fresco de algún LP, cierto insospechado OP. O un texto archivado y del que hubo total olvido.

George se aproximó al teléfono y marcó el 89 09 46…

—Dígame… ¡dígame! —La voz era de Carrasco, y aparecía tranquila, como del que, sufriendo de insomnio, anhela el diálogo con alguien.

—Verá, señor, quisiera hacerle una pregunta —dijo George con el aparatito cambiavoces, que en este caso le otorgaba la vocecita de una anciana—. ¿Tiene usted el número de teléfono de la Cruz Roja? Perdone que a estas horas… ¿Dormía usted, verdad, caballero?

—¿Dormir, yo? ¡Qué va, nunca duermo, estoy harto! Vamos a ver, usted lo que quiere es el teléfono… Un momento, sí aquí está; tome nota: es el 99 36 07. O llame al Hospital General: es el 99 45 09. ¡Llame ahora!

—Muchas gracias, señor, es usted muy amable. Tengo a mi hijo muy enfermo… Ahora mismo llamaré a uno o al otro. ¡Gracias, Dios le bendiga!

—Oiga, no me irá a contar sus asuntos a la una de la madrugada…

—El chico tiene once años; es mi nieto…

—¡La vieja del diablo!

—Señor, señor. A mi nieto le duele el vientre, se vuelve loco…

—Entonces —repuso Carrasco— llame al manicomio. Allí les acogerán a los dos —y al decir esto se le escapó cierta risita nerviosa.

—¿Usted no tiene hijos?

—¿Hijos, yo? ¿Para qué? Cría cuervos y…

—Algo querrá usted en esta vida, ¿o no?

—¡El garrote! —gritó, sarcástico el aludido, y cortó la comunicación.

Cuando luego llamó a Wilson, se puso en seguida el experto en PP, que habitaba en la misma calle del Doctor Roux, y George le hizo una minuciosa descripción física de Carrasco, y luego le dejó escuchar el diálogo sostenido con aquél, previamente grabado.

—En síntesis —replicó el perito, con voz meliflua—, y a la vista de éstos y otros datos, puedo decir lo que sigue: Carrasco es víctima de un trauma infantil, sufrido a sus siete años, en 1918. Su padre tuvo una noche un *shock* nervioso mientras dormía, llevado de su enfermizo anticomunismo, y despertó gritando: «¡Muera el comunismo soviético, mueran Lenin y Trotski!». Al niño, que

despertó asustado, le produjo el *shock* paterno un efecto pernicioso que nunca superaría. La ausencia de tratamiento para combatir aquella naciente neurosis y la conducta del padre, que acabó sus días en 1921, en plena enajenación mental, agravaron si cabe el trauma de Antonio Carrasco. De mayor, fue un obseso contra la Unión Soviética y todo cuanto se relacionara con el marxismo. Su dolencia mental no fue nunca tratada. Y, como me temía, ahora se ha complicado con monomanías de tirite fúnebre… Pues, ¿sabes que los teléfonos que te dio sobre la supuesta Cruz Roja corresponden a Pompas Fúnebres? Acabamos de comprobarlo.

Hacía algunos instantes que Katia había despertado, y se incorporó despacio, taciturna. Llevaba un pijama que dejaba al descubierto la zona superior de sus senos.

—Te he despertado, Katia; perdona… Vuelve a dormirte, por favor.

—¡George! Se me ha ocurrido una idea, mientras escuchaba a tu perito. A él se le oía y entendía completamente, tanto como a ti mismo. Sabes lo que podríamos hacer? Te comunicaré mi plan. Quizá lo juzgues diabólico, pero ¿no es cierto que pretendemos anular los proyectos encaminados a provocar la ruina de las centrales nucleares españolas? No me digas que los medios son repelentes si el fin es bueno.

Katia se incorporó, tomó el termo con café caliente y humeante y llenó lentamente dos tazas; luego le dio una al colega y bebieron ambos lentamente. Él no apartaba los ojos de ella, esperando a que expusiera su plan.

—Carrasco es figura secundaria, pero se halla en el centro, y en su caída arrastraría a los demás. El sujeto anda desequilibrado y por ello fácilmente sugestionable. Por otro lado, la mejor hora para desquiciar al insomne y demente son las 6 de la madrugada, cuando, vencido el organismo, intentaría dormir… ¿Has comprendido mi plan?

—Casi… —replicó George con escalofríos, y miraba a Katia como si la viera por primera vez—. ¿Sabes que… te desconozco?

Tras breve silencio, Katia, que se tapaba los senos, replicó:

—¿Empiezas a comprobar que la mujer tiene una mentalidad más retorcida que el varón? —Y Katia lo dijo con gravedad, sin mirar al hombre.

Ambos se echaron de bruces sobre la cama, y George apagó la luz. Minutos después ambos se hallaban en brazos de Morfeo. Antes, sin embargo, Katia tuvo tiempo para que su reloj de muñeca —despertador y detector de micros a la vez— la despertara a las 6,05 horas. Tenía cinco buenas horas para dormir.

—¡Escúchame bien, Antonio Carrasco Gómez! Soy Paco Girbal, escúchame, viejo amigo —susurraba Katia con la bocina cambiavoces sirviéndose esta vez de una voz viril, muy digna, fuerte, con ecos de sala vacía, mismamente como si llegara del más allá, o de un lejano y frío túnel.

—¿Cómo dice? —farfullaba Carrasco, apenas despierio, muy sogresaltado, jadeante y entre dientes—: Paco murió…, lo hice gasear… ¡Murió!

—¡Paco Girbal! Soy Paco Girbal, he vuelto de las cámaras de exterminio nazis… Y esta madrugada llamaré a tu puerta. Vendrás conmigo, descenderás al infierno, y allí te quedarás…, canalla, basura.

—¡Tú, Paco… Girbal…! ¿Qué has resucitado…? No…, no… puede ser…

La voz llegaba entrecortada, y se le adivinaba con la boca seca, el corazón trepidante y el cuerpo enteramente sudoroso. Fue justo entonces cuando Katia soltó la estocada:

—¡Conmigo están Lenin… y Trotski! —gritó con todas sus fuerzas.

—¡Oh, no…, no…! —El hombre fue víctima de nuevo del trauma infantil y terrorífico; el teléfono le cayó de las manos, temblaba como hoja de árbol, y al tomar de mievo el aparato, oyó que le decían en ruso lengua que Carrasco comprendía un poquitín:

—¡Trotski, tu amigo del alma, te llevará a las heladas llanuras siberianas, y con nosotros vendrá Lenin; estarás entre los dos! ¡Trotski y Lenin!

El hombre sufrió un ligero desvanecimiento, y cuando se recuperó, apenas dos o tres segundos después, oyó que aquella voz horrible le decía:

—Giovanni Rega nos ayudará a llevarte con nosotros. También Stalin. ¡Y Helmut Shrodt! Y Gertrudis Izquierdo García. Todos te adoramos, querido asesino, y te sepultaremos vivo en Siberia, bajo cien losas de hielo.

Luego Katia colgó el teléfono y se dispuso de nuevo a conciliar el sueño, junto a George, que todavía continuaba de bruces, profundamente dormido. Esta vez tardó algo más en dormirse, y se revolvía, inquieta, nerviosa, repentinamente asustada, agarrándose a los brazos del hombre amado. Así se mantuvo largo rato. Sus propias palabras y el terror del interlocutor telefónico resonaban en su mente una y otra vez, y veía al sujeto, trémulo y agónico, los ojos desorbitados.

Y cuando Katia despertó, ya hacia las 8,40 horas, lo que entonces vio le produjo el más risueño y sedante de los efectos. Él le había preparado el desayuno, que más semejaba opíparo almuerzo. Sobre la mesa había café, leche, tostadas, jugo de naranja, mermelada, mantequilla, huevos duros con jamón, *corn flakes*…

¡Qué extrañas carcajadas escaparon de los dos! Ya George se había afeitado y se disponía a tomar asiento, aún en pijama, a la vez que la invitaba a ella con ademanes versallescos. No sin exclamaciones de placer, gruñidos y risas se dispusieron ambos a comer, y con el apetito de dos lobos.

Fuera, el tiempo era poco frío, absolutamente nublado, tristón… ¿No son así todos los jueves santos? Aquel 23 de marzo de 1978, iba a ser jornada histórica en la provincia. Nuestros dos personajes albergaban la vaga y a un tiempo firme convicción de que aquel día protagonizarían desde las sombras una operación que, con suerte, le evitaría al mundo graves estremecimientos de horror; y si esa suerte no les alcanzaba, entonces la sociedad española se vería sacudida en sus cimientos.

Cuando Katia, entre sorbo y sorbo de café, explicó a su amigo el cómo y el cuándo de su intervención nocturna cerca de Carrasco, hacia las 6,05 horas, George declaró con énfasis que debió haberlo presentido; y agregó que «debió haber intuido que aprovechando su sueño, desarrollaría ella su plan diabólico, del que cabía esperar alguna barbaridad».

—¡Y esa barbaridad, mi buen George, se habrá cometido ya o estará a punto de cometerse! Contemos con ella —y la medio rusa se esforzaba por pensar fríamente—, y en todo caso resulta lamentable que no poseamos una visión cierta de lo que van a hacer nuestros queridos extremistas. ¿Y sabes por qué no lo sabemos? Pues porque hay contradicción entre tus fuentes y las mías. Bueno,

a decir verdad, la disparidad de criterios y de informes resulta normal. ¿Cuándo no acontece así?

—Por lo tanto —y George, que se había levantado y paseaba, encendió su primer cigarrillo, el primero del día—, deberíamos planear varias operaciones, a encajar con cada una de las versiones. ¡Para no estar desprevenidos! Espera —exclamó de súbito, inmovilizándose de pies a cabeza—, ¿por qué no llamamos a nuestras respectivas antenas? Acaso les han llegado noticias frescas.

—¡Oh, sí! Llama tú —propuso Katia— mientras limpio la mesa y me acicalo un poquito…

George llamó a Wilson, el cual había invertido la noche —según dijo— reuniendo informaciones: telefoneando a diversos enlaces, a la estación madrileña, a las antenas valenciana y zaragozana, conectando con Langley y consultando informes; y como resultado participó:

—No te daré nombres de contactos, ante el riesgo de que, entretanto, se hubieran colocado en tu habitación algunos chinches…

—¡Imposible! De haber venido alguien para colocarlos, se nos habría alertado gracias a los perros; por otro lado, esta masía particular, que no pensión, la elegí yo, no me fue propuesta. Inviable tu hipótesis.

—Conforme. Ahí van, pues, los últimos mensajes; te los leo tal como acaban de sernos redactados y entregade esa mañana. Leo:

23-3-78 MOST SECRET
8,55 h. Tarragona. A Pérez-Ruiz:

Como consecuencia del violento altercado entre ANTONIO CARRASCO GÓMEZ y GIOVANNI REGA, este último ha resultado muerto; y ha recibido graves heridas, quizá no mortales, GERTRUDIS IZQUIERDO GARCIA. Las FOP están a punto de llegar al lugar de los hechos: calle de los Mártires de Alcalá, s/n., masía situada en los alrededores de Tarragona. CARRASCO ha logrado huir.

23-3-78 MOST SECRET
9,10 h. Tarragona. A Ruiz:

Se temen dos acciones de la MLE, a las que tuvo acceso ANTONIO CARRASCO. Estas dos acciones serían, al parecer, según fuente segura, las siguiente: 1.a: Explosión del almacén de ASCÓ, donde se conservan dispositivos para montar próximamente la central de mandos de dicha planta nuclear. Estos dispositivos están valorados en muchos millones de dólares. 2.a: Explosión próxima en la planta nuclear, ya en funcionamiento, de Vandellós. A las 22 horas saldrían de calle Belén, n.° 24 (Tarragona), dos camionetas «DKW»; una hacia Ascó y la otra con destino a Vandellós. Ambas repletas de explosivos de alta capacidad destructiva. ANTONIO CARRASCO viajaría en la que se dirige a Vandellós.

23-3-78 TOP SECRET
9,25 h. Tarragona. A Pérez-Ruiz:

Alguien cuya identidad no ha podido ser fijada todavía, ha denunciado al MLE el doble juego de ANTONIO CARRASCO GÓMEZ, a quien, además, se ha tendido cierta trampa. CARRASCO lo ha descubierto a tiempo y se ha refugiado en la sede filial del NFAH, cuyas señas no nos son aún conocidas, aunque tenemos la certeza de que esas señas se centran en la ciudad de Tarragona.

En cuanto hubo concluido de acicalarse, pegóse ella al teléfono, junto a él, y pudo escuchar parte de los tres mensajes; luego los volvió a escuchar gracias a la grabadora, y dijo:

—¡Nosotros sabemos las señas y teléfono del NFHA! Estimo que deberíamos comunicárselas directamente al MLE, y éste se encargaría, ¿no te parece?, de poner fuera de combate a las personas y programas de Helmut Schrodt. O eso, o —vaciló al decirlo— comunicar todos nuestros datos a las autoridades españolas, para que sean éstas las que actúen. Esto último ofrece un grave inconveniente…

—… el de que no podríamos alertarles sin descubrirles nuestra presencia, en cuyo caso la Compañía y tu KGB nos pulverizarían. ¡Excluye esa posibilidad! —sentenció George, que se levantó y

comenzó a pasearse, hasta situarse frente a la ventana.

El exterior era un remanso de paz: prados, colinas, la autopista, el río Ebro, entre el verdor pálido, el canto monótono de las aves y los motores de los aviones que de tarde en tarde cruzaban por el cielo. George abrió la ventana y se asomó; no se oía tampoco a los dueños, en la planta baja.

Katia marcó el teléfono del MLE: 91 36 27, previa aplicación de la bocina cambiavoces, sirviéndose ahora de una voz femenina de tonos agudos:

—¿Me conoces? —dijo Katia al oír que tomaban el teléfono—. ¿No? ¡Cretino, maricón!

—¿Qué quieres ahora? ¿Cómo es que no te encuentras dónde te dijimos?

—Escucha y calla, besugo. Antonio Carrasco Gómez se ha refugiado en la filial del NFAH.

—¿Y para eso nos llamas? Ya lo sospechábamos…

—¡Cierra el pico, tontorrón! Las señas del NFAH son las siguientes: calle Magnolia, número 14; la masía está a nombre de doña Anastasia Trullols Massana, con el teléfono 99 40 02, son unas 21 personas, y hoy a las diez y media o a las once os harán una visita. Os quieren freír a tiros.

—¡La hostia! —Comunícaselo al jefe.

—Pero entonces…, ¿has cumplido el encargo? ¡No tenías tiempo! ¿Cómo es posible…? Oye, oye, oye… Dame tu contraseña…

Katia colgó, dejando oír media docena de tacos de última moda.

—Dudarán, claro —razonó George, como hablando consigo mismo—, pero querrán contrastar la información, y si la comprueban obligarán a los de Carrasco a mudar de domicilio o huir; con lo cual se aguarán o aplazarán sus propósitos. ¿Cabe alguna otra posibilidad?

—Docenas… ¡Nunca se sabe! Hay que sembrar, y luego esperar…

—Tu gente y la mía están avizores y no bajan la guardia, y entretanto… Mira, Katia, te propongo despejarnos un poco. Empiezo a temer que la excesiva tensión disminuya nuestra creatividad… Necesitamos reposo. Salgamos al campo, y volvamos a las doce; el mediodía es buena hora para levantar de nuevo las redes y apreciar la pesca…, ¿no te parece?

—*Mais oui, mon chéri*… (En francés: «Naturalmente, querido»).

—Evasión completa, ¿conforme?

—*Tu manes, estimat meu.* (En catalán: «Tú mandas, amado mío»).

—Salgamos y olvidemos todo. ¡Lástima de tiempo neblinoso!

—*Tumánui Lóndona véchnui*… (En ruso: «Las nieblas de Londres son eternas»).

—Pero tú y yo no somos eternos, Katia.

—*Of course! So is the life!* (En inglés: Desde luego. Así es la vida).

—Dime ahora algo en gallego y en vascuence… —rogó George.

Habían descendido las escaleras y se hallaban en la planta baja, sencilla y rústica, como detenida en los años 50, y ya en el exterior, encontraron al matrimonio propietario sentados y de espaldas a ellos. Discutían, casi se peleaban, echándose en cara los aspectos agrios y huraños de sus respectivos caracteres. Katia y George se miraron y, como quiera que no habían sido descubiertos, echaron a un lado y se alejaron, hacia el campo. Caminaron en dirección al río Ebro, por entre cañaverales, a la vera de una acequia que traía agua hasta los topes. Menudeaban los árboles frutales, manzanos y almendros, cerezos y albaricoqueros, y en la vega había alcachofas, tomates, zanahorias, acelgas, coliflores, calabazas y demás hortalizas. Los olores de estos frutos eran fuertes, casi agresivos, y a trechos se olía a estiércol, a tierra mojada. El ruido del río, caudaloso, con sus remolinos, iba aumentando a medida que se aproximaban a él; hasta que al llegar a su orilla, fangosa, el sordo rumor les mantuvo fascinados largo tiempo y no hablaban ni se miraban… Cerca alguien estaría friendo sardinas, pues les llegaba el grato aroma, y asimismo voces de payeses comentando sus cosechas, los precios y el tiempo.

Tomaron asiento sobre dos pedruscos y contemplaron el paso de varias barcazas navegando hacia el delta. De repente, Katia tocó un brazo de George y le indicó que escuchara; varios payeses próximos, ocultos por la arboleda, charlaban.

—… *tampoc tu?* (¿Tampoco tú?), —decía con su voz gruesa y ronca.

—*Qué vols que en fad deis cavalls?* (¿Qué quieres que haga con los caballos?) —decía éste con voz más opaca y nasal.

—*És ciar!* (¡Claro!). *Tothom es mecanitza.* (Todos se mecanizan).

—*Mecanitzarse vol dir deshumanitzar-se: vet-ho aquí!* (Mecanizarse quiere decir deshumanizarse: he aquí todo).

—*¿Peró, no veus que hi ha maquines per a tota mena de tréballs agrícoles?* (Pero, ¿no ves que hay máquinas para toda clase de trabajos agrícolas?).

—*Sí: tot es fa ara a máquina, i per si fos poc els colorants i la química ho acaben d'adobar tot; ara, quan menges, no saps si t'empasses venenos o qué.* (Sí: todo se hace ahora a máquina, y por si fuera poco los colorantes y la química lo acaban de arreglar todo; ahora, cuando comes, no sabes si tragas venenos o qué).

—*I la geni que et fot el camp que és un gust, sobre tot deis terrenys muntanyosos.* (Y la gente que huye que es un gusto, sobre todo de los terrenos montañosos).

—*Tot es despobla, noi; i tothom millora de vida, menys nosaltres els pagesos!* (Todo se despuebla, chico; y todos mejoran de vida, menos nosotros, los payeses).

—*A mí el que em cabreja són els intermediar is, que tot ho encareixen.* (A mí lo que me cabrea son los intermediarios, que todo lo encarecen).

—*Calla, home, calla; a mí els dos nois m'han fotut el camp, y ara quedem la dona i jo només. I a sobre: el malparit del meu fill gran, l'hereu, va i em diu: «A veure si em doneu l'heréncia que em períoca».* (Calla, hombre, calla; a mí los chicos se me largaron, y ahora quedamos la mujer y yo solos. Y encima, el malnacido de mi hijo mayor va y me dice: «A ver si me dais la herencia que me corresponde»..) —Lo decía gritando, entre sarcástico y amenazador.

—*I l'hi vas donar?* (¿Y se la diste?).

—*Jo? Una patada ais collons li daré!* (¿Yo? ¡Una patada en los cojones le daré!).

—*És clar*! (¡Claro!).

—*Per a donar-li l'heréncia hauria de vendre, i si vene em quedo en la puta miséria!* (¡Para darle la herencia, tendría que vender, y si vendo, me quedo en la puta miseria!).

—*Noi, ens ha sortit una generació podrida: només pensen en*

voltar-la! A les ciutats tothom! A Reus, Tortosa, Tarragona… El camp que el treballi Rita! Están bojos amb les discoteques… (Chico, nos ha salido una generación podrida: sólo piensan en andar por ahí. ¡Todos a las ciudades! A Reus, Tortosa, Tarragona… ¡El campo que lo trabaje Rita! Están locos con las discotecas…).

—*… o les drogas!* (…o las drogas!).

—*Els americans son els culpables d'aquestes modes!* (¡Los americanos son los culpables de esas modas!).

—*Mira aqüestes bledes… Semblen musties, no tenen color.* (Mira estas acelgas… Parecen mustias, no tienen color).

—*És per la radiactivitat.* (Es por la radiactividad).

—*Vols dir? No ho cree, tú!* (¿Tú crees? ¡No lo creo, tú!).

Poco a poco las voces perdieron fuerza, hasta que no se las oyó, y renació el silencio, sólo alterado por el rumor incesante del agua. Tampoco llegaba ya el aroma de sardina frita; en cambio llegaba olor a café, sólo breves instantes.

—Como puedes ver, Katia, nadie se siente satisfecho.

—¡Y además —clamó ella, gozosa—, todo quisque os echa la culpa a vosotros, los americanos!

—Tendríamos que inventar un nuevo Plan Marshall, y regalar al mundo entero la totalidad de nuestra riqueza, y aun así habría resentimiento contra USA. ¡A la URSS, que no para de meter cizaña y roba hasta el aire, nadie le echa en cara cosa alguna! —dijo George con acritud.

—¿Qué roba mi país, yanqui? Absolutamente nada, zo quete; nada.

Dieron algunas vueltas por la orilla, arrojaron piedras al río, corrieron, se tendieron sobre la hierba, cantaron, rieron…, y al fin George, horrorizado, exclamó:

—¡Las dos y quince minutos!

—Regresemos a la masía. —Y cuando tras las iniciales prisas, recobraron el paso normal, Katia agregó—: Tu país y el mío alcanzaron elevadas cotas de popularidad en 1945, tras derrocar al Eje. Luego, nuestros dos países se tornaron antipáticos. ¡La guerra fría, qué asco! En el caso de España, resulta curioso observar que a pesar de que el Tío Sam controla o presiona todas las fuentes de propaganda e información, merced a lo cual pudo haber creado una positiva imagen de los Estados Unidos, existe contra vosotros cierto

reproche y hostilidad…

—¡Katia! Ese reproche y hostilidad no son inferiores a los que se sienten contra la URSS, a pesar de que, paralelamente, el marxismo se ha ido posesionando del profesorado universitario. Pues bien —resumió él, triunfante—, ello no obstante…, ¡se desconfía y recela aquí de la Unión Soviética! Quizá porque en tu país no tenéis auténtico socialismo…

—¡Vamos, vamos! Tu país cometió el gravísimo pecado de proteger el régimen totalitario anterior a cambio de vuestra presencia militar —escupió ella—, lo sostuvo y protegió a sabiendas de la repulsa española e internacional.

—¿Por qué iba a negarlo? —gritó George—. Mas no debiera olvidarse que la Casa Blanca ofreció al régimen, en los años 50, la caudalosa ayuda económica del Plan Marshall a cambio de que la dictadura aceptara la democratización de España. ¡Esa oferta se hizo! Lo que ocurre es que El Pardo no la aceptó…

—¿… y no fue aceptada con inconfesable alborozo por parte de Eisenhower, y la pública alegría de Washington-Londres… o sólo con el beneplácito de Wall Street? ¿Me responderás a esta cuestión, divino Vargas?

—¡Katia del demonio! Tú sabes muy bien que la dictadura española no benefició a nadie tanto como a Stalin. Sólo veo una cosa más sucia que la guerra psicológica y el espionaje, y esa cosa es, sin duda, la política hegemónica e imperialista.

—*No es barallin, home…!* (¡No se peleen, hombre!) —interrumpióles la anciana del hostal apenas les vio.

—¿Pelearnos? ¡Oh, no! —replicó George con franca sonrisa.

—¡Mire usted, los hombres son todos machistas, vanidosos y tontorrones! —expuso Katia con fingido enojo—. Pero, oiga…, ¿no está su esposo?

Antes de escuchar la respuesta —la anciana dudó, no sabiendo qué responder, pues al parecer ignoraba dónde se hallaba aquél—, subieron las escaleras y se internaron en su habitación.

—¿Sigues convencida —preguntó George, calmado— que la Compañía me utiliza y manipula para que liquide a Carrasco?

—Después analizaremos eso; déjame ahora llamar a mis contactos, ¿o quieres llamar tú antes que yo?

—¡Si de veras fuese yo machista te impediría ser la primera en

usar el teléfono!

—Mi idolatrado burgués…, ¿ignoras que la galantería es otra forma de manipulación de dominio masculino?

George levantó los brazos, como dándose por vencido, al tiempo que ella antes de tomar el teléfono besó y besuqueó a George con furia eslava, entre risitas tiernas, guiños, mordisquillos y abrazos.

—¿No te he dicho que me recuerdas a la Grushenka de *Los Karamazov*?

Katia abrió la boca con horror y luego arrojó a su amigo a la cama, y entre ambos tuvo lugar una pelea violenta, con gritos de los dos.

—Esperaba algún cumplido —chillaba ella—; esperaba que yo te recordara la Katia de *Katia*, de Tolstoi. Pues por ella me bautizaron así…

—Para mí eres una mezcla de furcia, intrigante, verdugo, y a tu lado no me siento más seguro que si me hallara en un pozo lleno de víboras. ¡Lo que me extraña es no haber sido ya víctima de tus venenos! Dalila, Cleopatra, Borgia, Maquiavelo y Luzbel son meros aprendices a tu lado.

—¿Lo dices porque provoqué la estampida de Carrasco, y porque le llevaré a la muerte o al suicidio?

—Lo dije, Katia, porque tienes cara de ángel y el alma de…

—¿De quién? Los romanos sostenían que las féminas carecían de alma; tú, al menos, me crees dotado de ella. Ya es algo…

—¡Por todos los santos, Katia, telefonea de una vez! Son las 12,40…

—Explotador, tirano —decía mientras marcaba el teléfono—, sucio burgués, sanguijuela, matón de burdel…, te odio tanto que te comería a besos de los, pies a la cabeza.

Instantes después, calló y fue tomando nota de cuanto le comunicaban, que ponía en un bloc, con George a su lado, que lo iba leyendo:

> *23-3-1978-12,45 h. Tras la muerte de Rega y de Gertrudis Izquierdo, motivados por el acceso de locura sufrido por Antonio Carrasco, este último se adhirió al núcleo MLE, cuyo jefe desenmascaró a Carrasco, al que mostró como provocador. Luego le expulsó de la organización. Al parecer. Carrasco fue asesinado*

por algún incontrolado de la NFAH. Esta información será confirmada hacia las 20-21 horas.

Las autoridades españolas, que habían logrado conocer proyectos y señas de casi todas las redes clandestinas, han detenido, en un golpe inesperado, a 22 miembros de diversos núcleos. Tememos la entrada, procedentes del extranjero, de algunas facciones de redes que intentarían operar por su cuenta, y con arreglo a planes que desconocemos. Se nos ha prometido información reciente por parte de la fuente M.O., hacia las 21 horas.

Helmut Schrodt, librado de la ola de detenciones, abandonó el domicilio en Torre del Español, y se encuentra ahora, según todas las probabilidades, en alguna masía de la comarca. Probablemente recibirá ayuda.

Orden urgente: que justifiques tu ausencia y expliques operación en curso en la que te encuentras inmersa

Maravillábale a George lo copiosos y precisos que llegaban los informes de los colaboradores de Katia. Resultaba evidente, a juzgar por los últimos datos, que el golpe asestado a todas aquellas redes clandestinas iba a ser mortal… o casi. Ahora bien, el momento se revelaba en extremo peligroso, pues por furor o despecho, los extremistas que se libraron de la *razzia* española (y 22 detenidos eran muchos detenidos) podrían, faltos de jefatura, aventurarse a ciertas acciones inmaduras y suicidas, sin contar con los refuerzos que podrían llegarles, aunque ya a esas horas las carreteras de segundo y tercer orden —y no digamos las autopistas— se encontrarían estrechamente vigiladas por la GV y la PNE. La cabeza visible, Helmut Schrodt, podría quizá mover algunos hilos, evidentemente, y era de suponer que los suyos no le habrían abandonado.

George llamó a Wilson y le encargó inmediata información acerca de Helmut Schrodt, de quien repitió los datos logrados por Katia, aunque por supuesto silenciando la fuente. Solicitó, a la vez, informes recientes sobre Carrasco y José Antonio Blázquez Diéguez. Importaba también conocer el paradero de las tres «DKW» con explosivos de Schrodt. Y por último, precisó: ¿Qué riesgos se

ciernen sobre Ascó y Vandellós? ¿Se tiene el propósito de comunicar las informaciones a las autoridades españolas?

Luego colgó. ¡De nuevo a esperar!

—Con esta tensión nerviosa, no estallar el uno contra el otro es casi milagroso —explicó George, que se levantaba, tomando asiento y volvía a caminar.

Katia se acercó a la ventana, observando hacia todas partes: nadie, soledad completa; con el tiempo gris y dispuesto a llover pero sin viento ni lluvia.

—Es difícil concebir cómo aguantan estas tensiones, a veces trágicas, en las Centrales; me refiero a los momentos en que un pez gordo cae en poder del enemigo con sercretos vi tales… O a esas situaciones políticas con riesgo de enfrentamiento militar entre los dos mastodontes. Por ejemplo, la crisis cubana de 1961-1962 con misiles en la isla antillana, el desenmascaramiento de Penkowski y la escalada con el reto Kennedy-Kruschev.

—Hasta las 15 horas no volveremos a tener noticias frescas —dijo Katia.

—Desde este escondite lo que hemos hecho será positivo o negativo, y aún es pronto para juzgar, pero no cabe duda que hemos disparado la situación; el *shock* que tú le has inyectado a Carrasco ha sido la espoleta y el detonador; y el que dieses al MLE las señas del NFAH puede haber inducido a aquéllos a cometer errores que permitirían a la GV o a la PNE o a la 2B a la localización y captura de tanto extremista.

—Cierto, George —replicó Katia—. Lo malo es que si bien hemos disparado la situación, no podemos o no sabemos hacer nada para dirigirla. Nos falta creatividad. Probablemente en la 2B se sospecha de nuestra intervención, que ellos calificarán en todo caso de incontrolada y no coherente con las intenciones de Langley y Moscú. Hay una remota hipótesis de que a estas horas, en los ordenadores de Madrid (y me refiero de nuevo a la 2B) se albergue la sospecha de nuestra combinada actuación; estarán más que asombrados y acaso la bendigan porque… ¡cómo hay Dios que les estamos ayudando, con más o menos acierto! Oye, George: ¿has tenido alguna vez la sospecha de que te seguían o controlaban los españoles, o peor aún, se te han insinuado?

—Nunca…

—Tampoco a mí. Seguro que conocen nuestro pasado y ascendencia.

—Imagino —dijo George— que se limitan a tenernos en cuenta; yo corro menos riesgos que tú. Pues la Casa Blanca y Madrid sostienen excelentes relaciones, mientras que las de la Moncloa con el Kremlin se deslizan dentro de lo puramente convencional y con sonrisas más bien estereotipadas.

De repente, comenzó a llover; sin violencia pero con rico caudal, que la tierra absorbía vorazmente. Hacia poniente relampagueaba.

—¿Te gusta la lluvia? —preguntó George, brillante la mirada.

—A ti, sí; lo veo… —replicó Katia—. En Rusia, las lluvias de otoño e invierno son tan terribles que los caminos se convierten en inmensos barrizales. Me gusta la lluvia, en efecto, porque es algo así como… fecundar la tierra; pero aún me gusta más la nieve. ¿Sabes que en los países eslavos se celebran las primeras nieves como algo maravilloso? Esquiar me encanta, y todavía más viajar en troika.

Tras breve silencio, George exclamó:

—¡Habría que estar muy loco para querer destruir una planta nuclear en pleno funcionamiento! ¡Habría que ser canalla y cretino!

—Hasta ahora, que yo sepa, ninguna organización ha pretendido un disparate de esa naturaleza, ñero…

—Continúa.

—En nuestras clases de preparación profesional, se nos enseñó a usar de la lógica y del conocimiento del pasado con ciertas reservas.

—¿Qué quieres insinuar?

—Que si uno pensara: «Como tal disparate no se ha producido en países o etapas pretéritas, no es verosímil que se produzca en el presente»; si uno pensara eso, repito, cometería un error imperdonable. ¡El futuro se va tejiendo de sorpresas y de acciones insólitas! Por otro lado, la mente de los alucinados se rige por principios que no emplearía el sujeto cuerdo. Ya conoces los razonamientos que se hacía Raskolnikov para legitimar sus asesinatos… Según Raskolnikov, al ser superior (y de corte napoleónico) le están autorizados, en virtud de su genio, los atropellos de la ley que no se admitirían en el individuo vulgar. Según el héroe de *Crimen y castigo*, al genio se le puede dispensar su ilegalidad porque con ella, sea cual fuere su infracción, promueve el adelanto del mundo. ¡No pasa de sofisma, claro está,

pero no olvides que Raskolnikov se halla presa de la soledad, el frío y el hambre, es decir, de la neurosis! Y otro tanto cabe afirmar de ciertos extremistas… Mira, algunos extremistas de hoy me inspiran respeto, porque luchan por lo que juzgan necesario y justo, ¡tienen ideal!, pero los hay de acciones incongruentes que más bien evocan la conducta del enfermo patológico…

George no pudo más. Tendido como estaba en la cama, levantóse de pronto, dominado por el furor. La desmedida ansiedad de aquellos días iba a estallar ahora…

—¡Deja la patología en paz! —rugió fuera de sí, pálido y trémulo —. ¿Acaso somos médicos? Dime: ¿podrías tú jurar que nosotros, tú y yo, somos algo menos que canallas o paranoicos? ¡Abre los ojos! ¡Se nos ha adiestrado para mentir, calumniar, emboscar, guerrear en la sombra y matar! Y lo realizamos como si se tratara de tareas honorables y dignas. En consecuencia, ¿cómo puedes pretender que seamos tipos corrientes y cuerdos? ¿Qué nos distingue del terrorista? ¡Abre los ojos de una maldita vez!

A la muchacha se le llenaron los ojos de lágrimas; y George, que no lo había advertido, agregó con redoblada cólera:

—Tú eres la siniestra mezcla de esbirro, verdugo, intrigante solapada y espía. ¡Asco y náuseas debieras sentir de ti misma en lugar de juzgar a los demás! Y debieras escupirte al verte en el espejo. Te lo juro: ¡peor que puta!

Katia se tapó la cara con las manos. Sólo entonces se dio cuenta George de lo que acababa de hacer. Se aproximó a ella, que estaba sentada en el sofá, y de rodillas se abrazó a su regazo, sin añadir palabra. Ya el rapto de locura o de nervios se había diluido; volvía a ser dueño de sí mismo. En silencio la abrazó, y luego le besó las lágrimas con ternura.

—Yo, mi dulce Katia, yo… ¡soy un tipejo sin alma, un gorila y lacayo de Wall Street! Si no soy eso, entonces soy un esquizofrénico.

Ella sollozaba en silencio, incapaz de haber previsto aquella crisis, pero sí capaz ahora de comprender. Se tendieron en la cama, agarrados, y como había refrescado, cubriéronse con la manta. Sin hablar ni dormitar permanecieron en esa forma largo rato, mucho tiempo, una eternidad, de la que regresarían siendo ya muy diferentes de lo que fueran hasta entonces el uno para el otro.

—Nunca, nunca…, por más años que viva, me perdonaré esta

salvajada —dijo George, grave, perplejo y dolorido.

—¡Pero si no eras tú, amor, quién gritaba; era el demonio de la ansiedad!

—Esta explosión…, y mi inestabilidad emocional… —George estaba absorto.

—¡Te ruego que lo olvides!

—Todo esto acrecienta la certidumbre…

—¡George! ¿Qué vas a decir…? —murmuró Katia, alarmándose más y más.

—… la «certidumbre de que yo no sirvo para este oficio…

—¿Y te figuras que yo sirvo? ¿Quién crees que sirve para nuestro trabajo o para ejercer como verdugo? No sé de ningún profesional que no arrastre sus traumas y su desquiciamiento nervioso… ¡Hasta Sorge, el llamado agente perfecto, era un puro desecho! Estaba alcoholizado, tenía el hígado hecho puré, estallaba por nada, y si no lo hubiesen ahorcado a sus 49 años, el pobre, un ataque cardíaco se lo hubiera llevado al sepulcro a los 55. ¿Qué te crees? ¿Que hay agentes-máquinas con nervios de acero y todo eso, que existen los robots? ¡Mentira! Te curtes con tropiezos, caídas y arruinándote el organismo.

Katia tomó la cabeza de George y la colocó en su regazo, y juntos, pegados, mimándose y mirándose, estuvieron un tiempo incalculable…

Cuando George llamó a Wilson, y como de ordinario aplicando a su teléfono el supletorio anticontrol, hubo de escuchar lo que sigue:

—No llegarán respuestas concretas hasta las 20,50 horas; y para entonces, cuando vuelvas a conectarnos, el Centro espera que le puedas ofrecer una razonable y aceptable explicación, que sin duda existe…, pero que desconocemos, acerca de tu estancia en esa zona. Repito: llámanos a las 20,50.

Habían dado las 13 horas, y hasta las 20-21 no habría obtenido nueva información. ¿Qué hacer, entretanto, con aquellas 7-8 horas? Seguía lloviendo, había oscurecido un poco, y el agua azotaba los cristales con furia humana.

—George, esta casucha en medio del campo seguirá en pie muchos años después de que tú y yo hayamos desaparecido… Perdóname, ¿en qué piensas? Él se tendió junto a ella, le tomó una mano y le sonrió con tristeza y dolor.

—¿No le quieres confesar a tu Katiuska qué te atormenta?

—¡Olvídalo! —Y rehaciéndose en su interior, añadió—: Nos quedan 7-8 horas para anticiparnos a los extremistas, y me pregunto qué podríamos hacer…

—¡Mudar de domicilio: eso es lo que deberíamos ha cer! —repuso Katia—. Pues a estas horas alguien nos ha brá localizado o estará a punto de hacerlo; y si no V consiguen los enemigos, lo lograrán los españoles o ir Centro… o el tuyo. Debemos, pues, huir de aquí, para r resultar un blanco demasiado fácil ni para Washingto ni para Moscú, supuesto que éste o aquél sientan la ter tación de pasaportarnos al infinito… sólo porque no les resulta transparente nuestra trayectoria. ¡Apostaría cua’ quier cosa a que ya han deducido con matemático rigoi nuestros respectivos y aunados planes!

La serenidad y placidez, quizá sólo aparentes, de Katia contrastaban con la interna excitación de George. Dij érase que ella se había instalado en un ángulo fuera del tiempo y el espacio. Mirando fijamente a George, le dijo con misteriosa dulzura:

—Morir ahora, fíjate en lo que te digo, no me importaría.

Él se estremeció y apartóse de Katia con gestos instintivos que no supo reprimir.

—¡Para tus *amos* y mis *amos*, nuestros planes entrañan la insubordinación —explicó George, de espaldas, sentado en la cama —; y además entrañan la solidaridad con los intereses de España, los cuales a ellos le importan un bledo! No te sorprenda, por tanto, que si no nos justificamos pronto, transmitan la orden de deshacerse de nosotros. Les bastaría comunicarlo a Carrasco por medio de algún enlace; y serían en tal circunstancia los esbirros de Carrasco y no los nuestros quienes se encargarían de ésa su labor de limpieza…

—¡Pero si Carrasco fue asesinado! —chilló Katia.

—Ése es el error; tal noticia pueden haberla facilitado para que renunciemos a nuestro plan o para que, creyéndole difunto, bajemos la guardia…, y de ese modo no podamos sospechar de dónde puede llegarnos el golpe fatal.

De repente, sonó el teléfono. Katia iba a descolgarlo, pero él la detuvo:

—No… antes de que lo descuelguen los propietarios!

Ella se abrazó tiernamente a él.

—*Digui!* —exclamó la anciana de la planta baja—. *Qui és, qui demana?*

Entonces George, deshaciéndose de Katia, alzó el teléfono y escuchó:

—Juan, el nuevo huésped… ¿Se puede poner al aparato?

—Era voz femenina.

—*Se'quivoca, nena!* —gruñó la hostelera, y colgó—. *Redéu!*

Katia y George se miraron, y no tuvieron que hablar para comprenderse.

En apenas segundos, tomaron ropas y maletines y salieron, abandonando el cargamento de víveres. Huyeron alocadamente hacia Venta de Camposines, con lo cual se aproximaban a Ascó, área de mayor vigilancia y peligro, pero —pensaron— si hubiesen volado hacia Falset se habrían internado por el flanco en obras, con barro en la carretera, merced a lo cual habrían dejado huellas con los neumáticos. Luego, apretando el acelerador, descendieron hasta Gandesa. Allí guardaba Katia su coche de repuesto, no fichado por nadie. Mudaron de lugar los objetos y le colocaron al auto de George una matrícula falsa para despistar a los que lo encontraran. Después tomaron el *Peugeot* 4 plazas de ella y subieron hasta las afueras de Villalba de los Arcos.

Por fortuna darían con cierta pensión solitaria y se hospedaron. El dueño, anciano medio sordo, vivía con su hija única, ya muy mayor y paralítica, y la esposa, siempre recluida en la cocina. ¡Sólo un teléfono, y se hallaba éste, para colmo de males, en el comedor! Malo, malo… La lluvia había cesado y el televisor, puesto el sonido a todo volumen, estaba dando el telediario, con profusión de noticias de ámbito religioso. La vida nacional se iba paralizando a raíz del Jueves Santo. Política y trabajo se sumergían en el consabido letargo para dar acceso a funciones piadosas y música sacra de concierto; también cines, discotecas, teatros, nights-clubes y bingos enmudecían durante dos jornadas y media. Del desenfreno nacional se pasaba sin transición a la paz impuesta y artificial.

—¿Por qué diablos pondrán tan alto el sonido…? ¡Sí, ya lo sé! —gruñó George—. El dueño anda más sordo que una tapia. Pero, ¿justificaría eso la rotura de tímpanos de los clientes?

—¿De veras te molesta? —preguntó ella, sarcástica. Se metieron en su aposento y desde allí escucharon las noticias; vamos, las

últimas. La habitación, limpísima, con tres butacas, cama de matrimonio…, y sin rastro de haber sido utilizada en varios meses…

—¡Rábanos! Huele a cebollas hervidas —dijo él— y a sofritos…

Los hoteleros se comunicaban entre sí a grito pelado.

—También mi padre anda un poco sordo —observó Katia, risueña.

—¿De veras? ¿Cómo son tu padre y tu madre?

Y los dos se acomodaron en sendas sillas, frente a frente, en la semipenumbra, con fría humedad.

—Mi madre es activa, juguetona, alegre; y mi padre, más bien grave y serióte. A ella le encandilan el teatro y la danza, y adora el humorismo de Chéjov y Gogol. Él, en cambio, prefiere la música y los estudios sobre filología. Cuando mi padre se quita el aparato del oído derecho, se queda como alelado y oye con dificultad. Hay que gritarle. ¡Menos mal del audífono! Porque con lo que le embriaga la música… No sabría vivir sin su Chaikovski, su Mozart y su Stravinski. Son una pareja formidable. ¡Háblame ahora de tus padres! ¿Cómo son…?

—¿Me permites que te hable de ellos otro día? Oye, ¿sabes que ayer no vimos ningún periódico? Antes de subir he cogido éstos de abajo; son de ayer. Déjame mirar si hay en *Sucesos* algo sospechoso.

Los dos hojearon minuciosamente, página por página, no sin antes encender todas las luces. Sólo se hablaba de religión. ¡Ningún suceso importante!

—Tus ojos son verdes —dijo Katia—, verde esmeralda, muy grandes y luminosos; tienes el cabello abundante y castaño, y el rostro de leptosoma (yo pícnica); nariz tosca y sensual, mandíbula saliente, labios apretados y pálidos, prematura calvicie en las sienes, y venciste la timidez desde hace tan sólo dos o tres años… ¿Cuándo amaste por primera vez?

—¡Katia, Katia, ya lo tengo! Tanto a ti como a mí se nos mantiene informados con evidente y deliberado retraso a fin de inducirnos al desaliento. ¿Cómo explicarnos, de otro modo, que durante 6-7 horas *no puedan* facilitarnos mensajes? ¡Absurdo! En las antenas, la recepción de datos afluye sin cesar. Vamos a tomarles la delantera con audacia. ¡Es preciso desconcertarles y confundirles! No esperaremos a las 20-21 horas para escuchar

informes. Reclamémoslos ahora. ¡Vamos, Katia! Ya sabes que el factor sorpresa es una baza que surte milagros. Descendieron del primer piso a la planta baja en cosa de segundos.

—¿Me escuchas?

Wilson solía pronunciar con extrema rapidez y sin nerviosismos, por descontado, mas su extremada celeridad le trocaba a veces en ininteligible. Junto a George se había pegado Katia para oír y grabar con su diminuto magnetófono, y también para que, en caso de aparecer el dueño o dueña, que no advirtiera los dispositivos; hablaban, por lo demás, en un ángulo del comedor solitario y a media luz. El matrimonio no estaba en la cocina, sino fuera.

—Te escucho —dijo George—. Pronuncia sin prisas, por favor, ¿Dispuesto? Adelante.

—Has llamado antes de la hora convenida. ¿Qué ha sucedido? —preguntó Wilson.

—¡Por todos los santos! —gruñó George—. Date prisa.

—Te leo los mensajes recientes:

2313-78 MOST SECRET
11,25 h. Tarragona a Ruiz:

Se confirma asesinato de Antonio Carrasco Gómez a manos de Giovanni Rega, el cual ha muerto también. Esta versión es definitiva y sustituye a una anterior de las 8,55 h.

23-3-78 MOST SECRET
12,50 h. Tarragona a R.:

Ante las medidas policiales indígenas, las redes de extremistas en Tarragona se hallan desarticuladas en gran parte. Una facción de ellas espera refuerzos del extranjero, y parece que han hallado cobijo en cierto chalet de Castelldefels. Un grupo de cuatro sujetos se ha citado con otros de tres individuos en las costas de Garraf (K. 9), y desde allí avanzarán, provistos de explosivos, para dar golpe en Vandellós. Se ignora por ahora la identidad de estos 3 sujetos. Viajan en sendos autos «Seat» matrícula B, negros. Hora del encuentro: 21,55 h. junto al saliente N.V. (acantilado estratégico, con huecos en el monte

rocoso), a irnos 25 m sobre el nivel del mar, en un ángulo con verandas rotas.

Nombres de los cuatro individuos procedentes de Italia: Pietro Zanussi, 26 años, alias Coco, es el jefe; Giacomo Valenti, 31 años, alias Espartaco; Guglielmo Veneto, 36 años, hijo de Florencia, alias Vittorio; Kevin Bloom, hijo de norteamericanos, 37 años, alias Francesco, tartamudea, habla italiano, inglés y francés. De los tres sujetos del segundo grupo, quizá podamos informar hacia las 16 h.

Estos dos grupos tienen como misión Vandellós. Procedente de Burdeos, Lyon y Marsella hay en marcha un comando que se dirige a Lemóniz. Informaremos de este último hacia las 16,05 h., y con mayor certeza hacia las 22 h.

Orden del Centro: no intervenir.

23-3-78 MOST SECRET
15,50 h. Tarragona a R.:

Urge conocer planes de Ruiz y precisamos saber los motivos de su ausencia. No quisiéramos poner en marcha la operación Vigía. Esperamos respuesta. Orden del Centro: no intervenir en cuestiones internas de España.

23-3-78 TOP SECRET
17,25 h. Tarragona a R.:

Por orden de Kraft se remite a Ruiz instrumental radio completo: emisor-receptor, intervención teléfonos radio en autos, captación de emisoras con selectordetector automático, etc. Hallará en NJ-22, C/. Vidre, 8, bajos. Menéndez de parte de Satrústegui.

Kraft envía cordiales saludos a Ruiz, a quien visitará el 2 de abril de 1978.

—Esto es todo. ¿Alguna pregunta? —dijo Wilson.

Antes de colgar, Katia rogó a George que ordenara al comunicante repetir las señas en NJ-22 (nombre en clave de la

ciudad de Tarragona), y Wilson repitió:

—Calle de Vidre, o Vidrio, número 8, bajos. Absoluta confianza. Lugar establecido hace apenas quince minutos. Ya conoces a Menéndez. ¿Ordenas algo?

—No, gracias… ¡Adiós!

George colgó. Y a continuación tomó el teléfono Katia, si bien antes de marcar el número, la hizo esperar poniéndose un dedo en los labios… Con sigilo, recorrió George la planta baja en todas direcciones; el recinto se hallaba casi a oscuras y en silencio. Tampoco había persona alguna en las habitaciones de arriba. Salió entonces al exterior, y junto al huerto trasero vio, sin ser visto, al matrimonio hotelero. Éste contemplaba el estado de las coles, tomates y alcachofas luego de la pertinaz lluvia, y comentaba los resultados de la próxima cosecha. Más tranquilizado, regresó junto a Katia y le dijo en voz baja:

—Luz verde…

Ella marcó al instante el número de teléfono de los suyos, y nada más comprobar que alguien, al otro lado del hilo, lo tomaba y escuchaba, exclamó con naturalidad:

—¿Oyes? ¿Me oyes? ¿Estás ahí…? Bien, te escucho.

—Bien, bien… te leo:

23-3-78. A 17,55 h.

Contra Ascó: grupo de Lérida. Un coche, cuatro personas.

Contra Vandellós: dos coches, nueve personas.

Contra Vandellós, dirige Pietro Zanussi, 26 años, alias Coco. Su chófer, Giacomo Valenti, alias Espartaco, es agente nuestro y obedece ante llamada: «Mira, chaval, Espartaco, o como te llames». Los otros de la red: Kervin Blood, alias Francesco, que tartamudea, y Guglielmo Veneto, florentino, alias Vittorio. Viajan en «Seat» negro 1970, matrícula B, con cargamento de explosivos.

23-3-78. A 18,07 h.

Al grupo de Ascó se ha añadido otro; ahora son cinco.

Para ponerse en contacto con grupo del Coco, telefonear al 6792158 y decir: «¿Me escuchas o no? ¿Me escuchas o qué,

paisano? ¿Me oyes o te dedicas a la molicie?»

Para conectar con grupo del Fuerte decir: «¿Te puedo hablar o andas adormilado como de costumbre? ¿No contestas?».

23-3-78. A 18,17 h.

Se te apremia para que justifiques tu ausencia y describas operación en la que te hallas inmersa.

Orden del Centro: no intervenir en asuntos internos españoles.

Ceñirse a instrucciones.

Algunas de las voces empleadas por la organización:

Operación Vandellós: tarea cotidiana.

Operación Ascó: tabaco rubio.

Sin cambios en el plan: monotonía.

Con cambios en el plan: pesadez.

Respuesta del Coco (al ser llamado en clave): 4 veces «oigo».

Respuesta del Fuerte (al ser llamado en clave): 5 veces «sí».

Hora de la operación en Vandellós (23,30): sin alicientes. Hora de la operación en Ascó (23,30): muy temprana.

Automóvil con el grupo l.°: Los maños.

Automóvil con el grupo 2.°: Los de siempre.

Encuentro de ambos coches en carretera Garraf: lugar N (K. 9).

Procedencia de Castelldefels: H-10.

Reunión de los 2 coches luego de la operación A-V:

Castellón de la Plana (P.V.), en primer lugar; en segundo: Teruel (NJ.). Las dirección en ambos casos las facilitará oportunamente El Chico.

Día de la operación: 23-3-78 A-V o sea: Cloro 6.

Actuación en Ascó: grupo procedente de Lérida: Alfa.

Actuación en Vandellós: grupo procedente de Castelldefels; dos coches (Coco y Fuertes): 9 hombres, o sea: Omega.

Autoridades españolas: el Negro.

Segunda Bis: el Bajito.

DST: los morenos.
BND: las de luto.
SIS: la del lunar.
CIA: murciélagos. KGB: la asturiana.
MOSSAD: los revendedores.
SIFAR: el abuelo.
Explosivos: los pañuelos.
Armas: cachondeo.
Municiones: palique.
Traición: frío.
Para pedir auxilio urgente: hace calor.
Cárcel: la Gertrudis.
Comisaría: el Celestino.
Razzia: juerga.
Herido: abajo.
Muerto: arriba.
Accidente: tabaco negro.
Enfermo: embriagado.
Matrícula indentificada y necesidad por tanto de cambiarla: raquetas de tenis en buen estado.
Os ayudaremos: también jugaremos nosotros.
Madrid: vals.
Roma: Vino.
París: fachada.
Londres: gris.
Lisboa: Samuel.
Washington: Vallejo.
Bonn: virgen.
Bilbao: Dominguín.
Barcelona: sabueso.
Confesión: Coca-Cola.
Buzón: agua caliente:
Combustible: merienda.
Víveres: agua.

Número teléfono «Seat» matrícula B en el que viaja núcleo de 5 individuos (2 italianos, 2 franceses y 1 español): 849 46 83 y que conduce el español PEPE SANTAS REQUEJO*, alias Chepa, 29 años, con hermano gravísimo en sanatorio pirenaico. Éste se llama Esteban, 26 años, casado, 2 hijos: Irene y Rogelio, de 3 y 2 años. Esposa alicantina, que vive en calle Reyes Católicos, de Alicante, y tiene una perra danesa enferma. Estos dos grupos coincidirán en carretera Garraf entre 21,45 y 21,55 h. de esta noche. Dictamen: son peligrosos y alocados.*

(ORDEN DEL CENTRO: NO INTERVENIR. ES ASUNTO INTERNO ESPAÑOL).

—¿Puedes facilitarme alguna respuesta a mis interrogantes? —preguntó el informador, luego de leídos los mensajes.

—¡Mañana por la mañana! —replicó Katia.

Volaron los dos hacia su habitación, y tras de hacer retroceder la cinta del magnetófono, volvieron a escuchar de nuevo los seis informes. Entretanto George, que había comprobado desde la ventana la presencia del matrimonio hotelero en el huerto, cerró los porticones y detuvo la grabadora.

—¿De veras es inválida la hija de los propietarios? —dijo George—. La vimos en una silla de ruedas, al llegar esta tarde, eso sí…, pero luego ya no hemos vuelto a tropezarnos con ella. Raro…, ¿no?

—Pues… estará en su habitación, o en alguna salita de estar, leyendo; con este día tan insano y frío… ¡George, fuimos nosotros los que elegimos esta pensión, no veas fantasmas! Olvida a esa infortunada, y dime: ¿cuál es tu diagnóstico acerca de los seis informes? Por lo que a mí personalmente respecta, empieza el peligro… ¿Y a ti?

—¡Mi posición es espléndida! En la seae se recelaba de mí, y se me iba a hostilizar; eso estaba clarísimo. Hasta que intervino Kraft, el más inteligente de Análisis, y para CA, FI y WE su palabra es dogma. Él vio claro en mis intenciones, o acaso intuyó que Washington se congraciaría con Madrid (para luego pedir a éste quién sabe qué) si me dejaba operar en pro de los intereses españoles… ¡Qué sé yo! Lo cierto es que se me da luz verde, ya lo

viste. No sólo eso: se me ofrece un sofisticado aparato de radio para…, ¿adivinas su propósito? Vemos si esta funcionaría chiflada puede seguir razonando o si el amor le ha nublado la materia gris. Porque las mujeres, en cuanto recibís el flechazo, dejáis de ser aptas para esta profesión. ¡Por eso y nada más que por eso se os utiliza en sólo un reducido y miserable *diez por ciento* en los Servicios Clandestinos, y por eso se os margina y desestima!

—George, ¡George! ¿Nadie te ha dicho que tienes el don de provocar, cuando lo deseas, una cólera fría y explosiva? ¿Ninguna mujer te ha zurrado de firme ni te ha humillado? —Y tras breve silencio—: ¿Y si te dijera que te utilizo y manipulo a mi gusto y que no eres sino un pelele?

—Si lo dijeras, que no lo dirás, mi bienamada Katia, no te creería. Pero dilo…

Irritada, Katia se abandonó a un acalorado e impulsivo plan de insultos e hipótesis de traición. Los dos se zaherían, ella quisquillosa y él riéndose alternativamente. George había penetrado en ese estado de ánimo, mezcla de euforia y excitación nerviosa, en el que no podía seriamente ofenderse por nada.

—Judith, Miss Van Lew y Lily Carré son a tu lado tres novicias con menos seso que un mosquito, porque tú eres, mi dulce e inteligentísima Katia, una profesional de la que podrían tomar lecciones Sorge, Dulles y Helms. Pero tú, mi bella *lady*, estás enamorada de mí, que soy tu caballero andante, tu Robin Hood, tu Maquiavelo hispano-yanqui, el medio catalán y medio bostoniano, y como que estás henchida de amor por mí, tu veneno de áspid se ha diluido, y tus garras de tigresa se han volatilizado, y por lo tanto eres más inofensiva que una gata de cartón a la que hubiesen sumergido en la Mar Chica.

—¿De veras, yanqui saborío y pasado por agua? —chilló Katia, abriendo los ojos y adoptando la postura del tigre—. ¿Y quieres ver ahora mismo de qué manera te dejo más indefenso que las figuras del Museo de Cera…?

Hablaron, discutieron, se hicieron el amor, se pelearon, rieron… y al fin descubrieron, con pasmo, que los dos estaban hambrientos y exhaustos. Y salieron para poner remedio al problema…

Entre defender Ascó, central nuclear en construcción, sin riesgo de radiactividad ni muertes, o defender la planta de Vandellós, en

pleno funcionamiento, no quedaba duda. Vandellós tuvo prioridad absoluta para George y Katia. Descartaron solicitar ayuda para no complicar el plan.

Situarse en la carretera de Garraf junto al K. 9, dentro del tramo con roturas exigió memorizar la planificación con claves y nombres, exhaustivo análisis de mapas y planos comarcales, ensayos… y visitar el área previamente para conocer recodos, grietas, desvíos, etc. Dispusieron de apenas tres horas.

Cuando ya anochecido se encaminaron hacia la carretera de Garraf, George estalló:

—¡El mundo está loco! ¿Qué sentido tiene destruir Vandellós? Incendiar Ascó resulta, dentro de lo demencial, quizá comprensible, pues con ello se retrasan planes de energía nuclear y se debilita al país… ¡Pero Vandellós! ¿Te imaginas que la radiactividad de esa planta se esparciese por el país y el Mediterráneo?

—No grites tanto, cálmate… y ¡por el amor de Dios fíjate por dónde conduces! —suplicó Katia.

A su lado los coches cruzaban raudos para evitar las típicas caravanas del principio de fiestas.

—¿Á quién podría convenir una barbarie de esa naturaleza? ¿Qué poderes hay detrás de todo ello? ¿Quién manipula a quién? ¿Por qué el KGB y la Compañía no han alertado a los españoles?

—¡Renuncio a entender, todo es demasiado enmarañado y sucio! —gruñó Katia.

—Ignoro si lograremos neutralizar a esos locos. A lo mejor son ellos los que nos eliminan a nosotros. Porque bien pudiera ocurrir que los suyos hubiesen anunciado al *Coco* y a *el Chico*, los responsables de la operación en Ascó y Vandellós, para que nos exterminen. Y así resultaría que cuando nos dirigiésemos a ellos, ellos nos intoxicarían y enviarían al sepulcro sin mayores problemas. ¡Te juro que odio este trabajo, odio la política subterránea y odio al linaje humano, por cerdo y cobarde!

—¡Pon más atención en la carretera! Ahí termina Vallcarca y allí empieza la carretera de Garraf, con sus curvas en pleno acantilado… ¡Ojo!

George conducía con desesperada fiebre: corría con la máxima velocidad, avanzaba en las curvas, y apenas atendía los indicadores de tráfico.

—¿Y qué me dices de Carrasco? —dijo George—. Reconozco que me dominaba el odio más bajo contra ese sujeto… Sin embargo, al conocer su muerte o asesinato, no experimenté júbilo. ¡Cómo lo oyes! Ni gozo ni complacencia: nada. No sentí nada. ¿Por qué? ¡Cualquiera sabe! Quizá dejé de aborrecerle luego de haberte conocido… Aunque presiento que mi sed de venganza se apagó mucho antes. ¿Cuándo exactamente y por qué? No sé… Diría, yo diría, Katia, que fuiste tú…

—¿Yo? ¿Cómo yo?

—¡Sí! Juraría que fuiste tú quien expulsó de mi ser el veneno destructor; tú extirpaste el aguijón…

—Pues no dije ni hice cosa alguna para acrecentar o aminorar tu pasión devastadora.

—Cierto, pero… ¿entonces?

—¡Oh, George, no me preguntes a mí: pregúntate a ti mismo!

Los faros iluminaron el indicador K. 9 y, a su vera, viose la veranda rota. Era el lugar. Allí estaba la grieta con varios metros de profundidad que serviría como escondite. Ambos miraron el reloj: las 21,30 h. No había luna y la oscuridad, muy densa, impedía ver incluso a 20 m; y llegaba del mar, tranquilo y negruzco, fresquísima y tonificante brisa. Imposible detenerse allí, pero más adelante, junto a la próxima curva, quedaba espacio para aparcar sin entorpecer el tráfico, que se deslizaba con extrema fluidez sin llegar a convertirse en caravana. La vigilancia de tráfico, confiada a la conocida GC, circulaba con sus potentes motos y observaba sin perder detalle. En las rutas españolas, ya se sabe, menudean sobremanera los autos de fabricación española —«Seats» o «Pegasos»—, seguidos de los de fabricación francesa, italiana, británica y germana; los automóviles importados de los USA escasean, en tanto los de otras nacionalidades resultan esporádicos.

A las 21,40 h. George avanzó hacia el K. 9, y detrás suyo, Katia mantenía en su regazo el dispositivo radiofónico.

—¿Nerviosa? —preguntó él.

—¡Absoluta calma! —replicó Katia esbozando una sonrisa—. ¿Y tú?

—Autocontrol y frialdad, todo en orden.

Ella marcó el número de teléfono del *Coco*, en su coche primero: 679 21 58, y con voz pausada y severa anunció:

—Que se ponga el *Coco*.

—¿Quién eres? —inquirió, al otro lado, una voz insegura.

—¿Me escuchas o no? ¿Me escuchas o qué, paisano? ¿Me oyes o te dedicas a la molicie? —replicó Katia sirviéndose de la clave.

—Oigo, oigo, oigo… ¡Oigo!

—¡Tranquilo! La tarea cotidiana sigue con toda monotonía, ¿sabes? Sólo, si acaso, con cierta pesadez… como dice el *Chico*. En fin, ya sabemos que las raquetas de tenis las conserváis en buen estado. Sea como fuera, también jugaremos con vosotros… —explicó Katia.

—Te comprendo… ¿Qué más?

—¡Hombre, me encantaría saludarte, si es posible! ¿No te importa parar un ratito en la curva superior, dentro de siete o diez minutos? Por aquí el tráfico va de maravilla. ¿Sabes que no he visto al *Negro*?

—¡Muy bien! ¿Y dices que sólo te afecta una cierta pesadez? —dijo aquél.

—¡Solamente! Con la salud de mil pares de demonios. Pero… por si me resfriase, ¿entiendes?, los pañuelos que traes para los crios estarán mejor en mi coche. Vosotros y vuestro cachondeo: ¡todos aquí! ¿Entiende el *Coco*…?

—¡Juraría que tú has bebido vino! —exclamó el del otro coche.

—¡Aciertas, macho! ¡Ah!, y yo hablaré luego con los de siempre. No utilicéis el teléfono hasta que yo vuelva a llamaros. ¡*Au revoir…*, que viene el *Coco*! Rápidamente, tras colgar, marcó Katia el teléfono del segundo coche: «Los de siempre», número 849 46 83, y antes de que le respondieran, exclamó:

—¿Te puedo hablar o andas adormilado como de costumbre? ¿No contestas?

—Sí, sí, sí, sí… ¡sí! —y se advertía en la voz del otro cierto espanto.

—¡Quieto, tranquilo, cariño! —repuso Katia—. ¿Sabes que el *Chico* te manda saludos? Estamos delante mismo de vosotros. Oye, ¡ya sabemos que las raquetas de tenis las tenéis en buen estado, y sea como sea jugaremos con vosotros! Chaval, me gustaría verte la cara… En la curva más alta, dentro de 25 minutos, mira el reloj. ¿Andas tan fuerte como siempre? —dijo ella siempre en clave.

—¡Como siempre!

—No llames por teléfono…, al menos hasta que yo vuelva a telefonear, que será prontito. ¿Vale, chato?

—¡Muy bien, hermosa! Ya nos veremos; cuelgo…

—¡*Chao*, amor!

Katia colgó el teléfono, exhaló un profundo suspiro, no sabemos si de alivio, y dijo:

—Todo dispuesto, George… Ya me oíste.

Y el aludido apretó el acelerador, avanzando a varios coches, y tras de breves minutos se situó en la curva más empinada, donde se extendía cierto margen, no demasiado espacioso, para aparcar dos coches. En tanto, George, con la llave inglesa rompía con destreza, en tres golpes, la caja de la dirección, pegada al motor, tras levantar el capó. Y salía Katia del vehículo con el maletín de la radio. Apenas hubo tráfico en aquellos instantes y no cruzaba tampoco ninguna moto de la GC. Minutos después, Katia marcaría el número de teléfono del primer auto y le diría a *Coco* que avanzara sin pausa ni prisa, ya que le aguardaban. El coche aludido se presentó muy presto al lugar. Descendieron cuatro individuos y trasladaron los explosivos, en paquetes de cartón, al portamaletas del «Peugeot» de Katia. Fue en cosa de apenas veinte segundos. El material quedaba así enteramente trasladado. Se hizo con celeridad y limpieza. Eran auténticos profesionales.

—¡*Espartaco*! —exclamó George, en tono imperativo—. El *Chico* quiere que vayas con el *Fuerte*, aguarda, pues, aquí… con nosotros.

Los cuatro se miraron, entre suspicaces y embarazados. George dejaba ver, sin exhibirla, su pistola con silenciador en el cinto.

—¡Pronto, estúpidos! —masculló George—. Largaos ya con el «Peugeot».

Los tres hombres obedecieron. Pusieron el coche en marcha y avanzaron casi desde el comienzo con la máxima velocidad. Despojado de firme dirección, el vehículo descendió por la pendiente con la previsible y natural torpeza, y al centenar escaso de metros se abalanzó ruidosamente contra la veranda… para precipitarse en picado contra el mar. Dio tres vueltas y cayó por la zona trasera, en un recodo de notable profundidad. No hubo estallido, y los quizá 50-60 metros ayudaron al coche a su completa destrucción. El sordo murmullo de las olas y la grieta a modo de

cala, amortiguaron completamente el estruendo. Y el coche se sumergió velozmente, engullido con ansia por la masa líquida. Ningún superviviente. Ninguna huella. Ningún testigo.

Y George, que contemplaba sin perder detalle, la mano pegada al cinto, sobre el arma, sintió que Katia se le abrazaba de lado con furia salvaje, como si le acometiera para derribarle. Ella anduvo a punto de sollozar, presa de súbita excitación nerviosa, pero él la atenazó con los brazos y le señaló el aparato radiofónico. Ella comprendió, y marcó el número de teléfono del coche segundo…

—¿Me reconoces? ¿Te puedo… hablar o andas adormilado? —preguntó.

—¡Escucho! Sí, sí, sí… sí. ¿Llegó… el momento?

—¡*Fuerte*! Os… aguardamos —la voz estuvo a punto de temblar le a Katia.

—Ahí estaremos dentro de diez minutos.

Giacomo Valenti les contemplaba consternado e inmóvil; era un hombre joven, llevaba grueso jersey negro, ampulosas pelambreras, y no se sacaba las manos de los bolsillos. No parecía seguro de su propia suerte. George le dijo:

—¡Giacomo, a esa grieta, pronto, escóndete! ¡Que nadie te vea!

El italiano obedeció en dos saltos. Entretanto, George repitió la misma operación de antes en el coche abandonado: rompió la caja de la dirección, tras levantar el capó. Mientras, Katia colocaba sobre la matrícula una pieza de plástico con otro número de matrícula. Sobre el cristal delantero extendió una pegatina en la que se leía: MÉDICO, y detrás, en la ventanilla trasera, otra pegatina: SERVICIOS DE URGENCIA. HOSPITAL CLINICO.

Después, se repetirían casi los mismos detalles de la operación anterior. Apareció el coche esperado, que paró lentamente. Se apearon cinco sujetos bastante nerviosos. Parecían novatos, o mucho menos profesionales…

—Trasladad al primer coche todos los explosivos… —ordenó George.

—¡Dijiste que cambiarías la matrícula del nuestro y que no sería preciso mudar de auto! —murmuró un tipo bajo y corpulento, que sin duda sería el que respondía al nombre de *Fuerte*, aunque su voz sugería aturdimiento.

—¡La hostia bendita! Dije, dije… ¡Obedece, no hay tiempo que

perder!

Rápidamente, los cinco individuos instalaron en el coche de antes —el de sus compañeros— los explosivos, y después, murmurando por lo bajo, se metieron precipitadamente en el auto. Tenían algo de felino en sus movimientos veloces y sus miradas brillantes. El coche arrancó con extrema celeridad. Por fortuna no circulaba tampoco ningún auto. El motor parecía gruñir en protesta por aquella salida brusca... Su destino fue análogo al de sus camaradas. El vehículo avanzó en zigzag, en violentos virajes, para despeñarse y rodar luego, verticalmente, hacia el fondo de las aguas... Cayó éste más estrepitosamente, y en apenas segundos se vio engullido por el mar. Tampoco esta vez se contabilizaron testigos oculares. En suma: ocho cadáveres bajo las olas negruzcas, con destellos siniestros.

¡A salvo quedaba Vandellós de sabotajes! Pero Ascó... George mudó el número de su matrícula. La matrícula. La matrícula del coche abandonado, claro; y luego, los tres agentes emprendieron camino hacia el Sur, hacia Reus esta vez. Avanzaban sin prisas, confundiéndose con grupos de autos que les precedían y seguían; con gentes dispuestas a vivir un tranquilo fin de semana.

Los tres agentes se sentían fatigados, exhaustos. No se miraban a los ojos. Durante larguísimos trechos nadie abrió la boca para hablar... Ni fumar les apetecía. La noche era plácida y los grillos dejaban oír su monótono y relajante canto.

Al día siguiente, 24 de enero de 1978, los medios de comunicación españoles darían cuenta con natural estremecimiento la noticia:

TARRAGONA, 24 de marzo. – A última hora de la noche de ayer, jueves 23, se produjo un terrible y devastador incendio en los almacenes de la central nuclear de Ascó, cuyas obras comenzaron en 1972. Hacia las 2,30 h. de hoy fue sofocado el incendio. Diez días atrás se registró un incendio en la misma planta nuclear, aunque aquél fue de escasa envergadura. El

de ahora reviste extrema gravedad. Las pérdidas son muy elevadas. El acto ha producido fuerte conmoción y espanto.

En la central nuclear de Lemóniz se produjeron dos atentados durante este mismo mes; el primero, durante el día 18, y el segundo el pasado 19. No hubo que lamentar víctimas. Lemóniz está a 31 km de Bilbao.

Mientras la planta nuclear de Ascó fue visitada por expertos investigadores de diversos países, la Prensa del mundo entero se preguntaba:

¿EL DESASTRE DE ASCO SE DERIVA DE UN INCENDIO FORTUITO O ES LA OBRA DE ALGUN GRUPO DE SABOTEADORES?

Lo que nadie dijo —y no se podía decir porque se ignoraba— es que aquel lamentable infortunio pudo haberse abatido sobre la central nuclear en marcha de Vandellós, y entonces sí que hubieran sido monstruosas las consecuencias…

VIII

LA LENTA AGONÍA DE MACCARTER

Por causa de la informalidad de Jack Pearson, vendedor de coches neoyorkino y amigo de infancia de Herbert, y al que éste y Andrés Vargas aguardaban en el «Locke-Ober», clásico restaurante bostoniano, surgió de improviso el cambio de plan. ¿Quién sugirió la visita al doctor Anderson? Imposible responder. El doctor Anderson tenía su consultorio en la Perry St., junto al Lincoln Park, en Somerville. A pesar de las airadas protestas de Betty —para quien su hermano era ya demasiado mayor para conducir por *esas carreteras que no son como antaño, sino que van repletas de maníacos de la velocidad—,* Herbert se había empeñado en adquirir otro coche y librarse del antiguo «Chevrolet». Por eso cuando días atrás le telefoneó Jack y le habló de cierta oportunidad *absolutamente insólita e increíble* —el vendedor no ahorraba los adjetivos— el jubilado se entusiasmó. No lo confesó, pero el corazón se le llenó de júbilo.

—¡Es un auto flamante y nuevecito, 4 plazas, recién pagado por el banquero E. H. H., de Virginia, y devuelto sin haberlo estrenado por la repentina orden de traslado a ultramar! —explicó el vendedor, que solía hablar con una velocidad que hubieran envidiado las ametralladoras—. ¡Cómpralo, Herbert! No te creo tan irresponsable como para desaprovechar esta ocasión. Te costará el 30 por ciento menos de lo que habrías debido soltar en otras circunstancias, y además… ¡libres del impuesto de lujo! Para ti te lo dejamos en 2.100 dólares. Te juro que me saldrían, si quisiera, más de veinte compradores. Pero yo soy fiel a la amistad, y ni por el doble lo daría a otro.

—Estás loco de remate —replicó Herbert—; completamente loco si crees que voy a desprenderme de dos mil dólares por un

automóvil usado.

El antiguo camarada simuló sentirse ofendido; indiscutible zorro en *marketing*, echó mano de su repertorio de aullidos comanches y maldiciones angloitalianas que siempre producían buenos efectos.

—¡Escúchame bien, cabeza de chorlito, militarote! Escúchame y deja de soñar por un momento en batir la marca de Guster con su matanza de indios! —rugió al otro lado del hilo telefónico, el vendedor—. ¿Sabes por ventura, tienes remota idea de que es un *Ford Estate-Coup*, modelo 1973, recién llegado de Derbom, Michigan, con su lujoso interior rojo? Aunque tengo el *Alfa Romeo GT 1300*, modelo 1970, y varios «Mercedes» crema, y un «Rolls Royce» negro, ¡nada iguala a ese *Estate-Coup*! Se desliza como un fantasma y a la velocidad de la luz. ¿Quieres que te diga una cosa? Pues no te creo capaz de preferirlo a otro cualquiera, por ejemplo al «Corolla» 1400 Hi-Deluxe, japonés, que si te costaría dos de los grandes. ¡Vamos, es que si no te quedas el «Ford», ten por seguro, viejo chocho, aventurero, que habrás cometido la estupidez de mayor calibre en toda tu perra vida! Al menos, Herbert… ¡no te niegues a verlo! Y luego resuelves con entera libertad. Porque está muy lejos de mi ánimo coaccionarte. ¡Yo no le haría eso jamás a un amigo, un amigo entrañable y querido de la infancia!

—¡Oh, no; yo no te creo capaz de coaccionar a nadie! Puedes ahogar a los cocodrilos con tu verborrea, mas no coaccionarles, eso no. Además, ¿quién te ha soplado que me niegue a ver, sólo ver, tu *Estate-Coup*? Ahora bien, no tienes ninguna necesidad de ejercitar conmigo tu felina agresividad de vendedor. ¡De verlo a comprarlo media un abismo! Dices 2.000 dólares como si dijeras 20 centavos. ¿Has olvidado, vendedor sin escrúpulos, que me jubilaron?

—Escúchame, Herbert… —gritó Jack, ya integralmente rabioso y sin control.

—¡Escúchame tú a mí! Yo no me gasto ese dineral en un coche. Y te juro, Jack, que te costaría más esfuerzos y sudor hacerme adquirir ese «Ford», por muy enternecedor que sea, que si te propusieras (y no sería yo quien te lo impidiese) enmoquetar los desiertos de Arizona y Nuevo México.

Los dos colgaron el teléfono al mismo tiempo. Medio minuto después. Jack estaba al aparato y musitó tan sólo:

—En el «Locke-Ober», mañana miércoles 19, a las 18,15. *Okay*?

—*Okay*! —replicó Herbert en tono conciliador.

Fue luego de que Herbert y Andrés hubiesen aguardado casi.45 minutos al vendedor Pearson —quien jamás olvidó una cita de negocios, aunque sí era capaz de elegir entre dos citas—, y luego de haber ingerido cada uno tres cervezas de barril, cuando ambos resolvieron que aquel granuja no acudiría y que, por tanto, harían muy santamente marchándose para acudir al consultorio…

—¿Sabes, Vargas? —exclamó Herbert con una mueca—. Debí de haberle visitado meses atrás, y no sólo porque Betty y Nuria (pues ambas están confabuladas) me vienen bombardeando con rogativas desde hace medio año, sino porque… me siento verdaderamente mal; incluso diría… extremadamente mal.

Los dos salían despacio del restaurante y se metieron en el coche de Andrés para dirigirse a la calle Perry. Lejos quedaban aquellos tiempos en que caminaban presurosos y con ímpetu. Andrés contaba 65 años, y a fe que se conservaba bastante bien, pero Herbert, con sus 77 otoños, estaba muy debilitado y más achacoso que su hermana. Respiraba con dificultad y siempre andaba con décimas de fiebre; además el corazón perdía de ordinario ritmo y le palpitaba con tal estruendo que le parecía como si fuese a estallarle de un momento a otro. Anderson era otro viejo camarada de Herbert y ex capitán de la US Navy.

Herbert y Andrés se miraron irnos momentos a la cara, antes de que este último apretara el acelerador. Se miraron inexpresivamente.

—¿De veras te sientes mal? —dijo el español, dubitativo.

—¡Diablos! ¿Qué puedo hacer para que me creas?

La enfermera, una mujer madura y fría, les anunció al doctor Anderson, y éste, que debía atender antes a varios enfermos, prometió recibir a Herbert —a pesar de que no hubiera pedido hora con antelación— no más tarde de las 20,15 h., y se les destinó una salita diminuta en la que se hallarían los dos solos. Con la calefacción todavía en marcha y el aire enrarecido, hubieran estallado si no hubiesen tomado una decisión: cerrar la calefacción y abrir la ventana de aquel segundo piso, desde la que se dominaba el verde césped del Lincoln Park. Llegaba hasta allí el ruido del tránsito, el gorjeo de las aves, fragmentos de conversaciones y el olor de los árboles en flor, agitados por el suave vientecillo.

También llegaban hasta allí los ritmos crispados de alguna discoteca próxima. Después, ya limpia la atmósfera del recinto, cerraron la ventana para evitar los ruidos del exterior, que de todos modos penetraban, tenaces e insidiosos, pero más amortiguados.

Tomaron asiento en sendos sofás, colocados ante una mesilla, con revistas de esas que suele haber en los consultorios: viejas, manoseadas y vulgares.

—¿Echas de menos la vida en activo? —preguntó Andrés, y como Herbert hiciera un gesto vago, del que se deducía una actitud afirmativa, repuso aquél—: Yo también. Ocho años jubilado es mucho tiempo; tú, once. Tengo para mí que el tedio es una enfermedad a menudo tan alienante como la pobreza extrema. Mucho más grave en nosotros que llevamos, antaño, una existencia agitadísima, y teníamos la embriaguez del poder.

Herbert se frotaba de vez en cuando la zona del esternón y se erguía para facilitar la respiración, en tanto escuchaba en silencio.

—Y eso —agregó Andrés— que a mí el destino me obsequió tempranamente con el mejor de los *hobbies*: el documental cinematográfico; en ti la perspectiva resulta menos risueña. Nuria me sugirió el otro día que deberías…

—… ¿practicar la pesca? También me lo dijo a mí, y tanto más cuanto que de joven me entusiasmaba. ¡Lo mismo opina Betty!

—¿Y bien?

—¡Andrés! Todo me cansa y aburre. Hasta la lectura. Y apenas soporto la tele. La política, ¿querrás creerlo?, va perdiendo para mí su interés, y ahora mismo no creo que me importe demasiado que en las próximas elecciones presidenciales salga elegido un líder republicano en vez de uno demócrata. Me pregunto: ¿para qué?

Ambos tenían en la punta de la lengua la expresión SUCIA Y AVINAGRADA VEJEZ, mas por autorrespeto no la pronunciaron. El norteamericano se incorporó dispuesto a caminar, pero las mínimas dimensiones de la estancia le disuadieron del propósito. Volvió a tomar asiento, y cerrando los ojos se tomó la cabeza con las manos, mientras Andrés se cruzaba de brazos, dormitando. Así permanecieron largo rato. Poco a poco había ido oscureciendo, pero ninguno se apercibió de ello. Hasta que un violento estallido registrado en la calle les puso bruscamente en pie.

—¡El neumático de algún coche! O el motor de algún camión —

dijo Vargas.

—¡Andrés! ¿Sabes que cierto William Schaap dirige en Washington una especie de boletín con informaciones de los ex miembros y jubilados de la Compañía? ¡Asombroso! ¿No te parece? «Cover Action» se llama la publicación. A este paso no me extrañaría que viésemos nacer un noticiario, semejante al Movietone Fox de antes, en el que decenas de cameramans penetraran en los múltiples órganos de inteligencia del Estado, y entrevistaran y filmaran el interior de la DIA, SD, AEC, NSA y a la propia CIA, y todo lo demás. ¡Vaya! No te extrañe que cualquier noche muestren a los telespectadores, una entrevista con Bush o Colby, o con el jefe del Comité de los 40, o con el mismo Stansfield Turner, y escuches cosas así (oye, viejo, para morirse de risa):

> *Soy el hijo mayor de Harold Philby y trabajo ahora para la cadena de TV americana de la MCA, y desde el despacho del director supremo de la DIA quiero saber de Mr. Raymond Raft qué proyectos de servicios especiales se han planificado con respecto al Reino Unido... Escuchemos ahora la respuesta de Mr. Raft, a quien agradecemos habernos recibido.*
>
> *(La cámara enfoca en primer plano a Mr. Raft, quien dice):*
>
> *—Bien, señores. Yo soy Mr. Raft y antes de hacer declaraciones «top secret» quiero agradecer el interés de la TV por las cuestiones clandestinas. De paso aprovecharé, si me lo permiten, para manifestar que yo soy de los que prefieren Pepsi-Cola a Coca-Cola. Y ahora vayamos a sus preguntas. Las tengo aquí escritas. Muchas gracias. Pues bien: de momento no vamos a sabotear el Gobierno de Mrs. Thatcher y, por lo que respecta al proyecto de secuestrar a la reina Elizabeth, me satisface informar que si bien el proyecto está maduro y en condiciones de ser ejecutado, no se llevará a cabo a menos que las condiciones meteorológicas en Wall Street lo hicieran recomendable.*
>
> *—¿Y qué me dice Mr. Raft del proyecto de intimidar al presidente Giscard d'Estaign?*
>
> *—¡Oh, sí! (Con risas). A Monsieur D'Estaign lo vamos a dejar vivir tranquilo durante medio año y luego derribaremos su*

Gobierno, robaremos las obras del Louvre y levantaremos en Marsella una fábrica de bombas atómicas. De paso destruiremos la industria del «Mirage».

–¿Y qué me dice de la Mafia?

–¡La Mafia, La Mafia! Son falsos los rumores de que vayamos a colaborar con la Mafia. De momento…, al menos.

–¿Y sobre el propósito de trasladar la central de Langley a una zona llamada Los Monegros, en Aragón, España?

–¡Por favor, eso deberá preguntárselo al propio Stansfield, no a mí!

–Perdón, señor. Bien: ¿podríamos ahora filmar el interior de las oficinas dónde se encuentran los gráficos, plannings y demás aspectos documentales del Departamento de Análisis?

–¡Será un placer ayudar a la Prensa y a la TV que son el cuarto poder, y nosotros el primero! ¡Vengan…!

De la risa estentórea, Andrés Vargas fue pasando a la gravedad y luego a la crispación. Volvieron a permanecer en silencio varios minutos, con la salita completamente a oscuras.

—Cuando uno —dijo Herbert, en tono moderado— se siente frustrado y disgustado consigo mismo, acontece que automáticamente le defrauda el mundo circundante. Quizá por eso me hiere ahora más que antaño el intrusismo de Prensa y TV y a la vez el intervencionismo norteamericano, y por eso me disgustan más esos… suministradores de sabiduría convencional con los que se pretenden justificar las sucesivas crucifixiones de pueblos. El fetichismo tecnológico de nuestro país podría llevarnos a situaciones de grave descontrol. Creo que ha sido más una trampa del progreso que una deliberada perversidad yanqui el que nuestros dirigentes políticos y financieros dieran por supuesto el derecho, cuando no sagrada misión, de propagar nuestra industria, comercio y modo de vida en los cinco continentes. ¡Claro que todo esto no se lo puedo decir a Dorothy, porque tu nuera es una masoquista antinorteamericana y una inconsciente! Pero entre nosotros, podemos hablar con franqueza. ¿O no…?

—¡Por supuesto, Herbert! Continúa… pero te sugiero que no te excites tanto.

—En el siglo pasado, la conquista del Far West constituyó nuestra «válvula de seguridad», y gracias a esa expansión se redujeron las crisis económicas de New England y se amortiguaron las luchas de clase. La agresividad o exceso de salud de la América del Norte (digamos de los EE.UU. y Canadá) nos impulsa, a menudo sin darnos cuenta de ello, y a veces también con plena conciencia, a una especie de… invisible imperio norteamericano. El expansionismo es entre nosotros una modalidad natural, derivada de nuestro «American Way of Life»; y por supuesto que resulta menos brutal y despiadado que el imperialismo de los zares de ayer y de los zares de hoy. Es un imperialismo entre ingenuo y cínico…, mezcla de deporte y apetito de sanguijuela.

—¿Y qué país joven y poderoso se salvó de la tentación del imperialismo? ¡No te tortures, Herbert! —exclamó Andrés—. Oye: ¿quieres que encienda la luz? ¿Estás… bien?

—No es eso… ¿Sabes que el Departamento de Comercio de los Estados Unidos publicó hace poco que, entre 1950 y 1965, el volumen total de inversiones realizadas en el resto del globo ascendía, si no recuerdo mal, a 23.900 millones de dólares? Entretanto, el capital ingresado a título de beneficio neto fue de 37.000 dólares. Hay una relación, y no digo subordinación, entre el orbe del dinero y la industria y el Pentágono. Por otro lado, los avances del opio soviético responden más al subdesarrollo que a la propia acción proselitista del Kremlin. Tú sabes tan bien como yo que América Latina es un auténtico polvorín a punto de estallar por causa del atraso y la explotación. Y no sólo Washington realiza pocas y torpes acciones para remediarlo, sino que ellos, los propios latinoamericanos, todo cuanto imaginan y hacen es aún más torpe y escaso que lo que nosotros hacemos por ellos. La conclusión, Andrés, es de que vivimos una época en extremo confusa… Si no se encuentran soluciones lúcidas y equitativas, en los próximos decenios veremos que los países pobres serán cada vez más pobres y depauperados, en tanto que los ricos verán acrecentarse su riqueza; y éstos a expensas, en parte, de aquéllos. Y la espiral de odios crecerá en proporción geométrica…

Súbitamente, Andrés encendió la luz; amarillenta y tristona, y los dos hombres se llevaron las manos a los ojos, que les parpadeaban y se les cerraban hasta que se habituaron a la claridad.

—Son las 19,30, Herbert. ¿Cómo te sientes?

—¿Quién, yo?

Andrés se rió irnos instantes, y dijo:

—Apuesto a que te arrepientes ya de haber venido aquí.

—¡Oh, Vargas!

—¿Lees algún libro interesante?

—Por supuesto que no. Apenas miro la Prensa… Y prefiero la radio a la TV. Me llegan a diario el *Washington Post* y el *New York Times* y los hojeo muy por encima. Las publicaciones de ASIS y los estudios mensuales del FBI los tengo, desde hace meses, sin abrir; y lo mismo digo de los ejemplares de *Security World* y los del *National Geographic Magazine*. Ya sabes que antes me apasionaban las obras especializadas sobre informática, logística, defensa militar, armas de fuego, y asistía, como tú, a las reuniones y convenciones que algunos senadores de Boston organizaban… Me inspiraban curiosidad las conferencias de la *New Left* y los textos de la Rand Corporation y la NASA. Antes, todo me interesaba y me apasionaba; y ahora, por el contrario, me gobierna la apatía… Creo, Andrés, creo…

Herbert adoptó una actitud solemne y grave. Miró a su amigo, cara a cara, pálido y convulso, muequeando de modo doloroso y esperó a que su interlocutor le invitara a proseguir. Pero Vargas, impresionado por aquella actitud, apenas abría la boca.

Y el coronel repuso:

—Creo, amigo Vargas, y ya ves que te lo digo sin gritar, con la máxima serenidad de que soy capaz, creo…

—¡Por todos los santos, Herbert, suéltalo ya! —Creo que me estoy muriendo.

Andrés Vargas pegó un salto y se puso en pie, descompuesta la expresión facial. Volvió a tomar asiento, como si algo por dentro se le hubiera roto.

—Tranquilo, Andrés; calma.

—¡Estás loco! ¿Cómo puedes decir eso?

—Lo digo yo y lo dirá Anderson.

—Él puede, quizás, afirmarlo; pero no tú, que no eres médico, que yo sepa.

—Ya te sale la impulsividad ibérica —se sonrió Herbert—. ¿No comprendes que he visto en cientos de casos… el brote de

enfermedades cardíacas con su desarrollo y desenlace? Conozco la sintomatología.

—Si eso fuera cierto, no habrías tenido ganas de comprarte un «Ford»…

—Voy a hacerte otra confesión, Andrés… Verás, cuando estuve en España leí una vez *El sentimiento trágico de la vida* de Unamuno. No podría describir la impresión que me produjo esa obra. Fue como ver escrito lo que siempre había pensado y sentido. Porque yo, lo sabes, me sentía tan apegado a la vida que no deseaba morir. La muerte se me aparecía como algo odioso, injusto y monstruoso. ¡Una diabólica jugarreta de la Providencia! ¿Para qué hacernos nacer, sin haberlo pedido ni haber intervenido en la propia creación, si luego habíamos de abandonar esta vida? Nunca quise morir, jamás contemplé la muerte como una amiga liberadora. Yo me aferraba a la vida con el furor del náufrago. Tanto más cuanto que, no siendo creyente como Betty, la muerte me resultaba el umbral de la nada. Y contra eso me rebelaba con todas las potencias de mi ser…

Calló unos momentos, más bien exhausto, tragó saliva y prosiguió:

—Pero ahora he comprendido que el apego a la vida está en función de la salud y de la alegría de vivir. Cuando uno no trabaja y se aburre, cuando uno se siente inútil y acabado, cuando la fe en el hombre y en los ideales te abandona, cuando no ves en torno más que ignorancia y confusión, entonces… ya no contemplas la muerte como un fenómeno detestable. No, no. Te reconcilias con ella; la miras mansamente, sin temor ni afecto. Te aseguro que Anderson me dirá: «A punto de declararse un infarto de miocardio. Dificultad o falta de riego sanguíneo. La muerte en pocos meses o semanas». ¡Andrés amigo, espero sepas perdonarme!

Andrés Vargas callaba, preso de agitación creciente, con un nudo en la garganta.

—¡Tengo 77 años!

—¿Quieres… callarte, por favor? —murmuró Vargas.

—¡Lo siento! —exclamó Herbert—. ¡De veras!

Durante largo rato se mantuvieron silenciosos y sin mirarse.

—Antes he hablado de intervencionismo, pero no sería justo…

—¡Herbert MacCarter! ¿Cómo diablos puedes hablar de eso

ahora?

—¿Me quieres escuchar? —dijo el aludido en tono suplicante y a la vez cómico.

—¡Vete al cuerno! —gritó Andrés—. ¡Estás loco, te lo juro! —Fui amigo del almirante Stansfield Turner, creo que cuenta ahora unos 54 años. Ya sabes que dirige la Compañía desde junio o julio del año pasado. Pues bien: me inspira bastante confianza no sólo el que en los primeros seis meses expulsara a 830 funcionarios de dudosa moral, sino, y sobre todo, el que el Congreso aprobara en febrero de este año un decreto por el que se prohibía en lo futuro a los órganos estatales emprender acciones internas en cualquier país del mundo. ¿Que acaso peque yo de ingenuidad? Muy bien. Pero prefiero pecar, como hasta ahora, por exceso de idealismo, que por incredulidad. ¿Sabes dónde nació y estudió Turner?

—¡No lo sé, Herbert, y te aseguro que no me importa!

—Puesto que te interesa tanto, te lo diré; nació en Highland Park, Illinois, un suburbio de Chicago, y estudió en Oxford. Luego sirvió en la guerra de Corea, y durante los años 1972-74 fue presidente del Naval War College. En 1974, fue nombrado jefe de la II Flota, y su esposa, Patrice, posee una casa en el N.O. de Washington. Turner tiene un hermano que es teniente en la Navy. A Turner le gusta el tenis y bebe poco. ¡Me cae bien!

—¿Por qué no me cuentas ahora su vida y milagros en la Compañía? ¿O prefieres describir la forma en que lograrás meter al lado de Mr. Turner a mi George, para que le ayude como subdirector? Escúchame, Herbert… ¿estás seguro de que tu Mr. Turner no fue también el mejor jugador de béisbol durante el 1977, o de que en la próxima Olimpíada de Moscú no participará como levantador de pesos? Si me dices que ganó dos «Pulitzer» lo creeré también…

—Creí que estabas dotado de mayor ecuanimidad y aguante, asturiano… Me equivoqué.

—¡Pues creiste mal y ya empiezo a estar hasta la coronilla con tus cosas! Y ahora te advierto: o llamas tú a esa enfermera seca y helada o la llamo yo para que tu amigo te visite de una maldita vez. No fue menester presentarse ante la enfermera con su blanco uniforme y su blanca cofia, por la que se asomaban sus rubios cabellos; no fue menester porque ella misma acudió al saloncito,

atraída por el griterío de Vargas, y empujó tímidamente la puerta con la boca abierta y los ojos atónitos. Sin duda era menos adefesio de lo que insinuara el asturiano, aunque de todos modos —y dicho sea en honor a la verdad— no hubiera suscitado mayor influjo que dos escobas con faldas, y hasta —porque así lo sintió Herbert, con asombro— la estirada mujer de Popeye pudo ser a su lado un dechado de turbadores encantos. Probablemente contaba no más de 32 o 35 años. Parecía, con todo, muy sensible e inteligente.

—Lo siento —exclamó Vargas al verla.

Ella sonrió, mostrando dos hileras de atropellados dientes, entre aquel par de sonrosadas mejillas pictóricas de grasa que sin dificultad evocaban los balones reglamentarios de fútbol. Sobre su liso pecho se leía en rojo: *Miss Rebecca*.

—El doctor Anderson les aguarda —repuso con su vocecita aflautada.

Los dos hombres se levantaron y siguiendo a la señorita penetraron en la espaciosa estancia del consultorio donde les salió al encuentro el amigo médico, setentón que de hecho operaba como auxiliar, pues el doctor que en realidad atendía y diagnosticaba era el hijo, quien todavía no había salido, aunque se le oía en la habitación contigua —lavabo y servicios— donde se estaba limpiando las manos. Anderson y Herbert se abrazaron y se dispararon, en apresurado raudal, las típicas preguntas de los viejos camaradas.

—¡Cuatro años sin vernos, viejo amigo! —chilló ásperamente Anderson.

—Seis, seis —repuso Herbert, disimulando su emoción.

El doctor era de mediana estatura, calvo, con escasos pelos, blancos, y usaba gruesas gafas; sus ojos eran dulces y cordiales, y todo en él rebosaba calidad humana y honestidad profesional. El hijo, que entró rápido, con esa sonrisa estereotipada y profesional de quienes se saben con el tiempo tasado; era fuerte y magro, de ojos menudos, rostro alargado y recia pelambrera rubia.

La visita comenzó sin más preámbulos. El doctor Anderson Jr. preguntaba, y sólo de tarde en tarde, y con evidente timidez, añadía el padre alguna observación o interrogante. Miss Rebecca trajo, entretanto, la ficha de Herbert y la entregó al médico hijo, que la tomó con un *Gracias* a media voz, mientras en otra ficha iba

anotando las respuestas. Así largo rato. Luego pasaron a las auscultaciones, inspección por rayos X, electrocardiograma, y otra densa tanda de preguntas… Hacia las 21 h. el doctor Anderson Jr. emitió su diagnóstico, tras breve diálogo con su padre, y que por la superabundancia de voces técnicas resultó ininteligible, o casi, para los dos visitantes.

—Mr. MacCarter, necesita usted, por de pronto, seis semanas de repose total, en cama. No juzgamos indispensable internarle en nuestra clínica… Es decir, yo le internaría, pero mi padre se opone a ello y aduce que usted es persona autodisciplinada y que seguirá con rigor nuestras indicaciones. Por tanto, como digo, seis semanas de absoluto descanso. Le enviaremos una bombona de oxígeno y usted mismo se aplicará las dosis que luego le indicaremos.

—Pero… —interrumpió Herbert.

—No le has dicho cuál es su dolencia —señaló el doctor Anderson padre.

—¡Oh, lo siento! Bien… hay riesgo de infarto de miocardio…

—¡Herbert, es la enfermedad de moda! —repuso con leve sonrisa el viejo doctor Anderson.

—La falta de riego sanguíneo es un hecho demostrado —explicó el hijo—. Las dolencias cardiovasculares exigen cuidados especiales y constantes. Hemos de procurar que la fiebre no aumente, y hasta, si podemos, que desaparezca. Para calmar el dolor, que en ocasiones será fuerte, le recetaré calmantes derivados de morfina. No abuse usted de ellos… También, tónicos, cardíacos y una sustancia anticoagulante para evitar embolias. Le visitaremos, y eso puede hacerlo mi padre, una vez por semana en su domicilio. Como dieta, recuerde: nada de *whisky*, café, té ni productos excitantes; pocos líquidos, en general… Las comidas, que sean pobres en sal, con predominio de vegetales, leche, algo de carnes y, repito, reposo absoluto. Puede ver la tele y escuchar la radio; pero no abuse de visitas ni de nada que pudiera ocasionarle emociones fuertes. Quede claro: si no sigue usted nuestras indicaciones al pie de la letra, puede sufrir una embolia o la rotura de los tejidos del corazón. Ello significaría la muerte instantánea. Perdone si con ello le asusto, mas es por su bien; pues con ello persigo una cosa fundamental: que se ciña sin desmayos a nuestra terapéutica. ¿Alguna pregunta? Miss Rebecca le entregará por escrito la lista de recomendaciones en

cuanto a la dieta, y una relación de los medicamentos a tomar. En caso de emergencia, llámenos por teléfono, y acudiremos al punto.

La enfermera entregó a Herbert, en un sobre, las recetas y textos mencionados, al tiempo que entregaba al doctor Anderson Jr. una tarjeta y movía la cabeza con un expresivo signo de urgencia.

—Mi hijo tiene que salir al «Children's Medical Center»; le aguardan para una consulta de médicos. Un caso urgente, ¿sabes? —explicó el médico anciano, con gestos de disculpa—. Os ruego le perdonéis…

—¡Oh sí; por supuesto! —replicó Herbert, vivamente—. Y gracias por habernos recibido; además, te ruego me excuses por no haber pedido día y hora con antelación… Fue todo de improviso. ¡Lo siento; de verdad!

—¡Nada de pedirle disculpas a tu antiguo camarada, Herbert!

—Mr, MacCarter —exclamó frío y grave el doctor Anderson Jr., levantándose—, puede usted jurar que el haber venido hoy aquí ha sido, sin duda alguna, su salvación. Porque el estado en que se encuentra es delicadísimo, y hasta diré que grave… Lo siento. Gracias a esta visita, su vida se halla fuera de peligro, siempre y cuando se ciña a la terapéutica.

El médico se despidió y huyó a escape, seguido de Miss Rebecca, que ya se había despojado de su blanco uniforme. Ahora parecía más agraciada.

Vargas y MacCarter se pusieron de pie. El doctor Anderson reflejaba en su rostro cierta inevitable gravedad o angustia, y miraba a su amigo con extraña ternura. Fue entonces cuando Herbert se aproximó al médico y tomándole fuertemente de un brazo le susurró al oído:

—¿Dos semanas…, dos meses? —preguntó insinuante y casi impasible.

—¿Cómo?

—Me has comprendido perfectamente. ¡Responde!

El doctor Anderson se turbó sobremanera.

—¡Herbert! —gruñó suplicante, alzando los brazos.

—No soy un niño. Quiero, puedo y debo saberlo —repuso Herbert, sereno.

—Nunca se sabe…

—¿Quizá 30 ó 40 días? —insistió el coronel.

El médico movió la cabeza con gesto vago, como asintiendo con ambigüedad y dolor.

Ya de vuelta, cuando caminaba sobre el césped del jardín del ex coronel —y durante el camino apenas charlaron—, éste declaró con repentina energía o musitada euforia:

—Sería absolutamente ridículo que te apesadumbraras, Andrés, y me parece innecesario que a Betty le participes nada, ya me entiendes… ¿o no?

—¡Oh, sí, por supuesto!

—Te aseguro que ya estaba harto de soportarme a mí mismo; casi tan harto como los que tienen la desdicha de tratarme… —intentó frivolizar la cuestión, y lo único que logró fue exasperar al amigo.

—¡Herbert! ¿Qué puedo hacer por ti? —exclamó Vargas.

—El jardín está más que abandonado. ¡Mira qué césped tan alto! Las flores, secas o mustias; y la arboleda, intolerable de sucia. ¿Estás viendo en qué puedes ayudarme? Betty apenas ve y yo apenas me muevo. ¿Que qué puedes hacer por mi hermana? Ninguna otra cosa más que lo que hasta ahora has hecho; quiero decir que no debe cambiar ninguno de nuestros hábitos.

Herbert tomó del buzón la copiosa correspondencia del día: periódicos, cartas, libros, impresos, encuestas, propaganda, y al penetrar en el hogar, quedóse perplejo al darse casi de bruces con Jack Pearson. Ya desde el interior, en el comedor, le gritaba Betty:

—¡Herbert, aquí está tu amigo; te aguarda desde hace media hora!

Fue entonces cuando chocó con Pearson. Costó grandes esfuerzos convencer al vendedor de que ya no le interesaba aquel «Ford». Lagrimeante, dulce, terco, el antiguo camarada, derrochaba su elocuencia torrentera…

—¡No me seas rencoroso, perdona, tuve que hacer, por eso no acudí a la cita! Por eso, Herbert, por eso y no porque te hubiese olvidado, caro amigo.

Hasta que Vargas intervino. Fue tajante:

—¿Le importaría dejarnos solos? —Y abrió la puerta del comedor con uno de esos ademanes por demás persuasivo. Y el vendedor, repentinamente cortado intuyó, ¡por fin!, que algo grave había ocurrido, y se despidió con gestos de disculpa y algo que

pudo parecerse a una sonrisa. Ya en el jardín, el hombre iba soltando tacos, escupiendo y maldiciendo por su mala suerte. Pearson podía y solía hablar solo, de igual manera como si en su interior cabalgaran dos almas en lucha.

Fue Andrés Vargas quien se encargó, al día siguiente, de traerle al amigo las medicinas prescritas, la bombona de oxígeno con la mascarilla, y él cuidó también de practicar ciertos trámites oficiales. Sólo en parte sospechaban Betty y Nuria la gravedad del enfermo, quien por otro lado obedeció a los médicos con ejemplar autodisciplina. Las visitas de vecinos y amigos se vio reducida a lo mínimo. El coronel solía dormitar y sólo de tarde en tarde escuchaba la radio, veía la tele o leía libros y revistas. Su hermana se encargó de contestar cartas y atender a las llamadas telefónicas, que en los primeros quince días fueron río caudaloso… Clubes, senadores, amigos de infancia e instituto, camaradas del trabajo, militares en activo… A todos les chocaba que Herbert MacCarter, que nunca fue un dechado de sociabilidad y que era exactamente la antítesis del *public relations*, recibiera ahora el homenaje de un interés tan cálido y persistente. Miembros de la Police, congregaciones religiosas, enfermeros, acupunturistas, suscriptores de cierta publicación en español que aparecía regularmente en Nueva York y los vigilantes jurados del distrito testimoniaron a Betty MacCarter sus buenos deseos y su oferta de servicios. Hasta el repartidor de leche habría de manifestar, la voz entrecortada, que vería con sumo deleite el atenderles. Por lo demás, el cartero, el jardinero del Ayuntamiento y el lampista reiteraron a Betty su franca disposición de ayuda. Cuando tal catarata de cordiales ofrecimientos llegó a conocimiento de los ex jefes del coronel, enviaron a éste una carta en la que, entre otras cosas, podía leerse: «Su popularidad, querido ex funcionario, ha sido para nosotros una grata sorpresa, de la que podemos extraer la conclusión que si bien en apariencia los que trabajamos para el Estado podemos parecer, a veces —e insisto que digo sólo a veces— unos seres hostiles y nocivos, lo cierto es que en el fondo se nos concede el don de la simpatía y del agradecimiento». A Betty le emocionaban aquellos transportes de afecto, y si al principio gruñía ante tanta llamada telefónica o carta versallesca, al fin se entregó y les correspondió con idéntica benevolencia. Aunque ello tuvo el inconveniente de

hacerle presentir que la dolencia del hermano era de trayectoria irreversible… Desde ese momento se volvió más introvertida, hablaba en voz baja, oraba en silencio, releía la Biblia y se mostraba con el enfermo como provista de inagotable y discreta ternura.

A los quince días de proseguir con el tratamiento, Herbert confió al amigo Vargas, una mañana de domingo, que apenas sentía dolores ni molestias en el esternón, y que aunque su debilidad no se extinguía, constataba no sin complacencia que moralmente se sentía reconfortado.

—Ello no obstante, quiero que me hagas un favor… —dijo Herbert.

Betty le había arreglado la cama apenas hacía quince minutos. Su espaciosa habitación con amplísimo ventanal que daba al jardín, era en verdad alegre por lo muy iluminada y por el mimo decorador que siempre tuviera la hermana. Andrés se levantó de un brinco y se aproximó a la cama. Herbert le dio las llaves para abrir su caja de caudales empotrada en la pared maestra de la biblioteca. Merced a las instrucciones del coronel, Andrés volvió al poco con una carpeta verde.

—Documentos a destruir. Léelos y después los quemas. Pertenecen a los años sesenta, ya no constituyen secreto alguno… y menos para ti.

—No te creas en la obligación de ofrecerme su lectura —propuso Vargas.

—Y tú no te creas en la obligación de rechazar mi oferta…

—¿Acaso deseas que te comente… esto?

—No seas tan lento de comprensión, Vargas… ¡Pues claro que quiero que me lo comentes! ¿No comprendes que esa operación fue una de las últimas y más jugosas que se me confiaron cuando estaba en activo? Verás, Andrés… ¿no te acuerdas que en el 62 ó 64 estuve dos o tres meses ausente, y que me recorrí el país de Este a Oeste y de Norte a Sur?

—Entonces… ¿quieres de veras que lo lea?

—¡Por el amor de Dios, asturiano! ¿Qué te pasa? ¿Tendré que pedirte de rodillas que me complazcas? Vamos, vamos… Colócate junto al sofá de la ventana, aléjate; yo dormiré entretanto. Fíjate, son las 12,05 en este momento y ya vuelvo a tener sueño. Nuria y Betty siguen cuchicheando en la cocina; desde aquí les oigo sus

secretillos. Comentan que hoy os quedáis a comer con nosotros y que no tenéis noticias ni de George ni de Anthony. Si me hubieses hecho caso, te habrías visto ya con George, pues le hubieses visitado en España. ¡Qué terco eres y qué orgulloso!

—¿Vamos a discutir eso otra vez?

—Todos los españoles albergáis en el pellejo un rey medieval y puñetero; nadie niega que en la guerra sois duros de pelar y que pocos os igualan con un arma en las manos, mas fuera del campo de batalla… ¡qué obcecados me resultáis, y con qué poca elasticidad os vais deslizando por este perro mundo! Los prusianos son a vuestro lado unos entes quebradizos y mansos… Pero es que, además, para que un español se decida a explotar su imaginación es menester que estalle el Apocalipsis.

Acudió Betty, sonrojada y tensa, y tras de ella, Nuria; casi ambas murmuraron a coro:

—¿De nuevo os peleáis…?

A cierto gesto y guiño de Vargas, las dos se retiraron, y al poco Herbert cerró los ojos, y el visitante, que se había instalado cómodamente junto a la ventana, arrellanado en un sofá inmenso de color ocre, comenzó a leer las cartas, mensajes, telegramas, estudios y gráficos. Eran papeles medio amarillentos y arrugados. Había en el material un cierto orden cronológico.

> *Junio 24, 1964 Conforme. Estudiar plan. OK plazo tiempo propuesto. Linda Barnathan*
>
> *PLAN 24-01 C.V.*
>
> *Operación de desinformación. A poner en marcha por las estaciones y antenas de México, Venezuela, Colombia y Uruguay.*
>
> *Personal disponible: Documento R-T 24s.l.*
>
> *Objetivo: Suscitar la impresión de que en los citados países funciona, aunque con escasa cohesión, una red de intelectuales, sindicalistas y políticos que pretenden denunciar y desmitificar la intervención politicoeconómica de USA en Latinoamérica. Aparecerán como fieros adversasiros de la Casa Blanca y de los estamentos de inteligencia USA. En torno a ellos surgirá un*

núcleo de seguidores y adeptos. En su conjunto crearán un clima de opinión. Con ello lograrán la confianza de todos nuestros adversarios.

Medios: conferencias, libros, folletos, artículos en Prensa y Revistas, y asimismo en los canales de TV. Estrategia: no se distribuirán compensaciones económicas.

Finalidad ulterior: utilizar esa misma red para desinformar e intoxicar al enemigo. Ofrecerles falsas pistas de nuestra actuación. Darle argumentos que a la postre podremos rebatir. Se adjunta dossier relativo a la operación «Trust», soviética, de la década de 1920, como ejemplo de engaños. Es sabido que Moscú creó entonces una Resistencia contraria a la URSS a la que se podía controlar y con la cual se manipularon (tras conocer e identificar) los núcleos antagónicos.

Firma: b-B, 413.

Agosto 19, 1964

Plan 24-01 C.V. Suspender y anular. Fracaso completo. Infiltración enemiga.

Linda Barnathan

Agosto 23, 1964

Comunicar de inmediato a la estación de UR-73 que las interceptaciones telefónicas de las embajadas T-4, Y-29 y 0-201 deben suspenderse de inmediato. Procedimiento quemado. La Compañía debe renunciar a tales métodos.

Linda Barnathan

Setiembre 2, 1964

Receptores de radio con FM. El aparato SRR-4 es de 50 a 200 megaciclos. Utilicen tabla de escucha CC-41.

Linda Barnathan

Octubre 24, 1964

Por los medios habituales recibirá el nuevo SW[7]*. Destruir el anterior SW.*

Linda Barnathan

PLAN 92-MU-09

Agente 24-PI-97. Certeza de duplicidad. Sugerimos eliminarlo por el procedimiento «Reese». Urge pronta respuesta.

Firma: b-B, 413.

Noviembre 7, 1964

Petición denegada. Intoxicar a 24-PI-97. Además: difundir por procedimiento K-01 que es agente de la Compañía. El periodista N-247 preguntará en una carta abierta al embajador si puede confirmar la sospecha de que opera para los servicios de inteligencia de USA. Y el embajador declarará: «Fue un hombre leal a Helms». Será el mejor medio para que 24-PI-97 deje de inspirar confianza a nuestros enemigos.

Linda Barnathan

DEPARTAMENTO DE ANALISIS * ESTUDIO COMPARATIVO DE FUERZAS
CUESTIÓN: DETERMINAR GRADOS DE POTENCIALIDAD DE NUESTROS ENEMIGOS * Y-BN-438
ESQUEMA FINAL BASADO EN LAS 352 PÁGINAS ADJUNTAS

A) ¿Qué sabe el enemigo del poderío militar USA?	*B) Logros a expensas del enemigo por intoxicación. Fallos suyos / nuestra Obra*	*C) ¿Qué creen ellos que conocemos de su poderío?*	*D) Actitud subjetiva valorándose ellos: Complejo supe. / Complejo infe.*	*E) Tribal sed de triunfo*
Respuesta: Conocen 89 % de nuestros secretos.	Respuesta: 14 % por sus defectos / 6 % por nuestros éxitos	Respuesta: 85 % secretos	Respuesta: 97 % / 97 %	Respuesta: 100 %

F) ¿Qué sabemos del poderío enemigo?	*G) ¿Logros del adversario? Fallos nuestros / Obra suya*	*H) ¿Qué conviene hacerles creer sobre nuestro potencial bélico?*	*I) Actitud subjetiva entre nosotros al valorar nuestro potencial bélico? Complejo supe. / Complejo infe.*	*J) Tribal sed de triunfo en el enemigo*
Respuesta: Conocemos 91 % de sus secretos	Respuesta: 15 % / 5,5 %	Respuesta: Conviene que sobreestimen en un 35 % por encima de su valor real. Por encima de esa cifra no lo creerían.	Respuesta: 99 % / 2,3 %	Respuesta: 100 %

CONCLUSIONES:

Existe un aproximado equilibrio de fuerzas militares y equilibrio de informaciones secretas.

Esporádica inestabilidad emocional (no necedad ni paranoia), a extremos que podrían resultar peligrosos tanto en nuestras altas esferas como en las de nuestros enemigos. Se refiere a líderes).

Existe un intolerable índice de posibles fallos potenciales: 2 % por causas mecánicas y 3,5 % por causas humanas.

En determinados enfrentamientos, sale a flote la peligrosa inmadurez de ciertos líderes de nuestro bando y del enemigo.

Sólo en 0,01% de ocasiones emerge una actitud de agresiva brutalidad, cuyas motivaciones hallarían similitud con la del matón de burdel. Posibilidades de III Guerra Mundial:

En el tiempo	Primavera:	2,3 % casos
	Verano:	14,6 % casos
	Otoño:	2,1 % casos
	Invierno:	1,7 % casos
En el espacio	Próximo y Medio Oriente:	RIESGO CONSTANTE Y CONTROLADO
	Latinoamérica:	RIESGO FUTURO
	India:	RIESGO PREVISIBLE A LARGO PLAZO
	Africa:	RIESGOS MENORES Y LEJANOS
Prognosis	Peligro conflictos parciales: 1980-2000	
	Peligro conflictos continentales: 1982-2000	
	Peligro conflictos entre los dos colosos y acaso irreversibles:	
	III Guerra Mundial: 1991	
Motivaciones	Fuentes de energía (petróleo y uranio):	64 % casos
	Antagonismos ideológicos:	26 % casos
	Mercados:	26 % casos
	Religión:	11 % casos
	Influencia de organizaciones secretas anticomunistas y antidemócratas:	6 % casos
	Subdesarrollo y hambre:	5 % casos

Tras la apresurada lectura de las primeras páginas —y las demás, que hojeó, eran por el estilo—, Vargas renunció a leer y abandonó la carpeta a su lado, sobre el sofá. ¿Para qué continuar?

¿No había él examinado, concebido o redactado montones de informes semejantes a lo largo de su carrera, años ha? El enfermo había conciliado el sueño y respiraba con brusquedades, lacio el rostro, con esa palidez que tiende a impregnarse de tonos azulados, mayormente al atardecer. Andrés volvió a tomar la documentación y avanzando sin hacer ruido, se llegó hasta la chimenea, en el comedor, y en breves minutos el amasijo de papeles, carpeta incluida, ardían y se trocaban en cenizas. Luego regresó a la vera del amigo.

—¿Sigues sin tener noticias de George? —dijo Herbert sin abrir los ojos, sabiendo sin embargo, no sabemos cómo, y quizá fue por la respiración, que el español estaba allí cerca.

—Seguimos sin noticias desde la llamada telefónica de la pasada semana.

—Nos contó, entonces (y creo que ya te lo dijimos), que sabía de buena fuente que a Antonio Carrasco lo habían matado.

—Ya…

Desde que guardaba cama y se sabía en gravísimo estado, se había operado en el coronel una curiosa metamorfosis. La delicadeza y discreción de antaño, habituales en él, habían cedido el paso a actitudes repentinas y broncas que, sin embargo, no encerraban afán de herir, lo cual no impedía que azorasen a los presentes. Era como si poco a poco fuera renunciando a las inhibiciones e hipocresías de la civilización y como si, a la vez, se desprendiera de esa gruesa costra de cautelas y circunloquios que le habían otorgado cuatro décadas en la Información. De ahí que en esta ocasión, y con el natural pasmo de Andrés, hubo de escuchar éste:

—¿Sospechas, como yo, que fue George quién lo pasaportó al otro mundo?

En circunstancias normales, Andrés hubiera echado mano de su caja de truenos; pero ahora se mordió la lengua, exhaló un suspiro y repuso:

—¿Qué te hace suponer que mi hijo descendiera al escalón de los matarifes? —Y su azucarada voz ocultaba apenas la irritación.

—¡Vargas, por todos los santos! ¿Sabes de alguien en este puerco mundo que no se ejercite en el verbo manipular?

Betty apareció para anunciar que la comida estaba dispuesta y

que, si no les importaba, trasladarían al dormitorio la mesilla transportable y almorzarían allí todos juntos. A Betty en los últimos tiempos se le ponía la nariz muy enrojecida, a la vez que se le hundían, con profundos surcos, las mejillas. En sus ojos había un brillo intenso. Parecía regocijada, y a la vez presa de cansancio.

—Ya te avisaremos para que traigáis todo —replicó Herbert, a lo cual la hermana se esfumó.

—Admito que Carrasco era un peligroso tránsfuga, y que en la Compañía habría fuertes y razonados motivos para desear desembarazarse de él. Y no ignoro que mi hijo reunía las condiciones para hacer ese trabajo. Pero los dos sabemos que la Compañía prefiere debilitar y anular a exterminar, y asimismo ni tú ni yo desconocemos que George era novicio en la red. Encargar a los impreparados ciertas liquidaciones supone riesgos imprevisibles; y digo riesgos, no riesgo. Que pueden desencadenarse y luego nada ni nadie podría controlarlos. ¿De veras supones que los directivos de la estación madrileña o la antena barcelonesa sean tan incautos como para querer exponerse a esos peligros? Y si ellos no iban a caer en semejante disparate, menos Langley.

—Todo lo que me dices —replicó Herbert conteniendo apenas su aspereza— falla por su base…

—¿Qué base?

—Lo sabes tan bien como yo; falla porque careces de visión global. En circunstancias corrientes, no se cometería ese error. Pero… ¿y si se han producido hechos condicionantes que ignoras? ¿Cuántas veces no se actúa en los servicios en forma que un extraño califica de ilógica?

—¡Quieres que nos agarre el toro!

—Lo que creo, Vargas, es que tu hijo ha pasado de durmiente a activo, y que vive presa de su primera crisis —y tras breve silencio —: Tranquilo; la herida cicatrizará. Sin golpes y caídas no se podría curtir. Su índice de inteligencia es superior al de nosotros dos, y también el de sensibilidad.

—¿Y…?

—Y eso es todo. Tan sólo quisiera hacerte una sugerencia…

—No te detengas —propuso Vargas.

—Gracias… Una de dos: o la crisis se resuelve y le fortalece, o no hay tal crisis sino el preludio de cierta tempestad. Además de

padre, eres lo bastante psicólogo para determinarlo, y me parecería una locura esperar a saberlo más allá de la primera quincena del próximo mes, mayo. En mayo de 1978, entre el 15 y el 18, deberías haber llegado a formular el diagnóstico que ahora no puedes hacer. ¿Verdad que George se marchó a Europa sin que hubiese formalizado sus relaciones con aquella muchacha…, Susan o Diane…, o algo por el estilo? Ya sabes, aquella estudiante de Puericultura.

—¡Oh, Herbert, confundes las cosas! Con esa chica, Donna, y no Diane o Susan, quien tuvo un conato de relaciones fue Anthony, pero no George. George sólo tuvo relaciones, me parece, con una muchacha, y eso fue mientras estudiaba; se trataba, ¿no te acuerdas?, de Jennifer, hija de emigrados polacos, y la relación no llegó ni a efímero noviazgo… George no tenía mucha suerte con el sexo contrario, porque era… tímido o sentimentalmente poco maduro.

—¡Lo sé, lo sé! Y ahí está ahora la cuestión. ¡Sería Eros y no los mil y un accidentes y trampas del oficio lo que podría plantearle a George el drama en dos actos! —Y lo dijo casi divertido, al tiempo que se incorporaba, y llamaba a Betty para que trajeran el almuerzo —. *Cherchez la femme!*

—Reconozco que tus temores coinciden con las apreciaciones de Nuria…

Ésta apareció con su delantal y su mejor sonrisa.

—He oído mi nombre. Hubiera jurado que sólo hablabais de vuestras cosas; pero si os queda algún tiempo para acordaros de nosotras…, ¡no todo está perdido! Bien: ¿estáis dispuestos para comer? ¿Traemos todo…?

—¡Oh, sí! —replicó Herbert, y al punto desapareció Nuria, tarareando una vieja canción española; y al quedar de nuevo solo con Vargas, le dijo a éste—: Supongo que has leído y luego quemado la carpeta verde.

—La carpeta es ahora dos gramos de cenizas.

—*Okay*!

—¿Cómo te encuentras hoy, Herbert?

—¿De veras quieres saberlo? —A ratos Herbert se sentía algo travieso y moderadamente sádico.

—¿Necesitas que te lo jure?

—No se hable más… Pues me siento no tan bien como ayer y, por supuesto, mucho mejor que mañana. Tras lo cual estalló a reír, instante que coincidió con la entrada de las dos mujeres con la mesilla y fuentes de aromática y humeante comida.

—No creas que ignoraba que los neoyorquinos son la gente más mal hablada del Planeta, pero no supe hasta ahora que la Ciudad de los Rascacielos pudiera tener en ti, sabroso MacCarter, el posible presidente de una Academia de la Lengua Inglesa para uso de bellacos, tahúres y sarnosos.

En su testamento, Herbert MacCarter se permitió subrayar que como a su hermana le sería asignada una pensión más que suficiente, no requería mayores ingresos. ¿No poseía ella, además, aquel bello chalet? Por todo ello, donaba al *Boston Hospital for Women and the Lahey Clinic*, la suma de 320.000 dólares. A la *Widener Library of Harvard University* hacía donación de su biblioteca sobre la Guerra Civil española de 1936-1939, integrada por 1.900 volúmenes y folletos o pósters aparecidos en España o fuera de ella, desde 1937 hasta 1978. Al conocido hospital *New York Cornell*, en el 525 E. 68 St., en donde fue atendido cuando era niño, les hizo donación de cierta casa paterna que poseía en Long Island —Betty poseía otra, muy parecida, en New Jersey, que a su vez donaría al *Massachusetts General Hospital*, de Boston—; y al matrimonio Vargas les obsequiaría con su colección de armas de fuego de los siglos xvni-xx, un juego de ajedrez indostánico, las 6 copas de plata ganadas en el Tiro Olímpico de Washington en los años 1945-1948, y la vitrina con figuritas oceánicas que tan hondamente encendían la fantasía de Nuria. Por lo demás, estableció que su cuerpo fuera incinerado, y que al entierro no asistiera ninguna representación oficial; y únicamente familiares y amigos tendrían cabida en el funeral.

Herbert falleció durante la madrugada del viernes 5 de mayo de 1978, probablemente hacia las 6,30 horas. No sufrió, pues, en absoluto. Su óbito constituyó un rudo golpe para Betty, y apenas de menor intensidad en los Vargas. Anthony y Dorothy acudieron a dar el pésame a Betty. Durante largo tiempo, Andrés renunció a cultivar su *hobby*, y vagaba, pálido y taciturno, por el jardín de su casa, con las tijeras de podar en las manos, sentado sobre la hierba y mirando a la léjanía, sin ver ni oír… Nuria contuvo el llanto mientras

anduvo con Betty, pero al llegar a su casa fue víctima de la más aparatosa llantera de su existencia. En cuanto a Betty, que susurraba el nombre de Herbert con absoluta veneración, se marchitó muy honda y vertiginosamente en pocos meses, hasta que llegó a temerse por su vida. George envió con algún retraso su telegrama de pésame. «No sé si algún día podré ser perdonada», dijo Dorothy con la voz quebrada, los ojos llenos de lágrimas. A lo que Betty le replicó con un abrazo.

Mientras vivían el mes de mayo de 1978, ninguno de los tres —o sea: Andrés, Nuria y Betty— pudo ser consciente de ello, porque así acontece de ordinario en la historia. Cuando se vive una fuerte mutación, pocos detectan el cambio en su profundidad. Sin embargo, bien podría hablarse de un *antes* de expirar el coronel MacCarter y un *después* de perecer. En el *antes* había —y tampoco ninguno de ellos se percataba del hecho— alegría, ilusión por la vida y apetito por las cosas menudas; en el *después* se constataba un agrio crepúsculo y un como desvalimiento y orfandad. El coronel Herbert MacCarter se llevó bajo tierra aquella sensualidad por la vida que hasta entonces experimentaran Betty, Nuria y Andrés. Y verle en los documentales a él dedicados, con gran riqueza de planos medios y primeros planos, significó justamente lo contrario de un alivio o incentivo. A cierto periodista bostoniano que le preguntó por el difunto, Andrés Vargas le replicó: «En el coronel Herbert MacCarter se daban cita las mejores cualidades y virtudes del militar norteamericano. La deuda de gratitud de los Estados Unidos y Gran Bretaña se alza verdaderamente inmensa; la de España, es infinita e impagable».

Descanse en paz.

DEPARTAMENTO DE ANÁLISIS * ESTUDIO COMPARATIVO DE FUERZAS
CUESTIÓN: DETERMINAR GRADOS DE POTENCIALIDAD DE NUESTROS ENEMIGOS * Y-BN-438
ESQUEMA FINAL BASADO EN LAS 352 PÁGINAS ADJUNTAS

A) ¿Qué sabe el enemigo del poderío militar USA?	*B) Logros a expensas del enemigo por intoxicación.*		*C) ¿Qué creen ellos que conocemos de su poderío?*	*D) Actitud subjetiva valorándose ellos:*		*E) Tribal sed de triunfo*
	Fallos suyos	*nuestra Obra*		*Complejo supe.*	*Complejo infe.*	
Respuesta: Conocen 89 % de nuestros secretos.	Respuesta: 14 % por sus defectos	6 % por nuestros éxitos	Respuesta: 85 % secretos	Respuesta: 97 %	97 %	Respuesta: 100 %

F) ¿Qué sabemos del poderío enemigo?	*G) ¿Logros del adversario?*		*H) ¿Qué conviene hacerles creer sobre nuestro potencial bélico?*	*I) Actitud subjetiva entre nosotros al valorar nuestro potencial bélico?*		*J) Tribal sed de triunfo en el enemigo*
	Fallos nuestros	*Obra suya*		*Complejo supe.*	*Complejo infe.*	
Respuesta: Conocemos 91 % de sus secretos	Respuesta: 15 %	5,5 %	Respuesta: Conviene que sobreestimen en un 35 % por encima de su valor real. Por encima de esa cifra no lo creerían.	Respuesta: 99 %	2,3 %	Respuesta: 100 %

IX

TRAS EL DUELO DE KATIA-LAURA

—¿Conque erais muy amigos del coronel Herbert MacCarter, fallecido anteayer, el viernes?

—Sobre todo —replicó George— de mi padre.

Kraft dejó de pasearse y se situó ante el jefe de la antena y en la forma que miró a George, pudo éste captar cuán hondamente compartía aquél su dolor. Ya en enero, a fines de enero de aquel año, cuando se vieran en el domicilio de George, intercambiaron ambos impresiones, y al bostiniano le quedó el convencimiento de que el visitante era, de todos cuantos conociera, el más curtido y profesional, el más inteligente de la organización. Kraft vestía con extrema elegancia, era alto y rubio y bien parecido, 56 años, graduado en Cambridge, políglota, campeón de *cricket* y analista. No viajaba mucho; sólo a veces. Solía llevar corbatín rojo con lunares blancos. Los trajes, oscuros.

—Sin duda te hubiera gustado asistir al funeral…

—¡Oh, no importa!

Estaban los dos en la RB del Doctor Roux. Era el domingo 7 de mayo de 1978. Habían almorzado juntos en la Diagonal, y habían hablado de todo un poco: familia, amigos, política internacional, libros, futuro… De todo menos de la Compañía. Kraft era un persona que inquietaba gratamente a George. Su capacidad de comprensión y su sensibilidad parecían tener como eje causal la fusión de una extrema bondad, la agudeza del psicólogo, el talento del profesional maduro y con experiencia y el exquisito afecto del amigo íntimo. En pocas palabras sabía crear un clima de cordial confianza. Su rostro —facciones correctas y armoniosas, que recordaban a Gregory Peck—, expresaba nobleza, seguridad en sí mismo, autoridad y algo más, algo raro, que George no acertaba a definir. Intuición y deducción eran en él dos instrumentos de la más

fina y alta potencialidad.

—Le manifesté al Jefe que tu operación en las costas de Garraf fue digna de un veterano y artista; y que le prestaste a España y al planeta entero el regalo más valioso. ¿Sabías, amigo, que los delitos son contagiosos como las epidemias? Basta que cualquier desequilibrado se ponga a secuestrar un «Jumbo» para que se desencadene una ola de secuestros de aviones. ¿Que el grupo AB invade cierta Embajada? De inmediato surgen, como setas, los golpes similares. El robo es contagioso, y el delito con sangre también. Pienso a veces que el orbe del hampa anda flaco de inspiración, y que ante el soplo de ciertas novedades, brotan en cadena los imitadores. Y pienso también que la Prensa fomenta esos riesgos al otorgar publicidad de *vedettes* a los ejecutores de tales tragedias.

—Entiendo…

—¿De veras? Evitándole a Occidente el espectáculo de una planta nuclear saboteada y en ruinas, con la consiguiente radiactividad esparciéndose, has disparado a la vez la noción de que poseemos en la guerra secreta un poderío ultrasofisticado y supremamente eficaz. Con lo cual se nos atribuye más mérito o más capacidad combativa de los que en verdad poseemos, porque tu acción fue independiente y no ordenada por nadie. Bien…, a partir de tu proeza, los enemigos del orden se verán desalentados en sus proyectos de repetir «hazañas» como la que planearon contra Vandellós.

El rostro de George apenas traslucía complacencia; y es que él pensaba en las motivaciones y secretos objetivos de Kraft.

—¡Admirable! Fue el más bello combate ganado en pro de la paz y el orden tanto de España como del mundo. Y eliminaste al adversario con limpieza. Tu gesta —se detuvo unos instantes, y señaló a George con un dedo acusador— agradó y a la vez preocupó a Madrid. Agradó por el favor en sí mismo. Te aseguro que de buen grado te hubieran condecorado con la medalla de Alfonso X *el Sabio*. Y preocupó porque mostraba demasiado diáfanamente los niveles del poderío no español en España. ¡Lo de siempre, demonio! Operamos en casa ajena. ¿Qué pensaríamos nosotros del New Scotland Yard si un buen día lograba desarticular los engranajes mañosos que pululan en Chicago? Nos enterneceríamos con

Londres, y a la vez nos pondríamos a temblar.

Kraft encendió un cigarrillo tras ofrecer otro a su interlocutor.

—¿Sabes que es muy acogedora esta RB…? —Y a la vez repuso —: ¿Vas comprendiendo?

—No estoy muy seguro.

—Y ahora viene el mensaje de Turner: como hombre y ciudadano amigo de España te ruega aceptes su enhorabuena, pero como máxima autoridad de tu empresa cree que debieras ser degradado o expulsado del cuerpo. George iba a levantarse de un brinco, y Kraft, que esperaba esa reacción, le empujó un hombro en dirección contraria —y ello con una energía fortísima de la que le creyó desprovisto—, impidiéndole su intención. George se recuperó pronto. A partir de entonces, su silencio sería pertinaz y cauteloso. De alguna manera comenzó a sospechar que al final de aquellas sinuosas palabras —una de cal y otra de arena— se darían de bruces con Katia. Es decir con la KGB. ¿Y si Washington temía verle convertido en traidor o doble? O a lo mejor les dio por sospechar que ya lo era…

—No sólo el detector de mentiras, sino tu palpable lealtad, el PP y mis propias conclusiones… demuestran que desconfiar o desprendernos de ti, y no creas que no te han surgido enemigos, fuera error demencial. Siempre he sido y siempre seré un defensor de George Vargas, hijo del legendario Andrés Vargas, héroe de la Guerra Civil española. Recuérdalo: Kraft será tu valido en la Compañía. Cuando tengas problemas, recurre a mí.

George estaba seguro de que de un momento a otro, el perspicaz analista diría: «Pero eso no es todo; ahora necesitamos de ti que…», y la petición iba a deslizarse por un camino que tendría como metas a Katia y Moscú. Por eso no bajaba la guardia. «A lo mejor esperan que gracias a Katia me introduzca en la KGB; o quizás espera Langley que atraiga a los Estados Unidos a Katia…», pensaba George. Callaba con el ceño fruncido, mirando de soslayo.

A continuación pasaron revista a las numerosas cuestiones pendientes. Nuevas adquisiciones, traslados, informes dudosos, otras áreas de acción, necesidad de mayor presupuesto, contactos con dobles, códigos de Ja NASA, sospechas de filtraciones, etc. Sobre el escritorio tenía George fichas, informes, mensajes del teletipo, cartas… A cada pregunta del jefe de antena, Kraft

respondía sin pausas ni prisas, con frío aplomo. De vez en cuando, George o el visitante interrumpían el quehacer para arrimarse al frigorífico y tomar cubitos de hielo para sus vasos de *whisky*, leche, café, té, agua…

—No se te proveyó de calentador para el café. Te mandaré uno —observó Kraft—. A mí el café frío me sienta mal. Cuando tengas mis años preferirás las bebidas calientes, incluso en verano. ¡Ah, el calor da vida…!

—Apenas nada me ha preguntado sobre Katia Prat.

—¿Cómo?

Kraft se sonrió para sus adentros al comprobar que su colaborador tomaba de improviso y audazmente la iniciativa. Eso le gustó.

—¿Y bien? ¿No quería usted saber algo más de ella? Porque sin Katia, mi digamos «hazaña» en las costas de Garraf hubiera sido impensable.

—¡Oh, no lo dudo!

—¿Entonces? —dijo George, sin poder evitar cierta angustia.

—¿Es que debía yo saber algo más…, algo que no hayas comunicado ya en tu informe del otro día? —Y como George, cortado, callara, Kraft repuso—: Te presiento inquieto. Si me lo permites, quisiera ayudarte. Resulta típico que en sus primeras operaciones, el funcionario se vea extraño a sus propios ojos, y que dude no sólo de su vocación, sino de la justicia y hasta conveniencia de sus propios actos. Por ello en la formación, el período en la JOT, se otorga primacía a los aspectos psíquicos y éticos… Piensa, hijo, que aquellos ocho sujetos que enviastes al fondo del mar eran enemigos y que, de haber realizado sus propósitos, se hubiera derivado de éstos la peor y más monstruosa carnicería. ¿No te demostraron tus profes que la paz es algo así como la continuación de la guerra por otros caminos? Y en la guerra, ya sabes: o ellos o nosotros. O su país o el nuestro. Vencer o morir. En tu caso personal, lo que acontece es que, por desdicha, has debido curtirte en demasiado poco tiempo… Ahora bien, tú vienes de noble casta, y… ¿olvidaste que tu padre debió curtirse en menos tiempo que tú y a una edad más temprana todavía?

Fino psicólogo, captó en seguida Kraft que no estaba dando en la diana. Se levantó, dio unos pasos, y al cabo se situó justamente

detrás del funcionario. No se oía ningún ruido callejero. George sentíase desfallecer.

—¿Qué te hace suponer que mi venida tiene por objeto confiarte otra misión? Imaginas que pretendemos manipularte para lograr de la KGB, r;or intermedio de Katia, informaciones de algún género. Has pensado que nos gustaría enviarte a Moscú, tras simular tu conversión a la causa soviética. Rectifícame si me equivoco.

Los dos callaban. De repente, Kraft se colocó frente al joven, muy cerca y por primera vez levantó la voz, colérico:

—¡Claro, qué importa un peón más o menos! Te enviamos a Moscú con Katia, te introduces en sus círculos, consigues los últimos secretos bélicos de la URSS y…, si en el empeño te liquidan, ¿por qué debía dolernos la pérdida del joven Vargas?

Kraft tomó asiento, acalorado. Tras aplastar en el cenicero su casi entero cigarrillo miró a George, que seguía con la cabeza inclinada, trémulo y confuso.

—Lo siento —dijo Kraft con sincero acento, y tomó asiento, sin duda fatigado.

—¿Es cierto o no que fui manipulado para que exterminara a Carrasco? —dijo George haciendo acopio de energías, mirando al jefe de soslayo.

—¿Por qué imaginas que estoy en condiciones de responder a esa cuestión?

—Y si fui manipulado, ¿por qué no se me dijo que Carrasco colaboró con la Organización desde la antena de San Sebastián?

—Mírame bien: ¿soy Kraft o Turner? Si ves ante ti al Jefe, acusa y pregunta, pero si ves a un subalterno, medita antes de hablar —y tras prolongado silencio, repuso—: No ignoras que la Compañía se compone de miles de técnicos y centenares de escalafones. Sabes que las estructuras se integran en la ley de los compartimentos estancos para su mejor defensa y seguridad. A menudo lo que se cocina en el departamento D es desconocido por el departamento C. El trabajo resulta abrumador, las circunstancias se suceden a velocidad de relámpago. Lo que el suplente del subjefe pueda decidir en la WE puede no ser aprobado por el jefe rector de la WH. Entre la OA y el OCR hay de ordinario perfecta coordinación, pero ¿qué hacer cuando cierto informe repentino facilitado por el CI o un cualquier LP sugiere la adopción de un determinado plan? En este

maldito oficio no se tiene jamás una visión global, sino sólo parcial, y lo que hoy pueda parecemos cuerdo mañana se revela absurdo. Tú mismo no eres tampoco infalible, aunque nadie te lo exige; somos humanos y limitados. Si en tu idilio, y perdóname, con esa hermosa Katia te propasaste en algunos aspectos, y si con ella te permitiste graves reproches a los jerarcas de tu país, nadie te lo echará en cara. Sabemos muy bien que entre la teórica planificación de un proceso y la realida media un abismo… En la práctica es preciso realizar algunas concesiones, proyectar giros imprevistos, y a veces hay que ceder y casi traicionar para luego volver al plan original. ¿Crees por ventura que en la guerra puede alguien deslizarse con la conducta absolutamente inmaculada, sin haber fallado jamás, sin haberse visto tentado de abandonar, renegar y autosabotearse?

Mudando de tono, ahora entre compungido y suplicante, Kraft añadió:

—Tres veces en una noche le falló Pedro al Maestro; no obstante lo cual, Pedro fue luego san Pedro. Ya viste el texto inscrito en el muro de mármol de la sede: «Y conoceréis la Verdad, y la Verdad os hará libres», Juan, 8:32. Dicho de otro modo, importa lo esencial y no lo accesorio.

Por fin, George levantó la cabeza. George y Kraft se miraron. Había evidente simpatía mutua.

—Voy a darte un consejo de oro: *No hagas nunca en la vida lo que quieras; haz lo que puedas*. Me explicaré. Enviarte a Moscú con Katia, podría resultar apetitoso, pero… sólo a condición de que los responsables de la O A tuvieran menos cerebro que un mosquito. Veamos la realidad: la KGB conoce muy bien tus antecedentes, presente, carácter, ideología, y todo lo demás. Saben que aunque lúcido crítico de los defectos de nuestro país, no comulgas con el dogma comunista y aún menos con el imperialismo soviético. ¿Que adoras a Katia? Muy bien, pero semejante circunstancia álzase quizá como un punto negro… Porque ese amor podría dar pie, según el Kremlin, a que en el futuro su Katia les traicionara de alguna manera. En suma: para la KGB no eres aprovechable aunque, eso sí, esperan, gracias a Katia, lograr de ti algunas informaciones, y ello incluso en el supuesto de que tu enamorada no quisiera, por lealtad hacia ti, confesar cosa alguna que pudiera dañarte. ¡Santo cielo, no viste que aun siendo poco lo que nos dijiste de Katia y de los suyos,

fue de todos modos mucho y sustancioso lo que gracias a ti llegamos a saber! Pues lo mismo les ha ocurrido a ellos sobre nosotros, gracias a ella. En suma: a tu patria le eres provechoso desde aquí y en tu puesto actual, y sólo desde aquí y precisamente como responsable de esta antena. Te diré más, ¡y levanta ya el ánimo!, a tus superiores no se les ocurrirá prohibirte ni desaconsejarte tus encuentros con Katia. Claro que me preocupa tu inmadurez sentimental y tu momentáneo complejo de inferioridad, pero eso lo superarás. ¡Yo tengo confianza en ti!

George nadaba entre la perplejidad y la euforia.

—¡Anda, corre al lado de Katia! ¿Qué esperas aquí? Vete… ya.

—Pero… yo ignoro dónde pueda estar…

Kraft tomó, divertido, a George y le obligó a salir de la habitación RB, la cual cerraron tras sus pasos, y se llegaron hasta la sala contigua. Desde allí, vieron por la ventana, el espejo situado a la entrada de la antena. El hombre le dio a George sus prismáticos.

—Dime qué ves en aquel espejo redondo.

Se veía un coche, y en su interior a un muchacho melenudo y con gafas.

—¿Qué se supone que tengo que ver?

—¡A Katia! Ese muchacho no es otra persona que tu Katia, hábilmente disfrazada. Espera a que tú salgas. ¿Por qué no nos despedimos ya?

George —lo mismo que un adolescente— estallaba por dentro. Radiante, le tendió una mano al funcionario, que se la estrechó con violencia, al tiempo que se sonreía.

—¡Un momento, George! Pasado mañana hablaremos de algunos asuntos secundarios. El martes, 9, aquí a las diez. *Okay*?

—¡Gracias! —chilló George, ya de espaldas, corriendo escaleras abajo.

En el amor hasta los ancianos se comportan como criaturas.

Desde allí hasta Breda, aldea gerundense situada en la zona de contacto entre el macizo del Montseny y la depresión selvatana, con sus 64 km de recorrido, George y Katia no hicieron sino abandonarse a las efusiones de aquel forzado encuentro luego de casi un mes y medio sin haberse visto. Tardaron en preguntarse el *cómo tú aquí* y el *por qué*; aceptaban el hecho milagroso y sentíanse flotar más que avanzar en coche aquella tarde de domingo

con sol primaveral y la atmósfera cargada de júbilo. Sin embargo…, algo fallaba.

A George no le pasaba inadvertido que a pesar de la excitación y el intensísimo gozo de Katia, su extrema palidez y su propensión al sobresalto, que en varias ocasiones la colocaron ante el riesgo de chocar con autos y árboles, demostraban que la joven se hallaba bajo la presión de algo muy desusado y grave. ¿Qué podía ello ser? Cada vez que él preguntaba, Katia eludía la respuesta," y solía decir: «Después…». Evidentemente, la muchacha había adelgazado y estaba desmejorada; las ojeras, los ojos enrojecidos, la lentitud o hipersensibilidad en sus reflejos, y su ausencia de equilibrio constituían la clara prueba de que la joven arrastraba un fuerte disgusto o una inmensa preocupación. Era inútil que George, derrochando el buen humor, los pellizcos, besos y abrazos, intentara elevar su ánimo. ¿Tan honda era su angustia que la apartaba incluso de la voluptuosidad del amor y del placer del reencuentro? Cuando llegaron a la habitación del hotel y hubieron cerrado con llave, tras de sí, y se hubieron percatado de que nadie podía oírles, ella tomó asiento y… entonces se deshizo en lágrimas. Ante George apareció una Katia aterrorizada, que le abrazaba convulsivamente y se estremecía… Perplejo, George la besaba y abrazaba, y la acariciaba con extrema dulzura, rogándole que se calmara. La crisis no cedió hasta mucho después… Luego apareció el hipo. La joven se iba secando las mejillas, se sonaba. *Cariño, amor mío*, decía él. *Nó puedes ni remotamente imaginar*, replicaba ella. Ante el peligro de que la crisis volviera a renacer, George pidió al servicio, por teléfono, coñac y vasos. Ella bebía con fuertes temblores, la mirada llena de espanto.

En mayo los días son largos y ya cálidos, y en Breda en esa época del año los alrededores forman un imponente marco de verdor, con su trigo, cebada y patatas en flor. Los 169 m de altitud son suficientes para que la atmósfera y temperatura se ofrezcan libres de contaminaciones, humedades y bochornos. Los alfareros y ceramistas gozan de reputación —mayormente a causa de sus ollas y cazuelas—, y exportan buena parte de su trabajo a los Estados Unidos. Así, recorrer aldea y contornos es un regalo para el cuerpo y el espíritu. La población es simpática y acogedora.

Tendidos bajo un nogal en la hora vespertina, con el ruido de las

aves, grillos y el sordo rumor de voces campesinas perdidas en la lejanía, los dos jóvenes, que respiraban voluptuosamente, se dejaron impregnar por aquella paz y Katia se fue recobrando. No fue menester que George le preguntara.

—¿Te han hablado los tuyos del Grupo 9, George? No… Veo por tu extrañeza que no. Verás…, no sé por dónde empezar. El Grupo 9 lo forman núcleos procedentes de nueve países. Lo integran banqueros, industriales, políticos, universitarios, escritores… No pienses en una neoODESSA. Se les llama también los «sin»; es decir: propugnan que el mundo del futuro se encuentre sin judíos, sin católicos, sin musulmanes, sin masones, sin anarquistas, sin marxistas, sin demócratas, sin gitanos, sin negros, sin homosexuales, sin tullidos, sin retrasados mentales… Aspiran a la raza pura y perfecta. No son tampoco neonazis o neofascistas. Son otra cosa. Cuentan con cierta constelación de pensadores, políticos y hombres de acción, todos los cuales estiman que debe nacer una sociedad en la que no haya dictadura del proletariado, parlamentarismo, libertad de Prensa ni ONU. Se muestran seguros de poder desarraigar la mafia, las drogas, el terrorismo, la explotación capitalista y la miseria. Un Gobierno único y mundial con la dirección confiada a cierta *élite*. En suma: un régimen totalitario, de supercontrol policíaco y total abyección. Cierto Klaus Rahn es el filósofo del Grupo 9. Éste ha sintetizado sus dogmas en su libro titulado *Futuro*, y en sus 48 páginas se dedican 32 a la crítica demoledora de los sistemas socialista y capitalista; a ambos condena por igual, y en las 16 páginas restantes formula, merced a su *Decálogo del Futuro*, los principios sobre los que deberá asentarse el nuevo orden: habla de organización y estructuras políticas, propaganda, disciplina, moral de partido, espíritu de sacrificio, casas de exterminio, abolición de cárceles, abolición de la moneda, preparación física y universitaria conforme a modelos espartanos, destrucción del concepto de familia… Nadie tendría derecho a elegir su profesión o destino, pues éstos le vendrían impuestos por lo que el psicólogo determinara. Una sola pena impartirían los jueces: la pena capital. Directivos y ejecutivos ejercerían su mandato sólo durante las edades comprendidas entre los 24-33 años. Jubilación a los 58 años. La muerte por vía intravenosa a los que contrajeran enfermedades incurables. Sólo podrían tener hijos

los que mostraran capacidad para regenerar la raza, e incluso en tal caso únicamente durante los 23-25 años, e incluso así no más de dos vástagos, con automático exterminio de'los que nacieran sin las condiciones exigidas…

—Calla, calla, por el amor de Dios… —murmuró George, que no sabía si reír o vomitar—. ¿Quieres decirme qué significa todo eso?

—Y ahora viene lo peor… Tú sabes que de todas las cuestiones que plantea la sociedad contemporánea, superpoblada y de complejísimas necesidades, ninguna tan espinosa y rebelde como la de la economía. Pues bien: el doctor Rahn despacha la cuestión económica en apenas siete líneas, en las cuales hay más adjetivos que sustantivos, ninguna cifra y afirmaciones gratuitas completamente huecas. El Grupo 9 se halla integrado por elementos poderosos de los siguientes países, Italia, Alemania Occidental, Estados Unidos, Francia, Reino Unido, España, Argentina, Sudáfrica y Suecia. En breve se llamará Grupo de los 10, pues varios japoneses han solicitado su admisión. Tienen suficiente dinero y medios como para secuestrar navios con uranio y agua pesada o misiles con cabeza nuclear; sabemos que cuentan con rampas de lanzamiento de proyectiles, y disponen de campos de entrenamiento con alrededor de 17.000 hombres y mujeres. Cuentan con vastas reservas económicas y una de las tres computadoras electrónicas (de la tercera generación de ordenadores) más sofisticadas que hasta el presente hayan salido de la IBM, con la que pueden descifrar, en apenas medio minuto, cualquier código criptográfico. Han logrado el transmisor radifónico indetectable. Hacen experimentos con nuevas armas y se supone que tienen informadores o cómplices en esferas políticomilitares de todo el mundo. Incluso se sospecha que han podido intervenir…

—Continúa, Katia; no lograrás asustarme.

—… intervenir las comunicaciones entre la Casa Blanca y el Pentágono, y lo mismo entre el Kremlin y el Ejército Rojo.

—¡Katia, Katia! Continuamente surgen organizaciones de ese tipo, y sin cesar se las desarticula. La locura no puede crear poderes que resistan el paso del tiempo; esa gente construye sobre zonas tan inestables como la arena o sobre los pantanos… ¿O es que me ocultas algo más grave?

Katia se levantó su bello jersey naranja que le cubría la zona de

los riñones, y apareció, en carne viva, la huella de crueles golpes con cadenas. A George se le escapó un grito de horror y cierta retahila de taco en inglés.

—¿Piensas todavía que te he contado un relato de ciencia ficción…?

—¡Katia, amor mío! ¿Cómo fue eso? —George había palidecido y le temblaba la barbilla de coraje. Estaba oscureciendo, y si bien no hacía frío, la temperatura cálida de la jornada cedía el paso al fresco tonificante, con suave brisa del Montseny.

—Un agente nuestro que opera en la cuenca del Amazonas, en Brasil, logró infiltrarse en el Grupo 9, hacia fines de marzo de 1978, y descubrió que había fallecido por accidente de carreterá, y sin que se enteraran las altas esferas, una informadora llamada Regina Fontes, con edad, físico y preparación extremadamente semejantes a los míos. Regina quedó tan destrozada que la Policía no pudo identificarla, y la enterraron sin más. Entonces, Moscú decidió que yo podría hacerme pasar por la difunta muchacha y averiguar de ese modo cuanto pudiera. Nuestro agente, que reside en Bahía, me estuvo preparando por espacio de varios días, y después me hice pasar por Regina Fontes. Anduve como enlace del Grupo 9 en México, Nicaragua e Italia. El engaño fue casi perfecto… Digo casi porque en Nicaragua, cuando el propio lugarteniente de Rahn, un tal Eugenio Bonet Salazar, me preguntó, y supongo que por puro trámite, sobre el paradero de mis padres; es decir, sobre los padres de la desdichada Regina Fontes. Y a mí, ¡maldita sea!, se me había olvidado el nombre del que fuera el progenitor de Regina. Me mostré vacilante, confusa. Y el terror se me comía de vivo en vivo, ¿comprendes? Estaba persuadida de que me habían descubierto y de que me liquidarían. Pero no fue así. Se me ocurrió un ardid. Dije: «Olvidé al cerdo de mi padre, que se llamaba Nicolás, porque le perdí a los 14 meses y además siempre le he detestado: ¡era comunista! A quien yo adoraba era a mi padrastro, Federico Fontes, de quien adopté el apellido». La versión les amansó.

La hierba había refrescado en demasía y los dos jóvenes se pusieron de pie, y poco a poco fueron avanzando hacia la población, muy cercana y repleta de luces hospitalarias. George tomaba a Katia por los hombros, según es costumbre en España.

De pronto él se detuvo y la besó largamente, interminablemente,

en los labios, cuello y mejillas, para luego abrazarla con vigor. Ella suspiraba, feliz.

—No sabes ni sabrás jamás cuánto te he echado de menos, Katia…

—¿Tanto como yo a ti? ¡Te juro que no tanto!

—Kraft no me prohíbe mis encuentros contigo; incluso diría que me los estimula… Algo se trae entre manos ese brujo de Filadelfia. Mira, Katia…, nuestro oficio es tan sórdido y sucio que cada día lo maldigo mil veces, y me llamo a mí mismo cretino e idiota por haberlo elegido. Dime, ¿por qué supones que me incitan a…?

—¡Qué ingenuo eres a veces, George! Te incitan porque saben de mi infiltración en el Grupo 9, y saben asimismo que soy yo quien la lleva a efecto. Kraft no duda que gracias a ti sabrán…

—¡Comprendido! A ti te manipulan, a mí me manipulan… ¿Y quién no estará puercamente manipulado? —gruñó George, a la vez que bostezaba de hambre.

—¿Qué te sorprende? Somos peones de cloaca. Nada más que eso.

—Katia…, por más esfuerzos que haga, no consigo tomarme en serio a esos dementes del Grupo 9. Son una pandilla de chiflados.

—Lo mismo se pensaba de Hitler en 1933. El error de los poderosos ha sido siempre del mismo cariz: subestimar al enemigo.

—¡Vamos a comer o me moriré de hambre! —masculló George, ante la risa estentórea de Katia.

Era la primera vez que la muchacha se mostraba despreocupada y riente. Los dos se habían puesto a bostezar de modo tan persistente, que, en efecto, penetraron en el primer restaurante que les salió al encuentro.

—¿Qué lograste averiguar… sobre sus proyectos? —inquirió él mientras aguardaba la llegada del camarero.

—Mañana te lo contaré; y tan sólo te anticipo que por poco que se les deje provocarán un conflicto que podría degenerar en algo tan espantoso que prefiero no acordarme ni pensarlo, al ménos por esta noche.

No hubo mejor receta que aquélla: alimentos frescos y naturales y una noche de amor y reposo, y tanto Hipócrates como La Sorbona hubieran coincidido, a buen seguro, en que el camino proseguido por la pareja fue el ideal para que la rusoespañola se recobrara y

volviera a ser la joven pletórica de vida de siempre. En la jornada siguiente, volvió la luz a sus ojos, el color a sus mejillas y la risa a sus labios…

Lo que durante la mañana del lunes 8 de mayo de 1978 —es decir, al día siguiente— le contó Katia a George no resultaría de fácil calificación. He aquí que entre el agente de la KGB (a quien llamaremos A-5) y Katia Prat, averiguóse que el Grupo 9 había llegado a las siguientes conclusiones:

1. Las visitas de los submarinos «Polaris», norteamericanos, se ceñían a cierta estudiada irregularidad, y en ésta se advertían determinadas normativas. De suerte que se podían prever con antelación —y ello con escasísimo margen de error— las llegadas y salidas de tales submarinos, en algunos puertos de la América norteña.
2. En el centro de ensayos de armas químicas y biológicas de Dugway, en Utah, y que ocupaban 3.144 kilómetros cuadrados, se habían concentrado artefactos destructivos de potencialidad apenas imaginable.
3. En Pine Bluff, Arkansas, centro cuya superficie abarca 7.000 hectáreas, se habían experimentado armas químicas, biológicas y antimotín, de tal poder destructivo que nada habría de envidiar a Dugway.

A la vista de tales informaciones, los altos jerarcas del Grupo 9, en su ansia de poder y de destrucciones, se formulaban dos *sabrosos* interrogantes:

1. ¿Qué ocurriría si un submarino «Polaris», provisto de misiles nucleares, experimentara cierto día, al aproximarse a algún puesto estadounidense, determinados fallos en la dirección del navio o en la manipulación de sus efectivos bélicos? (Con ello se aludía a la posibilidad de que varios de sus tripulantes fuesen previa e inconscientemente drogados.)
2. ¿Cómo reaccionarían la Casa Blanca y el Pentágono si el Grupo 9, explotando a fondo el fallo antes apuntado, enviara

> 50 misiles a distintos objetivos clave de la América del Norte? ¿No sabía con absoluta certeza prever que en Washington se atribuiría aquel ataque a una ofensiva (la III Guerra Mundial) desencadenada por Moscú? Con lo cual los dos mastodontes, USA y URSS, se arremeterían luego, recíprocamente, con la previsible contundencia, hasta aniquilarse los dos. La consecuencia: dejarían el campo libre a las fuerzas militares y políticas y al quintacolumnismo —éste mundialmente extendido— del Grupo 9.

Katia aseguraba que el agente A-5 era presa de terror constante, y repuso:

—Él conoce las plataformas de lanzamiento de proyectiles, los campos de adiestramiento de sus comandos, y asegura que los líderes están resueltos a la acción…

Katia volvió a parecer acorralada y próxima a la misma crisis de terror que sufriera el día anterior. Con lo cual George llegó al convencimiento de que ella le ocultaba algo, y le exigió una franca respuesta.

—Me gustaría saber —exclamó Katia, solemne— si eres capaz de adivinarlo…

—¿Adivinar lo que tú temes o deduces…, o lo que Moscú tiene previsto como posible actuación contra el Grupo 9…?

—Divides en dos partes la cuestión, y de hecho son una misma. ¡George, creo que el linaje humano quiere labrar su perdición, y creo que no puede hacer nada para remediarlo!

Habían concluido de desayunar en la propia habitación, y se preparaban para salir del hotel. El día era risueño, casi caluroso. Ella se había puesto una blusa gris y falda marrón. Estaba hermosísima y lo sabía, pero no se envanecía.

De repente, George vio claro y agarró a Katia de un brazo.

—Ya comprendo. La URSS obrará como si desconociera la operación del Grupo 9, y así, ante el mundo, simulará ausencia de culpa y total inocencia… Pero en el fondo se aprovechará de la agresión demencial del Grupo 9 para destruir primero el potencial militar de los Estados Unidos y luego el del Grupo 9, aunque no sin antes haber dejado que esos locos se manifiesten y que sean ellos los que se responsabilicen de la guerra. ¿Correcto?

—¡Claro que correcto! Pero ésa es sólo la primera parte de lo que podemos ver entre bastidores. ¿Qué ves al otro lado del decorado? —dijo Katia con creciente angustia.

—¿Qué se supone que debo ver?

—¡George, abre los ojos! ¿Te imaginas que los tuyos son ángeles sin mácula, y que nunca han roto un plato? ¡Piensa, piensa…!

—¿Debo pensar que el mismo papel que los rusos, van a interpretar los súbditos del Tío Sam? O sea: también el Pentágono conoce los planes del Grupo 9 y su actuación consistiría en que sin darle tiempo a lanzar misiles contra Norteamérica, ésta los arrojaría contra el Grupo 9, en sus bases de Latinoamérica, y contra las fuerzas del Pacto de Varsovia. En tal caso, los dementes del Grupo 9 serían, sin ellos saberlo, manipulados y utilizados por los dos colosos y los emplearían como pretexto de sus odios imperialistas.

—¡Enhorabuena! —Y Katia se abrazó sollozando a George, que la apretó con súbita energía, próximo también él al temblor. Los dos se sentaron sobre la cama, y se miraron consternados.

—¿Qué podemos hacer? ¡No lo sé! —masculló Katia—. ¡Lo ignoro!

—Yo sí lo sé; ante todo hemos de contrastar esta información.

—¿Te figuras que la Compañía responderá a tus preguntas, supuesto que les interrog?jes sobre el Grupo 9…?¡Tampoco te las contestará ese Kraft del demonio! Éste juega contigo. Todos juegan con nosotros. Es deleznable,

Tumbáronse sobre la cama, mirando sin mirar al techo.

—¿Tendrían entonces razón los que suponen que san Malaquías, prelado irlandés, predijo acertadamente el fin del mundo, tras la desaparición de los 111 Papas que han debido reinar desde 1124…? —dijo él.

—Pensé en eso; las publicaciones catastróficas no cesan de aludir a ese santo con sus profecías. También Michel de Notredame, o Nostradamus, médico y astrólogo francés del siglo xvi, lanzó en sus «Centuries astrologiques», en 1555, unas profecías que podrían considerarse coincidentes. Según unos y otros, el fin de nuestra civilización de terrícolas sin seso, se halla a la vuelta de la esquina. Todo encaja, todo sincroniza… ¿no es eso? ¡Pues no lo creo, son paparruchas, supersticiones! Una persona materialista como yo no cree más que en los hechos y en lo demostrable.

—Sin embargo… —aventuró George.

—Sin embargo, tengo pánico. El hombre es tan estúpido como perverso.

—Voy a proponerte un plan… Volvamos a la City. Kraft no habrá partido aún para el Lejano Oriente. Y una vez allí, me serviré de cierto ardid para que este funcionario me diga lo que sabe. Entretanto, tú me aguardas en mi apartamento en la calle Caspe. Y espérame esta vez sin ilusiones. Quiero decir que luchar contra el Grupo 9 no es lo mismo que cortarles el paso a los extremistas de Vandellós. Aquí, en este caso, me temo que poco o nada podremos hacer. Seamos cuerdos: ¿pueden dos pulgas importunar a un elefante? Te sugiero no desestimar la hipótesis de que a lo mejor el servicio de contraespionaje del Grupo 9 te ha identificado ya a estas horas y…, ¿quién sabe?, podría suceder que te estuvieron persiguiendo. Desde mi apartamento podrás telefonear, con dispositivo anticontrol, a los tuyos, y obtendrás información fresca… Mi domicilio particular sólo ofrece para ti un inconveniente, aunque minúsculo.

Katia se incorporó y en apenas minutos dispuso el equipaje en su bolsa.

—¿Vas a confiarme qué inconveniente es ése? —preguntó ella, distraída.

—El inconveniente lleva faldas y se llama Laura.

—¿Qué has dicho? —gritó Katia, abiendo los ojos de par en par?

—Lo sabes muy bien. —¿Y qué es esa Lauara para ti?

Sabía Katia que no debía tomar el teléfono, pues si ella o George estaban siendo buscados por alguien, quedarían al punto localizados; al menos no debía tomarlohasta que él llegase. Pero George llevaba todo el día en la antena del Doctor Roux, y Katia, cansada de leer o escuchar la radio y ver insulsos telefilmes, tomó esta vez el teléfono. Y antes de preguntar siquiera, oyó:

—¡Soy Laura, gringo asqueroso! Desde el 14 de marzo que no nos hemos visto. Casi dos meses. ¿Puede saberse dónde has estado? En la Facultad todos hablan de ti. Te suponen víctima de algún secuestro, o enredado en la Mafia o la CIA, qué sé yo… No te muevas de ahí; tengo montones de cosas que contarte. *Okay*? —Y antes de escuchar sí o no de su interlocutor, que no era sino Katia, colgó.

Media hora después, Katia abría la puerta del piso y entraba, asombrada, la joven Laura. Las dos se miraron con tanto despecho como curiosidad. La rusa cerró la puerta y luego tomó asiento en el recibidor comedor, sobre un sofá. Laura seguía de pie y avanzó, muda, el gesto inmovilizado, hasta situarse frente a la otra. Se miraron, analizaron y estudiaron. Luego estalló el diálogo.

—¿Quién eres… tú? —preguntó Laura, en tono ligeramente agresivo.

—Siempre había creído que eran los visitantes los que dan explicaciones. ¡No importa! Puedo… —comentó Katia, conciliadora.

—¡Para el carro! Soy novia antes que tú de George. ¿Entiendes?

Las dos eran lo que un español llamaría *reales hembras*. A Laura los pantalones vaqueros no le iban porque sus caderas se afirmaban demasiado generosamente, y tampoco le iba la blusa ceñida de rojo sangre, por cuanto sus abultados senos, que llevaba sin sujetador, le bailaban como si quisieran escapar de aquella sedosa cárcel; pero a ella le gustaba el conjxinto porque las miradas de los hombres, glotones y a menudo ebrias, la hallaban *sexy* y eso le daba algo más que seguridad en sí misma; le daba gallardía y hacía excusable su irritante audacia. Tantas veces se había oído bautizar de irresistible que se lo creyó, y a decir verdad nadie —incluidas las mujeres— se cuidó de hacerle pensar en cosa distinta. Laura peinaba, además, con deliberado descuido…

En los antípodas del carácter de Laura se hallaba el de Katia, para quien la belleza física era mero accidente, y si bien se sabía —y le complacía— apetecible y hermosa, lo cierto es que por causa de su oficio y de su formación política, más bien anhelaba pasar inadvertida. A la petulancia y agresividad de Laura, oponía Katia modestia y cordura; Laura era barroca hablando y gesticulando, y Katia, por el contrario, ahorrativa de expresiones. En cambio, mientras Laura presentaba un alma en exceso extrovertida y transparente y manejable, Katia, introvertida y deductiva, raramente mostraba su interior, y podía ser combativa y maquiavélica. Para decirlo en términos rudos: Katia hubiera podido jugar con su rival como la pantera lo hiciera con un ratón. Por lo demás, Katia vestía con discreción no exenta de buen gusto, y su peinado, corto y sin coquetería, era la síntesis de su carácter.

—¿Hablamos de un objeto, mío o tuyo, o de una persona? —dijo

Katia.

Era justo la imperturbable serenidad de Katia lo que iba desarmando a la visitante.

—¿Qué prefieres: dialogar o entablar una confrontación de judo? —prosiguió Katia, y después, tras sostenerle la mirada, añadió —: Yo estoy de paso. Él me habló de ti. ¿Todo aclarado? Dime qué estudias.

—El último de Psiquiatría. ¿Y tú?

—Románicas. Hace tiempo. ¿No quieres tomar asiento? Tu amigo quizá tarde.

Laura alzó los brazos con resignación. Dejó el bolso encima de la mesa y sentóse en una silla, frente a Katia. De entre los libros que llevaba en el bolso, sobresalía uno: *La vía europea al socialismo* [8] , que Katia tomó previa pregunta: *¿Permites?*, y hojeó.

—¿Puedo saber si hay algo entre George y tú? —preguntó Laura.

—Menos compañerismo y camaradería, siempre puede haber y siempre hay algo entre un hombre y una mujer —replicó Katia—. Tú eres marxista, claro; veo aquí algunos fragmentos subrayados. Éste, por ejemplo, supongo que expresa tus propios puntos de vista:

> *De lo que se trata es de superar los tiempos en que el comunismo era una especie de iglesia, con sus dioses y sus dogmas, con su Vaticano, su Papa y sus concilios, con su mítica acendrada por la persecución y el martirio (pág. 148) (Santiago Carrillo).*

Evidentemente, a George no le has participado nunca tu ideología. ¿Puedo saber por qué? Ya sé: porque así evitas discusiones con este medio norteamericano. Prefieres conservar su cama antes que defender tus principios. Muy femenino-occidental. Y yo diría *poco digno, nada consecuente*. Los comunistas latinos me causáis risa; sois militantes de salón.

—¿A qué viene tanta impertinencia?

Katia arrojó sobre la mesa el libro y se paseó con la altanería de Laura al entrar; y ésta, ya a la defensiva, murmuró:

—No me has dicho qué hay entre tú y George.

—¿Cómo pretendéis avanzar en la construcción del socialismo si retrocedéis de continuo? El eurocomunismo… ¡Ridículo! ¿Adónde

queréis ir a parar?

—No me digas que te parece defendible la política soviética… con sus intervenciones en Budapest y Praga. Hemos de organizarnos, protestar.

—Protestar con palos de ciego —replicó Katia—. Sois una familia tan debilucha como desunida. ¡Qué sabéis vosotros de la disciplina!

—¿Cuál sería tu receta mágica?

—¡Dejar de representar operetas! —masculló Katia como si escupiera.

—Dime, ¿eres estalinista, quizá trotskista?

—¡Importan los hechos, no las actitudes particulares! Y los hechos se centran en que Occidente ha perdido universalidad y la iniciativa creadora. ¿Lo entiendes ahora? Tú estudias Psiquiatría… Pareces lista. Puedo creer que atesoras capacidad de lucha y hasta presiento que podrías ser muy hábil como proselitista; además, ¿no hay en ti la figura y los ademanes que seducen al macho español? Pues siendo así, ¿por qué no explotas tus encantos?

Sonrióse Laura en extremo halagada. Nunca otra mujer la elogió de tal modo.

—Me sobreestimas… No soy sino una estudiante con problemas y dudas.

—¡Eres comunista! —gritó Katia—. ¿Sabes lo que significa eso?

Durante casi dos horas siguieron perorando. Primero con agresividad, luego con astucia. Poco a poco, Laura iba cayendo en las redes de Katia. Tomaron café frío, luego *whisky* y fumaron. Se hartaron de pasearse, caminar juntas y mirar el reloj. Al fin se sonreían como dos viejas amigas.

—¿Le has confesado —dijo Laura— a George que piensas así…?

—¿Por qué no iba a hacerlo? ¡Yo soy consecuente conmigo misma!

—Ya… ¿Y hace tiempo que os conocéis?

—¡Oh, no mucho!

Hablaron de política internacional, del machismo en el orbe socialista y capitalista, de España, libros, modas, música, cinema, poesía y filosofía…

—¿Temes la guerra entre América y la URSS? —preguntó Laura.

—Pregunta más bien qué podría evitarla o retrasarla —apuntó

Katia.

Cuando dieron las 10, Laura resolvió marcharse, y antes preguntó:

—¿Te importaría darle un recado a George? Que mañana antes de las 11 quisiera verle. Aunque sea poco tiempo. ¿Sabes? Es importante; palabra.

—Se lo diré.

—Me alegra haber conocido a una chica como tú… tan segura de ti misma. Discrepamos, y mucho. ¡Qué importa! Presiento que nos entenderíamos.

—¡Oh, sí, camarada! No hay motivos para dudarlo.

—¡Bien…! ¿Me das la mano? —dijo Laura con timidez y regocijo.

Se dieron la mano y luego se abrazaron con calor, casi con emoción.

—¡Hasta la vista, Laura! —dijo Katia con franca sonrisa.

—¡Celebro haberte conocido! ¡Suerte!

Serían alrededor de las doce de la noche cuando George penetró, exhausto, en el aposento y halló a Katia dormida con la cabeza sobre la mesa, la luz encendida y el televisor dando ya el «Buenas noches, despedida y cierre». George besó a Katia en la nuca y en el cuello. Ella se movió un poco, mientras en su rostro flotaba cierta tenue sonrisa de felicidad. Como seguía en sueños, George continuó besándole suavemente, en las manos, brazos y mejillas, y al fin en los labios, succionando. Ella despertó con su típico y prolongado «¡Oooooh!» de voluptuosidad, y al ver a George exhaló un grito.

—¿A quién creías estar besando? ¿Con quién te imaginabas que me ponías cuernos? —Y la zarandeó, hasta que a ella se le escapó una risita aguda, ocultándose el rostro.

—Soñaba —dijo restregándose los ojos y desperezándose— que me hacías el amor ante Laura, y que tu amiga rabiaba y prometía vengarse. ¡Ja, ja!

—Vengativa, celosa. Eso es lo que eres.

Katia se levantó para lavarse el rostro, y regresó.

George se iba vaciando de papeles la americana, que colocaba sobre la mesa.

—Hacia las ocho se marchó Kraft… Y desde entonces hasta ahora he pulsado los diferentes tentáculos de información de la

antena, y… ¡perdona mi tardanza! Lee esos mensajes, mientras voy a traer bebidas. —Y entretanto salía a la cocina, dijo—: Supongo que te has visto con Laura. ¿Habéis congeniado? ¿Has tratado de catequizarla?

—Te telefoneará mañana aquí, antes de las once. La tienes, ¡ay, gringo del demonio!, coladita…

George reapareció con cervezas, vasos y leche. Arrojó la americana, se descalzó y desabrochóse la camisa. Parecía cansado y a la vez excitado, lo mismo que ella, que se levantó para cerrar el televisor.

—Te he echado de menos, cariño. Me pregunto —dijo George— qué podríamos hacer para no tener que separarnos nunca más. ¿Qué opinas?

—Mudar de oficio, mudar de nacionalidad y mudar de país… ¡Elemental, Mr. Watson! —murmuró Katia—. Todo fácil, barato y sencillo.

A George se le ensombreció el rostro mientras miraba los papeles que había depositado sobre la mesa. Siguiendo aquella mirada, Katia tomó los mensajes y se dispuso a leerlos. Decían así:

> *George:*
>
> *Nos habíamos citado para el martes 9 de mayo de 1978. Supuse que podría prolongar mi estancia en España hasta mediados de mes. Imposible. Por eso te escribo hoy lunes. Hacia la noche me voy.*

Así comenzaba la carta de Kraft, quien no esperaba que George, mudando de planes se presentaría ante él hacia el mediodía del propio lunes, con lo cual les fue posible verse y hablar por espacio de seis o siete horas. No obstante lo cual, Kraft le dio la carta que le había escrito. Y esa epístola continuaba así:

> *Siempre fui contrario a que se te manipulara. Tú eres de una materia demasiado pura y noble para someterte a esas reacciones «químicas». Por desgracia no estoy en el puesto de Turner. Al menos, todavía... no. Manipular a la propia gente, y hacerlo en esa forma que ya sabes, corresponde al viejo estilo; al estilo de los tiempos idos para siempre en esta entidad. Aquí se ha expulsado*

a mucha gente; ya sabes. Y es porque se pretende operar con mayor equidad, ética, rectitud y racionalidad. Pasaron los tiempos de la marrullería... o pretendemos que pasen. Ayúdanos. Critícanos... desde dentro. Combate a los tuyos con los cauces a tu disposición. Queremos eficacia.

Seamos los unos con los otros constructivos y no corrosivos.

Estaré de vuelta a los EE.UU. hacia el 20-22 de este mes.

Sinceramente,

Kraft, mayo 9, 1978

Febrero 17, 1978 TOP SECRET

Para ST-49. Rehusamos plan captación nueva red de informadores con uso de los medios propuestos. Hágasenos otra propuesta. Téngase presente la condición: a la vista de las posibilidades, los ocho nuevos informadores han de poder facilitar datos del tipo A-l, A-5 y A-8, sin que ellos mismos sepan que se les está ordeñando. Prioridad infiltraciones ámbito Y-201 (Nombre en clave otorgado por la Compañía al Grupo 9). Ajústense al presupuesto establecido por la estación española. Evitar despilfarros.

Mayo 9, 1978 TOP SECRET *– Asunto: Y–201*

Actitud Departamento Análisis: se halla aún en fase preliminar. No tenemos aún suficientes datos para formar juicio definitivo.

Sabemos, eso sí, dónde se hallan algunos de sus campos de entrenamiento y sus zonas para el lanzamiento de misiles. Ahora bien: ¿cuál es la actitud de los Gobiernos latinoamericanos en dónde se hallan esos extremistas, acerca de la operación Y-201¿ Existe una desconfianza hacia nosotros; esa desconfianza ha sido potenciada y disparada por los enemigos. De ello se deriva nuestra parcial incapacidad para investigar. Estamos a punto de

conocer los niveles de cooperación internacional de Y-201.

FICHA 34-BH-548.

RAHN, KLAUS-JEFE RED Y-201.

NACIÓ EN VIENA EN 1929. ESTUDIOS: DERECHO. NOTAS ALTAS.

SU ABUELA MATERNA EJECUTADA EN DACHAU POR JUDIA EN 1944.

PADRE EPILÉPTICO. MADRE SE SUICIDÓ EN 1948. K. R. ESTUVO EN 1958-61 EN CASA SALUD MENTAL VIENA.

MONOMANIACO DEPRESIVO. SU PADRE FALLECIÓ EN 1971. (BND - PULLACH FACILITARÁ MÁS INFORMACIÓN).

FICHA 38-BH-557.

BONET SALAZAR, EUGENIO - SUBJEFE RED Y–201.

NACIÓ EN CARACAS EN 1926. INGENIERO. PROGENITORES RICOS.

EX TROTSKISTA. EN 1967, IDENTIFICADO COMO ATRACADOR EN BANCO DE COLOMBIA, EN BOGOTÁ. HIRIÓ A UN CAJERO. ESCAPÓ. EN 1968 VENDIA DROGAS EN LIMA.Nombre en clave otorgado por la Compañía al Grupo 9 (INTERPOL-PARIS PUEDE AMPLIAR INFORMACION ASUNTO DROGAS).

Mayo 9, 1978

TOP SECRET-Asunto: Y-201

Estación madrileña propone las siguientes tácticas contra Y-201, puestas en conocimiento de la sede:

a) Creación de núcleos extremistas parecidos a Y-201 y asimilables por éstos, en los 9 países de Y-201. Objetivo: desinformar, confundir, infiltrar.

b) Creación de núcleos sindicalistas de violenta oposición a Y-201. Estos núcleos describirían ideología, política, fuerzas,

objetivos, enlaces. Objetivo: desenmascarar, desmitificar, denunciar. Ofrecerlos a la opinión pública como incendiarios y dementes. Además, este medio crearía modos susceptibles de presionar o colaborar con el Gobierno local latinoamericano para erradicar a Y-201.

c) Los núcleos A y B se desconocerán y se combatirán a nivel dialéctico y de violencia callejera.

d) La estación mexicana informa: Y-201 dispone de diversos capitales. En moneda USA, alrededor de 7.000 millones; en FF: 200.000 millones; en DM: 850.000 millones; en liras italianas; 780.000 millones; en pesetas 37.700 millones.

Mayo 9, 1978

TOP SECRET-Asunto Y-201.

Sede informa que agentes enviados por Eugenio Bonet Salazar estuvieron en febrero 1978 en los siguientes sitios (hoteles):

Gramercy Park, Lex. Ave & 21st St., 10010-New York, N. Y.

Sheraton City Squire, 51st St. & 7th Ave., 10019, New York, N. Y.

Beverly, 125 E. 50th. St. at Lex. Ave., 10022, New York, N. Y.

Mayo 9, 1978

MOST SECRET-Asunto Y-201

Sede comunica que en fecha abril 6, 1978, visitó Embajada española en los EE.UU. el propio Eugenio Bonet Salazar. Le atendió Alejandro Rojas Corberó. Ponerse en contacto con él para otros detalles; sus señas:

2700 15 St NW-Washington, D.C.-Tel. 202-2654939. Solicitó información sobre Costa Brava.

—Evidentemente, tus preguntas a la sede han sido contestadas

con evasivas —explicó Katia—. Saben que te ves conmigo, que dialogamos sobre el Grupo 9, al que vosotros en clave denomináis Y-201, y se temen que las informaciones que te dan pasen a Moscú por mi conducto. Lógico. Nada señalan acerca de las visitas de los submarinos «Polaris» y de los proyectos de guerra para enfrentar al Pentágono con el Kremlin… ¿Cómo iba Langley a comunicarte cosa alguna sobre un asunto *top secret*, como le llaman en tu país? Sólo te comunicarían algo que fuera más sustancioso si les tendieras cierta trampa… Por ejemplo: si les participaras una información semifalsa y que pudiera ponerles al rojo vivo; sólo entonces, y de mala gana, encolerizados y para abroncarte, te dirían la verdad de lo que saben… Pero éste es un ardid demasiado peligroso y hasta, si quieres, simplista y tonto. ¡George, no veo manera humana para que los tuyos te digan o que tú averigües hasta dónde saben! ¿Hemos de darnos por vencidos? ¿O quizá lo mejor fuera que nos marcháramos ambos a Sudamérica a fin de explotar a fondo el filón apenas explorado de mis contactos como Regina Fontes? Apuesto a que eso es justamente lo que tu Kraft espera que hagas. ¿No te dio carta blanca al decirte que confiaba ciegamente en ti? Dime: ¿te ves con ánimo de emprender una operación de infiltración en gran escala? Yo, no; me muero de miedo de solo pensarlo. Su servicio de seguridad nos detectaría… pronto.

George callaba. Al fin se levantó y dio varios pasos; paróse ante Katia y malhumorado, exclamó:

—¿Y quién diablos nos metió a nosotros dos en todo esto? ¿Por qué rábanos…? —y no concluyó la frase.

Se miraron de hito en hito. —¡Vámonos a la cama, estoy harto, asqueado, a punto de reventar, Katia!

La rusa llenó un vaso de leche y se la bebió de un tirón. George hizo lo mismo. Después ella trasladó botellas y vasos a la cocina, y al volver dijo:

—Reaccionas ahora como español, no como anglosajón; los españoles tienen furia, pero no frialdad. Son bravos, pero no cerebrales.

—¡Katia! ¿No hemos quedado en que tú y yo somos hispanos? Yo soy catalán y nada tengo de norteamericano, nada o muy poco, y tú eres también catalana y no rusa. Y siendo así, ¿qué coño nos importan sus guerras imperialistas? ¿Por qué hemos de vernos

arrastrados a sus luchas? Yo podría admitir ser manipulado si me utilizara mi gente, en provecho de España, pero no es así…

Katia tomó del brazo a George, y mientras avanzaban hacia el dormitorio, ella repuso con calma:

—Tú naciste en América, y eres más sensible de lo que supones o dices al futuro de tu otra patria; y lo mismo acontece en mí. Yo nací en suelo eslavo, y diga lo que diga me importa, y mucho, su destino. Somos… mitad y mitad. —Y ya bromeando, repuso—: Como los mestizos. Doble origen y doble patria.

A George le sorprendió el orden y limpieza del dormitorio —cama de matrimonio, y encima los dos pijamas nuevos— y lo bien que olía —olía a limpio, a aire renovado—, y no pudo por menos que comentarlo, pese a su excitación.

—Los hombres sois unos adanes. ¡Pues claro que todo esto lo he limpiado y ordenado yo! ¿Quién si no? ¿Laura? El desorden y la suciedad me enferman.

—Mi enhorabuena —replicó él.

Ella se llevó su pijama al lavabo, contiguo al dormitorio, y se lavó los dientes, tras lo cual gargarizó; y cuando apareció ante George llevaba ya el nuevo pijama amarillo.

—Confieso que en mi vida había visto a una mujercita más… —la admiración y el arrobo se expresaban en su semblante.

—¿Más qué? —preguntó Katia con picardía, sonriéndose halagada.

—Eres… perfecta.

Mientras Katia se metía en la cama y encendía la lámpara de la mesita y apagaba la del techo, George, que se había colocado de espaldas, se fue desnudando y poniendo su pijama, también amarillo. Luego se introdujo en la cama y pasó un brazo por debajo de la cabeza de Katia, al tiempo que la besaba. Ella apagó la luz. Sólo se cubrían con la sábana.

—Quienes nos han proyectado a esta parte del planeta… ¡qué bien sabían lo que hacían! —Y sin apenas transición, dijo él—: Oye, ¿por qué no nos casamos de una vez, y al cuerno todo lo demás?

—Los tuyos saben que nunca les traicionarás, y no sólo porque cuentan con dos rehenes (tus padres) sino porque te saben fiel y honrado… Y lo mismo conmigo. ¿Te dijo Kraft si cree próxima una guerra mundial…?

—¡Mañana nos casamos! —Y George comenzó a besuquearle el rostro y a morderle el cuello y los senos. Con sus recias piernas aprisionaba las de ella.

—Peor es mi caso, George… Pues mientras que tú eres un racionalista y comedido defensor de la democracia, yo siento correr por mis venas el frenesí y el ardor marxista. Los míos me tienen atada por el control de sus agentes, por mi autodisciplina de partido y por los lazos sentimentales de mis progenitores. ¿No te parece que estamos encadenados?

—¿Nos casamos por lo civil… o por la Iglesia? Mis padres son católicos, y yo con cierta propensión al protestantismo, a la Iglesia Evangélica. ¿Y tú?

—Yo soy atea.

—No puedo creerlo… —replicó George con voz apagada, dominado por la fiebre.

—¡Ay, ay…! Me estás haciendo daño. ¿Qué haces con mi pijama? Me costó más de dos mil pesetas, cuidado, párate… estás loco… me oirán gritar desde los pisos vecinos… no seas bruto…

La tenacidad del *ring-ring* dejó al fin de confundirse con las imágenes oníricas, y Katia se movió con sobresalto; y al poco, amodorrado, George apartó la sábana y se incorporó a medias. *¿Qué ocurre…?, maldita sea…* Es el teléfono, George. ¿Lo coges? *Que se pudran*. Ya sé: es Laura. *Oh, no…*

—Aló…

—¡Soy Laura!

—Laura… ¿Laura? Tú… ¿no duermes o qué?

—¿Cómo que si no duermo, gringo de la puñeta? Son las 9,45. Escúchame bien. He de contarte un montón de cosas. Tendríamos que vernos. ¿Sigues con ésa? Oh, no quiero saber si continúas con ella o no; eso no me incumbe, aunque sí me agradaría saber si te la llevas a la cama, si la quieres, si… tenéis proyectos. Aunque a decir verdad, tampoco eso me importa. Lo que quiero que sepas es que…

George tapó el teléfono y se restregó la cara. Y masculló: *Menudo rollo, esta tía me tiene frito*. Se aproximó Katia entre risas, poniéndose el pijama, descalza como George —éste sí se hallaba completamente desnudo— y dándole a él una manta con la que cubrirse, pues la mañana resultaba algo fresca… cosa rara. ¡Hacía fresco, casi frío, en pleno mayo!

—Bien, bien… —dijo George al teléfono, y volvió a taparlo.

—¡Escúchala al menos, no tapes el teléfono, ponte el aparato al oído, no seas majadero! —Y ella misma le colocó el teléfono al oído.

—… y fue entonces, justo entonces, cuando tu profe me soltó aquello, ¿entiendes?, y yo fui y le dije… —decía Laura, excitada.

—¡No sabes de qué te habla! —gritó Katia—. Escúchala…

—¡Laura! ¿Por qué no me llamas después?

—¿Vengo a verte o estás aún con *ésa*? —susurró la aludida.

—¡Llámame a las doce! *Good bye*!

—No me cuelgues, cerdo, y dame tus respuestas a mis preguntas y proposiciones, George… He pensado tanto en nosotros dos; y al fin he visto claro. Un hombre no puede andar por ahí solo. ¿Vas a visitar a los tuyos este año? ¿Irás a Boston? Oye, ¿y por qué no vienen ellos aquí? ¿Quieres que te acompañe… a los Estados Unidos? Dime sobre todo qué les digo a los de tu Facultad; y a Casulleras, que me acorrala a preguntas, y a Méndez, y a la de los peines, y a tu compañero, el de Vic… ¿qué les digo, eh, anda? El Pepet me dijo que eras un mastuerzo y un bastardo, y yo le contesté, ¿sabes lo que le contesté?, pues le dije…

—Te he dicho, perdona, que a las doce; anda, rica, no seas pelma, que me desplomo… ¿entendido? *Bye, bye!* —y colgó al tiempo que oía los dos tacos predilectos de la casi psiquiatra.

—No te has enterado de nada —le reprochó Katia—. Anda tápate, vas a pillar una pulmonía, y yo un soponcio.

Durante siete minutos estuvo de nuevo el *ring-ring* inundando los rincones del piso, poblándolo de urgencias y peligros, de ambiente burocrático y de imágenes femeninas… Hasta que se produjo el silencio. Y los dos jóvenes, que yacían boca abajo sobre la cama, fueron desentumeciéndose, y les entró el convencimiento de que nada podría impedir que el día marcara la hora que marcaba, y que —y eso era lo peor— continuara avanzando. La noche había concluido, eso no tenía remedio; y otra jornada con sus impertinentes exigencias se abría camino y se imponía. Nunca hasta entonces había experimentado George tanta pereza o desgana por afrontar la realidad. Sentía pastosa la boca, muy poblada la barba —pedía ésta a gritos el cotidiano afeitado—, y en el cuerpo cierta laxitud. Un beso súbito y violento de Katia, en los labios, aprisionándole la cabeza por el cogote, le obligó a despertar… y

sintió de repente que le recorrían el organismo miles de mágicos jilgueros y que su mente se poblaba de musicales coloridos. Estaba efectivamente despierto, no dormido, y la vida era vibrante y hermosa, y luchar era un don —de verdad que sí— y no una carga; y la fantasía creadora brindaba cientos de caminos y soluciones.

X

¿LA III GUERRA MUNDIAL?

Cuando el capitán del avión, que había querido saludar a los viajeros uno por uno, llevado de su programa de *public relations*, dijo: ¿*El señor y la señora Marín*?, nadie le respondió, y el hombre, extrañado, repasó la lista de viajeros, y repitió el saludo, mas entonces sí obtuvo respuesta:

—¡Oh, lo siento! —exclamó George, muy turbado—. ¿Cómo está usted?

—Típico en los recién casados —contestó el barbudo capitán, tendiéndoles la mano—. ¿Todo bien?

—¡Oh, sí…! —replicó Katia con su más seductora sonrisa.

Aquello fue un serio aviso. *Necesitamos ensayos*, diría él. Y ella añadiría: «Ensayos y memorización». Y aquella noche, hospedados en cierto hotel de Glendower Place, en Londres, ella despertaría de improviso al esposo —a lo que menos se habituaba Katia era a ver en él a su marido— y le diría a quemarropa:

—Nombre, edad, nacionalidad, profesión. ¡Rápido!

—Eduardo Marín Barrera, nacido el 20 de noviembre de 1952, en Tarragona, España, periodista, en viaje de turismo con mi esposa María Baulenas Isern.

—¡Feo, muy feo! Se te ha preguntado sobre ti, no sobre tu esposa. Y en tu voz había temblor e inseguridad. ¡Suspendido!

Al día siguiente, paseándose por Hyde Park, George se apartó algunos instantes para comprar salchichas de Frankfurt y cervezas; al regreso, llegó por detrás hasta Katia, sentada en un banco, sola, y le arrojó las preguntas de rigor, a lo que ella con absoluta normalidad replicó:

—Señor, me llamo María Baulenas de Marín. ¿Mi edad? Nací el 3 de diciembre de 1953, en Tarragona, España, y soy periodista

como mi esposo. ¿Satisfecho?

Antes de acostarse, George vació los bolsillos del traje que al día siguiente enviaría a la tintorería y se encontró con los últimos mensajes retirados de la antena barcelonesa. Iba a quemarlos, cuando Katia le rogó que se los dejara releer para memo rizar de nuevo su contenido. Ella ya en la cama, sentada —con su pijama amarillo—, añadió:

—Toma mis papeles de ese monedero; leamos cada uno los del otro, y luego quemémoslos, ¿te parece?

—¡Ridicula, pesada; eres una pelma insoportable! ¿Cómo rábanos se me ocurrió llevar al altar a una maníaca de la burocracia?

—Y tráeme un vaso de leche, por favor; tengo sed. Creí que en Londres tendríamos tiempo feo, y es mejor que *allá*.

Entre sorbo y sorbo de leche, Katia leyó los informes de George; eran esquemáticos, como siempre, y decían:

Mayo 11, 1978

TOP SECRET-Asunto: Y-201

Autorizada operación. Estaciones y antenas facilitarán informes. Los informes que recibamos fechados lunes a viernes, inclusive serán juzgados válidos. Los que se nos envíen en sábado y domingo interpretaremos que el funcionario ha sido capturado y por tanto carecen de validez. Además: eh informes de lunes-miércoles-viernes habrá en cada uno DOS errores; en los informes de martes-jueves habrá UN error en cada uno. Si el funcionario es identificado y exterminado, la sede no procederá a su defensa y no tratará de salvarle. Medios económicos: ilimitados siempre que recibamos justificación. Estaciones y antenas facilitarán auxiliares, si fueran precisos, aunque desaconsejamos utilizarlos.

No obstaculizaremos esa boda, pero tampoco la bendeciremos. Suerte.

Mayo 12, 1978
TOP SECRET-Asunto: Y-201

A partir de hoy RUIZ queda excluido de la dirección de la antena. Hemos enmendado plan de viajes y estancias con arreglo al calendario de previsiones (prognosis y Departamento Análisis).

Londres:............12-5-1978 al 12-7-1978

París:...............12-7-1978 al 9-10-1978

Roma:...............9-10-1978 al 6-1-1979

Munich:...............6-1-1979 al 7-3-1979

Estocolmo:............7-3-1979 al 14-7-1979

Bruselas:.............14-7-1979 al 19-3-1980 PRIORIDAD (OTAN).

Madrid:...............19-3-1980 al 3-9-1980

Lisboa:...............18-6-1980 al 3-9-1980

Buenos Aires:.........3-9-1980 al 4-10-1980

México:...............4-10-1980 al 13-12-1980

Río de Janeiro:.......13-12-1980 al 18-1-1981

Caracas:............18-1-1981 al 25-3-1981

Anunciar modificaciones previstas y justificar causas. Cada estación o antena facilitará nuevos talonarios cheques.

Mayo 12, 1978

TOP SECRET-Asunto: Y-201

Cobertura periodista aprobada. Reportajes serán escritos por funcionario. Temática: sociología, economía, artes. Actitud neutralista, fiel a objetivos Partido Demócrata de los EE.UU. Ponderado, huyendo de radicalizaciones. Con arreglo al calendario de viajes, cada estación o antena le facilitará textos de artículos, que procurará siempre leer.

Sus supuestas colaboraciones aparecerán en los siguientes medios de comunicación:

Madrid, España: «El País», «Cambio-16», «Ya».

Barcelona, España: «L'Esplai», «Canigó», «L'Hora».

París, Francia: «L'Express», «Paris-Match».

Milán, Italia: «Famiglia Mese».

Washington, EE.UU.: «Washington Post».

Londres, Reino Unido: «Time».

Nombre con que aparecerán firmados los artículos: EDUARDO MARIN.

En ningún caso escribirá o telefoneará a su familia en Boston; nosotros le daremos a sus padres noticias. Queme este mensaje luego de haberlo leído.

—El único obstáculo serio consiste en recordar el calendario de viajes y estancias —comentó en tono sombrío Katia—. Incluso llevarlo escrito en clave en alguna agenda o billete de tren, sería imprudente.

Por su parte, George leyó los informes que su mujer recibiera de la KGB, comunicados a Barcelona por teléfono con dispositivo anticontrol, desde su puesto en Tarragona; y los textos decían:

Texto íntegro de la comunicación telefónica.

Katia: ¿Oyes? ¿Me oyes? ¿Estás ahí...? Bien, te escucho.

Interlocutor: Bien, bien... Te leo:

11-5-78 a 17,50 h.

Grupo 9 atraviesa dificultades internas de dirección y ejecución. Al parecer (no está confirmado) existe la tendencia de INMEDIATA VIOLENCIA *y la de* APLAZAR VIOLENCIA PARA *1982. Esta última parece con mayores adeptos y destinada a triunfar. Jefes supremos quieren radicarse en Londres. Después pasarían a París. Y más adelante: Roma, Munich, Estocolmo, Bruselas, Madrid, Lisboa, Buenos Aires, México, Río de Janeiro y Caracas. Cuando hayan organizado sus tentáculos en cada una de tales capitales, procederán a la acción.*

Texto íntegro de la comunicación telefónica:

Katia: ¿Oyes? ¿Me oyes? ¿Estás ahí...? Bien, te escucho.

Interlocutor: Bien, bien... Te leo:

Desplázate a Londres como Regina Fontes e introdúcete en Grupo 9. Informa a nuestro centro de Londres. Ya conoces señas y nombres de nuestros contactos. Ellos te dirán direcciones y nombres de los agentes del Grupo 9. Tu colaboración con el americano queda desautorizada. También desautorizamos boda

con él. No obstante, obra con entera libertad y haz lo que te convenga para el logro objetivos contra el G. 9. Infórmanos los días impares. Tus mensajes en jornadas pares serán juzgados intoxicación. Si te hallas en peligro de chantaje, soborno o secuestro, mantén levantados los visillos del hotel o corridos hasta la mitad de la ventana. El jersey beige que te facilitarán en Londres te permitirá obtener, y sólo con las mangas, tras humedecer con agua, la sustancia con la cual escribir textos secretos; el reactivo lo hallarás tras humedecer la zona correspondiente al cuello del mismo jersey. Tintas invisibles a mantener en la más absoluta reserva, y de las que no formularás ninguna confidencia al americano. Pues son el último avance en tintas invisibles hecho por nuestros expertos moscovitas. Enhorabuena, camarada. Confiamos en ti. Mucha suerte.

—Te he observado mientras leías —exclamó Katia, con leve sonrisa de astucia.

—¿De veras? ¿Y cuál es tu conclusión?

—El regocijo se pintaba en tu rostro… Verás, en uno de esos raptos de mal humor que todos tenemos, sostenías el otro día que este oficio no te va, que la información no se te da, y que nunca debiste elegirlo; pero yo, querido George, tengo para mí que te ocurre justamente lo contrario. ¡Tú disfrutas con esto…!

—¿Me psicoanalizas? Adelante… A ver si coincides con Miss Bow.

—¡No sabes cómo me apasiona descubrir lo que hay detrás de tu fachada! Ya quisiera yo que tú me conocieses a mí con el rigor con que tu alma me es revelada a mí. Y a propósito, ¿cuándo comunicaremos a nuestros respectivos padres que el día 10 nos casamos? —Y sin transición, repuso—: Mira, me entristece pensar que no hemos disfrutado de luna de miel… ¿Sabes dónde me hubiera gustado pasar nuestra semana de amor? Pues en Viella, en el Valle de Arán. ¡Oh, George, mi sueño dorado era vestir de largo y de blanco, y contar entre los asistentes a tus padres y a los míos, y a innumerables amigos! Y que tu padre y el mío hubiesen pronunciado sendos discursos, y haber bebido mucho champaña, y haber alzado las copas con brindis, y soñar y reír. ¡Y bailar! Y darte

muchos hijos. Mi gran ilusión era tener en el campo la más grande y rústica masía, y trabajar como campesinos o granjeros, lejos de las ciudades, libres de las intrigas subterráneas. Y disponer de biblioteca, discoteca, filmoteca, radio y televisión. Supongo que en el fondo soy huraña, insociable, burguesa, y que quisiera volver a la vida sencilla y alejada del mundanal ruido. Y estoy metida hasta el cuello en todo aquello que es ahora exactamente lo contrario de lo que amo, de lo que me haría vibrar… ¡Qué contradictorio es todo! George la contemplaba con simpatía y afecto, identificado con ella.

—¡Con misantropía o no, mañana te entrevistarás con tus contactos, Katia! Y yo con mis colegas de la estación londinense. Luego juntos trazaremos el plan a seguir con los núcleos del Grupo 9 que pululan por esta ciudad. Dame tus papeles; los quemaré y luego arrojaré las cenizas por el retrete…

—¡Espera, George! No hemos memorizado el contenido del calendario de viajes…

—No importa. Dondequiera que estemos, habrá una estación o antena de la Compañía, ¿no es cierto? Pues bien: ellos nos lo dirán; y como de todos modos ese calendario sufrirá modificaciones.

El primer deber de todo profesional de la Información consiste en conocer por dentro y por fuera y familiarizarse con la urbe en la que debe operar. «Resulta peligroso, y más que peligroso, estúpido, moverse por una metrópoli sin haber amasado previamente de ella el máximo de conocimientos —le dijo Marguerite Bow a George cuando se le adiestraba—; aprende a conocer sus comunicaciones, uso de la moneda, distancias, zonas clave, distritos, clima social de cada barrio, tics lingüísticos; adáptate a su forma de vestir, pensar, caminar, comer, beber, reír, amar y sufrir. No desentones jamás. Sé uno más entre la masa. Aprende a distinguir matices. Sírvete de su propio léxico. Aprende sus chistes, sus inquietudes y alegrías. Imprime a tu alma el ritmo biológico e intelectual del medio ambiente. Y sobre todo: que nadie pueda pensar jamás que te comportas de modo análogo a como lo haría el turista, emigrado, exiliado o forastero. Estudia la actitud peculiar. ¿Cómo es tal actitud? ¿Enfurruñada, frívola, autodisciplinada, rígida, desaliñada, elegante, deportiva, ágil, perezosa, vibrante, parlanchína, tediosa, asustadiza, huraña? Analiza su estado de alma y adóptalo. Y eso no puedes hacerlo sin previo conocimiento. Captar el espíritu de una

urbe requiere tiempo. Visita sus museos, parques, cines, burdeles, Bancos, oficinas, talleres, y participa de sus manifestaciones, bullicios y afanes. No ignores sus programas de televisión, radio y piezas teatrales o revistas de éxito. ¿Quiénes son sus líderes deportivos, políticos, sindicales y locales? Entérate. Adopta sus fobias y filias. Vive con su mismo corazón. Huye del interrogatorio a lo badulaque: por qué, cómo, cuándo, quién, dónde. Formula tus preguntas con perífrasis, como estando de vuelta de lo que puedan responderte; como si no preguntaras para saber, sino para atajarles. Es preferible que te imaginen capcioso o palurdo. Inclínate suavemente a la jactancia y regodéate en la pedantería, y también con la vanidad y frivolidad. ¿Sabes, George? De tal guisa no desentonarás, y se te juzgará dentro del prototipo del extranjero: no profundo, no inteligente, no superior a la media normal. Les inducirás a suponerte mediocre. Con ello cortarás el lazo umbilical que hubiera podido incitar a los sabuesos a descubrir tu verdadero juego y a identificar tu personalidad».

En vista de tales razones —y en todos los países las enseñanzas son paralelas—, durante las primeras jornadas, George y Katia se dedicaron a digerir Londres palmo a palmo, y tras de Londres, el perfil interior y exterior de las Islas Británicas. Ni que decir tiene que recibieron positivo impacto.

—¡No se expresan mal en inglés estos insulares, y hasta diría que su fonética es excelente! —exclamó George no se sabe si con algo de envidia.

—Me haces recordar, y perdona, a esos otros compatriotas tuyos a quienes parece como si a ratos les desazonara que la lengua inglesa no hubiese sido un invento exclusivo de USA. Supongo que sabrás disculparme.

—¡Oh, por supuesto que sí! Mi adorable y atea moscovita, no puedo creer que te regocije fastidiarme…

—¡Vamos, George! Lamento en el alma que vuestro Arthur Miller sea menos jugoso, y no digo menos genial, que Shakespeare; de veras…

—¡Cielos! —gimió él—. Ahora sólo te falta añadir que Londres encierra más demografía y altura que Nueva York. ¡Dilo ya, bolchevique!

—¡Por Dios bendito! Admito que abundan más los neoyorkinos

que los londinenses; y hasta concedo que la irritabilidad de los habitantes de la urbe que es sede de la ONU, resulta el fruto inofensivo de su portentoso dinamismo y de su vitalidad sin parangón. Pero yo, si no te ha de incomodar, prefiero la calidad de los modales de estos londinenses que cruzan a nuestro lado…

—No te cohíbas, cariño; si zaherirme te relajara, prosigue…

Katia procuraba contener la sonrisa interior que pretendía aflorar en sus labios, mientras él disimulaba su creciente desazón.

—¿De veras quieres que prosiga?

—¡Por supuesto! Aunque me temo que estos ciudadanos de la City que tanto se enternecen, no te otorgarán jamás el título de duquesa, y si te lo concedieran, te juro que no te iba a sentar bien. Y suponiendo que te sentara bien, a Yuri Andropov le parecería insensato que lo aceptaras… ¡Oh, en Moscú tacharían de incongruente que la camarada Katia Prat ostentara el título nobiliario de duquesa!

Tras las bromas se ocultaba el ansia de hablar uno y otro de sus respectivas patrias; la añoranza es un enemigo voluble, caprichoso e invicto. Y cuanto más tiempo pasa el agente en tierra extraña, mayor es la adhesión, cálida y apasionada. Menos cuesta vencer el sentimiento de la inseguridad que la añoranza. Ya se sabe, en cuanto el sujeto es apartado de su ambiente natural, de su idioma, costumbres, amigos, familia, clima… surge en mil formas la inseguridad, y no por vía consciente, sino en reflejos peligrosos.

El 15 de mayo de 1978, comenzaron los contactos; a las 13,14 h. Katia debía verse a la entrada del Metro en Lancaster Gate con alguien que llevaría en la mano derecha el periódico *Time* y en la izquierda una gruesa cartera marrón; el individuo calzaría zapatos crepé y calcetines negros, muy visibles, pantalones gris-claro y americana azul con botones plateados. Ella acudiría sola y llevaría blusa azul claro, jersey negro y falda *beige*, con dos libros color verde en la mano izquierda, un periódico en la derecha y tararearía alguna canción de moda. Tras reconocerse descenderían, separados, por las escaleras del Metro. En ningún caso se detendrían a dialogar ni se mirarían directamente. Después de comprar cada cual su billete, se tropezarían el uno contra el otro y a ambos les caería al suelo su respectivo periódico. *Lo siento,* susurraría el contacto de Katia, a lo que ésta replicaría *Excúseme*. Cada cual retiraría luego

del suelo el periódico del otro, y se separarían sin más. Katia efectuaría varios transbordos y saldría en St. James Park.

La operación salió a pedir de boca. En el interior de su periódico, encontró Katia cierto paquete que contenía un jersey *beige* y un prospecto publicitario de Oxford Street. Al dorso, tras aplicarle en el hotel el correspondiente reactivo, apareció el informe. El reactivo lo obtenía ella luego de humedecer en un vaso con agua la zona del cuello del jersey que le fue entregado. El texto resultaba sólo visible por espacio de cuatro minutos, y a continuación volvía a desaparecer para siempre. Por su parte, Katia había colocado en su periódico un folleto publicitario y había escrito en él las señas y teléfono del hotel en donde iba a hospedarse a partir de aquel mismo día, y asimismo la situación de la ventana en su habitación.

—Me temo que van a ver con muy malos ojos nuestra boda —apuntó él.

—Ven, George; acabo de aplicarle el reactivo… ¡Date prisa!

Estaban en la mesilla y previamente habían corrido las cortinas de la ventana. Katia esparció el reactivo con la ayuda de un cepillito dental. Al punto el mensaje, escrito con letras mayúsculas y en inglés —nunca en ruso—, se tornó visible, y decía:

> *Londres-14*
>
> *Si tu americano no ofrece alta y valiosa información, rompe con él. De inmediato. No desobedezcas o habrás de atenerte a las consecuencias.*
>
> *Próximo encuentro: 24-5 en Richmond Park, en el ángulo este con Kingston Road. Debes ir sola. En cierta papelera pública que lleva el n.° 207 depositas un periódico con mensajes escritos con la tinta simpática que conoces. Al cha siguiente, 25-5 recibirás en el hotel, en propia mano, dentro de un sobre, nuestras instrucciones.*
>
> *Tu visita a la citada papelera de Richmond Park se realizará a las 14,07 h.*
>
> *Nuestra visita a tu hotel, al día siguiente, tendrá lugar a las 10,46 h.*
>
> *En caso de peligro, deja abierta totalmente tu ventana. Las*

señas del Grupo 9 en Londres te serán facilitadas el día 25. A la vez, recibirás cheque al portador por 2.000 libras esterlinas. Nuestro agente en Bahía está «quemado»; ya no se le puede utilizar

Katia rompió el mensaje en cuatro fragmentos y luego lo quemó sobre el cenicero, y después arrojó las cenizas al retrete, como siempre, y acto seguido tiró de la cadena. Era el mejor sistema para que no quedara ni rastro.

—Lo sabía —murmuró George—. Los tuyos te tienen controlada y sometida a una disciplina feroz… O les damos mucha y jugosa información, que será todo cuanto me comunique la Compañía, o te verás en apuros. Voy a escribir los asuntos que recuerde, de lo que supe el martes y miércoles de esta semana… para darles a comer a las fieras, *tus* fieras.

—¿Y qué hay de las tuyas? ¿Les contarás todo esta noche?

—Me esperan en Sutherland Street; allí tienen la estación londinense.

—¿Les contarás todo o parte? —preguntó Katia visiblemente angustiada.

—¡Lo mínimo, por supuesto! En esta profesión, nunca pierde vigencia la regla número uno: *Saber mucho, contar poco*; tanto o más que la regla número dos: *Desconfiar de todos incluido uno mismo*.

—Tengo miedo… —exclamó ella—. No me dan más zozobra tus jefes que los míos; y la diferencia entre ellos dos y el G. 9 radica, tan sólo, en que estos extremistas me inspiran, además de terror, la más profunda repugnancia. Dime, ¿te reveló Kraft, y recuerda que dialogaste con él muchas horas, si temía como probable y aún próxima una mundial contienda desencadenada por ese Grupo…?

—¡Nos quedan cuatro horas de tiempo! He repasado la cartelera de espectáculos, y… ¿sabes qué estupendo programa ponen en el cine «Warner West End»…?

—¡George, George! Responde antes a mi cuestión.

—Por supuesto que lo haré, cariño, mas… antes múdate de ropa. ¡Saldremos!

Mientras ella se cambiaba de indumentaria y se acicalaba para semejar una hermosa burguesita, el temblor la iba ganando.

Raramente se sentía dominada por la ansiedad, pues no ignoraba las técnicas para sujetar los nervios y encauzar la imaginación. Mas en ocasiones, acaso de tarde en tarde, surgían reflejos imprevisibles, que marcaban honda huella en el ánimo de la mujer. Y entonces el corazón le martillaba furioso, al tiempo que se sentía desfallecer y sudaba a mares… ¡Claro que se la había adiestrado para combatir la manía persecutoria y la claustrofobia! Pero, ¿es que a la vez no se le había infundido profundo respeto —dígase terror— por los mandatos de la Central? George conocía esos síntomas y la oportuna terapia, por lo que al instante le trajo un vaso lleno de agua, que ella bebió aprisa, mientras respiraba lenta y hondamente. Regla número 1 en tales casos: razonar en frío y hacer la autopsia del temor; dividirlo en partes, asumirlo.

—¡Vamos, vamos! —repuso George, en tono ansioso—. Dondequiera que laborases, te exigirían tus patronos, eficacia y rendimiento, ¡lo sabes! Y si no les resultases obediente y rentable, te situarían en medio del asfalto municipal. Quiero decir que te expulsarían. ¡Pero esa circunstancia no se ha producido ni se producirá! ¡No y mil veces no! Eres competente y eficaz como la última generación de computadoras electrónicas de la IBM. ¡Razona, Katia, razona, por el amor de Dios, y acepta las reglas del juego!

Katia se fue recuperando; ya casi respiraba con toda normalidad…

—¿Responderás a mi pregunta? Hazlo… o imaginaré lo peor.

—¡Tú ganas, campeona! Kraft opina que entre 1982-89 hay peligro de guerra universal, y estima que el riesgo puede venir del G. 9…

—Me lo temía… ¡Lo mismo pensará, casi con toda certeza, Moscú!

—Katia, ambos sabemos que las actuales existencias en armas nucleares bastan para destruir MÁS DE CIEN VECES el globo. Y que si algún indicio de vida quedara luego de tal destrucción, acabarían con él los artefactos bioquímicos. ¡Los Estados del presente despilfarran 350.000 millones de dólares cada año en armamento…! ¿Qué significan los 100 millones de muertes producidas por las dos guerras mundiales del siglo xx? Nada, querida. No constituyen el menor aviso. Y eso que el holocausto de

la III Guerra Mundial determinaría la muerte integral de la Tierra. ¡Ambos lo sabemos! ¿O no…?

Como ella seguía quieta y muda, sin atreverse a abrir la puerta del hotel, George repuso con deliberado cinismo:

—Cuando las desdichas son demasiado grandes, sólo caben dos actitudes: echar a correr o echarse a reír. ¡Yo voto por lo segundo!

—¡George! —dijo ella con voz helada—. ¿Es posible que estemos viviendo los últimos días, los últimos verdaderamente, del mundo? ¿Es posible? Di que no; dime que vamos equivocados.

—¡Claro que es posible, vida! Mas eso no nos impedirá saborear esta tarde en el cine… ¿Puedo ofreceros el brazo, distinguida *Lady*?

Mientras George avanzaba brioso, ella parecía entumecida o agarrotada; y tanto en el ascensor como en las avenidas caminaba medio ausente.

Sólo ante las diabluras y el rostro de Woody Allen acertó a reaccionar.

A partir del mes de jimio de 1978, los hechos se encadenarían por desgracia, con irreversible precipitación. En la estación londinense la alarma se había convertido en el clima normal. Y entregaban o pedían a George, con insistencia rayana en el frenesí, mayores y mejores informaciones. Éstas, a su vez, entraban en la sede de la KGB por mediación de Katia. La situación se volvía más y más compleja, y no resultaba fácil llegar a conclusiones verosímiles. Los mejores analistas se estrellaban. Evidentemente, el G. 9 había puesto en órbita otro servicio de desinformación con el cual se creaban multitud de ingeniosas confusiones. Dijérase que tras de aquella avalancha de cambiantes noticias, se alzaba no una mente lúcida, sino el más genial de los equipos, que a su vez, sabía jugar no menos genialmente con los dos colosos y sus aliados.

Katia era para el G. 9 un mero enlace, del que no se confiaba y que en realidad la utilizaban sin que ella misma acertara a saber en qué ni lograra, además, y para colmo, ninguna penetración. Nunca volvió a ver a alguien de ellos. Ni pudo, claro, conocer informes suyos. Imposible ascender a otros niveles. Se le escuchaba al principio por no sabíase quién, y jamás obtuvo respuestas. Luego ni siquiera pudo hacerse oír. Todo resultaba ambiguo y gelatinoso. Como si aquellos extremistas poseyeran del trabajo de zapa la quintaesencia de la técnica.

La perplejidad y despecho en Moscú sólo hubieran hallado parangón con el asombro y cólera de Langley. Expertos analistas, sutiles psicólogos y sofisticados estudios con ayuda de ordenadores electrónicos, sólo ofrecían como resultado el siguiente esquema:

> *EL GRUPO 9 DISPONE DE SUPERESPECIALISTAS, AUXILIADOS A SU VEZ POR ENTES INFILTRADOS EN MOSCÚ, WASHINGTON, PARIS, LONDRES, BONN, MADRID, ROMA Y TEL AVIV.*
>
> *IMPOSIBLE PENETRARLES, SOBORNARLES O DIALOGAR SIQUIERA CON ELLOS.*
>
> *CUENTAN CON DEMASIADO DINERO Y PODER MUNDIAL PARA QUE PUEDAN SER SUSCEPTIBLES DE INFLUJO.*

Evidentemente, entre los métodos que el Grupo 9 usara hasta marzo-abril de 1978 y los que aplicaba desde junio de 1978 mediaba una distancia de años-luz. Aquel enemigo operaba, en verdad, desde otros planos, cual si hubiese roto la barrera, por ejemplo, de la cuarta y quinta dimensiones.

La vorágine de enigmas tuvo su cénit al anochecer del 4 de julio de 1978, cuando en su hotel recibió el matrimonio Vargas, cierta llamada telefónica.

—¿Hablo con el estudiante Jordi Vargas? —dijo una armoniosa voz masculina, en extremo amable y serena—. ¡Enhorabuena si está celebrando el Día de la Independencia! ¿O quizá preferiría que le felicite para el 11 de Setiembre? (Fiesta nacional de Cataluña). Le deseo en nombre de nuestro Grupo, la mayor felicidad junto a su esposa Caterina (Katia en catalan), medio catalana, como usted que es medio catalán. Ya sabe… quiénes somos. No espere ningún daño de nosotros. Moscú o América sí podrían originarle perjuicios, pero nósotros, que constituimos, a Dios gracias, la tercera vía, no. Hemos sido y somos demasiado humanos para no enternecernos con ese idilio inefable. Y nada más: ¡larga vida y suerte, amigo!

Helado de espanto sentíase George, y más helado que él, Katia, que escuchó pegada al teléfono también, y privada de habla.

—¿Quién es usted? Responda. ¿Quién…? ¡Responda, responda…!

La risita era suave y sin impertinencia, como proveniente de alguien que atesoraba altísimo espíritu cívico o como si fuera fascinadoramente inteligente. George, que tenía el hábito de grabar cuando telefoneaba, escuchó luego docenas de veces aquellas frases y no descubrió pista alguna, salvo identificar la llamada desde el seno del Grupo 9. Su castellano parecía de España.

—Si hasta ahora pudimos nutrirnos de la sospecha de ser ambos «enfermos», según el argot del oficio, ahora nos cabe ya la certeza de ser entes «quemados» —declaró George.

—¡Y lo peor no es que de ello se deriva nuestra doble esterilidad profesional, o sea, la incapacidad de penetrar al G. 9!, sino…, ¿comprendes?

—¡Claro! —Y lo que ella no quería pronunciar ni oír, lo expresó él de todos modos, y quizá para regodearse, masoquísticamente, en su infortunio—. Lo peorcito es que si la Compañía y Moscú nos saben «quemados» se nos apartará de la operación. ¡De inmediato y sin titubeos! Y ambos habremos de enfrentarnos a tribunales de puerta cerrada, y si no sospechan traición, sí nos creerán ineptos. ¡*Encima de cornudo, apaleado*, como dicen en España!

—Hemos de dar… como no oída esa llamada telefónica. ¡Bórrala, mi amor, del magnetófono! Ayer cambié las pilas de mi reloj-detector de *chinches*. ¿Sabes que a diario los busco? —Y ella misma borró el mensaje.

George se paseaba, taciturno. La jornada había resultado en extremo ajetreada y agotadora; él con sus jefes de la estación, y ella con los enlaces, quienes últimamente la citaban a cada dos por tres. Tanto la KGB como la Compañía habían extremado hasta el delirio la búsqueda e investigación en torno al adversario común. Langley y la DIA destinaron al Támesis algunas de sus mejores unidades navales —buques supersofisticados al lado de los cuales el *US Pueblo* pasaría por embarcación antediluviana—, con las cuales era factible detectar o descifrar los mensajes más indetectables o indescifrables. Otro tanto hizo la URSS. Sus supuestos «pesqueros» —de los que al parecer contaba con 54 ya— *faenaban* por todos los mares, y a la sazón se deslizaron por el Támesis en busca de presa, y ello sin duda con la vista gorda del *Premier*. Tampoco las antenas sutilísimas de la BBC obtuvieron mejor resultado. La Casa Blanca apremiaba, por su parte, a la NASA… ¡En vano! El G. 9 debía

utilizar sin duda alguna material indetectable y métodos desconocidos, amén de millares de confidentes. La DIA y el USIB elevaron al triple sus presupuestos y, paralelamente, triplicaron con no disimulada angustia sus búsquedas. Agentes del GRU y la KGB se tropezaban entre sí, o casi, en sus viajes…

Lo que se temía, aquello que se deseaba evitar a todo trance, ocurrió al fin: USA y URSS perdieron el control nervioso, y la seguridad en sí mismos se evaporó de sus líderes. El SIS no pudo evitar el embarazo. El SDECE se encogió de hombros. La BND indicó que se debían multiplicar los esfuerzos. La SIFAR aseguró que Italia se hallaba fuera de peligro. Sólo la Segunda Bis dio en la diana, al declarar a sus colegas que «era preciso luchar desde otro plano y no desde otro nivel; merced a otra filosofía y no con otros métodos». Hubo una cumbre secreta, celebrada en Ginebra, al frente de la cual se hallaban —y el hecho resultaba insólito— el almirante Stansfield Turner y el camarada Yuri Andropov, éste presidente de la KGB desde 1967. Y fue justamente Andropov quien habría de rogar al representante español que matizara tanto como fuera posible su preliminar manifestación. La reunión a puerta cerrada, protegida por el 60 por cierto de los efectivos de seguridad suizos, hubo de pasar tan inadvertida que sólo fue comunicada a la Prensa esta nota:

> *GINEBRA, 26 de julio de 1978.*
>
> *EL ESTE Y EL OESTE HAN AUNADO SUS FUERZAS CONTRA PELIGROS COMUNES. LA CONFERENCIA DE ALTO NIVEL ENTRE ÓRGANOS ESPECIALIZADOS TENDRA SU SEDE EN GINEBRA POR ESPACIO DE TRES DIAS.*

El representante español no era otro que Anselmo Durán Fígols, leridano de sobresaliente actuación al advenimiento de la democracia en España.

—¿Qué se consiguió con la Cumbre de los órganos de Inteligencia? Salvo poner de relieve la general debilidad y su dramática vulnerabilidad, nada más. Durán Fígols se vio acaparado por Langley, y hubo de dialogar extensamente con los responsables de los departamentos NPIC, OCR, TSD y WE. Turner y el español intercambiaron impresiones. El *New York Times* logró del hispano una declaración: «Creo que el problema del presupuesto ha quedado

resuelto —manifestó el visitante—, y veo con esperanzas el futuro». A mediados de agosto de 1978, tras detenerse en Madrid cinco horas —tres de las cuales empleó Durán Fígols en conversaciones con Suárez y Gutiérrez Mellado—, partió el hombre para Moscú. En el seno de la KGB hallaría el leridano expertos en análisis e interpretación, peritos en criptografía y… varios catedráticos de la Universidad de Moscú, especialistas reconocidos universalmente en áreas tales como Metapsíquica, Astrología, Telepatía y Futurología. Estos últimos juzgaron qué las declaraciones del español habían asumido un valor decisivo para establecer el correcto planteamiento del problema.

La inseguridad y el temor produjeron —era previsible— los primeros tropiezos: detención de innumerables inocentes e interrogatorios estériles. De ellos se aprovechó la oposición y estuvo aireando sin piedad los fallos. Hubo broncas, destituciones fulminantes. El malestar y la angustia se contagiaban. El enemigo común, el Grupo 9, lo contemplaba con regocijo…

Las presiones desde órganos pacifistas para conocer y potenciar los proyectos arriba aludidos, que hubieran podido conducir a algún género de ayuda en pro de la paz se vieron excluidos de informaciones. Citemos, entre ellos, muy en particular al ACDA (Organismo de Control de Armamentos y Desarme) de los EE.UU., y a la SIPRI (Instituto Internacional de Investigaciones sobre la Paz), de Suecia, con sede en Estocolmo. A la vista de tales fracasos, la UNESCO preparó un número, que no apareció hasta abril de 1979, titulado «Carrera de armamentos contra la Humanidad» y publicado en 20 idiomas, en el que condenaba y alertaba a la conciencia mundial contra el riesgo de una conflagración mundial. Y entre otras cosas, diría esa publicación:

> *La cantidad de ojivas de guerra termonucleares lanzables mediante proyectiles a disposición de los dos grandes aumentó de unas 3.700 en 1970 a cerca de 12.000 en 1976, y se estima que su potencia explosiva equivale a la de 1.300.0000 bombas del tipo de la empleada en Hiroshima, en 1945. (Ojiva es la parte de un misil, proyectil o torpedo que contiene la carga explosiva).*
>
> *En 1976, los dos colosos disponían conjuntamente de 2.500 ICBM (Proyectil balístico intercontinental. Vehículo emplazado*

en tierra y propulsado por cohetes, capaz de transportar una ojiva a distancias intercontinentales superiores a 3.000 millas marinas) y 1.400 SLBM (Proyectil balístico lanzado desde submarinos. Misil balístico que puede ser transportado por un submarino y lanzado desde las profundidades del mar). (Más que suficiente para pulverizar la totalidad de la corteza terrestre). (Los acuerdos SALT ofrecieron resultados positivos, pero parciales).

Reciente proyecto: la bomba de neutrones superradiactiva. Produce la total muerte antes de seis días de ser arrojada en todo género de seres vivos. Es la más destructiva de todas las bombas.

Los superiores de Katia y de George se estrujaban en vano los sesos para lograr resultados de la infiltración de la primera. Aunque, ¿podía en verdad hablarse de infiltración? Si a Katia no le bastaba verse manipulada por los del Este y los del Oeste, ahora debía contemplar, impotente, que también el Grupo 9 la utilizaba para intoxicar a sus amos. De hecho, todo el mundo intentaba engañar y corromper a todo el mundo, y en el fondo nadie engañaba a nadie. Es decir, el engaño sólo se producía esporádicamente, en función de alguna circunstancia fortuita —ese azar imprevisible— o el genio durante efímeros instantes. Los tres zorros del panorama internacional aguardaban, pues, la llegada de esa circunstancia fortuita o la intervención de algún ente genial, para con ello provocar el desequilibrio de la información y de las fuerzas y poder así eliminar a los contrincantes. Algunas manifestaciones utilizaban a veces eslóganes tan cautos como exactos así, por ejemplo, la de Washington, en agosto de 1978:

¡CASA BLANCA Y KREMLIN!

ATENCION, COLOSOS...

CON UNA GUERRA NUCLEAR Y BIOQUIMICA NO HABRIA VENCEDORES NI VENCIDOS.

LA III GUERRA MUNDIAL SUPONE LA DESAPARICIÓN MATERIAL DEL PLANETA TIERRA.

¡ATENCIÓN, DIRIGENTES! ¡REFLEXIONAD! ESTAIS

CIEGOS...

ESCUCHA ESTA ADVERTENCIA, MR. CARTER, Y ADVIÉRTESELO AL CAMARADA BREZNEV

Entre las misiones encomendadas por el Grupo 9 a Regina Fontes había una que produjo notable extrañeza. Es sabido, sin embargo, que a menudo los motivos son mera cobertura. George tomó la petición y la traspasó a sus colegas. Dos horas después, la estación entregaba los siguientes datos:

Nueva Guía de Institutos de Investigación de Gran Bretaña.
DEPARTMENT OF INDUSTRY ASHDOWN HOUSE 123, VICTORIA STREET LONDRES, SWIE RB

Exposición y Conferencia Mundial de vehículos eléctricos en Londres.
R. E. HALLIWELL ELECTRICITY COUNCIL 30, MILLBANK LONDRES, SWIP 4 RD

Píldora anticonceptiva mensual (investigaciones recientes).
THE UNIVERISITY OF HULL COTTINGHAM ROAD HULL, NORTH HUMBERSIDE

Indicador automático de la aspereza del casco de los buques.
ABIN WALLSEND RESEARCH STATION VALLSEND, TYNE & WEAR NE28 6 UY, ENGLAND

Ultrainfiltración de polvo para la ventilación de vehículos por presión de multiboquilla
137, K. L. AUTOMATIC PRODUCTS LTD. 137 HOMERTON HIGH STREET LONDRES, E9 6AT

Sistema portátil de seguridad por rayos infrarrojos.
J. DONNE HOLDINGS LTD. 4 GOLDEN SQUARE, REGENT STREET LONDRES, W.1

Tanto Langley como Moscú se interrogaron a sí mismos con las dos siguientes cuestiones:

1. ¿Constituyen las 6 consultas la pista para descubrir las investigaciones científicas —digamos militares— en las que se hallan inmersos? Si la respuesta fuera afirmativa, conoceríamos sus orientaciones bélicas y, asimismo, sus

deficiencias.

2. ¿Nos encontramos ante otro caso de intoxicación y despistamiento? Aunque esta vez de difícil interpretación

Tras esta encuesta, la cuestión n.° 2 halló en el Departamento de Análisis de Langley este resultado: 8 estimaban que el G. 9 intoxicaba, 3 lo atribuían a fallos internos del G. 9, y 2 no opinaba «por falta de lementos con los que pronunciarse». La alusión a la pastilla anticonceptiva abonaba el terreno entre los que pronosticaban «calidades de sarcasmo».

Katia agarró casi violentamente al chiquillo que le entregaba la nota y por poco protagonizó una escena de histerismo; pues le dio por zarandear al niño.

—¡Quiénes son esos tipejos, dónde están y cómo son! ¡Habla, habla!

El chiquillo, a quien esperaban sus padres en la otra acera, prorrumpió en sollozos y huyó despavorido; y Katia corrió tras él, y entonces el padre del niño se interpuso:

—¡Alto ahí, señorita! No sabemos por qué grita y amenaza a nuestro hijo. ¿Se ha vuelto loca? Alguien le rogó al pequeño que le entregara a usted el sobre. Y ese alguien desapareció. ¿Quiere que llamemos a la Police? ¿La persiguen?

—¡Oh, lo siento; excúsenme! —replicó Katia, procurando contenerse— ¿No vieron ustedes al que encargó a su hijo que me diera el sobre?

Se había formado amplísimo corro, y pronto acudieron dos agentes de la Police. El niño seguía escondiéndose tras de su padre.

—Nada recordamos… Y es que nuestro hijo se había quedado rezagado, y por eso el desconocido, hombre o mujer, le encargó el recado al niño. ¡Adiós, señorita!

Siempre el mismo juego. La nota indicaba:

Setiembre 1, 1978 –1035 h.–Andén Metro en Euston Square, dirección Aldgate. VEN SOLA.

Fue cenando en cierto *pub* situado cerca de Burton's Court, cuando a Katia le entró hipo. Muy violento y seguido de angustias. Ingirió el vaso de cerveza de un tirón y procuró respirar hondo.

George la tomó del brazo y salieron al exterior a toda prisa. Y caminaron con paso vivo hacia Ranelagh Gardens.

—¡Ya me ha pasado, no temas, George! —Fue sólo cosa de instantes…

—¿De veras te sientes bien? —preguntaba George, angustiado.

—No te das ni cuenta, George, pero me aprietas el brazo con brutalidad. ¿Tanto te ha afectado mi *shock*?

—¡Oh, lo siento! Olvidemos eso, querida. ¿Entramos en esa farmacia de la esquina? Puedo comprarte tranquilizantes para esta noche… Lo digo porque a veces sufres pesadillas, seguidas de insomnio.

—Mi preparadora Gavrila Prokofievna, ucraniana, me dijo en cierta ocasión: «Contra las alteraciones nerviosas como hipersensibilidad, angustia, insomnio, lo recomendable es huir, tanto como sea posible, de fármacos. Prefiere remedios naturales: baños de 15 minutos o duchas frías, tibias o calientes; deporte o gimnasia; ejercicios respiratorios, relax y Concentración mental; esfuerzos físicos como partir leña o caminar mucho; dietas a base de sustancias vegetales; poco vino y nada de café o té; excluye excitantes como las especias; y, sobre todo: boicot a licores, *whisky* y vodka o coñac. Sírvete de sedantes nerviosos sólo en casos de extrema alarma, es decir, cuando la crisis nerviosa podría degenerar en neurosis. La mejor receta consistirá en proceder a rigurosa e ininterrumpida higiene mental: evitar obsesiones, manías y ansiedades. Fíjate, Katia Prat: ¡evítalos aun cuan do te vieses entre cuatro rejas y condenada a la pena capital!». Hasta ahora he seguido sus consejos…

—¡Es la primera vez que mencionas a tus preparadores!

Y entonces, de modo inesperado, cuando se suponía liquidada la angustia, estalló la llantera. Ya habían llegado a los jardines. Tomaron rápidamente asiento en el primer banco que hallaron. ¡Menos mal que no pasaba ni un alma y que iba oscureciendo! El llanto era poco ruidoso, pero hondo. Él la sujetó por los hombros, la abrazó con ternura y la besó, susurrándole palabras dulces. Cinco minutos después ya se había recuperado. Se secó las mejillas, reprimiendo el hipo. La rojez en torno a los ojos y labios persistiría largo rato. Respiraba con el pecho erguido, lenta y profundamente, con los ojos cerrados, mientras apretaba las manos del esposo; las

suyas estaban frías.

El l.° de setiembre de 1978, Katia acudió al lugar de la cita, y justo a las 10,35 horas una niña se le aproximó poniendo en sus manos un sobre; y luego huyó a escape con el grupo de colegialas y su profesora, con los que penetró en el vehículo. Y Katia se quedó sola en el andén. La nota decía:

7 setiembre 1978.
13 h.

Pont-Neuf (angle r. Harlay/quai des Orfévres), París. Adjuntamos 500 libras esterlinas. Ven sola. Hospédate en «Hotel Lotti», 7 rué de Castiglione. Tel. 260 37 34. Telex 24 0066.
Pide reserva.

—¿Por qué este hotel de gran lujo? —exclamó George.

—Pretenden deslumbrarnos a los dos, y a la vez a mis amos moscovitas y a los tuyos. ¡Yo no conocía París! —gritó Katia, y no más decirlo, en el colmo de la euforia, volvió a dispararsele el tic nervioso que le solía dar últimamente en el ojo derecho.

Había adelgazado tres kilos en quince días, pero se sentía fuerte y ágil. También George estaba más espigado, y tras las comidas le dolía el estómago; sin embargo, se juzgaba en excelentes condiciones. La perspectiva del traslado a la Ville-Lumiére les llenó de gozo.

El viaje en avión fue brevísimo, y el hotel les pareció en extremo selecto. El tiempo en Francia era igual de cálido que en Gran Bretaña, aunque quizá más bochornoso y húmedo. Los días 4, 5 y 6 (lunes a miércoles) de setiembre de 1978 los pasaron visitando museos, *boites*, teatros, revistas, discotecas, jardines, palacios… Por las noches se abandonaban en alguna hospitalaria butaca del centro, y el cine les borraba fatigas y ansiedades. Comían de cualquier modo, a base de bocadillos y cerveza, se paseaban por las orillas del Sena, charlaban con la gente, se confundían con ésta, mejoraban su conocimiento del francés, hacían comparaciones socioeconómicas, cantaban *La Marsellesa*, y mientras George se daba no poca maña imitando con la voz y gestos a Chevalier, ella sabía contonearse y coquetear a lo Bardot.

El mensaje recogido el día 7 en Pont-Neuf decía:

Próxima vez:

Sábado 7 octubre 1978 - 18,07 h. en andén Metro Charonne, dirección a Mairie de Montreuil.

Desde el 13 de setiembre 1978 en el Hotel «Sainte-Andde» en 10, rué Sainte-Anne (Opera), Teléfono 742 12 56. Pide reserva.

Encargo: los días impares visitarás como si fueras turista el Arco de Triunfo; alguien pondrá en tus manos un maletín que entregarás en el aeropuerto de Orly (autobús 215 desde la Place Denfert-Rochereau) a alguien que te lo tomará por la espalda, tras decirte: Mademoiselle jolie, mosotros pagaremos cuenta hotel. Un colaborador te seguirá, a distancia, en cada viaje. Con mando a distancia, podemos hacer estallar el maletín si algo saliera mal.

—Peligro número uno —manifestó él—: tus jefes o los míos sentirán la más invencible curiosidad por saber qué contiene el maletín y, asimismo, identificar al sujeto que te lo entrega y el que te lo recoge.

—¡Peligro número dos! —agregó Katia—: Si alguien siente la «tentación», y digo sólo tentación, de mostrarse curioso, varios ciudadanos saltarán por los aires. ¡Y yo seré uno de ellos! ¿Te apetece a ti volar? A mí, no.

—Sospecho que el maletín constituye la peor guasa del G. 9. ¿Qué necesidad tienen ellos, a la vista del sofisticamiento de sus medios, de valerse de ti, estando como estás completamente «quemada»? Burda trampa para la KGB. Picar el anzuelo sería idiota… ¡Caray! Por más vueltas que le doy, no me explico por qué el G. 9 te sigue utilizando. ¿Acaso esperan a que alguien de nosotros vaya cometiendo errores? Y todavía comprendo menos que la Compañía o la KGB se empeñen en querer utilizarnos. ¡Si es que el juego les resulta a todos estéril! ¡Nadie engaña a nadie! Entonces, ¿por qué y para qué…?

—Algo falla —replicó Katia al cabo de cierta pausa— porque, evidentemente, hay algo importante que ignoramos. ¡Noches enteras paso sin pegar un ojo, hasta que al fin perderé o perderemos el juicio!

Una «DKW» de apariencia normal, propiedad de la SDECE, solía

colocarse muy próxima a Katia, tras de recoger ésta el maletín. Desde el interior de la camioneta, dispositivos de observación y fotografía con rayos ultravioleta y rayos infrarrojos y X permitían ver y fotografiar el interior del maletín. Éste contenía —y el descubrimiento estremeció de horror a los científicos de Oriente y de Occidente— nada menos que ejemplares vivos de hormigas, abejas, chinches, lagartijas, ratoncillos y otros animalillos pequeños; con un detalle: esos seres presentaban formas gigantescas y monstruosas, y ocupaban enteramente el maletín. Se trataba, pues, de los experimentos quizás afortunados para ensayar con otras armas bioquímicas. ¿Acaso podían, merced a nuevos virus o bombas químicas, tornar gigantescos esos animalillos o insectos, y por el mismo procedimiento, reproducirlos a billones en pocas horas? La DST facilitó el siguiente informe: «Esos supuestos biólogos franceses que han colaborado con el enemigo, sólo pueden hallarse en Lyon, Burdeos o Niza». Y se trataba de tres eminentes biólogos. Pero aquella misma noche, la que suponía el final de la misión, George recibió una llamada telefónica al hotel de «Sainte-Anne», y una voz masculina de dulce acento francés le dijo:

—En vano buscarán en Lyon, Niza o Burdeos. ¡Je, je!

George, que ignoraba la operación secreta con las «DKW», quedó sin comprender. Y a sus preguntas, amenazas o ruegos, oyó que la misma voz le decía:

—Nos han servido ustedes dos muy leal e inteligentemente. Muchas gracias por todo. ¿Les gusta a ustedes Estocolmo?

El diálogo con el desconocido fue revelado a los superiores de Katia y de George, y entonces, ya concluida la misión en París, se les notificó a ambos que habían sido practicadas fotografías, y que, coherentemente, se sospechaba que hubo traición nacional en alguna de esas tres poblaciones. ¿Cómo pudo el enemigo, sin embargo, llegar a conocer el uso de dispositivos con sus «DKW» y las conclusiones de la DST?

—Sencillo: todos los órganos de inteligencia, absolutamente todos, del Este y del Oeste, se hallan infiltrados por el enemigo. Estamos haciendo el ridículo —bramaba George—. Se burla a de nosotros. Para ellos somos todos juntos unos peleles de rústicos ardides, y cuando nosotros vamos ellos están de vuelta.

—Todavía nos queda un recurso: ¡huir a alguna isla perdida de

Oceania, y al diablo el linaje humano!

Entonces, y lo cierto es que Katia se asustó de veras, George fue víctima del único acceso de cólera en que ella le viera jamás. Fue la primera y última vez que su amado se vio a merced del incontrol más lastimoso. El hombre había enrojecido, sus ojos centelleaban y gesticulaba fuera de sí, como al borde de la demencia.

—¡Dónde quieres que huyamos, grandísima irresponsable! No hay escape. Se nos controla día y noche. Disponen, ¿es que no lo ves?, de dispositivos especiales que ni en sueños podrían concebir los nuestros. Además, ¿te imaginas que en esa guerra mundial que preparan quedaría un solo metro cuadrado libre del fuego apocalíptico? ¿Dónde tienes la cabeza?

—Cálmate, George —imploró ella con lágrimas en los ojos.

Se dejó él caer en la silla que ella le aproximó, y quedó exhausto, vacío.

—¿Decías en serio lo de huir? —preguntó George fríamente.

—Ya no sé nada —gimió Katia, abrazándose al marido.

—Es el fin de la Humanidad —repuso George con la mirada perdida—. Ya no hay retroceso. Dos mil años de helenismo y cristianismo han servido para potenciar al diablo que llevamos dentro y matar al manso cordero que en ocasiones, raramente, hemos venido albergando. ¡Idiotas, idiotas…!

El acceso de furor parecía querer renacer en George. Sollozando aterrorizada, Katia se le abrazó con ímpetu.

La noche parisiense llegaba henchida de guiños y promesas, con ráfagas de frescor, con fragmentos de melodías y conversaciones… y con algo más de difícil calificación. Porque París —capital, corazón y cerebro de Europa— ejercía su fascinación a través de caminos sutiles, caminos invisibles de los que nadie supo jamás detectar sus secretas motivaciones. Inútilmente, poetas, filósofos y pintores intentaron captar su estado de alma; ésta escapa siempre cual Eva sofisticada. Sin embargo, y decirlo resulta triste, por primera vez ese hechizo no surtió efecto; y la pareja rusonorteamericana hubo de sentirse tan indefensa, abrumada e impotente como —y en forma paralela— debió sentirse en 1942 el matrimonio Stefan Zweig, en Río de Janeiro, para quien el suicidio era el único camino viable.

La primera etapa en Estocolmo se deslizó en la inopia. Dijérase

que se les tuvo en completo olvido, y si al comienzo los Vargas lo acogieron con agrado, éste se trocó al fin en una indigerible intriga, ansiedad y cólera. Las órdenes del Grupo 10 —dejó de ser Grupo 9 a comienzos de noviembre de 1978, por la incorporación de Tokio — no podían ser más claras:

30 de octubre de 1978 al 7 de enero de 1979:
HOTEL REISEN (H8)
12-14 Skeppsbron
Tel. 22 32 60 - Estocolmo,
Suecia.

7 de enero de 1979 al 18 de junio de 1979:
STRAND HOTEL (H6)
9 Nybrokajen
Tel. 22 26 40 - Estocolmo
Suecia.

Construida sobre 14 islas en el lago Málaren y Saltsjón, parte del mar Báltico, Estocolmo reunía en primavera y verano tal cúmulo de alicientes que cualquier forastero se sentía inclinado a pensar que ninguna otra metrópoli en el ancho planeta podría superarla en belleza. La impuesta inactividad, obligó a George y Katia a visitar, uno tras otro, los 50 y tantos museos de la urbe, sus iglesias medievales, la Ciudad Vieja (Gamla Stan), el Palacio Real (Kungliga Slottet), el Waldemarsudde o residencia del difunto Prince Eugen, la Kungliga Operan (Teatro Real de la Ópera), la Konserfthuset (Sala de Conciertos), y proyectarse hacia un sinfín de excursiones en autobús o en barco hacia Uppsala, Sigtuna, Malmoe, Skokloster, Mariehamn, etc. Pero la curiosidad y la ilusión se fueron desvaneciendo apenas transcurridos diez días.

¿Por qué el Grupo 10 no les utilizaba? ¿Acaso proyectaba con ello romper su equilibrio nervioso y mental e inducirles a cometer fallos monumentales?

¿Por qué razón la Compañía se revelaba impotente para descifrar los entresijos del Grupo 10, el cual jugaba con aquélla y la colocaba en perpetuo ridículo? ¿Qué hacían, entretanto, la NSA, la DIA y el USIB…?

¿Por qué extraña razón aquella KGB, siempre tan eficaz, ponía en evidencia una tan honda desorientación? ¿Cómo explicarse que no hubiera logrado infiltraciones? ¿También fallaba el GRU? ¿Qué se opinaba en el Kremlin?

Para colmo, el Grupo 10 pagaba ahora, en su insolente audacia, los gastos de hotel y viajes del matrimonio Vargas, a quienes, por lo demás, llamaba por su nombre de pila real. A los cuatro días de instalados en la capital sueca, recibieron una cortés llamada, y el interlocutor, en impecable castellano, les dijo:

—Sean bien venidos y disfruten ambos, Katia y George, por favor, de los encantos de Estocolmo. El ocio puede ser una excelente y yo diría, si me lo permiten, oportunísima terapia. Ustedes dos han vivido bajo fuertes tensiones nerviosas por culpa de las contradicciones y perversiones del capitalismo-socialismo. Permítannos ustedes que les compensemos, benévolamente, de tanto trauma y tanta desconfianza… Por favor, no se angustien. Si nos lo permiten, les sugerimos poner un potente STOP a su vida, al menos en lo que fue hasta ahora. La vida puede ser hermosa. Y sin miedo. Olviden a los falsos profetas. No se empeñen en querer ver en nosotros lo que no somos. Y un ruego: crean en lo que vean, no en lo que no vean o sólo supongan. El pragmatismo constituye el mejor método. Algún día nos conocerán personalmente y entonces, ¡oh, estamos seguros de ello!, nos amarán. Ahora sólo les pedimos respeto.

Katia y George, pegados al teléfono, escuchaban por igual, y cuando pudieron, los dos irrumpieron con preguntas:

—¿Qué pretenden de nosotros? ¿Cabe temer un conflicto armado a nivel mundial? ¿No podríamos vernos algún día? ¿Es usted español? ¿Cómo se llama?

A lo cual la voz del desconocido replicó:

—Todo a su debido tiempo. No están ustedes maduros aún… Aguarden, y no sufran. Sean caritativos consigo mismos. ¿Por qué se empeñan en martirizarse, creándose absurdos fantasmas? Además, por Dios santo: ¿nos creen tan locos como para suponer que ansiamos o preparamos una guerra? ¿De veras nos imaginan capaces de eso? Si es así, díganlo.

De nuevo, atropellándose, Katia y George dispararon sus preguntas:

—¿Quiénes son y cuál es su ideología y política? ¿Por qué se ocultan? ¿Qué quieren, qué quieren? ¿No podríamos vernos ahora? ¡Por favor…!

—Su angustia se me contagia, hijos míos… Me dan ustedes pena. ¿Cómo podría hacerles comprender que se les ha engañado y que somos todo lo contrario de lo que se les ha infundido? —Y tras brevísimo silencio—: ¡Oh, pero si es tardísimo, y tengo que llevar a mis hijos a la academia! Me es preciso colgar, y de veras que lo siento. Ya sabrán de mí… ¡Adiós!

La segunda etapa coincidió con el frío. De noviembre de 1978 hasta marzo de 1979, se les encomendó el transporte de carteras con documentos desde el centro de la urbe hasta los aeropuertos de Arlanda (internacional) o de Bromma (para vuelos locales); el primero a 38 km y el segundo a sólo 8. ¿Qué documentos eran ésos? Según la Compañía, que tenía allí el instrumental más reciente y sofisticado, los maletines iban vacíos; otro tanto opinaba la KGB. La incapacidad en ambos órganos para llegar a conclusiones era palmaria. Los dos coincidían en esta apreciación: SE CARECIA DE SUFICIENTES ELEMENTOS DE JUICIO Y FALTABA INFORMACION FIDEDIGNA PARA ESTABLECER CONCLUSIONES.

El crudo invierno, que obstaculizaba los paseos al aire libre, y el tedio se combinaban con las alarmantes impresiones que llegaban a Moscú, Londres, Washington, París, Madrid, Roma y Bonn. Existían sospechas fundadísimas de que el Grupo 10 había logrado adelantos científicos que maravillaban. Esos avances discurrían en esferas poco menos que descuidadas entre los dos colosos, y que al parecer consistían en la feliz combinación de la Astrología, Quirología, Metapsíquica y… otras ciencias que en la mayor parte de Universidades del planeta eran juzgadas como tabú.

Reunidos en Ginebra, y a toda prisa, los mismos asistentes de la Cumbre de los órganos de Inteligencia en 1978, llegóse a establecer en agosto de 1979 que el enemigo común fundaba su superioridad en los siguientes factores:

1. INFILTRACION EN LOS ÓRGANOS DE INTELIGENCIA Y SEGURIDAD DE LAS PRINCIPALES POTENCIAS.
2. COLABORACIÓN DE GRAN PARTE DE LA BANCA INTERNACIONAL.

3. ADHESIÓN DEL 35% DE LOS CIENTIFICOS MAS CREADORES Y AUDACES DEL MOMENTO PRESENTE (1979).

Sin embargo, cierto representante de Ucrania —al que se presentó como profesor de Astronomía, Aeronáutica, Geología y Biología y no como perito en las ramas de la Información Secreta— hubo de declarar con absoluta serenidad:

—Señores: tengo la convicción de que nuestros enemigos comunes se han puesto en contacto con elementos extraterrestres, de quienes reciben tecnología mucho más avanzada que la nuestra. A ellos deben, con toda certeza, su inmensa superioridad. Sugiero un programa de acción para igualar la ventaja que se nos lleva, y que, de no remediarla antes de fines de 1980, podría conducir a la III Guerra Mundial en 1985. Una guerra provocada por esa fuerza desconocida. Si me lo permiten les expondré mi programa de acción…

Antes de que pudiera exponer su programa, hubo numerosos siseos, risitas y protestas. El hombre, corpulento y de unos sesenta años, rehusó entonces hablar y se retiró. La reunión se disolvió, aunque señalóse el 5 de mayo de 1980 como fecha próxima para la siguiente asamblea. No se dio a la Prensa más que una breve nota. Ésta era perfectamente insulsa.

El nuevo destino para el matrimonio Vargas era Roma; las instrucciones establecían el siguiente calendario de residencias:

Del 19 de junio de 1979 al 3 de octubre de 1979:
HOTEL FLORA
Via Veneto, n.° 191
Tel. 497 821 - Roma.

Del 4 de octubre de 1979 al 26 de febrero de 1980:
HOTEL MEDITERRANIA
Via Cavour, n.° 15
Tel. 464051-Roma.

—Bien venidos a Roma —hubo de decirles la misma voz de antaño, también por teléfono, y en momento parejo a Estocolmo—. ¿Puedo preguntarles si les gusta Roma?

Y como en la capital sueca, Katia y George, bruscamente pegados al teléfono, gritaron al unísono y sin orden:

—¿Qué opina usted del *affaire* UMMO y de los extraterrestres? ¿Cuándo querrá usted vernos? ¿Desde dónde nos llama? ¿Habrá guerra mundial?

—Calma, calma… Me duele comprobar que están ustedes excitados y hasta más desequilibrados si cabe que en Estocolmo. Me gustaría poder ayudarles. Si puedo hacer algo por los dos no vacilen en pedírmelo… ¡No entiendo!

—¡Los OVNIS, de eso debería hablarnos! ¿Cree en la utilización científica de la Astrología? ¿Se sirve usted de la telepatía? ¿Dominan el láser…?

—¿Los OVNIS? —Y el desconocido parecía perplejo, y no sabía, al parecer, si reírse o responder; y al fin replicó—: Un poco de formalidad. Les ruego que no me sobreestimen y que sean fríamente científicos. ¿Astrología, telepatía…? ¡Dios mío! ¿Cómo han podido caer en ese pozo de irracionalidad y absurdo? Me tienen… desconcertado. ¿Qué les ocurre a ustedes? He aquí que el descanso y el ocio corroen el alma humana, y en lugar de otorgarles salud mental, les…

—¡Le advierto a usted que…!

Y George se abandonó a la furia española. Menos mal que Katia le arrancó el teléfono de las manos y lo tapó. Rojo de ira, George pasó inventario minucioso a su repertorio de insultos y provocaciones. Después recordaría esta explosión con vivo rubor.

—… y eso es todo lo que debía decirles, amigos míos —dijo el desconocido—. Me temo que hasta enero de 1980 no podré encargarles ningún trabajo. Sean felices, gocen de Italia, y nada más. ¡Que Dios les ilumine!

—Oiga, oiga…, ¡por Cristo se lo ruego, oiga, señor! —gritó Katia.

—Nadie podrá acusarme de no escuchar a una dama —replicó aquél—. En cuanto a jugar sucio o no, arroje la primera piedra el que esté limpio de culpa. ¿Lo están ustedes en su trato con nosotros?

—¿Qué voy a decirle que no sepa usted? Desde un punto de vista profesional… o técnico…, debo admitir que les admiro. Es obvio que superan a todo lo conocido hasta el presente en nuestro

planeta. Pero quisiera hacerle dos preguntas, y quisiera que usted me contestara con la misma honradez con que yo le hablo ahora… ¿Por qué no emprender una nueva fase en nuestras relaciones…, una fase de franqueza?

—Responderé sinceramente a sus dos preguntas. ¡Concedido! Su voz era, al margen de lo que pudiera pensarse, la viva expresión de la rectitud moral y de la seducción humana. Parecía no contar más de 45 años.

—Primera pregunta: ¿albergan ustedes aspiraciones de dominio universal y cuentan con medios bélicos más adelantados que nosotros?

—¿Quién que esté en posesión de la verdad no se siente llamado a compartirla o a imponerla, en bien de la Humanidad? Somos superiores, claro.

—Correcta respuesta, señor; le he comprendido.

—Adelante con la segunda pregunta…

Entretanto, George contemplaba, fascinado, a Katia, y admiraba sin duda su capacidad de maniobra, y mayormente su frialdad interior.

—¿Se adelantarán sus superiores, querido señor, a una acción audaz, quizá violenta, de la que pueda derivarse la III Guerra Mundial? A sabiendas, en cualquier caso, de que esa conflagración armada supondría la destrucción del planeta; no habría supervivientes, no, no: sólo cadáveres o cenizas.

—A usted, Katia, y a George, les tienen prisioneros de groseros embustes. No deseamos esa hecatombe, pero sabemos que Moscú y Washington se dirigen hacia ella. Sin confesárselo, la buscan y necesitan. Son, a la vez, cínicos y necios. Sea sincera: ¿Es o no cierto que ambos se preparan para el mutuo exterminio? Éste llegará fatalmente: saberlo no es desearlo ni provocarlo. La aniquilación se producirá, empero, sólo en América del Norte, el Viejo Continente y parte de Asia; al resto lo salvaremos. Conocemos el futuro del mundo; todo está escrito, como nos enseñó Mahoma… ¡Hasta siempre, mi querida Katia!

El desconocido había colgado. Silencio en la habitación. Paseándose, exhausta, Katia se aproximó a la ventana y contempló la hermosura de la Via Veneto. George seguía gesticulando, tembloroso y mudo, rojo como la grana, y medio ausente. Es

indudable que el Grupo 10 era superior y buscaba la guerra.

Inútil fue recorrer Roma y embobarse ante el Coliseo, el Foro, el Palatino, las Termas de Caracalla, la Via Appia, el Castel SantAngelo, la Fontana di Trevi… Todo era increíblemente hermoso. Y ante tanta galería de arte y tanto monumento lograban olvidar el trauma, pero sólo durante breves instantes. Las Catacumbas y la Basílica de San Pedro les arrancaron de sus obsesiones, aunque no más de efímeros instantes… Luego, a los doce o quince días, cuando Roma les iba resultando familiar y cotidiana, cuando aquel milagro de belleza se tomaba corriente, la intriga y el *dolce far niente* se convirtieron en la más diabólica obsesión. El odio les salía a borbotones contra la que ellos denominaban ineptitud de los expertos de Langley y los patosos de Moscú. Muchas noches se les iban en blanco, sin poder conciliar el sueño, y empleaban horas y horas discutiendo sobre las mil y una hipótesis que podrían explicar aquel embrollo.

Los jefes de George, en la espaciosa estación romana, le sugirieron la conveniencia de tomarse tres semanas de vacaciones junto a sus padres, en Boston. Por toda respuesta, George soltó un par de tacos al estilo italiano, recién aprendidos, cerró la puerta con estrépito y se largó, temblando de ira. El funcionario quedó mudo. George iba adelgazando, perdía el apetito de comer y de amar, sufría pertinazmente de insomnio, no leía ni veía la tele, detestaba los viajes, y cuando le hablaban de ir a ver un buen filme italiano, lanzaba violentos chascos.

También los jefes de Katia en la sucursal romana ofrecieron a la mujer un descanso. *¿Separarme de mi marido? ¿Queréis que él me enloquezca del todo?* Te conviene relajarte, Katia; haznos caso, camarada. *Si dejo a mi esposo, acabará perdiendo el juicio; lo sé, no puedo abandonarle*. Como quieras, Katia.

El verano romano les resultó bastante enojoso y enervante. La playa, el sol, las excursiones hacia el norte o hacia el sur de la península apenas aplazaban el malestar, que por otro lado iba creciendo.

Hasta que, al fin, aquello que tanto temiera Katia hubo de producirse: Moscú la llamó a su presencia. Fue el propio Andropov quien se entrevistó con la funcionario. Dos horas y media cambiando impresiones a muy alto nivel, en un clima de sutil

comprensión, sin reproches ni tontos halagos, y tampoco, por otro lado, sin que Katia pudiera advertir en el jefe ninguna bruma o intranquilidad. Los departamentos de análisis, operaciones, seguridad, planificaciones y contraespionaje la tomaron por su cuenta, uno tras otro; así durante cinco días, mañana y tarde. Se vio «ordeñada» total y absolutamente. Se le vació el *buche*, y luego se le volvió a llenar de aliento, espíritu combativo, nuevos ardides y fe en la propia causa. Después, volvió a Roma. Y volvió recuperada de su incipiente neurosis. A sus padres los vio durante una tarde. ¡Imposible describir la euforia entre ellos!

—George la aguardaba —era a fines de agosto— en Fiumicino. El hombre se le abrazó con esa alegría exagerada y esas carcajadas estrepitosas que evidencia un equilibrio psíquico en franco declive. Tras los tiernos besos y abrazos de la llegada, cuando subieron al autocar de las Líneas Aéreas «Alitalia» que los iba a conducir al vestíbulo de la Aduana, George tomó impensadamente a Katia y volvió a abrazarla con extrema efusividad. Ella concibió de repente la sospecha —lo que la hizo temblar de espanto— de que su marido sollozaba; pero no. Sólo estaba muy inquieto y pálido. Y ojeroso. Dijo que llevaba sin dormir cinco días. Katia le dio rienda suelta a su vitalidad riente, con la esperanza de contagiarle a él su confianza en sí misma. Inútil. A menudo ella se veía asaltada por la sospecha de que George estaba como ausente, y de que aun cuando parecía escucharla, no se enteraba…

—A partir de ahora, Katia, todo cambiará. Saldremos. Iremos a ver espectáculos. Incluso nos dejaremos caer en alguna discoteca y bailaremos…

—¿De veras? —chilló ella, abrumada de felicidad.

—¿Te imaginas que me quiero ver medio esquizofrénico? ¿No te he contado los cientos de casos de funcionarios que acabaron como cencerros?

Los dos se rieron a mandíbula batiente. Se agarraban fuertemente las manos. Por la noche, George durmió como un tronco. Se hicieron el amor y luego durmieron. Hacia las dos y media de la madrugada, George despertó gritando.

—¡El *whisky*, corre, está en la cocina! —mascullaba, tembloroso, los ojos fuera de sus órbitas.

La esposa trajo medio vaso de *whisky*, que él ingirió

precipitadamente. Luego se puso a respirar hondamente, con los ojos cerrados, sudando. Algo le estaba ocurriendo; algo al parecer monstruoso, que Katia no acertaba a descubrir.

—Ya estoy bien… ¿Por qué te iba a engañar? Podemos volver al lecho.

—¡No tengo sueño, cariño! ¿Quieres que charlemos…? —propuso ella.

Él la besó rápido, secándose la frente y esquivándole la mirada.

—¡A la cama, Katia!

Casi a diario resultaba víctima de aparatosas pesadillas, tras las cuales despertaba desencajado y palidísimo. Katia fue temiendo las noches, y cuando comenzaba a oscurecer y debían acostarse, a ella le entraban repentinos deseos de rememorar sucesos, contar anécdotas de infancia, ver cierto programa de la televisión italiana, irse al cine, leer algún libro…

Por las noches, George solía hablar mientras dormía; la mayor parte de sus párrafos eran ininteligibles. Otras veces se le entendía a medias. Cierta madrugada hubo de susurrar:

—… y son tan fuertes y poderosos que ni siquiera nos piden que trabajemos para ellos. ¡Nada solicitan o exigen! No se nos necesita. El Grupo 10 sabe más que… la Compañía y la KGB juntas. Sólo quieren nuestro sacrificio y eso como mero testimonio…

Y otra noche gritó, suplicante:

—¡No quiero, no quiero que volváis a hacerlo, por favor! No me enviéis mensajes en los *tickets* de los museos o las entradas de los cines… No me abruméis. Ya sé…, ya sé que lo sabéis y lo podéis saber todo…, ¡todo!

Entonces Katia adoptó la precaución de registrar los bolsillos del esposo, justo cuando éste iniciaba su primer y más denso sueño. Y lo descubrió… En los *tickets* de la jornada solían figurar mensajes breves, escritos en mayúsculas, y se leía:

> *ALÉGRENSE, NOS SIRVEN USTEDES COMO TESTIMONIO. NO SUFRAN. VÉANLO DESDE NUESTRA PERSPECTIVA. SEPAN ADMIRAR NUESTRO PODER. LES IREMOS ADIVINANDO EL FUTURO DE USTEDES Y DE SUS GENTES.*
>
> *MAÑANA KATIA SE CAERÁ DEL AUTOBUS. NADA NI*

NADIE PODRÁ IMPEDIRLO. ELLA SE REIRÁ Y DIRÁ EN RUSO: «EL PADRECITO DE TODAS LAS RUSIAS».

TU COLEGA JACK, DESTINADO A LA ESTACION DE LA ALEMANIA FEDERAL DESDE OCTUBRE PASADO, TE SALUDARÁ EN LA VIA MERULANA. LO HAN TRASLADADO A LA ANTENA DE NAPOLES. TE DIRÁ: «MALDITO CHIMPANCÉ BOSTONIANO».

TU ESPOSA ENCONTRARÁ EN LA CALLE MANZONI DOS BILLETES DE A MIL LIRAS CADA UNO, Y TE HABLARÁ DEL CERCO NAZI DE LENINGRADO DURANTE EL AÑO 1942.

Aquella escritura no correspondía, por supuesto, a la de George. Y lo cierto era que —ella lo recordaba con certeza— aquel sinfín de vaticinios se fueron cumpliendo en cada caso. Aunque él arrojara los *tickets*, éstos aparecían en sus bolsillos. ¿Cómo llegaban a éstos…? Misterio.

Tomó Katia la decisión de hallarse en lo futuro, y a través de las 24 horas del día, siempre junto al marido. Ininterrumpidamente. Acaso de tal forma descubriera al enemigo… Pese a su tenaz vigilancia, no descubrió a persona alguna interviniendo. Y él no los escribía. No obstante, los mensajes llegaban. Entre cinco y diez todos los días. Nunca fallaban las profecías.

Estaba resuelto: ambos solicitarían a sus respectivos superiores ser relevados de aquella operación. La negativa, muy amable y cortés, fue a la vez tajante. Debían continuar allí. «¡Y dejen de ver fantasmas!», decían.

Hacia enero de 1980, el Grupo 10 les encargó reunir las señas de industriales italianos dedicados a la fabricación de productos de cosmética, así como determinadas piezas de recambio para los automóviles. Menudencias. Peticiones absurdas. Se burlaban… Paralelamente, las predicciones en los mensajes alcanzaban ahora a 8-10 días de antelación. Después se proyectaron hacia 2-3 meses… Cada vaticinio hallábase coronado con exactos cumplimientos. Se predijo la ocupación de la Embajada norteamericana en Irán, la muerte de Kosiguin y el triunfo de Reagan, así como la subida al poder de Calvo Sotelo, en España, y de Mitterrand, en Francia.

Cuando hacia fines de febrero de 1980, la consabida voz desconocida se puso al teléfono, Katia y George se dispusieron a escuchar muy pálidos y trémulos:

—Se les saluda a los dos afectuosamente, y les ruego me permitan bendecir su matrimonio con toda mi capacidad de ternura…

—¡Hijo de perra, cabrito, cerdo, marica! —chilló George, al borde ya de su peor y más violenta crisis nerviosa—. Ven a verme, canalla, y te abro en canal. ¡Cobarde!

—¡Oh! ¿Tanto les angustia nuestro poder? —exclamó, impasible, el interlocutor—. Pero sus aflicciones no resultarán estériles. Porque ustedes nos servirán de testimonio. Expliquen a sus jefes el alcance de nuestro poder.

—Tenga piedad de nosotros —murmuró Katia—. ¿Por qué le envían a mi esposo esos repugnantes mensajes? Y…, ¿cómo lo hacen, cómo, y para qué? Le están desquiciando; y nada ganarán con volvernos locos.

—¡Sean inteligentes! ¿No advierten que jamás existió auténtico y gran poder sin amor? Los poderes medianos, como los que emplean sus dos países, entrañan perfidia y estupidez. Pero nosotros somos y seremos tan omnipotentes como misericordiosos. ¿Por qué no saben ustedes, valorar, ¡y amar!, el Supremo Poder del Grupo 10…? Por favor, no nos defrauden. Admiren y alégrense con nuestras exhibiciones de poder. ¡Sean nuestros mejores testigos!

Por las noches, el matrimonio solía ver de repente, en medio de la total oscuridad de la alcoba, dos o tres lucecitas, rojas y verdes, bailando en los dos ángulos superiores y anteriores del dormitorio. La visión duraba apenas 20-25 segundos, y luego se desvanecía con sonidos agudos de suprema armonía, que sin embargo, producían vivo malestar, náuseas y descontrol nervioso. El nuevo destino secreto para los Vargas se especificaba con las señas siguientes:

Del 27 de febrero de 1980 al 31 de mayo de 1980:
República de África del Sur
Rand International Hotel 290 Bree Street (Box 4235).
Tel. 292724 - Johannesburg.

Del l.° de junio de 1980 al 28 de noviembre de 1980:

Hotel Towers
Merk Street (Box 535). Tel. 37.2200 - Johannesburg.

Dos fueron los momentos de peligro extremo: uno al circular por la urbe, en extremo hermosa e interesante; y el otro llevar vestidos con bolsillos, pues en éstos aparecían indefectiblemente los textos con vaticinios. Cada mensaje resultaba telegramático y auguraba catástrofes o muertes, nunca se vaticinaban hechos positivos y nobles. El riesgo mayor se cernía, con todo, en la propia nocturnidad, pues al encerrarse en la alcoba del hotel y apagar las bombillas, surgían de repente en los ángulos oscuros las lucecitas tintineantes, rojo y verde. Hasta aquellos momentos, la ofensiva del Grupo 10 asumió cierta condescendencia. Desde comienzos de abril de 1980, George y Katia se verían sometidos a otro género de pruebas de muy otro calibre. Se iniciaron con George como víctima. Serían las 2,45 horas más o menos del 3 de abril de 1980. George había dormido con súbita ansiedad y a merced de pesadillas incesantes. Despertó sudando. Abrió los ojos y vio entonces en el centro equidistante de la habitación una cabeza recién degollada y sangrante… La sangre caliente caía sobre las sábanas y George la sentía traspasar el tejido y llegar hasta sus piernas. Aquella cabeza expresaba sufrimientos atroces, con la boca muy abierta hasta ofrecer algo así como un rectángulo con sus dientes moviéndose alternativamente. Y en los ojos, el dolor se alternaba con burlas despreciativas y crueles. George estaba entumecido; no podía ni mover un dedo. Quería gritar y despertar a Katia… Imposible. De repente, el corazón le dio un vuelco. Aquel rostro —¿cómo no lo advirtió antes…?— era el de su propio padre. Y decía:

DESPIERTA A TU ESPOSA, HIJO. QUIERO BESARLA EN LA FRENTE. TU KATIA ES UN SER TIERNO E INEFABLE. ¿VERDAD QUE TÜ TAMBIÉN LA ADORAS, NURIA¿

No más pronunciar el nombre de Nuria, apareció ésta —otra cabeza recién degollada y sangrante—, junto a Andrés Vargas. Las dos cabezas se miraron con esa típica expresión de los esposos muy compenetrados. Y Nuria exclamó:

NO TE ASUSTES, GEORGE… ES CIERTO LO QUE TE HA DICHO TU PADRE: LOS DOS ADORAMOS A TU KATIA.

PARECE ENFERMA. TAMBIÉN TÜ, POBRECILLO, PARECES DESNUTRIDO Y MALUCHO.

Para cerciorarse de que no estaban siendo víctimas de espejismos o visiones oníricas o incluso de brujerías, se hicieron acompañar, durante cuatro días, por cierto agente subalterno, procedente de la Compañía. Era éste un tipejo de Nebraska, 26 años, parlanchín, pelirrojo, rollizo, más frío que las merluzas, con ojos de pasmarote, masticando chiclé a todas horas.

Funcionarios de la estación sudafricana visitaron al matrimonio: tomaron fotografías de ellos, grabaron en magnetófono sus declaraciones —que ellos juzgaban delirantes— y les entregaron una carta brevísima de Kraft, en la que se pedía a George un inmediato traslado a Langley. «Me temo —decía— que eres víctima del típico síndrome del que fracasa en alguna de sus misiones». También dos camaradas de Katia les visitaron, y si bien al comienzo prorrumpieron en agrios reproches y severas amenazas, pronto —no más contemplaron los rostros del matrimonio— callaron, estremecidos, y huyeron. Tanto los norteamericanos visitantes como los soviéticos informaron a sus respectivas centrales pidiendo urgente intervención. Hablaban de «avanzado proceso, quizás irreversible, de locura». Jefes del hotel, camareras y demás personal, sabían que en la habitación 337 había algo *raro, repugnante y estremecedor*. Hasta trascendió a la Prensa, Radio y TV.

Dado que vivir como Adán y Eva no les impedía la intromisión de los poderes ocultos del enemigo, Katia y George optaron por el uso constante del coñac y *whisky*. La embriaguez engendraba ese estado de euforia e irrealidad que necesitaban. Al anochecer, y justo con la resaca, se reproducían los fenómenos extraños. Hacia la madrugada de la última noche que pasaron en el hotel, precisamente el 18 de octubre de 1980, ocurrió «aquello». Se supone que serían las tres y media. Los dos esposos se hallaban desnudos y destapados sobre la cama, y despertaron al oír cierta voz ronca y grave, que resonaba:

¿NO ES CIERTO QUE TENÍAIS EL PROYECTO DE METER LAS NARICES EN NUESTRA SEDE¿ ¿DE QUÉ OS QUEJÁIS AHORA¿

(Pausa).

DENTRO DE 10 SEGUNDOS OIRÉIS UN TRUENO ENSORDECEDOR.

(A los 10 segundos se oyó el trueno. Pareció como si el inmueble fuese a desmoronarse. El cielo estaba raso).

ALEGRAOS: VAIS A SER TESTIGOS DE NUESTRO PODER. Y NOSOTROS RECOMPENSAREMOS VUESTRO SERVICIO: MUY EN BREVE YA NO SUFRIRÉIS MAS. NO MORIRÉIS. ES MÁS: NO VAIS A EXPERIMENTAR LAS CONSECUENCIAS DE LA III GUERRA MUNDIAL.

A las llamadas por medio del timbre, acudió el personal del servicio, y con ello las voces cesaron. Katia y George se abrazaron, llorando. Luego… les entró a los dos un gozo desmedido y salvaje.

«Michael vendrá a veros mañana por la noche: hoy lo tenemos en Witbank. ¿Vale?», dijo el subjefe de antena. «Vale», replicó George, ya arrepentido de su petición, tras decirle a Katia:

—Seguro que lo que me pareció realidad no era más que un sueño ¡Ha sido una chorrada llamar a ese chaval!

Aquella jornada sería Katia la víctima. La noche era fresquita, silenciosa, y George dormía profundamente. De pronto, Katia despertó. Fue como si alguien le hubiese tocado un brazo.

—¿Qué quieres, George? —dijo ella, estremeciéndose. George dormía como un lirón.

Y entonces, en efecto, Katia fue sometida por el enemigo a la prueba. Serían las 2,20 horas del 20 de octubre de 1980. Katia vio ante sí, en el centro de la alcoba, las cabezas sangrantes de sus progenitores. La miraban con ternura.

QUERIAMOS VERTE, HIJA. YO Y TU PADRE PENSAMOS MUCHO EN TI… YO ANSIABA TANTO CONOCER A TU MARIDO. ME GUSTA… ¡Sí, Sí!

Y YO, KATIA, SÓLO TE PIDO QUE SEAS DISCIPLINADA. LA FELICIDAD SÓLO SE ENCUENTRA EN EL CUMPLIMIENTO DEL DEBER. ¡ADIÓS, KATIA!

Cuando George, al amanecer, despertó, encontró a su mujer

hecha un mar de lágrimas. Ya sin terror ni espasmos, pero abatida de tanto llorar.

—Si fuesen visiones de ensueño o brujerías, no habría sangre. ¡Mira estas sábanas! Y sabes que están equivocados; ¡yo no tenía la regla!

El agente Michael atestiguó al fin que, efectivamente, llegaron a la alcoba billetes o *tickets* con mensajes, y que las lucecitas verderrojizas bailaban en las esquinas. ¿Cabezas cortadas y sangrantes? No, de eso nada. Él vio sólo textos… Y todo lo injustificables y exasperantes que se quisiera, pero indudables. Incuestionables. Michael atestiguó cual notario: sin alarma ni angustia, y luego se despidió con su sonrisita de conejo.

George formuló cierto recetario que según él habría de dar resultados completos:

1. No salir jamás del hotel.
2. Deambular por el interior de las habitaciones completamente desnudos los dos.
3. Que el servicio les trajera alimentos y bebidas.
4. No apagar jamás las luces. >
5. Leer, escuchar la radio y ver la tele. Emborracharse de noticias, películas y documentales.
6. Jamás tomar el teléfono.
7. Rezar.

A los pocos días de sometidos al nuevo régimen, la pareja se había casi curado de espasmos y escalofríos. ¿Habían erradicado el riesgo de neurosis? Al sexto día se produjo la caída vertical. Pues al abrir el porticón de la ventana de la habitación, se descubrió sobre la madera, con tinta negra de rotulador aún fresca, el siguiente mensaje:

> *DIOS EXISTE Y ES BUENO Y PODEROSO. NADIE ESCAPA A LA MIRADA DIVINA Y JAMÁS NADIE PODRÁ IMPEDIR QUE DIOS LE HABLE A SU CORAZON.*

GRUPO 10.

La dirección del hotel impuso consulta de médicos. Tres eminentes psiquiatras de Johannesburgo estuvieron allí preguntando y observando. Durante más de hora y media permanecieron los dos pacientes a merced de las carcajadas convulsas. Quedaron, al fin, completamente exhaustos y medio ausentes. Con tal insensibilización y agotamiento se les trasladó al Hospital Psiquiátrico de la ciudad. Las enfermeras anotaban minuto a minuto las mutaciones.

Las dolencias no podían sino agravarse. Cuanto se avanzaba y mejoraba durante jornadas enteras, merced al completo tratamiento, se retrocedía tan pronto recobraban la lucidez. Y apenas quedaban solos en la habitación, renacían las lucecitas, los susurros con vaticinios y las cabezas sangrantes… El enemigo prefería servirse de predicciones, las cuales se veían confirmar al día siguiente, tras escuchar la radio. El matrimonio reposaba en camas contiguas; al abrir los ojos con frecuencia no se conocían. Semejaban esqueletos vivientes. Hacia el 29 de octubre de 1980, los especialistas sudafricanos dictaminaron: George Vargas sufría avanzado estado de paranoia, con monomanías, depresión y parcial pérdida de memoria; padecía espasmos, no tenía apetito, evacuaba con dificultad y tan sólo deseaba dormir. Su corazón se debilitó considerablemente. Por su parte, Katia fue resbalando, poco a poco, hacia una enfermedad menos aparatosa, llamada amnesia. En forma esporádica, y a lo largo de breves minutos, ambos pacientes recobraban la lucidez, y entonces se aproximaban el uno al otro, y se abrazaban en silencio.

La dirección del hospital contactó con la Embajada española, y a través de la Cruz Roja Internacional, que derrochó como siempre amabilidades y eficacia, se tramitó el envío de los dos enfermos a España. Las gestiones fueron muy rápidas, como si no existiera burocracia ni cortes jerárquicos. Cuando la KGB y la Compañía tuvieron noticia de ello, ya fue tarde para ellos.

Ni rusos ni americanos pudieron hacer cosa alguna para reclamarles. ¿No indicaban los pasaportes de los dos hospitalizados que se trataba de EDUARDO MARIN BARRERA, él, nacido en Tarragona el 20 de noviembre de 1952, y de MARIA BAULENAS ISERN, ella, nacida el 3 de diciembre de 1953, también en

Tarragona? ¿A qué venían, pues, las peticiones de los embajadores de la URSS y de los EE.UU.? Así, a los dos supuestos periodistas se les proyectó, en viaje aéreo, a la Península Ibérica, merced al siguiente itinerario: Madrid, Barcelona, Tarragona. En esta última urbe no les fueron encontrados familiares. Cierto establecimiento especializado en el tratamiento de los trastornos mentales hízose cargo del matrimonio, al que alojó en celdas separadas.

La última predicción que Katia y George hubieron de escuchar, todavía en suelo sudafricano, provenía del siguiente mensaje:

> *AL AMANECER, DULCE AMANECER, DEL 5 DE ENERO DE 1989, SE PRODUCIRÁ LA LIBERACIÓN DEL LINAJE HUMANO. LOS EE.UU. Y LA URSS COMBATIRÁN ENTRE SI. COMUNISMO Y CAPITALISMO SE REVELARÁN ENTONCES INCAPACES DE SOPORTARSE. SERÁ POR ELLO. EL INICIO DE LA III GUERRA MUNDIAL. Y EL GRUPO 10 IMPONDRÁ POCO DESPUÉS, ENTRE LAS LLAMAS, SU MANTO PROTECTOR Y DIVINO.*

Antes de quedar sumergidos en el negro pozo, Katia y George —en uno de esos raros y comunes instantes de lucidez— gritaron y anunciaron en forma desgarradora, a cuantos les rodeaban, los loqueros, que la conflagración universal se había fijado para el 5 DE ENERO DE 1989, y que debían advertir con urgencia al planeta entero…

Sonrisas de compasión afloraban en los rostros de los enfermeros de blanco que les atendían para aplicarles las camisas de fuerza. Luego, marido y mujer descendieron, ya exhaustos, hacia la blanda y oscurísima noche.

Estalla la III Guerra Mundial

Ya hacia mediados de 1980 hubo crisis de nervios, relampagueos de crispación a las más altas alturas, y bruscamente se cayó en las amenazas coacciones e insultos… El clima de preguerra estaba en marcha. Los quintacolumnistas se hacían eco y lo avivaban. Más leña al fuego: tal era su consigna. Cierta secretaria de la OTAN huida a la RDA, declararía:

> *LA OTAN TIENE UN PLAN DE ATAQUE NUCLEAR CONTRA LOS PAÍSES DEL ESTE, LOS DEL PACTO DE*

VARSOVIA, QUE INCLUYE 2.500 OBJETIVOS DISTINTOS, DE LOS QUE LA TERCERA PARTE SE ENCUENTRAN EN TERRITORIO DE LA URSS.

Imelda Verrept, que así se llamaba la secretaria belga que el 8 de abril de 1980 se pasó a la RDA, añadió además que este plan figura en un documento secreto del más alto nivel, con el título COSMIC y el código «PO/78/99 US NATO-CTS-78-71». La llamada «espía por amor» aseguraría que «los objetivos atómicos de este plan occidental se encuentran a 2.500 km al E. de la frontera con la RDA».

El Kremlin no se mantuvo con los brazos cruzados. Y a través de la agencia de noticias «Novosti», soviética, declararía sibilinamente:

6.000 CABEZAS NUCLEARES EN LA REPUBLICA FEDERAL DE ALEMANIA LA HACEN UN VERDADERO BLANCO PARA LA RESPUESTA EN CASO DE GUERRA…

Los servicios informativos para la Prensa de la OTAN, divulgarían, no sin estremecimiento, que la Unión Soviética dispoma de 5.000 >MISILES INTERCONTINENTALES CAPACES DE ALCANZAR UN OBJETIVO DE 8.000 KM DE DISTANCIA. Añadiendo que el Kremlin contaba con unas 1.300 plataformas de lanzamiento para unas 5.000 ojivas nucleares, con un sistema de dirección que proporciona mayor precisión de tiro. Las causas de fricción procedentes del Irán, Afganistán, los palestinos, el Tercer Mundo subdesarrollado… añadían combustible y nervios al antagonismo ruso-norteamericano.

Por lo demás, tanto en las altas esferas de la Unión Soviética como en las de los Estados Unidos, conocíase con matemático rigor el ardid a utilizar por el Grupo 10: Hacer creer al Pentágono que Moscú se lanzaba a lo que para la Casa Blanca iba a ser otro Pearl Harbor con bombardeo masivo y demoledor sin previa declaración de hostilidades; y viceversa, que el Politburó tuviera el falso convencimiento de que su rival yanqui se aprestaba a otro —el tercero para Rusia— *22 de junio* [9] (El primero, en 1812, a cargo de Napoleón, y el segundo, en 1941, a manos de Hitler) con invasión integral procedente del Oeste. El truco era conocido igualmente por los líderes y Alto Mando de la OTAN y Pacto de Varsovia. Como mínimo 300 personalidades escogidas del mundo

entero eran sabedoras de que aquella estratagema podría ponerse en marcha, la cual no por burda resultaba menos peligrosa. ¿De ahí, por tanto, su propia esterilidad…?

—¡Ni hablar de esterilidad! —hubo de clamar, enrojecido, el martes 25 de noviembre de 1980, Mr. McHugh, en la periódica reunión vespertina que celebra el «303 Group» o Comité de los 40 —. El ardid sigue conservando su primitiva fuerza, porque… ¡es desconocido de la opinión mundial, y tan sólo saben de él cierta minoría del Este y del Oeste! Si en lugar de haberlo mantenido congelado y en secreto, se hubiese ventilado a todos los niveles y por el mundo entero, entonces sí que resultaría estéril y no habría razones para temerlo. Porque en tal supuesto caería por su base el objetivo fundamental del Grupo 10, a saber: atribuir la responsabilidad del enfrentamiento armado al Kremlin y a la Casa Blanca por igual, con lo cual ellos, el Grupo 10, pasaría de inmediato a encamar, a ojos del planeta, la voluntad de paz… Y ahora fíjense ustedes bien en lo que voy a decirles: el enemigo común solamente resulta sensible al juicio de la *Humanidad*. ¡Sólo a eso! Por lo demás, se burlan y desdeñan no menos a comunistas que a demócratas. Y aparte lo grotesco e injustificable que resulta el que Turner no haya podido saber casi nada de ellos, yo digo: ¿por qué ese punto flaco, el único que se les ha descubierto, no ha sido explotado a fin de aguar sus propósitos? ¿No sería oportuno dudar de la sagacidad, sutileza y eficacia de nuestro personal directivo y ejecutivo?

Joseph McHugh —57 años, profesor de Historia en la Universidad de Columbia, epidermis pálido-verdosa, defensor crispado de negros e indios— era conocido por sus alocuciones melodramáticas. Se le juzgaba protagonista inefable de intervenciones amenísimas y jugosas…

El auditorio se regocijaba con aquellas frases agresivas. Marlon Brando no hubiera logrado mayores impactos. El dominio de los silencios aparatosos, el grito desaforado y el ademán sinuoso debieron haber sido motivo de cuidadoso análisis entre los directivos del *Actor's Studio*. «Es una excelente persona», solía afirmarse del ex profesor. «Oh, sí; por supuesto», replicaban los republicanos.

—A decir verdad son demasiados los interrogantes sin respuesta

que podrían formularse a nuestros órganos de inteligencia, y sobre todo a los Departamentos de Análisis y también a los consejeros de la Casa Blanca y al State Department. Por ejemplo, y esto lo vengo diciendo sin cesar desde hace días: ¿a qué se debe el pertinaz silencio en torno al caso lastimoso de George Vargas? ¿Por qué no se ha informado a la nación sobre la totalidad de circunstancias que hicieron de nuestro ciudadano un paranoico? Se nos arguye: «Se callan esas circunstancias para evitar el pánico en el país y en el mundo». Y yo pregunto: ¿No es mil veces peor la espiral de hipótesis, todas ellas apocalípticas, formadas en los medios de comunicación, a la pura y simple verdad? Y sigo preguntando: ¿por qué habremos de considerar a los ciudadanos de los Estados Unidos unos menores de edad, incapaces de valorar justamente las informaciones? ¿Somos o no adultos y demócratas?

El silencio en la sala era total. El orador, excitado, prosiguió:

—No quiero ni pensar en la motivación de esa táctica del silencio. No quiero pensar, efectivamente, que la Casa Blanca prefiera aprovechar la coartada que le brinda el Grupo 10 para lanzarse, con la nada oculta alegría de algunos núcleos militares, a la destrucción del enemigo eslavo. Pero si lo que aquí y ahora expongo como mera hipótesis, en la que a decir verdad, no creo; si esa suposición fuera cierta, entonces… ¡por todos los santos, piénsese que la URSS se encuentra no menos preparada que nosotros, y hasta quizá con algunas ventajas en determinados campos! Norteamérica no va a poder ganar todas las guerras. ¿Hemos olvidado ya que perdimos la de Vietnam?

Silencio. Aquel hostil silencio pensaba derretirlo McHugh con cierto documento secreto, relativo al estudio comparativo de fuerzas entre los dos colosos. El cuadro era recientísimo y lo habían establecido el equipo de kremlinólogos de la Compañía, con ayuda de los expertos en armamentos de los Estados Unidos.

Mientras se iban distribuyendo las fotocopias y los presentes leían el documento, McHugh dijo con voz implorante:

—El verdadero espíritu de la democracia, ese nobilísimo espíritu que habremos de conservar intacto contra viento y marea, reposa en la justa y necesaria información, y no en la progresiva censura y el morboso ocultamiento de la verdad… Ya el senador William Fulbright hubo de advertir, hace años, que «el secreto se había

convertido en un dios en este país, y que las personas que estaban en posesión de secretos pertenecían (o eso parecía) a una especie de cofradía, y no querían por ello hablar con nadie más». Y esto es todo. Pido perdón a los presentes por mi acaloramiento, y ruego se medite el contenido del cuadro de fuerzas que les he facilitado, con el único afán de lograr su apoyo para elevar al presidente una moción en la que se condene cualquier tentación de recurrir a la violencia que pudiera surgir, quizá —cosa en la que no creo—, entre algún núcleo; y que se potencien los planes de diálogo con el Kremlin…

El documento repartido decía, en síntesis:

TOP SECRET-WASHINGTON, Noviembre 15, 1980

ESTE ESTUDIO COMPARATIVO ENTRE EL PODERIO DE LOS EE.UU. Y LA URSS HA SIDO COMPUESTO CON DESTINO EXCLUSIVO A LOS MIEMBROS DEL «COMITÉ DE LOS 40».

PRODUCCION BÉLICA. PROMEDIO ANUAL EN 1975-80:

Tipo de arma	**EE.UU.**	**URSS.**
Tanques	450	2.500
Vehiculos transportadores	1.450	3.800
Artilleria	160	1.400
Helicopteros	600	1.000
Aviones tacticos	600	1.000
Submarinos	1	7

EXISTENCIAS EN ARMAS TERRESTRES, EN 1980:

Tipo de arma	**EE.UU.**	**URSS.**
Tanques	9.000	42.000
Helicopteros	9.000	2.300

EFECTIVOS HUMANOS (1980):

Tipo de arma	**EE.UU.**	**URSS.**

En activo (millones)	2,1	4,8
En reserva (millones)	1,9	7,2

PRESUPUESTO PARA LA DEFENSA PARA 1981:

Tipo de arma	**EE.UU.**	**URSS.**
Porcentaje sobre el PNB)	6 %	15 %

ARMAS ESTRATEGICAS:

ABQ (guerra atomica, bacteriologica y quimica). La URSS cuenta con un millar de campos de adiestramiento en Europa Oriental, y alrededor de 100.000 especialistas en su ejercito. Clara superioridad respecto a los EE.UU.

ICBM (MISILES BALISTICOS INTERCONTINENTALES).

EEUU

Titán II……………… 54
Minuteman II……………… 450
Minuteman III……………… 550
Total…………………1054

URSS

SS-9………………190
SS-11………………780
SS-13………………60
SS-17………………60
SS-18………………110
SS-19………………200
Total…………..1.400

Estos misiles se encuentran enterrados en silos de hormigón y están equipados en potencia.

SLBM (MISILES BALISTICOS DE LANZAMIENTO SUBMARINO):

EEUU

Polaris A-3 …… 160
Poseidon C-3 …… 496
Total …… 656

URSS

Sark …… 26
Serb …… 54
Sawfly …… 526
SSN-8 …… 16
SSNX-71 …… 110
SSN-18 …… 20
Total …… 1.013

En la relación de los EE.UU. no se incluyen los Trident, equipados con 14 ojivas nucleares de 150 KT de potencia y alcance de 9.400 km.

MIRV: VEHÍCULO DE REENTRADAS MÚLTIPLES INDEPENDIENTES

Cabeza de combate para misiles de la nueva generación, equipa a los Trident y Minuteman III multiplicando su efectividad, ya que puede ser programado para atacar 14 objetivos diferentes con una carga atómica de 150 a 370 KT a cada uno de ellos simultáneamente y con capacidad, además, para esquivar'la defensa antimisil enemiga. Los MIRV soviéticos que empiezan a estar en servicio, carecen de la precisión, alcance y potencia de los nuestros, y no tienen tampoco la capacidad defensiva antimisil de los norteamericanos.

MISILES MRBM Y SRBM (DE ALCANCE INTERMEDIO Y CORTO):

EEUU

Pershing I y II
Lance
Honest John
Sergeant
Frog Scud
Scaleboard SS-20
Scaleboard SS-21

ICBM «MX» - MISIL BALISTICO INTERCONTINENTAL:

Este equipo lamenta informar a Mr. Joseph McHugh que no puede facilitar información respecto a dicho misil. El Pentágono ha prohibido que se informe, a menos que se lograra para usted una autorización expresa de la Casa Blanca.

Se trata, en efecto, de un misil supersecreto. También se considera «top secret» el misil anticarro, antiaéreo, antibuque y antisubmarino.

Gran Bretaña posee 64 Polaris. Francia cuenta con 64 MSBS M-20 y 16 IRBM S-2. China dispone de unos 40 BRBM CSS-2 y un centenar de bombas atómicas de aviación de escasa potencia (50 KT).

BOMBAS Y OJIVAS DE MISILES NUCLEARES:

EE.UU. …… 11.000

URSS …… 4.500 (pudiendo alcanzar 7.500 en 1986).

SSBN: SUBMARINOS DE PROPULSIÓN NUCLEAR CON MISILES BALISTICOS:

EE.UU. …… 41

URSS …… 73

No se incluyen los nuevos submarinos USA tipo OHIO, recién entrados en servicio en número de 12 unidades y equipados con 24 Trident cada uno. Se trata del mayor sumergible jamás construido: mide 170 m de eslora, desplaza 18.700 Tm, navega a 30 nudos en inmersión y a una profundidad máxima de 500 m. Su tripulación es de 160 hombres.

La tendencia actual de nuestro país es de ir sustituyendo los ICBM por los SLBM, por resultar éstos menos vulnerables y no poner en peligro a la población civil cercana a los silos de almacenamiento.

Todos estos vectores son susceptibles de ser armados con cargas de neutrones, todavía no operativas en la URSS. Tales cargas se diferencian de las atómicas por engendrar menos daños materiales y aumentar, en cambio, las bajas humanas, según la siguiente tabla comparativa:

Tipo de carga	Atómica.	Neutrones
Potencia	10 KT	1 KT

Alcance de la onda de presión (edificios)	2,5 km	1 km
Alcance máximo de la zona de 100% de bajas	0,95 km	1,5 km

La potencia aproximada de la bomba atómica de Hiroshima era de 20 KT.

SR-71 BLACKBIRD-USA: AVIÓN DE RECONOCIMIENTO ESTRATÉGICO

Sucesor del célebre avión-espía U-2, el SR-71 es el avión más rápido del mundo (mach 3,5), con un techo de 30.000 m y un radio de acción de 4.800 km.

Se han construido hasta ahora solamente 37, debido a que su finalidad no es el combate sino el espionaje electrónico a grandes alturas.

Capaz de fotografiar 155.400 km2 en una hora desde 25.000 m de altura. Podría entonces leer los titulares de un periódico. Forma el Ala 9/ de Reconocimiento Estratégico. Base oficial: Beale (California).

Opera actualmente en todo el mundo, aunque no en forma constante sino sólo en determinadas circunstancias.

Vuela casi sin cesar sobre Oriente Medio: sus fotografías permiten a los israelíes conocer los movimientos de tropas árabes, que le son facilitadas a través de la Compañía.

Vuela en ocasiones sobre la URSS y China.

El 1.° de setiembre de 1974 batió el récord mundial de velocidad: recorrió el espacio Nueva York-Londres en 1,55 h. con un promedio horario de 3.000 km.

B-52 USA: BOMBARDERO ESTRATÉGICO

Velocidad máxima: 1.046 km/hora. Autonomía: 16.000 km. Carga militar para máxima autonomía: 9 Tm, y para corta autonomía: 34 Tm. Va armado con 20 misiles SRAM nucleares autodirigidos y 4 bombas atómicas.

El B-52 está en servicio en el SAC (STRATEGIC AIR COMMAND) en número de 301 unidades.

Importante: se halla en misión de alerta permanente. El resto, hasta el total construido de 744 ejemplares, sirven de entrenamiento o se hallan en reserva.

Fabricado en los años 1952-62.

Un importante número de ellos están en permanente vuelo y cargados con armas nucleares y con blancos estratégicos sobre la geografía soviética. Operan de tal forma para evitar que pudiesen resultar destruidos en tierra en un ataque por sorpresa, y como respuesta a un inmediato ataque en caso de guerra.

F-15 USA: CAZA DE SUPERIORIDAD AÉREA (EAGLE).

Velocidad máxima de mach: 2,5. Autonomía: 4.000 km. Techo: 42.000 m. Récord mundial de velocidad ascensional. El mayor Peterson alcanzó los 15.000 m de altura en 77 segundos, o sea, en 10 segundos menos que el cohete Saturno.

La USAF está segura de poder enfrentar con éxito cualquier modelo soviético, al menos hasta el año 2000.

Equipado con radar omnidireccional, unido a ordenador digital IBM que informa al piloto de cualquier perturbación atmosférica o electrónica (radares enemigos), así como de la presencia de aviones extraños, misiles e incluso de proyectiles de artillería. Unido ello a su maniobrabilidad y aceleración, lo convierten en un aparato casi inexpugnable. Armado con 4 misiles aire-aire, guiados por radar. Otros 4 guiados por infrarrojos también aire-aire. Lleva cañón de 20 mm y 6 Tm de bombas y misiles atómicos o tácticos para atacar al suelo. Misión principal: evitar que cualquier aparato enemigo se pueda acercar a nuestro territorio.

FUSIL LASER: AMERICAN-180 LOK USA

En servicio sólo en algunas pocas unidades del Ejército y en ciertas organizaciones de seguridad nacional.

Rifle calibre 22 con mira Lok lasérica que efectúa 30 disparos por segundo. Alcance eficaz: 1.600 m.

Gracias a la precisión de su visor láser, a su carencia de retroceso al disparar y a la elevadísima cadencia de fuego, esta arma es capaz de perforar una muralla de bloques de hormigón a 100 m de distancia.

SATÉLITES ARTIFICIALES CON MISIÓN COMBATIVA:

Según acuerdos USA-URSS de 1967, no se utilizarían armas nucleares de tipo espacial. La URSS, sin embargo, se lanzó al desarrollo de armas antisatélite (ASAT) no atómicas, en cuyo campo logró indudable ventaja sobre nosotros.

El ASAT consiste en un satélite cazador capaz de modificar su propia órbita para acercarse a la del satélite contrario y destruirlo.

Existencias de satélites ASAT en 1980: unos 24.

En nuestro país se han desarrollado recientemente unos satélites similares al ASAT, denominados aquí MHV (vehículo buscador en miniatura); consiste en un cilindro de 75 cm de largo por 45 cm de diámetro, rodeado de pequeños cohetes. Será transportado en el momento de su utilización por un caza F-15 que lo dejará a más de 30.000 m de altura en menos de 4 minutos. Después, el MHV valiéndose de sus sensores de infrarrojos y de su ordenador miniaturizado, se lanzará contra el satélite enemigo.

PRESUPUESTO USA EN 1980:

Su mayor parte se halla encaminada al desarrollo de las llamadas «armas de energía dirigida», es decir: láser y rayos particulares, en cuyas pruebas ya se ha conseguido destruir un cierto número de misiles en vuelo. En tal campo poseemos amplia ventaja sobre la URSS. Tal plan se ciñe al proyecto de desplegar estos poderes en cimas montañosas y aviones especiales para destruir los ICBM y SLBM enemigos.

A juicio del general Stafford, las nuevas armas pueden resultar operativas, aunque no antes del año 1985. Éste es un año considerado clave.

SATÉLITES ACTUALMENTE EN ÓRBITA:

De fabricación norteamericana: 923.

De fabricación soviética: 1.517.

Hasta aquí el informe secreto facilitado a los presentes por Mr. Joseph McHugh. Pocos se tomaron la molestia de leerlo de principio al fin. Continuamente se les bombardeaba con folletos «Secret», «Most Secret» y «Top Secret» en asuntos diversos: seguridad nacional, nuevos enfoques a cuestiones técnicas, armas nuevas,

estudios operativos y de análisis, proyectos de presupuestos, coordinación de organismos, propuestas de nuevos miembros, etc. ¿Cómo devorar aquella ingente masa de papel impreso? Todos sus miembros tenían asignados más quehaceres de los que podían realizar. Debían leer para su aprobación innumerables proyectos de los Servicios Clandestinos, actividades balísticas y espaciales, presupuestos para la Oficina de Electrónica, etc. Solían aprobar todo, aunque de hecho se enteraran sólo a medias. ¿Qué nivel o género de responsabilidad se les hubiera podido luego exigir? Además, cada jefe de operación secreta impartía órdenes con arreglo a su peculiar interpretación. Los trabajos se bifurcaban, acomplejaban y escapaban al fin de su control. ¡Natural e inevitable! Imposible hubiera sido, y hasta inhumano, pedir luego responsabilidades. Aquel oficio era así; y era y había sido así en todos los países. Era así desde la remota antigüedad hasta el presente. Porque figuraba en la misma naturaleza intrínseca de la profesión, de sii génesis y de sus estructuras, y nada ni nadie hubiera podido impedir que aquel trabajo resultara más kafkiano que el mismísimo Kafka.

¿Cómo pudo estallar la III Guerra Mundial? Ya en el conflicto de 1914-18, se puso de moda proclamar que con el avanzadísimo civismo de los Estados modernos, iba a ser impensable una contienda tan dolorosa como la de 1871, entre germanos y galos. *La guerra que acabará con las guerras*, se soltaba con inefable lirismo, ante la cruel realidad, cuando ya el planeta se desangraba.

En vísperas de la II Guerra Mundial, el señor Hitler clamaba con énfasis:

—¿Cómo iba yo a querer la guerra? ¿Estoy loco?

Y la guerra estalló, pese a todos los pesares, arrojando un saldo de 55 millones de muertos. Así, ante el sombrío aspecto que tomaría un III Conflicto Planetario, ya desde las décadas 1960-70 se alegaba con moderna pedantería que *semejante contienda era inviable porque —se dijo— supondría el fin del globo terrestre, y nadie entre los que podían influir sería tan demente como para desencadenarla*. La lógica parecía correcta. Además, los ingenuos de tumo y los pacifistas sin método, evocaban de ordinario la existencia de la ONU con sus hermosas Conferencias Cumbre, las SALT, etc., para hacernos creer, efectivamente, que antes de

proyectar el salto final —el salto hacia la nada— había numerosos recursos de control, organización y disuasión, los cuales jamás existieron ni funcionaron con anterioridad. Por todo lo dicho, la paz seguiría cobrándose víctimas —a través de guerras locales, golpismos y el pugilato del espionaje—, pero mal que bien el enfrentamiento universal sería evitado. Un denso y torpe o lagrimeante desfile de sofismas fue desfilando ante los ojos de los terrícolas, a lo largo y ancho de 44 años, desde 1945 hasta 1989. Lo cierto es que el hombre ha sido y es un lobo para el propio hombre, y lo que asimismo resulta cierto es que la perversidad no se desliza con inferior volumen que la ignorancia. Añádase: ese lobo con faz humana *gusta de creer* lo que le *agradaría que fuera cierto*. Revélase más fácil persuadir a cualquier general de que su enemigo es DÉBIL, PÉRFIDO, CORROMPIDO, INDISCIPLINADO Y NECIO, que de llevar a su ánimo el convencimiento de que su contrincante alberga MORAL,FORTALEZA,SUPERIORES MANDOS Y NOBLES IDEALES. Los funcionarios que informan negativamente del adversario podrán confiar en la obtención de mayores y mejores galones y galardones que si lo describieran con justa apreciación de los hechos. Sólo por ser enemigo, éste ha de ser bajo y ruin…

También el Grupo 10 sobreestimó sus propias fuerzas, aunque a decir verdad se manifestó más coherente y astuto que el dúo Washington-Moscú. El Grupo 10 no tuvo apenas necesidad de robustecer sus tentáculos; bastóles con fomentar la desinformación y el antagonismo entre americanos y eslavos. Consecuentemente el Grupo 10 no se lanzó sin más a la ejecución de sus planes (harto conocidos en las altas esferas) sino que desarrolló previamente una labor de progresivo debilitamiento merced a su quintacolumnismo. Periodistas, conferenciantes, gurús, moralistas, sociólogos, ideólogos, tecnócratas, ecologistas, físicos, etc., fueron saboteando y minando la confianza en la paz y en los ideales demócratas o socialistas. ¡Todos al infierno! A ambos se definió, alternativa o simultáneamente, según la estrategia que requería el lugar, con tintas siniestras. Este quintacolumnismo terco e inspirado se estuvo complaciendo en el catastrofismo de tinte apocalíptico, y numerosas sectas religiosas les ayudaron. Innumerables autores de buena fe se mezclaron a los oportunistas y les hicieron el juego; y de ellos brotó una erosión de los ideales sustentados por el Este y Oeste. *¡Ni Marx*

ni Cristo!, soltábase a modo de eslogan. ¡Fuera la democracia corrompida y demagógica! ¡Vomitemos el comunismo sanguinario y demencial! El universo ha de inaugurar otra etapa, la del *nuevo orden* fundado en la razón, la fuerza, la pureza y el poder. ¡Acabemos con la pusilanimidad y la cobardía, origen común de males sin fin! En la hipócrita piedad y en la judaica misericordia anidan los embriones del desastre. ¿Quién no estuvo hablando de la proximidad del exterminio planetario, anunciándolo con morboso deleite? Fueron décadas de masoquismo internacional y bobalicón, de subversiones en cadena, de drogas liberadoras, con notable profusión de *maestros hindúes* (?), la pornografía contra el reaccionarismo (!), y la violencia gratuita asolando pueblos enteros (Inglaterra, 1981). La espiral de sangre crecía y se ensanchaba. Los quintacolumnistas se relamían de placer y orgullo. ¡La mies estaba madura!

Las armas que fundamentalmente utilizaría el Grupo 10 serían misiles intercontinentales. Todavía es un misterio dónde fueron fabricadas y luego montadas, si bien se sospecha que se hizo en varios países sudamericanos. Las rampas de lanzamiento se hallaban semiocultas entre los macizos montañosos de México, en la Sierra Madre Occidental y la Sierra Madre Oriental. Los aviones de reconocimiento no pudieron por esa razón detectar nunca su existencia. De hecho, las autoridades mexicanas resultarían las más sorprendidas y ofendidas por aquel atropello a su soberanía nacional. He aquí las armas de mayor consideración que servirían a los SIN para desencadenar la III y última Guerra Mundial:

1. Misiles continentales con cabeza nuclear y mandos teledirigidos. Disparados con dirección a Portugal; al llegar a unas 1.500 millas de Norfolk, en la costa E. de los EE.UU., se dirigían a muy escasa altura —con lo cual evitaban el control de radar automático— hacia sus objetivos, diseminados en toda la geografía del Canadá y de los Estados Unidos. De tal forma, si algún observador humano acertaba a distinguir aquella formación aérea no dudaría en sostener que procedían del Atlántico norte, de la URSS con toda exactitud. Antes de 3 h. llegaban a sus objetivos. Éstos eran: depósitos de armas nucleares y de sustancias bioquímicas.

2. Misiles gigantescos teledirigidos, arrojados desde la Sierra de la Giganta, Baja California, en México, con destino a las 35 principales urbes del Canadá y de los EE.UU. Estos misiles no llevaban carga explosiva alguna. Iban provistos de 5.000 kg cada uno de insectos, mayormente avispas. Cada misil estaba integrado por dos compartimientos, y tras el despegue de sus rampas, cierta composición química de la zona 2 se introducía en la zona 1, donde se encontraban los insectos. El preparado tenía por misión mezclarse a aquéllos. La metamorfosis experimentada entonces por las avispas era de tal naturaleza que cuando el misil alcanzaba su destino (a las 4 h.) y se abría en miles de pedazos, los insectos comenzaban a crecer hasta adquirir el tamaño de las águilas. A partir de tal momento las primitivas avispas quedaban dotadas de diabólico poder homicida. Sólo se ensañaban contra seres humanos. Devoraban ojos y cerebro. Eran como entes rabiosos a los que impulsaba un hambre descomunal. Sus garras y dientes se clavaban con increíble poder de penetración.
3. Misiles con carga bioquímica. Para contaminar ríos, lagos, pantanos y mares. Infectaban y tornaban venenosas todas las masas líquidas y a la vez intoxicaban la atmósfera. Los efectos se prolongarían, según los ensayos, entre cinco y quince semanas. Suficientes para matar todo género de vida.

Hacia 1981, las Policías de todo el mundo comenzaron a detener y a interrogar a los sospechosos de militar en el grupismo. Endebles acusaciones que los abogados de turno, muy prestos y con módicas minutas, eludían y trituraban. No se trataba —decíase— de una nueva masonería o de otra mafia o una nueva religión o secta con luces del más allá; ello afectaba siempre a personajes bien relacionados, entre la alta burguesía y la aristocracia, unidos entre sí por lazos indisolubles e internacionales. Cuando el malestar de Polonia, en 1981-82, atizaron el fuego para que sobresaliese *la mala fe soviética, el intrusismo yanqui y la inutilidad de la ONU*, y todo ello como parte —se decía— de una *apresurada e*

irreversible marcha hacia la guerra entre USA-CCCP.

Hubo que esperar al 1985 para que la legislación ofreciera del delito de grupismo una imagen claramente definida; con arreglo a ésta, se conceptuaban con tal ideología: los saboteadores probados, los catastrofistas sin causa, los pregoneros gratuitos de erupciones apocalípticas al doblar la esquina, y cuantos con tal propaganda de negruras y sangre establecían adeptos y formaban núcleos de estrecha vinculación y jerárquicas estructuras. Fomentar el malestar, la desconfianza y el odio: tal fue el objetivo del quintacolumnismo. Para evitar implicaciones irónicas nadie describió a los grupistas como entes susceptibles de explotar ciertos poderes especiales… Ahora bien, ¿qué penalización podía aplicarse en el marco tolerante y democrático de la libre expresión oral y escrita? ¿En nombre de qué principio se podía condenar a los que criticaban con irascibilidad y cólera, si se contentaban con anhelar otra vía de progreso? Indefensas se hallaban las democracias ante aquel enemigo solapado que no daba la cara y que, en sustancia, sólo veía el lado negativo del régimen y se dedicaba a propalar negros rumores y amargas desgracias…

Hacia 1986, los grupistas contaban ya con sus primeros mártires, circunstancia que catapultó al G. 10. Éste se multiplicó, y a no tardar crecería en proporción geométrica. Líderes de oscuras tendencias políticas, extraños profetas de más extrañas religiones, y hasta algunos ilustres Premios Nobel, tuvieron a gala declarar que «si revelarse adversario de la podredumbre socialista-democrática, constituía delito, ellos se manifestaban militantes de tal Grupo». En Nueva York, aparecería, al fin, en octubre de 1987, el primer periódico en ese sentido: el *Ten Group*. Sobrevivió cuatro días tan sólo. Fue incendiado por extremistas de signo contrario, y asesinado su director…

¡Nuevos mártires para la causa del G. 10…! Tácticamente, todo iba viento en popa. Algún que otro demócrata y comunista tuvo a bien coquetear, tímidamente, con el grupismo. Éste se insinuaba esperanzadoramente como la nueva luz y la nueva y mejor vía… Hollywood le dedicó su filme, protagonizado por Robert Redford, aunque sin comprometerse, comercializando y frivolizando el drama… John Huston, en cambio, filmó una cinta en la que arremetía violenta y lúcidamente contra el G. 10. Lo hizo con

donaire, gracias al talento interpretativo de Jane Fonda. Pero el golpe lo dio, sin embargo, John Frankenheimer al trasladar a la pantalla el episodio protagonizado por George Vargas y Katia Prat para la Columbia, con escenario en Barcelona, Londres y Johannesburgo; su visión pecó de novelesca y quizá demagógica, pero ofreció elementos positivos. Mayormente por la actuación, siempre sobria, de Gregory Peck.

El año 1985 se presentó con especial horror, debido en parte a las predicciones de algunos jefes de Estado y futurólogos, aunque la conflictividad se saldó con fricciones árabe-israelíes, pronunciamientos militares en Latinoamérica y los discursos, más acalorados que otras veces, de la Casa Blanca y del Kremlin. En 1986 y 1987, el quintacolumnismo se fue deslizando como ya virtualmente dueño solapado de la tercera parte del mundo occidental. El hecho produjo algunos miles de artículos y conferencias, dos libros (uno de ellos mereció el Premio Nobel de la Paz) y docenas de manifestaciones, marchas con los sobrevivientes de la guerra del 1945 y canciones muy crispadas de cantantes de todas las latitudes. La ola de chistes, frivolizando la cuestión —y probablemente catapultados por los grupistas—, bloqueó la comprensión del peligro. ¿Para qué hablar de grupismo si otros problemas no menores —drogas, crisis energética y desempleo, cáncer, delincuencia infantil y juvenil, subdesarrollo, hambre, etc.— ya agobiaban a la Humanidad?

Y el estallido se produjo, no obstante. Fue exactamente el día 5 de enero de 1989. Hacia las 5 h. de la madrugada, los líderes del golpismo dieron comienzo a la primera fase de la operación. Recordemos que controlaban el *teléfono rojo*. Pues bien, en ésa su inicial acción se pusieron en contacto con la Casa Blanca. Cierto personaje que sabía imitar a la perfección al jefe de Estado de la Unión Soviética —y que dominaba claves, tics e historial íntimo entre ambos— acusó con énfasis al presidente norteamericano de haber violado el espacio aéreo con aviones-espía del tipo SR-71 (sustitutivos del U-2 de Powers). El reproche ofrecía sólido fundamento y en la Casa Blanca ni remotamente se les ocurrió imaginar que no estaban dialogando con el máximo representante del Kremlin. Total fue el engaño. Así es que el primer ciudadano yanqui se sintió falto de moral por cuanto el reproche respondía a

la verdad. ¿Cómo replicarle al ruso que se había detectado en la URSS la existencia del Ejército A-309 marchando hacia Bonn? Uno y otro se pasaron de palabras. Se les escaparon agrias condenas, y luego aparecieron las amenazas y bravatas, y al fin Moscú exigió de su interlocutor una pública disculpa, además de inmediata enmienda… La Casa Blanca propuso responder pasadas dos horas, dado que antes debía consultar al secretario de Estado, a la sazón en Miami, preparando adeptos para las próximas elecciones.

Paralelamente, el supuesto presidente USA se servía del *teléfono rojo* para dialogar con el jefe de Estado soviético. También en este caso el personaje presentaba impecable mimetismo e idéntica imagen a la del norteamericano. Y no sólo tenía la misma voz y acento, sino cabal conocimiento de códigos criptográficos y hábitos. No menos ejemplar fue la superchería. El «norteamericano» acusó al dirigente moscovita de estar preparando la agresión contra Polonia, la India y Turquía, y señaló que en torno a Mongolia se alineaban 120 divisiones con todo el arsenal militar de las armas convencionales y sofisticadas.

El ruso se vio pillado en falso. El del otro lado del Atlántico exigió la retirada inmediata de aquellas fuerzas o —declaró con claridad— se vería en la dolorosa obligación de atacarle antes de dos horas. El reto se ofrecía grosero, implacable y sin precedentes. El propio Hitler hubiera alabado aquel estilo.

De semejante guisa, en el Pentágono, la Casa Blanca, en la CIA y DIA, y en los demás órganos de información no produjo la menor sorpresa la violenta agresión de que serían víctima los Estados Unidos justo a las 8,51 h. de aquel día 5 de enero de 1989.

El presidente norteamericano tuvo a bien declarar en aquella histórica alocución televisada:

—Quede tranquilo el país, y asimismo nuestros aliados, por cuanto nuestros sistemas defensivos y agresivos actuarán con eficacia y contundencia. El poderío de los Estados Unidos y de la NATO es de verdad incontrastable. Ahora bien: tengamos en cuenta con meridiana claridad que quien nos ataca de improviso es la Unión Soviética y no el Grupo 10. Digamos que el Grupo 10 no es más que un fantasmagórico ente. Y así, quien nos arroja a esa temida y no deseada conflagración mundial, es la URSS. Siempre se tachó a los MacCarthy, a Dulles y a la llamada ultraderecha de estar

temiendo y preparándose para irreales peligros, pero ahora hay que darles la razón. Esta guerra será en efecto más devastadora que ninguna otra. Yo os pido a todos la más absoluta entereza y total fe en las armas y en los principios de la democracia americana…

Las últimas palabras ya nadie las oyó porque ni siquiera las pudo pronunciar. En Europa, como en el resto del planeta, antes de que los jefes de Estado anunciaran la trágica realidad de la guerra, se supo ésta por los estallidos de los propios artefactos. La funesta contienda se anunció, pues, por sí misma.

Pasaba a trocarse en amarga realidad aquella declaración del presidente Kennedy ante la Asamblea General de las Naciones Unidas **[10]**:

> *CADA HOMBRE, MUJER Y NIÑO VIVE BAJO UNA ESPADA DE DAMOCLES NUCLEAR QUE CUELGA DE LA MAS TENUE HEBRA, HEBRA QUE SE PUEDE CORTAR EN CUALQUIER MOMENTO POR ACCIDENTE, ERROR DE CÁLCULO O LOCURA. ES PRECISO SUPRIMIR LAS ARMAS NUCLEARES ANTES DE QUE ELLAS NOS SUPRIMAN A NOSOTROS.*

Lamentable e incomprensiblemente, nadie se cuidó de informar a la población mundial de que tras la radiactividad se asomarían las pestes, el cólera, la fiebre tifoidea, el desequilibrio ecológico, el cáncer masivo, las bacterias y virus que liberarían insectos tratados previamente con ellos, la subversión de tierras y mares… Todo ello además de la esterilización del suelo para la explotación agrícola y el cambio permanente en las condiciones meteorológicas; y sin contar que ingentes masas de polvo se inyectarían en la estratosfera —con lo cual privarían de luz solar al planeta— y se provocaría otro período de glaciación en el hemisferio boreal…

La Humanidad se adentraba en la vorágine del mundial conflicto sin saber con certeza lo que le aguardaba. Vamos, como de costumbre en cada nueva guerra.

Sucesivas oleadas de misiles intercontinentales fueron disparados de las cordilleras mexicanas para internarse en el océano Atlántico norte, virar luego, a la altura de Norfolk, para introducirse resueltamente en la geografía de los Estados Unidos y el Canadá. Pocas personas a hora tan temprana vieron estos artefactos, y de

ellos la mayor parte supusieron que serían aviones.

He aquí sólo unos pocos de los objetivos bélicos de los grupistas, a los que, sin tardanza se uniría el conjunto, harto mayor, procedente de la URSS:

1. Washington ciudad. Particularmente la Casa Blanca, el Pentágono, FBI, depósitos de armas y municiones, silos, etc.
2. Langley; Virginia: la Compañía (CIA) y sus depósitos.
3. Dugway, Utah. Centro de experimentación químico-bacteriológico con sus depósitos desparramados.
4. Pine Bluff Arsenal, Arkansas. Armas químicas y bacteriológicas en sus numerosos depósitos.
5. Ciudades: Nueva York, Boston, Chicago, San Francisco, Seatle, Detroit, Los Ángeles, Filadelfia, Ottawa, Montreal y Quebec.
6. Plantas nucleares, con sus depósitos de uranio y residuos:
   Indian Point; I. P. Nueva York.
   Peach Bottom; P. B. Pennsylvania.
   Robert Emmet, Ginna, Ontario, N. Y.
   Haddam Neck; H. N., Nueva York.
   San Onofre, San Clemente, California.
   Handford; Richland, Washington.
   Kewaunee, Carlton, Wisconsin. Edwin Hatch, Baxley, Georgia.
   Three Mile Island, Goldsboro, Pennsylvania.
7. Cabo Kennedy, NASA. Con sus depósitos de carburante.
8. Puertos del Atlántico y Pacífico. Con sus depósitos y silos.
9. Ejes ferroviarios, centrales térmicas, cuarteles, autopistas, aeródromos. Con sus depósitos de explosivos y comestibles.
10. Pozos petrolíferos, sistemas de defensa automática, instalaciones de radar, bases de la Navy y astilleros.
11. Depósitos de bombas atómicas y de hidrógeno.

Alrededor de 205 objetivos fueron alcanzados de inmediato por las explosiones nucleares en los EE.UU. y Canadá. El estallido simultáneo casi coincidió con el envío de toda la gama de misiles continentales norteamericanos contra el territorio de la URSS. Millares de misiles yanquis bombardearían la totalidad de puntos clave de la industria, Ejército y reservas de los países del Este. El ataque estadounidense tenía previsto también demoler aquellas áreas en que, de acuerdo con las autoridades mexicanas, se suponía podían hallarse las rampas grupistas en Sierra Madre Occidental y la Sierra Madre Oriental.

Como era de prever, las fuerzas del Pacto de Varsovia y de la OTAN echaron mano de sus millares de dispositivos bélicos, respectivamente, los unos contra los otros. Alrededor de cuatro millones de jinetes apocalípticos recorrieron en zigzag de Norte a Sur y del Este al Oeste, llevando su mensaje de sangre y fuego; y se les vio cabalgar por el Viejo Continente, América del Norte, la Rusia europea, Siberia, China, India y Próximo Oriente. Flotas de guerra de los EE.UU., URSS, Gran Bretaña, Francia, España, RFA, RDA, Israel, Italia, Japón… sumáronse a la dialéctica satánica con sus respectivos misiles nucleares.

El Polo Norte se vería masivamente bombardeado desde las baterías del Canadá y los EE.UU., y sus hielos milenarios alzáronse, al modo de estampida gigante, cual agua pulverizada, contra el suelo ruso, escandinavo, mar Báltico y Centroeuropa. La lluvia huracanada era portadora de radiactividad; y para el norte de los países eslavos vino a resultar una inundación tempestuosa que barría rascacielos, presas y puentes y reventaba las cloacas.

Tras el fuego, la radiactividad señoreó en el hemisferio norte del planeta; y mezclándose a la radiactividad, la contaminación de ríos, mares y océanos. Insectos gigantes producían estragos en vastas áreas y sembraban el terror entre los cada vez más escasos sobrevivientes.

El bombardeo de las plantas nucleares de Indian Point, Robert Emmet y Haddam Neck, las tres en el Estado de Nueva York, produjeron efectos que ningún geólogo ni físico acertó a prever. Ocurrió que al adentrarse las bombas hacia el interior de tales centrales nucleares, engendró un inicio, sólo un inicio, de lo que se entiende por *síndrome de China*; es decir, al penetrar

violentamente aquella masa de fuego hacia el subsuelo, que ahondó en varios kilómetros, desvióse para topar con la corteza de granito de Manhattan… El colosal empuje que llevaba la vena subterránea determinó la expulsión de Manhattan hacia el firmamento, hasta pulverizarse en sucesivas explosiones. La masa de granito de 57 km2 con sus rascacielos y habitantes se trocaron en gigantescas lenguas de fuego y al fin, tras su disolución, descendió sobre el río Hudson y las aguas del Atlántico al modo de arenosa lluvia…

Ya que hemos mencionado el *síndrome de China*, quizá no esté por demás recordar al lector que la corteza terrestre, de unos 70 km de espesor, representa para la Tierra aún menos que la cáscara de huevo: la parte sólida o litosfera está formada principalmente por sílice y aluminio («sial»), y la líquida o hidrosfera alcanza un espesor máximo de sólo 11 km. Es obvio señalar, por tanto, la extrema fragilidad de la corteza terrestre ante los bombardeos nucleares, sobre todo en zonas que contienen depósitos de proyectiles atómicos o de hidrógeno.

Por supuesto, dejaron de funcionar los medios de comunicación del hemisferio norte en todo el planeta. Sólo se salvaron del desastre, África, Oceania, Sudamérica, Arabia, el sudeste asiático, y el Polo Sur. Aunque por no demasiado tiempo. El desequilibrio ecológico, la radiactividad y los movimientos sísmicos les afectarían pronto, y cuando los efectos del hemisferio norte cruzaban el Ecuador y alcanzaban el hemisferio sur, quizá los estragos hubieran resultado menos contundentes… Pero como en el hemisferio sur abundaban los depósitos de misiles nucleares, las bombas atómicas, las centrales nucleares, los polvorines de explosivos convencionales y los navios con cargamento nuclear, ocurrió que la mitad sur del planeta quedó igualmente contagiada de las explosiones en cadena. Nada había para combatir la hecatombe…

Pero volvamos al hemisferio norte del planeta. Fueron la superabundancia de explosiones, tanto nucleares —por artefactos atómicos y de hidrógeno— como de armas convencionales, lo que provocó el sinfín de agrietamientos de la corteza terrestre. Hondas resquebrajaduras de 10-15 km procedentes de Nueva York, Sierra Madre Occidental, California y Wisconsin enlazaron con otras grietas menos profundas surgidas desde Ottawa y Quebec.

Por su parte, el estallido de las armas nucleares en Gibraltar,

Rota (Cádiz), Madrid, Zaragoza y Toulouse, produjo otras grietas en la Península Ibérica, Francia y Suiza. Europa entera se convirtió a los tres días en un inmenso océano, luego de haber sido la más aparatosa y densa hoguera. Las Islas Británicas e Italia se hallaban ya bajo las aguas; y lo mismo cabe decir de las diversas cordilleras, llanuras, capitales y urbes del Viejo Continente, de un extremo a otro.

Tal fue la primera fase del drama cósmico. La segunda sobrevino con mayor rapidez, si cabe. El resto del planeta se vio, tal como apuntábamos antes, afectado por la radiactividad y las explosiones. El agrietamiento desde múltiples áreas les produjo terremotos en cadena, hundimiento de cordilleras e incendios completos. Las explosiones en Australia provocaron la paulatina destrucción del continente; tras los agrietamientos se produjo el colapso posterior y luego la gran isla quedó enteramente sumergida bajo las aguas.

Desde México hasta Tierra de Fuego el destino resultó similar al de Australia. Diríase que la corteza terrestre se había mantenido merced a un equilibrio harto frágil. Naciones enteras eran pasto de huracanes de fuego y ha seguido, tras la polvareda y la contaminación, el ruido ensordecedor de las aguas. Éstas señoreaban siempre. Aguas fangosas, pedregosas y negruzcas.

Idéntico destino le fue reservado al continente africano y a las islas atlánticas y oceánicas. Cielo y tierra se teñían de rojo y tras el fuego inclemente, el vapor, los remolinos del agua y el silencio.

A las 82,04 h. de haber estallado la III Guerra Mundial, ya no quedaba en el planeta Tierra ningún ser vivo. Animales, vegetales y bacterias habían expirado. Arrasada y quemada la corteza terrestre, quedaba en su mayor parte bajo las aguas; y aquellas fajas menudas que emergieron fueron inaptas para la vida, al menos para un espacio de tiempo incalculable. Convirtióse, pues, el globo en un astro humeante y achatado, con nuevo rostro. Debido a la contaminación integral, la masa líquida cobró tonos negruzcos y densos; el agua, antes fluida, era después un elemento graso y pestilente.

Y tras la extinción del oxígeno y de los vapores y nubes, quedó el espacio circundante —con su cielo descolorido y la ausencia de aves— muy semejante a lo que son los escenarios tórridos, abrasados y desiertos; es decir, quedó despojado de colores y

matices. Y desprovisto asimismo de sonidos y movimientos. Pasó a ser, en fin, un cuerpo absolutamente mudo e inmóvil.

El que fuera nuestro planeta no sería ya ni siquiera como la luna, con dignidad en su bella muerte, y no sin grandeza en su solitaria corteza volcánica. No. La Tierra descendió a la categoría de un astro asesinado y en putrefacción, parecido a esos cadáveres malolientes y sin nobleza. Nadie lo enterraría. Continuaría girando en torno al sol durante millones de años, y en su superficie imperaría el silencio como soberano y señor.

Hasta aquí el inventario sucinto y erudito de los hechos. ¿Fría descripción? Digamos que científica, y no de otro modo debía ser —y ay del cirujano que no procede fríamente pues deja de ser útil— si se pretendía resumir la catástrofe, por otro lado ya conocida en las obras de texto. Ahora bien: ¿cómo encajaron aquellas 82,04 h. los terrícolas? No todos, claro; sino tan sólo esos pocos entes que protagonizan nuestra historia. En efecto, ¿cómo las vivieron George Vargas y Katia Prat, encerrados como se hallaban en un centro de recuperación psiquiátrica de Tarragona? Y del mismo modo, ¿de qué forma las encajaron sus respectivos progenitores —en las ciudades de Boston y Moscú— y cuáles fueron, digámoslo de paso, sus pensamientos y sentimientos?

El historiador Gabriel Jackson preparaba una biografía sobre el coronel MacCarter y anduvo acopiando materiales de todos cuantos conocieron al personaje. En 1989 se encontraba en España. Quiso entonces entrevistarse con George Vargas, a quien sabía enfermo y al que por eso mismo no consentían muchas visitas. Al historiador le habían asegurado que a trechos —breves horas a la semana— recobraba George la lucidez y memoria. A Jackson le importaba, en realidad, el episodio vivido por George con el antiguo enemigo de su familia, Antonio Carrasco. Fue así como se trasladó desde San Diego, California, en donde ejercía como profesor de Historia, hasta la ciudad de Tarragona. Cedámosle la palabra [11]:

> *Innumerables hombres de letras han descrito con autoridad y riqueza de pormenores sus experiencias en tomo a la que fue III Guerra Mundial. No creo, pues, excederme si relato aquí las mías, que me pillaron en suelo español. Debo admitir que mis experiencias son escasas, pero diré que si bien difieren poco de las*

demás, asumen en cambio cierta peculiaridad: la de poder describir lo que ocurrió en el interior de una casa de salud mental. Puedo con ello aportar el testimonio de lo que fue la repercusión entre los desdichados enfermos del alma.

Aquel viernes 5 de enero de 1989, me hallaba desde las 8,30 h. en la sala de visitas del Centro Sanitario San Lucas de Tarragona. ¿Por qué a hora tan temprana? Pues porque allí las visitas comienzan a las 9 h. y concluyen a las 11 en punto. Sólo son admitidos dos visitantes por paciente. Coincidió conmigo en la visita que pretendía hacerle a Georges Vargas, la señorita Laura Ramos, gerundense de 31 años, licenciada en Psiquiatría. Esta señorita, pecosa, larguirucha y de inquisitivos ojos azules, me dijo:

—Conozco a George Vargas desde el año 1978, justo cuando vino a estudiar Letras, en Barcelona, y allí fuimos excelentes camaradas… Ya me entiende: íntimos. Estábamos para casarnos. Le aseguro que entonces no supe advertir en él ningún síntoma de alteraciones psíquicas o emocionales. He leído cuanto se ha escrito sobre él y apenas doy crédito a mis ojos. Nunca admití, y todavía lo sigo creyendo, que tuviera él algo que ver con ningún servicio de inteligencia… Y mucho me temo o me huelo que si algo hubo, fuera esa Katia Prat quien le enredara en eso. Bien, señor Jackson, yo quisiera sacarlo de aquí y acogerlo en mi casa de Gerona, supuesto que me autoricen, claro. Si me lo consienten, me comprometo a devolverle la cordura o la memoria, y tornarlo completamente lúcido y cabal antes de dos meses. Me aventuraría a creer que fue sometido a un tratamiento erróneo. La dolencia de George Vargas no es avanzada, y sostengo que se halla tan sólo en una fase inicial… Por cierto, no he leído ninguno de sus libros. ¿Tratan todos de nuestra guerra civil?

Cuando la enfermera nos llamó, fuimos muy prestos Laura y un servidor, y se nos concedió una salita independiente e insonorizada para vernos ambos con el paciente.

George Vargas, el hijo de Andrés Vargas, acudió a la salita y —muy en suspenso mi corazón y todos mis sentidos— observé entonces que George ni siquiera parpadeó al verse ante Laura. Era evidente que no se acordaba lo más mínimo de ella, y en cuanto a mí —que nunca antes me vio— no mostró la menor curiosidad.

Parecía soñoliento, fatigado, pero vital; y aunque no comprendía lo que ocurría, tampoco mostraba ansias de saber ni inquietud por comprender. Su rostro estaba pálido, y su mirar era con todo no desprovisto de dulzura.

—Pues bien, fue a los pocos minutos de haberle saludado —o sea, hacia las 9,10 h.— cuando se produjo el ensordecedor estruendo, mismamente como si se hubieran estremecido las entrañas del planeta.

La puerta se abrió… Es sabido que la Unión Soviética había dispuesto contra la geografía ibérica sus decenas de misiles, mayormente contra el área de Los Monegros, donde se almacenaban los depósitos de armas nucleares.

El artefacto fue a caer en las afueras de Tarragona. Salvo cierto aumento instantáneo del calor, no observamos nada más. A los pocos minutos, la radio y la TVE anunciaban la noticia:

> *ESPAÑOLES, MUCHA SERENIDAD. ¡ESPAÑOLES! HUYAN DE INMEDIATO DE LAS CIUDADES Y VAYAN AL CAMPO. LOS QUE PUEDAN, QUE ENTREN EN LOS REFUGIOS ANTIATOMICOS. ESPAÑOLES: ACABA DE ESTALLAR LA III GUERRA MUNDIAL. ESPAÑA ESTÁ EN GUERRA JUNTO A LOS EE.UU. Y LA OTAN CONTRA LA URSS Y LOS PAISES DEL PACTO DE VARSOVIA.*

—¿Qué ha estallado la… guerra mundial? —aulló Laura, fuera de sí.

—Eso he oído —dije, al tiempo que escuchamos carreras y chillidos fuera, y avancé hasta el dintel de la puerta para ver y oír.

—¡George, ha estallado la guerra! —gritó Laura, que no sabía si abrazarse a mí o a George, a quien el estruendo le había hecho abrir los ojos desmesuradamente, y nos miraba, tembloroso.

—¡Esperen aquí, voy a ver qué ocurre, y si es de verdad la guerra! —grité.

La misma aterrorizada sorpresa que sentía yo, experimentaban los enfermeros y médicos, que justamente con los pacientes habían invadido los corredores. La noticia por radio era clarísima y sin embargo se dudaba. Por otro lado, o las radios y teles se habian estropeado o desde sus emisoras ya no daban más noticias. Y si el personal sanitario se mostraba desquiciado, los enfermos —hombres

y mujeres de rostros crispados y el mirar aterrorizado— eran presa del llanto y del más absoluto descontrol; todos querían salir al exterior.

No fue fácil salir al exterior, y de hecho, más me hubiera valido no moverme… Vi el cielo teñido de rojo sangre, y sentí en constante aumento el calor. Gentes aterrorizadas invadían las calles con sus niños y ancianos, todos agarrados de las manos. Gritaban, suplicaban, oraban o maldecían… No pocos se desmayaban. Las campanas doblaban sin cesar. Las sirenas de algunas fábricas aullaban. Camiones y *jeeps* del Ejército fueron desparramándose por la urbe, n> gando serenidad y organizando la inmediata evacuación.

Y con todo, el estruendo se había derivado tan sólo del primer misil; sin duda desviado y acaso no en buenas condiciones o de relativo poderío, por cuanto los daños se produjeron en las extremidades, al SO de la ciudad, y el desmadre fue relativo. Quizá sólo hubo entonces algunos millares de muertos.

Los enfermos del Centro Sanitario, y con ellos los doctores y las enfermeras, se abandonarían al más dantesco espectáculo. Vociferaban y chillaban con ímpetu inhumano; y lloraban o se abrazaban como si se pelearan. La confusión creció de punto cuando el director ordenó, de repente, que se suspendieran las visitas (!) y que mientras los visitantes se marcharan, los enfermos se recluyeran en sus celdas. Nunca pude imaginar una orden más abstrusa o grotesca. Querer taponar el Vesubio en erupción no me hubiera parecido más quimérico.

Traté de persuadir a los más cercanos empleados para que me consintieran salir con George. Por toda respuesta, los empleados soltaron docenas de tacos y me enviaron a todos los demonios.

George no comprendía. El temor lo había inmovilizado de pies a cabeza.

—¿Qué clase de guerra ha estallado? —preguntó, al tiempo que Laura se le había abrazado, dominada por el llanto.

Me los llevé a los dos, y con mi coche conseguí salir, y aún ahora me pregunto cómo, hacia la autopista que conduce al interior del país. Carreteras y calles semejaban un torbellino de aguas deslizándose a una velocidad increíble. Miles de ciudadanos huían, gritando desesperadamente; otros rezaban a grito pelado, y sus

rezos más bien parecían insultos, o imploraban auxilio para algún enfermo en sus casas. El caos era total. La radio volvió a emitir.

—¡Serenidad, españoles, serenidad! —oímos desde el transistor de mi coche—. Una guerra no es el fin del mundo. El Estado español, en colaboración con sus aliados, ha tomado las debidas medidas. Ante todo, abandonen las ciudades e instálense en el campo. A continuación les hablará Su Majestad el Rey Don Juan Carlos…

Pronto, sin embargo, RNE y RTVE dejaron de funcionar; en cambio siguieron emitiendo las emisoras locales.

—Tomen medidas contra la lluvia radiactiva —decía la que supuse debió ser Radio Tarragona—. Aléjense de las zonas afectadas por el bombardeo nuclear. Refúgiense en los campos, lejos de las industrias, de las autopistas, cuarteles, pantanos, centrales de energía nuclear, depósitos de combustible, aeródromos…

Laura y George estaban abrazados en la parte trasera del coche; a ambos les temblaban todos los miembros y escuchaban.

Entre los propios locutores estallaban crisis de nervios, víctimas todos de la histeria colectiva. De pronto sobresalió una voz:

—¡Todos los hombres entre 20 y 30 años se presentarán al cuartel más próximo! Las personas que tengan conocimientos de Sanidad, acudan con urgencia a los hospitales, clínicas o centros de la Cruz Roja…

Moví los mandos de la radio y entonces escuchamos otra voz:

—Barcelona, Madrid, Zaragoza, Teruel, Valencia, Bilbao y Sevilla… han sido…, han sido —el locutor no podía continuar; sollozaba—, hace apenas medio minuto… También Bilbao, La Coruña, León, Oviedo, Cáceres, Huesca…

Oímos entonces otra voz:

—El locutor anterior, Castelló Rovira, acaba de ser víctima de un ataque de nervios; les hablamos desde la unidad móvil de Radio Barcelona, instalada en la cima del Tibidabo… ¡Escuchen! La ciudad de Barcelona ha sido alcanzada por una bomba de 20 megatones. Toda la urbe, todo cuanto podemos desde aquí ver, es un océano de fuego y humo. El fuego no tardará en alcanzarnos a nosotros. Las tres cuartas partes de la población española han perecido. Toda la esperanza reside en el campo. Los nuestros han borrado del planeta a… Moscú, Leningrado, Kiev, Praga, Gorki,

Budapest… ¡Imposible continuar! ¡El fuego está aquí! ¡Viva Cataluña, viva España, vi…!

Silencio.

Las muchedumbres que poblaban carreteras y senderos ofrecían algo en común: la crispación al límite, el llanto paranoico, el terror hecho furia desatada, que alternaba tacos con súplicas y rezos.

—¡Dios, Dios! Si estás ahí, apiádate.

—¡A Dios le importamos un rábano!

—Señor mío misericordioso, no me salves a mí, pero salva a mis hijos…

La carretera iba llena de bote en bote. Corríamos velozmente no sé hacia dónde. Los peatones alzaban la mano para detener a los coches, pero nadie se detenía; y si alguno insistía, era atropellado. La caravana seguía hacia delante, bajo un cielo rojizo, con estruendos lejanos.

—¿No me conoces aún, George? —suplicaba Laura.

Con voz apagada, el aludido dijo:

—Agua… Tengo miedo…

Hacia las 10,15 horas, sobre poco más o menos, el calor aumentó en un *crescendo* imparable. Los estallidos se tomaron frecuentes, hasta encadenarse y formar un solo y no interrumpido estruendo. Me sentí llorar, protestar, gritar y desfallecer como si el coche volara como un «DC-9».

Las llamas nos fueron acorralando. Llamas gigantescas con remolinos de viento y masas gelatinosas y negruzcas. El remolino habría de absorbernos hacia el firmamento.

No recuerdo más.

Recuerdo, si acaso, la breve sensación de estarme cociendo a oscuras en un horno inmenso; y sé que grité —todos gritamos— con desgarradora violencia. Alguien me arañó en el cogote.

Luego, la nada; el silencio. Pero no la oscuridad total, sino algo así como un túnel al final del cual se percibía una luz fascinante.

Ahora sabemos con absoluta precisión lo que entonces ocurrió, y no vamos aquí a repetirlo. Limitémonos a consignar, en cualquier caso, que dos bombas de 20 megatones cada una borraron de la faz terrestre la bella ciudad tarraconense, y con ella a los habitantes del interior y los que corrían —tal fue nuestro caso— a 32 km de ella.

Los avatares reservados a la vieja Europa fueron, sobre poco más

o menos, de análogas formas a cuanto sufrieron en su carne Tarragona y Barcelona; he aquí, sin embargo, algunos testimonios:

> **SIMONE DE BEAUVOIR**: Si una sola bomba de 20 megatones se revelaba suficiente para quemar toda sustancia combustible en 32 millas a la redonda, ¿por qué los mandamases del Pacto de Varsovia hubieron de proyectar sobre París DIEZ artefactos de ese género? De tal guisa, La Ville-Lumiére saltó del ser al no-ser en brevísimo intervalo de tiempo… Yo me hallaba a la sazón en los Campos Elíseos, y lo que puedo atestiguar es que de repente cuanto me rodeaba se tomó rojinegro, ardiente y ensordecedor. No me pareció —en los escasos segundos que tardé en hundirme en la nada —, acaso porque ni siquiera se me ocurrió, que hubiese estallado guerra alguna, sino que yo acababa de resultar víctima de un derrame cerebral. Ni tiempo quedóme para pensar en las personas a las que iba a visitar, ni en mi país o en el mundo. Ni dolor ni asombro sentí. Tanto los automóviles que cruzaban a mi vera como las construcciones y el personal peatón, se vieron mezcladas y fundidas en un solo cuerpo y presa de la total ignición. Igual, supongo, debió ocurrirle al resto de personas y cosas de la grande y amada urbe parisiense.

> **JOSÉ FERRATER MORA**: Yo me creía estar curado de espantos y suponía, en mi ya densa existencia sobrecargada de emociones, que escasas novedades podía reservarme el destino… ¡Menudo engaño! El 5 de enero de 1989 me sorprendió volando de Londres a Roma, en una gira de conferencias sobre Filosofía contemporánea. Apenas hacía medio minuto que la azafata quiso instruirnos —ante la proverbial mirada irónica de los viajeros— acerca del uso de los chalecos salvavidas. Pues bien: de primer momento se nos advirtió por los altavoces que habíamos penetrado en una zona de anormales condiciones atmosféricas, y que como se preveían violentos temporales cabía la

posibilidad de que tuviésemos que aterrizar en Zurich… Imagino que la total ausencia de comunicaciones con tierra y las alarmas provenientes de las pantallas de radar debieron sumir a los pilotos en la más pura confusión. Luego el aparato dio media vuelta y empezó a ganar altura. Como los demás viajeros, miré abajo tras la ventanilla, suponiendo ver las blancas cimas de los Alpes. No tardamos en contemplar, aterrados, que de toda la superficie terráquea a nuestra vista ascendía hasta el avión algo así como un océano de llamaradas… Llamaradas, sí, y de 15 km. Los aullidos, que no gritos, de los pasajeros, y los ataques de nervios cesarían pronto, en efecto, porque el avión con sus pasajeros se volatilizó. Apenas algunos segundos sentimos en imparable *crescendo* el calor… ISAAC ASIMOV: Yo acababa de regresar de Munich, y justo en aquel momento abría la puerta de la alcoba donde descansaba mi esposa. Oyéronse primero varios estruendos similares a los de 1940-1941. Supuse que nos provendrían del gas o a lo sumo de algún sujeto del IRA… Nada, en fin, por lo que debiéramos inquietarnos en aquellos pocos días de vacaciones en Oxford. Pero mi esposa, que posee mejor oído, saltó de la cama y exhaló cierto ¡Oh!, de singulares tonos. Vimos por la ventana que todo el Sur de la urbe estaba ardiendo. Es sabido que sobre Inglaterra se arrojaron bombas de cobalto-60. De hecho, los artefactos arrojados sobre nosotros resultaron en extremo demoledores, mucho más que cuanto pude imaginar para mis libros de ciencia-ficción, aunque nos quedaron 20-30 segundos de tiempo —o de vida—. Dije: «Querida, acaba de estallar la III Guerra Mundial. Es el fin, no ya de lo que quedaba del Imperio británico, sino del propio planeta», y me abracé a ella, pensando, como ella, en nuestros familiares y amigos en América. No recuerdo nada más. Nada excepto el calor, un calor como de mil soles.

CAMILO JOSÉ CELA (A la razón en Atenas para

pronunciar varias conferencias): Déjenme de hostias, que no quiero ni acordarme de eso. A ver si aprendemos todos juntos a ser menos majaderos y cretinos.

VALENTINA TERESHKOVA: Yo me hallaba el viernes inolvidable en el puerto de la Ciudad Condal, próxima al monumento a Colón, adonde me había citado el periodista Darío Vidal. Hacia las 10 y minutos cayeron los misiles. Entre cuatro y seis minutos los buques, grúas, monumento, y yo entre ellos, fuimos vomitados por algo así como una tromba de fuego que nos arrojara al aire violentamente. Mucho más violentamente, lo sé, que cuando en la base espacial nuestra nave era disparada y puesta en órbita. En cosa de segundos, saltamos del calor infernal a la asfixia y a la inconsciencia. Apenas sufrí. Toda la metrópoli voló por los aires como hojarasca, confundiéndose cadáveres, piedras, aceros y madera, en una vorágine de fuego atronador y humareda más densa aún.

En cuanto a lo que hubo de acontecer en aquellas otras áreas del globo, de las que absurdamente algunos sujetos —los grupistas— imaginaron que se librarían de la catástrofe, éstos que siguen son algunos testimonios aquí ofrecidos siquiera para enriquecer el panorama universal:

JOAN MIRO (Invitado por las autoridades de Calcuta): Ni en sueños pude imaginar jamás un espectáculo más apocalíptico que el que mis pobres y ya cansados ojos tuvieron que soportar aquel día 5 de enero de 1989. Llamas de 20 km. Huracanes de fuego rojo-azul. Cordilleras y ciudades escupidas al firmamento rojo. Edificios enteros navegando por los aires. Millones de inhumanos gritos. ¡Qué imperdonable la estupidez humana!

MARLON BRANDO: Me hallaba —¿cuántas veces habré de contarlo?— en Borneo, buscando escenarios para mi próximo filme con Francis Ford Coppola. Éste

había de llegar el próximo día, sábado, procedente de Los Ángeles, con Burt Lancaster, Geraldine Page y Robert Mitchum y con ellos Mr. Hugh, directivo de la «Metro». No quisiera pecar de alocado. Bien, el 7 de enero de 1989 resultó en Borneo, tras la agresión soviética, un estado de cosas en nada distinto del que debe producirse, imagino, en el seno de los volcanes vivos y en el apogeo de su cabreo. Prefiero olvidarlo. Ustedes hagan lo mismo…

IGOR MOISEEV: En Melbourne, donde me hallaba de gira con mi compañía de danzas populares, no cundió el pánico ni la histeria colectiva hasta llegado el tercer día. Supúsose que el Continente se hallaba demasiado alejado del hemisferio norte para verse afectado. Mas cuando en Brisbane los detectores automáticos dieron el alto, y cuando ese alto se confirmó al poco en Sidney, fue para el país como una descarga eléctrica. Submarinos de nacionalidad desconocida bombardearon los depósitos de armas ABQ, instalados en Lithgow, Minnipa, Moora, Derby, Normanton y Bowen. La totalidad del Continente estalló. Pareció como si todo el subsuelo se hallara minado con explosivos, y como si esas infinitas galerías se hubiesen comunicado de forma instantánea. El final vino muy pronto…

JORGE LUIS: También el horror alcanzó a la capital del Plata, a mi Buenos Aires amado. Allí fue el crujir de dientes, el Sodoma y Gomorra en una nueva edición corregida y aumentada. Para castigo y ejemplo de necios, badulaques y demás chusma adoradora de la violencia. Tengan todos por bien sabido que la tontería humana engendra eso: fuego y sangre.

GRAHAM GREENE: Era la segunda vez que yo visitaba Freetown, Sierra Leona. La anterior tuvo efecto durante las hostilidades del 39. Por lo visto la Providencia me proyectaba a este joven país para presenciar desde qllí sólo trastornos mundiales. Porque

allí permanecí también cuando estalló la III Guerra Mundial. Numerosos negros creyeron que se trataba del más vasto incendio que ojos humanos vieran. Los tam-tams atronaban los aires y los indígenas corrían soltando alaridos. Los militares sabían, claro, que fueron bombardeados los depósitos de bombas nucleares, manantiales de gas butano, pantanos y refinerías de petróleo de África. Ante lo cual, y considerando vana cualquier huida, me apresté allí, lejos de los míos, a recibir el final de nuestros días, no sin antes haberme reconciliado conmigo mismo y con el de arriba. Entero el continente era un océano de brasas y erupciones. ¿Indescriptible? Peor: inimaginable. Por fortuna, la misericordia divina se iba a revelar infinita y se nos daría otra oportunidad.

STANLEY KUBRICK: Siempre sostuve que si las masacres en los frentes de batalla contenían sobrados elementos para traumatizar o enloquecer, lo peor era cuanto subyacía detrás: el frío encanallamiento en las planificaciones de exterminio masivo. Porque tener que organizar la desaparición de cuatro millones de criaturas en cierta comarca, y hacerlo entre taza y taza de té, eso asumía para mí la quintaesencia de la barbarie… Eso me hubiera sido absolutamente insufrible. No obstante, cuando vi ante mí, en Angola —donde me hallaba a la sazón con Kirk Douglas, Orson Welles y Rita Hayworth—, el océano de fuego que nos abatía desde el horizonte, comprendí que el dolor intelectual desde cualquier Estado Mayor no hubiera podido superar al padecimiento físico de lo que sin duda ahora íbamos todos a sufrir, que era como estar en vanguardia, en el frente. Para mí, el 7 de enero de 1989 se ciñe a los tres minutos de tragedia continental. En efecto, todo comenzó y acabó en tres minutos. Ahora bien, cada segundo me supuso un siglo de vivencias a lo largo de cien galaxias. No creo que ni en cien filmes podría expresar cuanto vi, y pensé y sentí. Fue en verdad inenarrable. Exactamente apocalíptico.

MARIO MORENO («CANTINFLAS»): A mí el Día «D» — ya lo he contado numerosas veces, y no sólo en México — me atrapó en Jerusalén. Yo que conocía tantas urbes europeas, americanas y asiáticas, desconocía la ciudad santa de Israel. Fui allá, pues, respondiendo a cierta invitación, con todo ese bagaje en el que se mezclan el misterio, la superstición y el pavor. Además, claro, de mi honda y tierna ilusión. Significaba para mí tantas y tantas cosas aquella ciudad, que no sabría explicar cuál de aquellas emociones pudo prevalecer sobre las otras. Quizás el sentimiento de respeto se ofrecía con mayor imperio… De ahí que el supuesto Apocalipsis me produjera, a la vez que horror, algo más… En efecto, ¿cómo fue posible que la paranoia humana se hubiese trocado en tan excelente instrumento de Luzbel para acabar, merced a aquella conflagración armada, con la obra de Cristo Jesús, aquel mismo Cristo que yo estaba viendo y palpando por doquier en Jerusalén? ¿No era todo aquello un contrasentido y una herejía?

WILLY BRANDT: La Ostpolitik no pudo fracasar por cuanto ni siquiera se la dejó nacer. Én aquel 5 de enero de 1989 todos tuvimos parte de culpa. Quien se crea inocente y tenga coraje para arrojar la primera piedra, es sin disputa el más sucio de todos. Si como alemán me sonrojaba la II Guerra Mundial, como ciudadano del mundo me llena de náuseas la realidad de aquel invernal día de 1989.

MELINA MERCOURI: El deliberado olvido de los valores helénicos, y aquí aludo tanto al Este como al Oeste, fue lo que armó a un continente contra otro. Siento más vergüenza que horror, y menos ira que tristeza.

HERBERT VON KARAJAN: *La Toccata y fuga en re menor*, de Bach, puede expresar un desastre cósmico sin igual, o, del mismo modo, la propia Creación. Pero lo que ni Bach ni Beethoven ni ningún otro genio de la música ha sabido jamás expresar es la demencia

absoluta, el total imperio de Satanás. Y eso y no otra cosa fue exactamente el 5 de enero de 1989.

S. S. EL PAPA (Tras su llegada a Etiopía se produjeron los hechós, y allí resolvió permanecer, orando sin cesar; y cuando ya todo hubo concluido hacia el mediodía del 8 de enero de 1989, exclamó alzando los brazos): LA DIVINA PROVIDENCIA NOS HA ENVIADO, EN SU MISERICORDIA, UN AVISO... OJALÁ QUE ESE MILAGRO ABRA LOS OJOS A LOS HOMBRES DE TODO CREDO, Y OJALÁ QUE ALGUN DIA ESTEMOS EN CONDICIONES DE APRENDER LA LECCION.

Lo que aconteció en los Estados Unidos habría que insertarlo en el marco de las hecatombes sin parangón. Como se sabe, el explosivo nuclear de mayor potencial destructivo es la bomba fisión-fusión-fisión. Una pequeña parte de semejante artefacto se encierra en un cebo constituido por uranio 235 y plutonio 239. Cuando estalla la bomba, los átomos de uranio o plutonio se fraccionan,liberando partículas radiactivas, mayormente neutrones, que dan lugar a temperaturas de aproximadamente 100 millones de grados centígrados; de ello se deriva, a su vez, una fusión en el segundo segmento del artefacto. Los átomos de hidrógeno pesado se funden, generando un raudal de nuevos neutrones, los cuales provocan a su vez la fisión de la envoltura exterior hecha con uranio 238 que libera casi todo el poder radiactivo de la bomba...

Digamos, en síntesis, que contra el territorio de la América del Norte se utilizaron todo género de armas nucleares cuyo poder destructivo giró, según recientes estimaciones de la «Rand Corporation» (Santa Mónica, California, 1990) en torno a los 900.000 megatones. Arrojáronse bombas de hidrógeno, plasma, cobalto-60, ademásdel sinfín de bombas bacteriológicas y químicas. No sólo fue excesivo, sino de gratuita y aun sádica crueldad. Las defensas automáticas antimisiles funcionaron, mas ¿de qué ni cómo pudieron servir las defensas de 1 contra 100...?

El mismo desbordamiento que habrían de sufrir los atacantes, padeció Norteamérica, al igual que sus vecinos del Norte y Sur, y en menor proporción al sur de Panamá. Era como si para machacar a una hormiga se hubiesen empleado media docena de apisonadoras, una tras otra...

Es obvio que cuanto precede lo ha visto el lector descrito en numerosas obras, pero aquí se reproducen algunos conceptos y opiniones —siquiera esquemáticamente— tan sólo para mejor ilustrar y ensamblar el destino de tres matrimonios, con sus respectivas urbes, que son los que configuran la espina dorsal, por así decir, de la presente crónica. Muy en primer plano, la trayectoria de George-Katia, en Tarragona. En segundo término, los progenitores de George Vargas, en Boston. Y en tercer y más alejado plano, los padres de Katia Prat, en la capital moscovita.

Veamos, pues, ahora, lo que ocurrió el 9 de enero de 1989 en Boston, justo en el hogar de los Vargas, y luego alumbraremos los hechos acontecidos en la *dacha* del matrimonio Prat; en el corazón y cerebro de todas las Rusias.

Acaso por errores logísticos o balísticos del Grupo 10 y de la URSS, quedaron sin resultar atacados, al menos en las iniciales 78 horas, los Estados de Massachusetts, Vermont, New Hampshire, Maine y Providence; y en suelo canadiense, viéronse igualmente sin bombardeo nuclear las provincias de Nueva Brunswick, Nueva Escocia y toda la franja oriental de Quebec, al este del río San Lorenzo. Es obvio que la lluvia radiactiva les afectó muy pronto, y no menos cierto que la tragedia mundial los traumatizó de modo brutal e inaudito; sin embargo, en muchos aspectos la vida pudo seguir desarrollándose… Como emisoras de Radio y TV llegaban a Boston sólo las de origen local o las de aquellos Estados norteamericanos y provincias canadienses no dañados por la catástrofe. No se deduzca, por ello, que en Boston, por ejemplo, quedaran sus habitantes libres de horrores de otra especie…

Lo que hubo de ocurrir, ya desde los inicios, es que las fuerzas del Ejército de Massachusetts se replegaron junto a las zonas clave: puerto, sistemas balísticos de defensa, custodia de los órganos de contrainfiltración (sistemas de detección acústica, sísmica, magnética, electromagnética, detectores de infrarrojos, radares supersofisticados, dispositivos para la visión de noche, cañones con rayos láser, baterías de antiaéreos), aeródromos, cuarteles, nudos de carreteras, etc. El Estado Mayor de tales fuerzas viose pronto desconectado del resto de la Unión, por el sencillo motivo de que ésta dejó de existir. Los Estados yanquis y provincias canadienses no destruidos aún, sabían en su estupor, que sólo fallos mecánicos del

enemigo les habían librado de la destrucción, pero que la apocalipsis les llegaría infaliblemente. Así, entre los poderes militares se produjo algo parecido a un relajamiento fatalista; la moral se les desmoronó y su tesón de lucha quedó reducido a la mínima expresión…

Y hubo de ser justo entonces cuando aparecieron, con esa insolencia y júbilo de los que siendo pocos se ven alzados a la cúspide, los círculos grupistas encuadrados en quintas columnas. Junto a los elementos armados, apenas 7.500, provistos de fusiles láser y machetes, se alineó una población entre aterrorizada y esperanzada compuesta de 50.000 personas, entre hombres y mujeres. Resueltamente dirigidos por los quintacolumnistas directivos, se adueñaron prácticamente de la ciudad de Boston. Los militares de graduación depondrían las armas y se verían todos ante apresurados pelotones de ejecución. Las emisoras locales de Radio y TV, más los periódicos locales, se lanzaron a enérgicas —digamos histéricas— campañas, no ya de propaganda grupista, sino de las declaraciones políticomilitares del nuevo orden. El primer comunicado oficial, fechado en 5-6 de enero de 1989 —del que se conservan ejemplares en la Harvard University, en el Curry College, en el Suffolk University y en el Massachusetts Institute of Technology—, hizo saber (aquí reproducimos sólo algunos fragmentos) lo que sigue:

¡ARRIBA LA AMÉRICA LIBRE! ¡VIVA KLAUS RAHN!

Boston, 5-6 de enero de 1989: PRIMER DIA DE LA LIBERACIÓN.

Ciudadanos de Massachusetts, americanos todos:

Cautivo y roto el Ejército rojo de Boston, se hace cargo del Gobierno de la nación el NUEVO ESTADO DEL GRUPO 10. Nuestras heroicas quintas columnas han abatido al enemigo corrompido y canalla. NUESTRAS FUERZAS OS TRAEN EL ORDEN Y LA PAZ.

Nadie ignora que quienes desataron esta guerra mundial

fueron la URSS y sus satélites bolcheviques. El GRUPO 10, inocente de semejante catástrofe, se ha impuesto la dura tarea de traer al planeta la paz y el orden.

Nuestra PAZ y nuestro ORDEN no habrán de confundirse con la falsa paz y el falso orden de los rojos, en el anterior Gobierno de Washington. Tanto demócratas como republicanos estaban minados, chantajeados y sobornados por el bolchevismo; y de ahí que para nosotros fueran todos ellos, lo mismo estadounidenses que soviéticos, unos rojos, igualmente deleznables y condenados a desaparecer en bien de la Humanidad. La Humanidad se verá al fin limpia.

Merced a nuestra Cruzada, el Grupo 10 remplazará a los rojos. Traemos DISCIPLINA, ABSOLUTA PAZ y PERFECTO ORDEN. ¡Se acabó el Imperio de la Mafia y del gangsterismo bursátil de Wall Street! ¡Nunca más la vejación marxista, la puerca masonería y el vil judaismo dominarán en la faz del nuevo planeta!

En sucesivos comunicados, se pondrá en conocimiento del pueblo americano sobreviviente de este Estado y de los demás Estados, el espíritu de la Doctrina Fundamental que regirá e informará la vida con el nuevo orden.

Un nombre habrá de resultarnos sagrado: el de KLAUS RAHN, apóstol salvador del astro, quien tiene en EUGENIO BONET SALAZAR al lugarteniente y mano derecha del GRUPO 10.

He aquí las primeras órdenes emanadas del Estado Libre de Massachusetts:

1. *Para limpiar de rojos terroristas y asesinos el territorio nacional, se aceptarán durante TRES MESES todo género de denuncias contra los enemigos ciegos del Régimen. No será indispensable, durante el citado período, aportar pruebas.*

2. *El idioma oficial del Imperio será el OCCITANO (a no confundir con el judaico esperanto), lengua de selección, creada merced a la aportación de voces de todas las hablas del mundo. Dialogar en inglés o en cualquiera otra jerga del pasado supondrá, a partir de 25 días, un grave delito contra nuestra Cruzada; un delito, añadamos, que se castigará severamente.*
3. *Todo aquel que posea armas, de corto o largo alcance, y lo mismo blancas que de fuego, las entregará a las Autoridades, y se le extenderá un recibo por ellas.*
4. *Quedan terminantemente prohibidos: bandera, escudo, himno y demás enseñas del Gobierno rojo de Washington. La nueva bandera es un rectángulo negro con un punto blanco en el centro.*
5. *En las fachadas de todas las viviendas aparecerán fotos de 180 x 224 cm con la efigie de KLAUS RAHN.*
6. *Se procederá al racionamiento de víveres y combustible. A los especuladores y estraperlistas se les condenará con la pena capital.*
7. *Nadie podrá salir de su lugar de residencia para trasladarse a otras zonas sin el permiso a extender por las Autoridades.*
8. *La propaganda pública o privada en pro de los rojos se castigará con la pena capital.*
9. *Los senadores, militares y demás funcionarios del régimen anterior deberán presentarse en el Ayuntamiento de cada población para ser debidamente depurados. Un aval de tres grupistas bastará para devolver la libertad a todo acusado de colaboración con los rojos.*
10. *Ante cualquier intento de amotinamiento, serán pasados*

por las armas aquellos que se hubieren rebelado y, asimismo, sus padres, hermanos, cónyuge e hijos.

¡VIVA KLAUS RAHN!

¡POR UNA AMÉRICA MAS SANA!

En el hogar de Andrés Vargas, imperaba en la mañana del 5 de enero de 1989 gravísima crisis, lo mismo que entre la totalidad de la población. Betty les llamó por teléfono, y Nuria se limitó a decirle: «Déjalo todo y ven aquí; no tomes nada. ¡Ven en seguida!». Quince minutos después entraba Betty, frotándose manos, brazos y rostro. La radiactividad producía cierto leve escozor, o eso creían muchos. Algunos médicos aseguraban que esos efectos eran meramente subjetivos, y que la radiactividad resultaba insensible, inodora y sólo dañable a largo plazo. Antes de tres meses, el 80 por ciento de la población habría perecido por los efectos, sin contar las epidemias y el cáncer, los cuales se cobrarían muchas víctimas también. Como fallarían la distribución de abastecimientos, el agua potable y los servicios sanitarios, apenas se salvarían, en conjunto, un 2,3 % de la población total. Todo ello, claro, suponiendo —decíase— que aquellas áreas no fueran por fin bombardeadas, en lo cual no cabía hacerse ilusiones…

Los intentos de manifestaciones religiosas, irnos a merced del llanto y otros de actitudes hieráticas, fueron violentamente disueltas por los grupos armados del quintacolumnismo. Dispararon con sus fusiles láser y produjeron casi 200 muertos. La población bostoniana, aterrorizada, se recluyó en sus hogares.

El alcalde de Boston, Mr. Kevin White, hizo un llamamiento radiofónico a los ciudadanos; y entre otras cosas tuvo a bien declarar:

¡Bostonianos! Ignoro el tiempo que podremos ocupar esta emisora, pues el enemigo grupista domina por doquier para vergüenza nuestra, para vergüenza de las instituciones democráticas y de los sentimientos cristianos. Dada, pues, la precariedad de nuestro poder, seré breve. Y mi brevedad

consistirá en daros, queridos conciudadanos, una consigna: luchemos sin desmayo contra el enemigo, pero hagámoslo con sus mismas armas. Es decir: no con la lucha abierta, malgastando así nuestras fuerzas, sino merced a la guerrilla y el quintacolumnismo. Hay que combatir en forma solapada. Organicemos células, ocultemos armas, comuniquémonos por medio de claves, colaboremos con todos los partidos políticos, sindicatos, razas y credos religiosos: ¡todos a una contra el grupismo, que es el enemigo común!

¡Atención, bostonianos! ¡Alerta, americanos! Veo que esta emisora ha sido detectada por los equipos radiogoniómetros del enemigo. Me ocultaré, pero estad atentos... Volverá nuestro alcalde a daros noticias y consignas. ¡No está todo perdido! ¡Es preciso luchar! ¡Combatid el derrotismo! Falsa alarma: no hemos sido detectados. Ya volveremos a hablaros...

Horas después, junto al alcalde se hallaba el insigne arquitecto barcelonés José Luis Sert, ex decano de Harvard y que en el 350 aniversario de la fundación de Boston, allá por setiembre de 1980, desempeñó relevante papel en los festejos. El arquitecto, con la voz quebrada, declaró por radio:

¡Amigos, bostonianos y americanos! En esta hora amarga no se me ocurre pediros que defendáis los edificios, sino sólo vuestras vidas. Conservad la vida, amigos, y yo os prometo que por poco que esta insensata guerra concluya con la victoria de los antigrupistas, volveremos a levantar otro Boston más grande y hermoso que aquel que un día entre todos, entre nuestros antepasados y nosotros, contribuimos a levantar. Yo os prometo, y digo que lo prometo porque Mr. Kevin White así me lo indica, que tendremos otro Common Park y otro Faneuil Hall, y otro mejor Prudential Center.

El editor Lester Brenstein, que se hallaba en Boston con Maynard Parker, rogaría al Mayor Kevin que le consintiera dirigirse a la población, a lo cual accedió el alcalde. Y Mr. Bernstein manifestó lo

que sigue:

> *¡Amigos bostonianos! Mi consejo es simple: conservad la vida a costa de lo que fuera. Mi amistad, antaño, con expertos en Física y Medicina me enseñó que en circunstancias como las que ahora vivimos nada supera a la recomendación de vivir el máximo de tiempo posible en refugios y librarse de la radiactividad y la contaminación. Salid poco o nada al exterior. Éste es mi consejo.*

A continuación tomó el micrófono de la Radio su colega y amigo Mr. Parker, quien pronunció estas palabras:

> *¡Americanos! Salvad la vida: ése es vuestro más imperioso y urgente deber. El grupismo no puede vencer porque nunca triunfaron por tiempo indefinido la mentira y el desatino. ¡No desfallezcáis jamás! O no desfallezcáis del todo. Al menos eso es lo que yo procuro hacer.*

—¿Crees que nos salvaremos, Andrés? ¿Es cierto que ha desaparecido todo el territorio de los Estados Unidos, Canadá y México? ¿Estáis vosotros afectados por la lluvia radiactiva? ¿Tenéis noticias de Anthony? ¿Y de George, en Europa?

Betty ametrallaba con sus preguntas. Tenía el rostro desencajado, trémulo y parecía pronta al desmayo. Ni siquiera había desayunado y había dejado la puerta abierta de par en par. Dijo que en las calles había miles de personas a merced de gritos demenciales, la desesperación, las súplicas y de las más irreverentes maldiciones. Había drogados, ebrios, quintacolumnistas jubilosos, hombres y mujeres que se habían suicidado; otros incendiaron sus propias casas, y los había —eran pocos—, entre la juventud que habían organizado núcleos combativos para repeler al grupismo. El caos en la calle era total, insólito y absolutamente indescriptible. Parecía imperar la locura extrema…

Andrés y Nuria escuchaban a Betty sin apenas aliento. Andrés, desgreñado y en batín, tenía en las manos una botella de *whisky* y un vaso. Lo medio llenaba y ofrecía sorbos a Nuria o Betty, o bebía

él mismo de vez en cuando. Nuria, con los ojos desencajados, era víctima de constantes escalofríos y le temblaban las piernas y la barbilla. No paraba de decir: «¡Dios mío, Dios mío! Esto es el fin. ¡Pobre George, pobre Anthony, pobres de nosotros!». Estaban en el comedor, y desde la amplia ventana se veía la calle, a ratos solitaria, a ratos con muchedumbres crispadas y lloriqueantes, o cómicamente suplicantes… Se oían disparos aislados, ráfagas de metralleta. Alguna radio o televisión pregonaba las últimas noticias en tono triunfalista y regocijado:

—… y eso es lo que ocurre, ciudadanos. ¡Ha llegado el Día de la Liberación! ¡Viva Rahn! ¡Arriba la Nueva América Libre! El Grupo 10 logrará que nos salvemos… ¡Muerte a los rojos sanguinarios y culpables de la guerra! Abajo el marxismo, el parlamentarismo y la democracia. ¡Viva el nuevo orden! Ahora…

—¡Maldita radio! —mascullaba Andrés—. ¿Quién demonios la estará escuchando? Ya sé: el vecino de enfrente, de ese chalet… Los Tayíor, y también la vecina de la izquierda, Mrs. Bennet…, y Adams… ¿Serán todos ellos quintacolumnistas?

—¡Oh, Andrés, no grites, por favor! Pueden oírnos… —decía Betty.

—¡Betty! ¿No has visto lo que lleva Andrés en el cinturón del batín? ¿No ves lo que hay en la ventana? —replicó Nuria.

—¡Oh, no! Estáis locos —gritó Betty.

Andrés llevaba en la correa una pistola del 9 largo. Junto a la ventana, había dos rifles cargados, una metralleta sofisticada muy último modelo, una escopeta de dos cañones y sobre la silla varios paquetes de municiones.

—Como si tuviésemos que defendernos de los indios… —dijo Betty, que tomó asiento, exhausta—. ¡Oh, Nuria! Dame un poco de… *whisky*, no; café o té… o leche…

—Sobre la cocina hay de todo; ven —dijo Nuria, y tomando de una mano a su amiga se la llevó de allí.

Entretanto, Andrés se colocó junto a la ventana. Vio cruzar a un grupo de quintacolumnistas con su bandera negra y el punto blanco en el centro. Serían tres o cuatro. Gritaban, ebrios de gozo. Provocaban. Desde el chalet contiguo dispararon y los grupistas repelieron los tiros. Andrés no lo pensó dos veces. Levantó aprisa la ventana. Tomó la metralleta y apuntó al grupo. Oprimió el gatillo.

La ráfaga de tiros resonó violentamente en la estancia, y aparecieron Nuria y Betty corriendo, aterrorizadas.

Andrés volvió hacia ellas el rostro y masculló:

—Tres quintacolumnistas menos. Algo es algo, ¿no? Toma la metralleta y cúbreme, Nuria. Voy a tomar los rifles láser de esos cretinos.

El sol brillaba y no hacía mucho frío. Y se oía el gorjeo jubiloso de las aves. El parte meteorológico de la noche anterior había anunciado sol y tiempo estable, sin nubes, baja humedad, suave viento del Oeste y marej adilla. Y había acertado; el tiempo resultaba casi primaveral.

En los días 6 y 7 de enero la Resistencia antigrupista había logrado hacerse con una emisora muy potente, oculta en las afueras, y desde allí estuvo emitiendo. Sólo a fines del día 7, al anochecer, fue ocupada y asesinados sus ocupantes. Entretanto, y a lo largo de 40 horas y pico, lanzó a los aires un soplo de esperanza. Solía decir:

—¡Americanos! Hemos de organizarnos contra el totalitarismo diabólico de los quintacolumnistas… Seamos dignos del general Washington y de Jefferson. Defendamos la democracia y la Constitución. Todavía es posible salvar al país de la locura grupista. Porque…, ¡saberlo, americanos!, quienes han provocado esta guerra contra los rusos han sido los grupistas. La Casa Blanca y el Kremlin se dejaron atraer a la trampa, y por eso rompieron a pelearse unos contra otros. Mas así como en su día luchamos todos, codo a codo, contra el nazifascismo, combatamos ahora contra la peste grupista. ¡Viva la democracia y la libertad, y abajo la dictadura de ese paranoico y cerdo llamado Klaus Rahn! Americanos: debemos unirnos. Haceos con armas, y levantémonos contra la opresión enemiga. Luchemos en calles y plazas. ¡Destruyamos el quintacolumnismo! Ellos constituyen de hecho una minoría y no representan al noble pueblo de América. ¡Somos mayoría! Cierto que estamos desorganizados y asustados, pero ése ha de ser justamente el primer paso: vencer el miedo, triturar el cobarde egoísmo. Organicémonos, calle por calle, edificio por edificio. Tomad las armas y disparad a matar contra los quintacolumnistas. ¡A las armas, ciudadanos, y viva la libertad!

A continuación se oiría el himno oficial de los Estados Unidos.

—Ya somos viejos y caducos, estamos acabados —murmuraba

Betty, temblando—. Tu marido es un anciano, Nuria, y hasta un niño podría derribarlo. ¿No lo ves?

—¿Prefieres entonces que nos vengan a matar en nuestros hogares?

—¡Los jóvenes pueden luchar, pero nosotros no…! ¡Abre los ojos!

—¡Betty! Si alguien entra aquí a por nosotros, tomaré el rifle y le meteré una libra de plomo en el cuerpo. Y tú harás lo mismo…

—¿Yo? Pero si esto es ya el fin…

—¡Claro que será el fin! Pero podemos elegir una muerte con dignidad, ¡defendiéndonos! ¿O prefieres agonizar como una rata asustada?

Andrés se subió al desván, y allí apartó algunas tejas; y por entre ellas alzó una bandera norteamericana, sujetándola fuertemente sin asomar la cabeza.

Hacia las 6 y minutos del 8 de enero de 1989, coincidieron la llegada de varios helicópteros dispuestos a bombardear todas las viviendas que hubiesen colocado banderas norteamericanas con la irrupción de numerosos misiles del tipo 16 SSNX-71 provistos de ojivas nucleares. Procedían de submarinos rusos situados frente a las costas del este de Norteamérica. Aquello sería el fin. Bombardeada en sus cuatro pimíos cardinales y en el centro, Boston se convirtió en algo parecido a lo que fuera una tromba de agua, pero en vez de agua eran hongos de fuego. Betty, Nuria y Andrés se hallaban en el comedor de la vivienda. Fuera flotaba densa niebla y la jornada se presentaba fría y desapacible. A Betty le dolían los ojos, las sienes —era crónica ya aquella migraña— y los riñones, en tanto que Andrés, con la metralleta en las manos, se caía de puro agotamiento… La voz de Nuria estaba ronca y quebrada, y se movía con más cansancio que nadie, aunque disimulaba. Fue entonces cuando se produjo el bombardeo…

Los helicópteros grupistas que iban a intervenir, fueron barridos del cielo como hojarasca. En el interior del inmueble de los Vargas todo adquirió al punto un intensísimo color naranja brillante, con sofocante calor en aumento… Los estruendos rompieron los tímpanos, al tiempo que orejas y narices sangraron. Andrés abrió la boca, ahogándose. Betty y Nuria sintieron que les estallaban pulmones y estómago. Gritos inhumanos, cual procedentes de fieras

acorraladas y agonizantes, escaparon de las gargantas de los tres. Luego —y todo transcurrió en cosa de segundos— se disolvieron sus cuerpos, lo mismo que muebles, ladrillos, acero, piedras y tejidos… Todo se convirtió en simple masa gaseosa, ya en el rojo vivo, y se vio expulsada violentamente 5-10 Km hacia la estratosfera…

Los únicos territorios que habían quedado en vida, aunque precariamente, se vieron así triturados y asolados. En general y global descomposición. Docenas de misiles «Minuteman III» fueron disparados automáticamente contra los submarinos, los cuales estallaron a su vez dentro del océano; y así, al tiempo que entera la superficie terrestre de la América del Norte ardía, con explosiones gigantescas y grietas de 5-20 km de profundidad que iban de un confín a otro del Continente, del mismo modo el océano Atlántico se trocaba en masa convulsa, estremecida por terremotos y volcanes, que vomitaban fuego y lava y nubes de vapor.

Cuatro horas después, y con ello se llegaba a las 82,04 horas de haber estallado la III Guerra Mundial, la totalidad del planeta Tierra se hallaba desintegrado y sin vida. Sin vivos ni muertos; tampoco sin cadáveres. Ni siquiera cenizas. Todo era fango o plasma, y luego se convirtió prontamente en masa gelatinosa y de tonalidades grisáceas que iba endureciendo a medida que se enfriaba. Y esta masa inquieta, que poco a poco iba perdiendo movimiento, ofrecía la particularidad de evocar olores de cloaca.

A la vista del relieve que en esta obra adquiere la metrópoli bostoniana, confiamos no resulte intempestivo reproducir ahora las impresiones que la urbe suscitó en cierto historiador europeo, D. Pastor Petit, a quien el Día «D» atrapó en Nueva Inglaterra. Oigámosle **[12]**:

> *Para ninguno de cuantos me conocen ha sido ni es un secreto que yo albergo dos amores geográficos: uno por la ciudad que me vio nacer y el otro es por Boston. De Boston me seduce mayormente el casco antiguo, con sus viejas casonas de ladrillo rojo, de tres plantas, su puerto, sus pescadores, desde Atlantic Avenue hasta Charles Street, sin olvidar a ninguna de sus plazas y parques verde esmeralda. ¿Y qué decir del toque mágico con que el otoño reviste prados y arboleda del entorno? ¿Y el de los jardines que se alfombran de muelle hojarasca…?*

No creo pecar de injusto si proclamo que en parte alguna del mundo he visto tan inefables ocres en las hojas de los árboles, ni verdes tan luminosos en sus céspedes. En ningún otro paraje se me hizo tan amable y risueña la Naturaleza.

–Lo que a ti te enamoró primeramente de Boston fueron sus judías, esas judías al «estilo Boston»... –tal suele esgrimir en mi contra cierta dama que me viene acompañando desde hace un cuarto de siglo; una dama que es mi esposa.

En respuesta, habría que admitir que ese factor existe. ¿Quién iba a ser yo para negar solera e inspiración a la cocina de Nueva Inglaterra, y sustancialmente a la de Boston? Pero espero se me permita añadir que ese factor no es el único ni fue tampoco el primero.

Explicar cómo fue sumergida en la conflagración planetaria esta mi bella metrópoli –y empleo el posesivo con la autoridad que otorga el amor–, es de todas las obligaciones a que me ata mi carrera de historiador, la más dolorosa. También la más siniestra. Y al narrar lo que sentí al presenciar el desmoronamiento de Boston, procuraré que el temblor de mi pulso no afecte a la veracidad del relato.

Mi apartamento estaba en Commercial Street, frente a los muelles. Me gustaba el lugar, tan próximo al mar. Del 5 al 8 de enero, hube de sufrir, como la mayoría de los bostonianos, las agresivas impertinencias de los quintacolumnistas. El día 8 ya nadie se hacía ilusiones acerca de lo que iba a ser el fin. Muchas personas fallecían de ataques cardíacos. El «Massachusetts General Hospital», lo mismo que los demás ejes sanitarios, no daban abasto. El doctor Rogers me diría, alzando los brazos: «¿Y para qué les atendemos? ¿Para qué si dentro de días u horas esto será un horno? Si fuésemos coherentes y quisiésemos ahorrar sufrimientos, repartiríamos pastillas de cianuro».

Hacia las 6 horas del 8 de enero llegaron a docenas los misiles con cabeza nuclear, procedentes de los submarinos rusos. Me arrojé a la calle no más oír los estruendos ensordecedores y entonces vi algo desgarrador.

Procedente de Washington Street venía una muchedumbre de hombres, mujeres y niños con pancartas. Parecían dementes escapados de algún manicomio. En sus rostros se pintaba el terror en sus fases más extremas. Gritaban a coro:

«Dios omnipotente: sálvanos del mal. Cristo Jesús misericordioso: perdónanos nuestros pecados, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores, y evítanos el Apocalipsis».

En las pancartas se leía: «Hermano, únete a nuestras plegarias. Abandónalo todo y ven a nosotros», o bien: «Todavía estás a tiempo de arrepentirte, implora la piedad del Señor».

Al doblar la esquina superior de Snowhill Street comprobé que no desfilaban algunos centenares, sino varios millares. Pretendían torcer por Hannover Street y llegarse hasta el área gubernamental del «John F. Kennedy Federal Building».

Jamás vi procesión o espectáculo religioso con tan crispada fe. Aquel acto nada encerraba en común con el corriente misticismo. Recuerdo a cierta anciana que se iba desgarrando las vestiduras y el rostro y, fijos los ojos en el cielo, gritaba: «Pecamos y ahora merecemos el exterminio». Dos hombres jóvenes caminaban descalzos en medio del hielo y parecían ciegos o sonámbulos; iban agarrados de las manos y oraban en silencio, alzada la cabeza hacia arriba. Un vejete negro con las mejillas humedecidas por el llanto, susurraba: «Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo». Innumerables féminas de todas las edades suplicaban misericordia. Los niños de pocos años solían llorar –y al parecer ante la indiferencia de los mayores– a moco tendido. Un sacerdote católico murmuraba una y otra vez con su voz ronca y grave: «Pedid y se os dará. Eso dijiste, Señor. Ahora te pedimos, pues, que nos alejes ese calvario. Concédenos esta gracia, divino Jesús». Cada manifestante constituía por sí mismo una escena desgarradora que partía el alma.

Hasta que, como se dijo antes, empezaron a caer misiles y más misiles. Formaban hongos de fuego horripilante y humaredas sin fin. En apenas segundos todo cuanto se nos ofrecía a la vista se concretó en un solo grito o clamor,

absolutamente bestial e inhumano. Luego, el calor de mil hornos; el fin...

Y me consta, aunque no lo vi, que la etapa siguiente, tras la fusión promovida por el fuego, consistió en la completa destrucción de Boston. Se esfumaron o desaparecieron los líquidos y minerales de la comarca y el Estado. Enteramente Nueva Inglaterra se trocó en masas de cuerpos semiblandos, al modo de lava, o fangos pestilentes. Se diluyeron los colores, las angulosidades y las redondeces. Y todo ello presidido por el silencio y la semioscuridad.

Afortunados los mortales que no han debido vivir horas semejantes; y afortunados también aquellos que perecieron antes o que nacerían después. Pruebas como la descrita marcan y agobian en exceso. Y si algo me resultará abstruso e intolerable es que habiendo vivido aquel horror pueda haber sujetos que todavía sean capaces de ir derramando veneno y cólera. ¿Cómo es posible, en efecto, que la avaricia, el odio, la sed de venganza, la segregación, el ansia de poder y la soberbia puedan anidar y presidir aún en tantas vidas? En suma, y para concluir: ¿qué necesitará en verdad la criatura humana para aprender la lección?

El 5 de enero de 1989, cobraría en Moscú caracteres especiales y una fisonomía propia. Veamos lo que ocurrió en el hogar del matrimonio Prat-Segura; es decir, en los exiliados Anselmo Prat y Margarita Segura, acogidos a la hospitalidad rusa desde 1939. Habitaban a la sazón en la *dacha* «Tolstói», muy en las afueras de la capital, en dirección a Noginsk. Vivían los dos solos en aquella vivienda atestada de cuadros, fotos y recuerdos; y cada uno de ellos evocaba el inagotable caudal de vida que fuera su Katia. Solos vivían y acaso esto no sea totalmente cierto, pues les acompañaban numerosos achaques debidos a la edad… Él con 70 años y ella con casi 70. También les acompañaban millares de libros, y a su vera, discos, cassettes, revistas, periódicos y cartas.Sin olvidarnos del canario y el perro; el canario lo llamaban *Séneca* y al perro *Oso*.

Éste era casi como un oso: enorme, blanco y robusto. A corta distancia habitaban, en otra *dacha*, los Verjovenski, quienes hasta hacía pocos años fueron también profesores en la Universidad de Moscú, en la cátedra de Física. Con ellos tenían asiduo trato.

Anselmo era filólogo. Lo fue… Ahora pasaba el tiempo escuchando música, leyendo, cuidando el jardín, correteando con el perro; y ella, Margarita, invertía las horas en casi lo mismo, y además, en cocinar, lavar la ropa, cortar flores, atender al teléfono, escribir cartas, quitar hierba, charlar con los vecinos y… recordar a Katia. La habitación de ésta se encontraba impecable y como a punto para recibirla.

El fatídico día 5, los dos esposos debían trasladarse al mediodía a la capital a fin de hacerse ambos un chequeo médico. Se lo hacían todos los años a comienzos de enero; su médico era severo en esto. De paso hubieran visitado a varios amigos. También habían proyectado asistir, si les quedaba tiempo, a cierta función del «Bolshói», aquel coliseo único en el mundo con sus espectáculos de danza y ópera. Ya sabían que si se les hacía tarde, entonces se quedarían en el hogar de los Múgica, exiliados como ellos, o en casa de Mijailovich, padre de Aglaia, una muchacha enfermera que antaño fue muy amiga de Katia, y por la que siempre preguntaban.

—Trabaja para el Estado —se les dijo una vez, al principio.

—¡Oh! —replicó Mijailovich con admiración—. Katia ha’ sido todo un talento; no nos extraña, Anselmo Prat, y te damos por ella nuestra más 'eordial enhorabuena. Y si te fuera posible, alguna vez, darle recuerdos de nuestra parte, y sobre todo de Aglaia, te estaríamos muy reconocidos.

Sólo había un problema, y es que el coche de Anselmo estaba estropeado.

—¡Mejor! —repuso Margarita, siempre animosa, ante la extrañeza de él.

Anselmo había encorvado poco; manteníase alto y corpulento, y con recia pelambrera, ahora canosa. Margarita, casi tan alta, era la personificación del optimismo y el coraje. Nunca se arredraba ante nada, o casi nunca.

—Digo mejor porque así podremos viajar con nuestros vecinos, que también hoy han de ir a Moscú, y me ofrecieron que fuésemos con ellos, ¿recuerdas?

—Bien, bien… No lo recordaba, pero conforme. Fue hacia las 10,25 horas. Sonia Verjovenski llamó a la puerta del jardín. Anselmo salió y no más verse, aquélla gritó:

—¿De verdad no queréis veniros con nosotros a Moscú?

—Bueno, verás…, lo que ha ocurrido, precisamente…

—Y Margarita, que era mucho más expeditiva, salió y gritó:

—¡Vamos con vosotros! ¡Ve a buscar el coche!

—¡Me alegro! Hasta luego… —replicó, gozosa, Sonia.

—Siempre le das vueltas al asunto. ¡Qué orgullo tan estúpido el tuyo, Anselmo! —murmuró Margarita.

—Vamos, vamos… Oye, ¿sabes que esta noche he soñado con Katia?

—Déjate ahora de Katia; toma la americana, el abrigo de pieles y ¡hale, que vamos a pillar una pulmonía! Fíjate qué cantidad de hielo, y el día está para nevar.

El paraje era maravilloso; entre las dachas esparcidas aquí y allá, en medio de la inmensa llanura nevada, los bosquecillos con su nota de color verde. Más hacia el Norte, tras las colinas, estaba Alexandrov. Y hacia el Sur los abetos centenarios, gigantescos. Anselmo adoraba el invierno ruso; adoraba la transparencia del aire, el frío tonificante y la blancura inmaculada de aquel manto de nieve sobre el hielo.

Cuando hacia las 10,32 horas llegaron con su cuatro plazas los Verjovenski, Anselmo y Margarita les aguardaban en la acera. Se vieron y se saludaron con un gesto. Fue en aquel instante cuando ocurrió.

Primero se oyeron los estruendos. Terribles. Harto superiores a todos cuantos oyeran durante la contienda que concluyó en 1945. El cielo se tiñó de rojo y el viento, suave al principio y huracanado al medio minuto, dio al punto la pista. Fedor Verjovenski saló del coche y miró… Quedó helado de espanto. Un profesor de Física como él estaba en condiciones de sacar la más correcta conclusión acerca de lo que ocurría.

—¡Pronto, entremos en vuestra casa…, aunque no sé para qué diablos servirá! —gritó Fedor, tomando del brazo a su mujer.

—¡Mirad: es Moscú…! —dijo Anselmo, señalando hacia el Oeste.

Un hongo gigantesco se había formado desde la planta de lo que fuera la capital gloriosa de todas las Rusias. Aterrados

contemplaban los cuatro vecinos. Solamente Oso, recluido en su casita del jardín, se hacía sentir con sus ladridos, primero agudos y luego lastimeros y prolongados.

—Es… la guerra —masculló Fedor.

—La Tercera Guerra Mundial —rectificó Anselmo—. ¡La última gran locura!

Las dos mujeres prorrumpieron en apagados sollozos, arrimándose cada una a su esposo. Los aullidos del perro se tornaron graves y roncos. Innumerables veces comentaron los cuatro cómo sería la próxima contienda universal, caso de estallar, y Fedor la había descrito con pelos y señales, mientras los demás le escuchaban con horror como si el físico fuera cruel y despiadado.

—¡Otro hongo, allí, mirad, hacia Podolsk! —gritó Sonia, temblando de pies a cabeza, la boca entreabierta, palidísima.

—¡Y otros dos allá, hacia Orejovo-Zuevo! —chilló Margarita, ya al borde de la crisis nerviosa, y con su brazo en alto parecía petrificada o idiota.

—¡Entremos, pronto! —ordenó Anselmo, y empujó a su mujer, mientras Verjovenski, repentinamente torpe, hacia lo mismo con su esposa.

—¡El perro, cógelo, cogedlo…! —dijo Margarita—. Bueno, igual da; no hay tiempo, pobrecillo. Pobres de todos nosotros; esto es el fin.

Ya dentro de la *dacha*, situáronse ante el ventanal del comedor, contiguo al jardín, y desde allí contemplaban la lejanía. Breves minutos pudo durar el espectáculo. Centenares de misiles nucleares volaban ya entonces, hacia los cuatro puntos cardinales, procedentes del Oeste y del Norte.

Sábese hoy que las fuerzas de la OTAN habían disparado alrededor de siete millares de misiles con cabeza nuclear, con los siguientes objetivos:

- Ciudades: Moscú, Leningrado, Volgogrado, Gorki, Kiev, Smolensko, Jarkov, Rostov, Crimea, Arkángel, Kazán. Y las 170 poblaciones de mayor demografía en Rusia y Siberia.
- Ciudades socialistas del Este: Varsovia, Bucarest, Praga, Sofia, Leipzig. Y sus 60 urbes de más población.

- Otros objetivos: presa de Karaik-Kum, presa de Diushamba, presa de Gorki, presa de Dnieprostrói, etc.
- Depósitos de armas ABQ. Nudos de autopistas y carreteras. Cuarteles, aeródromos, puertos, silos, puentes, nudos ferroviarios.
- Plantas de energía nuclear y almacenes con residuos nucleares.
- Bombardeo masivo en los glaciares del Polo Norte para provocar gigantescas inundaciones.

El conjunto de artefactos, compuestos de cobalto-60, bombas atómicas y de hidrógeno, plasma, bacterias y sustancias químicas, sobrepasó el potencial destructivo de 800 millones de megatones. Añádase a la trágica panorámica: China y Japón invadieron, simultáneamente, el territorio siberiano en diversos frentes con sus divisiones motorizadas y su aviación. Japón y China habían suscrito cierto acuerdo secreto por el que en caso de hostilidades se auxiliarían mutuamente y se repartirían la Rusia asiática en la siguiente proporción: 30 % para Tokio y 70 % para Pekín. Jamás, sin embargo, pudieron digerir aquel bocado…

Cuando dos misiles atómicos perforaban un almacén subterráneo de bombas nucleares, se producía entonces la típica explosión que suponía multiplicar por cien o por mil el estallido de Hiroshima. La totalidad del país temblaba y se veía sacudido en sus cimientos. Cordilleras, ríos, mares y lagos se resquebrajaban. Dijérase que miles de volcanes se habían puesto en erupción y endosaban su lava sobre llanuras y metrópolis. Y a continuación se produjo el temido terremoto, en nada distinto de aquellos que sufriera el planeta en su fase primaria, en la remota Prehistoria.

Los cuatro vecinos se abrazaron formando un solo cuerpo. Sonía se les desplomó sin vida y Margarita fue víctima de violentísima crisis…

—¡Cristo! ¡Cristo! —gritó Anselmo, con el rostro desencajado.

—¡Malditos, malditos papanatas! —rugió Fedor tendiéndose en el suelo junto a su mujer.

Lo demás sucedióse en apenas segundos… Dacha y personas se

volatilizaron mezclándose a billones de toneladas de tierra, piedras, agua y fuego; todo en cósmica vorágine, como absorbidos por un imán astral. Las grietas de 10-25 km hicieron su aparición con ruidos colosales y el plasma del subsuelo cubrió en amplísimas fajas la superficie terráquea, cuyos contornos se modificarían en incesantes y gigantescas erupciones y temblores. Y hacia las 18 horas se añadió el cataclismo procedente del norte; la tromba y huracán vinieron arrollando y cubriendo la corteza terrestre… El agua era espumajeante, sucia, mezclada a los gases, tierra y fuego, todo lo cual se alternaba en formas líquidas o fangosas con otras de vapor denso, polvo, burbujas o llamas de rojizo y monstruoso volumen, cual lenguas diabólicas e insaciables.

XI

EL COMETA VERDE

A las 82,04 horas de haberse registrado el estallido de la III Gran Locura Humana, como la vienen llamando los últimos contestatarios, o sea, el 8 de enero de 1989, y para ser más rigurosos, a las 10,04 horas de ese mismo día, se produjo el fenómeno… Sabido es que el astro Verde, así bautizado por cuanto era de color esmeralda, hizo entonces su aparición[13]. Nadie pudo verlo, claro, en su primera fase cuando entró en la órbita terrestre, y sólo hubo constancia personal (con fotografías, filmes y el control desde las cámaras fotográficas dispuestas en los observatorios telescópicos) en la segunda fase, cuando el cometa hubo rebasado su máximo aproximamiento y comenzaba a alejarse. El cometa medía 292.000 km de diámetro, el doble que el planeta Júpiter, que es a su vez el de mayor dimensión del sistema solar, y despedía Verde cierto penetrante olor a brea. Se aproximó a la corteza terrestre unos 152 km.

Ningún astrónomo supo jamás de su existencia, y se especula ahora con que el cometa Verde cruza en su órbita junto a la Tierra una vez cada 1.200.000 millones de años. Mera hipótesis. La cifra resulta imprecisa. Y tampoco se conocen su composición, velocidad y su completa trayectoria. Algunos astrónomos aseguran que con el material fotográfico en nuestro poder, quizá puedan conjeturarse con restringido margen de error algunas hipótesis plausibles para responder a los citados interrogantes. Y ya hay científicos (el australiano James L. Farmer, el argentino Federico Vallone y el californiano Peter Sorensen) que aventuran la siguiente explicación: Verde estaba habitado, era una masa gelatinosa con ürbes subterráneas e irradiaba calor (10 grados centígrados o 45 grados F). Pero otros, y entre ellos Asimov, la NASA y casi todos los sabios soviéticos y europeos, estiman que el cometa carece de vida y que

su masa es gaseosa.

De cualquier forma, su extraordinaria fuerza —¿o no cabe denominarla fuerza ni energía?— manifestóse a distintos niveles: inaudito poder de atracción, violentísima energía magnética, palpable influjo de sus rayos infrarrojos, ruido ensordecedor y luminosidad que no dañaba la vista humana pero en cambio producía confusión y hasta, en personas adultas, aletargamiento. Entre su aproximación y alejamiento, giró próximo y visible durante 54 minutos; luego quedó flotando la típica estela, ésta de color pardo, durante 132 minutos, y al fin se tornó invisible, al menos a ojos del hombre. En los observatorios se siguió su trayectoria.

Docenas de interrogantes incontestables se alzan ante nosotros. Interrogantes que si los astrólogos y geólogos no saben sino contestar merced a conjeturas, los filósofos, en cambio —y con ellos los teólogos y parapsicólogos— proponen explicaciones ricas de contenido y atractivas.

Los efectos, descritos minuciosamenten en sus menores detalles, siguen sin descifrar en sus causas. Lo de siempre: acertamos a tornar comprensible, por ejemplo, la ley de gravedad, pero ¿quién ofrece convincentes hipótesis acerca de sus causas? Sea como sea, los efectos —ciertos— están ahí. Toda la población de la Tierra es testimonio de ella. Esos efectos consistieron, cual se sabe, en el brusco retroceso del sistema solar y aun de la propia galaxia. La repercusión del cometa Verde no sólo engendró el retroceso de los cuerpos astrales en su recorrido en aquellas 82,04 horas, sino que también empujó el tiempo hacia atrás, y devolvió al planeta Tierra a su posición y situación íntegra en el día 5 de enero de 1989, en sus primeras horas de la jomada. ¡Ninguna conflagración universal había, pues, estallado! Viva e intacta volvía a quedar la corteza terrestre, aunque no exactamente igual, desde un punto de vista biológico o psíquico, que antes del Desastre… En efecto, los humanos sentíanse diferentes y como ligeramente —y además insensiblemente— elevados a otra dimensión. A la vez que recordaban y sabían, aterrorizados, el holocausto sufrido, tenían conciencia de que *aquello* les había sido ahorrado; y que, no obstante —y ahí radicaba la mayor contradicción y misterio— eso podía ocurrir, y que tan sólo dependía de la voluntad humana, de su libre albedrío. Dependía, exactamente, de su buena inteligencia y

de su propio esfuerzo.

La vida animal y vegetal renació —o si se prefiere, retrocedió el tiempo—, y todo volvió a ser *casi* como antes; y ese momento se produjo —hay que repetirlo— justo cuando el cometa hubo completado su movimiento de traslación en tomo al planeta que vivimos; la vida retornó justo desde el instante en que el astro esmeralda se fue alejando de nuestro lado y dejó su larguísima cola, que poco a poco se iba diluyendo…

Los terrícolas vieron aquel bello y hermoso cometa, y mientras lo contemplaban alejarse, sintieron que de él se desprendía cierto-fluido —¿cómo denominarlo, si no?— que les sacudía suavemente en todas sus células.

Sabíase con meridiana certeza de los manejos diabólicos del Grupo 10, de su lucha clandestina y su quintacolumnismo, y sabíase de la miopía de Washington-Moscú al dejarse manipular con el «teléfono rojo»… Y se sabía, fundamentalmente, que el problema de la conllevancia Este-Oeste se derivaba más del intelecto que de la ética, y menos del sentimentalismo pacifista que de la elección de un método de eficaz entendimiento. Las enseñanzas y conclusiones se enmarcaban en esquemas de pura y elemental lógica. Puesto que la guerra mundial suponía la desaparición del planeta, la cuestión ceñíase a encontrar la fórmula que permitiera comprenderse sin engañarse; traducidas al lenguaje popular, esas cuestiones se sintetizaban con esta pregunta:

> *¿SABRAN COMPORTARSE MOSCU Y WASHINGTON, EN LO FUTURO, COMO ENTES SENSATOS Y CUERDOS, O CAERÁN DE NUEVO EN LA TRAMPA DE LA ESTULTICIA¿*

Las actitudes lúcidas y activas por las que se rechazaba el uso de la violencia se palpaban en toda la Humanidad. Resultaba entonces axiomático que se debía auxiliar a México, y de hecho a los servicios de Policía y de inteligencia del mundo entero, para extirpar el tumor grupista. Aunque, a decir verdad, los quintacolumnistas sufrieron violenta caída; entre ellos hubo deserciones en masa, suicidios, denuncias… También resultaba evidente, y tan evidente como urgente, la necesidad de potenciar la actitud rectora y coercitiva de la ONU a fin de que pudiera descubrir y destruir las armas ABQ y láser. Porque —así era de

simple el dilema— una de dos: o la Ciencia y los presupuestos bélicos de los Estados se invertían en trabajos de paz y conllevancia o esa misma Ciencia se trocaría, por obra y gracia de los necios de tumo, en el aguijón escorpiniano que nos destruiría a todos. Tal como Kennedy lo profetizó.

En consecuencia, las empresas pacíficas y los afanes conciliadores entre aquellos que hasta el 4 de enero de 1989 habían exhibido posturas agresivas, se adueñaron mayormente de quienes podían tomar decisiones. Era una especie de clima navideño, con emoción popular y contagioso júbilo. El regocijo general tenía un mucho de poético y misterioso que se iba desgranando en cánticos callejeros y sonrisas de limpio mirar. Los gustos frivolizantes y morbosos y asimismo el volumen de delitos, decrecieron. En los Senados predominaban los consensos, y el porcentaje de donantes de sangre alcanzó el límite. En las congregaciones católicas, los curas no daban abasto a confesar. Innumerables asesinos se presentaron ante los jueces con sus espontáneas autodenuncias. Alcaldes, ejecutivos empresariales, ministros, directivos sindicales, accionistas, generales, notarios, obispos, banqueros, etc., presentaron su renuncia. Los libros sobre ética, religión, filosofía e historia consiguieron tiradas astronómicas. Innumerables bingos y ruletas cerraron. Los negocios fundados en actividades pornográficas rozaron la quiebra. Negros e indios se vieron solicitados con exquisitas ofertas por parte de muchos racistas yanquis. Prisiones y reformatorios se vaciaron. Policías y tribunales de justicia inauguraron la que fue llamada *época del tedio*. Y el personal de los órganos de inteligencia se vio invitado a licenciarse…

¿Sobreviviría mucho tiempo aquel espíritu, el *espíritu del ocho de enero*? Hoy sabemos que esa etapa —ahora juzgada ñoña y cándida— era un puro fruto del temor diluido y sutil. Un temor, añádase, que nos chantajeaba por dentro y ello a través de caminos insospechables. ¿Qué nos reserva el futuro? ¿Acaso otra recaída en la estulticia? Responder a estos interrogantes desborda las posibilidades de la presente obra, cuyo fundamental objeto fue ofrecer una crónica de los hechos protagonizados por George Vargas y Katia Prat desde su misión española hasta que se les manipuló, y para infiltrarles, sin suerte, en el seno del Grupo 10.

EPÍLOGO

Vea el lector cuál fue el postrer desenlace de los personajes fundamentales que integran nuestra crónica, con arreglo a las informaciones reunidas por el historiador. Cíñese la investigación a aquellos que de alguna manera ocuparon primeros planos.

Pedro Bernades Legua. Miembro de la seguridad pen sonal de la antena barcelonesa de la Compañía durante los años 1976-82. Destinado luego a Gerona, sus facultades mentales decayeron brusca y velozmente por causa de cierta enfermedad nerviosa. Jubilado en 1984. Perdió la vida en accidente automovilístico en Badalona, el 14-11-1986.

Betty MacCarter. Hermana del coronel Herbert McCarter, el cual falleció —como se describe en la obra — durante la noche del 5 de mayo de 1978. Betty, gran amiga del matrimonio Vargas, hubo de expirar el 18 de agosto de 1989, como resultado de una bronconeumonía. Andrés Vargas O'Neal. Nacido en Oviedo, en 1913. Casado con Nuria Girbal Madulell en febrero de 1939, se instaló con su esposa en Boston, en 1940. Durante la II Guerra Mundial prestó servicios en el SOE británico. Para la DIA trabajó desde 1945 hasta 1969. Falleció el 7 de diciembre de 1989, a causa de una caída en su casa de Boston.

Nuria Girbal Madulell. Nació en Barcelona, el 19 de marzo de 1919. Casó con Andrés Vargas. Ambos se trasladarían a los EE.UU., en 1940. Tuvo tres hijos, de los que vivieron los dos últimos: Anthony y George. Nuria murió a raíz de un derrame cerebral el 31 de

mayo de 1991.

Anthony Vargas. Hijo de Andrés Vargas y Nuria Girbal. Vio la primera luz el 1.° de marzo de 1949. No tuvo hijos. En la última etapa de su existencia ocupó puestos políticos de relieve. Fue senador, impulsó numerosas obras de ingeniería, presidió tareas filantrópicas y en los años 1990-1991 estuvo al frente de la Embajada norteamericana en México. Murió ahogado y en circunstancias nunca esclarecidas, en Long Island, el 2 de enero del 2004. Algunos miembros del FBI sostuvieron la hipótesis de que fue asesinado.

Katia Prat Segura. Viene al mundo el 2 de noviembre de 1952 en Moscú. Padres españoles exiliados de la guerra civil de 1936-39. Título de ingeniero por la Universidad moscovita, en 1972. Ingresó en la KGB el 7 de setiembre de 1972. Hacia el 8 de diciembre de 1975 es proyectada a una rama de la red soviética que operaba en España. Por méritos propios ascendió rápidamente. Estuvo en Valencia, Galicia, País Vasco y Cataluña. Trabó contacto con George Vargas el jueves 16 de marzo de 1978, en Tarragona. Enamorada de aquél, contrajeron matrimonio el 10 de mayo de 1978. De 1980 a 1989 sufrió amnesia y se le atendió en el Centro Sanitario Provincial de Tarragona. Dado que su documentación la acreditaba como ciudadana española, abstúvose Moscú de reclamarla. En mayo de 1989 ya estaba por fin lúcida y sana. Murió el 6 de junio de 2008.

George Vargas Girbal. Nace el 19 de octubre de 1951, en Boston, EE.UU. Se licencia en Derecho en junio, de 1972 e ingresa en la Compañía el 12 de noviembre de 1976, y 14 meses después se le envía a España, justo en la antena barcelonesa. Luego, en los años 1978-1979 y con superior jerarquía actuará en diversas áreas de la Península Ibérica y a continuación en Gran Bretaña, Francia y Suecia. En 1980 es destinado a Italia y Sudáfrica. En los años 1980-1989

estuvo internado en el Centro Sanitario Psiquiátrico de Tarragona. A fines de abril de 1989, ya restablecido de su dolencia mental, pasó a residir en Boston. El 28 de mayo de 1989, recibió la visita de una mujer prematuramente envejecida, gruesa, con gafas, pelo canoso, quien declaró ser su esposa. A lo cual el aludido replicó que su mujer, Katia, estaba enferma y recluida en un sanatorio tarraconense. La visitante señaló que ella hubo de soportar nueve años de trastornos mentales, pero ya lo había superado todo, o casi todo…

—Todavía sufro fallos de memoria y… lagunas insuperables —explicó George con extrema lentitud, pues desde entonces se expresaba con dificultades y sin fluidez—. Pero los especialistas españoles y norteamericanos me han asegurado, y ojalá no se equivoquen, que con los años recobraré el dominio de mis facultades. Quizá vuelva a ser el de antes. Tengo una pensión.

—Pues yo, como dije, también fui víctima de amnesia. Casi al mismo tiempo que tú, y en el mismo lugar. Soy Katia Prat. ¿Es posible que no puedas recordarme todavía?

La cruel metamorfosis corporal operada en Katia tuvo como origen aquella enfermedad interminable y el tratamiento administrado.

George abrió los ojos desmesuradamente… Tuvo que sentarse y le entró vértigo, pues cuando forzaba la marcha de su cerebro le acometían mareos. Ella le mostró el certificado del centro sanitario tarraconense y su DNI. Katia lloraba en silencio. Los dos se abrazaron, pues él acabó al fin por identificarla. ¡Ebrios de gozo se sintieron Andrés y Nuria, lo mismo que Anthony, al conocer o recuperar a Katia!

George y su esposa ya no se separaron nunca más, fijando su residencia en Boston. Tuvieron tres hijos varones.

George falleció después que su esposa, o sea, el 28 de abril del 2009, a consecuencia de fallo cardíaco precedido de amnesia.

Edward Kraft. Vio la primera luz en Filadelfia, en 1922. Licencióse en Ciencias Políticas por la Universidad de Nueva York, en 1947. Ingresó en la Compañía en octubre de 1950. Llegó a ser jefe del

Departamento de Análisis. Responsable del COS en el Oriente Medio, durante 1980-83. Asumió la jefatura del NPIC en 1983-86. Directivo del OCR en 1986-87. Desde 1987 desempeñó cargos de asesoría. En el año 1990 fue jubilado. Publicaría en 1991 la obra *CIA Secret Works* (Mac-Graw-Hill Book Co., New York), traducida a numerosas lenguas. Expiró en marzo del 2003. Siempre conservó leal amistad con George Vargas.

Anselmo Prat Vivancos. Nacido en THospitalet del Llobregat, en 1915. Profesor de Filología en la Universidad de la Ciudad Condal. En 1936 se afilió al PCE. En 1939 exilióse con su entonces amiga Margarita Segura Méndez, en la URSS. Contrajeron ambos matrimonio en 1940. Durante doce años aguardaron en vano descendencia. Hasta que el 2 de noviembre de 1952 les nació la que iba a ser única hija, Katia. En 1979, Anselmo Prat se jubila. En el verano de 1990 recibieron la visita de su hija con su marido, George, en la *dacha* próxima a Noginsk. El profesor falleció en 1991.

Margarita Segura Méndez. Nacida en Granollers, en 1918, casó con Anselmo Prat en 1940, en Moscú. En 1951 logró quedar encinta, previo tratamiento de los más ilustres ginecólogos moscovitas, y en noviembre de 1952 dio a luz una niña. Ésta llevaría el nombre de Katia y sería la esposa de George Vargas. Cuando en el verano de 1990 recibieron la visita y estancia de su hija y el yerno para dos meses, Margarita creyó enloquecer de puro contento. Katia y George eran célebres, queridos y mimados tanto en la URSS como en USA y en todo el mundo. Margarita exhaló el último suspiro el 24 de julio de 1994, justo cuando preparaba un viaje a Boston para ver a sus hijos, a los consuegros y conocer al primero de sus tres nietos. La TV soviética ofreció un amplio reportaje del matrimonio Prat-Segura. Katia y su esposo acudieron al sepelio.

COLOFÓN

La paz no se logra enarbolando lacrimógenas banderas pacifistas.

La paz no se consigue con sólo denunciar la codicia.

La paz no se obtiene operando únicamente sobre los efectos.

La paz se logra actuando sobre las causas del malestar: el hambre, la injusticia y el terror.

La paz se conquista, no pataleando o firmando pactos y creando órganos de seguridad y control, sino destruyendo los arsenales de armamentos.

La paz es un bien precario porque nos preparamos para el pugilato y no para la convivencia.

La paz será una quimera en tanto en cuanto imperen la intolerancia y la avaricia.

La paz será posible cuando busquemos la verdad y no la desaparición del antagonista.

La paz dejará de brillar como una utopía cuando el Este y el Oeste se sienten a conciliar con base científica los pilares de indudable autenticidad contenidos por el socialismo, en la práctica, y las luces y horizontes del liberalismo democrático.

La paz hay que ganarla con honradez y no con dogmas.

La paz, en fin, constituye la única vía, porque la III Guerra Mundial ofrece dudosas alternativas, y las más de ellas desembocan en la muerte del planeta Tierra.

ANEXOS

Abreviaturas USA

CA Acción secreta.

Cl Contraespionaje.

COS Directivo de una estación.

FI Información del extranjero.

LP Puesto de escucha.

NPIC Centro nacional para la interpretación de documentos fotográficos.

OA Aprobación operacional.

OCR Servicio central de documentación.

OP Puesto de observación.

OWVL Servicio de comunicaciones de radio unilaterales.

PP Perfil psicológico.

SW Escritura secreta.

TSD División de servicios técnicos.

WE División de la Europa occidental.

WH Hemisferio occidental.

Órganos de Inteligencia de USA

N.SA. National Security Agency (Criptologic Command).

D.I.A. Defense Intelligence Agency (Army, Navy & Air Force).

F.B.I. Federal Bureau of Investigation (Counter-espionage).

C.I.A. Central Intelligence Agency.

U.S.I.B. U.S. Intelligence Board.

I.R.A.C. Intelligence Resources Advisory Committee.

S. D. State Department (Intelligence & Research Bureau).

A.E.C. Atomic Energy Commission.

T. D. Treasury Department.

Voces del orbe soviético

D.O.S.A.A.F. Sociedad Voluntaria de Ayuda al Ejército, a la Aviación y a la Flota. Fuerza paramilitar integrada por jóvenes y reservistas.

G.E.F.A. Grupo de élite de las Fuerzas Armadas. Unidades soviéticas estacionadas en la República Democrática de Alemania.

G.R.U. órgano de información secreta para el Ejército.

K.G.B. Comité de Seguridad del Estado.

M.GJB. Ministerio de Seguridad del Estado. POLITBURO Praesidium desde 1952. Oficina Política del Comité Central del PCUS.

P.V.O.S. Defensa antiaérea del territorio.

ZAMPOLIT Vicecomandancia para los asuntos políticos.

Código de la OTAN

ARMAMENTO DE VANGUARDIA

I. Aviación

B = Bomber (bombardeo): Bear, Bison y Badger.

C = Carrier (transporte): Cub, Candid y Creek.

F = Fighter (avión de caza): Fagot, Fitter y Fishpot.

H = Helicopter (helicóptero): Hip, Harke y Horse.

M = Miscellaneous (diversos): Mail, Mandrake y Maestro.

1 = Avión de hélice: Bear, Cub y Moss.

2 = Avión a reacción: Blinder, Candid y Fencer.

II. Flota Emplea los misiles llamados: DELTA, ZULU y WHISKY.

III. Tierra Uso de nombrés clásicos, ya conocidos del público: T-34, BRDM, Kalashnikov, Makarov, etc.

IV.Ingenios más sofisticados (misiles).

He aquí los 4 grandes grupos:

S = Superficie a superficie (suelo-suelo, suelo-mar, marmar): Sapwood, Shaddock, Styx y Sawfly.

G = Ground to Air (suelo-aire, mar-aire: SAM): Grail y Goblet.,

K = Aire a superficie (aire-suelo, aire-mar): Kitchen, Kennel.

A = Aire a aire (aire-aire): Alkali.

Ahora bien, para designar a los misiles suele emplearse la siguiente serie de siglas:

SS = Superficie a superficie (suelo-suelo): SS-9.

SSN = Superficie a superficie Naval (mar-suelo, marmar): SS-N-4 y SS-N-2.

SSC = Superficie a superficie/Cruise (suelo-mar de crucero): SSC-1.

AT = Antitanque: AT-3.

ABM = Anti-Ballistic Missile (misil antimisil): ABM-1.

SA = Superficie a aire (suelo-aire: los famosos SAM): SA-6 o SAM-6.

SA-N = Superficie a Aire Naval (mar-aire): SA-N-3.

AS = Aire a superficie (aire-suelo, aire-mar): AS-4 y AS-1.

AA = Aire a aire (aire-aire): AA-1.

FROG = Free Rocket Over Ground (cohete táctico no dirigido): comúnmente llamado Frog.

GLOSARIO

Agente provocador: Que provoca a los sospechosos para su detención.

Avanpost: Puesto avanzado con una red de informadores, integrada por varios núcleos o facciones extranjeras.

Buzón: Persona o lugar concreto a los que se envían o entregan los mensajes, desde donde serán recogidos por algún enlace de la organización. También puede ser un escondite.

Cola: Miembro de una red que sigue a otro miembro.

Contacto: Miembro o colaborador de la organización, con quien se sostienen las relaciones más directas. Algo así como el eslabón contiguo.

Correo: Colaborador que transporta los mensajes u órdenes de uno a otro contacto o al propio directivo de una facción.

Cerebro: Directivo del núcleo, célula o red. Persona responsable, creadora, con iniciativa y responsabilidad. También llamado «Director Residente».

Chinche: Micrófono oculto con el que los adversarios escuchan las conversaciones merced a receptores apropiados.

Durmiente: Agente en reserva o en observación.

Enfermo: Situación de peligro, extremo, designándose al agente que está siendo observado y,

por tanto, en trance de ser desenmascarado.

Escondrijo: Sitio convenido en donde se ocultan l o s mensajes: una roca, pared, mueble, libro, herramienta, ropa, tabique, etc.

Istrebitel: Expresión rusa equivalente a «sujeto designado para exterminar a alguien». Miembro encargado de actividades violentas, tales como asesinatos, sabotajes, chantajes, trampas, etc.

Lenguaje usual: Todo aquel que no ha sido codificado con arreglo a la clave previamente convenida.

Muerto: Camarada de la red que ha sido detenido por el adversario.

Quemado: Identificado por el enemigo y, por tanto, inútil para el servicio. Le urge huir del país y abandonar cualquier actividad de la organización.

Quintacolumnista: Agente enemigo que con escasa preparación lucha con las armas de la guerra secreta; derrotismo, desinformación, bulos, espionaje y sabotaje, y crea prosélitos.

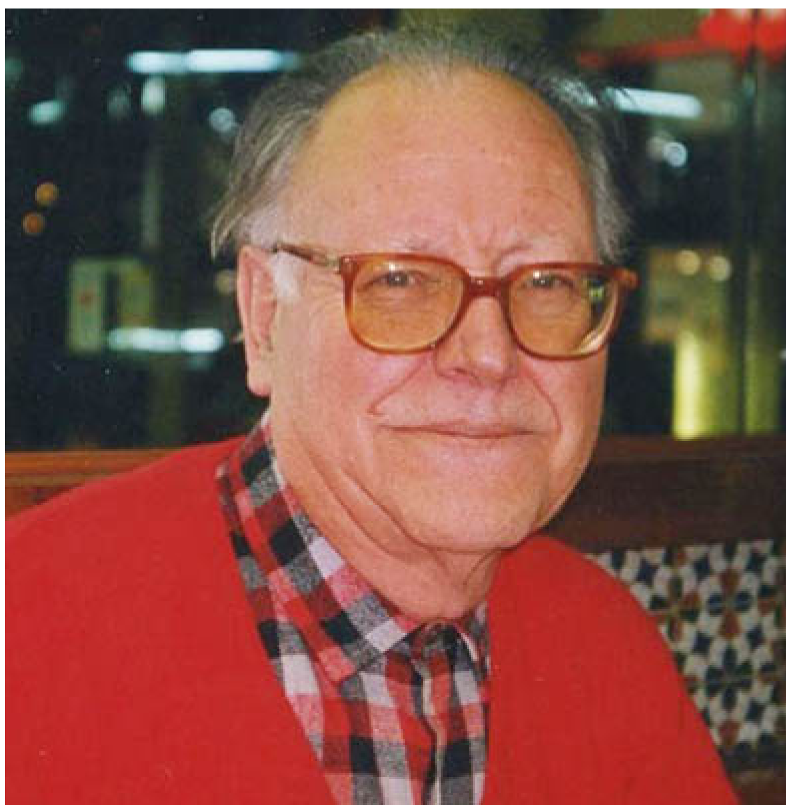
Refugio: Lugar en donde poder ocultarse y quedar, así, a salvo de la vigilancia enemiga.

Sombra: Constituirse en la sombra de alguien —ordinariamente un agente enemigo— y seguirle con fines de observación.

Sueltos: Intermediarios entre agentes y diplomáticos; no son enlaces ni agentes de información, sino sólo hombres-puente por así decir.

Topo: Informador de sólida base técnica, operando en el propio país y en beneficio de otro.

FIN



DOMÈNEC PASTOR I PETIT (1927-2014), fue un periodista y escritor español,1 especialista en temas relacionados con el espionaje y estudioso de nuestra guerra civil, que le convirtió en especialista en el conocimiento de los servicios de inteligencia. De aquella propuesta editorial surgieron, en medio de una extensa bibliografía, libros fundamentales para el conocimiento de la temática: *Espías catalanes, La Quinta Columna en Cataluña, Hollywood responde a la Guerra Civil, Famélica posguerra, El espía Lablonde en el Ebro…* Su *Diccionario Enciclopédico del Espionaje* constituye una base documental de extraordinario valor para el conocimiento de los servicios de inteligencia a nivel mundial y, en su inventario de operaciones encubiertas de la Guerra Civil de 1936-39, entra profundamente en ambos bandos en busca de la

objetividad. Gracias al rigor con el que trata sus temas, su obra es objeto de consulta necesaria en centros universitarios en los que se imparten cursos de la especialidad. La República devastada es el resultado de una larga investigación desde el compromiso de un escritor de sólidas convicciones democráticas y pacifistas.

Notas

[1] Ruiz: Nombre en clave otorgado a George Vargas en la Compañía. < <

[2] SOE: Sigla de Special Operations Executive, órgano de sabotajes del Reino Unido durante los años 1940-1945. < <

OSS: Sigla de Office Strategic Services, red de espionaje de los EE.UU., durante 1942-1945. De la OSS, clausurada al concluir la II Guerra Mundial, nacería la CIA, en 1947. < <

[3] CESID: Centro Superior de Información de la Defensa,Madrid. Unificación de los servicios de información militar españoles. < <

[4] PP o «Psychologycal Profile»: estudio psicografológico del personaje con aportes procedentes del análisis de la voz, trayectoria vital, ideología, pasado, profesión, información privada, fisonomía, etc. Estudios en profundidad emprendidos por expertos de probada reputación quienes revelan lo más íntimo y secreto del sujeto. < <

[5] Defense Intelligence Agency. Emprende tareas de inteligencia militar para los ejércitos de los EE.UU. Cuenta en plantilla con unos 5.500 funcionarios. Posee un presupuesto de 800 millones de dólares anualmente. Coordina la información de la US Army, US Navy y la US Air Force.. < <

[6] 2 Samuel, cap. 19, vers. 2-5. < <

[7] Secrete writing. Tintas simpáticas o invisibles. — Nota del Autor. < <

[8] Obra de Enrico Berlinguer, Santiago Carrillo y Georges Machail, entre otros. Ediciones Península, setiembre 1977. < <

[9] El primero, en 1812, a cargo de Napoleón, y el segundo, en 1941, a manos de Hitler.. < <

[10] Discursos pronunciados en la Asamblea General de las Naciones Unidas en los días 18 y 25 de setiembre de 1961. < <

[11] The life of Herbert MacCarter in Spain, George & Unwin Ltd., Londres, 1990, pág. 209. < <

[12] De mi viaje a la América del Norte, cap. «New England», pág. 107, editado en 1990. < <

[13] En noviembre de 1985, cruzó por la órbita terrestre el más célebre de los cometas, el cometa Halley, y con tal motivo los medios de comunicación le dedicaron amplios reportajes; sobre todo el 28 de dicho mes, fecha de su máximo aproximamiento a la Tierra. <<